

Javier Cacho

SHACKLETON, EL INDOMABLE

EL EXPLORADOR QUE NUNCA LLEGÓ AL POLO SUR



Sir Ernest Shackleton

2013

Reseña

El noruego Roald Amundsen y el inglés Robert F. Scott protagonizaron hace más de cien años la carrera al Polo Sur, la última gran aventura del ser humano. Uno viajó a la Antártida para ganar, otro para morir, pero ambos lograron alcanzar la gloria.

El irlandés Ernest H. Shackleton, en cambio, soñó con ello durante años, y aunque lo intentó hasta el límite de sus fuerzas, nunca logró llegar al Polo Sur; aun así lo recordamos como uno de los grandes de la edad heroica de la exploración polar. Shackleton inició su experiencia antártica como tercer oficial de Scott en la «Expedición Discovery»; lideró la «Expedición Nimrod», entre cuyos logros estuvo llegar al punto más meridional jamás pisado por el hombre, quedando a tan solo 180 km del Polo Sur; y alcanzó definitivamente su fama con la malograda aventura transantártica de la «Expedición Endurance».

«El Polo no vale una vida», quizás esa sea la lección más humana de la exploración protagonizada por Shackleton: anteponer la vida, tanto la propia como la de los compañeros, a los sueños, los deseos y las ambiciones personales. En su empeño de llevar a sus hombres al Polo Sur, se enfrentó a otro desafío de igual magnitud: hacerlos regresar a todos.

En *Shackleton, el indomable*, el científico Javier Cacho, tras el éxito de *Amundsen-Scott: duelo en la Antártida*, subraya cómo en Shackleton había algo más que optimismo, entusiasmo o seguridad en su buena estrella: había una energía que podía con todo. En los

momentos en que las dificultades parecían insuperables y amenazaban la supervivencia, algo surgía de su interior, una fuerza irresistible que vencía todos los obstáculos. Su ímpetu, que parecía inagotable, y su capacidad de liderazgo contagiaban a sus hombres con la seguridad de que tras él podían lograrlo, o por lo menos debían intentarlo. Con él había nacido una leyenda: la del indomable Shackleton.

Índice

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

- I. [Nacido para la Antártida](#)
- II. [Con Scott en la Antártida](#)
- III. [Una nueva vida](#)
- IV. [La expedición del Nimrod](#)
- V. [Triunfo y decepción](#)
- VI. [La epopeya del Endurance](#)
- VII. [Un viaje legendario](#)
- VIII. [Los 22 de isla Elefante](#)
- IX. [Guerra y frustración](#)
- X. [El último viaje](#)

[Índice de barcos](#)

[Bibliografía](#)

[Sobre el autor](#)

A mi mujer, a cambio de esa moldura que todavía sigue esperando.

Agradecimientos

En la elaboración de este libro han participado de una u otra forma varias personas con las que me siento en deuda de gratitud. En primer lugar mi hija con la que, antes incluso de que comenzase el primer borrador, mantuve largas conversaciones sobre el liderazgo en sus diversas manifestaciones. Después, cuando el borrador comenzó a circular entre mis amigos, Julián Simón me aclaró la terminología marinera, Verónica Watson precisó algunas traducciones de su lengua natal, y Rufino Barco y Pedro García Chain me ayudaron con sus comentarios sobre el texto.

Igualmente quiero agradecer a Francisco Javier Rodríguez, mi amigo el librero de Alcalá de Henares, su confianza en mi capacidad para escribir, que me ha animado a seguir en esos momentos en que la tarea se hacía ardua y el resultado incierto. A Gema Delicado, cuyo nombre y apellido hacen honor a su comportamiento conmigo durante los largos meses en que el libro se fue gestando. Además con su saber de filóloga —y una paciencia infinita— ha corregido una y otra vez los primeros textos que salían de mi mano, más intuitivos que gramaticalmente correctos.

Y, finalmente, como en el libro *Amundsen-Scott: Duelo en la Antártida*, mi ahijada Gracia Iglesias hizo acopio de rotuladores

rojos con los que ilustró convenientemente lo que ya parecía que era el texto final y que, después de pasar bajo su concienzuda y poética mirada, quedó convertido en un campo de amapolas donde las palabras y las frases adquirieron una nueva dimensión llena del vigor que el protagonista de la historia se merecía.

Pero todo este esfuerzo y esta ilusión compartida no habría tenido sentido si Javier Jiménez —alias Javier Fórcola—, mi editor, no hubiera confiado en mí, no solo en una sino en dos ocasiones, permitiendo ahora que Shackleton, como en su día lo hicieron Amundsen y Scott, haya cobrado voz y cuerpo en estas páginas.

Gracias a todos ellos el libro ha ido tomando la forma que usted, amigo lector, tiene en sus manos.

Introducción

El 13 de abril de 1970 todo parecía ir bien a bordo del módulo de mando del *Apolo XIII*. Después del éxito de las dos naves que le habían precedido, todo hacía pensar que esta nueva misión volvería a pisar la superficie lunar y lograría traer de nuevo a sus tripulantes de regreso a nuestro planeta. De repente, una llamada desde la nave volatilizó todas las seguridades: «Houston, tenemos un problema».

Solos en el espacio, a miles de kilómetros de la Tierra, tres hombres se enfrentaban a una muerte cierta si no eran capaces de solucionar la avería sobrevenida con los escasos medios de que disponían en la nave.

El 27 de octubre de 1915 una tragedia similar tuvo lugar en uno de los mares que rodean al continente antártico. El *Endurance*, el barco de la expedición de Shackleton, destrozado por los hielos, tuvo que ser abandonado por su tripulación, condenando a 28 hombres a vagar sobre unos hielos que amenazaban con romperse, en un territorio completamente desconocido y donde el lugar habitado más próximo se encontraba a 4.000 kilómetros de distancia.

Mientras que la llamada de socorro del *Apolo XIII* puso a trabajar frenéticamente a la NASA —la mayor organización espacial del mundo—, los hombres del *Endurance* no disponían de radio para hacer una petición de auxilio similar. Si los tripulantes de la nave espacial tenían la seguridad de que centenares de ingenieros y científicos trabajarían día y noche para salvarlos, los

expedicionarios del barco eran conscientes de que nadie sabía ni dónde estaban ni lo que les había pasado, por lo que no tenían la menor esperanza de que alguien fuese a rescatarlos.

Perdidos en el espacio. Perdidos en la inmensidad de la Antártida. Unos esperaban que desde Houston que les dijese cómo solucionar su problema; los otros, en especial la persona que estaba al frente de la expedición, sabían que tendrían que ser ellos mismos quienes encontrasen la solución a su problema si querían salvarse. Si el comandante de la misión Apolo tuvo la suficiente sangre fría para pronunciar una sencilla frase que ha quedado como modelo para tiempos de crisis, el jefe de la expedición polar, *sir* Ernest Shackleton, pronunció otra que también merecería ocupar un puesto de honor en el imaginario de la humanidad: «Muchachos, nos vamos a casa». La primera frase puso en marcha un despliegue informativo sin precedentes que llegó a competir con la llegada del hombre a la Luna. La segunda fue el inicio de una dura espera sobre el hielo que duró seis meses, y que culminó con un viaje en un bote salvavidas en unas circunstancias que ningún marino podría haber imaginado ni en la peor de sus pesadillas.

El *Apolo XIII*, aunque nunca se posase sobre la Luna, sería recordado como uno de los más grandes éxitos de la carrera espacial al lograr hacer regresar con vida a los tres astronautas gracias al trabajo a contrarreloj desarrollado por el equipo de tierra. La tragedia del *Endurance* también sería recordada como uno de los mayores logros de la exploración polar al conseguir que todos los hombres se salvaran, en este caso gracias al liderazgo de

Shackleton, quien, durante meses y meses, supo mantener en sus hombres la esperanza de que lograrían salir de aquella trampa de hielo que parecía que iba a ser su mortaja.

A diferencia de otros exploradores polares que han encontrado su lugar en la historia al haber logrado alcanzar un gran objetivo, como Peary al conquistar el Polo Norte, o bien por la profesionalidad de sus expediciones, como Amundsen, o por la forma de enfrentar la muerte, como Scott, o incluso por haber provocado un gran desastre como Franklin... la historia recuerda a Shackleton como el explorador que siempre fue capaz de sacar con vida a sus hombres de las situaciones más extremas.

Este libro trata de ese explorador que fue *sir* Ernest Shackleton, capaz de soñar con las aventuras más temerarias, organizarlas en tiempo récord, afrontar las situaciones más difíciles y lograr evitar el desastre cuando ya todo parecía irremediablemente perdido. Un líder carismático que aunaba personas muy diversas en un único equipo, que sabía ejercer su autoridad cuando era necesario y que siempre estaba pendiente de sus hombres adivinando sus miedos e infundiéndoles esperanzas con solicitud casi maternal. Sin olvidar su dimensión como persona que busca su destino en la vida, que persigue la quimera de un éxito económico, que ambiciona, ríe, sufre, ama... y que necesita un regazo donde cobijarse.

Estas páginas pretenden mostrar la vida de una persona, un explorador y un líder que dejó una huella imborrable en el corazón de todos lo que le conocieron, que forjó algunos de los episodios más épicos de la historia de la exploración polar, y cuya leyenda el

tiempo no ha hecho más que agrandar. Esta es la vida de Shackleton, del amigo Shacks, de *sir* Ernest, de «el Jefe», como le llamaban con respeto y veneración sus hombres, y que quizá fue el título con el que se sintió más identificado. Una persona admirada por sus contemporáneos que luego quedó olvidada y, de nuevo en nuestros tiempos, ha vuelto a despertar una fascinación sin precedentes.

Capítulo I

Nacido para la Antártida

Contenido:

- §. El niño que quiso viajar*
- §. La más dura de las escuelas*
- §. Un joven de mundo*
- §. Oficial y enamorado*
- §. Vislumbra un futuro*

§. El niño que quiso viajar

Desde los tiempos más remotos los padres han deseado conocer el futuro que les esperaba a sus hijos recién nacidos. Adivinos, magos, sacerdotes, hechiceros, chamanes... todos han querido encontrar la respuesta interpretando la posición de las estrellas, las vísceras de las ofrendas, el vuelo de los pájaros, los fenómenos atmosféricos o cualquier otro signo de la naturaleza. Hoy miramos esas prácticas con una benevolente sonrisa de racionalidad, sin embargo, hoy como entonces, todos los padres quisieran poder adivinar el futuro de sus hijos en una bola de cristal. Pero no es posible, la vida tiene que desplegarse por sí misma, latido a latido, paso a paso, pensamiento a pensamiento. Orientarse sutilmente hacia ese destino al que nos encaminan nuestro temperamento, nuestra educación y nuestros anhelos.

No obstante, también es cierto que cuando se contempla la trayectoria de una persona desde la perspectiva del tiempo es

posible apreciar en esa sucesión de acontecimientos que componen su vida la presencia de ciertas tendencias, de cadencias recurrentes, de patrones que se manifiestan hasta que todo se orienta en una dirección determinada, ya sea profesional, afectiva, cultural... o todas al mismo tiempo.

Este es el caso de Ernest Shackleton. Su vida podría haber seguido unos derroteros muy diferentes, pero algo parecía empujarle fuera de los senderos socialmente preestablecidos hacia su propio camino, por solitario o difícil que fuese. Por eso podríamos decir que su historia comenzó no el día de su nacimiento sino mucho tiempo antes, decenas de años o quizá siglos, porque era necesario que se descubriese un continente, la Antártida, para que allí, sobre aquel desierto helado, surgiese la capacidad de liderazgo por la que Shackleton siempre será recordado.

En busca de un continente

Intuida con ingenuidad por los griegos, como forma de compensar en el planeta la existencia del Ártico, la Antártida se convirtió durante siglos en una región mítica. El único lugar que mucho antes de ser descubierto fue soñado por los filósofos como un paraíso, descrito por los geógrafos como una tierra de promisión y buscado con anhelo por los mejores navegantes. Sin embargo, el cinturón de aguas heladas que la rodeaba, plagado de terribles tempestades, vientos huracanados y amenazadores icebergs, resistiría todos los intentos de expediciones españolas, francesas u holandesas por encontrarla... e incluso los embates del más famoso

de los marinos del siglo XVIII, el capitán Cook, que dedicó tres años de duros esfuerzos e inútiles sufrimientos a localizar tan anhelado continente. No lo logró, y al término de sus viajes, desilusionado, amargado y arrogante, negaría la existencia de la Antártida, y si en un momento llegó a concederle una mínima posibilidad de realidad fue para decir de ella, con despecho, que sería «una tierra maldita condenada por la naturaleza a no recibir nunca el calor de los rayos solares y a permanecer eternamente encerrada en el frío y entre hielos¹».

Su prestigio de concienzudo buscador y experto navegante hizo que durante décadas sus palabras borrarán la Antártida del mapa de intereses políticos y comerciales. Ningún país volvió a enviar otra expedición en su busca, y tuvo que ser la casualidad la que llevara a otro marino inglés, William Smith, en los primeros años del siglo XIX, a descubrir un grupo de islas al sur de Tierra del Fuego, que enseguida se consideraron como la primera prueba de que el misterioso continente podría existir. La quimera de la Antártida volvió a hacer acto de presencia en la escena mundial, pero en este caso para atraer miradas codiciosas sobre aquellas islas recién descubiertas y repletas de focas y elefantes marinos. Barcos de cazadores acudieron en busca de las cotizadas pieles de estos animales, y fue tal la masacre que provocaron que, en menos de cuatro años, llevaron a estas especies al borde de la extinción.

Si bien estos navíos pertenecían a compañías de diferentes nacionalidades, una vez que esquilmaron la zona los marinos que —

¹ Cook, *Los viajes del capitán Cook*, p. 245

impulsados por una mezcla de interés comercial y geográfico— se adentraron en los mares contiguos en busca de nuevos territorios de caza eran británicos. Entre aguas tan peligrosas como desconocidas y soportando todo tipo de penalidades, estos marinos avanzaron lentamente avistando, aquí y allá, nuevas tierras que hicieron renacer la esperanza de encontrar tan esquivo continente.

Como siempre ha ocurrido en la historia de la humanidad, la ambición por nuevos territorios hizo que tres de las naciones más poderosas de la época, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, preparasen, de forma casi simultánea, expediciones a tan lejanos y helados confines. Todas tuvieron que afrontar una lucha terrible contra un medio inmisericorde que castigaba a hombres y navíos, pero también todas recibieron la recompensa de alcanzar su objetivo y descubrir nuevas tierras. Aunque, eso sí, completamente cubiertas de hielo y nieve.

De las tres expediciones, la primera en divisar un pequeño tramo de costa antártica y desembarcar en una isla adyacente fue la francesa, pero su victoria quedó empañada por la norteamericana cuando poco después consiguió recorrer una nueva costa helada de más de 1.000 kilómetros de longitud. Sin embargo, ambas gestas fueron eclipsadas por la que llevaron a cabo los británicos, que, mejor equipados y dirigidos por el marino con más experiencia polar de la época, James Ross, consiguieron una proeza que nadie podía ni imaginar. Dirigiéndose hacia el Sur desde Nueva Zelanda, sus navíos se enfrentaron a un compacto mar poblado de hielos que ya había hecho retroceder primero a su compatriota Cook y después al

almirante ruso Bellinghausen, otro gran navegante. Con denodado esfuerzo lograron atravesarlo y descubrir que detrás de él se hallaban aguas libres de hielos, que con posterioridad, en justo reconocimiento a tal proeza, llevarían el nombre de quien lideró la expedición y hoy se conoce como el mar de Ross.

Nada más atravesar ese cinturón de hielos, los barcos británicos ya se encontraban mucho más cerca del Polo que las expediciones francesa y norteamericana, pero siguieron avanzando por aquel mar hacia el Sur, mientras iban descubriendo por el Oeste centenares de kilómetros de costa montañosa cubierta de hielo y glaciares. Hasta que, de repente, se toparon con un espectacular acantilado blanco, la Gran Barrera de Hielo, que con casi 1.000 kilómetros de longitud bloqueó por completo su avance. Aquel obstáculo frustró sus sueños de seguir avanzando hacia el Sur, e incluso de llegar al mismísimo Polo, aunque se habían convertido en los seres humanos que más se habían acercado pese a que todavía distaban casi 1300 kilómetros. Pero lo más importante, aunque ellos en aquel momento no pudieran ni imaginarlo, es que habían abierto el camino para todas las futuras expediciones británicas a la Antártida y, en especial, para la carrera al Polo Sur que medio siglo después comenzaría Shackleton y culminaría con el duelo épico protagonizado por Amundsen y Scott.

Ciertamente, los descubrimientos geográficos de las tres expediciones fueron muchos; sin embargo, las dificultades que tuvieron que padecer, unidas a la falta de estímulos económicos de las nuevas tierras, cubiertas con una gruesa capa de hielo, hicieron

que la Antártida cayese una vez más en el olvido. Durante décadas nadie volvió a interesarse por ella. Hasta el punto de que cuando en 1870 la Royal Society —la gran institución científica británica, que en aquellos tiempos era como decir del mundo— preparó el famoso viaje de investigación oceanográfica del *Challenger*, no le prestó la más mínima atención al continente antártico.

Las únicas instrucciones que recibió el comandante del navío en relación con la Antártida fueron que comprobara si podía ser cierta la apariencia de tierra que años atrás había sido observada sobre las coordenadas 80°E y 65° S. Y así, siguiendo las órdenes, después de completar su primer año de navegación, a principios de febrero de 1874 el *Challenger* puso rumbo a la Antártida y el 15 de ese mes sobrepasaba el Círculo Polar Antártico, donde permaneció tan solo unas pocas horas para comprobar la inexistencia de tierras.

Esta fecha tiene una doble significación: por una parte, porque fue la primera vez que un barco a vapor atravesó el Círculo Polar Antártico; por otra, porque en ese mismo día, a decenas de miles de kilómetros de distancia, en la localidad irlandesa de Kilkea, cerca de Dublín, nacía Ernest Henry Shackleton.

Mitad inglés, mitad irlandés

Ernest Shackleton nació en el seno de una familia anglo-irlandesa por parte de padre e irlandesa por parte de madre. Sus ancestros por línea paterna se remontan al siglo XIII, incluso en algún documento de la época se les menciona como «los peleones

Shackleton²» por el importante papel que jugaron en las guerras fronterizas de ese período. También por parte materna se pueden rastrear destacados antepasados, uno de ellos llegó a comandar el barco insignia de la escuadra del almirante Nelson en la batalla de Copenhague.

Fue el segundo de diez hijos y el primero de los dos varones. Cuando tuvo lugar su nacimiento, la situación económica de la familia era bastante holgada. Disponían de suficientes tierras para permitir que su padre se ocupase solo de dirigir la granja y del cuidado de su jardín. Aquel entorno de vida al aire libre, donde transcurrieron los primeros seis años de la vida de Ernest, posiblemente dejó una huella imperecedera en su espíritu, que se manifestó en su posterior pasión por los espacios abiertos.

Sin embargo la crisis de la agricultura en la Irlanda de los años setenta hizo que su padre se decidiese a abandonar el campo, mudarse a Dublín con toda su familia y volver al Trinity College, donde hacía doce años había cursado artes, para estudiar medicina. Fueron cuatro años de vida en la ciudad que, aunque contrastaron con su primera infancia, parece que también pasaron felices para Ernest.

Para desilusión de los biógrafos, a quienes les gusta bucear en los primeros años de su vida en busca de algún rasgo característico de su personalidad futura, poco hay que destacar de su infancia. Fue un niño completamente normal. Quizá la única anécdota significativa es que, en una edad en que todos los niños querían ser

² Mill, *The Life of Sir Ernest Shackleton*, p. 4.

carteros o conductores de vehículos, él afirmaba categórico que deseaba «ser enterrador³». De hecho, siempre que una comitiva fúnebre pasaba cerca de su casa, no había forma de evitar que se escapase y se uniese a ella. No parece que hubiese ninguna inclinación macabra en aquel deseo, tan solo la curiosidad de participar en un acto multitudinario y pomposo como eran los entierros de aquella época.

Puede que el interés que mostró a lo largo de su vida por la búsqueda de tesoros tuviera su origen en la abundancia de relatos sobre tesoros escondidos, habituales en los entornos rurales, que tuvo que escuchar durante estos primeros años. Pero si hubo una cosa en la que destacó desde su más tierna infancia fue en su capacidad para imaginar las historias más disparatadas y contarlas con tal naturalidad y convicción que lograba hacer dudar a sus oyentes sobre la veracidad del hecho más absurdo. Incluso llegó a convencer a una de las sirvientas de la casa, quizá más interesada que ingenua, de que en el jardín había enterrado un tesoro. Después de excavar largo rato, el tesoro apareció en forma de un anillo de rubíes, aunque para desilusión de la criada poco después también apareció la propietaria, que no era otra que la madre del pequeño embaucador y enterrador de la joya.

Rumbo a Inglaterra

Una vez que su padre consiguió graduarse en medicina decidió trasladarse a Inglaterra para ejercer allí su carrera. El salto a la

³ Ibid., p. 21.

localidad inglesa de Sydenham supuso un profundo cambio para toda la familia y en particular para el joven Ernest, que hasta aquel momento había sido educado por institutrices en su propia casa y que, con once años de edad, se vio obligado a acudir por primera vez a una escuela. No fue un cambio sencillo. De estar en una casa donde él era el mayor de un ejército de hermanas pasó a estar rodeado de muchachos de su misma edad o mayores que él; por otra parte, pese a que sus padres trataran de corregirle, su acento dublinés destacaba como un estigma rural entre sus compañeros, quienes además hablaban exagerando la sofisticada pronunciación de los londinenses.

No parece que en el nuevo entorno escolar destacase mucho. Si por algo le recordaron sus compañeros fue por la pasión con que peleaba, lo que le granjeó el sobrenombre de «el peleón de Shackleton⁴». Casualmente el mismo calificativo que habían asignado a sus ancestros seis siglos atrás.

Mientras, la vida en su casa discurría de forma apacible. La mayoría femenina de la familia imponía sus gustos, favoreciendo su pasión por la lectura. Su madre solía cantar canciones irlandesas acompañándose al piano, mientras que su padre, un enamorado de la poesía, en particular de Tennyson, amenizaba las comidas recitando estrofas y versos y animando a su extensa prole a competir por adivinar a qué poema pertenecían. Sin lugar a dudas la pasión de Ernest por la poesía, que le acompañaría el resto de su vida, proviene de aquellos años.

⁴ Ibid., p. 23

Después de cursar durante dos años estudios en la escuela preparatoria, al alcanzar la edad de trece pasó al Dulwich College⁵. Esta era una institución respetable y distinguida que, aunque no pertenecía al selecto círculo de las reservadas para la aristocracia, no permitía el acceso más que a los hijos de familias muy bien acomodadas. Shackleton se incorporó como alumno externo, dado que sus padres no podían permitirse el elevado coste del alojamiento.

Su paso por Dulwich no fue un período brillante. Su escasa preparación, el clasismo de sus compañeros y, sobre todo, su falta de interés por las materias escolares fueron una mala combinación que no hizo más que sumirle en la mediocridad, o un poco más abajo. Solo destacaba cuando había alguna pelea, en las que normalmente solía estar metido, y en su capacidad innata para contar los embustes más disparatados tanto a sus profesores para justificar sus retrasos o ausencias a clase, como a su familia para tratar de explicar sus escapadas y novillos.

Muchos años después, cuando ya era un personaje famoso, fue invitado a Dulwich a presidir una entrega de premios y, justo en el momento en que iba a entregar los diplomas, para regocijo de estudiantes y escándalo de profesores, llegó a afirmar que nunca en toda su vida de colegial «había estado tan cerca de estos premios⁶». En cualquier caso, dejando a un lado sus resultados académicos, que como es fácil imaginar fueron bastante penosos, fue un

⁵Aunque College podría traducirse por Instituto, las características peculiares de esta institución británica aconsejan mantener el término inglés.

⁶ Ibid., p. 28.

muchacho deportista, lleno de vida e imaginación, con una portentosa facilidad de palabra que, unida a su expresión afable y sonriente, hacía que siempre causase buena impresión.

En este entorno educativo, estricto en la disciplina y aburrido en contenidos académicos, su anhelo de espacios más abiertos e interesantes se convirtió en una mezcla difícil de conciliar. Pronto su forma de ser impulsiva le hizo liderar una banda de jovenzuelos inadaptados al colegio como él, cuya única válvula de escape era hacer novillos de vez en cuando. Charlar, fantasear, soñar y fumarse algún cigarrillo que otro eran las actividades extraescolares que compartía con estos amigos, muchas veces durante las horas de clase. Si disponían de algo de dinero, cosa que no era habitual, llegaban a comprar alguna bebida alcohólica, aunque los estrictos principios morales y religiosos que Ernest había aprendido en su familia le llevaron a rechazar taxativamente incluso el probarla y a reprochar a sus amigos su conducta en este tema.

De entre sus conversaciones, si bien todas estaban relacionadas con aventuras, una dominaba de forma especial: las relacionadas con el mar. Por eso no es de extrañar que en una de esas raras ocasiones en que contaron con una cierta cantidad de dinero decidieran escaparse a Londres para visitar los muelles y «vivir» ese mundo de barcos y de marinos con el que soñaban. Aunque les resultó sencillo comprar billetes de tren de tercera clase para su aventura, no lo fue tanto convencer de sus intenciones a los guardias que vigilaban las puertas de los muelles. Al final, la locuacidad, naturalidad y simpatía de Ernest consiguió que les permitiesen la entrada, y ante

ellos se abrió la posibilidad de vivir durante el resto del día aquel anhelado ambiente.

Fue tal el impacto emocional, que se acercaron a los barcos una y otra vez para preguntar si necesitaban grumetes. Incluso llegaron a incorporarse a una fila de hombres y muchachos que buscaban empleo en un barco de vapor. Para su desilusión, el encargado de la selección no pudo evitar una sonrisa paternal acompañada de una dura recriminación para que volviesen con sus familias, que fue coreada por risas y bromas de los presentes.

Ni el ridículo ni el miedo lograron amedrentarles, y después de recorrer las calles de Londres hasta el anochecer decidieron pasar la noche en un furgón del ferrocarril y continuar al día siguiente en aquel entorno de hombres de mar y barcos mercantes que, lejos de decepcionarles, les inculcó una pasión por el mar a la que ninguno de ellos lograría resistirse por el resto de sus vidas.

Quiero navegar

No sabemos cuál fue la reacción de su familia ante aquella escapada, aunque nos la podemos imaginar. En cualquier caso, los años en el Dulwich College fueron pasando sin mayores sobresaltos. En su casa, el padre de Ernest, como era tradicional en aquellos tiempos, quería que su primer varón siguiese sus pasos, se graduase como médico y se quedase con su clientela. Sin embargo, su hijo no parecía demasiado ilusionado por cursar estudios durante años y luego llevar una vida monótona y sedentaria. Él soñaba con una vida de aventuras que le permitiese ver mundo y

alcanzar fortuna y fama, algo que asociaba con un único deseo, romántico y apasionado: navegar. Finalmente su padre se dio por vencido y, puesto que no eran lo bastante ricos como para enviar a su hijo a la escuela de la Armada, y además Ernest ya había pasado la edad del ingreso, el joven Shackleton se tuvo que resignar a la única opción disponible: la marina mercante.

Es fácil hacerse una idea de lo duro que tuvo que ser para su familia asumir que con dieciséis años fuese a enrolarse en un barco y que tuviera que enfrentarse a todo tipo de peligros. Si no podían impedirlo, sí, al menos, trataron de que su primer viaje se llevase a cabo en las mejores condiciones posibles, aunque en su fuero interno deseaban que le sirviese de lección y le hiciese sentar la cabeza.

Contactaron con un familiar para que les recomendase una buena naviera que permitiese que el joven aprendiz de marino firmase un contrato algo especial para un primer viaje de prueba, pues la práctica habitual para los que se enrolaban como «aprendices» era que, a cambio de formación, debían firmar por varios años. Después de ciertas negociaciones consiguieron llegar a un acuerdo para que al término de su primer viaje no tuviera compromisos legales que le obligasen a continuar enrolado. Así, el inicio de 1890 fue también el comienzo de una nueva vida para Ernest.

En su casa, la excitación se apoderó de sus hermanas. Si siempre le habían adorado por su forma de ser abierta, cordial y optimista, ahora el desafío al que se iba a enfrentar le convirtió en un auténtico héroe ante sus ojos. Además, algo en él había cambiado.

Su personalidad había crecido en paralelo con esos sueños de aventuras que ya parecía acariciar, e incluso su apatía por las materias escolares se transformó en auténtica ansia por saber.

Posiblemente algo le hizo comprender que los conocimientos que le estaban ofreciendo en Dulwich College no eran algo abstracto, sino que iban a serle de provecho en un futuro próximo. Y así, tanto sus compañeros, a quienes a Ernest le faltó tiempo para contarles sus planes, como sus profesores, a los que sus padres comunicaron la decisión —aunque no embarcaría hasta abril—, notaron un cambio sin precedentes en su comportamiento. La desgana que había mostrado durante años se convirtió en un interés real, sobre todo por aquellas materias que pensaba que podían serle de utilidad, como las matemáticas, que eran fundamentales para manejar el sextante y las tablas de navegación, y en las que ese trimestre quedó el tercero de una clase de veinticinco alumnos. También la necesidad de comunicarse en sus viajes en otra lengua hizo que su alemán, que hasta entonces había sido desastroso, pasase a ser calificado de excelente. Y lo mismo con todas las demás asignaturas: en química quedó el tercero de veinticinco, y en historia y literatura, el segundo de una clase de dieciocho.

Por fin se acercaba el momento y es fácil imaginar el ambiente en su casa. Sus padres afrontaron la incertidumbre y los peligros del viaje como algo inevitable que le haría reconsiderar su mundo de ridículas fantasías; sus hermanas sentían la angustia de una larga separación en la que todo, hasta lo peor, podía ocurrir; e incluso Ernest notaba cómo sus sueños se difuminaban ante una realidad

nueva y dura a la cual tendría que enfrentarse en breve. El 19 de abril de 1890 viajó solo a Liverpool, donde le esperaba un amigo de la familia. Todo lo conocido había quedado atrás y frente a él se abría una nueva etapa de su vida a la que se dirigía con paso decidido.



El joven Shackleton a la edad de 16 años cuando se incorporó como aprendiz al Houghton Tower, luciendo orgulloso el uniforme de la naviera.

§. La más dura de las escuelas

Diez días después Ernest se encontraba a bordo del que iba a ser su primer barco: el *Houghton Tower*, un hermoso velero donde se hizo su

primera fotografía con el uniforme de la compañía, la White Star Line, una de las más importantes navieras británicas, que luego se haría tristemente famosa por construir el *Titanic*.

El día que soltaron amarras tan solo un amigo de la familia se encontraba en el muelle. Este siempre recordaría que le encontró feliz y seguro de sí mismo, aunque en la corta conversación que mantuvieron, Ernest, educado en una familia refinada y muy religiosa, le confesó el brutal impacto que le había supuesto el alcoholismo de la marinería, sus modales violentos y su conversación soez. Poco después el barco izó las velas y, como el destino que empujaba al joven Shackleton, puso rumbo al Sur.

Entre nitrato, heno y mareos

El viaje no fue precisamente un crucero de placer. Durante los primeros días, como todos los novatos a bordo, tuvo que enfrentarse al problema del mareo, que en su caso estuvo agravado por el miedo a que le ocurriese lo mismo que a su abuelo. Según la historia que tantas veces había oído contar en su familia, su antepasado perdió un alto puesto que le habían ofrecido en Ceilán porque no pudo sobreponerse al mareo que le producía el viaje en barco, teniendo que desembarcar en el primer puerto.

Pero después de tres duros días Ernest superó el mareo y ya nada pudo nublar su optimismo. Ni siquiera el memorizar aquel laberinto de palos, mástiles y cabos del velero, cada uno con un nombre y una misión específica, que tenía que recordar sin el menor asomo de duda, puesto que hasta las vacilaciones eran castigadas con el

doloroso golpe de una cuerda llena de nudos. Era el método tradicional de enseñanza, agresivo y cruel para nuestra mentalidad, pero que encuentra su razón de ser cuando la más mínima equivocación durante una tormenta puede conducir a un desastre o incluso a la pérdida del barco.

Sin lugar a dudas, Ernest tuvo suerte al comenzar a navegar en el *Hoghton Tower*. En un tiempo en que los barcos de vapor ya empezaban a amenazar la hegemonía de los de vela, aquel barco simbolizaba el último intento por mantenerla. Con casco de acero, unos mástiles altos y un velamen espectacular, encarnaba el *non plus ultra* de la tecnología de construcción de veleros. Un barco magnífico que cuando tenía vientos favorables, como los que disfrutaron durante la primera parte de la travesía, llegaba a recorrer hasta 600 kilómetros en un día.

Sin embargo, el cabo de Hornos les esperaba al final de tan veloz recorrido por el Atlántico. Era pleno invierno y las temidas aguas hicieron honor a su fama. Una y otra vez las tormentas, los vientos y las corrientes marinas golpearon al barco haciéndole retroceder cada vez que intentaba alcanzar el Pacífico. Hasta que al fin, después de seis semanas de inhumano esfuerzo, lograron forzar el paso y poner rumbo a su destino, el puerto de Valparaíso, donde Ernest gozó de la hospitalidad de una familia escocesa con varias hijas.

Poco después el barco, ahora con una carga de heno, se dirigió a Iquique, donde aquella mercancía fue sustituida por nitratos que tuvieron que embarcar en botes. Todo era tan distinto a su tierra

natal... Al calor sofocante del trópico se unió el ambiente sórdido del lugar y un trabajo agotador que se prolongó durante seis semanas. Y de allí de vuelta a Gran Bretaña, donde llegaron faltos de comida y agua, para recibir el encargo de dirigirse de inmediato a Hamburgo. Hasta que por fin, a finales de abril de 1891, regresaron a Liverpool, al puerto del que habían salido. Había pasado un año desde que zarparon.

En aquel tiempo el joven Shackleton había experimentado toda la dureza de la vida en un barco. Durante meses había estado aislado del exterior en un pequeño espacio donde el capitán era la Ley y un Dios para todos. Había vivido los peligros y las privaciones de la navegación, así como una disciplina que le fue difícil de soportar. Pero también se había sentido unido a los hombres con los que había compartido aquel viaje y, por encima de todo, había descubierto la libertad de los espacios abiertos. El capitán diría de él que era «un testarudo, el muchacho más obstinado que jamás he encontrado», aunque también añadiría con evidente afecto: «pero me gustaría que volviese conmigo al mar⁷». Ernest tampoco se engañó con la experiencia que había vivido, llegando a decir, convencido de sus palabras, que el mar «es una vida dura⁸».

Sin medios para comunicar su vuelta a casa, su regreso fue una sorpresa para todos, en especial para sus ocho hermanas que literalmente saltaron sobre él cubriéndole de afecto y asediándole a preguntas. Pronto volvió a disfrutar, sintiéndose el objeto de la

⁷ Ibid., p. 33.

⁸ Huntford, *Shackleton*, p. 14.

atención, y ahora también del respeto, de toda su familia, lo que multiplicó su elocuencia y su seguridad en sí mismo.

Sella su destino

Había llegado el momento de tomar una decisión sobre su futuro. Su familia, en particular su padre, esperaba que tan dura iniciación le hubiera hecho cambiar de opinión; también sus amigos se mostraban a favor de que renunciase a esa locura de vida en el mar. El viaje había sido un severo aprendizaje para todos los novatos, pero sobre todo para él que mantenía unos principios religiosos y un comportamiento muy diferente al de sus compañeros. Y allí en su casa, volviendo a vivir el ambiente familiar que tanto había echado en falta, asumió lo que deseaba que fuese su futuro.

Dos meses después de su regreso firmó con la naviera un contrato de aprendizaje por cuatro años, que tuvo que contar con la expresa autorización de su padre por ser menor de edad, y a finales de junio volvió a embarcarse en *Hoghton Tower* con una nueva carga para transportar a Iquique. En aquella ocasión, aunque el barco llevaba ocho aprendices, solo dos tenían más experiencia en el mar que él, lo que le permitió ocupar una posición de cierto privilegio.

Sin embargo, su segundo viaje en el *Hoghton Tower* fue más descorazonador que el primero. Aunque la veteranía era un grado que le evitó muchos trabajos desagradables, el capitán era distinto, un profesional mediocre que compensaba sus deficiencias con la disciplina más estricta. Lejos quedaron los tiempos en los que el capitán invitaba a los jóvenes a compartir, de vez en cuando, la

cena en su camarote. También era un hombre menos religioso, algo que como por ósmosis se transmitió a sus hombres, lo que en cierta manera hizo sufrir a una persona como el joven Shackleton, de estrictos principios religiosos e incluso con afán proselitista. La novedad del primer viaje dejó paso a la rutina del segundo. El comportamiento libertino de sus compañeros cuando llegaban a un puerto le desagradaba, y la travesía también fue diferente. Mientras que el capitán anterior era un hombre en cierta forma refinado y culto, que amenizaba algunas veladas tocando música y había puesto una bien surtida biblioteca a disposición de la tripulación, el nuevo no prestaba la menor atención a estos temas y, en consecuencia, la literatura, que tanto había llenado sus horas en el viaje anterior, ahora era casi inexistente, tanto en las charlas como en las estanterías del barco. En particular la poesía había quedado reducida a un único libro, cuyo autor, Henry Longfellow, por desgracia no se encontraba entre los preferidos de Ernest, quien en aquellos tiempos adoraba a Milton. En cualquier caso, nuestro veterano aprendiz lo leyó una y otra vez hasta sabérselo de memoria. También aprovechó la tranquila navegación por el Atlántico para devorar los libros que había llevado consigo y los pocos que pudo encontrar en el barco.

Para todos resultaba evidente que no era un joven corriente. Su carácter extrovertido, su elocuencia y su nivel cultural le hacían destacar por encima de sus compañeros que, entre sorprendidos y admirados, escuchaban sus líricos, fluidos y espontáneos comentarios sobre el estado de la mar y del cielo, especialmente en

los atardeceres, cuando su vena poética parecía alcanzar su máxima expresión. Por otra parte, su disposición para aprender y realizar con rapidez y precisión las tareas que le eran encomendadas no pasó desapercibida para los oficiales, que le distinguían con una confianza muy superior a la que dispensaban a los otros aprendices, quienes, lejos de sentirse molestos por este trato de favor y reconociendo tanto sus conocimientos como su forma de ser honesta y leal, comenzaron a referirse a él como «el cuarto oficial⁹».

Como en el viaje anterior, la llegada al cabo de Hornos marcó el inicio de una difícil prueba. Si bordear Tierra del Fuego para acceder al Pacífico siempre era una dura experiencia para los veleros, en esta ocasión la violencia del mar, el viento y las corrientes fue superior a todo lo imaginable. El joven Shackleton tuvo un ataque de lumbago como consecuencia de permanecer con las ropas completamente mojadas y dormir en una cama empapada durante semanas. Sin embargo, dentro de los dolores que le causó, pudo considerarse afortunado, dado que un oficial y ocho marineros sufrieron serias lesiones, y otro tripulante desapareció cuando un golpe de mar lo arrojó por la borda, no siendo posible ni echar un bote para rescatarlo. Finalmente lograron sobrepasar el cabo de Hornos, dejar la mercancía, volver a cargar otra y navegar de vuelta a Inglaterra adonde llegaron el 15 de mayo de 1892, once meses después de haber salido. No había sido una travesía sencilla, y durante el poco tiempo que pudo pasar en su casa de vacaciones,

⁹ Mill, op. cit., p35.

sus hermanas y sus amigos fueron el refugio donde olvidar tantos sinsabores.

Entre los hielos de dos mundos

Pero si alguien albergaba todavía alguna esperanza de que la dureza de la vida en el mar fuese a desanimar al joven aprendiz y a recluirle de nuevo en tierra, estaba muy equivocado. Pese a que cada vez le disgustaba más la férrea disciplina del *Hoghton Tower*, un mes después de desembarcar volvió a estar en la cubierta del navío para un nuevo viaje, esta vez rumbo a la India con un cargamento de sal. Si se había quejado de la disciplina de los viajes anteriores, los nuevos oficiales mostraron una dureza que rayaba en la crueldad. En las frecuentes cartas que escribía a su familia y amigos, y que enviaba desde los puertos donde recalaban, no se molestaba en ocultar que estaba asqueado del barco. Y como si el cabo de Buena Esperanza hubiera querido emular la severidad de la oficialidad, les recibió con una violenta tormenta que descargó toda su furia sobre ellos. Shackleton, que estaba al timón, recordaría que, pillados por sorpresa, no tuvieron tiempo ni de recoger las velas, y el viento huracanado las desgarró como si fuesen de papel.

Durante horas permanecieron a capricho de unas olas que barrían la cubierta y amenazaban con hundir el barco en cada embestida. Aquel temporal parecía no tener fin, y fue tal el pánico que sintieron aquellos curtidos marineros que, convencidos de que pronto rendirían cuentas a Dios, quisieron al menos guardar las formas y, según escribiría posteriormente Ernest en una carta a sus

hermanas, «no se escuchó en toda la noche ni una maldición ni una blasfemia¹⁰».

Contra todo pronóstico lograron cruzar el fatídico cabo, aunque el mal tiempo les acompañó durante días y días. De repente, como si los elementos quisieran equilibrar los malos ratos que les habían hecho pasar, una combinación de vientos favorables, maestría en la navegación y las cualidades de su barco les hizo vivir una de esas experiencias inolvidables en un velero: volar sobre las olas hasta recorrer 3.000 kilómetros en tan solo seis días.

Finalmente, cuatro meses después de zarpar de Inglaterra, alcanzaron el delta del Ganges, donde permanecieron por espacio de dos meses. Allí un mundo nuevo, colorista y sensual, se ofreció a los ojos del joven Shackleton, que además tuvo la oportunidad de participar en una cacería de rinocerontes invitado por el Comisionado británico de la región y otros caballeros ingleses.

Sin embargo, pese a tan excitantes experiencias, el tiempo que permanecieron anclados se convirtió en una larga prueba para su paciencia. Si consiguió superarla fue solo gracias al agotador trabajo de estibar la carga, a su recurrente afición por la lectura y a las largas horas que dedicaba a escribir a familiares y amigos. En sus cartas les instaba a que le respondiesen con verdaderas epístolas, no mediante simples postales con una lacónica frase.

Fueron tiempos de soledad donde se quejaba de haber escrito medio centenar de cartas y de haber recibido solo una treintena. Nunca sabremos si ese deseo de recibir cartas de familiares y amigos

¹⁰ *Ibíd.*, p. 38.

estaba motivado por la necesidad de sentirse acompañado o por algo que comenzaba a abrirse paso en su carácter: el impulso de impresionar a los que le rodeaban, haciéndoles sentir que era alguien diferente. En este caso, alguien con un gran número de familiares, amigos y conocidos tan interesados en él como para escribirle con asiduidad.

Puede que este comportamiento tuviera que ver con las diferentes actitudes que tenía ante la vida con respecto a sus compañeros. Si bien era una persona extrovertida, divertida y afable, su espíritu religioso hacía que cuando llegaban a puerto no participase con ellos ni en sus ruidosas borracheras, ni en sus visitas a locales de más que dudosa reputación. Ante los ojos de los demás marineros, esta singular actitud suya, unida a su interés por la literatura y en especial a su pasión por la poesía, le hacían parecer alguien distinto, alguien especial. «El amigo Shacks —como entonces solían llamarle—, siempre enfrascado en sus libros¹¹».

Sea como fuere, el caso es que esa Navidad fue una de las peores de su vida. Le oprimía la disciplina sin sentido del barco y no compartía ni las aficiones ni los gustos de sus compañeros. Pero tampoco se sintió mejor cuando volvió a su casa; las pequeñas y mezquinas preocupaciones diarias de sus seres queridos no eran comparables a la grandiosidad de sentir la naturaleza en todo su esplendor, de poder dominar la furia del viento para hacer que el barco cabalgase las olas o de dejarse atrapar por el embrujo de la noche estrellada. No se sentía ni de aquí ni de allí, y su

¹¹ Huntford, op. cit., p. 16.

desesperación crecía cuando trataba de imaginarse cuál podría ser su futuro.

Y mientras él contemplaba con impotencia cómo algo le separaba de unos y de otros, tratando de disimular con su mejor sonrisa y actitud la desilusión vital que le atenazaba, al otro lado del mundo, en la misteriosa y distante costa de la Antártida, una flota de balleneros del puerto escocés de Dundee se abría paso entre los hielos, el Ártico había sido esquilado y querían probar suerte en aquel nuevo territorio donde parecían abundar los cetáceos. Qué lejos estaba todo aquello de nuestro «amigo Shacks», inmerso en su propio viaje interior, donde también trataba de abrirse paso entre los hielos de dos mundos que nunca llegaría a saber aunar.

El roce de la muerte

El inicio del año de 1893 fue terrible. Como si su lucha interna se hubiese transmitido también al mundo físico que le rodeaba, comenzaron los problemas y las dificultades a su alrededor. Nada más levar anclas del puerto de Chittagong —en el actual Bangladesh—, una explosión en el remolcador que les arrastraba por entre los meandros del río les hizo perder de tal forma el control del barco que a punto estuvieron de embarrancar. Luego comenzarían las penalidades para toda la tripulación. Después de cruzar el golfo de Bengala procedieron a cargar arroz en uno de los puertos de la India, algo que en principio no hubiera sido problemático de no ser porque diariamente tenían que subir al barco en una cadena humana 2600 sacos de 80 kilos de peso cada

uno. Durante unos días el enérgico marino se excusaba en sus cartas por no poder escribir mucho, ya que tenía las manos en carne viva debido al roce con el tejido de los sacos.

Finalmente le llegó su turno personal de desgracias. En la isla de Mauricio, donde descargaron el arroz, contrajo unas fiebres que le hicieron permanecer en cama durante los casi tres meses que duró la travesía hasta Australia. Allí fue acogido en casa de unos familiares lejanos, cuyas atenciones y desvelos, que con total seguridad le recordaron el calor de su lejano hogar, consiguieron que se recuperase con rapidez.

En Australia recibieron la orden de dirigirse a un puerto chileno para cargar y, de nuevo, hacerse a la mar. Durante el trayecto, una tarde un marinero falleció. Fueron los aprendices quienes recibieron la orden de velar su cadáver esa noche, antes de proceder a la ceremonia de su sepelio al día siguiente. En sus cartas a casa, el joven Shackleton no se privó de aclarar que el motivo de tan estricta vigilia no había sido el fervor religioso o el sentimiento de camaradería, sino otro más prosaico: impedir que las ratas se comieran el cadáver durante la noche.

Días después, una violenta tormenta volvió a sacudir al barco. Los vientos eran tan fuertes que los mástiles fueron cayendo a cubierta uno tras otro acompañados de una maraña de cabos que aplastaban todo a su paso. Los hombres se movían por cubierta intentando poner orden en aquel desastre; uno de ellos era el recién repuesto enfermo. De repente, un pesado estay¹² se desplomó y

¹² Cabo que sujeta la cabeza de un mástil al pie del más inmediato para darle resistencia.

golpeó la cubierta en el mismo punto donde él había estado unos segundos antes. El impacto fue tan violento que rebotó hasta una altura de 10 metros. «Como os podréis imaginar —escribiría a su casa—, inmediatamente los marineros y los oficiales corrieron para ver si estaba vivo¹³». Por fortuna, la historia de nuestro explorador no acabó trágica y prematuramente aquella noche.

Después de arreglar los desperfectos continuaron rumbo a Chile, donde hicieron varios viajes de cabotaje. En uno de los puertos, cuando volvía de un oficio religioso se topó con una pelea entre unos policías y un grupo de marineros borrachos de su barco. Enseguida trató de mediar, pero solo consiguió enfurecer más a los guardias que, pensando que era el cabecilla, arremetieron contra él, hasta el punto de obligarle a huir a todo correr por las calles del puerto, perseguido de cerca por la policía. Por suerte consiguió esconderse en casa de un compatriota que hablaba español y que después le acompañó a la comisaría para aclarar que todo había sido un malentendido.

A principios de diciembre el *Hoghton Tower* recibió la orden de dirigirse a Irlanda, lo que en cierta forma significaba casi regresar a casa; pero nada más zarpar tuvieron que enfrentarse a fuertes vientos contrarios que les desarbolaron de nuevo, obligándoles a dirigirse a Valparaíso para reparar los cuantiosos desperfectos. Como si el barco y el joven Shackleton estuvieran unidos por una conexión invisible, le tornaron las fiebres y tuvo que ingresar en el hospital británico de la ciudad para someterse a tratamiento. Allí,

¹³ Mill, op. cit., p. 41.

como siempre, su temperamento abierto y comunicativo rompió todas las barreras y un destacado ciudadano británico decidió alojarlo en su propia casa, donde le dispensó los mismos cuidados que a un hijo hasta su completa recuperación.

Mientras él se recuperaba en Valparaíso, 4.000 kilómetros más al Sur dos barcos balleneros noruegos se acercaban a la Antártida siguiendo los pasos de la flota ballenera escocesa que había probado suerte en aquellas aguas el año anterior. Y, coincidiendo con el cumpleaños del convaleciente aprendiz, consiguieron cruzar el Círculo Polar Antártico. Uno de ellos por la zona occidental de la península Antártica y el otro, el *Jason*, al mando del capitán Larsen, por la zona opuesta: por el temido mar de Weddell. Nada supo el joven Shackleton de todo aquello. Nunca hubiera podido ni imaginarse que su destino le llevaría veinte años después a aquellas aguas para escribir una de las páginas más brillantes de la historia de la navegación. En aquel momento, él era un aprendiz que trataba de intuir cuál sería su futuro, mientras anhelaba un retorno a casa que ya se estaba dilatando demasiado.

Finalmente, con el barco reparado y con un nuevo capitán, puesto que las tensiones habían agotado por completo al anterior, se dirigieron hacia Europa. Durante el viaje de vuelta Shackleton contaba con orgullo a todo aquel con que él se topaba —y en el barco era difícil no encontrarse con él varias veces al día— que había recibido trescientas cartas, evidentemente una cifra muy superior a la de cualquiera de sus compañeros, e incluso puede que un récord para toda la marina mercante.

Sin embargo, la tan esperada llegada a casa se retrasó porque el barco fue enviado a Francia donde permaneció por espacio de un mes, un tiempo en apariencia corto pero que a nuestro aprendiz se le hizo interminable. Por fin, el 3 de julio de 1894 regresó a Inglaterra después de un viaje de más de dos años de duración. Tres meses después su período de formación terminó, al pasar con holgura sus exámenes para oficial. Ernest, el estudiante díscolo, el aprendiz testarudo y decidido, el amigo Shacks siempre optimista, bromista y dicharachero, el joven Shackleton, se había convertido en un flamante, distinguido y orgulloso oficial de la marina mercante, que a sus 20 años había atravesado cinco veces el cabo de Hornos, una el de Buena Esperanza y había dado la vuelta al mundo. Y sobre todo había adquirido fama de persona íntegra y de muy buen marino.

§. Un joven de mundo

Desde hace años vivimos en una sociedad globalizada. La información y las imágenes se transmiten de forma instantánea de un punto a otro del planeta, el comercio pone en nuestras manos mercancías y productos traídos desde los lugares más remotos, y el abaratamiento de la aviación ha permitido la eclosión de millones de turistas que inundan hasta los últimos rincones del mundo para volver cargados de vivencias, fotografías y objetos. Pero eso no ha sido así siempre y no lo era, por supuesto, cuando nuestro joven aprendiz empezó a navegar.

Si bien los trenes unían países y los barcos atravesaban mares y océanos, los viajes duraban meses, los inconvenientes y los peligros eran grandes y el coste de los pasajes resultaba tan exorbitante que únicamente estaban al alcance de un reducido número de millonarios. Aunque se comerciaba con los objetos más curiosos procedentes de los países más exóticos, los precios con los que llegaban después de cruzar medio mundo los hacía inasequibles para la gran mayoría de la población. Eran tiempos en los que la televisión no existía, ni siquiera la radio, y el acceso a conferencias era muy limitado. Es verdad que la prensa había puesto de moda la exploración y organizaba sus propias expediciones a los lugares más distantes, pero solo las personas que sabían leer podían seguir estas aventuras en los periódicos, que, de vez en cuando, se ilustraban con una foto o un grabado.

Por lo tanto es sencillo imaginar la expectación que despertaban los pocos afortunados que habían «visto mundo», como se solía decir hasta hace poco. Y si se tenía la suerte de que el viajero poseyera facilidad de palabra, hubiera sentido la emoción de lo desconocido y tuviera la necesidad imperiosa de comunicar lo que había visto y vivido, el éxito de sus charlas y sus tertulias estaba garantizado. Pero, si además de todo esto, el viajero era un soñador y un romántico, capaz de cautivar con un lenguaje culto y florido, cargado de bromas y de guiños poéticos, como era el caso del joven Shackleton, podemos estar seguros de que el auditorio permanecería escuchándole embelesado, entretenido y divertido durante horas y horas.

Tampoco es difícil imaginar el efecto que este público rendido tenía sobre él. Si desde pequeño le gustaba ser el centro de atención por sus embustes e historietas, ahora que se sabía conocedor de una realidad distinta, exótica y sorprendente, su elocuencia ganó cuerpo y seguridad. Las caras aterrorizadas, risueñas o admiradas de sus hermanas, familia, amigos y conocidos al narrarles sus aventuras, no solo le compensaban con creces los malos momentos pasados en el mar, sino que reafirmaban su personalidad y su audacia ante la vida. Podía ser un camino duro, pero pronto comprendió que no tenía otra opción que seguir su destino.

Tras la vela, el vapor

Ahora era un oficial y comenzaba una nueva etapa de su vida. Sus cuatro años de aprendizaje en el Hoghton Tower habían quedado atrás y tenía que buscar un trabajo propio de su recién estrenada condición. Si bien había aprendido a navegar en velero, era consciente de que los tiempos de la vela estaban tocando a su fin empujados por los nuevos barcos de vapor cada vez más potentes y rápidos. Si en algún lugar de su corazón tuvo cabida la visión romántica de la lucha contra el viento para utilizarlo en beneficio propio, pronto quedó sepultada por la racionalidad de utilizar la fuerza de las máquinas para enfrentarse tanto a la mar enfurecida como a la calma chicha. La vela ya formaba parte del pasado y el futuro sería el vapor.

Podía haber intentado buscar un puesto como oficial de un barco de vapor en su misma naviera, pero algo le hizo pensar que comenzaba

una nueva etapa y para ello tenía que romper con el pasado. Sabía que tenía unas referencias brillantes y que no le sería difícil encontrar un destino en otra compañía, pero Shackleton no era de los que perdían el tiempo recorriendo oficinas, presentando sus credenciales y esperando a que alguien invisible tomase una decisión sobre su futuro. Si había un atajo y podía contactar directamente con la persona adecuada, por qué no hacerlo. Era evidente que él no conocía a esa persona, pero para eso había estudiado en Dulwich College, una de las mejores instituciones educativas, y el pertenecer a un College crea unos lazos de unión muy especiales entre los estudiantes, todos se sienten como una gran familia y una de las características de la vida familiar es el ayudarse los unos a los otros. En Dulwich, entre sus antiguos compañeros, alguno tenía que conocer a alguien importante en el exclusivo mundo de las navieras. Solo era cuestión de encontrarlo.

Así fue, y en el otoño de 1894 se dirigió acompañado por uno de sus viejos compañeros a las oficinas de la Welsh Shire Line —naviera que todavía hoy sigue operando—, donde les esperaba un amigo de este, el hijo del fundador de la compañía. El encuentro no pudo ser más cordial: sus referencias, su porte franco y directo, y el apoyo de su compañero de Dulwich hicieron que aquel testarudo aprendiz del velero Hoghton Tower saliera de la oficina convertido en un flamante cuarto oficial del vapor Monmouthshire.

Sin embargo, el amigo Shacks nunca subió a ese barco con esa categoría. Unos días después de la entrevista, su compañero de Dulwich volvió a encontrarse con aquel amigo de la Welsh Shire

Line, quien, casi sin mediar palabra, le sorprendió con el siguiente comentario: «Vaya cara la de ese Shackleton... fue a ver el barco y volvió para decirme que no le gustaba el camarote del cuarto oficial y que quería el del tercero» —y evidentemente también su puesto—. El pobre compañero de Dulwich ya estaba deshaciéndose en excusas cuando le escuchó decir: «Y se lo di, me cae bien ese tipo¹⁴». De ese modo, tres meses después de haber conseguido el título, se encontraba navegando como tercer oficial de un vapor en dirección al Lejano Oriente. El cambio fue significativo, pasó de estar hacinado con los otros aprendices en un camarote común a tener el suyo propio. Además, el barco hacía un servicio de cabotaje tanto para carga como para pasajeros, por lo que cada cierto tiempo subían a bordo otras personas con las que charlar. Para alguien extrovertido y curioso como él, esto representó un importante cambio en comparación con los meses de reclusión de su anterior barco, siempre con los mismos compañeros.

Por otra parte, después de las duras jornadas que había vivido en sus anteriores travesías izando velas y ajustando cabos para aprovechar mejor el viento, el desplazarse ahora rítmicamente por las aguas del Mediterráneo camino de Suez proporcionó a Shackleton un sosiego del que antes no había disfrutado. Su mente debió de relajarse soñando con las sofisticadas y exóticas ciudades de China y Japón que pronto visitaría, haciéndole olvidar los sórdidos puertos de nitratos de Chile o las abigarradas y malolientes ciudades de la India que había visitado en sus tiempos de aprendiz.

¹⁴Huntford, op. cit., p. 17.

Y mientras él dejaba volar su imaginación, en enero de 1895 un ballenero noruego, el Antarctic, también a vapor, se abrió paso entre el cinturón de hielos antárticos en busca del mar que medio siglo antes el navegante inglés James Ross había descubierto. Su objetivo era dar caza al gran número de ballenas que, según el testimonio de Ross, lo poblaban. Nadie hasta entonces se había atrevido a volver a cruzar los hielos, por lo que esperaban encontrar el terreno libre y en poco tiempo llenar sus bodegas y sus bolsillos. Pero no fue así. Si bien es verdad que no encontraron otros barcos competidores, tampoco había ballenas que cazar. No obstante, gracias a la fuerza de su motor lograron hacer lo que nadie hasta entonces había logrado: desembarcar en el continente antártico. Sin embargo, aquel logro pasó desapercibido para Shackleton, cuyas ambiciones estaban muy distantes del helado continente y así iban a seguir todavía durante unos cuantos años más.

Por el momento él se encontraba centrado en la nueva etapa de su carrera profesional. La vida en el mar era similar, alternando largos períodos de monótona navegación con las agotadoras tareas de cargar, estibar y descargar el buque, y la paciente espera en puerto hasta conseguir un nuevo flete. Todo esto le era conocido y por ello se preparaba concienzudamente viajando siempre con gran cantidad de libros a los que, como de costumbre y para asombro de sus compañeros, dedicaba horas y horas. Sin embargo, la vida a bordo había cambiado para él de manera radical, ya no era un aspirante a oficial, ahora era uno de ellos y eso, si bien aumentaba

sus responsabilidades y sus horas de guardia, también le reportaba una libertad de movimientos a la que no estaba acostumbrado.

Rompiendo barreras sociales

Para nuestra mentalidad actual, y más para personas ajenas al medio marino, es difícil imaginar la profunda estratificación de la sociedad en aquella época, sobre todo en un barco. Capitán, oficiales y marinería llevaban vidas paralelas, con diferentes alojamientos, comedores y espacios de ocio; a esto se añadía una nueva clase en los barcos a vapor: los ingenieros de máquinas, a quienes los oficiales ignoraban. No era solo que en las conversaciones entre miembros de distintas clases sociales nunca se utilizase el tuteo, al que ahora estamos tan acostumbrados; ni siquiera que se intercambiasen frases autoritarias o respetuosas dependiendo de quién se las dirigiese a quién; la cuestión era que existía un acuerdo tácito, propio del clasismo de la época, para que no mediasen entre distintos estratos más palabras que las estrictamente necesarias y, además, en los barcos ese clasismo hundía sus raíces en el miedo atávico a que la familiaridad pudiera dar paso a la indisciplina y la desobediencia, y por lo tanto a la pérdida de autoridad.

Este también era otro aspecto en el que el joven Shackleton se diferenciaba de sus compañeros. Durante sus cuatro años de aprendiz ya se había acercado a la marinería, en parte empujado por su visible proselitismo religioso, lo que había propiciado que los oficiales no se atrevieran a prohibírselo. Ahora, en su nueva

categoría podía seguir rompiendo las barreras con las otras clases sociales y profesionales. No había en ello ningún planteamiento filosófico o ético, simplemente era su comportamiento natural.

En aquella época cualquier miembro de una familia acomodada estaba acostumbrado al trato con la servidumbre, que solía pasar de ser muy familiar durante la infancia a ir distanciándose en busca de una posición más cómoda para que la autoridad no fuese cuestionada. Sin embargo, él nunca buscó esas posiciones defensivas, puesto que no le hacían falta. Desde muy pequeño había aprendido a salirse con la suya utilizando sus cualidades naturales: mirada franca, sonrisa contagiosa, locuacidad imparable..., incluso su aspecto externo de buen chico. Aquellas armas casi nunca le habían fallado y casi siempre había logrado convencer y hacerse respetar sin grandes problemas. Pero si alguna vez no habían sido suficientes, sus puños habían sabido hacer el resto.

Es probable que esa experiencia se convirtió, con el paso de los años, en una íntima seguridad en sí mismo que le permitiría el acercamiento e incluso la familiaridad con personas de otras clases sociales sin albergar el más mínimo temor a que, llegado el caso, no fuesen a cumplir escrupulosamente lo que les ordenase. Esa seguridad actuaba como una especie de aura invisible pero que cualquiera podía notar y sentir en lo más profundo. Su proceder podía ser franco y amigable, pero había algo en todo su ser y en especial en su mirada que llevaba a sus subordinados a obedecer sus órdenes sin el más mínimo cuestionamiento.

Y así, mientras viajaba por el Mediterráneo camino del canal de Suez y del Lejano Oriente, comenzó su nueva vida de oficial, ampliando sin ambages, aunque con la desaprobación tácita de los otros oficiales, su mundo de relaciones personales entre toda la tripulación. En cualquier caso, la misma espontaneidad y buen humor que le hacía compartir conversación con cualquier miembro de la tripulación le hizo no perder las buenas relaciones ni con su mismo estrato social ni con el capitán, quien siempre encontró en él un joven inteligente, juicioso y trabajador.

En los meses siguientes Shackleton pasaría de los puertos de China y Japón a los de América del Norte, donde llevaría a gala haber coordinado la estiba y entrega de más de 4000 toneladas de diversos materiales sin haber perdido ni un solo paquete. De allí regresaron a Inglaterra en julio de 1895 y pudo pasar unas cortas vacaciones de un par de semanas con su familia, a la que sorprendió con las mascotas que se había traído del viaje: una camada de pequeños caimanes.

Fueron semanas tranquilas en las que volvió a disfrutar del reverencial cariño de sus hermanas y de la admiración de amigos y familiares por sus nuevas aventuras. Con el único contratiempo de que sus mascotas se adueñaron del jardín, aterrorizando a propios y ajenos, hasta el punto de que tuvo que donarlas a un zoológico. Y mientras él descansaba, en Londres tenía lugar el Sexto Congreso Internacional de Geografía, donde un inglés de origen noruego llamado Borchgrevink explicó a los asistentes cómo se había desarrollado el primer desembarco en el continente antártico. Unos

días después, precisamente mientras Shackleton zarpaba de nuevo en el Monmouthshire para un nuevo viaje por el mundo, el congreso de geógrafos hizo una declaración que marcaría un antes y un después en la historia antártica: «La exploración de la región antártica es el trabajo geográfico más importante que falta por llevar a cabo¹⁵». Poco podía imaginarse entonces nuestro joven oficial que muy pronto ese sería su destino.

§. Oficial y enamorado

Como de toda noticia procedente del restringido mundo de la ciencia, los periódicos se hicieron poco eco de esa trascendental declaración del Sexto Congreso Internacional de Geografía que llevaría a las más importantes sociedades geográficas del mundo a presionar a sus gobiernos para organizar, cuanto antes, expediciones para explorar e investigar el misterio de la Antártida. Aunque habían sido descubiertas porciones de tierra en diversos lugares, las impenetrables masas de hielo que parecían ocuparlo todo impedían poder concluir qué era la Antártida, si era un único continente cubierto de hielo y nieve o un conjunto de islas, de mayor o menor tamaño, que incluso podían rodear a un gran mar interior donde se encontrase el Polo Sur Geográfico.

Pero aun en el caso de que la prensa hubiera destacado la decisión de los científicos y la problemática geográfica de la Antártida, Shackleton no lo habría podido leer, porque ya se encontraba otra vez a bordo del *Monmouthshire* rumbo a los mares de la China y del

¹⁵ Baughman, *Pilgrims on the Ice*, p. 5

Japón. Fue un largo viaje de nueve meses que aprovechó para preparar exhaustivamente los exámenes de primer oficial. Y consiguió superarlos. En mayo de 1896 obtuvo el título y la compañía le promocionó en el acto con un puesto de segundo en un mercante de mayor porte, el *Flintshire*.

Poco después, en su nuevo barco volvió a salir para otra larga navegación que le llevaría una vez más al Lejano Oriente, desde donde cruzaría el Pacífico hasta San Francisco, para después regresar a Inglaterra bordeando América del Sur y el cabo de Hornos. Sin lugar a dudas, un recorrido que le tuvo que hacer recordar sus primeras experiencias como aprendiz en un barco de vela, de las que no hacía tanto tiempo. Cualquiera en su situación se hubiera sentido orgulloso de su carrera profesional, pero él no lo estaba.

Algo se removía en su interior. De nuevo sentía la insatisfacción vital que ya le había atormentado cuando decidió navegar. Una sensación difícil de explicar, y más a sus compañeros. Se sabía apreciado por todos, tanto en lo profesional como en lo personal; a los veintitrés años ya era primer oficial y estaba preparando los exámenes para capitán, luego en poco tiempo podría dirigir su propio barco. Sí, eso era lo que había deseado cuando dejó sus estudios, pero ahora aquel sueño ya no le satisfacía.

Para alegría de toda su familia, por fin, después de ocho años, pudo volver a su casa a tiempo de celebrar su cumpleaños con todos, pero ni siquiera este acontecimiento contribuyó a su serenidad interior. Ni tampoco el que cuando embarcara de nuevo lo hiciera en

compañía de un considerable número de pasajeros. Si bien esto último le permitiría entablar conversación con alguien más que con sus compañeros de siempre, con los que los temas ya se habían repetido hasta la saciedad, nuestro marino no lograba acallar su angustia vital.

Quería algo más, deseaba hacer algo más, algo grande. Ni siquiera sabía poner palabras a su motivación interna, a su anhelo de ser algo más que un capitán anodino de un barco todavía más desconocido y pasarse la vida recorriendo el mundo y transportando cosas y personas de aquí para allá. Él quería hacer algo magnífico. Se sentía con capacidad y vitalidad para lograrlo. Pero no sabía qué quería ni, por lo tanto, en qué dirección encaminar sus pasos para conseguirlo. Solo sabía que tenía que cambiar, que no podía permanecer así por más tiempo. Al menos tomó la firme decisión de dejar ese barco y buscar otro. Pero no lo hizo, porque una fuerza más poderosa se cruzó en su camino: el amor de su vida.

Shackleton se enamora

En este estado de intranquilidad interior volvió a casa. A los ojos de todos seguía siendo el marino, el viajero, el hombre de mundo que regresaba con la maleta cargada de objetos extraños y sorprendentes, con la cabeza llena de nuevos colores, olores y sensaciones y con el alma libre y vigorosa por su comunión con el mar y la naturaleza. Para todos continuaba pareciendo el hermano, el pariente, el amigo siempre extrovertido, bromista, animado y buen conversador, pero en su interior algo sucedía. Y en ese preciso

momento de incertidumbre vital apareció una mujer que le deslumbró y a la que se sintió inmediatamente unido. Puede que en aquel instante todavía no por el flechazo del amor, pero sí, al menos, por los firmes lazos de una amistad basada en gustos, aficiones y sentimientos comunes.

Fue en su propia casa y era una de las amigas de sus hermanas. Nunca sabremos si el encuentro fue fortuito o formó parte de un plan urdido por ellas. El caso es que Emily Dorman entró en su vida con la fuerza de una tormenta tropical. Durante las escasas semanas que él tenía de vacaciones trataban de pasar juntos el mayor tiempo posible, y la amistad dio paso al amor, al menos en el caso de Ernest. Su presencia, su conversación, su sonrisa, le hicieron olvidarse de todo, incluso de que había decidido buscarse un nuevo barco.

Ese olvido hizo que, a mediados de julio, tuviera que volver a partir en un tercer viaje con el *Flintshire*, que le llevaría otra vez al mar del Japón y desde allí a una nueva vuelta alrededor del mundo pasando por varias ciudades del noroeste de Estados Unidos, la costa pacífica de todo el continente americano, el cabo de Hornos y Marsella, para terminar de nuevo en Inglaterra. Un periplo de siete meses, corto en comparación con otros viajes, pero interminable para alguien que por primera vez estaba deseando volver a donde sentía que iba a encontrar su auténtico puerto.

Por fin regresó en febrero de 1898 con dos semanas de vacaciones, que utilizó para salir con Emily día tras día y, por supuesto, el mayor número de horas posible. Su llegada coincidió con la salida

de una expedición belga a la Antártida, en la que viajaba un noruego que luego se haría mundialmente famoso: Roald Amundsen, quien para Shackleton todavía no representaba nada. Si su cabeza aún permanecía alejada de la exploración antártica, no menos su corazón, que en aquellos momentos soñaba con algo diametralmente opuesto a los fríos polares.

Emily era una muchacha alta, morena, de buena figura; puede que no fuese muy bella pero tenía un atractivo especial y, detrás de unas formas dulces, se adivinaba un carácter firme. Su gusto por la poesía creó entre ellos un lenguaje común donde los dos podían expresar sus sentimientos. Había recibido una educación exquisita, como correspondía a una familia de alta posición, y sus conocimientos de arte, pintura y literatura impresionaron al joven Shackleton, que, de forma autodidacta, desordenada y posiblemente acrítica, trataba de llenar durante sus viajes, a fuerza de largas e intensas sesiones de lectura, las lagunas culturales derivadas del abandono prematuro de los estudios.

No era la primera mujer en la vida de Shackleton. Es evidente que todas las amigas de sus siete hermanas tuvieron que estar un poco enamoradas —y algunas un mucho— de aquel muchacho encantador, capaz de contar las historias más insospechadas y al cual el trabajo en el mar había torneado los músculos y bronceado la piel. Además, era habitual que tanto los aprendices como los oficiales, en sus estancias en puerto, de semanas y a veces de un par de meses, asistiesen a las fiestas e incluso frecuentasen las casas de la colonia británica en el lugar. De las jovencitas que fue

conociendo en uno y otro lugar daba buena cuenta en su correspondencia. Pero Emily fue la primera de la que se enamoró, y el hecho de que fuera seis años mayor que él no pareció importarle demasiado.

La novia perfecta

Era de una familia de elevada posición social y económica. Desde pequeña, siguiendo las costumbres de la época, supo que debía prepararse para un matrimonio que, en última instancia, debía ser decidido por su padre o, en caso de que este faltase, por su único hermano, que era mayor que ella. Por lo tanto aprendió a guardar distancia, tanto física como afectiva, con los numerosos pretendientes que fue teniendo, algunos más atraídos por su riqueza que por sus encantos, un tema que su familia siempre se encargaba de recordarle. Sus modales, su gusto, su cultura, su facilidad de palabra y otros muchos talentos la convirtieron en la perfecta maestra en el arte de saber enamorar, pero controlando siempre sus impulsos.

Esta actitud, lejos de disgustar a nuestro joven oficial, supuso un acicate para su cortejo. Pese a su origen británico, el comportamiento de Shackleton en este trance recuerda un poco al de nuestro Don Juan, pues parecía motivarle más la pasión por seducir que el propio objeto de seducción. Sea como fuere, el caso es que aquellas dos semanas fueron cruciales para la vida de Ernest y Emily, aunque sobre todo para él. Cuando tuvo que volver a

embarcarse en el *Flintshire* sintió que parte de su corazón se quedaba atrás, con ella.

Afortunadamente el viaje se preveía más corto de lo habitual. Además, la separación, si bien le torturaba, le permitió acrisolar y purificar sus sentimientos, para lo que le ayudó mucho un regalo que ella le había hecho y el cual le acompañaría durante el resto de su vida: la poesía de Browning, a través de la cual se sentirían en comunión espiritual por siempre. El viaje le sirvió también para presentarse en Singapur a los exámenes para capitán, que pasó de forma satisfactoria. A partir de aquel momento ya estaba cualificado para mandar cualquier barco de la marina mercante. Pero aquel logro, que para muchos hubiera sido la cúspide de su carrera, a Shackleton ya no le satisfacía. La angustia vital por querer hacer algo grande ahora se vio acrecentada por la necesidad de ofrecer a Emily algo digno de su nivel social.

De nuevo regresó y una vez más tuvo que volver a partir. No pudo estar con ella todo lo que hubiera deseado, solo unas escasas semanas. Se sentía azorado y cada vez más decidido a dar un nuevo cambio a su vida. Las largas guardias, las horas bajo las estrellas, la inmensidad del mar, la lentitud con que pasaban los días, todo podía haberle empujado a la melancolía, la laxitud y la soledad, pero no fue así. Si bien las cartas a su amada desplazaban a las de familiares y amigos, y no dejaba de buscar refugio en la poesía de Browning, que en cierta manera le proporcionaba una comunión de sentimientos con ella, nunca descuidó sus obligaciones profesionales. Por fuera seguía siendo el Shackleton de siempre, el

oficial concienzudo que conversaba animadamente con tripulación y pasaje y que no desaprovechaba la más mínima oportunidad para organizar cualquier actividad recreativa que permitiera relajar los ánimos y elevar los espíritus. Pero en su interior se sentía atenazado por una situación que le impedía volar hacia su amada. Finalmente tomó una decisión: con el nuevo año cambiaría de vida.

Su regreso a puerto coincidió con el comienzo de 1899, y ese mismo día envió una carta a la naviera anunciando su renuncia. La carta fue recibida por sus jefes con sorpresa y disgusto; no les gustaba perder a un oficial que, en opinión de todos los capitanes que le habían tratado, tenía dotes de mando y cualidades profesionales y personales por encima de lo normal. Pero su suerte estaba echada. Si quería conseguir a Emily (ya vería qué hacía después con su angustia vital), lo primero era demostrarles, tanto a ella como a su padre, que era un joven con futuro. Y tenía serias dudas de que a cualquiera de los dos —pero en especial al padre— le impresionase mucho que fuera el capitán de un barco trotamundos. Necesitaba algo más y tenía una idea clara de cómo conseguirlo.

Bajo la enseña azul

Una vez más recurrió a su antiguo compañero de estudios. Este volvió a contactar con sus conocidos. Pocos días después Shackleton era contratado por la Union Castle Line y en el mes de marzo zarpaba como cuarto oficial en el *Tantallon Castle*. En apariencia podía parecer que había bajado de categoría, puesto que su anterior cargo había sido de segundo, pero la realidad era muy

distinta. La Union Castle Line era una floreciente compañía cuyos barcos correo cubrían el servicio entre la metrópoli y África del Sur. En la actualidad, el término «barco correo» puede provocar un cierto malentendido, pero en aquellos tiempos eran los barcos más rápidos, en los que la mejor tecnología naval se ponía al servicio del transporte de pasajeros y de mercancías valiosas. En un mundo donde todavía no se había producido el vuelo de los hermanos Wright, los barcos correo eran el medio de transporte más rápido y por lo tanto más caro y más selecto; sus pasajeros eran la élite de la sociedad y las mercancías que transportaban eran productos de gran valor comercial. El correo postal era uno de estos productos, pues aunque ahora ha quedado reducido a un valor testimonial, en aquellos años todavía representaba la espina dorsal que sustentaba el poder económico del Imperio británico, que era como decir de la economía mundial.

Shackleton había dejado definitivamente los descuidados, sucios y malolientes buques mercantes para incorporarse a unos barcos de porte imaculado, dotados con las más sofisticadas comodidades para sus distinguidos pasajeros y contruidos para batir todos los récords de velocidad y seguridad. De tener que realizar viajes interminables que le hacían vagar de un puerto a otro en busca de carga, ahora iba a trabajar en un servicio que llevaba a gala la rapidez y la puntualidad. Lo que a él le garantizaba viajes mucho más cortos y periodos más largos de descanso en su casa, es decir, de más días para poder ver a su amada Emily.

A partir de ese momento navegaría bajo «la enseña azul», un símbolo distintivo —y distinguido— que significaba que el barco estaba realizando servicios de interés para la sociedad. Desde el punto de vista de la consideración social de la época victoriana, suponía una posición intermedia entre la enseña blanca, exclusiva de los barcos de la Armada, y por lo tanto la de mayor prestigio, y la enseña roja de los barcos mercantes, bajo la que hasta ahora había navegado.

Se encontraba a las puertas de un mundo, sino nuevo, sí al menos muy diferente. Aunque con el paso de los años se había ganado el respeto de los oficiales con los que había navegado, para sus nuevos compañeros iba a ser un perfecto desconocido, un simple oficial de uno de los miles de buques mercantes del Imperio británico. Podía incorporarse a su nuevo destino y dejar que poco a poco le fueran conociendo, pero eso era un largo camino para una persona tan impulsiva como él. Por lo que planeó con minuciosidad una estrategia para ofrecerles desde el primer momento la imagen por la que quería que le reconociesen.

Así, no habían pasado ni veinticuatro horas desde que había firmado el contrato cuando se dirigió a los muelles de las Indias Orientales —en aquellos tiempos los más selectos de Londres— donde estaban amarrados los nuevos barcos, entre ellos el suyo. Era una fría mañana de enero, sin embargo él se presentó bien vestido, aunque ostensiblemente sin abrigo, llevando bajo el brazo dos libros de poesía. Ni que decir tiene que a los pocos minutos hablaba animadamente con los otros oficiales sobre poesía, en especial del que ya era su poeta favorito, Browning. Estaba claro el

mensaje que quería transmitir y, según el testimonio posterior de alguno de sus compañeros, logró comunicarlo con facilidad y precisión. Shackleton entraba con pie firme en su nuevo puesto.

§. Vislumbra un futuro

Tal y como se había propuesto, cuando embarcó en su nuevo barco, el *Tantallon Castle*, todo el mundo era consciente de su carácter extrovertido, su locuacidad y su pasión por la poesía, que le confirió un estatus de persona culta. De inmediato sus compañeros vieron la posibilidad de cederles las obligaciones relacionadas con la atención a los pasajeros, que para muchos representaban un auténtico suplicio. Él aceptó gustoso, porque ocuparse del pasaje le permitía relacionarse, organizar actividades y lucir sus conocimientos, y le ofrecía la oportunidad de conocer personas influyentes que quizá en alguna ocasión podrían hacerle falta para algo. En poco tiempo fue capaz de ganarse el respeto de sus compañeros, que entendieron que se encontraban ante un buen profesional, minucioso y trabajador, además de una buena persona, a la que no le gustaba ese mundo de habladurías y cotilleos propios de los espacios reducidos; es decir, alguien en quien podían confiar. Su fama de persona con gran capacidad de palabra, que podía llegar a teñir de un lirismo poético el comentario más prosaico, llegó a convertirse en leyenda el día en que el capitán decidió probar si era cierto lo que se decía de él. Así, una mañana, aprovechando que Shackleton era el oficial de guardia, el capitán se presentó en el puente de mando y le preguntó enérgico y en voz alta: «Sr.

Shackleton, ¿la esfera terrestre luce sus mejores galas?». Sin mediar ni un segundo, aquel le contestó: «No, señor. El fulgor del dios Sol está temporalmente eclipsado por la brumosa condición de la atmósfera que nos envuelve¹⁶». Como es lógico, el diálogo fue seguido con interés y placer por todos los que se encontraban en el puente de mando, a quienes les faltó tiempo para ir con el cuento a toda la tripulación y parte del pasaje, lo que contribuyó a acrecentar aún más la fama de este peculiar cuarto oficial.

Después de años viajando en mercantes donde los olores de la carga se mezclaban con los de la suciedad y el abandono, la vida en el nuevo barco supuso un cambio importante para él. El trato con un pasaje culto y distinguido fue un acicate para esmerar todavía más sus modos. Y por si todo esto fuera poco, los viajes duraban exactamente dos meses y después tenía un mes entero de vacaciones; un auténtico lujo para alguien que se había acostumbrado a zarpar y no saber nunca cuándo regresaría. Además, por primera vez en su vida necesitaba regresar lo antes posible y estar en tierra cuanto más tiempo mejor, puesto que no era el único pretendiente que tenía Emily y sabía que sus competidores no le darían tregua mientras él estuviese embarcado. Por otra parte, más allá del simple espíritu de competición, necesitaba verla, escucharla, decirle todo lo que significaba para él. En una de aquellas vacaciones, el amigo Shacks aprovechó para hacerse miembro de la Royal Geographical Society (RGS), quizá la institución científica más reputada en Gran Bretaña después de la

¹⁶ Mill, op. cit., p. 52.

Royal Society. No era ni sencillo ni barato pertenecer a tan reconocida institución. El primer obstáculo lo salvó gracias a uno de sus familiares que propuso su ingreso, condición necesaria para poder ser elegido miembro. En cuanto a la cuestión económica, nuestro joven oficial consideró este paso como la mejor de las inversiones puesto que le proporcionaba un nuevo mundo de relaciones de alto nivel social y cultural, algo que necesitaba imperiosamente si quería seguir cortejando a Emily con alguna posibilidad de éxito.

Soldados, libros y abejas

No había pasado ni un año en su nuevo puesto cuando, en diciembre de 1899, estalló la segunda guerra de los Bóeres y el gobierno contrató los barcos de su compañía para transportar tropas a Sudáfrica. La naviera reorganizó los viajes y Shackleton fue destinado a un nuevo barco, el *Tintagel Castle*, en calidad de tercer oficial, un ascenso que llevaba implícito el reconocimiento de su valor y dedicación al trabajo.

Lógicamente, el ambiente en el nuevo barco no era igual que en los viajes anteriores. Mientras que antes los pasajeros eran hombres de negocios, casi siempre mayores que él, o familias de alto nivel que se desplazaban de vacaciones, ahora eran soldados de su misma edad que se dirigían a una campaña incierta que nadie esperaba que fuese gloriosa. Los tiempos en que las banderas del Imperio ondeaban victoriosas por el mundo habían pasado. En tierras africanas, los zulúes sin armamento habían vencido a las tropas

inglesas mejor armadas, los bóeres habían hecho que los británicos mordieran de nuevo el polvo y pocos años después había tenido lugar el desastre del general Gordon en Jartum. Desde entonces las cosas no habían ido mucho mejor. En estas circunstancias es sencillo imaginar el estado de ánimo de los soldados. Si cualquier guerra ya se vive con la zozobra de las privaciones, las fatigas e incluso, cómo no, la amenaza de la propia muerte, en este caso era evidente que, después de las experiencias precedentes, la campaña no se presentaba como un sencillo paseo militar. Pero el espíritu humano se crece ante la adversidad y más en los entornos militares. Es en ese momento cuando surge del interior de las personas algo que les hace superar todos los miedos y les invita a soñar con la gloria, tanto la de su nación como la personal. Y Shackleton entendía mucho de sueños de gloria y de presentes inciertos, cosa que le permitió acercarse con una naturalidad no fingida a los soldados y vivir con ellos esos momentos críticos. Había que distraer a aquellos hombres y hacerles olvidar su siniestro futuro, al menos durante el viaje. Y a ello se dedicó con la pasión que le caracterizaba.

En los viajes en que tuvo que transportar tropas organizó todo tipo de competiciones deportivas, conciertos, concursos de canto e incluso clases para enseñar a los oficiales a comunicarse con banderas o con señales luminosas. Y, en la mejor tradición de la marina, coincidiendo con el paso del ecuador, preparó una fiesta de iniciación presidida por el dios Neptuno.

En su afán por hacerles olvidar el momento llegó a escribir un libro, profusamente ilustrado con fotografías, cuyo título explicaba con elocuencia su contenido, «O. H. M. S.¹⁷: Diario del viaje del *Tintagel Castle* con 1200 voluntarios desde Southampton a Ciudad del Cabo», y aunque pudiera parecer mentira, al terminar el viaje tenía 2.000 solicitudes de compra, con lo que su edición estuvo garantizada. En un arrebató muy propio de él trató de que el mismísimo Rudyard Kipling, que entonces se encontraba en Ciudad del Cabo, contribuyera al libro con un poema. Además de escribirle para proponérselo, llegó a hablar en persona con él y consiguió una promesa: «Lo haré lo mejor que pueda¹⁸», le contestó el célebre escritor. Pero luego, como comentaría muchos años después Emily con cierta amargura, «nunca lo hizo¹⁹». Pese a todo, Shackleton publicó el libro e incluso llegó a enviar un ejemplar a la reina Victoria.

Siempre curioso e inquieto, observaba todo lo que le rodeaba con esa mirada del científico que trata de desentrañar las leyes que rigen el comportamiento de la naturaleza que le circunda. Así, durante estos viajes realizó un estudio sobre los vientos y las corrientes en el Atlántico, utilizando las informaciones oceanográficas y meteorológicas que fue registrando mientras navegaba. Poco después envió el trabajo para que fuese publicado en el *Geographical Journal*, la revista de la Royal Geographical Society, pero su propuesta no fue aceptada por el comité editorial.

¹⁷ O. H. M. S.: Acrónimo de On Her Majesty's Service.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 54.

¹⁹ Emily, carta a Mill, 1-VII-1922.

También redactó un interesante y divertido artículo para el *Daily Mail* sobre un enjambre de abejas que subieron como polizontes al *Tintagel Castle* poco antes de zarpar de Ciudad del Cabo. En él contaba cómo las abejas continuaron a bordo, sin dar muestras de querer abandonar el buque, hasta que al pasar cerca del archipiélago de Cabo Verde y sentir la proximidad de tierra decidieron desembarcar. El artículo continuaba especulando sobre cómo se encontrarían las abejas en su nuevo hábitat y terminaba con unas divertidas reflexiones sobre lo que Darwin hubiese opinado de esta nueva forma de migración contra natura.

Precisamente mientras Shackleton estaba en Ciudad del Cabo, los periódicos difundieron la noticia de que Borchgrevink, que hacía unos años se había convertido en la primera persona en pisar el continente antártico, ahora había logrado no solo pasar la primera noche polar en aquel remoto e inhóspito lugar, sino también establecer una nueva marca de proximidad al Polo Sur, al batir en 50 kilómetros la que había establecido James Ross medio siglo antes. Sin embargo, no tenemos constancia de que tal hecho impresionase a nuestro oficial; la Antártida seguía estando muy lejos de sus pensamientos, que en aquellos momentos continuaban ocupados con Kipling, con las abejas y, cómo no, con su amada Emily.

La casualidad juega a su favor

A la vuelta del segundo de los viajes de transporte de tropas, Shackleton pudo gozar de más de cuatro meses de descanso en

tierra. Eran sus primeras y auténticas vacaciones en muchos años, y las necesitaba. Su relación con Emily seguía intensificándose, pero todavía tenía que vencer la resistencia del padre de ella, Charles Dorman, un reputado abogado, que si bien había tomado un gran aprecio a aquel joven encantador que cortejaba a su hija, seguía sin estar seguro de que un oficial de la Union Castle Line pudiese alcanzar alguna vez la posición económica que demandaba el estatus social que él deseaba para ella.

Shackleton soñaba con poder dedicar todos y cada uno de los días de aquellos meses de verano a estar con Emily, pero otros acontecimientos interfirieron en sus deseos y marcaron el auténtico cambio de rumbo en su vida: su aproximación a la Expedición Nacional Antártica. Con toda seguridad había oído hablar de que se estaba organizando aquel viaje, puesto que de vez en cuando los periódicos se hacían eco de los avances que se producían en sus preparativos. Por otra parte, como miembro de la Royal Geographical Society, cuyo presidente, *sir* Clements Markham, era el auténtico *alma mater* de la expedición, tenía que estar enterado tanto de su existencia como de sus progresos. Sin embargo, hasta aquel verano de 1900 nada hace pensar que Shackleton se fijase en la expedición, ni mucho menos en la Antártida. Así pues, parece evidente que las declaraciones que hizo muchos años después sobre que su interés por el continente helado hundía sus raíces en la primera vez que pasó el cabo de Hornos son una clara invención para la prensa.

Es difícil saber qué ocurrió en su mente durante aquel verano; algunos biógrafos piensan que fue el anuncio de que Robert F. Scott, un joven oficial de la Armada sin experiencia polar —según recalcan los periódicos—, fuera elegido como comandante de la expedición, lo que le hizo acariciar la idea de que él también podía formar parte de la misma. Otros buscan el origen de su decisión en el segundo de los viajes para transporte de tropas. Allí conoció a un joven teniente, de apellido Longstaff, que regresaba a Sudáfrica después de recuperarse en Inglaterra de las heridas sufridas en combate y con quien trabó una buena amistad. Cuál no fue su sorpresa cuando, meses después, mientras estaba en su casa de vacaciones, leyó en la prensa que el mayor patrocinador de la expedición a la Antártida era precisamente el padre de ese amigo.

Puede que ambas conjeturas no sean excluyentes y que las dos le ayudaran a querer formar parte de dicho viaje. En principio puede parecer una decisión precipitada e incluso descabellada. En nuestros días el término expedición tiene unas connotaciones de aventura deportiva, de algo peligroso pero frívolo, pero no era así en aquella época. Una expedición era una empresa intrínsecamente científica, puesto que la exploración era ciencia y, por lo tanto, en ella se involucraban los mejores profesionales y la mejor tecnología de cada disciplina. En muchos sentidos se podría comparar con la actual exploración espacial, en la que también se utiliza la tecnología más avanzada y se cuenta con los profesionales más destacados.

Al igual que en nuestros días ser astronauta confiere un prestigio social, dado que implica que se pertenece a la élite de los científicos, de los tecnólogos o de los pilotos, también hace un siglo formar parte de una expedición a la Antártida confería el reconocimiento de la valía profesional de una persona. Esto era justo lo que necesitaba Shackleton para hacer ese «algo grande» con lo que soñaba, para destacar sobre los que estaban a su alrededor y, en especial, para impresionar a Emily, y sobre todo a su padre.

Una vez tomada la decisión, los pasos a seguir eran evidentes: en primer lugar debía conseguir que aquel nuevo amigo suyo le facilitara una entrevista con su padre. Llewellyn Longstaff era un industrial que había heredado y potenciado una floreciente empresa relacionada con pinturas y otros equipamientos industriales. Su interés por las ciencias de la naturaleza le había llevado a ser miembro de las más importantes y distinguidas sociedades científicas, entre ellas de la Royal Geographical Society. Cuando su presidente, Markham, lanzó la idea de organizar una expedición británica a la Antártida, Longstaff se convirtió en su mayor patrocinador con una aportación próxima a la cuarta parte del presupuesto del proyecto.

Durante la entrevista que Shackleton tuvo con él, le planteó sin ambages su deseo de incorporarse a la expedición antártica, pero supo hacerlo de tal forma que a Longstaff, acostumbrado por su trabajo a conocer a las personas, no le pasó desapercibido el entusiasmo y la personalidad de aquel joven marino. Al término de la reunión ya le había garantizado que apoyaría su propuesta. Sin

que él pudiera saberlo, su futuro había dado un giro definitivo en la dirección más acorde a su carácter y personalidad.

Un encuentro muy especial

Así, el 13 de septiembre de 1900, Shackleton envió una carta ofreciéndose para formar parte de la Expedición Nacional Antártica. Cuatro días después, muy en la línea de su conducta habitual, se acercó a las oficinas de la expedición para presentarse y que pudiesen poner rostro a su propuesta. Allí la actividad era intensa, el barco estaba en plena construcción y quedaban por concretar todavía muchos detalles de provisiones y equipamiento. No había tiempo que perder y menos con nuevos voluntarios, pero Shackleton no era uno de tantos; además de imponer por su figura enérgica, contaba con el mejor de los apoyos y hubiera sido una falta de tacto no recibirle.

No tenemos registros de aquel primer encuentro entre Scott y Shackleton, ninguno lo comentaría o dejaría por escrito, pero tuvo que ser muy especial. Ambos tenían una personalidad fuerte y atractiva que rebosaba seguridad y, cuando se lo proponían, sabían cautivar a sus interlocutores. Pero cada uno también conocía sus flaquezas, en este caso comunes puesto que los dos se sabían ajenos al mundo del hielo, y muy posiblemente cada uno supo ver en el otro que la expedición significaba la oportunidad de su vida. El primero ya había logrado acceder a ella y el segundo estaba dispuesto a no regatear esfuerzos para conseguirlo.

Como era de esperar, su solicitud no fue muy bien acogida. Pese a su brillante historial, los oficiales de la Armada no tenían en mucha consideración a sus homólogos de la marina mercante, y Scott no era una excepción. Tampoco a Markham, obsesionado con que la expedición se pareciese lo más posible a las legendarias campañas de la Armada, le gustó la idea de introducir entre la oficialidad a personal ajeno a esta. Pero el apoyo de Longstaff a la candidatura de Shackleton era incuestionable. Además, su amplia experiencia en navegación a vela le convertía en el candidato ideal para complementar la falta de conocimientos de Scott en este terreno.

Sin embargo, los días pasaban y nadie tomaba una decisión. Markham, quizá presionado por Longstaff, empujaba a Scott para que la tomara, y este se escudaba en que tenía demasiado trabajo, de tal forma que pasó el problema a Armitage, su segundo en la expedición y una de las tres únicas personas de la misma con experiencia polar. Para el objetivo de Shackleton aquella fue la solución que le ofrecía mayores posibilidades, dado que Armitage también era oficial de la marina mercante y si había conseguido ocupar tan importante cargo en el equipo de Scott fue porque había sido insistentemente recomendado por otro de los grandes patrocinadores de la expedición.

Shackleton también se había entrevistado con Armitage, a quien le había causado una muy buena impresión. Pero antes de tomar una decisión de tal trascendencia, quiso indagar entre sus conocidos de la Union Castle Line para conseguir información adicional sobre el nuevo voluntario. El resultado de sus pesquisas le resultó

sorprendente: en un entorno tan cerrado como un barco, donde eran habituales las rivalidades, envidias y celos profesionales, todos a los que preguntó, tanto capitanes como oficiales, le hablaron bien de Shackleton. Por lo tanto, su informe no pudo ser más favorable y su candidatura quedó aceptada, aunque pasaron meses hasta que se lo comunicaron al interesado.

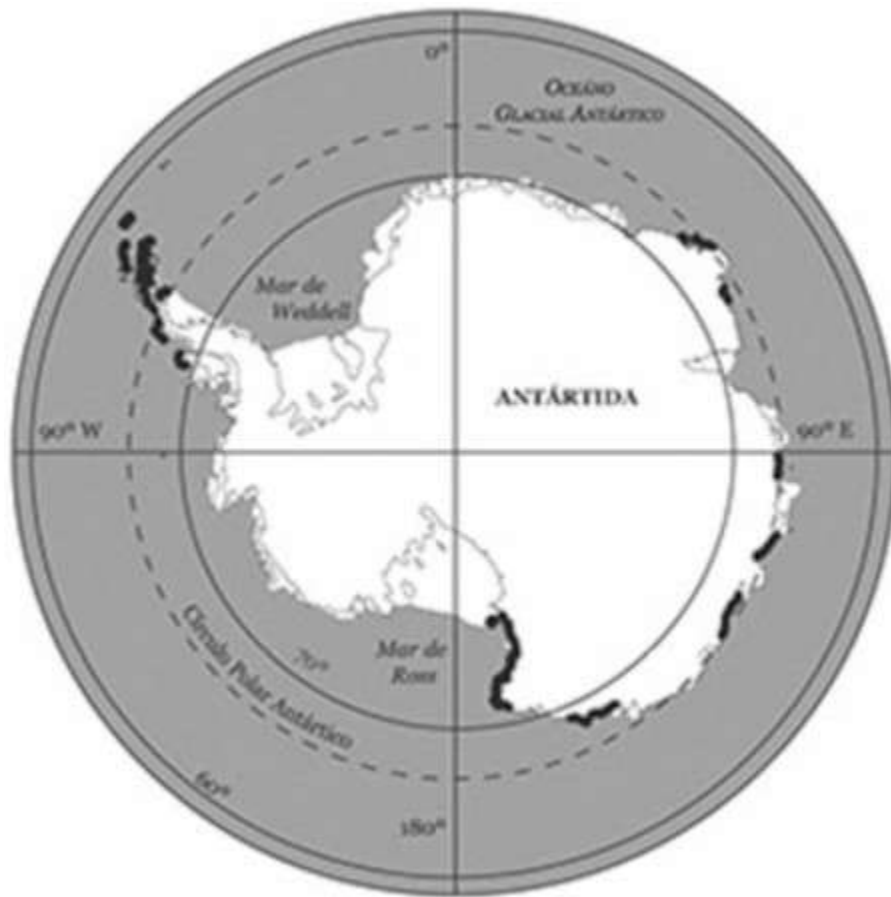
Mientras, el futuro expedicionario antártico había vuelto a embarcar, de nuevo como tercer oficial pero en un barco todavía más grande. Fue otro viaje de dos meses, al que le siguió, después de unas breves vacaciones navideñas, otro más en un barco aún mayor. Es evidente que su carrera mantenía una vigorosa marcha ascendente; cualquiera de sus compañeros hubiera estado orgulloso y satisfecho con los resultados, pero él, en aquellos momentos, solo pensaba en la expedición antártica. Era consciente de la oportunidad que representaba para su futuro y no quería perderla.

Una vez más, para nuestra mentalidad actual, acostumbrados como estamos a que cada año más de 7.000 científicos realicen investigaciones en la Antártida y a que la visiten al año más de 35.000 turistas, es difícil imaginar lo que un viaje a aquel continente podía suponer hace un siglo. Quizá el único paralelismo lo podríamos encontrar, otra vez, en la actividad espacial y en la posibilidad de ser seleccionado para volar a la Estación Espacial Internacional. Aunque incluso la comparación se queda corta, puesto que en la actualidad algo más de 200 personas han orbitado la Tierra, mientras que en aquellos tiempos las únicas dos expediciones a la Antártida habían sido la de Adrien de Gerlache y

la de Borchgrevink, es decir, menos de 30 personas habían vivido un invierno en aquel remoto paraje.

Si para todos los aspirantes el formar parte de la expedición antártica llevaba emparejado un salto significativo en su vida profesional y social, en el caso de Shackleton su participación era la carta credencial que necesitaba para que el padre de su amada Emily comenzase a considerarle como una persona con futuro y, por lo tanto, para que autorizase su compromiso. Evidentemente, cuando presentó su solicitud para ir a la Antártida, Shackleton sabía que se estaba jugando mucho, aunque lo que nunca pudo imaginarse es que la respuesta que le dieran iba a cambiar por completo el curso de su existencia.

Durante largos meses tuvo que vivir con la incertidumbre de no conocer el resultado de su petición, ya que cuando en febrero de 1901 se hizo público que formaría parte de la expedición en calidad de tercer oficial, él se encontraba en el mar y no se enteró hasta que volvió a Londres. Aquel fue su último viaje en la Union Castle Line y también el último en la marina mercante. Había dado un paso de gigante en pos de «ese algo» que siempre había bullido en su interior y que nunca supo definir.



Contorno del continente antártico. El trazo grueso indica las escasas costas que se habían avistado al comienzo de siglo XX, permaneciendo su interior completamente desconocido.

Capítulo II

Con Scott en la Antártida

Contenido:

- §. *La expedición del Discovery*
- §. *Cuando la oscuridad oprime*
- §. *El primer asalto al gran sur*
- §. *Expulsado y humillado*

§. La expedición del *Discovery*

Lo había logrado. Shackleton rebosaba de una alegría que transmitía en sus palabras, ahora todavía más abundantes que de ordinario, y con cada movimiento de su cuerpo que parecía a punto de saltar o incluso de salir volando. Formaría parte del selecto grupo de oficiales británicos que en unos meses se dirigirían a la Antártida, al igual que lo habían hecho dos de sus más grandes compatriotas: en el siglo XVIII el capitán Cook, el gran navegante, y en el XIX James Ross, el más célebre de los exploradores antárticos. El primero había sabido demostrar al mundo, fehacientemente, que la quimera de aquella tierra de promisión, de existir, no sería más que un desierto helado; y el segundo había sido capaz de cruzar el mar de hielos donde fracasaron rusos, franceses y estadounidenses, abriendo el camino hacia el interior de la Antártida. Y él, Ernest Shackleton, seguiría sus pasos.

La Expedición Nacional Antártica era la gran empresa científica y de exploración de su nación, organizada precisamente cuando parecía

que el vigor del Imperio estaba decayendo. Además, formaba parte de un programa internacional coordinado para investigar aquel continente. En aquellos momentos, una expedición alemana y otra sueca (a las que pronto se uniría otra expedición escocesa) se estaban preparando para investigar otras zonas de la Antártida^[4]. Y él participaría en todo ese esfuerzo internacional.

También se estaba ultimando un barco especialmente diseñado y construido para la expedición, el *Discovery*, que aunaría la larga tradición británica de construcción de veleros con la nueva tecnología naval del vapor. Un buque cuyo casco no sería de acero, como ya era habitual, sino de madera para permitirle soportar y adaptarse a la presión de los hielos. Un navío concebido para la investigación científica y con todos los adelantos de la tecnología. Y él, a sus veintisiete años, sería el tercer oficial de aquella nave.

Por si todo esto fuera poco, hasta que la expedición zarpase, y puesto que ya le habían encomendado diferentes tareas, tendría que alojarse en Londres, lo que significaba estar a poco más de una hora de distancia de su amada Emily y poder verla, oírla y hablar con ella casi a diario, sin tener que recurrir a esos largos monólogos epistolares. Sabía que había llegado el momento de pedir su mano, estaba seguro de sus sentimientos y tenía la certeza de que ella los correspondía. La única objeción seguía siendo el padre, para quien un oficial de la marina mercante, incluso de la Union Castle Line, no parecía ser la mejor opción para su hija; pero ahora él ya era algo más, se había convertido en un distinguido miembro de la

Expedición Nacional Antártica, y estaba convencido de que esto sería el primer paso de un brillante futuro.

Chico para todo

Shackleton se incorporó a sus nuevas obligaciones prácticamente el mismo día en que desembarcó y presentó su dimisión a la naviera que le había dado trabajo durante los dos últimos años. En las oficinas centrales de la expedición había una cantidad ingente de trabajo que hacer y todas las manos eran bienvenidas, sobre todo las de alguien siempre dispuesto a trabajar duro y que, además, sabía hacerlo bien y de buen humor.

No llevaba ni dos semanas en su nuevo puesto cuando el *Discovery* se botó en los astilleros de Dundee y, dada su experiencia en barcos de vela, le enviaron allí para supervisar las pruebas de navegación. Cuando terminaron, el barco se dirigió a Londres atracando a primeros de mayo en los muelles de las Indias Orientales, que Shackleton tan bien conocía. De nuevo su experiencia, esta vez en transporte de carga, hizo que le encomendaran estibar en el buque todas las provisiones y equipos que se habían ido acumulando en los almacenes durante casi un año.

Nada parecía ser demasiado trabajo para él, y puesto que siempre aceptaba con la mejor de las sonrisas una nueva tarea, Scott comenzó a recurrir a él cada vez que necesitaba hacer algo. Esto hizo que en repetidas ocasiones tuviera que interrumpir sus labores de estiba para cosas tan variopintas como realizar un curso acelerado de manejo de explosivos para el hipotético caso de que el

barco se quedase atrapado en el hielo y fuese necesario abrir a su través un camino de salida, o aprender a operar el globo cautivo que pensaban llevar a la Antártida, un equipo que, aunque ahora puede despertar desdeñosas miradas, en aquel entonces era el sistema más moderno de observación aérea.

Mientras, incansable, Shackleton continuaba gestionando la enorme cantidad de provisiones y equipos que se acumulaban en los muelles, y que día a día se veía incrementada por envíos de todos los rincones del país e incluso del extranjero. Pese a todo, tenía tiempo para relacionarse con otros miembros de la Royal Geographical Society y en particular con *sir* Clements Markham, su presidente, que solía invitarle a comer para charlar distendidamente sobre la marcha de la expedición o para reírse con sus historias y ocurrencias. Shackleton se había convertido en un elemento respetado de la expedición y disfrutaba del momento, sabiendo que además todos estos contactos podrían serle de utilidad en el futuro. Y, por supuesto, seguía cortejando a Emily con asiduidad. Todo entre ellos estaba arreglado y lo único que quedaba era la autorización de su padre. Pero, no se sabe por qué misteriosas razones, nuestro irlandés, tan valiente y decidido en otras muchas ocasiones, ahora estaba bloqueado. Justo en ese momento, en un tema tan trascendental para su vida, se mostraba indeciso y, para desesperación de Emily, no parecía atreverse a tener la conversación definitiva con el padre de quien deseaba que fuera su esposa.

Una despedida apoteósica

Se acercaba el momento de zarpar, algo que para Shackleton, después de tantos años y de tantos viajes, podría haberse convertido en un hecho rutinario, pero este no iba a ser un viaje más. Lejos quedaba el levar anclas anodino de los mercantes o las discretas despedidas de los barcos correo; ahora los muelles estaban repletos de familiares, amigos, autoridades, prensa y una multitud de curiosos que despedían emocionados a un barco cubierto de banderas, con la tripulación uniformada en cubierta. Poco después, el *Discovery* se deslizaba majestuoso por el Támesis, entre el respetuoso ulular de las sirenas de los barcos atracados en los muelles. Su destino era la isla de Wight, donde como todos los veranos los reyes presidirían la regata anual de yates, el acontecimiento que culminaba todos los actos del corto verano británico y que congregaba a lo más destacado de la nobleza y la sociedad británica.

Allí, el 5 de agosto de 1901, entre yates y buques de guerra engalanados, en un acto de respaldo público a la expedición, el rey Eduardo VII y la reina Alejandra subieron a bordo. Después de saludar calurosamente a todos los oficiales, visitaron el navío. En el camarote de Shackleton la reina se fijaría en los delicados claveles que lo decoraban, lo que le dio pie al locuaz irlandés para explicar que procedían del jardín de su padre, y que se los había enviado para la ocasión.

Con este espectacular acto, la expedición se puso en camino. Pero antes de dejar Inglaterra el *Discovery* tenía previsto dirigirse a

Stokes Bay, donde la Armada ponía a punto y ajustaba sus brújulas. Y fue en aquel trayecto cuando Shackleton, por fin, escribiría al padre de Emily para pedirle su mano. Parece evidente que aprovechó la espectacular despedida de la expedición, de la que se hicieron eco todos los periódicos y que tuvo un gran impacto social, para crear la puesta en escena adecuada a su carta. De tal forma que cuando el que quería que fuese su futuro suegro la recibiese, ya se habría enterado de la apoteósica despedida del *Discovery*, con visita real incluida, predisponiéndole a aceptar la petición de alguien que había pasado de ser un simple oficial de la marina mercante a convertirse en un motivo de orgullo de la Corona y de todo el Imperio británico. La estrategia de Shackleton tuvo éxito, aunque él tendría que esperar casi dos años para saber el resultado.

Durante la primera etapa del viaje, hasta Madeira, les acompañó Hugh Robert Mill, el Bibliotecario²⁰ de la Royal Geographical Society, para dar a los expedicionarios un intenso curso de meteorología y oceanografía y enseñarles el manejo de los instrumentos de medida. Aunque Shackleton ya le conocía, los largos días de travesía y su común afición por la poesía supusieron el comienzo de una sólida amistad que se mantendría a lo largo de toda su vida. Al llegar a Nueva Zelanda, mientras se aprovisionaban y cargaban combustible, tuvieron que llevar el barco a dique seco para tratar de solucionar ciertos problemas de filtración de agua. Antes fue necesario sacar toda la carga y volver a estibarla al finalizar las

²⁰ Aunque este es el término exacto, su función en la RGS superaba con creces el control de la biblioteca, como queda demostrado por el cometido que aquí desarrolla.

reparaciones. Dado que esta era la especialidad de Shackleton, él fue el encargado de realizar la tarea, y puesto que iban acumulando retrasos, tuvo que llevarla a cabo en un tiempo récord.

Por fin llegó el momento de partir definitivamente rumbo a la Antártida. Ya no estaban en el centro del Imperio, acostumbrado a los grandes acontecimientos; este era un territorio alejado y provinciano donde no solía ocurrir nada sobresaliente, y cuando por fin tenía lugar algo importante, era festejado como se merecía. Por lo tanto, cuando llegó el día de zarpar, los muelles se llenaron de una multitud ávida de contemplar a los gallardos exploradores y su barco, el primero en la historia construido expresamente para una expedición científica. Y entre una nube de silenciosos pañuelos, acompañados por la ruidosa algarabía de las sirenas de los barcos que se habían congregado para despedirles, el *Discovery* se dirigió a la Antártida cargado de las ilusiones y los sueños de toda la tripulación, entre ellos los de Shackleton.

Días después festejarían la aparición de los primeros icebergs y más adelante se enfrentaron con el aparentemente infranqueable mar de hielos. Iba a ser el quinto barco de la historia que lo desafiara. Sin embargo, lo atravesaron sin demasiadas dificultades y continuaron navegando hacia el Sur, hasta divisar cabo Adare, el extremo más meridional del continente antártico en ese sector, donde había pasado el invierno la expedición de Borchgrevink.

Al llegar allí, un pequeño grupo hizo un corto desembarco para visitar la base abandonada. Entre ellos se encontraban Shackleton y el físico australiano Louis Bernacchi, quien había estado en aquella

expedición. Con aire melancólico, este les guio por las instalaciones vacías y luego les llevó, entristecido, a la tumba donde enterraron a uno de los científicos que había muerto durante aquel duro invierno. Aquello fue un tremendo impacto emocional para todos ellos. Todavía sentían el orgullo de haber pisado la Antártida, que entonces era casi como pisar otro planeta, y de repente descubrían el reverso de la moneda. Se dirigían hacia un territorio que podía catapultarles a la gloria, pero también donde la muerte rondaba inmisericorde. Algo que Shackleton nunca olvidaría.

Nuevos descubrimientos

Continuaron navegando en dirección Sur. Pronto pudieron distinguir la inconfundible columna de humo que emanaba del monte Erebus, un volcán en actividad, al menos desde los tiempos de James Ross, que todavía continúa activo hoy en día. Después le llegaría el turno a la Gran Barrera, esos gigantescos acantilados de hielo totalmente verticales, que se levantan del mar entre 30 y 70 metros de altura y que imposibilitan el avance al Sur.

Comenzaron a bordearlos en dirección Este, al igual que había hecho Ross hacía más de sesenta años o como también hiciera Borchgrevink tan solo dos años antes que ellos. Durante centenares y centenares de kilómetros la Barrera continuó imperturbable y todos a bordo disfrutaron de ese inaudito espectáculo natural que parecía no terminar nunca. De repente, el 30 de enero de 1902, después de haber seguido esos acantilados de hielo durante casi 1000 kilómetros, a lo lejos distinguieron por fin una nueva tierra, a

la que le dieron el nombre de su rey, Eduardo VII. Fue un importante descubrimiento porque por vez primera se pudo fijar el límite oriental de la Barrera. Intentaron llegar hasta esa tierra, sin embargo, un compacto mar de hielos les bloqueó el paso y se vieron obligados a virar en redondo y dirigirse hacia el Oeste, desandando sus pasos. En cualquier caso, la estación²¹ estaba avanzada y era necesario buscar un lugar seguro donde establecer su base para el invierno.

Durante el trayecto de vuelta aprovecharon para investigar un entrante en la Barrera, descubriendo que en su interior la superficie de la misma, que durante toda la travesía se había mostrado a una altura inalcanzable, allí se encontraba a tan solo cuatro o cinco metros del nivel del mar. Era el mismo lugar que Borchgrevink había utilizado para desembarcar y, por supuesto, donde ellos también lo hicieron. Poco después prepararon el globo cautivo para, desde la perspectiva de la altura, estudiar los alrededores; el primero en ascender fue Scott y después lo hizo Shackleton, que aprovecharía para tomar unas fotografías aéreas. Hacia el Sur la superficie de la Barrera se extendía hasta el límite de la vista. Mientras tanto, un grupo de expedicionarios se dirigieron en la misma dirección en una marcha que duraría un par de días. Su objetivo era batir el récord de Borchgrevink y convertirse, aunque fuese por unos meses, en los hombres que más cerca habían estado del Polo Sur.

²¹ En el hemisferio sur las estaciones están desfasadas seis meses en relación con el norte. Por lo tanto, enero, que aquí es la parte central del invierno, en la Antártida se corresponde con el centro del período veraniego.

Luego continuaron su viaje hasta volver a las faldas del monte Erebus, donde encontraron el lugar adecuado para pasar el invierno. Allí construyeron un pequeño edificio en tierra para instalar los equipos científicos, al que todos se referirían como Hut, que terminó por dar nombre al lugar: Punta Hut. Durante mucho tiempo este sería el lugar más famoso de la Antártida, dado el trascendental papel que jugaría después en tres expediciones al Polo Sur.

Blanco pero letal

El lugar elegido para instalar la base parecía el ideal, el barco estaba protegido y la Barrera también descendía hacia el nivel del mar, lo que facilitaba alcanzar su superficie, que, hasta donde sabían, era el camino más lógico hacia el Polo. Con el fin de averiguar si aquella ruta era practicable, Scott decidió enviar un equipo de hombres a comprobarlo. Indeciso entre a quién debía conceder el honor de dirigir esa primera marcha, dejó que una moneda decidiera. La suerte acompañó a Shackleton, quien, junto con el Dr. Wilson y el geólogo Ferrar, se preparó para la aventura. Puesto que ni empleando buenas palabras ni abusando del látigo lograron que los perros tirasen del trineo, decidieron hacerlo por ellos mismos, como en la mejor tradición de su gloriosa Armada en el Ártico, debieron de pensar.

A la mañana siguiente, con un trineo en el que flotaban al viento sus estandartes y enardecidos por los vítores de sus compañeros, se pusieron en marcha. Aunque su objetivo era una formación rocosa

que sobresalía del hielo de la Barrera y que estimaron que debía encontrarse a unos 20 kilómetros de distancia, llevaron provisiones para más de una semana y todo el equipamiento necesario para una larga marcha. Los comienzos no fueron malos, con la excepción de que aquellas rocas por mucho que avanzaban no parecían estar más cerca; además, pasado un tiempo, se levantó una tempestad de viento contra la que lucharon denodadamente durante horas.

Al final, tras más de doce horas de tirar del trineo sin parar, tuvieron que desistir de alcanzar su objetivo ese mismo día. Estaban tan agotados que no tuvieron fuerzas más que para tomar un poco de chocolate como cena. Pero eso no fue lo peor, ni tan siquiera que tuvieran ligeras congelaciones en la cara y las manos, el verdadero problema fue que habían sudado tanto por el esfuerzo que tenían toda la ropa empapada y en cuanto se pararon se congeló. Enseguida comenzaron a tener un frío como el que no habían sentido en toda su vida, y en aquellas condiciones tuvieron que afrontar el suplicio de una noche heladora que no terminaba nunca. La mañana no trajo mejores perspectivas. Si bien el tiempo volvía a ser bueno, les llevó varias horas separar sus calcetines de las botas, puesto que el frío había congelado el sudor convirtiéndolo todo en un único bloque de hielo. Cuando lo lograron, continuaron su marcha hacia la formación rocosa, que parecía estar siempre a la misma distancia. A un par de kilómetros de su objetivo el suelo se llenó de peligrosas y profundas grietas, y decidieron dejar allí el trineo y seguir a pie. No sin ciertas dificultades lograron ascender hasta la cima. Ante ellos, en dirección Sur, se extendía una infinita

llanura helada, la superficie de la Barrera, que les mostraba una ruta sin complicaciones hasta donde les alcanzaba la vista. Habían cumplido su misión y se apresuraron a volver al trineo para cenar y dormir. Lo primero lo lograron, pero el frío volvió a mantenerles despiertos toda la noche. Por la mañana, después de superar problemas similares a los del día anterior con las botas, iniciaron la vuelta al barco, del que les separaban casi 40 kilómetros, el doble de la distancia que ellos habían estimado al salir; la transparencia de la atmósfera polar les había engañado en sus cálculos. Después de tirar del trineo con todas sus fuerzas durante el día entero, consiguieron llegar al barco a última hora. Los tres estaban agotados, pero el deseo de Shackleton de contar con todo lujo de detalles su aventura fue muy superior a su cansancio y durante horas narró una y otra vez lo sucedido a todo aquel que por casualidad se cruzaba en su camino.

Pocos días después salió de expedición otro grupo más numeroso, que más o menos se enfrentó a similares dificultades. Aunque en esa ocasión el terreno era más complicado y un marinero resbaló por una ladera helada y se precipitó al vacío con fatales consecuencias. Dentro de la adversidad tuvieron mucha suerte, porque varios marineros que iban con él estuvieron a punto de deslizarse y seguirle a una muerte cierta. Afortunadamente uno de ellos tomó la iniciativa y, con gran aplomo, fue capaz de tallar escalones en el hielo con un simple cuchillo y conducirlos a todos, sanos y salvos, de regreso a la base. Aquel marinero cuyo coraje y sangre fría salvó al grupo era Frank Wild, y se convertiría en el

compañero inseparable de Shackleton en sus futuras aventuras antárticas.



Ernest Shackleton a la edad de 27 años, cuando fue seleccionado para formar parte de la expedición liderada por Scott a la Antártida en calidad de tercer oficial.

Aquel era un entorno nuevo para ellos. Los británicos tenían mucha voluntad pero pocos conocimientos para moverse en ese mundo de hielo. Bernacchi, el único que tenía experiencia antártica, llegó a comentar alguna vez que sus compañeros no eran capaces de montar una tienda durante una ventisca, ni asegurarla una vez levantada; tampoco sabían manejar los hornillos, ni ponerse

correctamente la indumentaria especial para viajar, ni mucho menos conducir un trineo de perros, y ni siquiera sabían esquiar.

§. Cuando la oscuridad oprime

Según avanzaba el verano, los días se fueron acortando con rapidez hasta que la noche se apoderó de todas las horas. En la penumbra a la que habían sido reducidas las pocas horas de escasísima luz los británicos se ejercitaban en el exterior del barco. La inactividad asociada a la larga noche polar seguía suscitando temores en las expediciones. A los relatos de las horribles experiencias vividas en los buques británicos atrapados en los hielos árticos mientras trataban inútilmente de encontrar el paso del Noroeste, se había unido el reciente desastre de la expedición belga a la Antártida donde los estragos de la noche polar fueron terribles: un hombre había muerto, varios habían enloquecido y a punto habían estado de perecer todos de escorbuto. Por fortuna, dos años atrás la expedición de Borchgrevink había logrado superar la noche antártica sin tan grandes padecimientos físicos y psíquicos, aunque también uno de sus hombres había muerto. Si bien estos últimos resultados podían considerarse como esperanzadores, la realidad era que Scott y sus hombres se preparaban para acometer el mismo desafío de la oscuridad, pero 1000 kilómetros más cerca del Polo, por lo que esperaban unas condiciones mucho más duras que las que tuvo Borchgrevink.

El oficial más apreciado

Para tratar de hacer más llevadero ese largo período de inactividad, el Discovery había sido dotado de una completa biblioteca. Entre sus libros Shackleton encontró, como en sus penosos viajes de juventud, el refugio donde alimentar su curiosidad. Por otra parte, siguiendo el ejemplo de anteriores expediciones al Ártico, Scott propuso a Shackleton la elaboración de una revista, The South Polar Times, para la que contó con la contribución de un gran número de voluntarios cuyos artículos eran convenientemente ilustrados por el Dr. Wilson, un magnífico dibujante. Scott también organizaba conferencias semanales donde oficiales y científicos disertaban sobre los temas que conocían.

Pese a todas estas actividades, los meses de reclusión en un limitado espacio rodeado por un frío extremo y la oscuridad interminable siempre hacen mella en los hombres. La apatía puede extenderse como una plaga y llevar a producir brotes más o menos generalizados de depresión. Por otra parte, el ambiente claustrofóbico de un barco, donde todos se ven a diario, los temas de conversación se repiten hasta el infinito y las manías propias y ajenas se exacerban, es el mejor caldo de cultivo para la aparición de tensiones internas que pueden amenazar la convivencia, incluso más que el peor de los enemigos externos.

En el caso del Discovery estas tendencias destructivas se mitigaron por la intensa actividad de investigación que se llevó a cabo y que implicó a científicos, oficiales y a muchos marineros; así como por el estricto horario de actividades que Scott mantuvo, unido a la disciplina militar que todos habían aceptado legalmente. Pero junto

a estos elementos, en mayor o menor medida coercitivos, el Discovery contó con la dicharachera omnipresencia de Shackleton. Su carácter dinámico y extrovertido le hacía no solo estar presente en todas las actividades, sino ser el inductor de la mayoría de ellas. Con su facilidad de palabra, su prodigiosa memoria y su necesidad de comunicar, recorría el barco contando las historias más disparatadas, las anécdotas más inverosímiles y las patrañas más increíbles. Mientras que en los barcos mercantes en los que había estado embarcado los tripulantes eran los mínimos y bien estaban trabajando o bien descansando para entrar en un nuevo turno, en el Discovery durante estos largos meses la mayor parte de la tripulación no tenía nada que hacer. Y eso era lo que Shackleton necesitaba: un auditorio siempre dispuesto a escucharle y permitirle ser el centro de atención. Todo ello, unido a su facilidad para romper barreras sociales y relacionarse por igual con la cámara de oficiales como con el resto de la tripulación, convirtió a Shackleton, según algunos marineros, en «el oficial más apreciado²²».

Pero detrás de esta actividad franca y efusiva de Shackleton no debemos olvidar que se encontraba una persona de firme carácter. Podía bromear con la marinería, participar en sus groseras conversaciones e incluso maldecir con ellos, pero cuando daba una orden, incluso con una sonrisa en los labios, todo el mundo sabía que esperaba ser obedecido al instante. Y esta era una de las cualidades que también sabía valorar la tripulación: sus dotes de mando.

²² Huntford, *Shackleton*, p. 76.

Toda esta actividad social casi desbordante no impidió, sin embargo, que una y otra vez volviera a su pasión por la poesía, que además de ser compartida por muchas personas a bordo, tanto oficiales como marineros, tenía un ferviente partidario en el Dr. Wilson. De personalidades muy distintas, incluso podría parecer que hasta opuestas, Shackleton y él se llevaron muy bien desde que se conocieron. Durante la larga reclusión de la noche invernal se hicieron amigos inseparables y la frase «he estado dando un paseo con Billy^{23 24}» se convirtió en un estribillo habitual en su diario.

Es curioso que ellos dos fueran las personas más apreciadas de toda la expedición, en el caso del oficial por su carácter bromista y divertido, y en el del médico por ser una persona callada y reservada, pero próxima y comprensiva. Estas cualidades convirtieron a Wilson en el confidente de muchos en el barco; «tío Bill» era su apodo, e incluso Scott escuchaba sus consejos y mantuvo con él una profunda amistad, hasta el punto de que tal vez fuera el único amigo que el capitán tuvo en la vida y al que pudo confiarse. Una amistad que les uniría hasta la muerte, en el sentido más literal de la frase.

Algunos biógrafos han llegado a decir que durante esos meses de enclaustramiento Shackleton asumió el liderazgo moral de la expedición, lo que provocó los celos de Scott y hasta llegó a enfrentarles. Esta es una conclusión muy novelesca. El que alguien sea alegre, entretenido y ameno puede que le convierta en una persona apreciada y famosa en su entorno, pero eso no es sinónimo

²³ En referencia al Dr. Wilson, cuyo nombre era Edward, por lo que solían llamarle Billy o Bill.

²⁴ Mill, op. cit., p. 70.

de liderazgo; igual que no se puede afirmar que Wilson fuera considerado el líder, por más que fuese la persona más respetada de la expedición. Por otra parte, no entraba en la personalidad de Shackleton ese juego de horadar la autoridad. Él se había formado en un entorno profesional donde la figura del capitán era sagrada y además tenía una razón fundamental para mantenerse en buenas relaciones con Scott: necesitaba que le eligiese para formar parte del reducido equipo de hombres que intentaría el asalto al Polo.

Elegido para la gloria

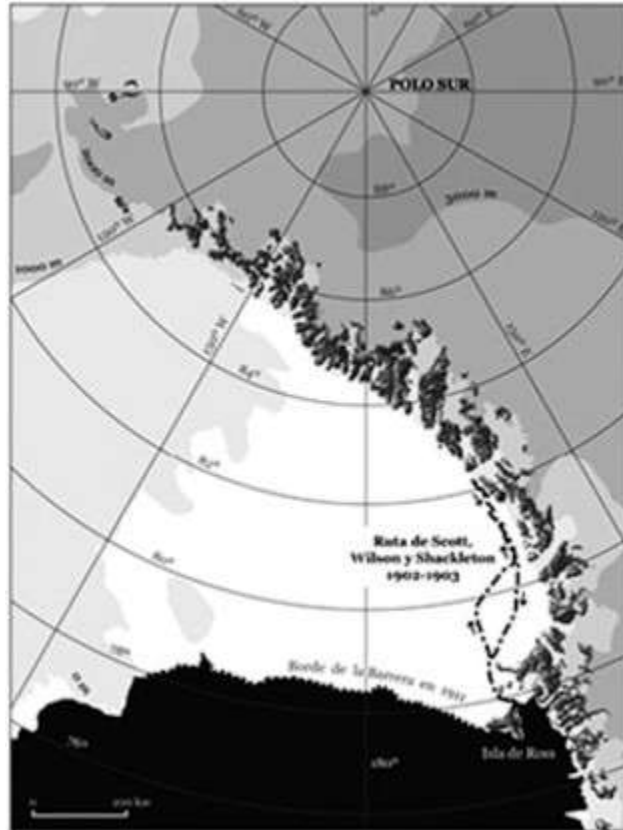
Mientras la noche seguía dominando el Discovery y las temperaturas descendían a 45° C bajo cero, Scott, encerrado en su camarote, preparaba el plan para dirigirse hacia el Sur. Básicamente, la estrategia consistiría en enviar un pequeño grupo de asalto formado por él y Wilson, junto a un equipo más amplio de apoyo que les acompañaría durante parte del camino. Sin embargo Wilson, con su característica prudencia, le sugirió añadir al grupo de asalto una tercera persona para, en caso de que alguien tuviera un contratiempo, poder entre los dos restantes cargar con el herido. De común acuerdo decidieron que la tercera persona fuera Shackleton, lo que parece indicar que, en contra de quienes ven los fantasmas de un enfrentamiento en esa etapa temprana de su relación, Scott no veía en él amenaza alguna a su liderazgo y que, por el contrario, confiaba en sus capacidades para acometer la aventura.

Poco después le comunicó su decisión al interesado y le encargó que comenzara a organizar las provisiones y a entrenar a los perros para el viaje. Mientras que preparar los equipos y los víveres sería algo relativamente sencillo, aprender a dirigir un trineo de perros no lo fue tanto, ya que un buen conductor de trineos necesita años de experiencia. Pese a todo, Shackleton lo hizo considerablemente bien, y cuando dos meses después llegó la primavera y comenzaron los viajes de entrenamiento y de distribución de provisiones a lo largo de la ruta, los perros se comportaron como esperaban: sin dar problemas. De hecho, en uno de aquellos viajes con los perros lograron recorrer 250 kilómetros en seis días, e incluso un día avanzaron casi 50 kilómetros.

Pese a estas cifras, que a muchos del barco les hicieron soñar con que el Polo estaba al alcance de la mano, nunca estuvo claro cuál iba ser el objetivo de la gran marcha hacia el Sur. Scott se cuidó mucho de hacerlo público, ni siquiera lo registró en su diario. El interior de la Antártida era un territorio desconocido, de hecho, los geógrafos todavía especulaban con que fuese un conjunto de islas. Por lo tanto, cuando se preparaban para salir, no podían prever los obstáculos que iban a encontrar, ni mucho menos si alguno sería infranqueable.

En cualquier caso, los tres, y en particular Shackleton, eran conscientes de la oportunidad que representaba aquel viaje. Tanto si se llegaba al Polo, cosa bastante difícil, como si no, se establecería un récord y eso llevaría asociada la fama para quienes lo logaran, y con ella un nuevo estatus social y grandes oportunidades. Algo que

el apasionado irlandés necesitaba con urgencia para poder establecer su anhelada vida en común con su amada Emily.



Ruta seguida por Scott, Wilson y Shackleton en su marcha hacia el Polo Sur y en la que, pese a todos sus esfuerzos, no lograron recorrer más que poco más de la tercera parte de la distancia hasta el Polo.

§. El primer asalto al gran sur

Cuidadosamente fueron ultimando los preparativos y cuando llegó noviembre, con la primavera bien establecida, todo estaba dispuesto, incluso los perros parecían ansiosos por salir. Según se acercaba el día previsto, los hombres, sobre todo los tres del grupo de asalto, conscientes de la trascendencia de su objetivo,

paladeaban ese momento de gloria que los haría inmortales. Aunque los sueños de éxito no les ocultaban la peligrosa realidad que pronto iban a afrontar; la noche anterior a la partida Shackleton anotó en su diario: «He escrito varias cartas por si algo sucediera²⁵».

Por fin llegó el gran día y entre banderas, estandartes y ovaciones de la tripulación se pusieron en marcha. Los perros tiraban con tanta fuerza que hasta les costaba seguirles el paso. Tan solo un par de días después alcanzaron a la partida de apoyo, que había salido tres días antes, tirando ellos mismos de los trineos.

Ahora, con visión retrospectiva, podemos encontrar indicios de que algo marchaba mal con la salud de Shackleton, porque ya durante esos días aparecen anotaciones en el diario de Wilson referentes a que «tenía una tos muy persistente y molesta²⁶». Los dos grupos continuaron juntos durante diez días, pero como el de apoyo les estaba retrasando la marcha, después de montar un depósito con las provisiones lo enviaron de regreso. Se encontraban solos frente a su destino. Scott no pudo escribir en su diario unas líneas que representaran mejor el sentir de todos ellos: «Cada paso será una nueva conquista de lo desconocido. Confianza en nosotros mismos, confianza en nuestros equipos y confianza en nuestros perros, no podemos sino sentirnos entusiasmados con lo que tenemos por delante²⁷»

Sin embargo, precisamente a partir de aquel momento todo comenzaría a ir mal. La temperatura subió, lo que provocó que la

²⁵ *Ibid.*, p. 75.

²⁶ Williams, *With Scott in the Antarctic*, p. 143.

²⁷ | Scott, *The voyage of the Discovery*, p. 392.

nieve se fundiera y que los trineos se hundieran, dificultando la marcha; además los perros, que hasta entonces habían tirado bien de los trineos, de improviso perdieron sus fuerzas. Para continuar avanzando se vieron obligados a hacer tandas, es decir, a dividir la carga en dos, adelantarse con una parte y retroceder para recoger la que habían dejado atrás, lo que suponía multiplicar por tres la distancia recorrida para avanzar lo mismo. Así, aunque cada día caminaban unos 30 kilómetros, el progreso real hacia el Sur no era más que de 10.

El avance era tan lento que pronto sus sueños de un viaje triunfal se fueron disipando, pero siguieron hacia delante y el 25 de noviembre de 1902 cruzaron los 80°S. Era un punto cargado de significado, ya que a partir de esa latitud la cartografía de la época solía pintar el espacio hacia el Polo en blanco, lo que inspiró a Scott para escribir: «Siempre había sido nuestra ambición entrar dentro de este espacio en blanco, y ahora que estamos aquí, el espacio no volverá a estar vacío²⁸».

Más que palabras

Conscientes de que estaban moviéndose a una velocidad muy inferior a la prevista y de que los víveres eran limitados, disminuyeron sus raciones, ya de por sí inadecuadas para el esfuerzo físico que estaban haciendo. Pronto el hambre hizo acto de presencia. En cuanto a los perros, cada vez mostraban mayores síntomas de extenuación, lo que les hizo pensar que estaban

²⁸ *Ibíd.*, p. 398.

sufriendo algún tipo de escorbuto, es muy posible que debido a que los peces secos con que los alimentaban se habían estropeado al pasar por el trópico.

Cada día las marchas eran más agotadoras. El simple hecho de jalearse a los perros con grandes gritos durante horas y horas para forzarles a tirar de los trineos se convirtió en un martirio y pronto murió el primero de los perros. Para su sorpresa y repugnancia, los otros perros devoraron en el acto el cuerpo del animal, lo que pareció proporcionarles algo de nueva energía. A partir de ese momento decidieron ir sacrificando a los más débiles para alimentar al resto.

Y así siguieron avanzando y avanzando en agotadoras jornadas, mientras punzantes ráfagas de viento les golpeaban el rostro, y el reflejo de la luz del sol, pese a las gafas, les cegaba los ojos. Todo era un esfuerzo extenuante: hundirse hasta la rodilla en la nieve, ayudar a empujar los trineos, gritar a los perros... cada día aumentaban el cansancio, el hambre, la tensión y la frustración al ver cómo sus sueños de gloria se desvanecían. Todo contribuía a que su estado emocional se resintiera y las relaciones entre ellos, especialmente entre Scott y Shackleton, se deteriorasen, en parte por culpa del propio carácter de Scott.

Una mañana, mientras Shackleton y Wilson estaban cargando el trineo, escucharon gritar a Scott: «Venid aquí, pedazo de imbéciles». Los dos se acercaron y Wilson le preguntó si era a él a quien llamaba. Scott le respondió que no. «Entonces tenía que ser a mí — comenta Shackleton. Ante el silencio de Scott, continúa, hecho un

basilisco—: Pues te diré que tú eres el más imbécil de todos. Y te lo repetiré cada vez que te atrevas a hablarme en estos términos²⁹».

Era evidente que los dos se habían extralimitado. Si bien en la Armada británica faltarle el respeto a un superior era una infracción grave que podía llegar a ser considerada como motín, también insultar a un oficial delante de terceros estaba tipificado como delito. Como si los dos hubieran comprendido lo inconveniente de su proceder, por una clase de acuerdo tácito, ninguno de ellos dos reflejaría el incidente en su diario, y si ha llegado a nosotros es solo porque Wilson lo registró en el suyo. Después los tres olvidarían lo ocurrido, como si nunca hubiera sucedido. Posiblemente solo las personas que han vivido situaciones semejantes pueden entender cómo se pierden los nervios en un momento así.

Lenta y agotadoramente siguieron avanzando por aquella llanura sin fin. El hambre era tan acuciante que muchas noches les despertaba o no les dejaba dormir y sus sueños comenzaron a poblarse de fantasías culinarias. Shackleton escribiría en su diario que soñaba «con espléndidas tartas» que pasaban delante de él «volando escaleras arriba y nunca las llegaba a atrapar³⁰». En estas penosas circunstancias, uno de los perros se coló dentro de la bolsa que contenía la carne de foca y se comió una semana de raciones. Estaban tan famélicos que la desconfianza se adueñó de sus estómagos y de su raciocinio, haciendo que recelasen los unos de los otros en el reparto de la comida. Así, aunque trataban de hacer las divisiones lo más iguales posible, siempre pensaban que el

²⁹ Huntford, *The Last Place on Earth*, p. 165.

³⁰ Honnywill, *La aventura de la Antártida*, p. 33.

compañero se quedaba con una ración mayor. Hasta que un día a Shackleton se le ocurrió un sistema para que fuera la suerte la que decidiera: uno de ellos, vuelto de espaldas, pronunciaría el nombre de quien recibiría el trozo que los otros señalaran.

¡Escorbuto!

A mediados de diciembre dejaron un nuevo depósito para el regreso. Con los trineos ahora más ligeros, y pese a que el número de perros había seguido disminuyendo, pudieron dejar de hacer tandas, con lo que el trayecto que recorrieron durante los días siguientes se multiplicó por tres, mejorando en una proporción similar su estado de ánimo.

Sin embargo, la alegría duró poco. Wilson detectó en sus dos compañeros los primeros signos del escorbuto y se lo comentó a Scott. Como los síntomas no eran alarmantes, este decidió continuar. Durante unos días el tiempo les dio un respiro y se encontraron rodeados por un panorama de ensueño. Mientras hacia el Este se extendía la superficie sin límites de la Barrera, hacia el Oeste se divisaba una cadena tras otra de montañas.

El día de Navidad tuvieron ración extra de comida y durante la cena Shackleton añadió al cacao tres pequeños trozos de pastel: «Pesaban solo 170 gramos y previamente los había ablandado entre mis calcetines (los limpios) dentro del saco de dormir... su aparición constituyó una magnífica sorpresa para todos³¹», escribiría orgulloso en su diario.

³¹ Mill, op. cit., p. 77.

Todavía continuarían en dirección Sur unos pocos días. El espectáculo que les rodeaba era tan impresionante que, como embriagados, no podían dejar de seguir avanzando. Montañas de 3.000 metros y algunos picos que calculan en casi 4.000 metros se exhibían por primera vez a la vista de los hombres. Shackleton escribiría: «Es una emoción única la de ver montañas que nunca antes han sido vistas por el ojo humano³²».

El último día del año alcanzaron los 82° 16' S. Se encontraban unos 500 kilómetros más al sur que cualquier otro explorador, y Scott decidió que había llegado el momento de volver a la base. Pero antes de iniciar el regreso, dejando a Shackleton en el campamento para que los perros no se comiesen las provisiones, él y Wilson todavía continuaron esquiando un par de kilómetros. Algunos biógrafos han querido ver en esa acción un intento mezquino de Scott, fruto de su antagonismo con el irlandés, por avanzar un poco más hacia el Polo que él. No parece un argumento muy sólido ya que, precisamente en aquel lugar, Scott —el único que como responsable de la expedición tenía la potestad de poner nombres a los accidentes geográficos— puso el nombre de Shackleton a uno de aquellos lugares como reconocimiento a su trabajo, al igual que dio a dos picos de considerable altura los nombres del principal patrocinador de la expedición, Longstaff, y de su mentor, Markham.

Morirá esta noche

³² *Ibíd.*, p. 65.

Comenzaron el nuevo año empujando el trineo en dirección Norte, hacia su base. Ya solo les quedaban once famélicos perros tan agotados que hasta comer parecía suponerles un esfuerzo ímprobo. Tampoco el aspecto de ellos tres era mucho mejor, llevaban dos meses con la misma ropa, tenían la cara abrasada por el sol y ajada por el viento gélido y sus labios habían sufrido, más que ninguna otra parte de su rostro, el rigor de los elementos. Por fortuna, el fuerte viento del Sur, que hasta entonces habían tenido de frente, ahora soplaba a su favor permitiéndoles levantar una vela en el trineo que aumentaba su velocidad.

A estas alturas los perros se limitaban a seguir con dificultad al grupo, y uno a uno fueron muriendo o les fueron eliminando. En consecuencia, eran ellos mismos quienes tiraban del trineo y ese esfuerzo les fue agotando cada día un poco más. Por fin, a mediados de enero y al límite de sus fuerzas, llegaron al depósito de provisiones que habían instalado semanas atrás y la comida les hizo olvidar sus preocupaciones, pero no por mucho tiempo. Pronto Wilson advirtió que también él presentaba signos de escorbuto y Shackleton, en un fuerte ataque de tos, comenzó a escupir sangre. Desde hacía tiempo, y aunque se esforzaba al máximo, se notaba que le costaba seguir el ritmo de sus compañeros y no podía evitar resoplar aparatosamente, sin contar con que cada vez tosía más durante las noches.

Los días siguientes sus compañeros, preocupados, no le dejarían tirar del trineo ni ayudarles con las tareas más pesadas del campamento. Pese a su gravedad, él se resistía a ese trato

preferente e insistía en ayudar. Scott llegaría a ejercer toda su autoridad para prohibírsele y escribiría admirado en su diario: «Tiene un temperamento tan bravo que es imposible tenerle sin hacer nada como nosotros quisiéramos³³».

A pesar de los cuidados, Shackleton seguía tosiendo y, lejos de respirar con normalidad, jadeaba de forma alarmante. Si seguía caminando era gracias a su tremenda fuerza de voluntad. Pero un día hasta esta se agotó y, de repente, se desplomó con un fuerte dolor en el pecho. De inmediato montaron la tienda y le acomodaron en su interior. La situación era angustiosa, se encontraban a unos 200 kilómetros del siguiente depósito de provisiones y sabían que si tenían que llevar a Shackleton en el trineo tirando ellos dos, no tendrían fuerzas suficientes para arrastrarlo.

Por fortuna, al día siguiente se encontraba lo suficientemente recuperado como para volver a caminar y un fuerte viento del Sur les permitió volver a poner la vela en el trineo y avanzar con rapidez. Fueron días terribles para todos. Scott y Wilson eran conscientes de la gravedad de su situación y forzaron el avance al límite de sus fuerzas, mientras Shackleton rumiaba su desdicha. En un mundo de hombres, donde la salud era sinónimo de hombría, él se sentía no solo un estorbo, sino también un fracaso: «Me gustaría hacer algo más de lo que hago³⁴», clamaba en el diario su orgullo herido.

Después de diez días ya no pudieron frenarlo más y volvió a tirar del trineo, pero de nuevo se agotó hasta un límite peligroso y otra vez sus compañeros le tuvieron que obligar a que se limitara a seguir a

³³ Huntford, *Shackleton*, p. 109.

³⁴ Huntford, *op. cit.*, p. 110

su lado. Así continuó la penosa marcha hasta que, por fin, alcanzaron el siguiente depósito de provisiones. Ahora tenían comida en abundancia y, después de tantas penurias, Scott y Wilson dieron buena cuenta de ella. Shackleton estaba tan extenuado que casi no tuvo fuerzas ni para comer, lo que le salvó de la indigestión que cogieron sus compañeros.

Estaban a tan solo 100 kilómetros del barco y tenían suficiente comida, pero el irlandés había empeorado tanto que su estado era realmente crítico. De hecho, años después Shackleton comentaría que había llegado a escuchar a Wilson decirle a Scott que no creía que pasase de aquella noche, lo que fue tan revulsivo para él que decidió sacar fuerzas de donde no tenía y no dejarse morir. Nunca sabremos si esa historia fue cierta, pues nuestro irlandés era muy dado a esas patrañas, pero la realidad es que al día siguiente, 30 de enero de 1903, contra todo pronóstico se despertó y, aunque estaba exhausto y pálido como un muerto, sin decir una palabra se puso en marcha con una decisión que sorprendió a sus compañeros.

Cuatro días después unos puntos negros, que al principio confundieron con pingüinos y que después resultarían ser sus compañeros Skelton y Bernacchi, salieron a su encuentro. Unas horas más tarde llegaron al barco, que les esperaba engalanado y con la tripulación en cubierta y subida a las jarcias ovacionándoles. Así terminaba el viaje más largo que se había realizado hasta aquel momento en el continente antártico: noventa y tres días en los que habían recorrido 1500 kilómetros.



*Los tres integrantes del grupo que avanzaría en dirección al Polo Sur.
De izquierda a derecha, Shackleton, Scott y Wilson.*

§. Expulsado y humillado

Mientras iban recorriendo los últimos kilómetros para llegar al barco, Skelton y Bernacchi les pusieron al corriente de todo lo sucedido durante sus tres meses de ausencia. Con evidente preocupación les informaron de que el *Discovery* seguía atrapado por una inmensa capa de hielo de más de tres metros de espesor, que se prolongaba casi 20 kilómetros hasta el mar, donde acababa de fondear el barco de aprovisionamiento, el *Morning*. Con él habían llegado noticias de lo que había ocurrido en el mundo en el último año, en especial que había terminado la guerra de los Bóeres. Más importante todavía era que habían llegado cartas de sus familiares y

amigos. Un buen reclamo para haber acelerado sus pasos, de no ser porque el cansancio se lo impedía.

El recibimiento que les dispensó el resto de la tripulación les llenó de orgullo, pero estaban agotados. Shackleton no pudo participar del agasajo porque después de un baño cayó rendido en la cama. Sin embargo, tras las efusivas felicitaciones, no quedaba muy claro si sus compañeros estaban verdaderamente impresionados con el logro alcanzado. Era evidente que todos habían visto la velocidad que imprimieron los perros los primeros días, por lo que las estimaciones que habían hecho sobre la distancia recorrida eran mucho mayores. En tres meses habían recorrido cerca de 1.500 kilómetros, habían avanzado hacia el Sur 400 kilómetros más que nadie, pero todavía se habían quedado a 800 kilómetros del Polo Sur. Habían hecho importantes descubrimientos geográficos, pero no habían sido capaces de establecer si la cadena de montañas cortaba el paso hacia el Sur, y seguía siendo un misterio si la Antártida era un único continente o un grupo de islas.

Es difícil saber cuáles eran los sentimientos de ellos tres: orgullo por lo realizado, frustración por no haber logrado llegar más lejos, vergüenza por haber fracasado... Scott llegaría a decir: «Si no logramos los grandes resultados que alguna vez habíamos esperado, al menos hemos aguantado y luchado con todas nuestras fuerzas por alcanzarlos³⁵». Es evidente que no parecía muy feliz con los resultados y temía que la opinión pública y sus patrocinadores los considerasen, cuando menos, escasos.

³⁵ Scott, *op. cit.*, p. 558.

Shackleton tampoco estaba muy convencido de que su «hazaña» le fuese a proporcionar la fama que tanto deseaba para lograr abrirse camino en la vida. Pero en aquellos momentos él tenía otros problemas más graves en los que pensar.

Encerrados por el hielo

Los tres habían vuelto agotados. En apariencia el que tenía peor aspecto era Shackleton, que ni siquiera pudo estar presente durante la celebración que les habían hecho sus compañeros el mismo día de su llegada, aunque en la última entrada que hizo en su diario, antes de caer rendido en la cama, es optimista: «Lo hemos pasado bien, pero es estupendo estar otra vez de vuelta³⁶».

Durante unos días los tres estuvieron convalecientes. El primero en reponerse fue Scott, seguido de Shackleton, que unos días después ya estaba dirigiendo un viaje para traer la carga del barco de aprovisionamiento al *Discovery*. Wilson apenas podía levantarse de la cama.

Según pasaban los días se perdía la esperanza de que se disolviese el hielo que rodeaba al barco. Entre sorprendidos e irritados recordaban que el año anterior por aquellas fechas el paso estaba libre de hielo, lo que les había permitido fondear sin el más mínimo problema. Ahora sin embargo estaban encerrados y no parecía que esa mortaja blanca fuese a ceder. Lo intentaron con cargas explosivas, con resultados absolutamente nulos. Después cifraron sus esperanzas en que una gran tormenta rompiera el hielo, pero

³⁶ Mill, op. cit., p. 79.

las semanas pasaban y eso no sucedía. Según transcurría el tiempo, la situación del barco de aprovisionamiento se hacía más delicada, corría el riesgo de que el mar se congelase y lo atrapase también. Así que fue necesario tomar la única decisión que se podía: resignarse a pasar allí otro invierno.

Para muchos no era una perspectiva demasiado mala. Durante la primavera y parte del verano siguiente podrían llevarse a cabo más exploraciones, también para los científicos representaba otro año de investigaciones y puesto que los sueldos de oficiales y marineros eran durante la expedición mucho más altos que los normales, prolongar el viaje tenía ciertas ventajas económicas.

No todos estaban de acuerdo. Algunos miembros de la tripulación querían regresar, a lo que Scott no puso ninguna pega; todo lo contrario, hasta se alegraba de reducir el número de personas que iban a pasar otro invierno allí enclaustradas. También era el momento de desembarazarse de aquellos con cuyo comportamiento no estaba contento. Hasta ahí todo era normal: el *Morning* le daba esta oportunidad y decidió aprovecharla. Pero de repente una noticia se extendió como un reguero de pólvora en el *Discovery*: Scott mandaba de vuelta a Shackleton.

A casa por invalidez

Ni en la peor de sus pesadillas podía haberse imaginado nuestro irlandés que eso le pudiera ocurrir. La expedición no era para él ni un viaje ni un trabajo más, había creído que le serviría de catapulta para lograr ese «algo» que perseguía desde hacía tiempo, y la

trascendencia de ese objetivo le había llevado a implicarse como nunca y a dar lo mejor de sí mismo. Así, desde que se incorporase a la aventura polar había demostrado tener iniciativa, siempre había estado dispuesto a hacer con rapidez y perfección todo lo que se le había ordenado y con su carácter animoso había contribuido como pocos a crear un ambiente distendido durante los largos meses del invierno polar. No era posible que esto le estuviese pasando a él.

Y si la orden de regreso era dura, el motivo lo era todavía más: incapacidad. Aunque parecía haberse repuesto de los problemas médicos que había sufrido durante la marcha, Scott decidió que no era físicamente apto para estar allí otro invierno y le mandaba de vuelta a casa. Velando por su salud física, le ordenaba regresar sin comprender el daño que le provocaba a su salud mental y a su prestigio. En una sociedad donde la virilidad y la fortaleza eran los grandes atributos en los que se basaba gran parte del respeto a la persona, volver como un enfermo, como un inválido, como un discapacitado era la afrenta que más daño podía hacer a cualquiera, y en especial a Shackleton. Además, era el único que regresaba por ese motivo; incluso uno de los científicos cuya salud era deficiente iba a continuar el siguiente año. Es sencillo imaginar su estado de ánimo al conocer la noticia, el desconcierto dio paso a la incredulidad, ésta a la desilusión, a la que siguió la rabia, y finalmente a lo más descorazonador: la impotencia. No hay registros de la conversación que mantuvieron los dos exploradores, pero Shackleton, que siempre, gracias a su sonrisa, a su capacidad de palabra y a su carisma, había sabido cambiar voluntades y revertir

decisiones, en aquella ocasión, precisamente cuando más lo necesitaba pues se jugaba su futuro, no logró que Scott diera marcha atrás.

¿Qué llevo a Scott a tomar tan controvertida decisión? Esa es la pregunta que se han hecho historiadores y biógrafos en el último siglo y a la que es difícil responder con objetividad. Algunos piensan que podría tener su origen en aquel desafortunado intercambio de fuertes palabras que mantuvieron durante la marcha al Sur, aunque no parece posible, puesto que Scott, aunque tenía sus defectos, no era vengativo. Otros han querido buscar la causa en la latente amenaza que la presencia del irlandés tenía para su liderazgo, aunque dicha amenaza, como ya vimos, nunca existió. Incluso hay quien ha considerado que fue la situación creada con su enfermedad durante el regreso lo que hizo comprender a Scott lo vulnerables que habían sido al desfallecimiento de una persona, mas tampoco esta parece una razón de peso, ya que se hubiese evitado reservando a Shackleton para marchas menores.

También es difícil rastrear cómo vivieron otros miembros de la expedición aquella decisión, pues los escasos testimonios que han llegado fueron escritos con mucha posterioridad y algunos después de que sus autores manifestasen su pública animadversión contra Scott. En realidad, la fuerte crisis que Shackleton había padecido durante la marcha no había sido motivada solo por el escorbuto y, aunque los médicos de la expedición no pudieron diagnosticar nada concreto, aventuraron como causa el asma, que bien podría ser una secuela de la extraña y grave enfermedad que padeció cuando

estuvo embarcado como aprendiz en el *Hoghton Tower*. Pudiera ser que Shackleton estuviera al tanto, o al menos intuyera que algo pasaba con su salud, pues de todos los miembros de la expedición fue el único que logró eludir el reconocimiento médico obligatorio previo a la partida.

Por otra parte, todo parece indicar que Scott fue sincero cuando, en una carta que escribió a su madre, dijo que «se había desembarazado de todo lo peor de la expedición, con la excepción de Shackleton», que era «un buen tipo. Lo único que le falla es la salud³⁷». Posiblemente, de entre todas las reacciones suscitadas por esta polémica decisión, la de mayor interés sea la de Wilson, de cuya honestidad y objetividad nadie puede dudar y que, además de ser médico, había sido testigo del deterioro de la salud de su amigo. Pues bien, en esos días escribió en su diario: «Lo más razonable es que vuelva a casa³⁸».

Sin embargo, quizá más importante que tratar de indagar en los motivos de tan cuestionada decisión sea ver la reacción de Shackleton ante lo inevitable. Sin lugar a dudas tuvo que sentirse avergonzado al verse volviendo junto a los indeseables e incompetentes de la expedición, no siendo de ningún consuelo que lo hiciera por motivos médicos, pues no lo hacía por haberse roto una pierna en un accidente, sino porque sus condiciones físicas eran inferiores a las de todos los demás, lo que, en todo caso, aumentaba su sensación de fracaso. Pero su comportamiento fue impecable. Aceptó las órdenes, por mucho que le doliesen, y nadie

³⁷ Baughman, *Pilgrims on the Ice*, 214.

³⁸ Savours, *Edward Wilson*, p. 245.

recuerda ni altercados con Scott ni comentarios desabridos. Sufrió en silencio y siguió cumpliendo sus obligaciones. De hecho, cuando semanas después el *Morning* regresó a Nueva Zelanda, Shackleton se hizo cargo de la organización de las provisiones que tendría que llevar a la Antártida el año siguiente.

En cualquier caso, su sentido de la profesionalidad no pudo evitar el amargo trago que representó dejar la Antártida y decir adiós a sus compañeros, y eso que precisamente él estaba acostumbrado desde los dieciséis años a las despedidas. En un sincero homenaje, todos los miembros de la expedición, con la excepción de Wilson que seguía convaleciente, recorrieron los 20 kilómetros que separaban al *Discovery* del *Morning* para despedirse de él. Primero serían los apretones de manos donde se traslucía la mezcla de respeto y aprecio que le tenían, luego llegarían los vítores efusivos y sentidos. Al día siguiente, cuando el barco soltó amarras, llegó el difícil momento de su propia y silenciosa despedida. Durante unos minutos, apoyado en cubierta, contempló cómo se alejaba esa tierra dura y peligrosa pero bella y cautivadora que nunca olvidaría. En ella había pasado algunos de los momentos más duros y amargos de su vida, pero también en ella se había sentido más vivo que en ningún otro lugar. Dicen que lloró. En aquel instante, objetiva y racionalmente debería estar seguro de que nunca más volvería a la Antártida. O al menos eso es lo que cualquiera de nosotros hubiera creído y sentido, pero no Shackleton. Un impulso le llevó a tomar la decisión de volver allí para demostrarle a Scott y al mundo que no

era un tullido. Incluso llegó a escribir en su diario, en un arrebato de rabia y de determinación: «Tengo que volver, y pronto³⁹».

³⁹ Huntford, *op. cit.*, p. 118.

Capítulo III

Una nueva vida

Contenido:

- §. Un incierto regreso*
- §. Cambio de vida*
- §. La política llama a su puerta*
- §. Sueños de grandeza*
- §. Pelea entre exploradores*
- §. Una carrera contrarreloj*

§. Un incierto regreso

Shackleton no tenía ninguna prisa por volver a Gran Bretaña. Ni siquiera la atracción por volver a estar con su amada Emily fue capaz de acelerar su regreso. Y eso que en el tiempo que había estado fuera, el Sr. Dorman, el padre de Emily, había muerto, con lo que el camino para su matrimonio parecía despejado. Sin embargo había algo más fuerte que le impedía correr a sus brazos, y ese algo era una sensación muy parecida al miedo. Temía enfrentarse con miradas esquivas, sonrisas burlonas o rostros hipócritas.

Desde muy niño había sabido hacerse respetar, bien por el desparpajo con el que hablaba, que sabía que derribaba barreras, o bien por la fuerza de sus puños, que también abatían a quien se le pusiera por delante. De joven había sido su minuciosidad y tesón en el trabajo lo que le había hecho ganarse la consideración de los demás. Más tarde fue su iniciativa, unida a su entusiasmo y su

conversación, lo que le permitió ser apreciado por su entorno. Ahora se encontraba de nuevo ante el desafío de volver a hacerse un hueco en una sociedad que le rechazaría, o incluso despreciaría, por no haber sido capaz de estar a la altura de las circunstancias. Volvía como el enfermo, el más débil de la expedición, y eso le dolía más que nada.

Había esperado regresar de la Antártida convertido en un héroe, más aún después de haber sido elegido para la marcha al Sur, la gran aventura de la expedición que al final se había tornado en un récord, decepcionante. Pronto tendría que enfrentarse, completamente solo, a una sociedad que le pediría explicaciones por tan exiguos resultados y, además, bajo el estigma personal de su falta de fortaleza física, que era como decir de su hombría.

Durante semanas, como forma de demostrar a todos que seguía siendo el de siempre, trabajó con denuedo en la preparación del aprovisionamiento de la expedición del año siguiente. Cuando terminó, se retiró a la casa que unos amigos tenían en el interior de Nueva Zelanda. Quizá nada puede explicar mejor su estado de ánimo que el hecho de que, durante los días que estuvo allí, sus amigos no le escucharon pronunciar una palabra sobre las aventuras vividas. Un comportamiento a todas luces sorprendente en él. Curiosamente, si sus amigos se enteraron de algo fue a través de sus hijos, con los que Shackleton salía a dar largas caminatas en las que se atrevió a contarles lo que había experimentado en la Antártida.

De regreso a la metrópoli

Sabía que no podía demorar más su vuelta y, por fin, casi dos meses después de llegar con el *Morning*, dejó Nueva Zelanda para iniciar el largo viaje de regreso a casa. El 15 de junio de 1902 llegaba a Londres. Allí le esperaba un mensaje que le sorprendió enormemente: *sir* Clements Markham, el mismísimo presidente de la Royal Geographical Society (RGS), quería verle de inmediato. Poco después su asombro creció aún más al recibir un telegrama del Almirantazgo pidiéndole que se reuniese con ellos.

Durante un año había vivido inmerso en la expedición, aquel fue su mundo mientras la distancia había ido convirtiendo a Gran Bretaña en otra realidad completamente ajena a la suya. Aquellos telegramas le hicieron comprender que durante ese mismo año la sociedad británica había permanecido ignorante sobre la suerte corrida por la expedición y se encontraba ávida de noticias, anhelante por conocer sus logros y preocupada por los peligros que afrontaba. Era una situación lógica; el barco que habían enviado a su rescate había vuelto sin el *Discovery* porque este se había quedado apresado por el hielo y todos, desde el último minero galés al primer ministro, pasando por el presidente de la RGS o el propio Almirantazgo, querían saber lo que estaba pasando allí. Todos ellos deseaban escuchar la autorizada opinión del tercer oficial de la expedición, uno de los tres integrantes de la marcha al Sur que, a consecuencia de los rigores padecidos, había tenido que regresar.

Enseguida comprendió que, lejos de ser un expedicionario anónimo y defenestrado, se había convertido en el portavoz oficial de la

expedición. Alguien a quien los cargos más destacados de la sociedad querían entrevistar para que les facilitase una información completa y verídica de lo que allá, en la Antártida, estaba ocurriendo. Dos días después de su llegada tuvo lugar la convención anual de la Royal Geographical Society que reunía, como siempre, a lo más selecto de la sociedad londinense. La figura de un Shackleton bronceado, atlético y otra vez dueño de sí mismo, es decir encantador y con la sonrisa y la palabra pronta en sus labios, no pasó desapercibida. Para todo el mundo fue una sorpresa que alguien en semejantes condiciones hubiese podido ser enviado de regreso por enfermedad. En pocos días sus aventuras y anécdotas antárticas fueron pasando de boca en boca, convirtiéndole en una de las figuras más famosas del verano inglés. Todos querían comer con él o que asistiese a sus fiestas para entretenerles con sus apasionantes historias.

Durante esos meses también estuvo ayudando en la organización de la operación de apoyo del siguiente año, que por expreso mandato del Almirantazgo estaría compuesta por dos buques. De esta manera, en caso de que el *Discovery* siguiese atrapado, se podría evacuar a toda la tripulación. Nadie, y menos el Almirantazgo, quería que la expedición antártica terminase en una tragedia de proporciones similares a la que, medio siglo atrás, protagonizó Franklin en el Ártico, donde todos sus miembros murieron de frío y hambre.

También le encargaron que asesorara al agregado naval argentino en Londres, el capitán Julián Irizar, a quien su gobierno había

encomendado la organización del rescate de la expedición del sueco Nordenskjöld. Su barco, al mando de Larsen —un experimentado capitán— no había regresado de la Antártida, y se temía por la vida tanto de su tripulación como de la partida de científicos que ya llevaban dos años aislados en su base. En una de aquellas reuniones, Shackleton propuso que dejaran depósitos de provisiones en algunas islas, para que en el caso de futuros naufragios los supervivientes supieran adónde dirigirse para encontrar alimentos, lo que les permitiría sobrevivir hasta que llegase algún barco a su rescate⁴⁰.

Si la sociedad británica ya estaba preocupada por la suerte de sus expedicionarios, las noticias de la operación de rescate de los suecos —para la que además del barco argentino se estaba preparando otro en Francia, al mando del que luego sería el famoso explorador Charcot— no hacían más que añadir motivos de intranquilidad sobre la suerte del *Discovery*.

Entre periódicos y revistas

Mientras desarrollaba esta intensa labor social y profesional, Shackleton todavía tuvo tiempo para escribir varios artículos en *The Illustrated London News*, uno de los más importantes semanarios de la época, donde escribían autores de la talla de Rudyard Kipling, G. K. Chesterton, sir Arthur Conan Doyle y, más tarde, Agatha Christie. También comenzó a dar conferencias sobre su aventura

⁴⁰ Irizar siguió el consejo, lo que años después le permitiría a Shackleton, durante la tragedia del *Endurance*, alentar a sus hombres con la esperanza de alcanzar la isla Paulet, donde se había establecido uno de aquellos depósitos de provisiones.

polar, en las que su naturalidad y forma de ser apasionaban a los asistentes. Pero el resultado fue recíproco. El que cientos de personas estuviesen pendientes de él fue una experiencia nueva, que le proporcionó una satisfacción que colmó sus expectativas vitales. Por fin estaba haciendo lo que le gustaba y para lo que sentía que estaba especialmente bien preparado.

Había llegado el momento de tomar la decisión de abandonar para siempre la marina mercante y tratar de encontrar ese futuro que tanto anhelaba, pero que no sabía dónde podía estar. Sin embargo, era consciente de que, por mucho que le gustase dar conferencias sobre la Antártida, esa no era forma de ganarse la vida. Tenía que buscar un empleo y su primera idea fue entrar en el mundo de la comunicación, que en aquellos años era equivalente a la prensa.

La Revolución industrial había traído consigo mejoras en las máquinas de imprimir y una clase media cada vez más numerosa que buscaba ávidamente informaciones de todo tipo, y que en la segunda mitad del siglo XIX propició una auténtica eclosión de la prensa escrita, sobre todo en Londres, la meca del periodismo, donde en el cambio de siglo se editaban casi 30 diarios y centenares de publicaciones semanales y mensuales. Un entorno demasiado competitivo para la experiencia periodística de Shackleton, que se limitaba al libro que había escrito en el *Tintagel Castle*, a su labor como editor del *South Polar Times* en la Antártida y a unos pocos, poquísimos, artículos publicados, la mayoría en los últimos meses. Aunque quizá también habría que considerar los centenares de

cartas, cerca de 2000, que había escrito a lo largo de los años que estuvo embarcado.

Para cualquier persona hubiera sido evidente que no eran méritos suficientes, ni siquiera para enviar por carta su *curriculum vitae*, pero él no se amilanaba cuando tomaba una decisión y, ni corto ni perezoso, se presentó en la redacción de *The Royal Magazine*, una revista mensual que publicaba cerca de un millón de ejemplares de cada número. Gracias a sus contactos y a su audacia, consiguió una entrevista al más alto nivel, y en cuestión de horas salió de las oficinas con un puesto de trabajo en la revista. Puede parecer sorprendente que le aceptasen, incluso su editor diría de él que «sus conocimientos técnicos de una revista eran nulos», pero por encima de esas carencias supo advertir que «tenía interés, entusiasmo, ideas nuevas y el instinto del periodista⁴¹» y, junto a estas cualidades, una que tampoco le pasó desapercibida: tenía un encanto especial. El caso es que durante los meses siguientes el novel periodista se dedicó con pasión a su nuevo trabajo.

La vida en Londres le atraía. Tiempo atrás se había hecho socio del Royal Societies Club, una asociación restringida a lo más selecto del mundo de la exploración, la ciencia y la geografía. Desde su regreso de la Antártida había comenzado a frecuentar el local para comer — aunque no era precisamente barato—, lo que le permitía relacionarse con personas destacadas en diversos campos del saber. Algo muy conveniente para su nueva profesión. También publicó, en una de las revistas del mismo grupo editorial, una larga descripción

⁴¹ Mill, *The Life of Sir Ernest Shackleton*, p. 84.

de todo lo ocurrido durante el primer año de la expedición del *Discovery*. Siguiendo un impulso de generosidad que le acompañaría el resto de su vida, lo que le pagaron por la colaboración, que según dicen fue bastante, lo donó en su totalidad al Fondo para el Rescate del *Discovery*, que estaba recaudando dinero para poder equipar los dos buques que iban a acudir en su apoyo.

Pero los meses pasaron y Shackleton era consciente de que sus tiempos de «estrella del momento» iban a terminar en cuanto volviera la expedición y Scott le desbancase del primer plano de la actualidad. Por lo tanto, tenía que aprovechar bien el poco tiempo que le quedaba. Como si sus deseos hubiesen podido forzar la realidad, la Royal Scottish Geographical Society (RSGS) le pidió que diera varias conferencias durante el mes de noviembre. Aceptó encantado, porque intuyó un cambio de agujas que podría llevarle a un futuro mejor.

§. Cambio de vida

Su etapa de periodista duró poco. Shackleton comprendió enseguida que la prensa no era lo suyo. No porque no pudiese llegar a escribir bien o muy bien, sino porque era una carrera de fondo y él era un velocista. Perseguía el sueño de querer ser alguien y quería serlo ya. La Antártida parecía un buen camino, no había tantos exploradores polares y había comprobado que su regreso anticipado no estaba siendo considerado por la gente como él había temido al principio. Tenía que aprovechar esa ventaja, y a ello se dedicó con el ímpetu

que siempre ponía en todo. Así, no habían pasado ni tres meses desde su llegada a Londres cuando ya había propuesto al presidente de la RGS la organización de otra expedición a la Antártida. Al menos eso es lo que Markham escribió en su diario. Evidentemente, sugerirlo fue un error incluso táctico; bastantes problemas estaba teniendo el anciano presidente con la expedición que seguía atrapada en la Antártida como para pensar en organizar una nueva. Además, aunque era evidente que el carácter del irlandés le gustaba, su preferido seguía siendo Scott. Sin embargo, Shackleton no se dejó abatir por la negativa y siguió intentándolo. De hecho, hay constancia escrita de que ofreció su experiencia a un canadiense que se proponía llegar al Polo Norte, aunque de lo que no hay constancia es de la respuesta que recibió, ni siquiera de si la hubo.

Un empleo más digno

Aunque el periodismo era una profesión respetada, necesitaba algo socialmente más elevado para poder casarse con Emily. Ella seguía decidida y, como su padre había muerto, el consentimiento para la boda lo tenía que dar su hermano, que, además de seguir con el negocio del padre, administraba la cuantiosa herencia que aquel les había dejado. Curiosamente, el hermano de Emily tampoco ponía impedimentos a la boda, el único que los ponía era el propio Shackleton, que se sentía humillado por no tener unos ingresos similares a los de su futura mujer, quien recibía de su padre una pensión vitalicia de 700 libras al año, cantidad en verdad cuantiosa

para la época⁴². Tenía que conseguir un nuevo empleo, y pronto. Esta vez recurrió a su amigo Hugh Robert Mill, el bibliotecario de la RGS, con quien había trabado una sólida amistad durante los días que acompañó al *Discovery* en su viaje hasta Madeira. Este sabía que la Royal Scottish Geographical Society (RSGS) estaba buscando a alguien para el puesto de secretario, pero no era ningún secreto que había otros aspirantes, algunos muy cualificados para el cargo y además escoceses de pura cepa. Como viejo zorro en esas lides y buen discípulo de Markham, había influido sutilmente para que la RSGS invitase a su protegido a que diese un ciclo de conferencias en diversas ciudades escocesas. El resultado fue el esperado. Shackleton, como siempre, deslumbró por su oratoria, su humanidad y su encanto personal. El camino estaba trillado y el 4 de diciembre solicitó el puesto. Días después pasó una entrevista y en el siguiente comité de dirección, que se celebró en enero de 1904, fue oficialmente elegido como Secretario y Tesorero de la Royal Scottish Geographical Society.

Era un buen paso hacia delante y le abría las puertas a su matrimonio. De hecho, cuando durante la entrevista le preguntaron la razón por la que solicitaba el puesto, declaró sin ambages que «necesitaba un trabajo para poder casarse» y siguió diciendo que pensaba que ese «le gustaría⁴³». Una contestación que, de no ser por el carisma de la personalidad de Shackleton, hubiera descalificado por completo a cualquier otro candidato.

⁴² A modo de comparación, el salario del Scott como teniente de navío de la Armada no alcanzaba las 200 libras anuales.

⁴³ Mill, op. cit., p. 85.

Una pequeña revolución

La RSGS era una institución vetusta y anclada en un pasado de grandeza. Sus altos cargos eran viejas glorias, en su doble sentido; las reuniones que tenían eran aburridas e interminables y las pocas decisiones que tomaban se hacían con tal ceremonial que parecía que estuvieran condenando a un hombre a la pena de muerte. Como no podía ser de otra manera, la llegada de Shackleton a aquel mundo de formas rancias fue como la entrada de un elefante en una cacharrería, o incluso peor. Su vestimenta informal, su trato campechano y su costumbre de bromear constantemente eran las antípodas del comportamiento al que todos en la institución estaban acostumbrados y que se basaba en mantener las distancias, cuidar las formas, seriedad ante todo y llevar un atuendo sobrio, casi fúnebre. Cuentan que una mañana quiso enseñar a Emily el edificio donde trabajaba. Al llegar a la sala de reuniones de la Sociedad se encontró a uno de los oficinistas practicando golf contra unas grandes cortinas que amortiguaban los golpes de la pelota. Ni corto ni perezoso, en lugar de recriminárselo, le pidió el palo de golf y quiso deslumbrar a su prometida demostrándole todo lo que había aprendido en las clases de golf, a las que había comenzado a asistir. El golpe fue soberbio, pero la pelota en lugar de dirigirse a las cortinas se empeñó en atravesar una de las vidrieras que daban a la calle... No hace falta comentar el escándalo que se originó. Por fin tenía un trabajo digno para el nivel social de la mujer con la que quería contraer matrimonio. Aunque eso no implicaba que su nivel

de ingresos hubiera mejorado: las 200 libras que ganaba al año quedaban todavía a gran distancia de la pensión de su prometida. En cualquier caso, eso no importaba, su aura de explorador antártico encajaba con el cargo que ocupaba y ambos eran respetados por la sociedad, y más por la de una ciudad como Edimburgo.

Y mientras hacía los preparativos para su cambio de estado civil también se preparaba para hacer el cambio en la institución. No había pasado ni una semana de su llegada cuando el silencio sepulcral del edificio se turbó con el rítmico teclear de una máquina de escribir. Poco después fue el turno de instalar la primera línea telefónica y así siguieron, una tras otra, más innovaciones que revolucionaron la calma secular del lugar. Una de ellas fue una máquina de imprimir capaz de proporcionar en unas pocas horas las etiquetas del correo, que antes suponían una semana del paciente trabajo de un ejército de amanuenses.

Su objetivo no era solo transformar el interior de la Sociedad, sino también su imagen externa. Para eso, faltando un par de semanas para su boda, organizó una multitudinaria conferencia sobre su marcha al Polo Sur. El resultado fue el esperado: se consagró no solo como el gran orador que muchos ya conocían sino también como un secretario abierto a los nuevos tiempos y las tecnologías. Comenzaron a llegar las solicitudes de nuevos socios y las empresas empezaron a pagar para anunciarse en la revista que publicaba la institución. En poco tiempo había logrado que la RSGS se abriese a la sociedad.

Suenan campanas de boda

Después de siete años de relación, el miércoles 9 de abril de 1904 Emily Mary Dorman y Ernest Henry Shackleton se casaron en Westminster. El lunes siguiente ya estaban en su casa de Edimburgo. Había logrado convencer a su esposa de no realizar el viaje de luna de miel, porque su trabajo en la RSGS no se lo permitía, y ella, que estaba muy enamorada, accedió gustosa. Esto no significaba que él no lo estuviera de ella; había sido un largo tiempo de cortejo en el que habían tenido que salvar muchas barreras. Diferencia en edad, diferencia en posición social, diferencia en trayectorias vitales... demasiadas diferencias.

En una sociedad conservadora como aquella, que Emily fuera seis años mayor que él, cuando lo normal era todo lo contrario, tuvo que provocar incompreensión y fue necesaria una gran valentía por parte de ambos para continuar. El estatus social también entrañaba dificultades; tanto su padre como su hermano, aunque se sintieran fascinados por la personalidad de Shackleton, le miraban con recelo; ni uno ni otro le creían capaz de suministrar los ingresos que, en la mentalidad de la época, se esperaba que aportase el esposo para mantener a la familia. En ese punto, ni el entorno familiar ni la sociedad en general ayudaban. Las historias de cazadores de fortuna eran frecuentes y tuvo que ser difícil sobrellevar ese doble estigma social que les tachaba a él de pícaro y a ella de ingenua.

Sus vidas también habían sido muy diferentes. Ella, educada de forma exquisita para ser la mujer de un hombre distinguido e influyente. Él, un autodidacta que había rechazado la oportunidad de formarse en un entorno selecto para seguir su deseo de navegar. Ella, adaptada a los patrones que la encorsetada sociedad victoriana se empeñaba en mantener. Él, alejado de todo lo conocido para ampliar horizontes, primero en un barco mercante y luego en un lugar tan remoto como la Antártida. Ella, una mujer inteligente, decidida y dulce que solo quería casarse si era por amor, que deseaba cuidar de su marido y proteger con devoción a su familia. Él, aparentemente un hombre de mundo, pero en realidad un poeta que soñaba y se quedaba atrapado en sus propias ensoñaciones.

Muy poco antes de casarse le escribiría: «Amada mía, no te preocupes si los días son oscuros, pálidos o fríos, todo será luz y resplandor en nuestro pequeño hogar y tendremos días felices⁴⁴». Pero «su pequeño hogar» era también demasiado pequeño para sus sueños. Shackleton no podía ser un hombre hogareño, anhelaba encontrar nuevos desafíos donde volcar toda su vitalidad, necesitaba imaginar empresas difíciles para tratar de materializarlas, buscaba estar rodeado de gente a la que sorprender con su ingenio o a la que convencer con su verbo, o al menos intentarlo. Afortunadamente, durante un tiempo la RSGS le facilitó el marco donde materializar sus inquietudes profesionales y personales.

⁴⁴ Huntford, *Shackleton*, p. 132.

De modo que continuó con su solitaria cruzada para modernizar la institución y mejorar su imagen pública. En julio organizó los actos de regreso a Escocia de la triunfal expedición a la Antártida que el escocés William Bruce había dirigido magistralmente y que había sido patrocinada en su totalidad por sus compatriotas. Aunque simultánea a la de Scott, a la del sueco Nordenskjöld y a la del alemán Drygalski, y aunque podía compararse con estas en logros geográficos y científicos, los ingleses, es decir la Royal Geographical Society con Markham a la cabeza, hicieron todo lo posible para que se le negaran a la expedición escocesa los reconocimientos que merecía.

Después de las vacaciones de ese verano participó en el recibimiento de la expedición del *Discovery*, que acababa de llegar a Londres. A continuación, organizó un gran banquete para conmemorar el 20 aniversario de la fundación de la Royal Scottish Geographical Society, al que asistieron Bruce, Scott y el propio Markham, y al que le siguió un ciclo de conferencias de los dos exploradores por varias ciudades escocesas. Y, por último, para terminar el año aprovechó la Navidad para reunir a un gran número de colegas y hablarles de la Antártida, haciendo las delicias de su joven audiencia, como era de esperar. Se cuenta que para explicarles lo duro que era hacer que los perros tirasen de un trineo, les sugirió: «Cuando volváis a casa, atad con arneses a vuestro hermano pequeño al cajón del carbón, y luego tratad de que se ponga a dar vueltas alrededor de la

mesa del comedor. —Después de que todos estallasen en risas, siguió—: Pero no digáis a vuestras madres que os lo he dicho yo⁴⁵».

Viejas peleas, nuevas rencillas

La llegada del *Discovery*, unos meses atrás, había terminado con su hegemonía como explorador polar. Después de todos los temores de que la expedición se convirtiera en una tragedia similar a la de Franklin, su llegada supuso un alivio y tanto el Almirantazgo como la Royal Geographical Society se apresuraron a recibirlos poco menos que como héroes. Scott fue promocionado a capitán y tanto él como sus compañeros recibieron el testimonio de admiración de toda la sociedad.

Como era de esperar, sucedió lo que Shackleton sabía que iba a pasar. Su tiempo había terminado y ahora llegaba el momento de los agasajos, las entrevistas y las conferencias de sus compañeros del *Discovery*, sobre todo del líder de la expedición, el reciente y flamante capitán Scott. En cualquier caso, durante el año en que había sido el único protagonista su celebridad le había permitido moverse por ambientes distinguidos e influyentes y conocer a un gran número de personas a las que tendría la oportunidad de recurrir en caso de necesidad. Ahora podía ser generoso y dejar la gloria para los demás, en especial para Scott.

Sin embargo, tanto para el recién nombrado capitán como para algunos de los integrantes de la expedición, en el año que había transcurrido desde la llegada de Shackleton, este les había robado

⁴⁵ Mill, op. cit., p. 90.

una gloria que no le pertenecía. Algo que se puso de manifiesto cuando Scott pronunció la esperada conferencia sobre la expedición y narró las vicisitudes de la marcha al Polo Sur en el Royal Albert Hall —el lugar reservado para las grandes ocasiones— y el público que abarrotaba la sala tuvo que contentarse con escuchar algo que ya había oído. Igual ocurrió con los periodistas que le entrevistaron, que en cierta manera se sintieron defraudados al no escuchar ninguna primicia. Pero es que además la forma de hablar de Scott, sosegada, precisa y algo aburrida no se podía comparar con el lirismo, la pasión y el entusiasmo que emanaban de la voz, la mirada y los gestos de Shackleton cuando hablaba de su aventura antártica. Y para un brillante capitán de la Armada no debió de ser sencillo asumir que su tercer oficial, que además procedía de la marina mercante, fuera en algunos aspectos mejor que él.

En cualquier caso, ni el irlandés había querido robar el protagonismo a Scott, ni a este le había movido la animadversión cuando le envió de regreso a Gran Bretaña y, por supuesto, nunca pudo imaginarse estas consecuencias. Por lo tanto, y según lo acreditan los contenidos del elevado número de cartas que se intercambiaron, al menos durante un tiempo, las relaciones entre ambos fueron amistosas. Shackleton le comentó sus frustrados intentos de organizar una nueva expedición a la Antártida, e incluso llegó a sugerir a su antiguo superior que preparara una expedición para abrir el mítico paso del Noroeste⁴⁶.

⁴⁶ Precisamente el año anterior, unas pocas horas antes de que Shackleton llegara a Londres procedente de la Antártida, Roald Amundsen zarpaba para llevar a cabo el histórico viaje en el

§. La política llama a su puerta

El año en Edimburgo había sido intenso, tanto desde un punto de vista personal como profesional. Había contraído matrimonio, un hijo estaba en camino, había revolucionado la Royal Scottish Geographical Society (RSGS) y había adquirido una imagen de trabajador infatigable y ejecutivo. Por otra parte, el estatus social de su mujer le facilitó el acceso al cerrado mundo de la alta sociedad, donde su fama de explorador y su encanto personal terminaron de derribar todas las barreras y pudo codearse, en plano de igualdad, con distinguidas personalidades de la cultura, la industria y la política.

Aquella situación hubiera sido suficiente para colmar las ansias de prosperar de cualquiera y habría dado paso a una larga vida de seguridad y tranquilidad. Sin embargo, Shackleton no era de esa clase de personas. Había dado un impulso espectacular en la modernización de la apolillada institución que se había encontrado, pero sus anquilosadas estructuras se resistían cada vez con más tenacidad a las nuevas ideas. Además, su forma de acometer los trabajos era lo más opuesto al parsimonioso ritmo de la mayor parte de sus miembros, al menos de los que podríamos llamar históricos. Él iba cuando tenía cosas que hacer y entonces se podía quedar trabajando doce horas seguidas, pero cuando no tenía nada que hacer podía no aparecer durante días. El sector más conservador y duro de la institución cada vez le veía con más reparos, y justo

que abriría por primera vez el paso del Noroeste. Cuando tuvo lugar este intercambio de cartas se desconocía dónde se encontraba el noruego.

entonces sucedió algo que escandalizó definitivamente a la sociedad geográfica escocesa: Shackleton decidió entrar en política.

Carismático, político, empresario

En el año que llevaba en Edimburgo se había hecho célebre por su iniciativa y vitalidad. Su facilidad de palabra, sentido del humor y memoria para recordar las anécdotas más variopintas le habían hecho famoso en muy diferentes estamentos sociales. Su espíritu apasionado y combativo le había convertido en un personaje emblemático para gentes de muy diversa condición. Por lo tanto, no fue algo extraño que los partidos políticos se fijasen en él, y en concreto que el Liberal-Unionista, cuya visión de la sociedad parecía más próxima a la imagen que transmitía Shackleton, le propusiera ser uno de sus candidatos en las siguientes elecciones generales. Sin pensárselo mucho, aceptó. En cierta manera, la política y el Parlamento le parecieron la oportunidad que estaba esperando para hacer ese «algo grande» que, pese a los logros ya alcanzados, seguía agitándose en su interior como una meta por conseguir.

A quien no le gustó tanto su decisión fue a la plana mayor de la RSGS. Con estoicismo habían soportado sus extravagancias, su afán de modernizarlo todo y hasta sus ideas educativas y populistas sobre el papel de la institución. Pero que el Secretario y Tesorero de tan científica y venerable organización recorriese los campos de boxeo y de fútbol dando mítines a mujeres, obreros y desempleados... ¡Eso ya era demasiado! Se formó tal escándalo que el aprendiz de político, impulsivo como siempre, llegó a manifestar

que pondría su cargo a disposición de la dirección si consideraban que era la forma de evitar involucrar a la institución en aquella aventura personal suya. Tal prueba de rectitud de intenciones calmó de momento los ánimos. Pero era evidente que esa situación no podría mantenerse por mucho tiempo y, meses después, decidió presentar en firme su dimisión, que fue aceptada con alivio por el sector más conservador de la vetusta sociedad geográfica, es decir, casi todos.

Mientras tanto, en el mes de febrero de 1905 nació su primer hijo. Dicen que lo primero que dijo al ver cómo se agitaba entre los brazos de su madre fue: «Buenos puños para luchar⁴⁷». Durante un tiempo vivió una felicidad pura, intensa y hogareña que le compensó con creces de las tensiones y problemas profesionales. Sin embargo, la tranquilidad y la paz del hogar no eran para Shackleton. En especial desde que, al dimitir de la RSGS, el único sustento económico de la familia volvió a ser la pensión de su mujer, una situación que su masculinidad no podía permitir. Aunque Emily nunca se lo recriminó, él se sentía en la necesidad de encontrar una fuente de ingresos, pero no aspiraba a algo normal, él deseaba entrar en grandes negocios que le permitieran conseguir lo antes posible enormes cantidades de dinero. Así, siguiendo el ejemplo de su hermano menor, que se estaba introduciendo en el mundo empresarial, él también quiso encontrar un hueco en aquel terreno. Creyó encontrarlo en la idea que le propuso un excéntrico danés: montar una nueva agencia de noticias que pretendía nada más y

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 91.

nada menos que ofrecer a la prensa información fiable, auténtica, la verdadera realidad de lo que estaba sucediendo. Y el aprendiz de empresario se lo creyó, e incluso llegó a comprar acciones de la empresa. Pronto, con el ardor que le caracterizaba, habló del tema a todos sus conocidos, viajó a Bélgica para promocionar la agencia, e incluso se entrevistó con el que, pocos años después, sería el rey belga Alberto I. Sin embargo, pocos meses después, siguiendo un patrón que sería recurrente en la vida de Shackleton, la empresa fue perdiendo fuerza y él perdió el interés por el negocio y, por supuesto, las 500 libras que había invertido. Una cantidad más que respetable para sus limitados recursos económicos. En aquel caso, uno de los motivos que le distanció de la empresa, en la que durante meses había puesto todo su empeño, fue la publicación de un libro.

Reabriendo viejas heridas

Desde que recibió en la Antártida la orden de regresar, sus relaciones con Scott no terminaban de normalizarse. Unas veces Shackleton se sentía agraviado por las palabras o comentarios del capitán; otras, este veía amenazada la popularidad que, como líder de la expedición, creía tener derecho a disfrutar en exclusividad. Puede que los dos trataran de evitar enfrentamientos, sobre todo públicos, pero en su interior había algo que tendía a la confrontación: un sentimiento incontrolable de envidia mutua. Scott, pese a todo su encanto personal, sabía que no tenía la personalidad atractiva del irlandés, quien sin esfuerzo se ganaba a

cualquier auditorio y encandilaba a todo aquel que le escuchaba; y Shackleton se sentía frustrado porque mientras que Scott, nada más regresar, había sido ascendido a capitán y tenía su futuro asegurado, él todavía seguía tratando de encontrar la forma de ganarse la vida, y su sueño de llevar a cabo su propia expedición seguía siendo tan solo eso, una quimera.

Precisamente en aquellos momentos, cuando había dejado la RSGS y sus ideas de montar un negocio floreciente parecían disiparse, tuvo lugar la publicación de *El viaje del Discovery*, el libro en el que Scott narra su expedición y en particular el intento de alcanzar el Polo Sur, en el que no omitió ningún detalle en lo relativo al agotamiento de Shackleton. Nunca sabremos si el modo en que el capitán describió ese pasaje fue una forma de revancha por el protagonismo que le había robado su subordinado, pero el hecho es que los términos utilizados: «el pobre Shackleton⁴⁸», «nuestro inválido⁴⁹» o «nuestro pobre enfermo⁵⁰», parece que fueron sutilmente elegidos para crear en el lector un sentimiento de conmiseración hacia el irlandés. Llegando incluso a sugerir que su estado era de tal debilidad que hizo parte del viaje postrado en el trineo.

Aquello era más de lo que Shackleton podía aguantar. Si el tono general empleado era denigrante, el comentario de que su agotamiento era tal que tuvo que subirse al trineo era una completa mentira. Si bien era verdad que había viajado sobre el trineo en dos

⁴⁸ Scott, op. cit., p. 453.

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 451.

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 455.

ocasiones, en ambos casos lo había hecho, de común acuerdo con sus compañeros, para poder controlar la vela y evitar que el trineo volcase por efecto del fuerte viento. Pero nada de eso se mencionaba en el libro y todo el pasaje llevaba a una conclusión tendenciosa que él no estaba dispuesto a aceptar. Durante semanas escribió y comentó el tema con amigos y compañeros del *Discovery*, con sus colegas en la Royal Geographical Society, con sus contactos en la prensa y con todo el que tenía la poca fortuna de toparse con él.

De nuevo el estigma de su mala condición física planeaba sobre él. Cuando creía que ya se había olvidado todo, el libro volvía a amenazar su futuro. No era una frase pronunciada en una conferencia ante un público reducido, como había ocurrido con anterioridad en varias ocasiones; ahora la publicación, cuya tirada era significativamente alta para la época, le perpetuaría ante miles de personas como alguien de constitución física débil. Y eso era una afrenta terrible para él.

Puede que ahora, un siglo después, al leer esas frases en el libro de Scott, por muy malintencionadas que fueran, la indignación de Shackleton nos parezca desmesurada. De nuevo es necesario retroceder a la mentalidad de la época para poder comprender la importancia que el concepto de virilidad tenía para un hombre, y más para alguien que necesitaba mantener su prestigio como explorador polar, pues había algo en su interior que le seguía empujando a soñar con volver a la Antártida dirigiendo su propia expedición. Por si todo esto no fuera suficiente, faltaba poco tiempo para las elecciones, donde iba a tener que mostrar su mejor imagen

para hacer frente a sus adversarios políticos en una campaña electoral que se preveía dura y exigente. No quería que nadie pudiera ridiculizarle recordando esos pasajes.

Aplausos o votos

Por fortuna no tuvo mucho tiempo para rumiar su desazón o imaginar su venganza, pues hubo algo que le exigió toda su atención. Después de muchos meses de espera, en diciembre el gobierno convocó por fin las elecciones para mediados de enero. Serían poco más de cuatro semanas de campaña electoral que deberían llevarle al Parlamento y asegurarle un futuro para el resto de su vida. Y, como de costumbre, se volcó en aquella actividad con todo su entusiasmo, coraje y decisión. Infatigable, siempre estaba dispuesto a desplazarse a donde hiciera falta para explicar su postura y sus ideas. Durante ese escaso mes se entregó con ahínco a la campaña, se le podía encontrar en cualquier parque o plaza, en grandes auditorios o en pequeños locales, en sitios elegantes o miserables. Su origen le hacía sentir una especial predilección por los lugares de trabajo y no le importaba meterse en una fundición, esperar a las puertas de una fábrica o ir a donde hubiera un trabajador dispuesto a escucharle. Al principio era un desconocido, pero enseguida impresionó a sus oyentes por su ingenio, por su hablar directo y por su entusiasmo. Su sonrisa irradiaba sinceridad y su voz fuerte, acostumbrada a gritar órdenes en las tempestades, llegaba a todos los rincones y muy en especial al corazón de los obreros.

Según pasaban los días parecía que se multiplicaba, llegando a hablar a varios miles de personas el mismo día en media docena de sitios diferentes. Gentes de toda condición comenzaron a acudir a escucharle. Su sentido del humor y sus reflejos se hicieron célebres. Un día alguien le hizo la comprometida pregunta de si iba a apoyar el voto de las mujeres, y salió del paso lanzando un fuerte suspiro y comentando con picardía que no podía responder porque «tengo a mi mujer aquí ⁵¹». Lo que provocó, como esperaba, una carcajada general que cerró el tema.

Los trabajadores le sentían uno de los suyos y cuando se acercaba a los puertos su conocimiento de la psicología de la gente de mar y de su peculiar lenguaje le convertían en el candidato favorito. Se cuenta que en una ocasión era tal la multitud que abarrotaba los alrededores del local donde tenía que hablar que ni él podía acceder a la puerta; entonces, sin inhibiciones, se subió a un coche y comenzó a hablarles desde allí; pronto los que estaban dentro de la sala salieron fuera para poder escucharle.

En este ambiente de popularidad creciente llegó el 16 de enero de 1906, día de las elecciones. Su mujer y una de sus hermanas le acompañaron en la larga noche del recuento. Sin radio y, evidentemente, sin televisión, estaban en un hotel con la ventana abierta para tratar de escuchar el momento en que se supiese el resultado. Shackleton tenía fundadas esperanzas de lograr un puesto en el Parlamento. Por fin llegó un murmullo lejano de vítores y acto seguido sonó el timbre del único teléfono del hotel, que

⁵¹ Mill, op. cit., p. 96.

estaba en la recepción. Abrieron la puerta para bajar a preguntar. No hizo falta: un botones voceaba escaleras arriba los nombres de los dos ganadores. Shackleton no estaba entre ellos.

Su mujer, Emily, siempre recordaría que se tomó la noticia con tranquilidad. En lugar de mostrarse abatido o disgustado, incluso hizo bromas sobre su derrota y, por primera vez en muchas noches, durmió plácidamente, como no lo había hecho durante las agotadoras jornadas de la campaña. Había hecho todo lo que había podido y sin duelos ni recriminaciones cerró un corto pero intenso capítulo de su vida. Años después volvería a esa ciudad para dar una conferencia y le recordaron lo popular que había sido durante las elecciones, a lo que él les contestó bromeando: «Sí, a mí me dieron sus aplausos, pero a otros les dieron sus votos⁵²».

§. Sueños de grandeza

Perder las elecciones no solo significó decir adiós a sus sueños de ser «alguien» importante, sino también a sus esperanzas de conseguir una fuente estable de ingresos. Volvía a estar en la calle, sin nada, aunque en realidad ya lo estaba desde que hacía medio año dimitiese de la Royal Scottish Geographical Society. Necesitaba encontrar algo para no tener que vivir del dinero de su mujer, que, pese a ser considerable, no era suficiente para el tren de vida que le gustaba llevar. Y claro, no se limitó a buscar un empleo normal que le proporcionase la seguridad de recibir una remuneración fija aunque moderada. Shackleton, como siempre, deslumbrado por el

⁵² *Ibíd.*, p. 97.

éxito en los negocios de su hermano Frank, volvió sus ojos otra vez al mundo empresarial, decidido a conseguir grandes sumas de dinero en el menor tiempo posible.

La ocasión se la proporcionó el final de la guerra Ruso-Japonesa. La sangrienta derrota que los japoneses habían infligido al ejército del zar había provocado tal malestar entre las tropas rusas que, para evitar que desembocase en un motín de impredecibles consecuencias, el gobierno de la Rusia Imperial se vio en la necesidad de hacer regresar con urgencia a sus soldados. Como el viaje por tierra era demasiado largo, la única posibilidad era por mar, y dado que no disponían de suficientes barcos de transporte estaban negociando alquilar barcos de otros países. El negocio parecía rápido, sencillo y sobre todo productivo, algo que encajaba a la perfección con los sueños de Shackleton. Además, él era un experto en transporte de tropas. En poco tiempo un grupo de amigos de su hermano Frank organizó una empresa para tratar de hacerse con el contrato de transportar un contingente de 40.000 hombres desde Vladivostok al mar Báltico, al precio de 40 libras por oficial y 12 por soldado. Ni que decir tiene que la empresa no disponía de barcos en propiedad sino que, una vez firmado el contrato, también ellos pensaban alquilarlos.

Las negociaciones con los rusos absorbieron durante varias semanas a Shackleton, que disfrutó de la embriagadora sensación de hacer escuchar su voz en los despachos desde donde se tomaban las grandes decisiones económicas de aquel momento. El trato parecía a punto de cerrarse y los beneficios que se barajaban eran

tan formidables que Shackleton escribiría exaltado a su mujer contándole que en unos días sus acciones valdrían 4.000 libras, una cifra ciertamente espectacular en aquella época. Días después, en otra carta, en parte como forma de resarcirla por los cinco meses que tendría que estar fuera de casa para llevar a cabo el transporte, le garantizaba que los temas económicos a partir de ese momento empezarían «a ir de maravilla⁵³».

Pero el contrato nunca llegó a firmarse. Los rusos habían mantenido la ficción de que negociaban con ellos en Londres, cuando en realidad lo estaban haciendo en Berlín con la naviera más importante de Alemania y una de las más grandes del mundo. Simplemente les utilizaron para lograr que los alemanes bajasen los precios.

A mediados de febrero volvía a su casa sin nada. Una vez más sus planes para asegurarse un futuro económico floreciente se habían disipado como lo que eran, meros sueños.

La mujer de su jefe

Si había algo que no tenía cabida en Shackleton era el desaliento. Cualquiera podía haberse sentido humillado y desmoralizado por la pérdida de las elecciones y luego por el fracaso de su empresa, pero no era ese su carácter. Sin volver la mirada atrás, recordó el ofrecimiento de trabajo que le había hecho, hacía casi un año, William Beardmore —un importante industrial afincado en Escocia—, y decidió aceptarlo. Para otros podría haber sido

⁵³ Huntford, op. cit., p. 150

frustrante pasar de los salones de Londres, donde se movían las finanzas del país y del mundo, a una empresa de la zona industrial de Glasgow, pero no lo fue para nuestro hombre, que volvió a ver en aquel empleo el pie de una escalera que podría llevarle a las cimas del poder económico y social. Lo que no podía ni imaginarse en aquel momento era que a donde le iba a llevar sería de vuelta a la Antártida, y esta vez al mando de su propia expedición.

Cuando Shackleton, al poco tiempo de llegar a Edimburgo para hacerse cargo de la secretaría de la RSGS, fue presentado a Beardmore, este ya era dueño de un imperio industrial en rápida expansión. Su padre le había dado estudios en el Royal College of Science and Technology y en la Royal School of Mines, lo que no impidió que comenzase en el negocio familiar como aprendiz y que tuviera que compaginar su trabajo de las mañanas con asistir a clases de química y de matemáticas por las tardes. Con esa preparación y una habilidad natural para los negocios, llevó aquel conglomerado de empresas a su máximo esplendor. La calidad del acero que producían sus fundiciones le permitió desarrollar su propia industria de fabricación de barcos, que pronto alcanzó un reconocido prestigio. Por lo tanto, cuando el gobierno británico tomó la decisión de modernizar la flota, surgió la gran oportunidad para lo que ya era un imperio industrial asentado en sólidas raíces. En el momento en que Shackleton le conoció, sus industrias daban empleo en Glasgow a más de 40.000 personas.

Aunque Beardmore tenía una lejana ascendencia irlandesa, lo que implicaba de por sí cierto vínculo emocional con Shackleton, la

aproximación entre ambas familias se produjo a través de la elevada posición social de Emily, pues en aquellos años la sociedad británica mantenía una estratificación social muy poco permeable. La personalidad, el entusiasmo y el encanto de aquel explorador polar, cuyos ojos resplandecían de una forma especial cuando hablaba de la Antártida, no pasaron desapercibidos para William Beardmore, ni para su mujer Elspeth. Poco después el industrial, quizá con la clarividencia del hombre de negocios avezado, ofreció al que en aquellos tiempos era un simple aprendiz de político un puesto en sus empresas, por supuesto, condicionado al hipotético caso de que las urnas no le concedieran el premio que parecía acariciar. Y fue a este ofrecimiento al que volvió Shackleton, sin ningún tipo de complejo, cuando su carrera política y empresarial parecía haber llegado a su fin.

Durante meses se aplicó con diligencia en su nuevo trabajo. Beardmore, gran conocedor de hombres, aprovechó las cualidades personales de Shackleton para ponerle donde fueran más provechosas para la empresa. Así, aunque oficialmente estaba contratado como secretario de un comité para desarrollar un nuevo tipo de motores de gas más eficientes, la realidad es que ejerció de relaciones públicas de alto nivel para clientes distinguidos. Sin lugar a dudas, no hubiese podido darle un puesto mejor. Lejos de la rutina de un trabajo regular y monótono, su actividad le permitía viajar con frecuencia a Londres, relacionarse con personas siempre diferentes y llevar un tren de vida que con su salario no se hubiera podido permitir. Como contrapartida, su magnetismo personal, su

carácter dinámico y el aura de haber sido un explorador polar se convirtieron en una excelente imagen para la compañía ante los clientes.

Desde un punto de vista familiar también fueron meses tranquilos; su esposa Emily se había quedado de nuevo embarazada y sus ocupaciones, con la excepción de sus viajes a Londres, le permitían disfrutar del sosiego de su hogar. El trabajar para una empresa económicamente estable y el pragmatismo con que Beardmore sabía dirigir a Shackleton hizo pensar a todos sus amigos que tanto su etapa de navegante, como las de explorador, político o empresario habían pasado, y que un nuevo Shackleton, padre de familia responsable y hombre de negocios, se estaba empezando a forjar. Pero se equivocaban. La monotonía de la vida familiar, pese al amor que sentía por Emily, se le hacía insoportable; el trabajo, a pesar de todas las satisfacciones que encontraba en él, no le llenaba por completo. Algo en su interior seguía bullendo y exigiéndole volver a la aventura de la vida en los grandes espacios helados. Necesitaba objetivos más ambiciosos, incluso más peligrosos que los que le deparaba la vida diaria. Y como con Emily no podía desahogar las ansias de vivir esos sueños, se buscó a alguien con quien compartirlos y ese alguien fue Elspeth Beardmore, la mujer de su jefe.

En ella encontró la compañera a quien abrir su corazón y manifestarle la imperiosa necesidad que tenía de volver a la Antártida para demostrar al mundo que, en contra de la imagen de enfermo que le habían atribuido, era un hombre y un explorador de

la misma talla que Scott. Allí estaba, a sus treinta y dos años, aguardándole un objetivo, el Polo Sur, que le proporcionaría el eterno «algo grande» que quería hacer con su vida. El viento, el frío, la nieve, el agotamiento... serían el crisol donde forjarse un sitio en la historia. Porque en aquellas soledades, rodeado por un puñado de compañeros, se había sentido más vivo que nunca. Allí había experimentado la auténtica amistad, no las palabras huecas de todos con los que ahora se cruzaba a diario. En aquel lugar había sido capaz de desplegar todas sus facultades y ponerlas al servicio de la supervivencia de sus compañeros. Solo en la Antártida había sido poeta y hombre de acción. Y tenía que volver allí, sabía que tenía que volver.

Elsbeth no solo le comprendió, sino que le animó a no desfallecer, a no enterrar su vitalidad y su pasión en un trabajo anodino. Aquel hombre de mundo, que no dejaba de ser un muchacho desorientado, la enterneció; aquel hombre viril y enérgico, que en el fondo no era más que un incauto soñador, la cautivó y ella tomó la decisión de apoyarle hasta que sus ilusiones se convirtieran en realidad, sin importarle que en el camino sus relaciones pudieran convertirse en algo más que platónicas.

Siempre la Antártida

Shackleton nunca había olvidado la Antártida. De hecho, al poco de regresar había preparado un documento de varias páginas que, según la costumbre de la época, tituló: «Planes para una expedición hacia el cuadrante de Ross de la Antártida con el objetivo de

alcanzar el Polo Sur Geográfico y el Polo Sur Magnético». En sus páginas, aunque no detallaba el tipo de transporte que pensaba utilizar, sugería que ni los caballos ni los automóviles habían sido empleados y que ambos sistemas parecían muy prometedores. Durante casi dos años llevó este documento, literalmente, bajo el brazo y, sin desalentarse, aprovechaba la más mínima oportunidad para presentárselo a personas adineradas que pudiesen mostrar un cierto interés por patrocinar la expedición. Buscaba a un multimillonario como Longstaff, que había aportado una gran suma a la expedición de Scott, o Newnes, que pagó todos los gastos de la de Borchgrevink; pero aunque se entrevistó con 70 grandes fortunas, ninguna quiso patrocinar su aventura, ni total ni parcialmente, tan solo algunos le ofrecieron un cierto apoyo si el proyecto lograba ponerse en marcha.

Después de tantos meses de enseñar una y otra vez el documento y de utilizar todo su poder de persuasión, los resultados habían sido tan descorazonadores que hasta su inquebrantable optimismo comenzaba a decaer. Seguía como al principio, con la única promesa de Elizabeth Dawson-Lambton, una venerable anciana que siempre le había apoyado y animado a montar su propia expedición. Pero las 1000 libras que ella le había ofrecido eran insuficientes incluso para lanzar la idea de la expedición, que, inocentemente, había presupuestado en tan solo 17.000 libras. Una cifra a todas luces irrisoria ya que la de Scott había superado con creces las 100.000 libras. Entonces, de repente, cuando todo parecía perdido,

Beardmore le sorprendió con la propuesta de avalar con 7.000 libras su expedición.

Mucho se ha especulado sobre el motivo que impulsó a una persona tremendamente práctica y poco filantrópica a apoyar un proyecto que, en opinión de muchos, era descabellado de principio a fin. ¿Qué podía lograr una pequeña expedición privada donde había fallado una gran expedición organizada por los estamentos científicos y geográficos más importantes del país, apoyada por la propia Armada y ampliamente subvencionada por el gobierno?

Hay quien opina que buscó, para él y para su empresa, la publicidad que la expedición le podría proporcionar; otros sugieren que fue la perseverante influencia de su esposa la que le obligó a tomar la decisión, y por último están los que piensan que creyó conveniente alejar a tan carismático explorador de las proximidades de su mujer, antes de que estallase un escándalo que no estaba dispuesto a tolerar. En este supuesto, qué mejor que tenerle entretenido durante meses en los preparativos de la expedición y luego enviarle casi dos años a la Antártida para que el frío y la distancia aplacasen el calor de la pasión. Nunca sabremos sus últimas razones, el caso es que se decidió a facilitar a Shackleton su expedición y este no desaprovechó la oportunidad. Por fin volvería al Sur y regresaría de allí con dos trofeos: el Polo Sur Geográfico y el Magnético.



Ernest Shackleton a la edad de 33 años, cuando ya había finalizado su efímero paso por la política y trabajaba en las industrias Beardmore.

§. Pelea entre exploradores

Había logrado lo que tanto soñaba y deseaba. Desde aquel arrebatado de despecho en la cubierta del *Discovery*, cuando se juró volver a la Antártida, habían pasado cuatro años. Un tiempo demasiado largo para mantener unas esperanzas que los acontecimientos vividos parecían ir desvaneciendo poco a poco. Primero fue el periodismo, después su paso por la Royal Scottish Geographical Society, más tarde su frustrado intento de entrar en política, posteriormente el mundo de las empresas y por último un trabajo vinculado al acero y

a la construcción de armamento. Y justo entonces, cuando sus sueños parecían estar a una distancia gigantesca, como aquel día en la cubierta del *Discovery* cuando la tierra helada se perdía en la lejanía, justo en ese momento Beardmore le abría el camino para poner en marcha su expedición.

Nunca sabremos los pensamientos que surcaron su mente y su corazón en dicho momento, pero es muy posible que recordase unos versos del poema «Prospice»: «De pronto, para los valientes, lo peor se transforma en lo mejor». Eran de su poeta preferido, Robert Browning, y siempre habían sido como una letanía que pronunciaba cuando todo parecía irremediablemente perdido. Puede que pensase en Emily, puesto que Browning también era su poeta preferido, e incluso entre ellos, en sus cartas personales, usaban la palabra «Prospice» como una clave secreta con la que querían transmitir su seguridad de que, pese a la adversidad, sus sueños se cumplirían. También es posible que pensase en Elspeth, pues ella tenía que estar detrás de la decisión de su marido, pero sobre todo porque durante casi dos años sus palabras le habían hecho perseverar en sus ideales, no ceder ante la realidad y mantener encendida la llama de lo imposible: volver a la Antártida, y al mando de su propia expedición.

Un duro camino por delante

Optimista por naturaleza, Shackleton no pudo evitar verse ya navegando hacia el helado continente. Sin embargo, tenía por delante un largo camino que a cualquiera le hubiera hecho vacilar,

o al menos contemplar el futuro con incertidumbre. Beardmore no le había dado un cheque en blanco que cubriese el coste completo de la expedición, tan solo le había ofrecido una tercera parte y, además, en forma de aval. Es decir, que después se vería obligado a devolverle toda la cantidad. Sin embargo, eso no pareció preocuparle demasiado a nuestro explorador, llevaba meses tratando de conseguir patrocinadores para su expedición y aunque nadie le había asegurado una cantidad importante, al menos varios habían aceptado colaborar si la expedición se ponía en marcha. Y con el aval de Beardmore había decidido que la expedición ya era una realidad.

Desde el primer momento planteó su expedición de forma diametralmente opuesta a la organizada por Scott. Mientras que este había esperado a conseguir los patrocinadores y los fondos necesarios para ponerla en marcha, Shackleton pensaba hacer lo contrario. Si bien trataría de conseguir la mayor cantidad posible de dinero, su propuesta era llevar a cabo la expedición y más tarde terminar de pagar a los suministradores con los beneficios que obtuviera de la publicación de un libro, las conferencias y los derechos de las fotos y películas que pensaba hacer. Un procedimiento arriesgado pero muy propio de su carácter impetuoso e innovador. Así nació lo que podríamos llamar la primera expedición comercial a la Antártida. Es evidente que la decisión de Beardmore le pilló por sorpresa, pero su reacción tuvo la rapidez que le caracterizaba. Si el viernes 8 de febrero de 1907 recibió el ofrecimiento del aval, el lunes siguiente por la mañana estaba en

Londres en las oficinas de la Royal Geographical Society para informarles de sus planes, antes de ponerlos en conocimiento de la prensa esa misma tarde. Pero no eligió el mejor momento. En la sede de la institución todos estaban pendientes de Roald Amundsen, que, acompañado de Fridtjof Nansen —el gran explorador polar que por entonces era el embajador noruego en Londres—, esa tarde pronunciaría una conferencia sobre su triunfal viaje del paso del Noroeste.

En tales circunstancias, aunque pudo intercambiar unas palabras con ambos exploradores, tuvo dificultades para entrevistarse con el nuevo secretario de la RGS, John Scott Keltie, y cuando lo logró la actitud de este ante el anuncio de la expedición fue fría y distante. Lo mismo ocurrió cuando poco después informó al presidente de la institución, quien también le escuchó con indiferencia e incluso, o eso le pareció, con cierta animadversión. Pero estaba tan exultante que no le importaron demasiado aquellos comportamientos; sabía que iba a recibir muy poco apoyo de esa institución y salió de aquel edificio para dirigirse a las oficinas de la agencia de noticias a la que iba a concederles la exclusiva. Finalmente, esa noche asistió a una cena organizada para presentar una nueva expedición belga a la Antártida; allí tuvo la oportunidad de presentar también la suya y, por fin, fue recibida con entusiasmo.

A la mañana siguiente los periódicos daban amplia información sobre sus planes. Un barco llevaría a los expedicionarios hasta la antigua base de Scott, para regresar de inmediato y evitar ser apresado por los hielos como le sucedió al *Discovery*. Al verano

siguiente saldrían tres grupos de hombres: uno atravesaría la Barrera para explorar la Tierra de Eduardo VII, el otro trataría de alcanzar el Polo Sur Magnético y un tercero avanzaría hacia el Sur hasta conquistar el Polo Sur Geográfico. Un proyecto ambicioso y atractivo que hizo volar la imaginación de los lectores, que parecían acariciar ya tan inalcanzables trofeos. Shackleton había despertado el interés de su país y ahora tenía que apresurarse para llevar su proyecto a la práctica.

Su objetivo era partir ese mismo verano, porque temía que cualquiera de las expediciones que se estaban preparando en otros países se le adelantara. Eso significaba que tenía seis meses escasos para organizarlo todo, un tiempo récord para los cánones de la época, e incluso corto para los actuales. Sin embargo, Shackleton no parecía preocupado, sabía que lo podía lograr y ese optimismo siempre presente le ayudaría a salvar todos los obstáculos.

Curiosamente, más que la vorágine de los preparativos le preocupaba cómo decírselo a su esposa y cómo se lo iba a tomar ella. Pocos días antes de Navidad había dado a luz, por lo que no parecía el mejor momento para comunicarle que el padre de su recién nacida hija iba a desaparecer durante dos años y nadie podía saber si regresaría con vida. La respuesta de Emily no pudo ser más comprensiva; su amor incondicional no puso objeción alguna y fue tal la emoción que sintió nuestro explorador al recibir la respuesta que en una de esas cartas apasionadas que solo un poeta puede escribir le prometió que sería parte de la historia y que el libro de la

expedición se lo dedicaría a la persona más dulce y buena que jamás había conocido: ella. Y cumplió su promesa.

Muchos años después, aquella niña que acababa de nacer diría de su madre que, aunque era una mujer de gran carácter y fuerte personalidad, supo «sentir y aceptar» que la vida de su marido «era la exploración⁵⁴». Y así Emily, sin un mal gesto, sin la más mínima pega, le dejó ir a perseguir su sueño de conquistar el Polo Sur, aceptando tanto su vehemente seguridad de que ese triunfo les daría riqueza, fama y felicidad, como su promesa de que sería la última vez que la dejaría. Sin embargo, con ese sexto sentido femenino, Emily sospechaba que lo primero difícilmente iba a suceder y, con la intuición que da el verdadero amor, sabía que si su marido volvía pronto olvidaría su promesa.

Los urogallos del tío Bill

Shackleton iba a necesitar ayuda para poner en marcha su expedición y lógicamente acudió a algunos de sus antiguos compañeros del *Discovery*. En primer lugar escribió a Wilson; había sido su compañero en el viaje al Sur, sentían una profunda amistad y respeto el uno por el otro y, además, era médico y conocía sus problemas de salud. Su respuesta fue desconcertante: estaba llevando a cabo una investigación sobre una enfermedad que afectaba a los urogallos. La excusa le pareció tan ridícula que llegó a bromear con él preguntándole qué era lo que consideraba más

⁵⁴ Riffenburgh, *Nimrod*, p. 107.

importante, «si el Imperio o los urogallos⁵⁵». Pero ni con bromas ni ruegos consiguió hacerle cambiar de opinión, hasta que al final, ante la insistencia de Wilson en que «no gastase más dinero en largos telegramas», tuvo que desistir. Otros compañeros esgrimieron una u otra excusa para declinar su ofrecimiento. Hasta que recibió una enigmática respuesta de uno de ellos: «Me gustaría acompañarte, pero ya me he ofrecido voluntario para volver con Scott⁵⁶».

Algo estaba ocurriendo. Volvió a la RGS a entrevistarse de nuevo con Keltie, quien ante la evidencia de la carta no tuvo más remedio que ponerle al corriente de la situación, reconociendo que, en efecto, Scott estaba preparando su propia expedición, pero que este le había hecho prometer que guardaría el secreto. La revelación fue como un jarro de agua fría para Shackleton; había tratado de adelantarse a posibles competidores extranjeros, pero ahora resultaba que con quien tendría que competir era con sus propios compatriotas, y precisamente con quien le había echado de la Antártida.

Poco más pudo sacar en limpio de la conversación con el secretario de la RGS. Si su antiguo comandante disponía de presupuesto o tenía fijada la fecha de salida era algo que Keltie, o no sabía, o también había prometido no divulgar. Era evidente que la única persona que podía responderle era el propio Scott, pero en esos momentos se encontraba en unas maniobras navales y parecía difícil localizarle. Sin embargo, no fue así. Ese mismo día recibió

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 109.

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 110.

una carta de Scott; mejor dicho, dos, escritas con una separación de horas. En la primera se encontraba hecho un basilisco, en la segunda parecía más templado, si bien en las dos le exigía lo mismo: que no utilizase su base del *Discovery*. En su opinión, aunque él todavía no tenía fecha para volver a la Antártida, ni siquiera tenía fondos para la expedición, ni por supuesto la había hecho pública, creía que tenía suficiente derecho sobre toda esa zona como para negarle el acceso.

Acusó además a Shackleton de no haber obrado con nobleza al interferir en sus planes de exploración, que eran el objetivo de su vida. Incluso llegó a recordarle que había sido él quien le había llevado a la Antártida, que le había cuidado solícitamente cuando tuvo problemas en su marcha al Sur, y no solo eso, sino que cuando le hizo regresar siempre había tratado de mantener su buen nombre.

Exigencias, acusaciones y argumentos difíciles de comprender. En la historia de las exploraciones ha sido habitual utilizar las rutas abiertas por otros expedicionarios, aunque bien es verdad que en algún caso también han sido respetadas por sus competidores. En cualquier caso, el comportamiento que había tenido Scott al terminar la expedición parecía indicar que había abandonado su carrera de explorador; de hecho, esas fueron sus palabras cuando recibió la medalla de oro de la American Geographical Society y, en consonancia con esa declaración, poco después regresó a la Armada. Además, recurrir a la lealtad que Shackleton le debía a su persona más parecía un acto de egoísmo que una consideración

ética. El irlandés trató de ser prudente en su respuesta y hacerle comprender que existían otros puntos de vista sobre el tema. Hizo algo más, le pasó copia de la carta a Wilson para que, como hombre justo y amigo de los dos, pudiera ejercer de intermediario. Sin embargo este, que siempre se había comportado de forma ecuánime, tomó claramente partido por Scott, aconsejando a Shackleton que abandonase sus planes de dirigirse a la base del *Discovery*. De no hacerlo así —llegó a decirle en un momento dado—, «en la mente de todos quedará la convicción de que te has aprovechado de Scott⁵⁷». En las semanas siguientes, y quizá debido al apoyo explícito de Wilson o al de otros, entre los que con seguridad estaba Markham, Scott endureció todavía más sus exigencias. Ya no se contentaba con alejar a Shackleton de su antigua base, sino que además quería obligarle a que limitara su expedición al Este del meridiano 170° W. Es decir, le estaba impidiendo situar su base en toda la Tierra de la Reina Victoria, complicando su marcha al Sur y dejando fuera de su alcance el Polo Sur Magnético. Estaba condenando al fracaso, de forma maquiavélica, a la expedición del que había sido su tercer oficial. Sorprendentemente, Shackleton aceptó tan ilógicas exigencias.

Aceptar lo inaceptable

Durante días Shackleton meditó su decisión, incluso llegó a viajar para entrevistarse con Wilson, pero este se mostró, como Scott, cada vez más inflexible, con lo que regresó de aquel encuentro

⁵⁷ *Ibid.*, p. 114.

todavía más desolado. No podía entender lo que estaba sucediendo. En la misma cena en la que él había presentado su expedición también lo había hecho Arctowski, el jefe de la expedición belga, cuya intención también era la de ir a la Antártida para conquistar el Polo Sur y partir de la antigua base del *Discovery*, sin embargo nadie le había reprochado su comportamiento, y eso que era un extranjero. A fin de cuentas él era un compatriota que había estado en la misma expedición que Scott, que había protagonizado la marcha al Sur y que también quería, con todo el ardor de su corazón, alcanzar el Polo Sur para la gloria del Imperio británico.

Se sentía tan agobiado por la situación que durante varias noches no fue capaz de conciliar el sueño en busca de alguna solución alternativa. Llegó a plantearse instalar su base en el punto opuesto de la Antártida, incluso dicen que hasta pensó dirigirse hacia el Polo Norte, que todavía no había sido conquistado. Pero aceptó todas las condiciones de Scott, aunque eso significara olvidarse del Polo Sur Magnético e hipotecar seriamente las posibilidades de alcanzar el Polo Sur Geográfico. Si eso era lo que quería su antiguo superior, se mantendría al Este del meridiano 170° W, un territorio desconocido por completo.

Realmente es difícil entender por qué un irlandés tan combativo como él asumió todas las condiciones que le habían impuesto. Durante años había luchado sin descanso por su expedición, había tratado de vender su sueño a cientos de personas, había perseverado hasta que lo había conseguido y, en el momento en que lo tenía al alcance de la mano, su antiguo jefe se había vuelto a

cruzar en su destino. Shackleton no había hecho nada a escondidas, siempre había manifestado sus deseos de volver a la Antártida, e incluso antes de comunicárselo a la prensa había tenido la delicadeza de comentarlo primero en la RGS, algo que no estaba obligado a hacer. Y esa institución, poco después, a resultas de las airadas cartas que había enviado Scott, también parecía estar en su contra, aceptando todos los planeamientos del capitán y dándole a entender con silencios y medias palabras que se estaba apropiando de lo que no le pertenecía.

Puede que en el ánimo de Shackleton pesase esa actitud de la RGS, que, a todas luces, había cerrado filas en torno a Scott. Quizá pensase que todavía necesitaba convencer a un buen número de patrocinadores y que una batalla campal contra quien también era un admirado explorador y además capitán de la Armada pondría su expedición en boca de todos, dificultando sus gestiones. O es posible que detrás del poeta soñador se escondiera una persona práctica, que supiera que le quedaban pocos meses para organizarlo todo y que era mejor no perder más tiempo en ese tipo de refriegas que, entre otras cosas, le distraían de la ingente labor de organización que le esperaba. Sea como fuere, el caso es que el indómito irlandés escribió a Scott aceptando sus condiciones. Unas condiciones que éticamente nunca debieron haber sido impuestas y que, incluso, ponían en peligro la seguridad de la propia expedición.

§. Una carrera contra reloj

Lo primero que necesitaba la expedición era un nombre que la identificase y Shackleton no pudo encontrar uno mejor que Expedición Británica a la Antártida, que podía exaltar los afanes nacionalistas, de la población y de sus patrocinadores. Luego tenía que buscar dónde instalar las oficinas y, muy en su línea de lucir siempre las mejores apariencias, decidió alquilar un local en Regent Street, que en aquellos tiempos, al igual que ahora, reunía al comercio más selecto de Londres. Sin lugar a dudas, el mejor escaparate para su proyecto.

A diferencia de la expedición anterior del *Discovery*, en la que el peso de la organización recayó sobre la Royal Geographical Society, en esta Shackleton se encontraba solo, sin poder contar con la capacidad de trabajo de una gran institución. Sin embargo, eso también le proporcionaba la libertad que necesitaba para organizarla, porque no tendría que soportar una docena de comités y subcomités haciéndole sugerencias, indicaciones y precisiones, es decir, entrometiéndose en cada decisión. Y así, desde aquellas oficinas manejó un pequeño imperio con agentes en medio mundo: los de Manchuria se encargaban de localizar los caballos que iba a utilizar, los de Noruega buscaban el equipamiento relacionado con el frío, los de Nueva Zelanda trataban de hallar buenos perros de trineo, descendientes de los utilizados por Borchgrevink⁵⁸, los de Australia pactaban apoyos entre los científicos y las autoridades de aquel país... todos ellos coordinados por Shackleton, que se reservó

⁵⁸ La expedición de Borchgrevink (1898-1900) fue la primera en pasar un invierno en el continente antártico y en utilizar con éxito trineos tirados por perros para sus desplazamientos.

para sí las mil y una actividades que se tenían que desarrollar en su propio país.

No era una tarea sencilla, pues normalmente una expedición requería años, o al menos uno, de preparación y él debía tenerlo todo listo en pocos meses, dado que quería salir ese mismo año para intentar adelantarse a posibles competidores. Ya no era solo Arctowski quien tenía el mismo objetivo que él, sino también Scott, que podía decidirse a intentarlo en cualquier momento. Además, la Antártida se había puesto de moda y, según pasaba el tiempo, aparecían nuevas expediciones, como la del norteamericano Frederick Cook, que se proponía también llegar al Polo Sur y por su misma zona. Era una carrera contrarreloj, y si se trataba de un esfuerzo sobrehumano Shackleton era la persona mejor preparada para ganarla. Durante meses estuvo levantándose antes de las seis para trabajar hasta bien entrada la noche, siendo capaz de mantener durante todas esas horas una actividad desbordante en la que controlaba, supervisaba y organizaba todo.

Su peculiar forma de selección del personal

En primer lugar tenía que encontrar a sus hombres. Con la experiencia adquirida en el *Discovery*, Shackleton tenía muy claro que el éxito de una expedición dependía en gran medida de la correcta elección de sus componentes, ya que debían tener unas cualidades muy específicas para soportar las duras condiciones de la actividad polar. Era preciso conjugar el individualismo de la persona capaz de afrontar nuevos retos con el espíritu de equipo

para ser capaz de vivir en armonía durante un largo período de tiempo. Y todo eso lo quería conseguir sin tener que recurrir al rígido encorsetamiento de la disciplina de la Armada, sin esa obediencia ciega a las órdenes recibidas que anula la iniciativa personal. Sabía cómo quería que se desarrollase su expedición y estaba dispuesto a reunir a un puñado de hombres que colaborasen entre sí para alcanzar los objetivos que se había propuesto: llevar a cabo un trabajo científico riguroso y conquistar los dos polos del Sur para su país. Curiosamente, salvo algunos antiguos compañeros del Discovery, no buscó personas con experiencia polar, ni siquiera familiarizados con el frío y el hielo. Quizá era una forma instintiva de proteger su liderazgo, dado que la presencia de alguien con más conocimientos técnicos en este campo que los suyos podría horadar su autoridad. En cualquier caso, su forma de entrevistar a los cientos de voluntarios que deseaban formar parte de la expedición fue, como mínimo, sorprendente. Desbordado por los miles de temas que tenía que coordinar, realizaba las entrevistas mientras iba de una reunión a la siguiente, preguntándoles cosas que la mayor parte de las veces parecían no guardar relación ni con su preparación profesional ni con la Antártida. Sin embargo su elección, que se basaba en su capacidad innata para juzgar a la gente con un simple vistazo, resultó la acertada en la mayoría de los casos.

No faltó entre sus preparativos la preceptiva entrevista con Nansen. El noruego se había convertido por derecho propio en un referente en la actividad polar y todos los exploradores de la época que

preparaban una expedición a aquellas regiones querían reunirse con él para explicarle los objetivos, comentarle los diversos aspectos de los preparativos y, sobre todo, para escuchar su siempre experimentada opinión. Y claro está, también Shackleton acudió al gurú del saber polar para rendir la pleitesía debida y esperar poder recibir su bendición en forma de consejos. Sin embargo, el encuentro fue muy embarazoso para ambos. Ni sus personalidades ni sus trayectorias vitales podían ser más diferentes. Nansen era un científico y por lo tanto meticuloso en los preparativos, por lo que el apresuramiento con el que Shackleton quería montar su expedición le desconcertó. No obstante, supo intuir que se encontraba ante alguien que en los momentos difíciles poseía un sexto sentido que le ayudaba a superarlas. Lo que no lograba comprender era su obcecación con los medios de transporte.

Nansen había utilizado el sistema tradicional de tirar uno mismo del propio trineo cuando en 1888 cruzó Groenlandia y, años más tarde, cuando trató de llegar al Polo Norte, se había servido de perros para esa labor, por lo que sabía por experiencia que este último sistema era con diferencia el mejor. Sin embargo el irlandés, posiblemente debido a su triste experiencia con los perros en la expedición del *Discovery*, se mostraba reticente a volver a emplearlos, y si finalmente siguió su consejo y llevó algunos nunca llegó a utilizarlos. Igual ocurrió con los esquís: mientras que el explorador noruego los calificaba como imprescindibles para una travesía, los exploradores ingleses en general, y Shackleton en particular, los consideraban como una excentricidad e incluso les parecía poco

digno utilizarlos. Además, en ambos casos se necesitaba tiempo para aprender a conducir un trineo de perros o para convertirse en un buen esquiador, algo de lo que nuestro decidido explorador no disponía. De cualquier forma, tampoco iba con su forma de ser el prepararse metódica y concienzudamente para algo, y menos si ese entrenamiento llevaba mucho tiempo.

Si al noruego le sorprendió la ofuscación de Shackleton contra los esquís y los perros, la propuesta de utilizar en su lugar caballos manchurianos le recordó un encuentro que había tenido lugar hacía más de diez años, cuando regresaba de su frustrado intento por alcanzar el Polo Norte. Después de vagar quince meses sobre los hielos, había encontrado en una isla perdida del Ártico a otro explorador inglés, Frederick Jackson, que también opinaba que los caballos eran el sistema adecuado de transporte en las regiones polares. Los argumentos de los dos británicos eran similares: tanto los caballos rusos como los manchurianos, por estar acostumbrados al frío, tenían que ser capaces de soportar las condiciones climáticas de la Antártida, poder arrastrar una cantidad de peso superior y, además, y en esto sí tenían razón, ser más fáciles de manejar que los perros de trineo, que eran prácticamente lobos. Puesto que Nansen ocupaba el puesto de embajador, es probable que respondiera con la prudencia que se esperaba de su cargo, aunque en su interior debió de pensar que todos los ingleses eran igual de extravagantes. Sin embargo, de aquella conversación con Shackleton hubo algo a lo que Nansen prestó especial atención.

Durante la expedición del *Discovery* uno de los ingenieros había sugerido que la superficie del mar helado, e incluso de la Barrera, podría ser practicable para los vehículos a motor. Así, Shackleton había decidido llevar consigo un coche para ciertos desplazamientos rápidos o, más importante todavía, para tirar de los trineos. El automóvil, un Arrow-Johnston, había sido un regalo de Beardmore que acababa de comprar la empresa que los fabricaba salvándola de la bancarrota. Aunque lo diseñaron especialmente para la expedición, ni se estudió en profundidad su comportamiento sobre el hielo o la nieve, ni se realizaron pruebas del motor a muy baja temperatura, por lo que sus posibilidades de éxito siempre fueron algo más que inciertas.

Sin embargo había buenas razones para incluirlo en la expedición. Por una parte proporcionaba una magnífica publicidad a la compañía automovilística, que estaba pasando por muy malos momentos, y, por otra, añadía a la expedición de Shackleton un importante componente de innovación tecnológica muy propio de la mentalidad británica de aquellos tiempos. Si las máquinas estaban desplazando el trabajo humano y los automóviles circulaban orgullosos por las calles, parecía evidente que también el transporte polar se vería muy pronto transformado por los nuevos desarrollos y nuestro explorador quiso presentarse como el abanderado de esa revolución tecnológica. Sus declaraciones a los periódicos fueron exageradamente optimistas, incluso llegó a decir que podría hacer casi 300 kilómetros en tan solo un día. Una velocidad que, en menos de una semana, podría llevarle al mismísimo Polo Sur.

Un barco bueno, bonito y barato

Con un presupuesto para la expedición que no alcanzaba la tercera parte del que había tenido Scott, Shackleton tuvo que conformarse con adquirir el *Nimrod*, un viejo barco de vela y carbón utilizado para la caza de focas, que ni siquiera pudo inspeccionar porque cuando lo compró se encontraba faenando. Cuando, por fin y con retraso, a mediados de junio llegó a puerto, su aspecto era descorazonador. Sucio, maloliente y destartado, era lo más opuesto a un barco que debía albergar una expedición científica, y además no era la imagen que necesitaba. Se encontraba en plena campaña para buscar financiación y como buen relaciones públicas sabía que la apariencia tanto de las personas como de los objetos o de las empresas es el escaparate que más vende. Tenía que hacer algo con ese barco, y pronto. Inmediatamente encargó una remodelación tan a fondo que le costó más de lo que le había costado el propio barco, pero no podía hacer otra cosa y tuvo que resignarse a buscar financiación adicional.

Sin dudarlo ofreció el mando del buque a Colbeck, que era considerado —y con diferencia— el capitán británico con más experiencia en la navegación antártica. En media docena de años había navegado por aquella región en cuatro ocasiones, las dos primeras capitaneando el barco de la expedición de Borchgrevink y las siguientes dirigiendo al *Morning* en las dos expediciones de ayuda a Scott. Sin embargo Colbeck, que había encontrado un empleo estable y bien remunerado, no se mostró interesado en

nuevas aventuras y sugirió que contratase a Rupert England, quien había sido su primer oficial en el *Morning*. El tiempo demostraría que su elección no fue la más acertada, pero en aquel momento, aunque Shackleton hubiese sido capaz de leer el futuro, poco le hubiese importado, porque un escándalo estaba a punto de estallar a su alrededor amenazando con dar al traste con toda su expedición. Su hermano se hallaba en graves problemas económicos.

Los problemas de su hermano

Desde hacía años los negocios de su hermano Frank no marchaban bien. Sus actividades eran demasiado especulativas, sus cuentas bastante irregulares y los gastos en los que incurría para mantener un mundo de apariencias no habían hecho más que crecer. Tampoco sus amistades eran de lo más recomendable y el paso del tiempo había hecho que su reputación se deteriorara más y más. Y de repente todo estalló: su hermano estaba al borde de la quiebra.

Con la excepción de 1.000 libras procedentes de uno de sus patrocinadores que Ernest había entregado a Frank para que las invirtiera y que ahora, evidentemente, este no podría devolverle, la bancarrota de su hermano no tendría por qué influir en la expedición, cuyos preparativos se encontraban en la recta final. Sin embargo, Shackleton era consciente del descrédito que el escándalo llevaba asociado tanto para él mismo —a fin de cuentas era su hermano y no era la primera vez que habían hecho negocios juntos— como para su expedición, que en aquellos momentos se

encontraba asfixiada por la falta de crédito, agobiada por los suministradores que cada vez exigían mayores garantías y bajo la presión creciente de los acreedores que exigían cobrar lo antes posible. Sí, aquello podía ser el fin de todos sus sueños antárticos.

Por si fuera poco, cuando faltaba apenas un mes para zarpar, se descubrió el robo de las joyas de la Corona irlandesa⁵⁹ y, de nuevo, el nombre de su hermano figuraba en la lista de sospechosos. Puede que fuese uno de los peores momentos en la vida de nuestro explorador, pero supo sobrellevarlo con una entereza y naturalidad que sorprendieron a todos. Quizá fue el encanto personal de Shackleton, su optimismo y su seguridad en sí mismo lo que hizo pensar a todo el que le rodeaba que las cosas no estaban tan mal, de modo que logró que continuase el aprovisionamiento de víveres, materiales y equipos a cambio de la promesa a los proveedores de que pronto se les pagaría.

Las semanas fueron pasando y los preparativos, como si siguiesen un cronograma meticulosamente confeccionado, se iban ultimando. Las reparaciones del *Nimrod* se completaron; el Almirantazgo y la RGS, pese a sus reticencias iniciales, facilitaron los instrumentos científicos y las cartas de navegación; de Noruega llegaron los trineos, los sacos de dormir y otros equipos polares; mientras en su país, el resto del equipamiento se iba entregando y las provisiones se iban almacenando en el puerto para su estiba a bordo. En este caos de búsqueda de financiación, de tratar con acreedores y de

⁵⁹ El robo de las joyas de la Corona irlandesa fue uno de los hechos que conmovieron el reinado de Eduardo VII. El misterio que rodeó su desaparición, y que nunca llegó a aclararse, inspiró a *sir* Arthur Conan Doyle a escribir uno de sus famosos libros de Sherlock Holmes

resolver los cientos de cabos sueltos que iban surgiendo, Shackleton todavía tuvo tiempo para pensar en la forma de mejorar las tareas de descarga en la Antártida. Así, utilizando su experiencia de años en estibar cargas, ordenó que se fabricasen 2.500 cajas iguales y de reducidas dimensiones para que pudiesen ser manejadas por una sola persona. Un procedimiento simple pero novedoso, cuyo uso pronto se generalizaría. Asimismo, las mandó construir de una madera especial, similar al contrachapado, que, además de pesar poco, luego pudiera ser utilizada en la construcción de su base antártica.

Salvada in extremis

El mes de julio iba tocando a su fin y, mientras el barco se preparaba para zarpar, una nube de acreedores también se preparaba para cobrar. Temerosos de que si el barco conseguía llegar a alta mar nada podrían hacer para recuperar sus mercancías, presionaban cada vez con mayor insistencia, pero el dinero se había terminado, al igual que los avales, y Shackleton ya no tenía a quién acudir para conseguir algo más de liquidez. Según pasaban los días y los acreedores estrechaban el cerco, la situación económica de la expedición se complicaba hasta el punto de que el irlandés, llegando a temer que acudiesen a la justicia y que se embargase el material de la expedición, decidió no solo zarpar cuanto antes sino tratar, en un último y desesperado intento, de pedir ayuda al rey.

La contestación llegó de inmediato: la Corona por diversos motivos no podía patrocinar la expedición. Pero la personalidad y el entusiasmo de Shackleton le habían granjeado el aprecio del propio rey Eduardo VII que, según indicaba la contestación, había decidido visitar el barco, junto con la reina, durante la ilustre semana de regatas de Cowes que tendría lugar pocos días después y que reuniría a lo más selecto de la sociedad británica. Para Shackleton aquello era mejor que cualquier suma de dinero, dado que era la manifestación pública del apoyo de la Corona a la expedición, lo que significaba que sus acreedores no se atreverían a tomar medidas contra él, al menos de momento. Sin lugar a dudas, no era más que un respiro que simplemente retrasaba la resolución de los problemas económicos hasta su vuelta, pero para su espíritu entusiasta y decidido aquello era suficiente, ya vería cómo se las arreglaría cuando regresase. Lo importante era que, por fin, las puertas de la Antártida parecían estar abiertas para él.

Una semana después, en Cowes se repitió la imagen que nuestro irlandés tenía grabada en la cabeza y en el corazón. Hacía seis años la despedida era en honor de Scott y del *Discovery*, pero ahora eran él y el *Nimrod* los protagonistas. A diferencia de aquella ocasión en que la reciente muerte de la reina Victoria había ensombrecido el acto, en esta todo el esplendor social que rodeaba el evento pudo manifestarse con su máxima brillantez. Shackleton y su expedición fueron protagonistas de excepción. Incluso el *Nimrod* participó en la parada naval, algo que al *Discovery* no se le había permitido. Además, aquel año tenía un significado especial pues se iba a

presentar, por vez primera en un acto público, la nueva flota de guerra británica —en aquellos momentos la fuerza naval más poderosa del mundo—. Y, por si todo esto fuera poco, al *Nimrod* se le concedió el puesto más próximo al buque insignia de la flota, el *HMS Dreadnought*, el barco de guerra más poderoso que hasta ese momento había surcado los mares. El apoyo del rey a Shackleton no podía haber sido mayor.

Al día siguiente, al igual que hicieron en el *Discovery*, el rey y la reina subieron a bordo y después de recorrer diferentes partes del buque, en el momento culminante de la visita Eduardo VII, sacando algo que llevaba oculto en el bolsillo, se lo entregó a Shackleton. Le acababa de nombrar miembro de la Royal Victorian Order, lo mismo que había hecho con Scott. Después la reina Alejandra le entregó una bandera británica para que la clavase en el Polo Sur, un gesto que nunca hasta entonces se había hecho. Shackleton había igualado en todo a su antiguo jefe, a partir de ese momento en la carrera al Polo tendría no solo que igualarle, sino que superarle. Y de eso también estaba seguro.

Corazón compartido

Al día siguiente, 7 de agosto de 1907, el *Nimrod* inició su lento camino en dirección al Sur. Nuestro explorador todavía se quedaría en Inglaterra unos meses más para tratar de poner algo de orden en los asuntos de la expedición, en particular en los temas económicos. Finalmente el 31 de octubre salió en un barco correo con el que llegaría a Australia al mismo tiempo que su expedición. La

tranquilidad del viaje le permitió escribir las cartas que no había podido redactar durante los maratonianos meses anteriores.

La primera fue para Emily. Una larga epístola rebotante de sentimientos, lirismo, poesía y amor, donde le agradecía haber estado en el muelle despidiéndole y le expresaba todo el dolor que sintió cuando el barco le alejó de ella: «Si tuviera que volverme a tan solo 10 kilómetros del Polo sin alcanzarlo, no sería mayor mi tristeza». Le prometía con el cariño del enamorado que adivina sus pensamientos, y más sus temores, que no correría «el menor de los riesgos por volver con el triunfo del Polo». También le aseguraba con un toque lírico emocionado: «Estarás conmigo donde quiera que esté, en la tormenta o en la calma». Luego, después de volver al tema de que la expedición les iba a proporcionar el dinero con el que vivirían tranquilos para siempre, le confesó con una conmovedora sinceridad: «Eres demasiado buena para mí, eres miles de veces mejor que yo». Para terminar afirmando: «Trataré de ser digno de lo maravillosa que eres⁶⁰». Y por supuesto se despidió recordándole todo el cariño que tenía a sus hijos.

También escribió otra larga y apasionada carta a Elspeth, donde abrió su corazón para manifestarle con pasión y ternura sus sentimientos por ella y sus emociones ante la aventura que tenía por delante. Con franqueza le expresó lo que ella significaba para él diciéndole que hasta que la conoció «no había habido otra mujer que fuese capaz» de elevarle más allá de su «simple vida», para continuar agradeciéndole que hubiese sido ella quien le animase a buscar su

⁶⁰ Shackleton, carta a Emily, 31-X-1907.

propio destino. Más adelante, después de recordar la dureza de los últimos meses, le hizo una tierna declaración al mencionar la cantidad de veces que en ese tiempo había querido estar simplemente a su lado, hablarle, sentir la presión de su mano, o tan solo verla. «Ni la separación de miles de kilómetros ni los años pueden modificar lo que siento por ti», añadía. Más adelante volaba con su imaginación a lo que le esperaba en la Antártida y fundía sus deseos más vitales con los que sabía que también eran de ella y escribía: «Tendré largas noches de tensión, frío y oscuridad, pero tú estarás allí mirándome. Por ti respiraré el aliento de la naturaleza y reiré con fuerza al viento, feliz de estar vivo y feliz de formar parte de un mundo que es desconocido, fuerte y auténtico». Terminaba la carta con un nuevo alegato de su unión: «Por mi parte nuestra amistad es más fuerte que nunca», y de la atracción que ambos profesaban al mundo natural: «Te conozco y sé de tu amor por el mundo, por los espacios abiertos, por la libertad de la naturaleza, sé todo lo que esto significa para los dos⁶¹».

Dos mundos, dos amores encerrados en una misma persona que siente que laten con fuerza irresistible en su interior. Quiere a su esposa con pasión y adora a sus hijos, pero la vida doméstica le asfixia, necesita soñar con nuevos crisoles donde probar todas sus energías varoniles y sus ambiciones vitales, y en esto Emily no quiere, no puede y no sabe acompañarle. Pero afortunadamente encontró a alguien, Elspeth, que supo dar alas a sus sueños, que alentó sus esperanzas, que le animó a proseguir la búsqueda de su

⁶¹ Shackleton, carta a Elspeth, 1-XI-1907.

destino por encima de todo. Ambas contribuyeron a que volviese a zarpar camino de la Antártida, lleno de ilusiones y sueños como cuando partió en el *Hoghton Tower* siendo un muchacho. Y es en esos momentos cuando brotan sus más auténticos sentimientos, cuando todo su interior se prepara para ser capaz de alcanzar lo inalcanzable.

Capítulo IV

La expedición del Nimrod

Contenido:

- §. Vítores en Nueva Zelanda*
- §. Rumbo a la Antártida*
- §. Aislados en su aislamiento*
- §. El crisol del líder*
- §. La decisión más difícil*

§. Vítores en Nueva Zelanda

Después de la intensa actividad de los últimos meses, saber que durante las siguientes semanas solo tenía por delante la plácida rutina de la vida en el barco tuvo que ser un profundo respiro para Shackleton. Al principio escribir cartas fue su manera natural de relajar la presión física, mental y emocional a la que había estado sometido desde que comenzó los preparativos de la expedición. Luego, según pasaban los días y el barco se alejaba más y más, sus problemas y preocupaciones también se fueron distanciando y difuminando hasta casi perderse, como las costas, en la lejanía. El ritmo de la vida en el mar volvió a cautivarle como le había atrapado la primera vez que embarcó con dieciséis años, y su efecto sedante se hizo notar sobre un cuerpo que, a lo largo de tantos meses, no había tenido un minuto de auténtico descanso.

Pero, claro, el concepto de reposo es distinto para cada tipo de persona y para él, gregario por naturaleza, la soledad de su

camarote era incompatible con su carácter, por lo que pronto se vio envuelto en la activa vida social del barco, como ha dejado testimoniado en sus cartas, en las que describe a las personas que va conociendo. Y, cómo no, llegó a dar una conferencia sobre su expedición, la cual, aunque fue seguida con gran interés por los acaudalados pasajeros que viajaban con él, no consiguió ni la más mínima contribución económica a las arcas de la expedición, que buena falta les hacía.

En cualquier caso, el viaje y volver a pasar por las costas y puertos que tantas veces había recorrido años atrás tuvo que tener efectos melancólicos, que se mezclarían con las expectativas y los sueños de la empresa que tenía entre manos y que era lo más grande que había hecho en toda su vida: su propia expedición polar. Como siguiendo el vaivén de las olas, también sus pensamientos iban y venían diluidos en el mar de la distancia. Unos, los relacionados con los problemas económicos en su país, se habían quedado ya atrás, esperando su vuelta, cuando tendría que enfrentarse nuevamente a ellos. Otros, los relacionados con las dificultades con que se iba a encontrar la expedición, le preocupaban más.

Los hombres de Shackleton

Con toda seguridad no pudo evitar pensar en los hombres que él mismo había seleccionado para el grupo de invernada. Embarcado en el *Nimrod* iba el biólogo Murray, de forma que podía aprovechar la travesía para hacer investigaciones; era hijo de un tendero y a fuerza de trabajo e inteligencia había logrado adquirir prestigio

internacional, algo excepcional para la época. Está claro que era el tipo de hombre que a Shackleton le gustaba, además se lo habían recomendado encarecidamente tanto William Bruce, el naturalista que dirigió la expedición escocesa a la Antártida, como *sir* John Murray —con quien pese a compartir apellido no tenía el más mínimo parentesco—, que había sido el *alma mater* de la famosa expedición del *Challenger*. También en el *Nimrod* viajaba el Dr. Mackay, uno de los médicos, por si tenía lugar un accidente; un hombre de acción y de palabra rápida, algo que el extrovertido irlandés tenía en mucha estima porque no soportaba la idea de pasar el invierno con gente aburrida. Además, durante los últimos años Mackay había sido médico en la Armada, por lo que estaba acostumbrado al enclaustramiento en las largas travesías, tan parecido al que les esperaba en la oscuridad antártica.

Otros ocho integrantes de la expedición habían salido unas semanas antes hacia Nueva Zelanda a bordo de un buque de la primera compañía con la que él había trabajado, la White Star Line. Para economizar gastos no tuvo más remedio que contratar un camarote grande donde cupieran todos, lo que iba a significar una dura prueba de convivencia, pues tenían formaciones, temperamentos y trayectorias profesionales muy diferentes. Dos de ellos, Wild y Joyce, habían servido como suboficiales en el *Discovery* y eran los únicos que tenían experiencia antártica. Con el primero Shackleton había hecho una buena amistad y le llamó en cuanto puso en marcha la expedición. La forma en que Joyce se había incorporado al equipo era muy curiosa y el explorador irlandés

siempre sonreía cuando la recordaba. Un día él se encontraba mirando por la ventana de las oficinas de Regent Street cuando, en uno de los muchos autobuses municipales que pasaban por la calle, descubrió que en el piso superior —que era descubierto— iba sentado Joyce, al que no había visto en varios años. Inmediatamente mandó a uno de sus asistentes que saliese corriendo a buscarle. Era evidente que no podía dejar pasar esa coincidencia del destino.

Junto a ellos también viajaba el geólogo Priestley, el más joven de ese grupo, que siempre comentaría que estaba estudiando en la biblioteca cuando su hermano, que se había enterado de la expedición por un amigo, le preguntó si querría ir a la Antártida: «Iría a cualquier sitio con tal de salir de aquí⁶²», fue su respuesta, y poco después se entrevistaba con Shackleton. En ese congestionado camarote iba el otro médico de la expedición, Marshall, a quien Shackleton había conocido por casualidad en una de esas reuniones de amigos en las que, como era habitual, nuestro animado marino terminaba convirtiéndose en el centro de atención mientras contaba sus aventuras por medio mundo, y en especial sus sueños antárticos; cuando terminó aquella reunión, el impulsivo Marshall se ofreció a acompañarle si lograba montar su soñada expedición. Con la perspectiva del tiempo, ahora es sencillo ver que no fue la mejor elección del también impulsivo explorador, dado que el carácter intransigente y crítico del médico terminó provocando problemas. Con ellos viajaban el mecánico Day, un gran experto en

⁶² Huntford, *Shackleton*, p. 194.

motores que llegaba de la mano de Beardmore, casi podríamos decir que en el mismo lote que el coche, y el cocinero Roberts, que tenía fama de ser un experimentado profesional. Los años de navegación de Shackleton y su experiencia del *Discovery* le habían llevado a valorar la importancia que para la convivencia en entornos reducidos tenía disfrutar de una comida variada y bien preparada. Junto a ellos estaba Marston, el fotógrafo y polifacético artista de la expedición; curiosamente, fue una de las hermanas de Shackleton quien le recomendó, puesto que estudiaban en la misma escuela de arte. Su carácter divertido, su ingenio, su optimismo y su disposición para ayudar en todo lo que hiciera falta le convertirían en una pieza clave para la convivencia en la dura prueba de la noche polar que les esperaba.

Y por último estaba Adams, que iba al mando del grupo de los ocho y además sería el segundo de la expedición. De familia humilde, cuando tenía trece años se embarcó en un barco de la marina mercante; más adelante se incorporó a la reserva naval, donde durante años trató desesperadamente de alcanzar el sueño de su vida: llegar a ser oficial de la marina de guerra. Shackleton le conoció por casualidad. Se encontraba veraneando con Emily en la costa cuando atracó en sus inmediaciones un barco de la Armada, y de manera espontánea invitó a pasar la tarde en su casa a parte de la tripulación, entre ellos Adams. En pocas horas los dos confraternizaron hasta el punto de que cuando puso en marcha su aventura le escribió un telegrama ofreciéndole el puesto de segundo. Adams siempre recordaría que cuando recibió el telegrama de

Shackleton no habían pasado ni dos horas desde que el capitán de su barco le informase de que habían aprobado su propuesta de hacerle oficial. Volvió al barco y le comunicó al capitán que acababa de cambiar de opinión, y que «la Armada le importaba un bledo⁶³», al menos así lo contaba él.

El caso es que después de seis semanas de viajar en tan reconcentrada compañía, los ocho hombres terminaron por conocerse en profundidad y respetarse mutuamente, hasta el punto de que, en palabras de Priestley, llegaron «a formar un solo bloque con espíritu de cuerpo», algo que después se revelaría de gran importancia tanto para la convivencia como para el trabajo en la Antártida.

Había otro miembro de la expedición que en aquel momento también estaba navegando, aunque no lo hacía en el mismo barco que sus compañeros, ni estaba hacinado en un camarote rodeado de personas ni tenía que soportar la lentitud del *Nimrod*. Este era Brocklehurst, que con tan solo veinte años era, con diferencia, el miembro más joven del equipo, pero tenía suficiente dinero no solo para pagarse su propio billete, sino para que fuese de primera clase. Además, a diferencia de Shackleton, que utilizó el barco correo para poder ganar así unas semanas de trabajo en Londres, el joven salió con antelación para poder hacer turismo en algunas de las ciudades durante el viaje, como Nápoles, donde visitó Pompeya. Para Shackleton su presencia tenía un doble, o incluso triple, significado: por una parte había aportado 2000 libras a la expedición, por otra

⁶³ *Ibíd.*, p. 193

le añadía un toque de *glamour*, ya que pertenecía a la nobleza, pues era *baronet*⁶⁴ y, por último, porque su madre, a la que Shackleton había deslumbrado con su encanto, le ayudó a conseguir a nuestro explorador nuevos patrocinadores entre su círculo de distinguidas amistades.

El equipo de hombres se completaba con otro científico, el profesor Edgeworth David, de la Universidad de Sídney. No le conocía en persona, pero había recibido una carta suya solicitando acompañarles en el *Nimrod* hasta la Antártida para estudiar la Gran Barrera, y luego regresar en el barco cuando este les dejase después de montar la base. El hecho de que fuese un reputado geólogo y uno de los más prestigiosos expertos del mundo en glaciología había llevado a Shackleton a aceptar. Sin lugar a dudas, su presencia avalaría el prestigio científico de la expedición, aunque puede que, con ese generoso ofrecimiento, Shackleton también buscase servirse de los contactos que sabía que David tenía en el mundo de la política australiana.

En definitiva, tenía asegurado un buen equipo de hombres. Además, con las gestiones que había hecho los últimos días antes de abandonar Londres, creía que tenía los suficientes patrocinios y avales como para dormir tranquilo hasta su vuelta de la Antártida. Incluso tenía algunas promesas que él, siempre optimista y soñador, consideraba como operaciones ya cerradas. Así, en algunas de las muchas cartas que escribió a Emily le comentó el

⁶⁴ Es un término específico del sistema de honores británico y, por tanto, no tiene equivalencia en el español. En cuanto a rango jerárquico se encuentra por debajo del de barón, pero por encima del de caballero.

acuerdo al que, justo antes de embarcar, había llegado con una importante editorial para la publicación del libro de la expedición y que, en su opinión, les proporcionaría beneficios suficientes como para garantizarles una existencia desahogada por el resto de sus vidas. Es evidente que no debió de fijarse en la cláusula correspondiente a los derechos de autor.

Otra vez problemas económicos

Si bien las semanas en el barco fueron relajadas, al llegar a Australia su regreso a la civilización y a la realidad de las finanzas de la expedición no pudo ser más brusco e inquietante: un importante patrocinador que había prometido 4.500 libras se había echado atrás. La situación volvía a ser crítica, porque contaba con esa suma de dinero para pagar los sueldos de la tripulación y el avituallamiento del barco. Si no quería tener que abortar la expedición en el último momento tenía que conseguir ese dinero, y pronto, pero ¿dónde? Gran Bretaña estaba muy lejos y allí había agotado todas sus posibilidades, no le quedaba otra solución que hacerlo en el lugar en que se encontraba, en las antípodas, en un país extraño donde él también era un desconocido que no sabía ni a quién acudir ni cómo hacerlo. Afortunadamente, la forma en que le entrevistaron los primeros periodistas le dio la pista sobre cómo tenía que dirigirse a los australianos. Era una sociedad nueva con capacidad de ilusionarse y de acometer nuevos desafíos, en cierta manera se parecía a Shackleton, y desde ese momento en su discurso diario en busca de patrocinadores comenzó a contraponer

la apatía de las gentes de la vieja Inglaterra con el entusiasmo y dinamismo de los nuevos territorios del Imperio.

El día 3 de diciembre de 1907 pronunció en Melbourne su primera conferencia sobre la expedición. La pasión que puso en sus palabras caló en el público hasta tal punto que tres días después tuvo que repetirla, esta vez ante más de 4000 personas que le ovacionaron enfervorizadas. Por aquel entonces Shackleton ya era un orador experimentado. Sus cualidades naturales, unidas a la dura prueba que fue la campaña electoral, le habían convertido en un conferenciante magnético, acostumbrado a ganarse al auditorio. Pero también estaba habituado a la respuesta flemática y comedida de la sociedad británica, por lo que la espontaneidad de los australianos y sus manifestaciones de sincero entusiasmo le conmovieron. Hasta tal punto que, pese a que las cuentas de la expedición se encontraban en estado crítico, por no decir catastrófico o incluso en bancarrota, en uno de esos arrebatos suyos de generosidad donó todo lo que había ganado en las conferencias para obras de caridad.

Su gesto no pasó desapercibido para la sociedad australiana, que, asombrada por tal manifestación de grandeza, le correspondió con todo tipo de elogios dirigidos tanto a él como a la aventura que lideraba. Haciéndose eco de esos sentimientos, los periódicos le aclamaron como la manifestación de la vitalidad del Imperio, lo que a su vez contribuyó a acrecentar aún más su popularidad. El momento era el propicio para que el profesor David solicitase al primer ministro que el gobierno australiano contribuyese con 4500

libras a la expedición. Era tal el prestigio del profesor, que cuando el gobierno pasó la solicitud al Parlamento se dice que el jefe de la oposición comentó: «Si el profesor David dice que hace falta, no hay nada más que hablar», y acto seguido aprobaron una ayuda de 5000 libras. Poco después, el gobierno neozelandés, siguiendo el ejemplo de sus vecinos, le concedería otra subvención de 1.000 libras. Con estas contribuciones, unidas a las de algunos particulares, por fin tenía la garantía de que la expedición podría seguir su camino hacia el Sur.

Como muestra de agradecimiento, Shackleton decidió incrementar su equipo con dos australianos. Uno de ellos Armitage, un antiguo militar que se ganaba la vida como cazador y que se ocuparía del cuidado de los caballos. Y el otro, Douglas Mawson, un discípulo de David, que se convertiría en otro de los grandes exploradores antárticos. Aunque Mawson era geólogo, el puesto que le ofreció Shackleton, y que él se apresuró a aceptar, fue de físico. Las razones nunca han estado claras, pero lo más probable es que como ya tenía un biólogo, Murray, un geólogo, Priestley, y un ayudante de geólogo, Brocklehurst, prefirió que en el equipo figurase un físico a que lo hiciera otro geólogo. No hace falta comentar que el explorador irlandés no sentía un gran interés por la ciencia. Tenía muy claros cuáles eran los objetivos de la expedición, pero también sabía que las investigaciones científicas eran muy apreciadas por la sociedad y por lo tanto las asumió como una necesidad.

Más valioso que el oro

Mientras, en el puerto neozelandés de Lyttelton se acercaba el momento de zarpar. Después de un largo viaje los caballos habían llegado, también lo habían hecho los perros, y en los muelles se acumulaban los trineos, las provisiones y los equipos; todo estaba listo para ser transferido al *Nimrod*. Pero de repente surgió un nuevo problema que, una vez más, podía dar al traste con toda la expedición: no había espacio suficiente para el carbón. El problema era grave y fueron necesarias toda la iniciativa y la capacidad de improvisación de Shackleton para solucionarlo.

Desde el primer momento Shackleton había sido consciente de las limitaciones del *Nimrod*, entre ellas que era un barco pequeño con poca capacidad de carga. Pero hasta que no llegó a Nueva Zelanda y vio en el puerto todo lo que tenía que estibar, no comprendió que iba a ser imposible subirlo todo a bordo.

Mucho del material de la expedición no había llegado al puerto en el barco, sino que los suministradores lo habían enviado allí directamente y esperaba en los muelles para ser cargado. El espacio libre de cubierta se había visto bastante reducido por los establos que hubo que construir para los quince caballos y por el sitio que ocupaban los perros; mientras que en el interior, después de buscar alojamiento para los diez hombres que habían viajado hasta allí en otros barcos y para los tres australianos, no quedaba casi ningún hueco libre. Pronto se hizo evidente para todos que no había suficiente sitio para almacenar todo el carbón necesario para recorrer los 3.000 kilómetros que les separaban de la Antártida y regresar. Si bien el barco podía navegar a vela, no se podía confiar

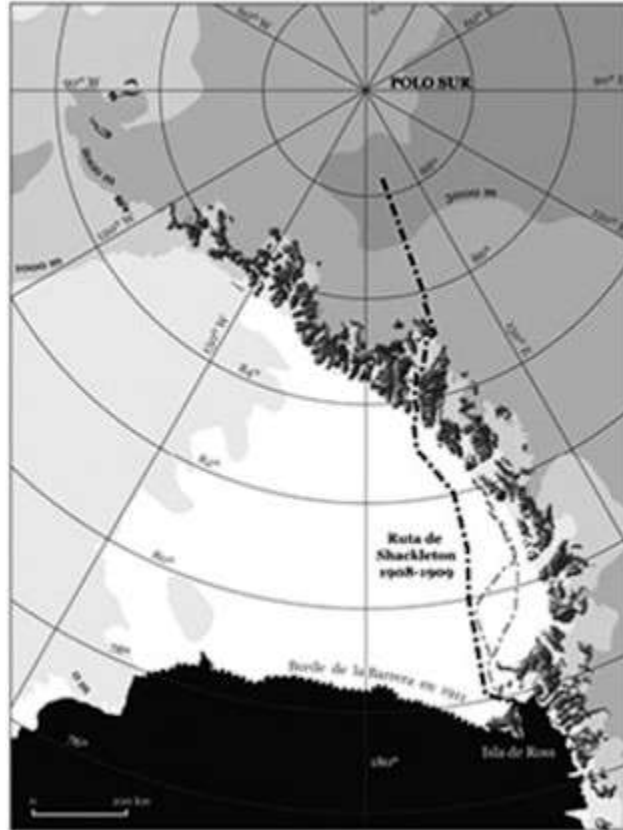
en tener vientos favorables durante toda esa distancia, además cuando estuviese entre los hielos necesitaría de toda su potencia de máquinas para poder sortearlos.

Por otra parte, todo barco necesita lastre para mantener el equilibrio durante la navegación. En su caso, durante el viaje a la Antártida los equipos y las provisiones que transportaba podrían hacer esa función, pero una vez allí y desembarcado todo el material, necesitarían añadir algo para compensar el peso que habían descargado y poder regresar con seguridad. Y claro, en cualquier otro lugar se podría lastrar un barco con piedras, pero ese no era el caso de la Antártida donde lo único que se podrían subir al barco serían bloques de hielo, que si bien servirían de lastre en altas latitudes, en cuanto llegasen a aguas más templadas se derretirían, con resultados catastróficos. Luego para el viaje de vuelta no solo haría falta carbón para alimentar las calderas, sino también para que hiciese de lastre. Es decir, una cantidad considerable para la cual no había sitio donde almacenarla.

Ni siquiera toda la experiencia que había adquirido Shackleton en estibar cargas en los años que había pasado en la marina mercante sirvió de mucho. Finalmente, aunque dejaron en tierra cinco caballos y gran cantidad de material y ocuparon todo el espacio libre del buque, en especial la cubierta que se encontraba completamente abarrotada de cajas, sacos de carbón, el automóvil y los establos de los diez caballos restantes, aún seguía faltando sitio para almacenar todo el carbón que se iba a necesitar. Además, el problema ya no era estibar mejor la carga, era que el barco no podía

llevar nada más, la línea de flotación se aproximaba tanto a la cubierta que empezaba a superar los límites de la prudencia.

Si bien es evidente que hubo una falta de planificación por parte de Shackleton, imputable a su inexperiencia como responsable de una gran expedición, también es verdad que supo solucionarla con iniciativa y capacidad de improvisación. Para ello decidió asumir dos nuevos desafíos: uno, remolcar el *Nimrod* durante cientos de kilómetros hasta llegar al mar de hielos, lo que le permitiría ahorrar carbón, y otro —derivado del anterior—, conseguir dinero para pagar el remolcador. En cuanto al primero, en aquella época nunca se había remolcado un buque esa distancia en alta mar y, aunque no sabemos los argumentos que el irlandés esgrimió, el caso es que consiguió convencer a la empresa encargada de que podía hacerse. Y en cuanto al segundo, tampoco sabemos cómo logró conseguir más fondos, aunque puede que, una vez más, su optimismo, su capacidad de persuasión y su seguridad en que todo se resolvería fuesen sus armas más valiosas; el caso es que el gobierno neozelandés decidió pagar la mitad del importe y el resto lo hizo la propia empresa que puso el remolcador.



Ruta seguida por Shackleton en su expedición para alcanzar el Polo Sur y en la se quedó a tan solo 180 km de alcanzar su objetivo. El paso que encontró para atravesar las montañas sería el camino utilizado por Scott tres años después en la carrera que protagonizó con Amundsen por llegar el primero al Polo.

§. Rumbo a la Antártida

Con el barco repleto de provisiones, el 1 de enero de 1908 el *Nimrod* se preparó para zarpar de Lyttelton. En el último momento otro pasajero se incorporó al sobrecargado barco, George McLean Buckley, un granjero acaudalado y apasionado del mar que había donado a la expedición la respetable suma de 500 libras, a las que añadiría 1.000 más si alcanzaban el Polo y que, faltando escasas

horas para la partida, decidió acompañarles hasta el mar de hielo desde donde regresaría con el remolcador. Después de tan generosa contribución, no era posible rechazar su petición y pocos minutos antes de zarpar subió a cubierta dispuesto a vivir su propia dosis de aventura.

Antes de partir, Shackleton, entre bromas, hizo cumplir el ritual de los hombres de mar y, como salir de un país con dinero en metálico traía mala suerte, todos vaciaron jocosamente sus bolsillos de monedas. Tan solo podía permanecer una a bordo: una moneda de plata de tres peniques que una señora tenía que clavar en el mástil. Por fin, a las cuatro en punto, y después de recibir un telegrama del rey Eduardo VII deseándoles suerte, se dio la orden de soltar amarras. El barco se separó del muelle con la bandera que les había entregado la reina ondeando al viento. La despedida fue espectacular; 50.000 personas se agolpaban en los muelles, mientras en el puerto se revivía el espectáculo de Cowes con veleros engalanados y los barcos de guerra con sus tripulaciones formadas en cubierta. Hacía unos años se habían reunido para el majestuoso Discovery, con Scott al mando, y ahora lo hacían para Shackleton y el pequeño Nimrod. Lentamente el barco comenzó a descender por la bahía en dirección al mar, seguido por varias embarcaciones repletas de curiosos que deseaban acompañarle hasta mar abierto. A partir de aquel momento toda comunicación con la expedición sería imposible.

El peor de los comienzos

Una vez que el barco quedó unido al remolcador por un grueso cable de acero, pusieron rumbo Sur en dirección a la Antártida. Ya nada ni nadie podía detenerles y Shackleton, por fin, pudo respirar tranquilo. Si los meses de preparación en Gran Bretaña habían sido duros, las semanas en Australia y los últimos días en Nueva Zelanda lo habían sido todavía más. Acreedores que querían su dinero, patrocinadores que se negaban a darlo, autoridades que podían bloquear con formalismos la partida... un infierno que, afortunadamente, había pasado. Ya no tendría que discutir un día sí y otro también con personas cuyos intereses eran ajenos a la expedición, ahora todo dependía de él y de sus hombres. Volvía a estar en su auténtico mundo, donde el valor define los objetivos y el esfuerzo logra los triunfos.

Durante unas cuantas horas todos los expedicionarios disfrutaron de un viaje tranquilo y aplacible, poco podían imaginarse que muy pronto se tornaría en una pesadilla que les parecería que no iba a terminar nunca y donde estarían al borde del naufragio. Esa misma tarde el tiempo comenzó a cambiar y a la mañana siguiente el mar embravecido agitaba los barcos obligándoles a soltar cable para separarse un poco más. Según pasaban las horas, el viento aumentaba y el mar empezó a mover al *Nimrod* con tal fuerza que todo lo que no estaba firmemente sujeto salía disparado. Poco después las olas empezaron a romper sobre la cubierta, inundando los establos de los caballos y empapando a los pobres perros que estaban atados para impedir que se peleasen.

Los días siguientes las cosas no mejoraron. Estaban en medio de una monumental tempestad y el hecho de ir remolcados empeoraba aún más las cosas. Los golpes del agua zarandeaban el barco sin piedad haciendo que llegase a inclinarse 50 grados hacia un lado y otros tantos hacia el otro, convirtiendo en una tortura la vida de los pobres animales que estaban en cubierta. En el interior la situación no era mucho mejor; las olas, que constantemente rompían sobre el barco, hacían que el agua entrase por todas partes mojándolo todo, hasta tal punto que los hombres ya no recordaban lo que era estar secos. Las violentas sacudidas impedían preparar la comida y hacían que todo estuviera patas arriba, a veces hasta los propios hombres. De hecho, muchos de aquellos duros y curtidos marinos, acostumbrados a sufrir temporales a lo largo de su vida, llegaron a confesar en su diario que temieron que el barco se fuera a pique. Para los científicos su bautismo en el mar no podía haber sido más duro.

Tras diez días sometidos a semejante castigo, el mar se calmó. Los estragos en cubierta fueron tremendos, todo el material estaba empapado, parte del carbón había sido arrastrado por las olas y los caballos se habían golpeado tanto en sus establos que uno de ellos tuvo que ser sacrificado. Sin embargo los perros soportaron mejor la prueba, e incluso una perra había parido a seis cachorros durante la tempestad.

Días después comenzaron a ver los primeros icebergs y casi enseguida alcanzaron el temido mar de hielos. La misión del remolcador, después de arrastrarles trabajosamente durante más de

2.000 kilómetros, había terminado. Antes de separarse le pasaron las cartas que habían escrito y que llevaban un sello especial preparado para la ocasión, con cuya venta a coleccionistas pensaba Shackleton ganar algo de dinero para la expedición. Entre todas ellas destaca una especialmente curiosa: la del profesor David, que solicitaba a su universidad permiso para, en lugar de regresar con el *Nimrod* después de montar la base, continuar con la expedición hasta el año siguiente. Es evidente que no esperaba contestación, ni afirmativa ni negativa. Nunca se sabrán las auténticas razones que le empujaron a cambiar de planes, aunque las opiniones son muy variadas: que fue Shackleton quien le convenció, que quien presionó para quedarse fue el propio David o que ya lo habían acordado entre los dos antes de partir, incluso hay quien piensa que todo fue un truco porque el profesor no se atrevió a confesar sus verdaderos planes a su mujer. En cualquier caso, con la excepción de la esposa —de quien no conocemos su opinión—, este acuerdo reportaba beneficios a todos. A David porque le permitía realizar un trabajo científico de gran interés, como mencionaba en su carta, y a Shackleton porque garantizaba ante el mundo el prestigio de las investigaciones que iban a llevarse a cabo. Sin embargo, por encima de todo esto, la presencia de David, una persona de edad, respetada por todos y de espíritu conciliador, ayudaría a limar los roces que previsiblemente surgirían en una convivencia de muchos meses en aquel entorno duro y lleno de amenazas. En definitiva, era una buena noticia para la expedición que se disponía a seguir ya sin escolta hacia su destino.

Cambio de planes

Nada más separarse del remolcador, el *Nimrod* encendió las calderas y, sin demorarse ni un minuto, se adentraron en el mar de hielos. Sabían lo que les aguardaba, un gigantesco cinturón de hielos formado por los restos de la banquisa —el mar congelado durante el invierno— entremezclados con icebergs procedentes de los glaciares del continente. Antes que ellos, en ocho ocasiones a lo largo de medio siglo los barcos de otras tantas expediciones habían atravesado esa zona en su ruta hacia la Antártida. Nunca había sido un camino fácil. Normalmente a esos barcos les había costado entre una semana y un mes y medio cruzarlo, avanzando con dificultad entre los hielos o permaneciendo encerrados durante semanas en aquel inmenso mar helado.

Pero para eso se habían preparado, para empujar con toda la fuerza de sus máquinas y abrir canales que les permitiesen adentrarse hacia el Sur. Sin embargo, nada de eso ocurrió. Como si la Antártida quisiera compensarles por el calvario que acababan de padecer, descubrieron que el terrible mar de hielos prácticamente no existía. Lejos de toparse con un enjambre compacto de bloques de todos los tamaños, se encontraron con un grupo disperso de grandes icebergs de 50 metros de alto y de un par de kilómetros de longitud que sortearon sin dificultad.

Era tal la facilidad con que se deslizaban entre ellos que, en una visión un tanto romántica, llegaron a pensar que estaban recorriendo los canales de una Venecia helada. Todavía

contemplaban extasiados la belleza del espectáculo cuando, pocas horas después, para su sorpresa y satisfacción, se encontraron navegando en las aguas libres de hielo del mar de Ross. Era el buque que menos tiempo había sido retenido por el mar de hielos⁶⁵. A toda máquina continuaron sorteando pequeños trozos de hielo o rodeando algunos grandes icebergs, cuyas aristas puntiagudas les indicaban que se habían desprendido hacía poco tiempo de la gran masa de helada de la Antártida.

Días después, el 23 de enero de 1908, se encontraron ante la Gran Barrera y pudieron contemplar su majestuoso frente de acantilados completamente verticales, de entre 30 y 70 metros de altura sobre el nivel del mar, que se prolongaban de forma ininterrumpida entre la isla de Ross, donde Scott había puesto su base, hasta la Tierra de Eduardo VII. Un muro impenetrable de cerca de 1000 kilómetros de longitud donde era imposible desembarcar, salvo en tres sitios: los dos extremos y la ensenada del Globo.

Precisamente en esa ensenada habían desembarcado Borchgrevink y luego Scott para evaluar las dimensiones de la Barrera desde un globo cautivo. En aquella ocasión el propio Shackleton había ascendido a 100 metros de altura y desde allí se había maravillado contemplando la inmensidad de aquella superficie helada que se extendía hasta perderse de vista en dirección Sur. Hacia allí se dirigían en aquellos momentos, porque allí, en la ensenada del Globo, Shackleton había decidido montar su base para el asalto al Polo.

⁶⁵ Gracias a las imágenes de satélite, hoy sabemos que cuanto más avanzado está el verano austral, más estrecho y disperso es el cinturón de hielos que cierra el mar de Ross.

Nunca sabremos las razones que le llevaron a cambiar sus planes de establecerse en la Tierra de Eduardo VII y hacerlo en la ensenada del Globo, lo decidió en algún momento del viaje, pero el cambio parecía acertado. Nadie hasta aquel momento había sido capaz de alcanzar aquella Tierra; tanto el gran navegante Ross, como Borchgrevink y Scott habían fracasado y él no tenía demasiado carbón para perder el tiempo en exploraciones. Por otra parte, la ensenada le parecía un sitio al menos tan bueno como el otro. Recordaba que cuando se subió al globo observó que la superficie de la Barrera se dirigía casi sin ondulaciones hacia el Sur, lo que significaba poder avanzar sin dificultades, no como en la ruta que había seguido con Scott, cuyos primeros kilómetros estaban surcados por mortíferas grietas que obligaban a un sinnúmero de rodeos para evitarlas. Por otra parte, desde la ensenada se encontraría unos 100 kilómetros más cerca del Polo Sur, una distancia nada desdeñable para un total estimado de unos 1300 kilómetros. Además, su nuevo punto de partida estaba al Este de la maldita línea de demarcación, 170° W, que Scott le había obligado a respetar.

Nada más alcanzar la Barrera pusieron rumbo al Este y así siguieron durante más de un centenar de kilómetros, en los que siempre se mantuvieron a una prudente distancia de los acantilados. Cuando el lugar donde debía estar la ensenada se acercaba, Shackleton junto con Joyce y Wild, los únicos tres que la habían visto, escudriñaron la helada costa tratando de encontrar algún rasgo familiar que les permitiera identificar dónde se

encontraba. Pero en los seis años que habían pasado la fisonomía de la zona había cambiado por completo haciéndola irreconocible. De repente, ante ellos se abrió una amplia bahía rebosante de pingüinos, focas y, en especial, ballenas que retozaban a sus anchas. La abundancia de estas últimas haría que después fuese conocida como bahía de las Ballenas.

Ninguno de los tres recordaba haber visto aquello en su anterior viaje, pero, decididamente, el sitio era el adecuado para desembarcar: la superficie de la Barrera estaba casi al nivel del mar y, además, a diferencia de la ensenada que ellos recordaban, cuya boca de entrada y de salida era muy estrecha y podría quedar bloqueada por el hielo con facilidad, la bahía era muy abierta, lo que impediría que eso pudiera suceder. Sin embargo, obsesionados por encontrar la ensenada del Globo todavía continuaron navegando hacia el Este durante un par de horas, hasta que Shackleton, desconcertado por no haberla encontrado, ordenó a England, el capitán del *Nimrod*, acercarse a un gran iceberg para, sobre su superficie y sin el continuo movimiento del barco, poder tomar medidas precisas con el sextante que les señalarían su posición exacta. Después de repetir cuatro veces las medidas al Sol, los resultados fueron sorprendentes: según los planos que dibujó el *Discovery* se encontraban «navegando» sobre la superficie helada de la Barrera.

Hacia un callejón sin salida

Aquello era desconcertante. O bien Scott se había equivocado al tomar las medidas, cosa imposible porque como tercer oficial de aquella expedición recordaba la precisión con que se habían realizado las observaciones, o bien ellos se encontraban navegando sobre lo que seis años atrás estaba ocupado por la superficie de la Gran Barrera. Es decir, en aquella época el borde del hielo llegaba a donde ahora estaba el mar, lo que implicaba un desprendimiento de dimensiones kilométricas, probabilidad que la ciencia de aquel entonces todavía desconocía. Inmediatamente Shackleton asoció el gran número de icebergs que se habían encontrado al pasar el mar de hielo con aquel cataclismo y el estupor dejó paso al miedo y luego al alivio. Porque justo en aquel lugar era donde había pensado instalar su base, tal vez a unos centenares de metros del borde del acantilado. En un instante fue consciente de que si ellos hubieran llegado un año antes o el desprendimiento hubiera ocurrido un año después, la base y todos sus hombres habrían sido arrastrados con el hielo al mar, desapareciendo para siempre. Aquel pensamiento le horrorizó tanto que, sin ni siquiera tratar de desembarcar, decidió lo siguiente: «Bajo ninguna circunstancia invernaremos sobre la Barrera y, donde quiera que lo hagamos, nos aseguraremos de que nuestra base invernal esté asentada sobre sólidos cimientos de roca⁶⁶».

Excluido establecer la base sobre la Barrera, la única posibilidad que le quedaba era seguir el plan original: navegar hacia el Este para tratar de encontrar un lugar donde desembarcar en la Tierra

⁶⁶ Shackleton, *The Heart of the Antarctic*, p. 51.

de Eduardo VII. Pero esa ruta no era tan sencilla, aquellas aguas estaban erizadas de peligrosos bloques de hielo de todos los tamaños. Hacía seis años Scott tuvo la suerte de poder seguir avanzando un poco más, aunque los hielos se multiplicaron y nunca llegó a alcanzarla, y sesenta años atrás estos también habían bloqueado el paso a su compatriota James Ross, el más grande navegante polar de aquella época, a pesar de que llevaba dos barcos especialmente preparados. La situación era complicada, ni el frágil *Nimrod* podía equipararse a los barcos de Ross, ni la preocupación de England por su barco podía compararse con la confianza de Ross en los suyos, y así las fricciones entre Shackleton y England afloraron. Aunque el primero estaba al mando de la expedición, el segundo era el capitán del barco y, según las leyes navales, el capitán siempre es la máxima autoridad a bordo.

Los dos trataron de ser discretos y que sus diferencias no fueran descubiertas por la tripulación, pero un barco es un lugar muy pequeño y cuando decidieron retirarse juntos a un camarote para desayunar, en lugar de utilizar como siempre la sala de oficiales, se levantó la sospecha de que trataban de limar diferencias. Los dos eran nuevos en sus cargos. England había sido un buen primer oficial, pero se estrenaba al mando de su propio barco; también era la primera vez que Shackleton dirigía una expedición, y las inseguridades de ambos multiplicaron las dificultades.

Estaban navegando sobre aguas que no habían sido cartografiadas, masas de hielo e icebergs habían aparecido por el Este y el capitán no quería poner en peligro el primer barco que mandaba, y mucho

menos cuando se encontraba en la zona más desolada del mundo, donde no podrían esperar ayuda de nadie. Finalmente llegaron a un acuerdo y, pese a las dificultades, continuarían navegando hacia el Este, hacia la Tierra de Eduardo VII. Sin embargo, el avance fue breve: no habían navegado más que una hora cuando una masa de hielos primero les cerró el paso para luego empezar a rodearles, amenazando con encerrarles y aplastarles contra los acantilados de la Barrera; giraron en redondo para retroceder y tratar de huir de aquel abrazo mortal, pero el hielo había sido más rápido y tan solo un angosto paso de 50 metros de ancho permanecía abierto y hacia él se dirigieron a toda máquina. Fueron momentos angustiosos. Según se acercaban a la salida veían, horrorizados, cómo el paso se iba estrechando ante sus ojos. Consiguieron escapar por los pelos, pero con esta advertencia England tuvo más que suficiente, y pese a que Shackleton insistió en intentarlo de nuevo, se negó en redondo a proseguir hacia el Este. Incluso llegó a sugerir dirigirse hacia el Oeste, en dirección al otro extremo de la Barrera, donde Scott había instalado su base.

Para Shackleton esa zona era más peligrosa que los hielos: era tabú. Había dado su palabra de no acercarse a ella y, por expreso deseo de Scott, incluso había suscrito el acuerdo con su firma. Su honor estaba en juego. Entre los expedicionarios las opiniones estaban divididas, unos pensaban que Gran Bretaña quedaba muy lejos y que deberían buscar un lugar seguro cuanto antes. Otros, especialmente Marshall, consideraban el acuerdo una cuestión de honor y por lo tanto inviolable. Mientras cada cual defendía sus

puntos de vista, nadie prestó atención a los razonamientos del joven geólogo Priestley que, al observar una ondulación en la superficie de la Barrera, justo en las inmediaciones de la bahía de las Ballenas, opinaba que tenía que deberse a que allí debajo existía un afloramiento rocoso que estabilizaría el hielo de las inmediaciones impidiendo un nuevo desprendimiento⁶⁷.

Una vez más, la máxima autoridad del barco y la de la expedición se retiraron para negociar y Shackleton volvió a salirse con la suya. England le concedió dos días más para volver a navegar hacia el Este y tratar de alcanzar la Tierra de Eduardo VII. Pero ni siquiera llegarían a utilizar ese tiempo: una inmensa masa compacta de hielos, unida a otra igualmente compacta de prudencia por parte del capitán, les bloquearon el paso impidiéndoles acceder a su emplazamiento alternativo. Los argumentos de England fueron demoledores: la estación estaba avanzada, las reservas de carbón, ya de por sí escasas, seguían disminuyendo al tiempo que aumentaban los temores de que en cualquier momento el hielo los rodease o el mar se congelase atrapándoles en su interior. Todo parecía indicar que el *Nimrod* y el propio Shackleton habían llegado a un callejón sin salida.

El panorama era desesperado para nuestro irlandés, que se enfrentaba a la disyuntiva de regresar a Inglaterra con las manos vacías y sufrir la acometida de sus acreedores, o hacer caso omiso al acuerdo alcanzado con Scott y dirigirse hacia la zona que este le

⁶⁷ Años después, las fotografías de esta ondulación en la Barrera también hicieron pensar a Amundsen que era una zona segura y, por lo tanto, allí emplazaría su base desde la que saldría a la conquista del Polo Sur.

había prohibido: el extremo oeste de la Barrera, los cuarteles de invierno de la expedición del *Discovery*. En aquellos momentos le debió de parecer evidente que no tenía que haber aceptado las condiciones draconianas impuestas por Scott; con toda seguridad comprendió el error que había sido transigir a sus exigencias, pero ya no tenía remedio y aceptó faltar a su palabra como algo inevitable. Fue, a buen seguro, la decisión más controvertida que tuvo que tomar en su vida; una decisión que, en aquellos tiempos de culto al honor y a la palabra dada, le granjeó un gran número de enemistades.

Tampoco ahí hubo suerte

Lentamente los interminables acantilados de la Barrera volvieron a pasar ante sus ojos aunque en dirección opuesta. La orden de girar en redondo y navegar rumbo Oeste había sido acogida por casi todos con satisfacción, volvían a tener un objetivo tangible en lugar de perseguir incertidumbres. Sin embargo, Shackleton parecía sentir el peso de una decisión que no había podido evitar. En una carta que escribió a Emily le comentaba: «Mi conciencia está tranquila, pero mi corazón sangra... tan solo tengo el consuelo de que hice todo lo que pude... y si todo el mundo reacciona mal a mi decisión... desde lo más profundo de mi ser me llega la seguridad de que hice lo correcto⁶⁸».

El 28 de enero de 1908, mientras celebraban que el profesor David cumplía ese día cincuenta años, el humo del monte Erebus les dio

⁶⁸ Shackleton, carta a Emily, 26-I-1908.

la bienvenida. Pocas horas después Shackleton, Wild y Joyce volvían a ver unos paisajes que nunca habían podido olvidar. En aquellos momentos todo parecía ir bien y a bordo comenzaron los preparativos para llevar a cabo un desembarco rápido. El plan era instalar la base y comenzar lo antes posible los viajes hacia el Sur, con el fin de establecer la cadena de depósitos de provisiones que utilizarían en la gran marcha de la próxima primavera. Ya se internaba el *Nimrod* en dirección a Punta Hut cuando, de repente, el hielo frustró una vez más sus planes: 30 kilómetros de mar congelado le impedían llegar al punto donde había desembarcado Scott.

Las condiciones eran similares a las que unos años atrás encontraron los barcos que fueron a rescatar al *Discovery*. En aquella ocasión bastó con dejar pasar unas semanas para que el hielo se rompiera y permitiese el acceso hasta Punta Hut. Era una cuestión de tiempo, pero Shackleton no lo tuvo porque *England* no quiso dárselo. Aunque antes de zarpar de Nueva Zelanda los dos habían acordado que, por las experiencias de otros barcos, el *Nimrod* podría permanecer sin excesivo peligro dándoles apoyo hasta primeros de marzo, algo había cambiado en la mente del capitán. Su preocupación por que el barco quedase atrapado por los hielos había ido aumentando día a día, y en aquel momento crucial para la expedición solo pensaba en desembarcarles y regresar cuanto antes.

Por un momento todos volvieron los ojos hacia el automóvil, este podría recorrer a gran velocidad los 30 kilómetros de superficie

helada que les separaban de la base de Scott, en Punta Hut, y transportar en poco tiempo todas las provisiones. La expectación era palpable cuando el automóvil arrancó y comenzó a moverse por el hielo, pero el resultado fue catastrófico; en unos pocos centenares de metros la nieve bloqueó las ruedas impidiendo su avance. El método que prometía revolucionar la exploración polar no era más que un cacharro ruidoso, incapaz de salvar los kilómetros de mar congelado que les separaban de su destino. Todavía podían haber esperado al menos un par de semanas para ver si el hielo se rompía, pero la intransigencia del capitán hizo que la tensión volviera a crecer entre ambos. Finalmente, el 3 de febrero, Shackleton optó por buscar un nuevo emplazamiento en el cabo Royds, al pie del monte Erebus, bastante alejado de su objetivo pero el único que pudo encontrar.

Un desembarco ajetreado

A última hora de ese mismo día, el barco se aproximó hasta el borde del mar congelado e de inmediato comenzaron las operaciones de desembarco. Durante varias horas todo fue bien. El material se descargaba con ayuda de las grúas del barco hasta la superficie del hielo, donde los hombres lo arrastraban un centenar de metros hasta tierra firme. De repente comenzó a soplar un fuerte viento que hizo que el barco perdiera los anclajes; durante unos momentos estuvo a merced de aquel vendaval que amenazaba con estrellarlo contra el hielo. El capitán reaccionó con rapidez y, después de salvar la situación, ordenó dirigirse hacia alta mar donde en caso de

que el viento o las corrientes volviesen a poner en peligro al *Nimrod* tendría más tiempo para maniobrar y evitar un desastre. Si bien la decisión del capitán fue la correcta, cuando el viento se calmó, su prudencia demoró en más de treinta y seis horas el regreso para continuar la descarga, y cuando lo hizo buscó otro emplazamiento que le pareció más seguro para el barco, sin importarle que estuviera a casi dos kilómetros de la base y que, por lo tanto, el equipo de tierra tuviera que transportar la carga por el hielo una distancia veinte veces superior a la anterior. Aunque ellos no podían saberlo en ese momento, iban a dar comienzo dos semanas de peleas y frustraciones que llevaron al límite la paciencia de Shackleton y de la mayor parte de los expedicionarios.

No había pasado ni un día cuando volvió a levantarse algo de viento. El capitán ordenó regresar a toda la marinería y zarpar para poner a salvo el barco de un peligro que únicamente veía él. Shackleton, que se encontraba en el barco y que llevaba a gala ser capaz de convencer a cualquiera de sus puntos de vista, por muy diferentes que estos fueran, tardó nada menos que cuarenta y ocho horas en lograr que *England* entrara en razón y regresara.

Los hombres que habían estado aguardando en la playa todo aquel tiempo estaban desesperados, y uno de ellos llegó a hacer tal comentario sobre el capitán que Shackleton tuvo que actuar con energía, llegando a amenazar con enviar de regreso a Nueva Zelanda a todo aquel que dijera algo parecido. Ya no era solo un problema de perder unos cuantos días, sino que la prudencia excesiva de uno y la imposibilidad de convencerle del otro estaban horadando la

autoridad de ambos ante sus hombres. Si bien England, a los ojos de los expedicionarios, ya no era respetado por la extremada prudencia de su comportamiento, que muchos consideraban que rayaba en la incapacidad, la cobardía o ambas cosas, el liderazgo del propio Shackleton también estaba quedando en entredicho por no ser capaz de hacer entrar en razón al capitán.

Y mientras los hombres de la playa todavía rumiaban esta complicada situación de competencias entremezcladas, England volvió a imaginar otra amenaza para su barco y de nuevo ordenó alejarlo del hielo. Todo ocurrió a tal velocidad que Shackleton no tuvo tiempo ni de llegar a la nave, teniendo que limitarse a permanecer en la playa transmitiendo señales con el telégrafo de luces en las que solicitaba el regreso del *Nimrod*. Finalmente consiguió que se acercara un poco y arriara un bote en el que el jefe de la expedición subió a bordo. Allí tuvo lugar un incidente que, aunque el cuaderno de bitácora nunca lo registró, ocurrió ante suficientes testigos como para que quedara constancia del mismo para la posteridad. Según estos testimonios, que se transmitieron como un reguero de pólvora, Shackleton, puesto que no había razones objetivas para no volver a la playa, ordenó a la sala de máquinas que el barco avanzase «a toda velocidad»; eso fue algo más de lo que England podía consentir y acto seguido dio la contraorden de retroceder «a toda velocidad». La tensión había llegado a su punto álgido y los dos decidieron retirarse a la cabina del capitán para resolver en privado sus diferencias. Se rumoreó, aunque es improbable que sucediese, que llegaron a las manos.

En cualquier caso, parece que consiguieron un cierto acuerdo porque durante los tres días siguientes el *Nimrod* estuvo descargando material, aunque en varias ocasiones tuvo que cambiarse de sitio porque la plataforma de hielo se iba desintegrando. Una de esas veces incluso llegó a dejar la zona de playa donde se encontraba y se emplazó en un lugar de la costa tan escarpado que las cajas, una vez descargadas, tenían que subirse con una improvisada grúa. Por suerte, como ya se ha mencionado, Shackleton había ordenado que todo fuese embalado en unas cajas que mandó construir ex profeso y que facilitaron tanto la estiba en el barco como la descarga, porque, además de tener todas las mismas dimensiones, eran relativamente pequeñas, de tal forma que podían ser transportadas por un solo hombre.

Una vez más el tiempo cambió y England, para desesperación de todo el equipo de la playa, volvió a retirarse. Aunque en este caso detener el desembarco resultó providencial, porque todo el personal pudo emplearse en mover a tierra firme los cientos de cajas que se encontraban esparcidos sobre una placa del mar helado que en diversos puntos mostraba signos de estar a punto de romperse. Trasladar las cajas fue un trabajo agotador pero tuvo como recompensa la satisfacción de que lo hicieron justo a tiempo, porque a la mañana siguiente toda la placa de hielo había desaparecido.

Durante un par de días el *Nimrod* continuó alejado, y cuando volvió la crispación de los hombres de la playa era tal que a punto estuvo de desembocar en una pelea con los marineros. También en el barco la tensión entre England y Shackleton, que ya no se bajaba de la

nave por temor a que el capitán volviera a «extremar sus precauciones», iba en aumento, en este caso debido al carbón. Finalmente se llegó a un tenso acuerdo por el que descargarían solo 18 toneladas, suficiente para calentarse y preparar la comida durante un año, pero demasiado poco en caso de que no pudiesen volver a recogerles. De ocurrir esto, la escasez de carbón les pondría en una situación complicada. Por el contrario, el barco se llevó 92 toneladas, una cantidad bastante superior a sus necesidades, cosa quedó demostrada cuando llegó a puerto con más de 30 toneladas en las bodegas. Aunque en su defensa hay que recordar que se necesitaba cierto peso para que hiciera de lastre y la navegación fuese más segura.

Pero aquí no terminaron los problemas. Aunque la capa de hielo había desaparecido, el capitán decidió no acercar el barco a menos de dos kilómetros de la playa, lo que obligó a que el carbón para la base fuese transportado en barcas de remos. Un trabajo que llevó a los hombres al borde de la extenuación y que una vez más provocó agrias discusiones entre los dos líderes. Y de repente, para complicar aún más las cosas, el 18 de febrero estalló una furiosa tempestad con vientos próximos a los 200 kilómetros por hora. En cuanto las primeras ráfagas, todavía moderadas, alcanzaron el barco, *England*, sin esperar siquiera a que desembarcasen algunos miembros de la expedición que estaban en el barco, dio la orden de zarpar para buscar refugio en alta mar, donde a fuerza de máquinas podía mantenerse alejado de las costas que, por primera vez, se habían convertido en un peligro real. Durante los días que duró el

temporal los dos equipos se quedaron completamente aislados. Hasta el punto que los de tierra, como el barco estaba tan alejado que no podían ni verlo, llegaron a pensar que se había marchado con Shackleton y parte de sus compañeros, abandonándolos a su suerte. Cuatro días después el Nimrod volvió a aparecer para continuar la descarga del carbón tal como habían acordado. Una vez terminada, y aunque todavía quedaban trineos y otros equipos en el barco, el capitán, con un nerviosismo enfermizo, dio la orden de partir pese a que, según todos los testimonios, el mar estaba prácticamente en calma.

En el barco, junto a un gran número de cartas personales había dos cartas oficiales escritas por Shackleton. Una la llevaba el propio capitán y contenía las instrucciones que debía seguir para ir a recogerles al año siguiente; la otra la llevaba uno de los oficiales para entregársela al representante de la expedición en Nueva Zelanda. Las órdenes en ella escritas eran precisas: destituir a England en cuanto llegase a puerto.

Nunca sabremos las motivaciones exactas que llevaron a Shackleton a tomar esta decisión. La prudencia excesiva del capitán parecía justificarlo, dado que había dificultado sin necesidad el desembarco. En este punto era unánime la opinión de todos los hombres de la expedición, aunque algunos, en particular los marineros, apoyaban la prudencia de England para evitar poner la nave en situación de peligro. También puede que fuese una forma de volver a ganarse el respeto de sus hombres, que había sido seriamente dañado en las últimas semanas. Frente al largo período que se les presentaba por

delante, lleno de problemas y de decisiones arriesgadas, tenía que demostrar autoridad y determinación en el mando.

Además, falta le iba a hacer porque la última información que poco antes de zarpar le pasó el capitán fue que todo el hielo que les había impedido alcanzar la base del *Discovery* había desaparecido. Es decir, que si hubiesen esperado unos pocos días hubieran podido desembarcar en Punta Hut, en la base de Scott, 30 kilómetros más cerca de su objetivo.



El Nimrod, el barco de la primera expedición de Shackleton, entre los hielos.

Una distancia que, comparada con los cientos de kilómetros que tenían que recorrer hasta el Polo, puede parecer que no era ni relevante ni preocupante, pero no se trataba de estar unos pocos

kilómetros más cerca, lo verdaderamente grave era que al desaparecer esa placa de hielo marino, como las laderas de la costa estaban atestadas de fragmentados glaciares imposibles de cruzar, también se había esfumado el único camino posible para llegar a Punta Hut y, desde allí, alcanzar la superficie de la Barrera. Shackleton sabía que se habían quedado aislados, y lo peor era que también lo sabían sus hombres. Por eso le iban a hacer falta todas sus dotes de líder para tratar de calmar la desilusión de su gente.

§. Aislados en su aislamiento

Shackleton estaba desesperado, había roto su promesa para nada. Se había internado en la zona prohibida para llegar a Punta Hut, el único lugar en casi 1.000 kilómetros de impracticables acantilados de hielo desde donde podría acceder a la superficie de la Barrera, pero no había llegado. Al principio unos kilómetros de mar congelado le separaron de su objetivo, lo que le había obligado a buscar un lugar alternativo para instalar su base; luego vino lo peor, aquella placa helada se había desmenuzado para desaparecer por completo dejándole aislado. Se encontraba tan lejos de la superficie de la Barrera como si todavía estuviera en Nueva Zelanda. Su plan era aprovechar los meses de verano que todavía tenía por delante para establecer sobre la Barrera la cadena de provisiones que utilizaría en la gran marcha al Polo Sur de la siguiente primavera. Además, ese primer contacto con el frío y el hielo habría hecho que sus hombres adquiriesen la experiencia polar de la que carecían. Pero ahora todo eso se había esfumado, como ese mar

congelado que prácticamente había desaparecido delante de sus ojos. Ya no era posible hacer nada de todo eso.

El habitual optimismo de Shackleton estaba sufriendo una dura prueba. Ya era bastante la sensación de orfandad que produce el quedarse solo en la Antártida y tener que conjurar todos los miedos ante lo desconocido, en especial durante la gran noche invernal de varios meses de duración, como para además sentir sobre el ánimo la desilusión de no haber sido capaz de alcanzar los más mínimos objetivos. Por otra parte, intuía que había perdido la conexión con sus hombres. Desde que los eligió le habían seguido con la certeza de que estaban a las órdenes de quien sabía lo que tenía que hacer, y así había sido hasta hacía unas semanas, cuando llegaron a la Barrera. A partir de aquel momento él, que era quien estaba al mando de la expedición, había tenido que aceptar las siempre desmesuradamente prudentes decisiones de England, alguien que, en su opinión, era demasiado timorato para ser un buen capitán. Luego, durante las agotadoras jornadas del desembarco casi no había podido estar con la gente de su equipo. Shackleton sabía mejor que nadie que cuando hay que afrontar un trabajo duro nada hace respetar más a un jefe que el que este esté con sus hombres, compartiendo con ellos las dificultades, incluso los errores, pero siempre a su lado. Sin embargo, él había tenido que pasar mucho más tiempo del que hubiera deseado en el *Nimrod* para impedir que ese capitán, siempre angustiado por la seguridad de su barco, interrumpiese el desembarco ante el menor peligro. Incluso puede que, de no ser por su presencia a bordo, England les hubiera

abandonado si hubiera presentido la más mínima amenaza, como acababa de hacer.

Ascendiendo a lo más alto

Durante unos días todos se afanaron en organizar la base, y en especial en rescatar los cientos de cajas que una tempestad había sepultado bajo una dura costra de hielo contra la que tuvieron que emplearse a fondo con los picos. Fue por esas fechas cuando Shackleton les comunicó oficialmente que Adams sería su segundo en el mando. Mientras que para muchos era una decisión que esperaban, para otros fue una sorpresa. En el caso de Marshall incluso amarga, dado que estaba convencido de que ese puesto sería suyo; de hecho siempre mantuvo que Shackleton así se lo había insinuado. Es probable que esa decisión aumentara el distanciamiento entre ambos, que sería especialmente elocuente en los ácidos comentarios sobre las decisiones de su jefe que Marshall comenzó a plasmar cada vez con más frecuencia en su diario.

Cuando toda esta actividad de organizar la base y las provisiones terminó, Shackleton, como si fuera un prestidigitador que sacase un conejo de la chistera, anunció su intención de conquistar el monte Erebus. Es muy posible que la idea no fuese suya sino de David, para quien la ascensión tenía un claro interés científico, pero daba igual, nuestro explorador vio en ello la aventura que todos necesitaban en aquel momento, ya que si lo lograban, cosa de la que no le cabía duda, tendría un primer gran éxito para la expedición. Porque el monte Erebus, más que una montaña, era un mito.

Había sido descubierto por James Ross cuando en 1841 atravesó por primera vez el mar de hielos que había detenido a todos los navegantes anteriores. El espectáculo de una erupción volcánica en aquel mundo de frío y nieve tuvo que ser desconcertante e inquietante para aquellos atrevidos marinos. Después, en la expedición de Scott, la constante presencia de la columna de humo y vapor que emanaba de su cima se convirtió en el faro que señalaba el camino de vuelta de todas las partidas de exploración. Su impresionante figura de 4.000 metros de altura y sus laderas nevadas fueron, y son en la actualidad, la visión más característica del paisaje que lo circunda. Por eso, si lograban coronarlo sería un buen aglutinante para todas las voluntades y una victoria que compensaría todas las frustraciones que les habían reservado sus primeras semanas en la Antártida.

Con esa incontrolable rapidez que le caracterizaba para establecer objetivos y llevarlos a la práctica, el impulsivo irlandés anunció un día la expedición y fijó su salida para el siguiente. La formarían dos equipos, uno de apoyo compuesto por Adams, Marshall y Brocklehurst, y otro que llegaría a la cumbre, formado por David, Mawson y Mackay. Una selección de hombres que puede parecer improvisada, pero que en realidad perseguía varios objetivos. De forma consciente no incorporó ni a Wild, ni a Joyce, ni a él mismo, los únicos tres hombres con experiencia antártica, por lo que bajo la apariencia de alcanzar un objetivo científico —que en realidad lo era— se escondía no solo la intención de estimular a todo el grupo con la aventura, sino también que esta se convirtiera en el bautismo

de hielo para todos los del grupo. Por otra parte, además pretendía conexionar a los integrantes, mezclando el grupo de británicos con los australianos David y Mawson.

Puede que fijar la salida tan solo veinticuatro horas después fuese algo más que un arrebató juvenil por alcanzar las cosas de forma rápida; en cierta manera estaba reproduciendo su aprendizaje en la expedición del *Discovery*. En este caso, pese a la imponente masa del Erebus, sus laderas no presentaban especiales dificultades y los fallos y errores que pudieran cometer les servirían de imborrable lección para marchas futuras, donde el margen para las equivocaciones iba a ser mucho menor. De todos modos, asumió un cierto grado de riesgo, porque ninguno de ellos era un experto montañero y los bruscos cambios de tiempo de la Antártida, como él mismo bien sabía, podrían jugarles una mala pasada.

Tal como estaba previsto, al día siguiente salieron. Pronto comprendieron que la ascensión tirando de un trineo con unos 300 kilos de equipos y provisiones iba a ser mucho más complicada que el paseo que habían imaginado. Laderas cubiertas con nieve blanda donde se hundían, a veces hasta la rodilla, se alternaban con resbaladizas pendientes de hielo. Cuando se encontraban a mitad del recorrido, Adams decidió que todos siguieran hasta la cumbre, algo que aunque podría añadir dificultad estimularía el espíritu de equipo. Al tercer día, las fuertes pendientes les hicieron dejar el trineo y todas aquellas provisiones y equipos que consideraron que no iban a necesitar. Durante unas horas todo fue bien y avanzaron con facilidad, sin embargo esa misma noche, a 3.000 metros de

altura, se desató una violenta tempestad que casi les cuesta la vida. Durante treinta y seis horas tuvieron que permanecer reclusos en los sacos de dormir, que se les llenaban de nieve, sin ni siquiera poder preparar algo de comida caliente o de fundir hielo para beber. Cuando el viento se calmó pudieron continuar la ascensión sobre laderas cuya pendiente era superior a los 30 grados. Brocklehurst, que había sido el más afectado por la tempestad, estaba cada vez peor; a su agotamiento físico se unía que tenía graves congelaciones en los dedos de los pies, provocadas por no haber querido seguir el consejo de sus compañeros y cambiar sus botas por otras —las Finnesko⁶⁹ — mucho más calientes. Después de cinco días de dura ascensión consiguieron alcanzar la cumbre, con la excepción de Brocklehurst que se quedó rezagado. El espectáculo desde allí era impresionante y compensaba con creces las dificultades pasadas. A su alrededor un mar de nubes alfombraba las laderas y se extendía sobre la superficie interminable de la Barrera, mientras en el cráter del volcán columnas de vapor se elevaban indiferentes. Pero esta idílica escena contenía también una dosis de perturbación y de riesgo que impedía que pudieran disfrutarla sin alterarse, pues de cuando en cuando sentían inquietantes explosiones que procedían de las entrañas de la montaña.

Durante unas horas se dedicaron a diversas actividades científicas como realizar observaciones meteorológicas, medir con precisión la

⁶⁹ Las Finnesko eran unas botas tradicionales finlandesas preparadas especialmente para proteger del frío. Estaban formadas por dos piezas cosidas de piel de la cabeza de un reno macho, con la parte de piel hacia fuera.

altura de la montaña con ayuda de un hipsómetro⁷⁰ y, por supuesto, para satisfacción de los dos geólogos, reunir una abundante colección de rocas que consideraban de gran interés para la ciencia. Luego, después de recoger a Brocklehurst, comenzaron un vertiginoso descenso. Pronto llegaron al trineo y subidos a él se deslizaron por las laderas heladas a tal velocidad que se vieron obligados a utilizar cuerdas enrolladas en los patines para frenarlo. Su vuelta, en poco más de veinticuatro horas, fue celebrada por todos en la base como una auténtica victoria: el primer logro de la expedición. Pero durante su ausencia las cosas en la base no habían ido bien del todo, en especial para los caballos. Ya nada más iniciar el desembarco habían tenido que matar a uno, que no había podido resistir la dureza del viaje. Después, con el ajetreo de los preparativos de la ascensión nadie se percató de que otro se había comido la paja utilizada para embalar una caja de productos químicos, que en pocas horas lo envenenó. Y mientras ellos estuvieron fuera, otro de los caballos también murió. Como los dos médicos estaban en el Erebus, Wild y Joyce se vieron en la necesidad de practicar una improvisada autopsia, que aunque no fuese muy profesional llegó a resultados concluyentes al encontrar en su estómago varios kilos de piedras de playa. El caballo tenía que haberlas comido cuando desembarcaron, ávido de la sal que las recubría, dado que durante el largo viaje en el barco a nadie se le había ocurrido suministrarla. Unos días después, otros dos morirían por las mismas causas, reduciendo los caballos restantes a

⁷⁰ El hipsómetro establece la altura en función de la temperatura a la que el agua hierve, pues según aumenta la altitud, disminuye la temperatura necesaria para que el agua rompa a hervir.

cuatro. Un número inferior al mínimo de seis que Shackleton consideraba como imprescindible para la gran marcha hacia el Polo. Verdaderamente la expedición había comenzado de forma desastrosa.

Oscuridad

Desde el inicio de los tiempos la noche siempre ha puesto a prueba el aplomo del ser humano. Reino de sombras, silencios y ruidos sordos, la oscuridad nocturna siempre ha despertado, especialmente en las pequeñas comunidades rurales, los pavores atávicos, los recuerdos más siniestros y la presencia de la muerte en forma de animales, salteadores o asesinos. Amenazas racionales y miedos irracionales se dan cita hasta que la luz del sol vuelve a despejar todos los celos y abre un día de seguridad, energía y coraje. Por eso, la llegada del invierno en la Antártida siempre es un momento de incertidumbre y desconfianza, y lo era más en aquellos tiempos en que la ausencia de comunicaciones provocaba el más completo de los aislamientos.

Debido a la posición geográfica de la base, Shackleton y sus compañeros se enfrentaban a cuatro meses en los que el sol iba a estar siempre por debajo del horizonte, dejándoles en una oscuridad opresiva que lejos de ser meramente física penetraba también en el alma del hombre más templado. Por eso, si todos los miembros de la base esperaban con aprensión la llegada del invierno, para Shackleton suponía un desafío especial. Ya había vivido una situación similar durante la expedición de Scott, pero en aquel caso

la mayor parte de los integrantes eran miembros de la Armada y el resto también habían firmado someterse a la más estricta de las disciplinas militares, que aunque pudo constreñir la convivencia y la espontaneidad también evitó que las situaciones tensas desembocasen en confrontaciones y tragedias. En definitiva, que los hombres del *Discovery* estaban acostumbrados a obedecer sin cuestionar las órdenes recibidas, a someter su voluntad hasta límites patológicos y a seguir los dictados de sus superiores por más excéntricos que pudieran ser. No era eso lo que él esperaba en su expedición.

Los quince hombres que iban a soportar esa dura prueba no eran militares acostumbrados a una obediencia irracional. Solo tres — con él cuatro— eran marinos, es decir, sabían lo que era vivir largas temporadas reclusos en el limitado espacio de un barco, rodeados siempre por las mismas caras, hartos de escuchar las mismas historias y cansados de sufrir las mismas bromas y manías de sus compañeros. Para el resto, esta iba a ser la primera ocasión en la que iban a experimentar una convivencia extrema, aislados por completo del mundo y de sus seres queridos, bajo la opresión de las más crueles condiciones meteorológicas y teniendo que soportar semanas y semanas de una oscuridad que carcome las voluntades.

En esas condiciones, como él bien sabía, la figura del jefe de la expedición era fundamental. Su presencia, su seguridad, su ecuanimidad, su dinamismo y su optimismo debían mantener el ánimo de todos, ayudar sin ostentación a quien flaquease, y formar un equipo de hombres dispuesto a trabajar juntos para lograr un

objetivo. No era una misión sencilla. Hasta aquel momento nunca había ejercido de autoridad suprema; de hecho no había llegado a ejercer más que de tercer oficial, las responsabilidades finales siempre habían sido de otros. Pero ahora eran suyas, totalmente suyas.

A diferencia de Scott, que había mantenido durante todo el invierno la separación entre oficiales y científicos por un lado, y suboficiales y marineros por otro, él quería un único equipo que conviviese y se relacionase en todo momento. Por otra parte, el hecho de que el edificio que habían construido no tuviese más que un único recinto, no como un barco que tiene múltiples habitáculos, no permitía otra cosa. Sin embargo, pese a lo limitado del espacio, que Scott resolvería en su siguiente expedición poniendo un conjunto de literas seguidas la una al lado de la otra, Shackleton decidió crear ocho cubículos, de reducidas dimensiones, cada uno ocupado por dos personas a las que seleccionó en función de sus afinidades. Unas simples cortinas los separaban entre sí y de la zona común, dotándolos de una cierta intimidad, quizá más imaginaria que real, pero a nivel psicológico era tan efectiva como si hubiesen estado separados por un muro.

En el centro de la habitación estaba el área común, que consistía básicamente en una gran mesa que permitía comer y trabajar, y mediante un sistema de cuerdas y poleas podía levantarse hasta el techo para proporcionar algo más de espacio cuando fuera necesario. El único que tenía un cuarto individual era Shackleton, que había elegido el lugar más apartado, y también el más frío, para

permitir que cuando se retiraba a descansar sus hombres tuvieran la oportunidad de poder hablar con total libertad sin la presión psicológica que supone la presencia de quien representa la autoridad.

Nunca había sido, y menos ahora, de los que basan su autoridad en una actitud jerárquicamente distante, que exige respeto y sumisión. Su seguridad en sí mismo, su facilidad de palabra y su capacidad para una respuesta rápida e ingeniosa pero mordaz habían sido para él un escudo mucho más eficaz que la autoridad emanada de la jerarquía. De hecho, nunca había tenido problemas de indisciplina. Quizá por eso sus hombres pronto comenzaron a dirigirse a él con un único y espontáneo tratamiento, que le acompañaría el resto de su vida, el de «el Jefe», que evidentemente debía de ser de su agrado, y mucho, por las múltiples connotaciones que encerraba el término.

La monótona rutina invernal

Tratar de evitar la apatía entre los hombres que afrontan el período de aislamiento y oscuridad de la noche polar no es una tarea sencilla. Una de las herramientas que utilizó Shackleton fue la iluminación, para lo que se sirvió de un generador de acetileno conectado a varias lámparas cuya potente luz blanca inundaba todos los rincones de la base. No era una nimiedad, un simple capricho, porque nada es más eficaz para combatir los estados de ánimo depresivos que una luz potente que contraste con la oscuridad exterior; en esta misma línea, también es necesario un

buen sistema de calefacción que contrarreste los rigores del frío polar, aunque en este caso lo que ellos instalaron no les funcionó tan bien. Pese a que tenían suficiente cantidad de carbón, que podían suplementar con grasa de foca, el edificio no estaba bien aislado y la temperatura descendía en cuanto se alejaban de la estufa. Igualmente, nunca hubo manera de calentar el suelo, que se encontraba siempre al borde de los cero grados, aunque el aire por encima estuviese a una temperatura muy superior.

Otro de los instrumentos de los que se sirvió Shackleton para evitar el abatimiento colectivo de la larga noche fue la comida. Por experiencia propia sabía el valor que tiene en estos lugares, por lo que procuró que al menos la comida fuese variada, apetitosa y que, de vez en cuando, incluyera algún que otro capricho. De ahí la importancia que concedió a la elección de un buen cocinero y a la selección de los alimentos, entre los que había un gran número de productos de temporada en conserva. De hecho, cuando tres años después miembros de la siguiente expedición de Scott visitaron la base de Shackleton se sorprendieron de la cantidad de «*delicatessen*» que todavía quedaban allí. Y todo ello sin olvidar la carne fresca de foca, porque Marshall, el médico principal de la expedición, confiaba en que fuese un eficaz remedio contra el escorbuto. El médico estaba en lo cierto y, efectivamente, así fue como se libraron de la enfermedad.

Sin embargo, la gran arma contra la apatía invernal fue el propio carácter de Shackleton. Su naturaleza segura y optimista fue la mejor de las vacunas contra la depresión. Nadie recordaría haberle

visto preocupado, ni siquiera cuando tuvieron lugar las sucesivas muertes de los caballos que amenazaban las probabilidades de éxito de la marcha al Polo. Su disposición para contar con naturalidad las miles de anécdotas e historias de sus viajes, siempre de la forma más entretenida, le permitió llenar los opresivos silencios. Su capacidad para bromear, que encontró un gran aliado en Marston, permitió que sus compañeros fueran sorprendidos día tras día con las más disparadas bromas o con la capacidad de transformismo de este último. Todos recordarían con regocijo la vez en la que este les recibió disfrazado de mujer.

En esta necesidad de mantener alta la moral de sus hombres también contó con la valiosa colaboración del profesor David, un gran conversador, que además tenía unas dotes especiales para la oratoria y que, con frecuencia, teatralizaba lecturas de Dickens con tales cambios y giros de voz que todos los seguían embelesados. Además, el carácter apaciguador del profesor contribuyó de forma significativa a evitar conflictos entre todos ellos. De hecho, aunque el segundo en el mando era Adams, era tal la personalidad e influencia de David entre sus compañeros que todos, hasta el propio Adams, le consideraban como el auténtico segundo, al menos desde el punto de vista psicológico.

Por otra parte, a diferencia de Scott que imponía que los oficiales y científicos diesen conferencias sobre sus respectivas especialidades, Shackleton nunca obligó a nada parecido, limitándose a sacar temas de debate, que la mayor parte de las veces se convertían en largas discusiones que servían de entretenimiento para todos.

Además, el que entre los expedicionarios hubiera seis titulados universitarios, en una época en que muy pocos tenían estudios, y una persona de la nobleza que había recibido una educación exquisita, permitía tratar temas de gran nivel cultural, que fueron muy apreciados por la mayoría.

Pero con ser todo lo anterior muy importante, lo que de verdad caracterizó el papel de Shackleton en aquella reducida comunidad fue su preocupación por cada uno de sus hombres. Sin que se sintiesen observados o vigilados, sabía estar pendiente de sus estados de ánimo. Además, poseía la cualidad de acercarse a ellos con naturalidad para animarles si estaban bajos, para ayudarles a limar asperezas, o simplemente para echarles una mano en sus tareas si se les hacían demasiado pesadas. Priestley siempre recordaría que cuando el biólogo Murray enfermó y él tuvo que ocuparse de su trabajo, lo cual le obligaba a estar muchas horas en el exterior dragando las aguas para conseguir especímenes de la fauna y la flora, el único que le ayudaba a cavar un hueco en el mar congelado y le acompañaba durante toda la tarea —siempre bromeando y cantando— era Shackleton. También supo dejar su dormitorio para Brocklehurst cuando en abril, a consecuencia de las congelaciones que había sufrido al subir el Erebus, tuvieron que amputarle varios dedos de los pies que se le habían gangrenado. Aunque hay quienes piensan que con este cambio pretendía, además, poder estar más tiempo con Armitage, el compañero de cubículo del herido, que estaba pasando malos momentos. En definitiva, el recuerdo de sus compañeros sería que «sabía tratar a

cada uno de forma que se sintiese realmente importante para la expedición⁷¹».

También sabía que la mejor forma de combatir la laxitud que produce el que todos los días sean iguales al anterior es la actividad, y por eso durante meses les tuvo ocupados con un proyecto casi imposible: la edición de un libro. Nunca sabremos con certeza si solo fue una manera de buscar una actividad invernal que mantuviese a sus hombres entretenidos; si lo que pretendía era superar a Scott, que no produjo más que una copia de *The South Times* (aunque después en Gran Bretaña se hicieron copias facsímiles), o si era una forma de incrementar los ingresos de la expedición al hacer por vez primera en la historia todo el trabajo de impresión en la Antártida. Fueran cuales fuesen sus razones, el caso es que todos, de una forma u otra, estuvieron implicados en el proyecto. Se elaboraron los textos y las ilustraciones, se grabaron en planchas y se imprimieron con una máquina que se había llevado a tal efecto y, para terminar, incluso se encuadernaron. El resultado final fue *Aurora Australis*, el primer libro íntegramente editado en la Antártida y del que se tiraron poco más de cien ejemplares.

Pese a todo, el paso del tiempo se iba haciendo notar en el ánimo de los expedicionarios, y cuando a principios de agosto, por una auténtica tontería, se produjo un violento altercado entre dos de ellos, Shackleton decidió que, aunque en el exterior hacía un frío terrible y todavía no había más que una tenue luz crepuscular, había llegado el momento de comenzar las salidas para preparar los

⁷¹ Riffenburgh, op. cit., p. 185.

depósitos de provisiones. Realmente lo que buscaba era que sus hombres tuvieran cuanto antes su primera experiencia de lo que en verdad era la exploración en la Antártida. Como siempre, se trataba de una apuesta arriesgada, pero en los momentos más peligrosos el Jefe siempre supo estar junto a ellos.

El bautismo del frío

En el exterior, aunque todavía no había salido el sol, la claridad del horizonte les permitiría avanzar sin grandes dificultades, pero el frío era tan intenso que no quisieron utilizar los caballos, dado que no se atrevían a perder ni uno más. La primera salida la protagonizaron, a mediados de agosto, David, Armitage y el propio Shackleton; su objetivo era reconocer el camino hasta la antigua base del *Discovery* en Punta Hut y, desde allí, acceder a la Barrera y comprobar su estado. Cuatro días después se habían internado 20 kilómetros en aquella superficie helada que pronto les llevaría al Sur. Pese a que la temperatura era muy baja, próxima a los 50° C bajo cero, podrían haber avanzado más pero, como parecía que se aproximaba una tempestad, dejaron las provisiones que transportaban y regresaron a toda velocidad a la base del *Discovery*. Llegaron justo antes de que estallase un violento temporal que duró cinco días. Cuando pasó, coincidiendo con la aparición del sol en el horizonte, regresaron a la base.

A partir de entonces todas las semanas una partida de hombres salía para transportar provisiones y equipos a la base del *Discovery*, que se iba a convertir en su centro de operaciones para la gran

marcha hacia el Sur. Poco a poco, según pasaban por las duras pruebas de tirar del trineo, y de enfrentarse al frío y a las inclemencias, todos sus hombres reemplazaron las románticas ideas que tenían sobre la exploración polar por la realidad de un esfuerzo extenuante, en un entorno cruel y con privaciones sin número. El trabajo en equipo surgió, no como una idea filosófica atractiva, sino como la única forma de afrontar con garantías de éxito aquel medio adverso que no perdonaba equivocaciones. También había llegado el momento de formar los equipos que pocas semanas después iniciarían la marcha hacia la conquista de los dos Polos.

Para el Magnético, Shackleton pensó en los científicos David y Mawson, dado que había que interpretar la lectura de los instrumentos para encontrar el punto exacto y ellos podrían avalar con sus conocimientos que se había alcanzado, además de que los dos se llevaban muy bien; a ellos se les uniría uno de los médicos, Mackay, que podría hacer frente a posibles contingencias. Más difícil resultó seleccionar la partida que afrontaría la búsqueda del Polo Sur Geográfico. En este caso, además de la opinión de Shackleton, era necesario el informe favorable del médico principal, Marshall, porque no podían arriesgarse a que la mala salud de uno de los integrantes pusiera en peligro a todos. Incluso él mismo tendría que pasar por un reconocimiento médico exhaustivo, algo que, debido a sus antecedentes, le preocupaba de forma muy especial.

En principio había planeado la gran marcha para un equipo de seis hombres con seis caballos, pero ya que no habían sobrevivido más

que cuatro animales, ese también sería el número de participantes. La amputación de los dedos de Brocklehurst le hizo perder su puesto; igual ocurrió con Joyce, cuya afición a la bebida le había dañado el hígado, lo que, unido a un problema de corazón, hizo que Marshall le rechazase para el viaje. Shackleton había prometido a los dos que le acompañarían en ese viaje, por lo que para ambos fue una amarga desilusión. El resto de los candidatos eran Wild, Adams y el propio Marshall, puesto que también les haría falta un médico. Los tres pasaron sin problemas el reconocimiento. Solo faltaba el escurridizo irlandés, que siempre había tratado de evitar someterse a estas pruebas. Sin embargo, en esta ocasión no pudo escabullirse y, como uno más, tuvo que someterse a la revisión clínica, donde el médico le encontró un *soplo* en el corazón que no pudo discernir si era una dolencia, y por lo tanto potencialmente peligrosa, o solo algo de su constitución que no tendría por qué acarrear problemas. Al final el médico le dio el visto bueno para participar en la marcha. En cualquier caso, ni Shackleton ni Marshall parecían estar muy contentos con la situación; al primero no le agradaba que le hubiesen encontrado algo, y el médico se debatía tratando de convencerse de que en su decisión de autorizarle para la marcha no había influido el hecho de que fuera el líder de la expedición.

El 22 de septiembre de 1908 tuvo lugar la última salida para aprovisionar la ruta. Estaba formada por los cuatro elegidos para el Polo Geográfico, junto con dos compañeros más. Su misión era avanzar en dirección Sur unos 200 kilómetros y establecer un gran depósito de comida. Dos semanas después alcanzaron su objetivo y

a mediados de octubre ya estaban de vuelta en la base. Todo estaba listo y podrían haberse puesto en marcha inmediatamente, pero las bajas temperaturas que habían encontrado durante este último viaje —inferiores a 50° C bajo cero— les aconsejaron retrasar unos días su salida, porque, entre otras cosas, los caballos sufrían mucho con el frío extremo. Por nada del mundo podían exponerse a perder otro caballo.

Los que ya se habían puesto en marcha eran los científicos que iban en busca del Polo Magnético, que al no llevar caballos eran capaces de soportar mejor las bajas temperaturas. Y mientras en la base el grupo del Polo Geográfico esperaba a que las condiciones meteorológicas mejorasen, un tercer equipo, al mando de Priestley, el otro geólogo, también se preparaba para salir: su misión era explorar diversas zonas en busca de minerales que pudiesen tener una explotación comercial.

§. El crisol del líder

La organización de una marcha, y más de tales características, siempre es un complicado ejercicio de compromisos. Dado que se desarrolla en un terreno que no ofrece el más mínimo recurso alimenticio o de combustible, la capacidad de la expedición para transportar sus provisiones se convierte en el factor fundamental para alcanzar el objetivo.

Para Shackleton aún era más complicado, pues solo disponía de un número de caballos limitado, por lo que la carga que estos podrían acarrear sin forzar su agotamiento prematuro no podía sobrepasar

ciertos límites. Finalmente, estimó que podrían llevar provisiones para noventa y un días. Como ya habían establecido algunos depósitos y la distancia hasta el Polo era de unos 1400 kilómetros, unos simples cálculos arrojaron la conclusión de que tendrían que recorrer unos 24 kilómetros diarios. Una distancia que, si bien, puede no parecer excesiva para un terreno y un clima normal, se convierte en un auténtico desafío al tener que realizarse sobre un terreno helado o cubierto de nieve y donde el frío, el viento y las tempestades podrían detener la marcha en cualquier momento.

Bajo buenos augurios

Después de descansar unos días de los esfuerzos realizados para establecer los depósitos, y para dejar que las temperaturas se suavizaran, por fin el 29 de octubre de 1908 Shackleton, Adams, Marshall y Wild salieron para afrontar la marcha más larga de la historia de la exploración polar hasta aquel momento. Cada uno conducía a un caballo que arrastraba un trineo, junto a ellos iba una partida de apoyo formada por cinco hombres que tiraban ellos mismos de otro trineo. Pese a los consejos de Nansen de que utilizase perros y esquís, y aunque llevaron a la Antártida tanto unos como otros, cuando llegó el momento de emplearlos Shackleton no se sirvió ni de unos ni de otros.

El comienzo fue precedido por un buen augurio. El día anterior durante la cena un rayo de luz había atravesado la estancia para posarse sobre el cuadro de Eduardo VII, que presidía la sala, para luego desplazarse lentamente hasta el de la reina Alejandra. Para

Shackleton, supersticioso como buen marino y optimista por naturaleza, la señal estaba clara y no pudo evitar transmitir su entusiasmo a sus compañeros. Un optimismo que incluso se acrecentó al día siguiente cuando «amaneció un día radiante, sin la más mínima nube en el horizonte⁷²».

Sin embargo, a la hora de la verdad las cosas no empezaron bien. Un caballo tuvo problemas y necesitaron detenerse un par de días en la base del *Discovery* para que se recuperase. En ese tiempo, otro de los caballos mordisqueó durante la noche la soga que lo sujetaba hasta liberarse y, atraído por el olor de la comida, se dirigió hacia los trineos ya cargados para la marcha. Fue tal el atracón que se dio y los destrozos que provocó que a la mañana siguiente parecía que les había atacado una manada entera de elefantes hambrientos, según escribió uno de los expedicionarios. Ese mismo día, 2 de noviembre, volvieron a ponerse en marcha y otra vez surgieron los problemas; la nieve recién caída estaba tan blanda que los caballos se hundían en ella hasta las rodillas y a veces hasta el vientre. Si para las pobres bestias era un martirio avanzar en estas condiciones, también lo era para los hombres que les acompañaban. Dos días después una tempestad les obligaba a permanecer en sus tiendas y Shackleton, considerando los retrasos que habían tenido y que estaban recorriendo menos distancia de la establecida, decidió reducir un poco sus raciones a fin de garantizar que con las provisiones que llevaban podrían llegar hasta el Polo y, por supuesto, volver.

⁷² *Ibíd.*, p. 199.

En principio estaba previsto que el equipo de apoyo los acompañara durante diez días, pero los caballos arrastraban sus trineos con tanta fuerza que los hombres que tenían que tirar de su propio trineo se veían en dificultades para seguirles y el irlandés decidió, para evitar más retrasos, que volvieran antes de lo previsto. En ese punto se encontraban aproximadamente a 1.300 kilómetros del Polo y disponían de comida para tres meses, que si era necesario podrían alargar hasta ciento diez días; en ese tiempo tendrían que alcanzar el Polo y regresar al punto donde se encontraban, en el que la partida de apoyo, antes de volver, había instalado un depósito con gran cantidad de provisiones.

A partir de ahí todo dependía ya de ellos mismos y de sus caballos, que durante días se comportaron de forma admirable, aun teniendo que tirar cada uno de un trineo cargado con unos 300 kilos, mientras ellos se limitaban a marcarles el camino. En un par de ocasiones, cuando ya se habían alejado casi 100 kilómetros de la costa, encontraron huellas de pingüinos sin que pudieran explicarse cómo podían haber llegado hasta allí.

Con la excepción de dos cortas tormentas de nieve, el tiempo fue agradable y progresaron con rapidez, pese a que las acumulaciones de hielo y nieve entorpecían la marcha de los caballos y los trineos. Además, durante unos días tuvieron que avanzar sorteando grietas y, para su desgracia, con bastante frecuencia cayendo en alguna, lo que siempre representaba un grave peligro tanto para los hombres como para los animales. En cualquier caso, el recorrido por la Barrera no había hecho más que empezar y, aunque ellos no tenían

forma de saberlo en aquellos momentos, pese a todos los peligros y sinsabores esta sería la parte más sencilla de todo el viaje.

Una llanura sin referencias

Lentamente los días fueron pasando sobre esa superficie de apariencia ilimitada, manteniendo el parsimonioso avance de los caballos y la misma rutina diaria. Se levantaban a las cinco de la mañana⁷³ y una hora más tarde estaban desayunando; a las ocho, y después de recoger el campamento, se ponían a caminar hasta la una, momento en el que hacían un alto para almorzar; luego proseguían su camino hasta las seis de la tarde, cuando se detenían para volver a instalar el campamento. Como dormían por parejas en dos tiendas, Shackleton, con esa intuición que tenía sobre el comportamiento del ser humano, decidió que cada semana se intercambiasen los compañeros, así como el puesto de cocinero, para mantener la cohesión del grupo. Durante días avanzaron en dirección al depósito que habían montado semanas atrás. Desde que se internaron en la Barrera, todas las montañas habían desaparecido del horizonte y no existían puntos de referencia en aquella inmensa llanura, por lo que, pese a que habían señalado con una banderola el depósito y a que hacían medidas con el sextante al sol para establecer su posición, todos tenían el temor de no ser capaces de encontrarlo. Por fin, el 15 de noviembre lo divisaron. La seguridad de contar con aquellas provisiones aumentó su optimismo y esa noche incluso prepararon una ración especial

⁷³ Para la latitud donde se encontraban y en esa época del año, había luz solar durante todo el día.

para sus caballos. Con fuerzas renovadas continuaron a través de la inmensa planicie helada de la Barrera. Era un paisaje aparentemente monótono, pero cada día les mostraba matices tan diferentes que nunca les llegó a parecer el mismo. Shackleton llegó a anotar en su diario algo que para un marino de corazón, sin lugar a dudas, era el mayor de los elogios: «La Barrera es caprichosa y cambia tanto como el mar⁷⁴».

A lo largo de varias semanas recorrieron unos 25 kilómetros diarios, que Shackleton no podía dejar de comparar con los escasos ocho kilómetros que seis años atrás hicieran sobre ese mismo terreno con Scott y los perros. El irlandés se sentía orgulloso, estaban triplicando la velocidad de avance gracias a su elección de los caballos. En su diario se mostraba esperanzado cuando escribió: «Nos vendría tan bien si pudiesen continuar así durante un mes⁷⁵».

Pero no fue posible, aunque las temperaturas no estaban siendo muy bajas —manteniéndose en torno a los 20° C bajo cero—, para los pobres animales caminar sobre una superficie que a cada paso, dependiendo de la dureza de la nieve, podía ceder hundiéndoles las patas era un trabajo extenuante. Además, este esfuerzo aumentaba la transpiración, que se congelaba en el acto formando una costra de hielo sobre su piel, lo cual obligaba a su metabolismo a utilizar energía interna para contrarrestar sus efectos, por lo que se agotaban todavía más⁷⁶.

⁷⁴ Shackleton, op. cit., p. 182.

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 172.

⁷⁶ A diferencia de los caballos, la sudoración de los perros se produce solo a través de la lengua.

Por todo ello, a las tres semanas de marcha tuvieron que matar de un disparo al primero de los caballos, que trocearon de inmediato para aprovechar su carne. Parte de ella la dejaron almacenada para el regreso y el resto, unos 40 kilos, la llevaron consigo para cocinarla o bien para comerla cruda mientras tiraban de los trineos, lo que además de protegerles del escorbuto evitaba que consumieran las provisiones que transportaban y que, evidentemente, eran el factor determinante para poder alcanzar el Polo. Perder uno de los caballos significó distribuir la carga entre los restantes, pero entre la comida que ya habían consumido y el depósito de provisiones que acababan de hacer para el regreso, cuando reanudaron la marcha cada uno de los otros tres caballos arrastraba un trineo de unos 250 kilos, un peso algo inferior al inicial.

Durante días pudieron seguir manteniendo el ritmo de avance, aunque en un momento dado a Adams tuvieron que sacarle una muela que desde hacía días le producía fuertes dolores y no le dejaba dormir. La operación no fue sencilla puesto que no habían llevado material para extracciones y, para colmo de males, la muela se rompió al sacársela, siendo necesario intervenirle al día siguiente hasta conseguir extraer todos los trozos.

Al contratiempo de la muela se unió el de la comida. Casi desde el comienzo habían reducido sus raciones, y el hambre se había convertido en una compañera de viaje siempre presente. Pese a ello, y aun con el aporte extra que había supuesto la carne de caballo, volvieron a considerar la situación y después de hacer nuevos

cálculos se vieron obligados a racionar aún más la comida. El resultado no se hizo esperar, un par de semanas después comenzaron a llenar sus diarios con referencias a la comida, señal inequívoca de que el subconsciente les estaba enviando el mensaje de que estaban gastando más calorías de las que aportaban con los víveres, y en consecuencia habían comenzado a quemar las reservas de grasas almacenadas en sus propios organismos.

Por fin pioneros

Pero todo eso era llevadero. Desde hacía unos días habían vuelto a ver montañas, cuya altura y majestuosidad, después de las semanas de hastío de aquella llanura blanca sin límites, les había levantado el ánimo. Además, el 26 de noviembre sobrepasaron el punto más al Sur alcanzado en la expedición del *Discovery* por Scott, Wilson y el propio Shackleton. Fue un momento de festejos, alegría y optimismo; habían batido un récord y a partir de ese punto entraban en un territorio desconocido para la humanidad. Por si eso fuera poco, habían tardado menos de un mes en hacer un recorrido para el que, en la otra expedición, habían necesitado casi dos. Estaba claro que la ocasión merecía una celebración especial y esa noche brindaron con curazao⁷⁷.

Pero quizá más importante que el punto geográfico que habían alcanzado fue el cambio de actitud que se produjo en todos ellos. Incluso el más escéptico de todos, Wild, que en su fuero interno siempre había dudado del éxito de la marcha, e incluso así llegó a

⁷⁷ Un licor fabricado con corteza de naranja, azúcar y aguardiente, originario de la isla caribeña del mismo nombre.

escribirlo en su diario, a partir de aquel momento comenzó a creer en lo que el Jefe les había dicho tantas veces: que alcanzarían el Polo. Posiblemente este fue el primer reflejo de que empezaban a ver en Shackleton ya no solo un jefe campechano, ingenioso y preocupado por su gente, sino también un auténtico líder capaz de llevar a cabo todo lo que se propusiera. Sin embargo, el entusiasmo duró poco. Los caballos siguieron debilitándose y, con muy pocos días de diferencia, tuvieron que volver a usar el revólver en dos ocasiones. Y como el único que les quedaba ya no tenía fuerzas para llevar todo el equipamiento, ellos mismos tuvieron que empezar a tirar de uno de los trineos, lo que significó más esfuerzo, cansancio y, en definitiva, hambre. Por si esto fuera poco, la cordillera de montañas que habían tenido al Oeste, y cuya visión tanto placer les había proporcionado, había comenzado a desviarse y cruzarse en su camino, hasta que terminó por cortarles al paso hacia el Sur. Eso hizo que se esfumaran sus sueños de que la planicie por la que estaban caminando les llevase hasta el Polo, enfrentándoles a la dura realidad: tendrían que atravesar esa masa compacta de montañas cubiertas de glaciares que estaba ante ellos, pero ¿por dónde?

La decisión no era sencilla y Shackleton optó por subir a un monte de unos 1.000 metros de altura para, desde allí, intentar encontrar una ruta entre aquel laberinto de montañas de 4.000 metros de altitud que les cerraba el camino. Cuando alcanzaron la cumbre, el panorama que se presentó ante sus ojos era tan grandioso que durante un rato permanecieron embelesados, dejando que la vista

vagase libremente por aquellos picos que por primera se dejaban ver por seres humanos. Cuando se fueron acostumbrando a tanta belleza comenzaron a examinar con ojos profesionales lo que tenían delante. Allí donde los glaciares que descendían de las montañas alcanzaban la planicie de la Barrera, la superficie de esta se ondulaba abriéndose en miles de grietas, las mismas que les habían dificultado el paso en los últimos días. Era evidente que la altura les daba una perspectiva que antes, a ras de suelo, no tenían. Pero más importante que todo esto, que a fin de cuentas era el pasado, fue que desde aquella atalaya descubrieron la ruta por la que podrían continuar. Las palabras de Shackleton en su diario son elocuentes: «De repente, ante nuestros ojos apareció un camino abierto hacia el Sur, un inmenso glaciar que discurría entre dos cadenas de montañas, casi en dirección Norte-Sur⁷⁸». A aquel glaciar de casi 200 kilómetros de longitud, el más grande de los que hasta entonces se conocían y que iba a ser la ruta que les llevaría hasta el Polo, le dio el nombre de Beardmore, en honor del patrocinador principal de la expedición, aunque algunos suspicaces piensan que también pudo ser en recuerdo de la esposa de este, su querida Elspeth. Nunca lo sabremos.

La carretera al Sur

Así denominaría el propio Shackleton al glaciar que tenían delante, y, en efecto, eso parecía, una carretera que podría hacerles cruzar las montañas con relativa facilidad y dejarles delante de su objetivo:

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 198.

el Polo. Inmediatamente, el 5 de diciembre de 1908, comenzaron la aproximación al glaciar, cuya superficie helada, ya de por sí fracturada, multiplicaba su fragmentación al colisionar con la superficie de la Barrera creando un campo de grietas de grandes dimensiones, y de unas profundidades imposibles de medir. En tan inquietantes condiciones los hombres tuvieron que empujar uno de los trineos con más de 300 kilos de provisiones y equipos; en algunas zonas la orografía del terreno era tan terrible que se vieron obligados a avanzar haciendo tandas, es decir, descargando parte del trineo, avanzando y luego volviendo a por el resto.

Dos días después, mientras Wild llevaba las bridas del último de los caballos, atravesaron sin saberlo un puente de nieve que tapaba una profunda grieta. De repente, bajo el peso del enflaquecido animal el puente se rompió y el caballo se precipitó tras él, desapareciendo en una sima sin fondo. Por fortuna, el tirón que dio al hundirse fue tan brusco que rompió el arnés que le sujetaba al trineo y Wild, de forma instintiva, soltó la brida con que lo dirigía evitando acompañar al animal en la caída. Un auténtico milagro, porque si se hubiese llevado el trineo lleno de provisiones y equipos, y no digamos si también hubiera arrastrado a Wild, la marcha de Shackleton hacia el Polo habría terminado allí.

En cualquier caso, la pérdida del caballo tuvo sus consecuencias; si bien es verdad que su estado era tan lamentable que tenían pensado sacrificarlo esa misma noche, perdieron la oportunidad de aprovechar su carne, que buena falta les hacía dados los sucesivos recortes que habían estado haciendo en las raciones diarias de

comida. Por otra parte, si tirar de un trineo ya era agotador, la pérdida del caballo hizo que a partir de aquel momento ellos mismos tuvieran que arrastrar los dos. Avanzar con los trineos cargados cada uno con unos 250 kilos se hizo terrible. A la dificultad y pendiente del terreno se unió que encontraron zonas completamente cubiertas de un hielo tan resbaladizo que era imposible subir tirando del trineo, por lo que se vieron obligados a avanzar primero ellos solos y después izar los trineos, uno a uno, asidos con una cuerda. Pese a todas estas dificultades siguieron progresando, aunque a un ritmo muy desigual que dependía de las condiciones del terreno, de modo que hubo días en los que apenas progresaron cinco kilómetros y otros en los que sobrepasaron los 20.

El entorno era de tal grandiosidad que se sentían incapaces de describirlo. Shackleton lo intentó cuando escribió: «Puede que estas montañas no sean bonitas en el sentido habitual de la palabra, pero son magníficas en su agreste y escarpada grandeza: no han sido holladas por los pasos del hombre, y hasta que nosotros llegamos a esta tierra helada, el ojo humano no había visto sus formas⁷⁹». Es posible que no fuera una gran descripción, pero transmite la fuerza de sus sentimientos.

Día tras día siguieron ascendiendo sobre la inmensidad de aquel glaciar flanqueado por altas montañas. De vez en cuando sobre aquel río helado encontraban trozos de rocas procedentes de la fragmentación de esas moles por la acción conjunta del frío y el hielo y, pese a que cada gramo más de peso significaba un esfuerzo

⁷⁹ *Ibíd.*, p. 209.

extra, no pudieron resistir la tentación de recoger pequeñas muestras para los geólogos. El tiempo seguía siendo magnífico y en algunos lugares el calor de los rayos solares llegaba a fundir el hielo de las piedras, haciendo que el agua se acumulase en pequeñas oquedades de las que bebían con ansiedad. Este inesperado regalo les evitaba tener que fundir nieve, ahorrándoles utilizar el preciado combustible que, como la comida, mermaba con rapidez.

Las semanas pasaban en jornadas agotadoras sobre aquella pendiente helada que parecía no tener fin. Cada noche anotaban en sus diarios, con convicción, que ese tenía que ser el último día de ascensión, pero la realidad de aquella subida lenta e interminable se imponía sobre sus deseos. El desgaste físico que suponía empujar los trineos cada vez a mayor altura no era compensado por los alimentos que ingerían y, al igual que les había pasado a Scott, Shackleton y Wilson seis años atrás, ya no solo llenaban sus diarios con referencias a la comida sino que comenzaron a soñar con ella. A las dificultades del terreno pronto se unió un viento frío que descendía desde la parte alta del glaciar y que convertía sus barbas en «una masa de hielo que no se quitaba en todo el día⁸⁰». Esta corriente constante de aire gélido, además de golpearles en la cara cuarteando dolorosamente sus mejillas y labios, les provocaba un sinnúmero de pequeñas congelaciones en todas las partes del cuerpo, que al final de la jornada, una vez dentro de sus tiendas, trataban de combatir masajeadando con energía la zona afectada. Y así siguieron día tras día. Aunque los trineos eran cada vez menos

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 209.

pesados, pues iban consumiendo provisiones y estableciendo pequeños depósitos de comida para su regreso, les costaba cada vez más tirar de ellos.

Pero pese a todos los problemas de ese agotador ascenso el resuelto irlandés, con su confianza habitual, escribiría en su diario: «Después de todo, las dificultades son para superarlas⁸¹».

Un sexto sentido

Si bien Shackleton seguía siendo el optimista parlanchín de siempre, desde que comenzaron a subir el glaciar había tenido lugar una transformación en su comportamiento que no había pasado inadvertida a sus compañeros. Mientras que hasta ese momento casi parecía uno más, indeciso en su siempre aparente seguridad, desde que los peligros del glaciar les acechaban sin cesar parecía que algo había surgido de lo más profundo de su ser dotando sus decisiones de la mezcla perfecta entre osadía y prudencia. Además emanaba de él una seguridad abrumadora, pero a la vez era tan espontánea que era imposible que fuese fingida. Se le notaba seguro de sí mismo y de lo que estaba haciendo. Y ante ese aplomo natural sus compañeros aceptaban sus órdenes, sugerencias o planteamientos con la certeza de que eso era lo que había que hacer. Ante ellos, en aquel crisol de hielo y peligros, se forjaba un auténtico líder.

Pero la agotadora ascensión parecía no terminar nunca. Una vez más aligeraron sus trineos de todo lo que no consideraron

⁸¹ Huntford, op. cit., p. 261.

imprescindible, incluso de aquella ropa de abrigo que creían que no les iba a hacer falta, y siguieron avanzando. Celebraron la Navidad a casi 3.000 metros de altura. La comida extra que habían acarreado durante toda la marcha para ese momento les proporcionó, por primera vez en mucho tiempo, la agradable sensación de estar saciados. Aprovecharon ese momento para discutir con la máxima objetividad posible la situación: la zona de grietas había pasado y estaban progresando con menos dificultades, pero todavía les faltaban 400 kilómetros hasta el Polo y escasamente tenían comida para cuatro semanas. Shackleton seguía convencido, o al menos lo aparentaba, de que tenían el Polo al alcance de la mano; los demás no lo estaban tanto, pero aceptaron el reto de seguir intentándolo puesto que de no llegar, de nada habrían servido sus esfuerzos. Y volvieron a disminuir las raciones para prolongar las reservas y poder avanzar unos días más hasta alcanzar su objetivo.

Los últimos días de diciembre superaron los 3.000 metros de altitud. Según habían ido ascendiendo, el aire estaba más enrarecido y aportaba a los pulmones, y en definitiva a la sangre, cada vez menos oxígeno, «haciendo difícil la respiración y cualquier trabajo⁸²». También la altitud, el viento y el esfuerzo les provocaban fuertes dolores de cabeza que llegaron a impedirles dormir y por lo tanto descansar. Decidieron dejar uno de los trineos, pero incluso así les costaba avanzar mucho más que cuando, al comienzo del glaciar, empujaban casi el doble de peso.

⁸² Shackleton, op. cit., p. 217.

La meseta

Por fin terminaron la subida. Habían alcanzado por vez primera la meseta polar, pero ya ni caminar sobre un terreno casi plano representaba un consuelo a sus penalidades. Se encontraban muy afectados por la altura, estaban extenuados y mostraban signos de hipotermia; además, si antes era la pendiente en contra, ahora era una superficie cubierta con nieve blanda lo que les dificultaba la marcha, haciéndola todavía más agotadora. El primer día del nuevo año de 1909 superaron los 87° 06', acababan de batir el récord de aproximación a cualquiera de los dos Polos de la Tierra⁸³, pero Shackleton, en su diario, apenas es capaz de celebrar el éxito: «Hemos batido los récords del Norte y del Sur⁸⁴», registró lacónico.

Al día siguiente los problemas continuaron, el viento seguía siendo frío, con temperaturas próximas a los 30 °C bajo cero y, pese a los esfuerzos de las últimas jornadas, no conseguían avanzar más de 20 kilómetros al día, una velocidad que con las reservas de comida de que disponían no les permitiría llegar mucho más lejos. Por primera vez, frente a su diario, Shackleton comienza a ser consciente de que su sueño de llegar al Polo se desvanece: «Dios sabe que estamos haciendo todo lo que podemos», escribiría, para continuar, «debo considerar el asunto a la luz de la realidad y tener en cuenta las vidas de mis compañeros⁸⁵».

Era evidente que el Polo estaba fuera de su alcance. El viento frío y el aire enrarecido de la meseta polar estaban consumiendo unos

⁸³ Peary afirmó que en abril de 1906 había alcanzado los 87° 06' N, estableciendo un nuevo récord de proximidad al Polo Norte.

⁸⁴ | *Ibíd.*, p. 219.

⁸⁵ *Ibíd.*, p. 219.

cuerpos tan agotados que ya no disponían de reservas suficientes para compensar los desgastes que estaban sufriendo. Ni siquiera sus metabolismos eran capaces de mantener la temperatura corporal en los márgenes normales, y cuando el médico les tomó la temperatura se encontró con la sorpresa de que tres de ellos no alcanzaban ni el mínimo del termómetro clínico. Ante aquella situación se volvieron a reunir para decidir qué podían hacer. La realidad se imponía con toda su crudeza; todavía se encontraban a 300 kilómetros del Polo y era inútil seguir soñando. Aun así, Shackleton les propuso un nuevo objetivo que todavía podrían alcanzar y que, aunque podía parecer ridículo, tenía profundas connotaciones psicológicas: avanzar hasta quedarse a menos de 100 millas geográficas⁸⁶ de distancia al Polo Sur. Puede que, pese a las circunstancias tan críticas que estaban sufriendo, como responsable de la expedición pensase en los titulares de los periódicos y en el efecto que una cifra de tan solo dos dígitos tendría sobre sus lectores o sobre los directivos de las sociedades geográficas. Sin embargo, parece más factible que en aquellos momentos pensase en sus compañeros, para los que volver con la frustración de no haber alcanzado el Polo podía tener consecuencias psicológicas demoledoras, con posibles implicaciones en su rendimiento físico. Sin embargo, retroceder después de haber alcanzado el nuevo objetivo, aunque fuese de menor entidad,

⁸⁶ La milla geográfica o náutica es una unidad de longitud equivalente a la longitud de un minuto de arco de meridiano terrestre. Se utiliza especialmente en navegación marítima y equivale a 1852 metros. Los exploradores de esa época se expresaban en esta magnitud. Aunque en toda la narración se han utilizado kilómetros para facilitar la comprensión de la distancia, aquí se ha considerado necesario emplear el original para poder entender mejor el objetivo que Shackleton planteó a sus compañeros.

tendría los efectos beneficiosos de saber que, de algún modo, habían logrado lo que se habían propuesto. Pequeños matices casi lingüísticos, pero a los que la psique de cada uno puede conceder, aun sin ser consciente, una gran importancia.

Una vez más, su entusiasmo y convicción hicieron que todos aceptasen la propuesta y al día siguiente, después de hacer otro depósito de provisiones para el regreso, salieron hacia su nueva meta cargados con diez días de comida, cinco para la ida y otros tantos para el regreso. Como si todo se confabulase contra ellos, las dificultades se multiplicaron: las botas, la tienda, la ropa... toda protección era insuficiente para aquel viento gélido y hostil que les azotaba sin cesar. Pero el gran problema volvieron a ser los víveres. Para caminar por aquella meseta helada y contrarrestar el frío, el viento y la altitud era necesario consumir muchos más alimentos de los que ellos disponían. Pese a todas las adversidades, durante unos días, que ya se contaban con los dedos de la mano, siguieron avanzando por aquel terreno desolado mientras la frustración que sentía Shackleton se plasmaba en su diario, que se fue llenando de frases que hasta parece que le costaba escribir. «Definitivamente hemos podido determinar que el Polo Sur se encuentra sobre la más alta y gigantesca meseta del planeta, nuestro trabajo geológico y meteorológico será de gran interés para la ciencia... Pero —continúa desilusionado— esto no es el Polo⁸⁷».

Pese a las bajas temperaturas, que se mantenían inferiores a los 30 ° C bajo cero, al continuo dolor de cabeza, al agotamiento y al

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 219

hambre, siguieron caminando cada día un poco más hacia su objetivo. Hasta que el 7 de enero una tormenta, con temperaturas de 40 ° C bajo cero y vientos superiores a los 100 kilómetros por hora, les retuvo un par de días en el interior de la tienda. Desfallecidos, casi sin comida y con los pies y las manos al borde de la congelación, permanecieron allí sintiendo el hambre, el frío y, sobre todo, la tortura mental de saber que aquella tempestad les alejaba de cualquier expectativa de alcanzar incluso la meta de consolución.

Por eso cuando el tiempo mejoró un poco, y aunque la temperatura seguía estando próxima a los 30 C bajo cero, el 9 de enero, dejando todo atrás, los cuatro se lanzaron en un último intento, no ya para alcanzar su tan anhelado objetivo sino tan solo por el simbolismo de poder quedarse a esas 100 millas geográficas del Polo.

Sin la pesadilla de tener que tirar de un trineo que se atascaba en cada promontorio de nieve hicieron, «medio caminando y medio corriendo por una superficie que la tormenta había endurecido⁸⁸», su última marcha de unas cuantas horas en dirección Sur, hasta que consiguieron llegar a los 88° 23' S. Es decir, que estaban a 97 millas geográficas, a unos 180 kilómetros, del Polo.

Allí desplegaron la bandera que les había entregado la reina y, siguiendo las costumbres de la época, tomaron posesión de la meseta para su país. Después se hicieron unas fotografías y antes de regresar, con una tristeza infinita, Shackleton echó una última mirada con los prismáticos hacia el Sur, pero no pudo ver mucho

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 223.

más de lo que ya estaba viendo. «No hay interrupción en la meseta nevada, blanca y yerma», escribiría tratando de hacer una observación profesional de la realidad, aunque luego continuaría, con una mezcla de sentimientos teñidos de impotencia y frustración: «Estamos seguros de que el objetivo que no hemos podido alcanzar está ahí, en la meseta⁸⁹».



Imagen tomada por el propio Shackleton de sus hombres, y la bandera que les había entregado la reina Alejandra, en el punto más próximo al Polo Sur Geográfico que alcanzaron.

§. La decisión más difícil

Al quedarse a menos de 100 millas del Polo Sur habían logrado algo increíble. En la historia de la exploración polar, las marcas de aproximación al Polo Norte se habían ido batiendo de forma lenta y

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 223.

escalonada. Así, la marca de Nansen en 1895 fue batida en 40 kilómetros por Amadeo de Saboya⁹⁰ en 1900, y esta en 60 kilómetros por Peary en 1906. Sin embargo ellos, de golpe, habían rebasado la marca de máximo acercamiento al Sur de Scott en casi 700 kilómetros y la del Norte de Peary en casi 150 kilómetros. Sin lugar a dudas, era todo un éxito.

Pero habían hecho algo más: habían salvado la vida, de momento. La exploración polar, así como otras muchas aventuras, está llena de personas que no quisieron renunciar a sus ansias de alcanzar su objetivo cuando creían tenerlo al alcance la mano, y el resultado fue que, si bien lo lograron, no regresaron con vida para contarlo, o al menos no todos. Nansen, cuando intentó alcanzar el Polo Norte y tuvo que retirarse, comentó: «El Polo no vale una vida». Quizá esa sea la lección más humana de la exploración: anteponer el valor de la vida, tanto la propia como la de los compañeros, a los sueños, los deseos y las ambiciones personales. Shackleton había llevado a sus hombres hasta el límite mismo, pero no lo había traspasado. Sin embargo, ahora se enfrentaba a otro desafío de igual magnitud: hacerlos regresar también con vida.

Una carrera contra la muerte

Nada más tomar las fotografías comenzó el regreso. Con la misma rapidez con que habían avanzado volvieron a su campamento e iniciaron un retorno que se les presentaba incierto. Estaban extenuados y afrontaban una larga marcha de más de 1.300

⁹⁰ Luis Amadeo de Saboya, duque de los Abruzos, había nacido en Madrid durante el breve período (noviembre 1870-febrero 1873) en que su padre, Amadeo I, fuera rey de España.

kilómetros llena de peligros, con escasez de provisiones y con el invierno en puertas. Podía parecer un panorama desolador, y objetivamente lo era, sin embargo un nuevo Shackleton volvía a estar al frente, el mismo que había surgido cuando se enfrentaron con el desafío de subir el glaciar. En él había algo más que optimismo o entusiasmo o seguridad en su buena estrella, había una energía indomable que podía con todo.

Sí, en los momentos en que las dificultades parecían insuperables y amenazaban la supervivencia, algo surgía de su interior: una fuerza irresistible que vencía todos los obstáculos. Aquel Shackleton era otro. Su ímpetu, que parecía inagotable, contagiaba a sus hombres con la seguridad de que tras él podían lograrlo, o por lo menos debían intentarlo.

Con este renovado impulso iniciaron el regreso. Afortunadamente, su preocupación por que la tormenta de los últimos días hubiera borrado sus huellas no se cumplió, todo lo contrario, la acción del viento las había fijado resaltándolas y permitiéndoles seguirlas con mayor seguridad. Cuando, agotados, acamparon por fin, sus pensamientos todavía seguían atrapados en lo que no había podido ser, y así queda reflejado en el diario de Shackleton, quien una vez más escribió: «Hemos hecho todo lo que hemos podido⁹¹».

En los días siguientes, el fuerte viento del Sur, que hasta aquel momento había sido su tortura, se convirtió en su aliado al permitirles poner una vela en el trineo, y en tan solo diez días consiguieron alcanzar la parte alta del glaciar Beardmore. En una

⁹¹ *Ibíd.*, p. 223

jornada incluso llegaron a recorrer más de 45 kilómetros, y eso pese a que las temperaturas seguían siendo inferiores a los 25 ° C bajo cero. Si antes les había costado casi un mes subir el glaciar, ahora, espoleados por el hambre, consiguieron bajarlo en una semana, sorteando grietas o cayendo en ellas y salvándose de forma casi milagrosa. Shackleton escribiría sus más angustiosas frases el último día del descenso: «Nos habíamos quedado sin comida, salvo un poco de chocolate y de té». Hambrientos y agotados ese día hicieron 25 kilómetros «sobre el peor terreno y las grietas más mortíferas que hemos encontrado hasta ahora». Fueron treinta horas de caminar sin descanso sobre un manto de nieve de casi un metro de espesor, que escondía aquellas trampas mortales; «una y otra vez» se precipitaban «en el vacío» y quedaban «colgando de los arneses» hasta que sus compañeros los sacaban. «No puedo describir la tensión física y mental de las últimas cuarenta y ocho horas⁹²», anotó Shackleton en su diario.

Completamente exhaustos consiguieron alcanzar el depósito de provisiones que habían dejado al pie del glaciar. Al día siguiente, en parte repuestos por el descanso y en parte por la comida, comenzaron la marcha por la Barrera. Después de las dificultades del glaciar, caminar por una superficie plana que no escondía desagradables sorpresas les pareció casi un paseo dominical, además disponían de comida para seis días, suficiente para alcanzar el siguiente depósito que se encontraba a unos 100 kilómetros. Todo parecía que había vuelto a la normalidad, cuando

⁹² *Ibíd.*, p. 227.

un brusco cambio del tiempo les puso de nuevo en peligro. En este caso no fue una bajada de temperatura sino todo lo contrario, esta subió hasta los cero grados y, con el calor de los rayos del sol, convirtió la nieve en una sustancia blanda y acuosa que terminó por empaparles toda la ropa, incluidos los sacos de dormir. Unas horas después, las temperaturas volvieron a bajar y en unos minutos se desencadenó una violenta tormenta de nieve. El resultado fue la inmediata congelación de las ropas y, por supuesto, también de sus sacos. Tuvieron que pasar la noche con el cuerpo en contacto permanente con aquella masa helada que no les dejaba dormir.

Por si esto fuera poco, algo debió de pasarle a la carne de caballo que habían almacenado en aquel depósito de la Barrera y se vieron afectados por un ataque de disentería que, además de lo desagradable de las circunstancias, les debilitó rápidamente. De todos, Wild era el que se encontraba en peores condiciones, hasta el punto de que una mañana Shackleton, sin que nadie lo advirtiera, le dio su galleta del desayuno. Esa noche Wild, todavía emocionado, escribiría en su diario: «Supongo que nadie en el mundo será capaz de comprender el acto de amistad y generosidad que significa. A Dios pongo por testigo de que nunca lo olvidaré. Ni miles de libras valen lo que esta galleta⁹³».

A ciegas por aquel desierto blanco

Durante días y días avanzaron penosamente sobre la superficie de la Barrera, que se les hacía más interminable que nunca. La

⁹³ *Ibíd.*, p. 257.

disentería, el hambre, el cansancio, el frío, el calor... todo parecía conspirar contra ellos, sus cuerpos maltrechos no podían más, cualquier cosa era un esfuerzo sobrehumano. Incluso algunos días las anotaciones de Shackleton en su diario no superaban un par de lacónicas líneas: «7 de febrero: Sopló una fuerte tormenta. Caminamos hasta las 6 p. m. Adams y Marshall vuelven a tener disentería. Muertos de cansancio. Escasos de comida⁹⁴». Las temperaturas siguieron fluctuando, subiendo hasta casi los cero grados y ablandando la nieve, con lo que eso conllevaba, para volver a desplomarse después hasta los 30° C bajo cero y congelarles cara, pies y manos. Las jornadas eran agotadoras y dependiendo de las circunstancias avanzaban más de 30 kilómetros o tan solo ocho, o incluso se veían obligados a no moverse.

Según pasaban los días su estado físico se deterioraba hasta límites difíciles de imaginar. Al llegar la noche tenían que ayudarse con las dos manos para poder introducir una a una sus piernas en la tienda o en el interior del saco de dormir. De tanto caminar tenían las botas destrozadas y les provocaban tantas heridas en los talones que algunos días al final de la marcha «los calcetines estaban cubiertos de sangre⁹⁵». Sus manos, entre las congelaciones, las magulladuras y los cortes, estaban en tan penosas condiciones que les sangraban cada vez que tenían que hacer cualquier cosa. Atar las cuerdas para fijar la vela al trineo se convertía en una agonía, tal y como describió Shackleton en sus notas: «La sangre que manaba

⁹⁴Ibíd., p. 229.

⁹⁵ Ibíd., p. 245.

de nuestros dedos se congelaba inmediatamente⁹⁶». Muchas noches, cuando se metían en las tiendas, si el día había sido muy frío, tenían que pasarse más de media hora tratando de reactivar las partes congeladas de su cuerpo, sobre todo los dedos, tanto de pies como de manos, dándoles palmadas, masajes y frotándolos con nieve.

Dado que al comenzar el regreso, todavía en la meseta polar, habían perdido el cuentakilómetros del trineo, el resto de la marcha tuvieron que estimar las distancias recorridas por pura intuición, lo que hacía que aumentase la tensión y la preocupación cada vez que se acercaban a un depósito de provisiones, pues en caso de no encontrarlo no dispondrían de reservas, ni de comida, ni de combustible para alcanzar el siguiente. Afortunadamente, durante las casi cuatro semanas que caminaron extenuados y famélicos, a marchas forzadas por la Barrera, siempre consiguieron ir alcanzando el siguiente depósito de provisiones. Aunque, eso sí, casi siempre en el último momento, cuando las reservas de comida se les habían agotado y a punto estaban de caer desfallecidos por el hambre y el agotamiento. Shackleton llegó escribir en su diario: «Nuestra comida nos esperaba por delante, mientras sentíamos el aliento de la muerte en la nuca⁹⁷».

Los depósitos que iban alcanzando, y que habían preparado durante su avance hacia el Polo, no disponían más que de la cantidad mínima indispensable de suministros para llegar hasta el siguiente.

⁹⁶ *Ibíd.*, p. 245

⁹⁷ *Ibíd.*, p. 232

Tan solo el depósito del Risco⁹⁸, que sus compañeros habían preparado mientras ellos realizaban su marcha al Polo, contenía una gran cantidad de provisiones y, por lo tanto, durante semanas sus pensamientos y conversaciones giraron en torno a la comida que les aguardaba en aquel lugar. El 23 de febrero, según sus cálculos, tenían que encontrarse muy cerca de él, pero su situación era desesperada: no les quedaba más comida que unas pocas galletas. Shackleton reflejó su desesperación en su diario cuando dijo: «Si no llegamos al depósito no habrá la más mínima esperanza para nosotros⁹⁹».

Un problema tras otro

Felizmente, al día siguiente mientras hacían un pequeño alto para descansar, Wild distinguió el depósito en la distancia y, aunque les costaría varias horas llegar hasta él, supieron que estaban salvados. Después de las penurias pasadas, la comida más variada y apetitosa se ofrecía ante ellos: todo era abundancia. Sin embargo Shackleton, recordando la indigestión que habían sufrido Scott y Wilson hacía seis años en similares circunstancias, les aconsejó comer con moderación. Les fue difícil resistirse a la tentación, pero lo lograron y el problema no se repitió, e incluso la disentería pareció remitir.

⁹⁸ Recibía ese nombre porque estaba bajo un risco de considerable tamaño. Uno de los pocos accidentes geográficos que podían distinguirse en la distancia.

⁹⁹ *Ibíd.*, p. 234.

No obstante, apenas pudieron detenerse a saborear plácidamente los manjares. Si hasta ese momento su obsesión había sido la comida, a partir de aquel instante lo sería el tiempo.

Para evitar el peligro de que el barco quedase atrapado por los hielos, Shackleton había dado instrucciones precisas de que zarpase el 1 de marzo con o sin ellos. Es decir, les quedaban poco más de cuatro días para recorrer los 200 kilómetros que les separaban de su base. No es que temieran ser abandonados a su suerte, dado que el Jefe también había previsto que, si llegada esa fecha el *Nimrod* tenía que partir, un pequeño grupo se quedaría a esperarles. Aunque, como es de suponer, tener que permanecer otro invierno más en la Antártida no era un panorama demasiado alentador para los cuatro agotados exploradores. Amén del elevado coste económico que significaría tener que montar una nueva expedición para recogerles el año siguiente.

Por lo tanto, los días siguientes se convirtieron en una loca carrera por tratar de llegar a la cita con el barco. Y aunque la comida les había proporcionado una redoblada energía para tirar del trineo, una tormenta les volvió a detener y, para colmo de males, los problemas de salud de Marshall, que desde hacía días les tenían preocupados, se agravaron. Cuando la tempestad pasó, en un esfuerzo desesperado por tratar de compensar el tiempo que habían perdido, comenzaron a caminar sin más interrupciones que las mínimas para comer algo. Durante las siguientes veinticuatro horas avanzaron sin parar hasta que, agotados, tuvieron que detenerse para dormir escasamente un par de horas; luego retomaron la

marcha. Pero no era posible mantener por mucho tiempo aquel ritmo infernal y doce horas después el estado físico de Marshall les impidió continuar.

Acorralados

Todavía se encontraban a 50 kilómetros de su salvación cuando Shackleton, pese a estar agotado por el esfuerzo del último día y medio y la falta de sueño, decidió dejar a Marshall al cuidado de Adams e iniciar con Wild una marcha desesperada sin más equipo que sus sacos de dormir y algo de comida. Tenían que alcanzar la vieja base del *Discovery* antes de que el barco se hubiese ido y regresar a por sus compañeros con una partida de rescate.

Cuando llevaban varias horas caminando descubrieron que, por error, no habían cogido casi comida. Como no tenía sentido regresar, aceptaron la situación estoicamente e incluso bromearon diciéndose que, si durante toda la marcha al Polo habían pasado hambre, parecía que su destino tenía que ser seguir sufriendo su punzada hasta el final. Después de caminar casi veinte horas alcanzaron un lugar desde donde podían ver en la distancia la base del *Discovery* en Punta Hut. Con la ayuda de un espejo hicieron señales para advertir a sus compañeros de su presencia, pero nadie les contestó y tuvieron que seguir adelante cada vez más apurados. Por un momento les pareció que una partida de apoyo iba en su busca, pero según se acercaban descubrieron con profunda desilusión que el equipo de rescate era en realidad un grupo de pingüinos que caminaban indiferentes sobre el hielo.

En este punto, Shackleton decidió abandonarlo todo y, dejando el trineo con los sacos de dormir, se lanzaron en una desesperada carrera hacia Punta Hut, donde al menos esperaban encontrar comida y refugio. Después de otras diez horas de marcha, es decir, casi treinta desde que habían dejado en la tienda a sus compañeros, llegaron a la vieja base a las ocho de la tarde del 28 de febrero de 1909, unas horas antes de que se cumpliese el plazo. Lo habían logrado, habían cumplido su parte del trato, pero su desilusión fue mayúscula: la base del *Discovery* estaba desierta y además estaban acorralados. En cierta manera, ya imaginaban que allí no había nadie, puesto que no les habían contestado a las señales luminosas, pero es que además no había forma de continuar hasta su base, que se encontraba a tan solo 40 kilómetros, porque el mar helado que unía ambos puntos se había descongelado, bloqueándoles el paso. Su viaje había terminado.

Estaban atrapados, y los dos compañeros que habían dejado atrás se encontraban en una situación crítica porque no recibirían ayuda de nadie. Por si esto fuera poco, en el interior del edificio encontraron una carta que les informaba de que habían recogido sin novedad al grupo que había alcanzado el Polo Magnético, lo que eran excelentes noticias, pero también de que el barco volvería el 26 de febrero. Habían pasado dos días de esa fecha y no había ni rastro del buque. Shackleton, comprendiendo la gravedad de la situación, anotó en su diario: «Si el *Nimrod* se ha ido, la cosa se pone fea¹⁰⁰».

¹⁰⁰ *Ibíd.*, p. 236.

Desesperados, trataron de prender fuego a una vieja casamata de madera para que, en caso de que el barco se encontrase todavía en las proximidades, pudiera ver el humo, pero no consiguieron hacerla arder. También trataron de izar una bandera, pero tenían los dedos tan congelados que, pese a todos sus intentos, no fueron capaces de anudar la cuerda. Finalmente, frustrados y agotados, pasaron la noche dentro de la cabaña sin más abrigo que las ropas que llevaban puestas. Con la primera luz de la mañana, y pese a no haber dormido en toda la noche por el frío, fueron capaces de izar la bandera y, por fin, de quemar la casamata.

Una tenue columna de humo se elevó sobre el despejado cielo llamando la atención del *Nimrod*, que se encontraba a poca distancia aunque oculto por la lengua de un glaciar. En el barco ya habían preparado una partida de rescate que debía salir precisamente ese mismo día en busca de Shackleton y sus hombres, a los que ya casi daban por perdidos, pues partieron con comida para tres meses y ya llevaban fuera cuatro, en una región desconocida, peligrosa y que no ofrecía el más mínimo recurso para alimentarse.

El encuentro a bordo del *Nimrod* no pudo ser más emotivo. Para todos era evidente que habían regresado de las fauces de la muerte, estaban delgados y extenuados, sus ropas eran harapos grasientos y destrozados, los pelos sucios y enmarañados, las barbas crecidas y desaliñadas, y a este desolador aspecto se sumaban unos ojos hundidos por el cansancio y la falta de sueño que añadían un tono dramático a sus rostros cadavéricos. Necesitaban un relajante baño

de agua caliente y descansar unas horas en una cama blanda y con ropa limpia para poder recuperarse, pero Shackleton tenía claro que lo primero eran los compañeros que había dejado atrás y, pese al esfuerzo que había realizado en los últimos tres días en los que había recorrido casi 100 kilómetros, sin apenas dormir y tirando de un trineo, insistió en que era su obligación como jefe volver a por sus hombres.



Aspecto de los integrantes de la expedición al Polo nada más regresar al Nimrod. En sus caras se aprecian los estragos de cuatro meses de lucha titánica contra los elementos. De izquierda a derecha Wild, Shackleton, Marshall y Adams.

Tres horas más tarde, el tenaz irlandés se puso al frente del equipo de rescate que salió a recoger a Marshall y Adams. Varios días

después todos estaban a bordo del barco. Habían recorrido más de 2.700 kilómetros en cuatro meses y, aunque no habían alcanzado el Polo, habían abierto el camino que pronto otros seguirían para conquistarlo. Y, sobre todo, había nacido una leyenda: la del indomable Shackleton.

Capítulo V

Triunfo y decepción

Contenido:

- §. El regreso a la civilización*
- §. Tiempos de gloria y de mezquindades*
- §. Aclamado por todos*
- §. Regreso a la dura realidad*
- §. Cantos de sirena antártica*

§. El regreso a la civilización

No lo había logrado, Shackleton se había quedado muy cerca, pero el Polo seguía invicto y dos años de sueños, ambiciones y anhelos se habían esfumado. Estos habían sido el motor que le había movido en todo aquel largo período para seguir adelante con sus planes. Durante los duros meses de preparación de la expedición, nuestro irlandés, pese a que miles de asuntos se agolpaban en su mente, siempre fue capaz de encontrar unos minutos para soñar con el momento en que regresaría victorioso. También en las largas horas de la noche invernal, cuando el tiempo parecía haberse detenido, sus ensoñaciones volvieron a girar una y otra vez en torno al regreso triunfal; del mismo modo que en los monótonos días caminando sobre la Barrera, mientras sentía que el lento avance de los caballos sobre la llanura sin fin contagiaba a su alma, esos momentos de gloria que ya se le hacían próximos fueron la inspiración para vencer la apatía. En las extenuantes semanas que duró la subida

del glaciar, cuando el dolor de sus músculos parecía insoportable, también la recompensa del éxito le animó a seguir un poco más; y por último durante las agotadoras marchas sobre la meseta polar, con el hambre retorciendo sus entrañas y aquel viento helado penetrándole hasta los huesos, su única esperanza era, todavía, la gloria del instante en que volviera orgulloso de su hazaña: haber alcanzado el Polo Sur, el fin del mundo.

Sin embargo no lo había logrado y el regreso por aquel desierto helado había sido bien distinto. El pertinaz explorador ya no perseguía los laureles del éxito sino algo más concreto y real: sacar vivos a sus hombres de aquel infierno helado en que les había metido. El hambre, el frío, el cansancio parecían redoblar sus embestidas mientras sus sueños de gloria menguaban hasta casi desaparecer, si es que sus pobres quimeras no habían quedado atrás, a tan solo 97 millas de su objetivo. Su prioridad había pasado de hacer que su nombre se inscribiese en el libro de los grandes exploradores de la historia, al más concreto de alcanzar el próximo depósito, luego el siguiente y así uno tras otro, hasta llegar al barco. Cuando logró alcanzar el *Nimrod* con todos sus hombres vivos parecía justo que hubiera llegado el momento de dar un bien merecido descanso a su cuerpo, pero no fue así. Lo avanzado de la estación, la gran cantidad de bloques de hielo en el mar y la baja temperatura del agua hacían presagiar lo peor. En cualquier momento aquella superficie líquida podía solidificarse, encerrando hombres y barco en un abrazo que les obligaría a pasar otro invierno, o, aún peor, aplastar la estructura del *Nimrod*, con unas

consecuencias que era mejor no imaginar. Por eso, una vez más Shackleton tuvo que enfrentarse a un aluvión de decisiones que debían tomarse de inmediato y que, durante un tiempo, siguieron manteniendo su mente alejada de unas preguntas que poco a poco comenzaban a abrirse camino en su corazón: cuáles habían sido los resultados de la expedición y cómo los recibirían sus compatriotas.

Otra vez los miedos

Como no le sobraba tiempo, comenzó a desalojar enseguida la base, e incluso se vio en la obligación de ordenar zarpar sin terminar de recoger todo el material y abandonando allí un buen número de muestras geológicas. Pero no había otra manera, el tiempo apremiaba y la seguridad del barco y sus hombres era lo primero. Finalmente el *Nimrod* zarpó. A partir de aquel momento la responsabilidad de llevarles de regreso a la civilización sanos y salvos ya no era suya sino del nuevo capitán y, por fin en muchos meses, Shackleton pudo relajarse.

A medida que el *Nimrod* se alejaba de la costa volvió a revivir lo que sintió seis años atrás y no pudo evitar compararlo con su situación actual. En esta ocasión nadie le estaba echando de la Antártida, como lo hiciera Scott aquella vez alegando que su constitución física no era la adecuada para un explorador polar. Había demostrado, y con creces, no solo que estaba preparado físicamente, sino que además había sido capaz de llevar a cabo una gran expedición y por muy poco no había logrado su objetivo.

En esa calma interior que siempre le proporcionaba navegar, las preguntas que pugnaban por ocupar su pensamiento afloraron y poco a poco comenzó a repasar los logros obtenidos. Los científicos estaban orgullosos de lo conseguido en geología, biología, meteorología y glaciología. No obstante, a él esos resultados no le impresionaban. No entendía gran cosa de ciencia ni le interesaba demasiado, pero sí sabía cómo pensaba la gente de la calle y estaba seguro de que los datos científicos no les iban a deslumbrar lo más mínimo. Sin embargo, llegar al Polo Sur Magnético sí había sido un gran logro y además indiscutible. David, Mawson y Mackay habían recorrido en cuatro meses 2000 kilómetros por un territorio inexplorado hasta conseguir, por primera vez en la historia, localizarlo. Ese sí era un gran resultado.

No podía decir lo mismo del Polo Sur Geográfico, «su Polo» y el objetivo principal de la expedición. Se les había resistido; poco había faltado pero no lo habían logrado. Si cerraba los ojos podía recordar las felicitaciones, no exentas de admiración, de sus hombres a su regreso al barco. Incluso los sinceros elogios del imperturbable y carismático profesor David. Todos en el *Nimrod* estaban orgullosos de lo que habían hecho, pero Shackleton no estaba seguro de la reacción que estas noticias provocarían en su país.

Al igual que le había pasado hacía seis años cuando Scott le ordenó volver humillado, también en esta ocasión le preocupaba, y mucho, el regreso a la civilización. También, del mismo modo que aquella vez, trataría de aparentar ante sus hombres lo contrario, pero su comportamiento delataba su inquietud. Nuestro siempre decidido

explorador actuaba como si quisiese retrasar el momento de enfrentarse con la realidad, o como si considerase insuficientes sus logros y, con el fin de acrecentarlos, en lugar de dirigirse directamente a Nueva Zelanda, donde desde hacía semanas esperaban su retorno, decidió explorar la costa norte de la Tierra de la Reina Victoria y tratar de alcanzar la Tierra de Adelaida, descubierta por el francés Dûmond d'Urville hacía más de sesenta años y que, desde entonces, no había vuelto a ser visitada. Una decisión que no deja de sorprender si se considera que el invierno estaba próximo y que, pocos días antes, habían corrido el peligro de quedarse atrapados por el hielo. La exploración no duró mucho más que unas cuantas horas. Una masa compacta de hielos les cerró el paso y Shackleton, aunque renuente, no tuvo más remedio que abandonar el proyecto al ver que también las aguas comenzaban a congelarse a su alrededor.

No había más remedio que poner rumbo al Norte, hacia Nueva Zelanda, donde estimaban llegar en dos semanas de tranquila travesía. Un período que a los cuatro expedicionarios de la marcha al Polo les permitiría descansar física y psíquicamente de la tensión y el cansancio de su largo viaje, así como ganar unos cuantos kilos de peso, que buena falta les hacía.

El cazador llegó a Roma

Día a día se aproximaban a Nueva Zelanda. En su camarote, Shackleton preparaba el texto del mensaje que debía enviar al *Daily Mail*, el periódico que había pagado por la exclusiva. Consciente de

los problemas que había tenido Amundsen cuando comunicó que había logrado atravesar por vez primera el paso del Noroeste¹⁰¹, ni él ni los responsables de la publicación quisieron correr riesgos. Así, para alejarse de la mirada de curiosos, y en particular de los corresponsales de los otros periódicos, el destino del barco fue la solitaria bahía de la Media Luna, en una pequeña isla del sur de Nueva Zelanda. Hasta allí el gobierno neozelandés había destacado a un experto telegrafista para que retransmitiese el mensaje. En Londres las precauciones eran similares. Días antes el hermano de Emily, que se estaba encargando de poner algo de orden en las desastrosas finanzas de la expedición, recibió del periódico una carta con las claves que pronto utilizarían para comunicarse entre ellos.

La noche del 22 de marzo de 1909 el *Nimrod* ancló en medio de la bahía. A primera hora de la mañana siguiente, un bote a remos llevó a Shackleton, que por primera vez en su vida quería pasar desapercibido, a la minúscula localidad; una vez desembarcado, el bote regresó al barco, era necesario mantener la discreción más absoluta. Poco después el irlandés envió un telegrama codificado al periódico para que se preparasen; posteriormente enviaría lo acordado: 2.500 palabras que resumían un año de esfuerzos, penalidades y logros. En Londres, el hermano de Emily fue informado de inmediato y a su vez despachó a esta un telegrama: «el

¹⁰¹ En el largo camino que realizó el telegrama desde Alaska hasta Europa, su contenido se filtró a la prensa y, antes de que llegase a su destino, los periódicos publicaron la noticia. Esto hizo que la agencia de noticias a la que iba destinado el telegrama se negara a pagar la exclusiva, que era una parte sustancial del presupuesto de toda la expedición.

cazador llegó a roma *stop* todos bien¹⁰²». No había que decir nada más, el «cazador» era el *Nimrod* y «Roma» significaba Nueva Zelanda. Poco después el bote regresó a la pequeña localidad para recoger a Shackleton, que discretamente había hecho acopio de los periódicos locales para que sus hombres pudieran ponerse al día de lo ocurrido durante su ausencia, y llevarle de vuelta al barco. Toda prudencia era poca. Según avanzaba la mañana, al ver un barco anclado en mitad de la bahía, comerciantes y curiosos se acercaron en barquichuelas hasta el *Nimrod* para vender sus productos o con la simple intención de visitar el barco. Sin embargo, las órdenes eran estrictas: no se podía decir nada y, por supuesto, nadie podía subir a bordo.

Mientras en la sede del *Daily Mail* se trabajaba a contrarreloj para tener preparada una edición especial para el día siguiente, en el *Nimrod* las horas pasaban con una lentitud exasperante. Shackleton seguía tratando de aparentar la tranquilidad y el optimismo de siempre, pero en su interior sentía una angustia con la que no estaba acostumbrado a convivir. Él era un hombre de acción que odiaba la pasividad, pero en esas circunstancias nada podía hacer salvo esperar las reacciones a la noticia que ya pronto se haría pública.

Algo grande

¹⁰² El mensaje original decía «cable from k hunter *stop* reached rome *stop* all well». Donde hay un juego de palabras entre el apellido hunter (cazador) y el nombre Nimrod, que en la Biblia es sinónimo de cazador. La palabra rome era el código para Nueva Zelanda.

Dos días después, el *Nimrod* se acercaba lentamente al puerto de Lyttelton. Puede que muchos a bordo recordasen con melancolía la apoteósica despedida que les habían tributado las gentes de aquella ciudad cuando partieron hacia la Antártida; esos habían sido sus minutos de gloria y era de esperar que nunca más en sus vidas volviesen a sentirse protagonistas de algo parecido. A Shackleton es muy posible que también le recordase la pesadumbre con que seis años antes había llegado en el *Morning*, enfermo en el cuerpo y humillado en el alma. Con total seguridad nadie a bordo, incluyendo a nuestro curtido explorador, podía imaginar lo que les esperaba. Para sorpresa de todos, una multitud más numerosa que en su partida abarrotaba los muelles, el puerto estaba repleto de navíos engalanados con banderas que atronaban el aire con sus sirenas, los cañones disparaban salvas en su honor, algunas barcas repletas de personas se aproximaban para tener el privilegio de ser los primeros en darles la bienvenida, una banda de música trataba de hacerse escuchar por encima de las voces de una muchedumbre que gritaba orgullosa su entusiasmo y su admiración por los nuevos héroes del Imperio y del mundo. Aquel muchachito que se embarcó en el Houghton Tower y que quería hacer «algo grande», por fin —a la edad de treinta y cinco años— lo había conseguido.

En menos de veinticuatro horas las noticias del *Daily Mail* habían dado la vuelta al mundo, levantando oleadas de fervor patriótico en todo el Imperio y provocando admiración en el resto de los países. Los periódicos proclamaban en todos los idiomas la gran gesta de los exploradores, y la figura de Shackleton —un desconocido el día

anterior— era catapultada a la fama. En consecuencia, los telegramas de felicitación llegaban de todos los rincones del planeta. Entre ellos no faltaron los de los más grandes exploradores. «El logro de Shackleton —decía el telegrama que Amundsen envió al presidente de la Royal Geographical Society— ha dado a la nación inglesa un triunfo en la exploración antártica que no puede superarse. Nansen es al Norte, lo que Shackleton al Sur¹⁰³». Viniendo de un noruego, la comparación no podía ser más elogiosa. Precisamente Nansen, en un tono más personal, escribiría a Emily pidiéndole que transmitiese a su marido su «más entusiasta felicitación... Su extraordinario triunfo y sus importantes descubrimientos, junto con la forma en que ha sabido guiar a sus hombres entre los peligros, hablan por él... Es un gran hombre¹⁰⁴». Puede que estas cuatro últimas palabras fuesen las que más llenasen de orgullo a Emily, ya que eran las que siempre había querido escuchar sobre su esposo.

Al día siguiente de su llegada a Lyttelton, muy a tono con la época, se celebró un multitudinario oficio de acción de gracias en la catedral, donde se leyó el telegrama que había enviado el rey Eduardo VII felicitando efusivamente a Shackleton y a sus compañeros por los magníficos resultados obtenidos. El Imperio entero estaba a sus pies, todos querían conocerle, estrechar su mano y escuchar en sus propias palabras el relato de la epopeya. Era con lo que había soñado desde siempre, por fin había hecho «algo grande», pero la realidad que le rodeaba incluso superaba con

¹⁰³ Amundsen, Telegrama al Pte. RGS, 25-III-1909.

¹⁰⁴ Nansen, carta a Emily, 8-IV-1909.

creces sus más delirantes fantasías. Nunca hubiera podido imaginar que sus quimeras se materializarían y que su persona iba a despertar tanto fervor. Pero nuestro hombre no era de los que se dejaban sorprender, y enseguida asumió su nuevo papel como si hubiera nacido para ello.

En primer lugar, realizó una visita al primer ministro neozelandés para agradecerle su apoyo personal y la recepción que la nación les estaba tributando. A continuación mandó revelar todo su material gráfico para poder apoyar sus presentaciones y después organizó un ciclo de conferencias por Nueva Zelanda y Australia. Como si sus éxitos no fueran suficientes, ordenó al *Nimrod* que, en lugar de regresar directamente a Gran Bretaña, llevara a cabo un viaje de reconocimiento alrededor de la Antártida. Por último, comunicó a Londres que no volvería hasta junio; la metrópoli podía esperar, antes quería mostrar su reconocimiento a esas dos naciones que con tanta generosidad le ayudaron en los momentos difíciles. Durante tres semanas el explorador permaneció en Nueva Zelanda supervisando las reparaciones del barco y atendiendo a diversos compromisos. El día anterior a zarpar para Australia pronunció una conferencia ante 3.000 personas, a las que encandiló con su naturalidad, su facilidad de palabra y la pasión que dejaba traslucir en cada uno de sus gestos. El público reaccionó con tal entusiasmo que Shackleton, emocionado y sin pensarlo dos veces, donó las 300 libras que había recaudado —pese a que las cuentas de la expedición seguían en números rojos— para obras de caridad.

Horas después asistió a una cena ofrecida en su honor por el primer ministro.

En Australia la acogida no fue tan efusiva. El profesor David y Mawson habían llegado tres semanas antes y, dado que ambos eran australianos, habían acaparado el fervor de sus compatriotas, que se sentían orgullosos de que hubiesen sido autores de uno de los momentos estelares de la historia de la exploración: alcanzar el Polo Sur Magnético. En cualquier caso, Shackleton obtuvo los más altos honores y pronunció conferencias en las principales ciudades, donde, como en todas partes, recibió la recompensa de un público entregado. Una vez más él respondió con espontaneidad, donando lo que había ganado a diversos hospitales.

De regreso a casa

Había llegado el momento de volver a Inglaterra. En el barco, junto a Shackleton y varios de sus compañeros, viajaba también Edward Saunders, un joven periodista del *Lyttelton Times* que le ayudaría a escribir el libro sobre la expedición. El editor, con quien ya había apalabrado el libro antes de salir de Londres, quería que saliese al mercado cuanto antes para así aprovechar la inmensa publicidad que estaba generado su regreso. El desafío era grande y Shackleton, consciente de que la escritura no era precisamente su fuerte —en una carta llegó a decir a Emily que «sabía hablar mucho mejor que escribir¹⁰⁵»—, había contratado los servicios de este «escribano» que le había sido recomendado por el mismísimo primer ministro de

¹⁰⁵ Huntford, *Shackleton*, p. 317.

Nueva Zelanda. A partir de entonces, durante varios meses, Saunders se convirtió en la sombra que le acompañaba a todas partes y que aprovecharía la menor oportunidad para tomar notas de su relato, incluidas las varias semanas que les llevaría la navegación hasta Inglaterra.

Al pasar el canal de Suez cambiaron de barco, con la agradable sorpresa de que el capitán era Armitage —un viejo compañero de la expedición del *Discovery*—, que posteriormente escribiría que le había encontrado muy cambiado y que «ya no era el soñador de siempre¹⁰⁶». Días después llegaron al puerto italiano de Brindisi, donde los viajeros, en lugar de seguir el lento recorrido en el barco alrededor de la península Ibérica, tenían la opción de tomar un tren que, atravesando Francia, les llevase a Calais para cruzar el estrecho y en pocas horas alcanzar el puerto británico de Dover. Shackleton, como es de suponer, optó por este itinerario mucho más rápido, pero no pudo iniciar el viaje con la rapidez deseada porque en la ciudad italiana le estaba esperando su editor para discutir los plazos de entrega del libro. También le aguardaba una delegación de la Real Sociedad Geográfica Italiana, la cual le informó de que le habían concedido la medalla de oro de la institución. Fue el primer reconocimiento del viejo continente a su labor.

Por fin pudo coger el tren camino a su país, donde sus compatriotas le esperaban alborozados, pero antes de llegar a Londres se tomó un respiro en Dover. Allí le aguardaba Emily, justo en el mismo lugar

¹⁰⁶ Shackleton, *The Heart of the Antarctic*, p. 286.

donde se despidió de ella al comenzar la expedición. El Imperio tendría que esperar un fin de semana más. Era lo menos que podía hacer por su mujer, a la que había escrito desde Sídney diciéndole: «Nunca jamás, amada mía, volveremos a separarnos¹⁰⁷». Sin embargo, y aunque fuese sincero cuando escribió aquellas palabras, el canto de sirenas de la exploración volvería a resonar en sus oídos, si es que alguna vez había dejado de escucharlo.

Al menos tenían por delante todo un fin de semana para ellos, y podrían manifestarse todo el amor que se habían expresado una y otra vez en las numerosas cartas que se habían escrito. Habían pasado casi dos años desde que se despidieran, un largo período de dificultades, peligros y fatigas para él, y de miedos, incertidumbres y preocupaciones para ella. Shackleton habían tenido la recompensa de la aventura, y ahora del triunfo, Emily tan solo la soledad y la separación, y en aquel momento el inmenso placer de verle feliz y respetado. «Pensé que preferirías un burro vivo a un león muerto¹⁰⁸», le dijo Shackleton para justificarse por haber regresado sin el deseado triunfo del Polo. No sabemos cuál fue la contestación de Emily, pero sí sabemos el orgullo que sentía por el triunfo de su marido y la felicidad que la embargaba por volver a tenerle a su lado. Aunque por poco tiempo, algo más de cuarenta y ocho horas, porque el lunes estaba prevista su llegada a Londres. Durante dos años la Antártida le había robado a su marido, y ahora que él había vuelto, ella sabía que, pese a sus promesas de no dejarla nunca más, volvería a perderlo a la primera oportunidad que tuviera de

¹⁰⁷ Shackleton, carta a Emily, 25-IV-1909.

¹⁰⁸ Mill, *The Life of Sir Ernest Shackleton*, p. 159.

organizar otra expedición. Lo que Emily no podía ni imaginarse era que tan solo dos días después a su marido le atraparía la voracidad de la sociedad británica, que podía ser más celosa con su presa que la propia Antártida.

Un recibimiento digno de un rey

El lunes 14 de junio de 1909, a las cinco de la tarde, la estación de Charing Cross tuvo que cerrar las puertas a una multitud deseosa de recibir a Shackleton. Los andenes estaban repletos. En primera fila se encontraba su familia, sus amigos y la plana mayor de la Royal Geographical Society, incluyendo a Scott, que en un principio se había negado a contribuir con su presencia a la gloria de su antiguo subordinado. Una actitud pueril por su parte, porque en aquel momento ni el propio Scott ni nadie de la RGS podía añadir o quitar un ápice de la gloria que el pueblo ya le había concedido al conocer su gesta en la Antártida.

Dicen que un clamor ensordecedor se elevó en la calle repleta de gente cuando, en un carruaje descubierto, Shackleton y Emily abandonaron la estación. Las autoridades no habían previsto tal gentío y no establecieron un pasillo por donde poder avanzar, por lo que una masa enfervorecida rodeó el coche de caballos vitoreándoles y aclamándoles durante todo el recorrido por las principales calles de Londres¹⁰⁹.

¹⁰⁹ Incluso se afirma que al llegar al barrio donde vivía Shackleton, los hombres desengancharon los caballos y continuaron el trayecto tirando ellos mismos del carruaje. En realidad, parece más una leyenda, porque en la prensa de esos días no se encuentra ninguna referencia al hecho.

Puede que no nos resulte sencillo comprender los motivos por los que la sociedad británica, el mundo anglosajón y todas las naciones respondieron con tales muestras de exaltación y júbilo ante los resultados conseguidos por Shackleton. En la época actual vivimos tan saturados de noticias e informaciones de todo tipo que nos parece imposible imaginar un acontecimiento de efectos similares. Incluso los grandes logros de las selecciones nacionales de fútbol congregan en la calle una proporción muy inferior de personas de las que se reunieron para celebrar el regreso de Nansen, de Amundsen o de Shackleton. En un mundo sin radio¹¹⁰, acercarse al lugar donde se desarrollaba el acontecimiento era la única forma de poder informarse sin tener que esperar a la lectura del periódico al día siguiente.

Por otra parte, la exploración siempre ha despertado la curiosidad innata del ser humano por conocer nuevos lugares. Desde el comienzo de la humanidad, el regreso de los expedicionarios siempre fue celebrado por las novedades que aportaba, bien en forma de objetos raros, trajes pintorescos, animales exóticos o simples recuerdos. Además, en la segunda mitad del siglo XIX, casi coincidiendo con la eclosión de la prensa, se había disparado el interés del público por la exploración, y en los últimos años del XIX y comienzos del XX las aventuras polares habían captado el interés de la sociedad. En aquellos tiempos, el mundo entero había sido descubierto y solo los Polos seguían guardando celosamente sus misterios, y para desentrañarlos hacía falta coraje y decisión, pero

¹¹⁰ La primera emisión de radio regular con información no tuvo lugar en Gran Bretaña hasta 1922.

también una sorprendente capacidad para soportar privaciones. Todos ellos buenos ingredientes para hacer que el explorador polar estuviese de moda.

A todo esto hay que sumar otro tipo de motivaciones más profundas. La sociedad británica estaba cansada y desencantada de los largos años de la guerra de los Bóeres; a lo que se añadía la creciente tensión en Europa, y con ella la intranquilidad en el futuro inmediato; pero sobre todos estos aspectos, más o menos coyunturales, estaba el lento pero perceptible declive que llevaba años erosionando la fortaleza del Imperio. No era tan solo, con ser mucho, la pérdida de la supremacía económica y militar que habían tenido durante décadas, había un sentimiento de hundimiento moral de su propia civilización, la sensación generalizada de que los británicos ya no respondían al prototipo de hombres que habían sido capaces, con valentía, dignidad y sufrimiento, de levantar el imperio más grande de todos los tiempos.

En este contexto, la gesta de la expedición suponía un rayo de luz en aquella depresión moral en la que, como sociedad, se encontraban inmersos. Aquellos hombres que regresaban tras padecer terribles penalidades, habían llevado a cabo importantes trabajos científicos, habían alcanzado el Polo Sur Magnético y se habían quedado a las mismísimas puertas del mítico Polo Sur Geográfico; pero al llegar a ese punto, la energía que habían derrochado para alcanzarlo rivalizaba con el coraje de Shackleton al tomar la decisión de desistir y no poner en peligro la vida de los suyos. ¿Qué más se necesitaba para levantar oleadas de fervor

patrio y que todos los estratos sociales aclamasen a Shackleton como héroe imperial?

Pero hubo algo que todavía enardeció más los sentimientos del pueblo británico: la propia personalidad del irlandés. Cualquiera hubiera respondido a ese encumbramiento con orgullosa distancia o con apocada timidez, pero no fue esa su reacción. Él lo vivió con naturalidad, como si toda la vida se hubiera estado preparando para ello. No tuvo un comportamiento engolado ante las muestras de consideración, casi de idolatría de sus compatriotas, todo lo contrario, se mostró como era: próximo, amable y sencillo.

Los periódicos le convirtieron en un mito. El *Daily Telegraph*, por ejemplo, escribiría de él: «Toda la energía que emana de las varoniles líneas de su cara se iluminan por la suavidad de su mirada. Tiene la cara del luchador, pero también la mirada del poeta. Se tiene que ser a la vez luchador y poeta para hacer lo que él ha hecho¹¹¹». Y por si fuera poco, cuando hablaba de su aventura se transfiguraba, a su elocuencia natural se añadía el brillo de la pasión vivida, de aquellos difíciles momentos en los que surgió su capacidad de liderazgo.

Sin que mediara ningún tipo de planificación orquestada por el gobierno o por grupos partidistas, Shackleton se convirtió en el arquetipo del héroe británico y el mundo se rindió a sus pies. Su porte apuesto, su personalidad carismática, sus maneras sencillas, su voz fuerte y franca hicieron de él un ídolo de hombres y mujeres. Y su valor, resistencia, determinación y prudencia le elevaron a la

¹¹¹ *The Daily Telegraph*, 12-VI-1909.

categoría de leyenda. El corresponsal del *ABC* en Londres tampoco pudo resistirse a la impresión de su personalidad y destacaría en la crónica que envió a Madrid: «Shackleton es un hombre en todo el vigor de la vida, de mirada enérgica, andar firme y resuelto y fuerzas hercúleas. Escucha los cumplidos y felicitaciones sonriendo, como si no concediera una gran importancia a la empresa que acaba de llevar a cabo¹¹²».

Durante todo el verano su agenda no tuvo una hora libre. No paraba de recibir invitaciones para presidir actos, dar conferencias y participar en todo tipo de encuentros sociales, y todo eso mientras los hombres más prominentes del país se disputaban el honor de conocerle personalmente. Incluso el rey Eduardo VII, que sentía un afecto especial por Shackleton, le mandó llamar, junto con Emily, al Palacio de Buckingham para recompensar sus logros concediéndole el rango de Comendador de la Royal Victorian Order. En aquel momento su fama eclipsó a la de su antiguo jefe y todos le consideraban un explorador de una talla muy superior a la de este, posición que mantendría hasta que las noticias de la muerte de Scott llegaran a Londres. Pero eso no sería hasta febrero de 1913, es decir, que el invicto irlandés tenía todavía casi cuatro años por delante para disfrutar de su triunfo.

§. Tiempos de gloria y de mezquindades

Aunque oficialmente las relaciones entre los dos exploradores británicos eran cordiales, existía un mar de fondo soterrado que

¹¹² *ABC*, 22-VI-1909.

siempre amenazaba con salir a la luz pública. Aunque Scott estuvo presente en la estación el día de la llegada triunfal de Shackleton, lo hizo bajo la presión de la directiva de la Royal Geographical Society, que llegó a apelar a su sentido del deber para obligarle a acudir. Pocos días después, el capitán volvió a verse forzado a presidir un banquete organizado en honor de su antiguo subalterno, donde si bien destacó «el gran trabajo realizado por *Mr. Shackleton*», no pudo resistirse a recordar que él había sido su superior, y —con esa sutil ironía británica— manifestó que se sentía «muy orgulloso de haberle echado una mano en sus primeros pasos en la Antártida¹¹³», para, después de insinuar que él también estaba preparando su propia expedición, concluir su discurso agradeciendo «a *Mr. Shackleton* su gentileza al indicarnos el camino¹¹⁴».

Las relaciones con Scott empeoran

Días después siguió un amargo intercambio de cartas entre Scott, Wilson y Shackleton, en las que los dos primeros le presionaban para que no intentase montar una nueva expedición y dejase que fuese su antiguo jefe quien alcanzara el preciado objetivo, ese al que él tanto se había acercado.

Nunca sabremos si el irlandés cedió ante estas exigencias y decidió abstenerse de poner en marcha otra expedición y culminar los pocos kilómetros que le restaban para llegar al Polo, o si fueron otras las causas que le impidieron culminar su sueño. Hay indicios de que, en la Barrera, mientras volvían de su frustrado intento habló con

¹¹³ Crane, *Scott of the Antarctic*, p. 397

¹¹⁴ Huntford, *The Last Place on Earth*, p. 235.

Wild de volver a intentar poner la bandera que le había entregado la reina Alejandra, pero esta vez no a 97 millas de su destino sino en el mismo Polo Sur Geográfico. Al quedarse tan cerca de su objetivo y conocer los errores que se lo habían impedido, resulta natural que pensase en organizar una nueva expedición en la que con total seguridad alcanzaría el premio. También Armitage, su compañero del *Discovery* con quien coincidió en el barco al cruzar el Mediterráneo, llegó a decir que Shackleton «estaba lleno de nuevas ideas para otra expedición¹¹⁵». Parece lógico que lo estuviese pensando, o incluso que lo hubiese decidido, aunque pudiera ser que los múltiples compromisos que se vio obligado a atender a su regreso le tuvieran demasiado distraído para concretar un nuevo proyecto de expedición. En cualquier caso, las cartas de sus antiguos camaradas para que se retirase de la carrera tuvieron que pesar en su ánimo a la hora de tomar una decisión. En una de ellas, Wilson llegó a mencionar su obligación «de ser tan generoso con Scott como él lo ha sido antes contigo¹¹⁶». Sea como fuere, el hecho es que volvió a claudicar a sus exigencias, dejando el terreno completamente libre para que fuese Scott quien consiguiese el anhelado trofeo del Polo Sur.

Una institución demasiado elitista

La Royal Geographical Society también jugó un papel cuando menos ambiguo respecto a Shackleton. En un primer momento su presidente le felicitó efusivamente, llegando a comparar sus logros

¹¹⁵ Riffenburgh, *Nimrod*, p. 286.

¹¹⁶ Wilson, carta a Shackleton, 2-VII-1909.

en el Sur con los del más afamado explorador del Ártico, el norteamericano Robert Peary. Llegó incluso a escribirle diciendo que «había hecho mucho más en unas pocas semanas que lo que Peary había conseguido en doce años». Sin embargo, poco después, ciertas voces de la institución comenzaron a cuestionarse si era verdad que había llegado a tan escasa distancia del Polo, pidiéndole que entregase los registros de sus observaciones para que un experto independiente verificase si se habían hecho los cálculos de forma correcta. Poco después, este presentaría sus resultados reafirmando las cifras de Shackleton.

De poco sirvió una confirmación que nadie fuera de la RGS había pedido. Las intrigas y las envidias ya habían envenenado la situación y la institución comenzó a distanciarse del que era el héroe del momento, incluso negándole la medalla de Patrón, la más alta consideración que hacían cada año, y como no tuvieron más remedio que concederle la medalla de oro de la Sociedad, en la carta que dirigieron al orfebre le ordenaron que no la hiciera «tan grande como la que le preparó al capitán Scott¹¹⁷». Además de esta actuación, a todas luces mezquina, llegaron a manifestar públicamente su disgusto por el tratamiento que la prensa y el pueblo estaba dispensando a Shackleton al referirse a él como «teniente¹¹⁸». Es evidente que no lo era, pues ni era militar ni pertenecía a la Reserva Naval. Pese a no ser correcto, el tratamiento parecía una espontánea muestra de consideración y respeto de la

¹¹⁷ Riffenburgh, op. cit., p. 289.

¹¹⁸ Incluso en la prensa española el ABC destaca el 16-VI-1909 una entrevista con el «teniente Shackleton».

sociedad a su persona, más que una sugerencia urdida por el explorador, que bastante famoso era como para estar pendiente de esas naderías.

No fue este el único caso en los anales de la RGS en que no se reconocieron los méritos a exploradores de renombre. Ya había pasado antes con el explorador y periodista Henry Stanley, que encontró al Dr. Livingstone, o con el explorador anglo-noruego Carsten Borchgrevink, que había pasado el primer invierno en el continente antártico. Muchos historiadores han considerado esta actitud como propia de la endogamia de la institución, que no aceptaba con buenos ojos los logros llevados a cabo por personas que no perteneciesen a la más estricta élite, que en su opinión únicamente podían haberse formado en Oxford o en Cambridge y, por supuesto, en la Armada.

Las deudas de la expedición

Mientras Shackleton era aclamado en todas partes, los acreedores también comenzaron a dejar oír su voz. Los intentos del hermano de Emily por poner orden en las caóticas cuentas de la expedición estaban aclarando las cosas, pero no podía hacer milagros. Las respetables ayudas obtenidas en Australia y Nueva Zelanda no habían servido más que para reparar y reaprovisionar el barco allí. El libro todavía no había sido publicado, los ciclos de conferencias aún no habían comenzado y los filatélicos no mostraron gran interés en la colección de sellos antárticos. En Londres la situación era grave, las deudas ascendían a la respetable cifra de 20.000 libras y

después de dos años nadie quería esperar más para cobrar. Incluso ya había amenazas de iniciar acciones legales contra el explorador, que, fiel a su personalidad, permanecía impasible y optimista, seguro de que el dinero llegaría en cualquier momento procedente del lugar más inesperado. Como, efectivamente, así fue.

Entre las muchas invitaciones que recibió ese verano no pudo faltar la de la semana de regatas de Cowes —que se viene desarrollando de forma ininterrumpida desde 1826—, un lugar que para él tenía unos recuerdos muy especiales. En aquella ocasión conoció allí a *sir* Henry Lucy, un afamado periodista que durante años había sido corresponsal de varios periódicos en el Parlamento británico. Su sagacidad política y sus siempre acertados artículos sobre los temas parlamentarios más diversos le habían granjeado el respeto de sus lectores y de la clase política, hasta el punto de que había sido nombrado caballero. Incluso él, tan acostumbrado a tratar con los grandes hombres de la patria, quedó fascinado por el encanto personal de Shackleton y la apasionada descripción que le hizo de sus aventuras. Pero fue Emily quien en una conversación hizo partícipe a la esposa de *sir* Lucy de la crítica situación financiera de la expedición, e incluso de su preocupación ante la posibilidad de que el caso fuese llevado a los tribunales. La mujer del periodista, a su vez, se lo comentó esa misma noche a su marido, quien sin perder tiempo escribió un artículo en el que arremetía contra el contrasentido que suponía que un país rico como Gran Bretaña no fuese capaz de pagar el coste de una expedición polar y que, al final, para poder ponerla en marcha hubiera sido necesario recurrir a la

financiación privada e incluso al endeudamiento. El texto denunciaba además que el gobierno, que tan generosamente había apoyado la expedición de Scott, permaneciese indiferente ante las dificultades económicas de Shackleton, quien no había traído más que gloria al Imperio y cuyas hazañas habían alejado la incertidumbre moral que aquejaba a la sociedad.

La lógica de sus argumentos y el carisma de *sir* Lucy en el mundo de la prensa hicieron que otros periódicos londinenses publicaran artículos similares, a los que pronto siguieron otros de la misma índole en la prensa de provincias. El gobierno se sintió acorralado y, apremiado por el sentir popular, sin más dilaciones propuso al Parlamento la concesión de 20.000 libras a la expedición para hacer frente al pago de sus deudas. En total la expedición había costado 45.000 libras, la tercera parte de lo que, unos años atrás, costase la de Scott.

El regreso del Nimrod

Septiembre de 1909 estuvo lleno de significación polar. El segundo día del mes, *The New York Herald* publicó que el explorador norteamericano Frederick Cook había conquistado el Polo Norte. Tan solo tres días después sería Peary quien declararía que había sido él el primero en alcanzar ese punto geográfico que durante años le fue tan esquivo. Como cada uno consideraba una falsedad la afirmación del otro, durante las siguientes semanas la prensa estuvo llena de las diatribas de ambos para desacreditar a su

oponente¹¹⁹. Entretanto, el capitán Scott anunciaba una próxima expedición a la Antártida para conquistar el que ya era el último punto significativo del planeta que quedaba por alcanzar. Y, aunque en aquellos momentos fuera todavía secreto, Amundsen también había decidido dirigirse a la Antártida y ser el primero en llegar al Polo Sur.

Mientras todo esto ocurría en el hemisferio boreal, el *Nimrod*, siguiendo las órdenes de Shackleton, había completado un largo viaje de exploración por las altas latitudes del hemisferio sur. El objetivo de su periplo era comprobar la existencia de varios grupos de islas que habían sido avistadas¹²⁰ con anterioridad, pero de cuya existencia había serias dudas. Y tras el reconocimiento del *Nimrod*, diversos grupos de islas (Dougherty, Compañía Real, Esmeralda, e incluso —para disgusto de todos en el barco— las propias islas Nimrod) fueron borradas definitivamente de los mapas. También rectificaron la posición que las cartas náuticas del Almirantazgo daban a la isla Macquarie, situada a mitad de camino entre Nueva Zelanda y la Antártida. En esta isla, donde desembarcaron para estudiar su fauna y su flora, se encontraron con la sorpresa de que estaba habitada por un cazador irlandés de cincuenta y un años con dos perros, quien había decidido permanecer allí en la más completa soledad para cazar elefantes marinos. Pese a que le insistieron en que les acompañase, incluso asegurándole que no le

¹¹⁹ Aunque en un primer momento se aceptó la versión de Peary y se descalificó a Cook, en la actualidad también existen serias dudas sobre si el primero llegó al Polo Norte.

¹²⁰ En alta mar y a gran distancia no es sencillo diferenciar un gran iceberg de una isla, por lo que muchos avistamientos de islas que tuvieron lugar en la época de la vela, en la que las corrientes o los vientos en contra habían impedido el acercamiento, luego resultaron falsos.

costrarían nada por el viaje de regreso a Irlanda, este se negó a abandonar la isla. En España, el diario *ABC*, bajo el titular «Robinson en el Polo Sur», se hizo eco de la noticia y reproducía su declaración de que «la soledad en que vivía no le era del todo desagradable¹²¹».

La llegada del *Nimrod* a primeros de septiembre a las costas británicas tuvo lugar en un excelente momento. La encarnizada pelea entre Cook y Peary, junto al anuncio de la expedición de Scott, habían elevado aún más el interés de todas las clases sociales por la Antártida, y Shackleton no quiso dejar pasar la oportunidad de satisfacer la curiosidad popular y de que se siguiese hablando de su expedición. Por eso, del mismo modo que antes de partir había expuesto en las oficinas de la expedición el equipamiento que iban a utilizar, ahora decidió que había llegado el momento de mostrar el barco en el que habían desafiado los peligros de los mares antárticos. Pero como el puerto comercial donde había atracado el *Nimrod* estaba muy alejado de la ciudad, pensó que, para facilitar el acceso a un mayor número de personas, el barco subiera por el Támesis hasta el embarcadero de Temple Pier, en el corazón de Londres.

Su orden fue jocosamente recibida por los expertos del servicio portuario; para todos ellos era evidente que la arboladura del buque era demasiado alta para poder pasar bajo los puentes que tenía que atravesar. Sin embargo, para Shackleton la solución era muy sencilla: quitar los mástiles, llevar el barco a su destino y luego

¹²¹ *ABC*, 12-VIII-1909.

volver a ponerlos. Puede que para personas que solo sabían dirigir el tráfico de barcos en un puerto aquello fuese un disparate, pero no para él, que, de sus tiempos de aprendiz en el mar, recordaba las veces que las tempestades habían destrozado la arboladura de los veleros en los que viajaba y cómo se habían puesto manos a la obra para levantarla de nuevo.

Desde luego no podía haber imaginado una mejor puesta en escena para su exposición que el *Nimrod*, remolcado, pasando bajo los puentes londinenses, en especial por el legendario Puente de Londres¹²². El *Nimrod*, que en la Antártida, al borde de la Gran Barrera o en las proximidades de los gigantescos icebergs parecía un barco minúsculo —y realmente lo era—, ahora al pasar bajo los puentes mostraba unas dimensiones que, como su fama, se habían acrecentado hasta límites inimaginables. Cuando al fin llegó a su destino, bastó con volver a montar los mástiles y el barco estuvo listo para recibir a una población ávida por subir a bordo y ver una exposición compuesta por trineos, tiendas de campaña, ropa polar, sacos de dormir... y pingüinos y focas disecadas, pero sobre todo ilusionada por recorrer el buque tratando de captar la emoción que entre aquellas paredes sintieron los intrépidos exploradores. El éxito fue clamoroso, miles de personas visitaron el *Nimrod* en el mes que estuvo allí expuesto y se recaudó la nada despreciable cifra de 2.000 libras, las cuales, en un gesto ya habitual de Shackleton que desesperó una vez más a los encargados de sus finanzas, entregó a los hospitales londinenses. A continuación, el barco con su

¹²² Aunque en España se le conoce como Puente de Londres, en realidad es el Puente de la Torre (Tower Bridge).

exposición inició una gira por diversas ciudades de la costa para recoger dinero para obras benéficas.

Entre reyes y reinas

Mientras el Nimrod recorría la costa inglesa despertando los deseos de aventuras de los más jóvenes al tiempo que saciaba la curiosidad, no exenta de cierto morbo, del público adulto, Shackleton inició un recorrido por diversas ciudades escandinavas para recibir los galardones que las sociedades geográficas de estos países le habían otorgado. El viaje también respondía a otras motivaciones; dado que ya se estaba preparando una gira de conferencias, los organizadores pensaron que la notoriedad que se obtuviera en este recorrido sería, desde un punto de vista publicitario, una magnífica carta de presentación para sus planes.

Para nuestro explorador, que en esta ocasión viajaba acompañado por Emily, iba a suponer entrar en un mundo de ostentación como el que nunca habría imaginado. Shackleton siempre había sentido una atracción difícil de resistir por el lujo y la buena vida, en parte fruto de su carácter extrovertido y en parte adquirida durante sus años en el mar, o más bien en los cortos momentos en tierra firme cuando, en la mejor de las tradiciones marineras, se trata de compensar en unas pocas horas los largos períodos de vida dura y austera en alta mar. Y, de pronto, como si se tratara de un cuento de hadas, durante semanas él y su esposa iban a ser invitados de honor de los gobiernos, se alojarían en las *suites* más exclusivas de los mejores hoteles, las comidas y cenas en su honor iban a ser

elaboradas por los más renombrados cocineros y servidas en los mejores restaurantes. Además sus desplazamientos se realizarían en coche-cama, algo que aunque ahora no impresione gran cosa, en aquella época era comparable a lo que hoy supone disponer de un avión privado. Y, por encima de todo esto, se iban a codear con la nobleza europea, que aunque en grandiosidad no podía compararse con la británica, no dejaba de tener una larga tradición de pompa y boato en todas sus manifestaciones. En esta ocasión ya no era que le concedieran una entrevista en Palacio, sino que reyes y reinas buscarían su proximidad para escuchar de sus propios labios su increíble aventura o para que les hiciese reír con sus comentarios sobre la vida en aquellas situaciones extremas.

Su primera cita fue en Copenhague, donde asistieron más de 2000 personas a la conferencia que dio, entre ellas los reyes daneses, además de representantes de varias casas reales europeas. Al día siguiente volvería a repetirse la conferencia, esta vez para recaudar fondos para ayudar a los desfavorecidos del país. Quizá la anécdota más divertida se produjo en el acto de entrega de la medalla de oro de la Real Sociedad Geográfica Danesa, en donde no pudieron darle más que una caja vacía, dado que acababan de entregar a otro explorador la única que tenían y no habían tenido tiempo para acuñar una nueva.

Luego pasarían a Suecia, donde, tras departir largo rato con los reyes, recibió los elogios y agasajos de las celebraciones en su honor. Allí tuvo ocasión de conocer a Otto Nordenskjöld, el explorador sueco que había pasado dos inviernos en la península

Antártica, justo cuando él estaba en la expedición de Scott, aunque en lugares del continente diametralmente opuestos. En Estocolmo recibió la medalla de oro de la Sociedad Geográfica Sueca, aunque esta vez la medalla sí estaba incluida.

Entre antorchas y esquiadores

Pero si en todos los lugares sintió la deferencia de los reyes, el respeto de las clases más favorecidas de la sociedad y el afecto de las multitudes, nada fue comparable a su siguiente parada: Oslo. Aquella pequeña ciudad, provinciana si se la comparaba con Londres o con muchas de las urbes europeas, era la auténtica meca de la exploración polar. Capital de un país pobre, que apenas unos años atrás había ganado la anhelada independencia, era el único lugar del mundo donde esquiar más que un deporte era algo que se llevaba en la sangre, donde internarse por las altas montañas en el más crudo invierno era una costumbre popular, donde todos los veranos pescadores y marinos desafiaban los mares helados y donde la cultura de la exploración polar se sentía como algo propio. Para cualquier explorador que estuviese preparándose para ir a cualquiera de los dos polos, aquella pequeña ciudad era una visita obligada por dos motivos: el primero por sus tiendas, donde se podían encontrar los mejores artículos, hechos por los mejores artesanos, para sobrevivir en el frío; y el segundo porque allí vivía el legendario Fridtjof Nansen, el hombre que había revolucionado la exploración polar, creando o modificando todo el equipamiento hasta convertirlo en el mejor del mundo. Y ahora, además, allí se

encontraba Amundsen, el primero en hacer el paso del Noroeste y, para muchos, el sucesor de Nansen. Estos dos hombres serían oficialmente sus anfitriones, aunque en realidad le iban a recibir y tratar como a un hermano.

Cuando llegó a Oslo, Shackleton había pronunciado muchas conferencias sobre la Antártida, charlado en los más diversos ambientes sobre sus aventuras e incluso dado apasionados mítines políticos; había escuchado ovaciones atronadoras, discursos elogiosos y palabras emocionadas; había sentido el fervor de las multitudes, el respeto de las autoridades y el afecto de las personas. Pero el recibimiento que le hizo aquella ciudad, la ciudad de los grandes héroes polares, le llegó al corazón.

La tarde que tenía que dar la conferencia y recibir la medalla de oro de la Real Sociedad Geográfica Noruega, Amundsen en persona fue a buscarle al hotel donde estaba alojado, un acto de deferencia que, más o menos, entraba dentro de lo que se consideraba habitual en estos casos. Lo que le sorprendió fue que le invitase a salir al balcón. En la explanada de la puerta del hotel, la oscuridad de la tarde otoñal se iluminaba con las miradas de varias docenas de universitarios que reflejaban la cálida luz de las antorchas que portaban. El silencio de aquellos instantes quedó roto por la voz de Amundsen: «Desde que regresaste de tu famoso viaje has sido aclamado tanto en el hemisferio norte como en el sur... pero en ningún lugar se admira tanto tu gesta como aquí y, quizá, ningún

público esté mejor cualificado para juzgar la hazaña que has realizado que este¹²³».

Nuestro explorador contestó desde el balcón con sincera emoción: «Nunca un honor me ha provocado una impresión similar... os lo agradezco desde lo más profundo de mi corazón. Me siento abrumado con vuestra presencia¹²⁴^[94]». Luego, todavía emocionado, recorrió las calles, flanqueado por Amundsen y encabezando la marcha de antorchas hasta el auditorio. Nunca pronunciaría una conferencia en un estado de mayor exaltación y ante un público más entregado.

Esa noche durante la cena en su honor, posiblemente todavía conmovido por el recibimiento de aquella gente, cuando le llegó el momento de contestar los discursos, después de hablar un rato decidió recitar un poema de uno de sus autores predilectos, Robert Service:

Los caminos del mundo son incontables, y la mayoría deben ser recorridos.

Tú caminas tras los pasos de la mayoría, hasta llegar donde los caminos se dividen.

Uno es seguro y luminoso, y el otro es incierto y sombrío.

Aun así tu mirar sigue adelante, hacia el camino solitario porque el camino solitario es irresistible. [...]

En el gran salón todos seguían hipnotizados por la figura que, de pie, sin leer, declamaba estrofa tras estrofa mientras miraba al

¹²³ Huntford, *Shackleton*, p. 293.

¹²⁴ *Ibíd.*, p. 293.

infinito, como si en el aire estuviese escrito el poema. La cadencia de su voz modulaba cada palabra, añadiendo tal fuerza al contenido que nadie podía separar la vista de su persona. Si para todos fue un momento impactante, Amundsen lo vivió con una intensidad muy especial. «Nunca olvidaré la expresión de la cara de Amundsen mientras Ernest recitaba los versos —comentaría después Emily, que estaba sentada al lado del explorador noruego—, sus penetrantes ojos estaban fijos en él y, de repente, un destello místico los relajó, era la mirada de un hombre que presenciaba una visión¹²⁵».

Emily siempre estuvo convencida de que fue precisamente en ese instante cuando Amundsen cambió el objetivo de la expedición que estaba preparando hacia el Polo Norte para dirigirse a la conquista del Polo Sur. Aunque hay evidencias que prueban que la decisión ya la había tomado, es innegable que algo sintió y vivió el noruego en esos momentos. Sin embargo, aquí no terminarían las sorpresas, en especial para Emily, que la noche les tenía reservadas. Mientras volvían a su hotel, un joven saltó de improviso al interior del carruaje y, después de excusarse por su comportamiento, mantuvo una larga e intensa conversación con su marido sobre las regiones polares. Era Tryggve Gran, que había quedado tan prendado de la conferencia que había decidido organizar su propia expedición a la Antártida. Finalmente no lo conseguiría, aunque lo que sí logró fue acompañar a Scott en la que sería su última aventura.

¹²⁵ Mill, op. cit., p. 166.

La última etapa de su viaje fue la más peliaguda. Quizá no era el mejor momento para visitar Bruselas, pues la diplomacia británica estaba presionando al gobierno belga para que detuviese las matanzas y abusos que su política colonial estaba provocando en el Congo. Sin embargo, Shackleton fue tratado con el mismo respeto y admiración que en todas partes. Recibió la medalla de oro de la Real Sociedad Geográfica de Bélgica y su conferencia tuvo el honor de ser traducida, frase a frase, por el famoso explorador polar Adrien de Gerlache, cuya expedición en barco a la Antártida entre 1897-1899 había sido la primera en pasar el invierno dentro del Círculo Polar. El único episodio desagradable del viaje lo protagonizó el rey Leopoldo II, responsable del holocausto de millones de personas en su colonia africana, que en un gesto de mal gusto ofreció al explorador británico la medalla del Congo, que por supuesto este rechazó.

El corazón de la Antártida

A finales de octubre de 1909, al término de su gira por Europa, Shackleton regresó a Londres. Allí todo estaba preparado para el lanzamiento de su libro sobre la expedición. Un ambicioso proyecto editorial en el que se había embarcado con Saunders, el joven periodista de aquella pequeña ciudad neozelandesa, que durante siete meses había sido su «ayudante literario», o su «amanuense», o como queramos llamarlo. Él había sido el encargado de tomar notas de las apasionadas palabras del relato de Shackleton y darles forma en un texto sencillo de leer. De él son las palabras del libro, salvo la

parte correspondiente al asalto al Polo, donde decidió mantener el relato original del diario del explorador, dada la fuerza que este transmitía. Había sido un trabajo en equipo, y aunque Shackleton le ofreció que apareciese el nombre de los dos como coautores, este se negó y durante el resto de su vida sostuvo que su trabajo fue, simplemente, suplementario del de Shackleton. El libro se completaba con varios apéndices sobre el trabajo científico y la narración del viaje en busca del Polo Sur Magnético, escrita por el profesor David. Mientras ellos ultimaban el manuscrito, su editor, William Heinemann —famoso en el mundo por las pulcras ediciones que hacía de sus libros, entre los que se encontraban los de Rudyard Kipling, H. G. Wells o Robert Louis Stevenson—, quería que la obra de Shackleton contuviera la mejor colección de fotos que desde el inicio de la era de la fotografía hubiera tenido un libro de viajes, y mientras preparaba todo el material había cerrado varios acuerdos con otras ocho editoriales para que el libro fuese traducido y publicado simultáneamente en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Finlandia, Alemania, Italia, Rumanía y Suecia. De hecho, desde el histórico viaje de Nansen para tratar de alcanzar el Polo Norte, ningún otro libro de exploración polar se esperaba con mayor ansiedad.

La obra, que se publicó con el atractivo título de *El corazón de la Antártida*, apareció a primeros de noviembre del mismo año en que terminó la expedición, un auténtico tiempo récord para la época. Una pulcra y cuidada edición de dos volúmenes en los que, pese a las indudables prisas con que fue realizada, no se notaban signos

de ese apresuramiento. El libro recibió enseguida las más elogiosas críticas, como por ejemplo la del *Manchester Guardian*, que lo calificaba como «el mejor libro de viajes polares que se haya escrito», o la de *The Times*, que opinaba que era «el libro de la temporada¹²⁶». Con esta publicidad se multiplicaron sus ediciones en todas las lenguas, aunque los cuantiosos beneficios de las ventas tuvieron que destinarse a pagar las deudas de la expedición, que también parecían multiplicarse. Pese al éxito conseguido, Shackleton nunca ocultaría quién fue el autor material del texto y declararía con franqueza: «El éxito del libro se debe a Saunders¹²⁷».

§. Aclamado por todos

Shackleton, al igual que otros exploradores de la época, aprovechó su popularidad para satisfacer la curiosidad de la sociedad dando conferencias. En un momento en el que no existía la radio y el cine daba sus primeros pasos, este tipo de comunicación era el que permitía un acercamiento de los personajes a su público, que estaba dispuesto a pagar lo que fuera necesario para ver y oír a sus admirados héroes.

Lógicamente el ciclo de conferencias en que se embarcó Shackleton fue un reflejo de su carácter impulsivo, su afán de comunicar y su pasión por conocer nuevas gentes, aunque también una forma de obtener nuevos ingresos para las cuentas de la expedición que no acababan de cuadrar. En tan solo seis meses recorrió toda Gran Bretaña y visitó las más importantes ciudades europeas. Pronunció

¹²⁶ Riffenburgh, op. cit., p. 296.

¹²⁷ Huntford, op. cit., p. 318.

más de un centenar de conferencias, lo que, considerando los medios de transporte de la época y el tiempo empleado en desplazamientos, supuso un esfuerzo que tan solo una voluntad titánica como la suya podía llevar a cabo.

Las conferencias comenzaron coincidiendo con el lanzamiento de su libro, y las primeras cincuenta se desarrollaron en otras tantas ciudades británicas, la mayor parte en Inglaterra, aunque pronunció varias en Escocia y en Irlanda, donde fue recibido como uno de los suyos. Siempre ingenioso, buscaba cualquier excusa para hacer reír al auditorio. En Edimburgo, por ejemplo, cuando le entregaron la medalla de la Royal Scottish Geographical Society, comentó que, en el tiempo en que había sido secretario de la institución, más de una vez había tenido que entrar al edificio con esa medalla para entregársela a distinguidos invitados, pero que esa sería la primera vez que saldría con ella del edificio. En otra ocasión, una gran tormenta de nieve paralizó los transportes y fue necesario improvisar un trineo para poder llevarle al lugar donde se desarrollaría la conferencia. Al comienzo de la misma, se dirigió a la audiencia diciéndoles que se encontraba como si estuviera de vuelta en la Antártida.

En dos ocasiones tuvo que interrumpir la gira. La primera fue especialmente emotiva ya que había sido convocado al Palacio de Buckingham, junto con los miembros de su expedición, para ser nombrado caballero por Eduardo VII, su discreto valedor en los momentos más difíciles. Sería la última vez que coincidirían porque el rey moriría pocos meses después. Al final de la ceremonia, *sir*

Ernest presentó uno a uno a todos sus hombres al monarca, que los fue condecorando con la Medalla Polar, de plata para el grupo que había invernado en la Antártida y de bronce para los oficiales del *Nimrod* y otros miembros escogidos de la tripulación. Aquella memorable ocasión fue la primera en que, desde que terminó la expedición, volvían a reunirse todos los participantes, y también sería la última porque pocos meses después uno de ellos, Armitage, pondría fin a su vida, y los demás se fueron desperdigando por todos los rincones del Imperio para buscar, de una u otra manera, la forma de ganarse la vida.

La segunda vez en la que interrumpió las conferencias fue para viajar a París con Emily, donde recibió la Legión de Honor de Francia, la medalla de oro de la Sociedad Geográfica de ese país y la medalla de oro de la ciudad de París. Cuando llegó el momento de la conferencia, el recién nombrado caballero tuvo el valor de leer en francés el texto que había sido previamente traducido, un gesto que fue agradecido por los asistentes. El resultado de tal atrevimiento lo reseñaría al día siguiente *Le Figaro*, al comentar con ironía que «la conferencia estaba escrita en un francés excelente, aunque fuese leída con un marcado acento inglés, lo que no impidió que la audiencia captara el sentido de las palabras y las siguiera con interés¹²⁸».

¿Por qué no hay osos en la Antártida?

¹²⁸ Mill, op. cit., p. 169.

Fue a comienzos de 1910 cuando empezó a compaginar las conferencias en su país con otra gira por el continente europeo en la que, en tan solo veintidós días, estaban previstas 16 conferencias en cinco países: Alemania, Austria, Rusia, Hungría e Italia.

La gira se inició en Roma, entre el recibimiento caluroso de las multitudes y la distinción y la elegancia de las recepciones, entre ellas la que le ofreció el rey de Italia, Víctor Manuel III. Tanto a Emily como a una de sus hermanas, que les acompañó en la gira, la Ciudad Eterna les produjo una fascinación especial, pero no a Shackleton, que, como en otros lugares, no manifestaba el más mínimo interés en hacer turismo. En esta ocasión las dos mujeres insistieron y después de mucho empeño lograron convencerle para que las acompañase a dar un paseo, pero justo antes de salir volvió a negarse en redondo al enterarse de que querían visitar, precisamente, la plaza de San Pedro, el único lugar de toda Roma al que él no quería acercarse. Todo por un pueril resentimiento de Shackleton contra el Vaticano, que tenía su origen en la falta de interés del papa Pío X por la Antártida. Si al final aceptó ir, parece que fue solo por el placer de escaparse del rígido horario que le habían establecido los organizadores; una travesura que debió de recordarle sus años en el colegio.

Días después, la conferencia en Viena se convirtió en una demostración de esa capacidad innata que tenía para adaptarse con naturalidad a todas las situaciones. Como era 9 de enero, fecha en la que el año anterior había conseguido el récord de aproximación al Polo Sur, inició su exposición reviviendo aquellos momentos de

privaciones dentro de la tienda de campaña junto a sus compañeros, para luego destacar el agudo contraste con el brillante salón donde se encontraba y los archiduques y archiduquesas que le rodeaban. Como siempre, todo ello descrito con palabras y gestos varoniles, suavizado con formas poéticas y salpicado por un preciso sentido del humor, que provocó sonrisas de complicidad en su audiencia, en especial entre el público femenino.

Su gira por Alemania comenzó con un pequeño incidente organizativo que, a buen seguro, fue considerado para los siempre rigurosos teutones como un verdadero desastre. En Berlín estaba previsto que las autoridades les esperasen en la estación para hacerles el recibimiento de honor, pero ellos se equivocaron de tren y cogieron otro que les hizo llegar mucho antes, es decir cuando todavía no estaba todo preparado. Los organizadores, sorprendidos e incluso molestos por aquella circunstancia, les hicieron tomar otro tren para retroceder a la estación anterior y esperar allí hasta coger en el momento exacto el tren correcto. Así, con esta improvisación tan germánica, se pudo desarrollar la recepción según el programa. En cualquier caso, Shackleton disfrutó con las dos conferencias de Berlín, hasta el punto de que, aunque la primera la pronunció en inglés, la segunda decidió hacerlo en el alemán que había aprendido en sus años del Dulwich College. Su alemán dejó mucho que desear, incluso algunos comentaron que fue deplorable, evidentemente muy en consonancia con el interés que en aquellos años de juventud ponía en sus estudios. Sin embargo, lejos de desmoralizarse con el resultado, en las siguientes ciudades lo

intentó una y otra vez hasta que consiguió hacerse entender. Como es de suponer, sus esfuerzos se ganaron el corazón de los alemanes y la gira, que recorrió casi una docena de ciudades, cosechó grandes éxitos. En una ocasión tuvo que salir al escenario hasta cuatro veces para agradecer la cerrada ovación que no parecía tener fin.

De vuelta a Berlín, y antes de continuar su viaje, tuvo ocasión de pronunciar una conferencia privada delante del káiser Guillermo II, famoso por su personalidad agresiva, poco tolerante y avasalladora, aunque también por su inteligencia y sus perspicaces comentarios. En aquella ocasión, y pese a que se habían reunido de manera informal en casa de un importante hombre de negocios, el káiser se presentó vestido de almirante, un atuendo con el que destacaba todavía más su espectacular y característico bigote. Durante la conferencia, lejos de ser un asistente pasivo, no paró de hacer comentarios o de pedir aclaraciones, e incluso llegó a sugerir que mejor le hubiera ido a Shackleton si hubiera tomado una ruta más al Este. Aquello fue demasiado para el espontáneo irlandés, que no pudo refrenarse y saltándose la etiqueta —para consternación del embajador británico— manifestó al káiser su más rotunda disconformidad, explicándole a continuación, con todo lujo de detalles, por qué estaba completamente equivocado. Poco después Shackleton escuchó que volvía a interrumpirle para preguntarle si habían matado muchos osos, a lo que le contestó sin tapujos: «Señor, en la Antártida no hay osos». El káiser, que ya se consideraba el dueño de Europa y que pretendía serlo del mundo, no pudo reprimirse y cerró el tema con un enérgico: « ¿Y por qué

no?». Más que una pregunta parecía una orden para que los llevaran.

Era evidente que los dos tenían personalidades muy fuertes, el uno autoritario y acostumbrado a que todos aceptaran sus comentarios y acataran sin rechistar sus órdenes, y el otro espontáneo y convencido de que podía —y sabía— decir cualquier cosa sin molestar a la persona que tuviera enfrente. Pese a lo que pudiera parecer, la velada discurrió en un ambiente cordial. Los dos siguieron intercambiando rápidos e incisivos comentarios que, en lugar de distanciarlos y llevarlos a posturas antagónicas, los iban acercando, hasta el punto que para todos se hizo perceptible la estima del káiser por aquel resuelto, aunque algo deslenguado explorador británico.

Nuevamente sueños de fortuna

De allí pasó a Rusia, donde el calor del recibimiento que les tributaron y el esplendor con que se desarrollaron las recepciones y las conferencias contrastaban con la frialdad y la oscuridad del invierno ruso. Si toda la gira había sido majestuosa, Emily recordaría los días en San Petersburgo, posiblemente en aquellos momentos la corte más fastuosa del mundo, como un auténtico cuento de hadas donde ellos eran los protagonistas. En particular su marido, que tuvo una entrevista personal con el zar Nicolás II cuya duración, prevista para breves minutos, se prolongó más de dos horas por expreso deseo de su anfitrión.

Así continuaron recorriendo país tras país y una ciudad tras otra, a tal ritmo que la hermana de Emily, que les acompañaba en el periplo, se quejaba en una carta que escribió a mitad del viaje de que «habían dormido seis noches en la cama de un hotel y casi otras tantas (cinco) en el tren¹²⁹».

Sin embargo, el país donde Shackleton se encontró más a gusto fue Hungría, cuyo territorio en aquellos momentos se extendía también sobre lo que en la actualidad son Eslovaquia y Croacia, e incluía parte de Serbia y casi todo el territorio de Rumanía. Evidentemente no le atraieron el lujo y la pompa, de los que había tenido suficientes pruebas en las otras naciones, sino la forma de ser de sus habitantes, a los que sintió mucho más cercanos a su personalidad romántica y luchadora. La cordial acogida que le dispensaron en Budapest transmitía una sinceridad, que en las otras ciudades había quedado eclipsada por la solemnidad, que logró el milagro de vencer la tozuda resistencia de nuestro explorador a hacer turismo. Además, como durante su conferencia en la Sociedad Geográfica Húngara comentó la posibilidad de explotación comercial de los minerales antárticos, ellos también le hablaron sobre las posibilidades de explotación minera en su país. Uno de estos recursos mineros llamó la atención de Shackleton, despertando sus sueños de hacer fortuna de una forma rápida: las minas de oro de Nagybanya. Aunque en aquellos momentos no pudo centrarse en ellas, no cayeron en el olvido y a Hungría y a sus minas volvería muy pronto, para tratar de encontrar en ellas ese

¹²⁹ Huntford, op. cit., p. 321.

atajo que siempre había buscado para alcanzar la seguridad económica.

Cuando regresó de Europa continuó con el ciclo de conferencias en su país. Una vez más, en siete semanas recorrió Gran Bretaña dando otras 40 conferencias en otras tantas ciudades repartidas por toda la geografía; es decir, que durante casi dos meses estuvo cambiando todos los días de ciudad, pronunciando una conferencia en cada una de ellas. Un ritmo que hubiese agotado físicamente a cualquiera que no fuera él, al igual que nadie hubiese podido resistir el aburrimiento de contar todos los días lo mismo. Sin embargo, el recién nombrado caballero no era una persona cualquiera, no solo aguantaba sin una queja tener que viajar de un lugar a otro, sino que cuando salía al escenario se transfiguraba y, como por ensalmo, desaparecía su cansancio y se dirigía a su auditorio con la vitalidad que le caracterizaba.

Y después... América

Norteamérica era también un destino habitual para los conferenciantes. Sus grandes núcleos industriales profusamente poblados, la curiosidad que allí despertaba la exploración polar y, en el caso de Shackleton, la hermandad de la lengua hicieron que volviese su mirada hacia ese vasto continente, cuyos puertos había visitado tantas veces durante sus años en la marina mercante. Y al tiempo que un agente le preparaba la continuación de su gira por aquellas tierras, él encargaba a dos de sus hombres del *Nimrod* que evaluaran la situación en Nagybanya. El sueño americano, que en

aquellos años hacía que decenas de miles de europeos emigrasen a América a probar fortuna, no le tentaba, pues él ya creía haber encontrado el suyo en aquellas minas de oro.

A mediados de marzo de 1910, otra vez acompañado por Emily, zarpó hacia Nueva York en el *Lusitania*, barco que después se haría tristemente famoso cuando su hundimiento provocó la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, pero que en aquel momento era uno de los transatlánticos más veloces ya que había ganado en cuatro ocasiones la Banda Azul, el distintivo que se otorgaba a un buque de pasajeros por atravesar el Atlántico Norte en el menor tiempo^[4]. Cuando se construyó, tres años antes, era el barco más grande del mundo y había sido equipado con tal lujo para la época que los constructores del *Titanic* lo utilizaron como modelo. Durante la travesía de Shackleton a Nueva York, ni el capitán del barco pudo resistir la tentación de pedirle que diese una conferencia ni, como cabía esperar, él dudó en darla. Eso sí, los ingresos se destinaron a fines benéficos.

La gira americana comenzó, a los dos días de su llegada, en Washington, donde fue recibido en privado por el presidente norteamericano William H. Taft, que tres semanas atrás había sucedido en el cargo al famoso Theodore Roosevelt. Horas después pronunció su primera conferencia, que congregó a 5.000 personas, y acto seguido recibió la medalla de la National Geographic Society. A los pocos días, de vuelta a Nueva York, sería el almirante Peary, en aquellos momentos flamante conquistador del Polo Norte, quien le entregara la medalla de oro de la American Geographical Society,

la otra gran sociedad geográfica de Estados Unidos. De allí pasaría a Filadelfia, después a Boston y luego a Harvard, donde los estudiantes le ofrecieron un sentido recibimiento.

Sin embargo, de repente el número de asistentes a sus conferencias disminuyó, pasando de llenar gigantescos locales a hablar para un auditorio prácticamente vacío. Estaba claro que el público no podía haber perdido el interés de la noche a la mañana, tenía que haber una causa y no fue difícil encontrarla. Durante su siguiente viaje descubrió que en su mismo tren viajaban los carteles publicitarios que anunciaban su conferencia de esa misma tarde; como es lógico, deberían haber llegado con antelación al destino y llevar ya varios días colgados en las calles. Era evidente que el agente no estaba funcionando como debía y lo despidió inmediatamente. Esto le obligó a interrumpir su gira hasta encontrar a otro que se encargase de la organización de sus actividades. Y como suponía que eso podía llevar cierto tiempo, decidió irse con Emily a Canadá para disfrutar de unas bien merecidas vacaciones.

Pero en la vida de Shackleton parecía imposible disfrutar de unos días de descanso sin que hubiera una conferencia, y pronto aceptó pronunciar una en Ottawa, aunque fue bastante controvertida porque, días antes de la fecha prevista, recibió una notificación del sindicato del cine prohibiéndole proyectar en todo el país la película que mostraba imágenes de la expedición con la que apoyaba sus palabras. El caso fue llevado a los tribunales canadienses, que anularon la orden, y poco después Shackleton pudo dar la

conferencia, con proyección de la película incluida, y contó con la asistencia del primer ministro canadiense.

Por fin la gira por la costa del Pacífico de Estados Unidos estuvo lista y el infatigable conferenciante se lanzó a ella con renovadas energías. De nuevo comenzó el agotador trasiego de cambiar cada día de ciudad. Dependiendo de la organización o del propio interés de los habitantes, las salas se llenaban o estaban medio vacías. En cualquier caso, Shackleton estaba utilizando el viaje para reunirse con empresarios y presentarles sus planes o para tratar de incorporarse a los de ellos. Aunque al final nada llegó a materializarse ni en un sentido ni en el otro. A mediados de mayo terminó su gira estadounidense en Chicago; habían sido dos meses agotadores con una mezcla de éxitos y de desilusiones.

Entonces comenzó su auténtica gira por Canadá, donde volvería a congregarse grandes multitudes, algo que por lo menos económicamente le compensaba el esfuerzo que estaba realizando. También los viajes fueron esta vez más llevaderos, dado que el presidente de la Canadian Pacific Railway tuvo la gentileza de dejarles su tren privado, que contaba además con un reputado cocinero francés. A partir de ese momento, con tan fantástico medio de locomoción, Ernest y Emily se desplazaron de ciudad en ciudad durmiendo y comiendo en el tren, para llegar a su destino con el tiempo justo para la conferencia, luego regresaban al tren y seguían su ruta. Al terminar la gira decidieron pasar por Winnipeg, en cuyo hospital una de las hermanas de Shackleton había trabajado de enfermera. Allí dio una conferencia ante más de 3.000 personas,

cuya recaudación se entregó íntegra al hospital. Cuando terminaron todos sus compromisos, estaban tan cansados que ni siquiera se encontraron con ánimos para prolongar un día más su viaje y acercarse a visitar las cataratas del Niágara. Por fin, a primeros de junio, zarpaban de regreso a Londres a bordo del *Virginian*, otro de los grandes transatlánticos de la época. Dos años después el *Virginian* sería uno de los barcos que, tras recibir la señal de socorro del *Titanic* y aunque les separaban más de 300 kilómetros, trató desesperadamente de alcanzar al barco hundido para socorrer a los naufragos.

§. Regreso a la dura realidad

Después de los largos y agotadores meses de la gira norteamericana, el viaje en barco de regreso a Gran Bretaña supuso el primer período de relax en mucho tiempo para los dos. Shackleton, como siempre, no pudo evitar participar en la activa vida social de a bordo, aunque en comparación con la intensa actividad a la que había estado sometido los tres meses anteriores, aquello le resultó un descanso. En cualquier caso, como en otras ocasiones, el viaje en barco le relajó, ayudándole a contemplar las cosas con perspectiva y a pensar con claridad. Y en este viaje tenía mucho en lo que pensar.

Todo era muy diferente a cuando viajaron en el *Lusitania* en dirección a Norteamérica, cuando la curiosidad por la próxima gira de conferencias y las perspectivas de conocer nuevas gentes, y en especial de encontrar socios para sus proyectos, le había hecho

estar concentrado y expectante ante su futuro inmediato. Ahora eso ya había pasado y podía repasar con serenidad —toda la que su fogoso carácter le permitía— lo que había sido su vida en el último año, y también lo que le esperaba a la vuelta, que en muchos aspectos no era nada tranquilizador.

Hacía exactamente un año que había pisado Londres de regreso de su memorable expedición. Doce meses en los que, de una forma en que nunca hubiera podido imaginar, el mundo estuvo a sus pies. Se había entrevistado con reyes y reinas de toda Europa, había recibido condecoraciones de presidentes y primeros ministros de dos continentes, la nobleza de todos los países se había rendido a su persona, le habían presentado a los científicos más renombrados, a los grandes intelectuales, a los industriales más florecientes y a las fortunas más poderosas. Todos ellos se habían mostrado orgullosos de conocerle y de compartir con él largas conversaciones. Sin excepción, todos los miembros de aquella élite se habían sentido impresionados con su aventura polar y habían reconocido y elogiado sus cualidades de orador, de explorador y de líder, pero —en una apreciación personal muy poco objetiva— creía que con la excepción de medallas y galardones, poco más había recibido. Y aunque era consciente de que había elevado su nombre a la altura de las grandes figuras y que se había convertido en una celebridad para millones de personas, sentía que algo no iba del todo bien.

En el aspecto económico, aunque el libro y las giras de conferencias le proporcionaban grandes sumas de dinero, la mayor parte se

destinaba a pagar unas deudas que nunca acababan de saldarse. Además, sus arrebatos de generosidad le habían hecho entregar para obras benéficas los importes recaudados en muchas de las conferencias y, como siempre le había pasado, no era capaz de evitar que el dinero se le escapase de las manos. Le gustaba vivir bien, demasiado bien, y además tenía que dar la imagen que se esperaba de él, o al menos la imagen que él quería transmitir de sí mismo, y eso le obligaba a corresponder con magnificencia a todos los que se portaban bien con él.

Por otra parte, si bien había hablado una y otra vez de sus planes empresariales y sus ideas habían sido acogidas con interés, el caso era que casi todos los negocios que quería poner en marcha seguían siendo poco más que proyectos, y los que había logrado iniciar no parecían desarrollarse como él esperaba. Muy posiblemente cualquier otra persona que hubiera estado en su posición habría sabido sacarle provecho y garantizarse una estabilidad económica de por vida. Pero Shackleton no pertenecía a ese grupo de personas y, por mucho que lo intentaba, no lo conseguía.

Además, el regreso a su país estaba rodeado de grandes incertidumbres familiares. Eduardo VII había muerto un mes antes y Shackleton era cada vez más consciente de los problemas legales que podía tener que afrontar su hermano Frank. Hasta ahora se había visto favorecido por la invisible protección de un monarca que siempre había tratado de ayudarlo, y que de alguna forma había evitado que se tomaran acciones legales contra su hermano. Sin embargo ahora todo podía cambiar para Frank y, en cierta manera,

también para él, porque seguían haciendo negocios juntos. Y había otra cosa, su hermano utilizaba descaradamente la fama de su apellido para dar respetabilidad a unas actividades financieras de dudosa honorabilidad.

La joya de la Corona

Si bien todas estas preocupaciones eran reales, su espíritu optimista le hacía pensar que más tarde o más temprano encontraría la forma de superarlas y de garantizar para él y su familia una fuente estable de ingresos, al tiempo que los problemas de su hermano se acabarían resolviendo. Sin embargo, con tantas celebraciones y actos, había una cuestión a la que no había podido conceder la atención necesaria: la propia Antártida y, en definitiva, su futuro como explorador.

Cuando regresó de su expedición, con aquel rosario de deudas pendientes, no hubiera sido el mejor momento para lanzarse a una nueva aventura, pero desde entonces otros lo habían hecho y ahora Shackleton se arriesgaba a que su gloria pronto quedase eclipsada por nuevos logros. El capitán Scott había conseguido montar su expedición y se disponía a partir para la Antártida y, aunque no le gustase, tenía que reconocer que esta vez su antiguo superior tenía grandes posibilidades de alcanzar el Polo Sur, en gran parte gracias a que él mismo le había abierto el camino a través de las montañas. Sobre todo le molestaba que Scott le hubiese copiado todo, desde su forma de organizar la expedición, con un grupo de invernada y otro que regresara con el barco, hasta el medio de transporte, los

caballos, que llevaba en mucho mayor número. Incluso había incorporado trineos motorizados, una versión más sofisticada y desarrollada del simple automóvil que él había utilizado en la expedición del *Nimrod*. Tenía que reconocer que le había servido el Polo en bandeja.

Pero no solo era Scott. Otra expedición también había puesto rumbo al continente blanco, la alemana liderada por Wilhelm Filchner, cuyo objetivo también era el Polo Sur. Sin embargo, para evitar confrontaciones con los británicos que pensaban acercarse desde el mar de Ross, los alemanes iban a hacerlo desde el extremo opuesto: el mar de Weddell. Después de alcanzar el Polo, Filchner tenía la intención de continuar y atravesar todo el continente, una proeza a todas luces superior a la que iba a intentar Scott. Y por si dos expediciones no fueran bastantes, los japoneses estaban organizando la suya propia con idéntico objetivo, el Polo Sur; en este caso, iniciarían su marcha desde la Tierra de Eduardo VII, aquel extremo de la Barrera de Hielo que Shackleton no había conseguido alcanzar.

Y mientras estas tres¹³⁰ expediciones se preparaban, el mundialmente reputado explorador seguía trabado en conferencias y negocios. Hasta el australiano Mawson —el científico de su expedición que, con David, había alcanzado el Polo Sur Magnético— pensaba volver a la Antártida para explorar la zona costera de la Tierra de la Reina Victoria, la zona occidental del mar de Ross. En principio, el irlandés había estado tentado de hacer suyo el

¹³⁰ En aquellos momentos todavía no se sabía nada del cambio de planes de Amundsen y por lo tanto que serían cuatro las expediciones que tratarían de alcanzar el Polo Sur.

proyecto, y de hecho estaba ayudando a Mawson a conseguir financiación, pero luego comprendió que el objetivo de esta expedición no estaba a la altura de la fama de explorador que había alcanzado, máxime cuando otros estaban tratando de hacerse con el Polo Sur: la joya de la Corona antártica.

Ante estas perspectivas tan sombrías para su carrera pensó que lo único que podía hacer era tratar de seguir ganando notoriedad mientras todavía fuese el campeón de la Antártida, porque a lo sumo en un par de años otro podría regresar con los laureles del Polo Sur y arrebatarle el protagonismo del que ahora disfrutaba en exclusiva. Por eso, nada más volver de su gira por Norteamérica, aceptó una nueva gira de conferencias por el continente europeo que se inició en otoño de 1910. Mientras tanto, otro tema de mucha menor importancia pero más espinoso ocupó su atención. El barco de la nueva expedición del capitán Scott —el *Terra Nova*— había zarpado mientras Shackleton todavía estaba en Canadá, pero Scott seguía en Londres ocupándose de gestiones de última hora y pronto también saldría rumbo a Nueva Zelanda en un barco correo, cuya mayor velocidad le permitiría ganar tiempo y llegar casi a la vez que sus hombres. Lógicamente, la Royal Geographical Society quería despedir a Scott como se merecía y, en consecuencia, nuestro irlandés tenía que decidir si participaba o no en la despedida.

Sus relaciones eran pésimas, Scott seguía pensando que Shackleton se había metido en sus dominios y, aunque ahora se iba a beneficiar de todo lo que este había logrado, no estaba dispuesto a reconocérselo. Además, había vivido aquellos meses de gloria y de

conferencias del irlandés como si hubieran sido suyos y su antiguo subordinado se los hubiese arrebatado con malas artes. Por otro lado, Shackleton también tenía un contencioso con su antiguo jefe; se sentía agraviado porque le obligó a dar su palabra sobre algo que luego no pudo cumplir, y después, a su regreso —con ayuda de Wilson—, le había forzado a hacerse a un lado para tener la oportunidad de conseguir sus ambiciones. Sin embargo, pese a todos los conflictos entre ellos dos, Shackleton sabía que su puesto era estar allí despidiéndole. Y allí estuvo.

Los dos exploradores británicos habían sido muy discretos en sus enfrentamientos, evitando que la prensa se hiciera eco de ellos. La prohibición de Scott de utilizar la base del *Discovery* había sido secreta, de común acuerdo, por lo que cuando Shackleton se vio obligado a dirigirse allí, nadie, salvo sus compañeros del *Nimrod* y destacados miembros de la RGS, vio nada anormal en ello. Y de igual modo que Scott había acudido a recibirle cuando llegó victorioso en tren a la estación de Charing Cross, él estaría en la de Waterloo para despedirle, aunque con su presencia contribuyese al prestigio de su rival.

En aquellos momentos su fama superaba con mucho la de Scott. Una muestra de ello, aunque sea anecdótica, es que en España la fotografía que publicó en portada el *ABC* sobre la salida de la expedición del *Terra Nova*, donde se veía a Scott rodeado por sus oficiales y la marinería, llevaba este ilustrativo pie: «El capitán Scott, compañero del famoso Shackleton, y la tripulación del barco¹³¹».

¹³¹ *ABC*, 17-VI-1910.

Y, en efecto, la mañana del 16 de julio de 1910 Shackleton estaba en la estación de tren. Fue una despedida numerosa pero no multitudinaria. En los andenes se encontraban amigos de Scott y miembros de la RGS que no se cuidaron de mostrar su sorpresa e incluso disgusto por la presencia del irlandés. Poco sabemos de aquel fugaz encuentro entre los dos exploradores. Shackleton tuvo que desearle suerte, aunque en su fuero interno esa «suerte» no tenía por qué incluir la llegada al Polo Sur. De lo que sí ha quedado constancia, gracias al periodista de *The Times* que cubría la noticia, es de que en el momento en que el tren iba a ponerse en marcha, en un gesto muy propio del impulsivo explorador, «*sir* Ernest Shackleton gritó tres veces ‘Viva el capitán Scott’ que fueron seguidos con entusiasmo por los presentes¹³²». Quién iba a pensar que los últimos vítores que Scott recibiría en su país vendrían precisamente de Shackleton.

Tambores de guerra

A principios de noviembre, esta vez sin la compañía de Emily, comenzó su nueva gira por el continente europeo. En aquella ocasión en poco más de cinco semanas recorrió todas las grandes ciudades de Alemania, Austria, Polonia y Suiza. Su fama de buen orador le precedía y las salas volvieron a estar concurridas, aunque las cosas no fueron como esperaba. Los baños de multitudes o los largos aplausos ya no eran novedad y, si bien seguía volcándose en cada auditorio, aquella vida comenzaba a aburrirle. En sus cartas a

¹³² Huntford, op. cit., p. 329.

Emily le comenta que está cansado de repetir siempre lo mismo, aunque también le manifiesta su firme determinación de seguir aprovechando la privilegiada situación en la que se encontraba, puesto que era muy consciente de que en poco más de un año llegarían noticias de la Antártida y, con toda probabilidad, quedaría relegado a un segundo plano. Además, con total sinceridad le confiesa que «30 libras por noche es más de lo que uno ganaría normalmente¹³³».

Para colmo de males, en tan solo unos meses algo había cambiado en Alemania, donde, pese a que Shackleton ahora podía dar la conferencia en un buen alemán, encontraba al público cada vez más distante. Los tambores de la guerra ya habían comenzado a redoblar, e incluso en algunos círculos de exploradores le manifestaron su preocupación ante la posibilidad de que las hostilidades pudiesen iniciarse durante su gira.

En cualquier caso, incluso ante el hecho de que el conflicto pudiese estallar, viajó hasta Hungría para interesarse de nuevo por las minas de oro de Nagybanya, donde había enviado a varios de sus antiguos compañeros del *Nimrod* para que evaluaran la rentabilidad económica del yacimiento. Siguiendo su peculiar comportamiento cuando se encontraba en la civilización, nuestro aprendiz de hombre de negocios se alojó en una ciudad cercana, con tal lujo que incluso uno de sus hombres llegó a recriminárselo, pero Shackleton ni se inmutó y le explicó que esa era precisamente la forma correcta de tratar estos asuntos: deslumbrando a los posibles socios de

¹³³ *Ibíd.*, p. 332.

manera que estuvieran seguros del poder económico que había detrás. Sin embargo, mientras se gastaba el dinero en grandes *suites* y en los mejores restaurantes, las cantidades que enviaba a casa eran las justas para que Emily pudiese hacer frente a los gastos domésticos y a los pequeños acreedores.

Malas cuentas, deudas y desengaños

El comienzo del año 1911 fue nefasto. Su hermano Frank volvió a tener graves problemas legales y él, a pesar de sus continuos viajes de negocios al continente, no consiguió encarrilar el asunto de las minas. Necesitaba dinero no solo para tratar de ayudar a su hermano, sino para seguir pagando las deudas de la expedición y además para financiar los cuantiosos gastos que su ostentosa forma de viajar llevaba asociados. De modo que a Shackleton no le quedó más remedio que pedir prestadas 2.000 libras a Brocklehurst, el joven aristócrata que había formado parte de su expedición a la Antártida.

Después de la respetable cantidad de dinero que recibió del gobierno para resolver los problemas económicos de la expedición, además de los beneficios de sus triunfales giras por dos continentes, a lo que hay que añadir los procedentes de la publicación de su libro, puede parecer increíble que no solo no hubiera cancelado todas las deudas sino que incluso tuviera que recurrir a un nuevo préstamo. El problema era que las cuentas de la expedición eran como la Hidra de Lerna, a la que, según la mitología griega, cada vez que le cortaban una cabeza le surgían dos en su lugar. Al menos

había conseguido pagar a los acreedores más furibundos. Sin embargo otros muchos, entre ellos algunos de sus hombres, seguían disgustados porque no les había pagado todo lo que les había prometido. El problema ya no era solo que nuestro explorador gastara el dinero con demasiada alegría o que donase grandes sumas a fines humanitarios, la cuestión era que manifestaba una total falta de memoria para recordar las promesas que hacía sobre temas económicos. No parecía actuar con maldad o premeditación, simplemente no prestaba demasiada atención a lo que decía. Por eso la relación con algunos de sus hombres estuvo plagada de desencuentros, pues no todos tenían la misma memoria selectiva que él. Sus más íntimos colaboradores comentaban que solo prestaba atención al dinero para gastarlo y que, con su habitual optimismo, siempre estaba convencido de que sin tardar mucho, como por ensalmo, aparecería la suma necesaria para pagar las deudas que con tanta facilidad contraía.

Si sus perspectivas económicas para el nuevo año ya eran bastante complicadas, lo fueron aún más debido al compromiso que había adquirido con Mawson para conseguirle patrocinadores para la expedición a la Antártida que estaba preparando, y que le obligó a volver a llamar a todas las puertas que conocía para pedir dinero, pero no para resolver sus propios problemas financieros, sino para la expedición del australiano. Y, por si fuera poco, el manirroto irlandés decidió comprarse una casa en Londres.

Por fortuna, las preocupaciones económicas dejaron de inquietarle —si es que en algún momento le habían preocupado— porque a

finales de abril comenzaron a llegar noticias de la Antártida. Aunque en cierta manera estas informaciones eran dolorosas para Shackleton, ya que le recordaban que otros estaban donde él hubiera querido estar, al menos le permitieron opinar y volver a sentirse el centro de atención de los periodistas, aunque ya no fuese como actor principal. De todas las informaciones, una era especialmente sorprendente e incluso amenazadora para los británicos y sus esperanzas de alcanzar el Polo Sur: Amundsen había instalado su base en la bahía de las Ballenas.

Las primeras noticias de los planes del noruego habían llegado, pocos meses atrás, a través de los periódicos de su país, que en grandes y orgullosos titulares anunciaron que Amundsen había cambiado su plan original de ir al Polo Norte y se dirigía al Polo Sur. En aquel momento la prensa inglesa no dio mucha importancia a esa información, al igual que tampoco se la había dado a la expedición alemana de Filchner y mucho menos a la nipona, limitándose a oscilar las diferentes opiniones entre el mejor espíritu deportivo que se alegraba por la competencia que le había aparecido a Scott y la actitud crítica ante la forma tan ladina con que el vencedor del paso del Noroeste había ocultado hasta el final sus planes. Pero ahora que se había descubierto que los noruegos estaban en la misma zona que Scott, e incluso 100 kilómetros más cerca del Polo que este, la preocupación se extendió y todos, medios de comunicación y autoridades, quisieron conocer la opinión del gran héroe antártico *sir* Ernest.

Se lo habían puesto en bandeja, y Shackleton no desaprovechó la oportunidad de dejar muy claro que si bien Amundsen estaba más cerca, Scott llevaba una considerable ventaja pues solo tenía que seguir la ruta que él ya había descubierto y que llevaba a través de las montañas hasta las mismas puertas del Polo, mientras que el noruego tenía que enfrentarse al desafío de encontrar una nueva ruta para atravesarlas. Por supuesto, se cuidó mucho de hacer pronósticos sobre quién lo alcanzaría primero, y más aún sobre sus preferencias personales.

Aquel momento de protagonismo fue una victoria pírrica, un pasatiempo que le distrajo durante unos días de los problemas económicos que le rodeaban; tanto de los suyos como de los de su hermano Frank. Era un secreto a voces que su situación financiera no era buena y, en consecuencia, las autoridades húngaras dilataban la concesión de las licencias para explotar las minas de oro. Los accionistas británicos tampoco se decidían con sus aportaciones económicas a la sociedad minera que había constituido e incluso los dueños de los terrenos se resistían a venderlos. Y nuestro explorador, que era un hombre de acción, no supo continuar unas negociaciones que se le hacían eternas y abandonó el proyecto.

Si hubiera tenido algo de tiempo, es posible que Shackleton hubiera encontrado otro proyecto parecido al de las minas de oro que volviese a llenar sus expectativas de hacer fortuna de forma rápida. Sin embargo no tuvo ese tiempo, porque en octubre los problemas relacionadas con su hermano Frank entraron en una nueva

dimensión. Ya no era solo que tuviera deudas valoradas en 85.000 libras, una cifra desmesurada para la época, sino que además le acusaron de fraude. El escándalo fue mayúsculo y, como los dos hermanos tenían negocios comunes, poco le faltó a nuestro hombre para verse denunciado ante los tribunales como su hermano Frank, que con gran discreción se había marchado del país para eludir a la justicia. Si *sir* Ernest se libró de ser también acusado fue gracias a que el bufete de abogados del hermano de Emily estaba tratando desde hacía tiempo de poner algo de orden en la caótica contabilidad de su cuñado.

Era evidente que el mundo de los negocios no era el suyo. Uno de los amigos de la familia llegó a comentar con Emily que no recordaba «haber escuchado a nadie decir que Ernest» era «bueno para los negocios¹³⁴». Shackleton era consciente de su incapacidad en este campo. En una carta que escribió en aquella época a un amigo de Nueva Zelanda, comentaba que le gustaría montar una nueva expedición para alejarse de todos los temas económicos, llegando a afirmar que «todos los problemas del Sur no son nada si se comparan con el día a día de los negocios¹³⁵».

¿Fram o Terra Nova?

Es evidente que donde nuestro desengañado empresario quería estar era en la Antártida. Por aquellas fechas, a primeros de 1912, la carrera entre Amundsen y Scott debía de estar llegando a su punto álgido o puede que ya tuviera ganador; sin embargo, como

¹³⁴ *Ibíd.*, p. 335.

¹³⁵ *Ibíd.*, p. 343.

ninguna de las dos expediciones había llevado un equipo de telegrafía sin hilos, la noticia de quién había llegado primero al Polo, si es que alguno de los dos lo había conseguido, tendría que viajar a bordo de un barco, pero cuál ¿el *Fram* de Amundsen o el *Terra Nova* de Scott? Esa era la pregunta que mantenía expectante a medio mundo. Nadie, salvo Alemania y Japón, parecía acordarse de que había otras dos expediciones en liza, la de Filchner y la nipona. Shackleton no se atrevió a vaticinar en público quién sería el ganador, pero en una carta a un amigo llegó a poner por escrito: «Me inclino a pensar que las primeras noticias que recibiremos serán de Amundsen^{136l}». Después de todo, él había aprendido de sus errores en la marcha al Sur y le resultaba obvio que Scott no solo no había aprendido sino todo lo contrario: los estaba repitiendo.

Por fin, el 9 de marzo llegaron las esperadas noticias de la Antártida, pero no fueron las que los británicos, y en particular la cúpula de la Real Sociedad Geográfica, hubieran deseado recibir. Amundsen había batido en la carrera hacia el Polo al capitán Scott. La reacción de la prensa británica fue ejemplar y la mayoría de los periódicos comentaron elogiosamente la proeza realizada. Incluso, en aquel momento en que el triunfo noruego había cercenado las legítimas aspiraciones de los británicos a hacerse con el premio, el comportamiento de los periódicos fue correcto, olvidando los sentimientos encontrados que meses atrás el sorpresivo anuncio de la expedición noruega había generado.

¹³⁶ *Ibíd.*, p. 343.

También el comportamiento de Shackleton fue el adecuado. Enseguida envió un telegrama a Amundsen felicitándole «sinceramente por el magnífico logro¹³⁷», misiva que más tarde sería criticada por los partidarios más acérrimos de Scott. Luego escribió un artículo en la prensa resaltando, como tan solo un experimentado explorador podía hacer, el valor que había tenido el noruego al no seguir la ruta conocida del Beardmore y aventurarse a buscar su propio camino a través de aquel laberinto de montañas para llegar al Polo. Nunca sabremos cuáles fueron los verdaderos sentimientos del irlandés en aquellos momentos. Por una parte, había pasado lo que ya temía que iba a suceder: había perdido su récord y tenía que olvidarse del Polo Sur; por otra, se debatía entre el sentimiento patriótico —muy arraigado en la época— de amargura por qué no hubiera sido un británico el ganador y el alivio —humanamente comprensible— de que el ganador fuese un extranjero, la única forma de no ser comparado con su compatriota, con el que además no se llevaba muy bien.

En cualquier caso, Shackleton no era de los que perdía el tiempo en analizar qué hubiese sucedido si las cosas hubieran sido de otra forma, su temperamento le llevaba a olvidarse del pasado y centrarse en el presente. Mucho más cuando para nuestro voluble explorador el presente era una norteamericana afincada en Londres con personalidad, encanto, buen tipo y diez años más joven que él, y por si todo esto no fuera suficiente para cautivarle, una de esas mujeres que saben jugar a parecer inalcanzables. Puede que esto

¹³⁷ *Ibíd.*, p. 344.

último fuese lo que más despertara el interés de nuestro tenaz donjuán.

Entretanto, había tenido su tercer hijo con Emily, a la que escribía románticas cartas de amor cuando estaba fuera de casa, pero con quien trataba de pasar el menor tiempo posible. Por otra parte, sus relaciones con Elspeth Beardmore se habían enturbiado, aunque siguieran escribiéndose; en gran parte porque el desmemoriado irlandés, pese a todo el dinero que había ganado, no había devuelto a su marido las 1000 libras que este le había prestado, algo que William Beardmore —como buen escocés— no podía ni perdonar ni olvidar.

Las malas noticias del Atlántico

Durante unas cuantas semanas la Antártida siguió copando el interés de la sociedad británica. El Terra Nova había regresado de la Antártida informando de que Scott, ignorante del rotundo triunfo de Amundsen, seguía avanzando hacia el Polo Sur. Sin embargo, de repente, la amargura, la frustración y el resentimiento por la derrota fueron barridas por la tragedia del Titanic. A la escalofriante y dolorosa noticia de la pérdida de 1500 vidas, se unió la conmoción que, para un pueblo orgulloso de su tecnología naval como el británico, supuso el hundimiento del buque más grande de la época, precisamente en su viaje inaugural.

Al ser la colisión con un iceberg la causa del desastre, la comisión de investigación que se organizó para buscar responsabilidades pidió la participación de *sir* Ernest Shackleton en calidad de experto

en navegación entre hielos. Su testimonio fue muy valiente al considerar que el barco llevaba una velocidad excesiva para estar navegando entre hielos, atreviéndose a conjeturar que ese tipo de accidentes solían ocurrir cuando el armador del barco estaba presente, pues su deseo por mantener una velocidad elevada que podía suponer ganar la Banda Azul entraba en conflicto con la prudencia necesaria de un capitán para atravesar una zona con icebergs. Ni que decir tiene que aquel comentario no fue el más acertado para sus propios intereses, pues solo le granjeó la animadversión de los armadores. Cualquiera otro en su situación hubiera sido más prudente, ya que era inevitable que antes o después el irlandés tuviera que recurrir a las grandes fortunas de su país —que solían tener negocios en la construcción naval— para pedirles patrocinio para sus expediciones. Pero Shackleton, con todas sus limitaciones personales, trataba de ser honrado.

Entre caballeros y estafadores

Desaparecidas las minas de oro, nuestro buscador de fortuna no era capaz de permanecer mucho tiempo sin tener un nuevo sueño en el que volcar todas sus energías. Esta vez fue una compañía de tabaco. Aunque llevaba con ella varios años, de repente decidió promocionarla y de nuevo volvieron a comenzar sus viajes de aquí para allá y sus reuniones con unos y otros. Llegó a visitar a Nansen tratando de que utilizase sus influencias ante los reyes de Noruega para que publicitaran su compañía, algo que evidentemente no consiguió.

Y mientras llevaba a cabo esta frenética actividad, Roald Amundsen, el conquistador del Polo Sur, inició su triunfal gira por las grandes ciudades europeas en las que fue recibiendo los honores que le correspondían por su gesta inmortal. Este recorrido le llevó en noviembre a Londres. Aunque había sido invitado por la Royal Geographical Society, el resentimiento de algunos de sus miembros por que hubiera derrotado a Scott era tal que maniobraron para boicotear la estancia del noruego en su ciudad. Shackleton no compartía este mezquino comportamiento, máxime cuando todavía recordaba la generosa hospitalidad que este le había ofrecido en Oslo. Así que el día de la llegada de Amundsen a Londres allí estaba el leal irlandés, prácticamente solo, esperándole en la estación. Después también presidiría una de las cenas en su honor.

El comportamiento de *sir* Ernest —que seguía siendo el arquetipo de héroe polar para los británicos— influyó en la actitud de respeto que el pueblo y en particular la prensa tuvo hacia el conquistador del Polo Sur. Semanas después, como si Amundsen tratase de devolverle el favor, en un juego caprichoso del destino apareció en Gran Bretaña la traducción al inglés del libro que meses atrás Amundsen había escrito sobre su aventura antártica y donde dedicaba nada menos que 34 páginas a glosar la figura de Shackleton, llegando a decir de él que su nombre «figurará siempre esculpido a fuego en la historia de la exploración antártica. El valor y la tenacidad pueden hacer milagros, y en nadie como en

Shackleton se han aunado estas virtudes¹³⁸». Verdaderamente, los dos se habían portado como caballeros.

Poco después, en diciembre de 1912, en nuestro irlandés vuelve a despertarse de repente su viejo interés por el mundo de los negocios, pese a todos sus fracasos en este campo, y decide cruzar de nuevo el Atlántico para promocionar su compañía tabaquera en Estados Unidos, donde pensaba permanecer varios meses, Navidades incluidas. Puede que tras esta rápida decisión, que no tuvo que sentar muy bien a su familia, se escondiese el fantasma de su hermano Frank, que acababa de ser detenido por la larga mano de Scotland Yard nada menos que a 6.000 kilómetros de Londres, en Angola, que en aquellos tiempos era colonia portuguesa. Durante años sus turbios negocios habían sido de dominio público, y las cuentas que tenía con la justicia también eran largas, desde el robo de las joyas de la Corona irlandesa hasta la apropiación indebida de fondos que estaban bajo su custodia. No obstante, y pese a sus propias dificultades económicas, Ernest pudo pagar la fianza de 1.000 libras para sacar a su hermano de la cárcel.

§. Cantos de sirena antártica

Mientras en Londres su hermano esperaba para ser juzgado, en Nueva York Shackleton trataba desesperadamente de introducirse en el mundo empresarial. Reuniones, conversaciones, comidas y cenas de negocios... Su personalidad y su fama le dieron acceso a los más acaudalados estratos de la sociedad y también a los más

¹³⁸ Amundsen, *South Pole*, p. 114.

alegres, donde el dinero se gastaba sin control. Durante meses trató de adaptarse a aquel mundo, y hasta pudo parecer que había logrado formar parte de ese entorno, pero ni eso le sirvió para promocionar su compañía tabacalera, ni encajaba con sus más íntimos deseos y sentimientos. Dos fuerzas luchaban en su interior y lo que exteriorizaba era muy peligroso: fumaba, comía y bebía demasiado.

Solamente las informaciones que le llegaban de la Antártida parecían ser una brisa fresca para su ánimo. A principios de enero de 1913 llegaron las primeras noticias de la expedición del alemán Filchner que regresaba del mar de Weddell. Sus resultados eran desastrosos, no había conseguido atravesar el continente, ni llegar al Polo Sur, ni siquiera había podido intentarlo. Al menos habían regresado con vida, teniendo en cuenta que todo se había puesto en su contra. Al principio las cosas les fueron bien, a mediados del primer verano de la expedición habían logrado atravesar el mar de Weddell y encontrar un sitio que parecía adecuado para montar la base. Sus planes eran pasar el invierno en ella y al año siguiente iniciar el asalto al Polo, es decir, el esquema habitual. Sin embargo, nada más terminar de construir el edificio, el hielo donde lo cimentaron que parecía estar anclado sobre roca resultó que no lo estaba y se fraccionó. Uno de los grandes pedazos, con la base encima, se desgajó y se fue alejando flotando en el mar, perdiéndose para siempre. Sin embargo, ahí no terminaron sus tribulaciones. Era evidente que ese verano ya no podría hacer nada, por lo que decidieron volver a la civilización y regresar al año siguiente con

más material, pero no lograron ni una cosa ni la otra. El mar se congeló de repente, atrapando al barco en su interior. Durante meses permanecieron encerrados en aquella prisión con la constante amenaza de que el hielo aplastase al barco. Por fin, después de doscientos sesenta y cuatro días rodeados de hielo, este se disolvió liberando el barco, que sin perder un minuto se dirigió a puerto seguro y dio por terminada su azarosa expedición¹³⁹.

Precisamente cuando se tuvieron noticias de la suerte que había corrido la expedición alemana, Shackleton se encontraba en Filadelfia, donde coincidió con Amundsen, que estaba allí para dar una conferencia, y con el almirante Peary —el conquistador del Polo Norte—, que acompañaba al noruego. Fue un encuentro celebrado por la prensa, aunque como un periodista mordaz comentó, tanto Shackleton como Peary estaban haciendo de teloneros de Amundsen, que era la auténtica estrella del momento. En cualquier caso, el noruego no desaprovechó la ocasión para volver a mostrar su respeto por el británico y durante la conferencia dijo que «Shackleton le había abierto el camino¹⁴⁰». Además, los tres aprovecharon el encuentro para hacerse una foto que en el acto se convirtió en una de las ilustraciones clásicas de la historia de la exploración polar, al reunir a los conquistadores de ambos polos y a Shackleton. El único que faltaba de los famosos exploradores de la época era Scott, cuyo regreso, después de haber alcanzado el Polo Sur aunque en segundo lugar, todos esperaban. Lo que ninguno de

¹³⁹ Con posterioridad, Adolf Hitler condecoraría a Filchner con el Premio Nacional Alemán de las Artes y las Ciencias. Este premio fue creado en 1937 por el propio Hitler como alternativa al Premio Nobel, dado que había prohibido que los alemanes lo aceptasen.

¹⁴⁰ Huntford, op. cit., p. 352.

los tres podía imaginar en aquel momento era que pocas semanas después llegaría de la Antártida una noticia que conmovería al mundo y muy en especial a Shackleton.

Noticias de muerte y de gloria

Hacía dos años que nada se sabía de Scott. Las únicas informaciones que tenían provenían de los grupos que, después de haberle acompañado y ayudado en el transporte de provisiones para la gran marcha al Polo, fueron regresando a su base. El último de estos grupos había dejado a Scott y a cuatro compañeros a menos de 300 kilómetros de su objetivo. En el momento de separarse todos estaban fuertes, animados y sin problemas de comida, por lo que estaban seguros de que días después habrían alcanzado el Polo Sur. Sin embargo, se separaron en una fecha posterior a la de la llegada de los noruegos al Polo, era evidente que los británicos solo podían haber accedido al honor de ser los segundos en lograrlo. Con estas noticias volvió el *Terra Nova*. Luego el invierno se cerró sobre la Antártida, congelando el mar y haciendo imposible que llegaran más novedades.

Durante casi un año el mundo vivió ignorando lo que allí había ocurrido. Pero cuando al verano siguiente el barco volvió para llevarlos de nuevo a la civilización, escucharon el más horrible de los relatos. El equipo de Scott no había conseguido regresar de su viaje y, como durante el invierno fue imposible salir en su auxilio, tuvieron que esperar a que despuntase la primavera para ir en su busca, aunque ya suponían que lo único que podían encontrar eran

sus cadáveres. Y así fue. Junto a ellos estaban el diario y las cartas que Scott había ido escribiendo durante la marcha, el testimonio fiel de una historia de tesón, compañerismo y sacrificio que conmovió sus corazones, al igual que poco después conmovería los del resto del mundo.

Una de aquellas cartas iba dirigida al pueblo británico. En ella Scott explicaba que, efectivamente, habían alcanzado el Polo tan solo para descubrir que los noruegos se les habían adelantado. Después contaba cómo el regreso se convirtió en una pesadilla de frío, agravada por el derrumbe físico del hombre más fuerte de toda la expedición, que les fue retrasando hasta que murió. Con el invierno en puertas las tempestades se multiplicaron, así como sus problemas, en especial los de otro de los exploradores, el capitán Oates, que volvió a retrasar la marcha hasta que, en un acto de generosidad, decidió desaparecer para dar a sus compañeros la oportunidad de alcanzar la base. Pero no sirvió de nada, a tan solo 20 kilómetros de distancia de un gran depósito de víveres una larga tempestad les detuvo para siempre. Durante esos últimos días de vida, el capitán Scott escribió una de las páginas más bellas de la historia de la literatura de viajes.

El 10 de febrero de 1913 el barco regresó a Nueva Zelanda y horas después el mundo conoció tan tristes noticias. El impacto no pudo ser mayor, los periódicos lanzaron ediciones especiales y el hecho de leer lo ocurrido en palabras de uno de sus protagonistas añadió más dramatismo a un acontecimiento ya de por sí desgarrador. De la noche a la mañana aquellos cinco hombres se convirtieron en un

modelo de valentía, entrega y coraje para todo el planeta, pero muy en especial para la nación británica y su Imperio.

Si para todos fue un fuerte impacto emocional, todavía lo fue más para Shackleton. Con independencia de los problemas que hubiera tenido con Scott, el recuerdo de las aventuras pasadas seguía estando presente, y mucho más la amistad que durante un tiempo tuviera con Wilson, otro de los fallecidos. Además, las circunstancias en las que la tragedia se había producido eran extraordinariamente parecidas a las de su propio regreso del intento de alcanzar el Polo. En aquella ocasión él y sus hombres habían estado al borde mismo de la muerte, y en ese momento, pese a haber transcurrido cuatro años, lo comprendió con toda su crueldad: una tempestad, una caída, un descenso de la temperatura, cualquier cosa habría supuesto una demora y, al igual que le había pasado a Scott y a su grupo, el más mínimo retraso hubiera podido ser fatal, tanto para él como para sus compañeros. Ahora, quizá más que nunca, comprendió lo cerca que había estado de la muerte.

Sin poder evitarlo, en un acto espontáneo que sorprendió a todos, nuestro explorador dejó Nueva York y se volvió a su país en el primer barco que pudo encontrar. Puede que fuese en ese momento, y no cuando retrocedía por la Barrera años antes, cuando sintió «el aliento de la muerte en su nuca¹⁴¹». Por eso necesitaba la compañía de Emily como nunca hasta entonces la había necesitado, para que

¹⁴¹ Shackleton, *The Heart of the Antarctic*, p. 232.

su presencia, como el abrazo de una madre, calmase el miedo que lo invadía.

Nervios, frustración y vacío

La situación en Londres era, cuando menos, muy complicada. Su hermano Frank se enfrentaba a un juicio de consecuencias impredecibles. Durante años su nombre había estado unido al de los negocios de su hermano y había sido el propio Ernest quien le había presentado a algunos de los clientes cuyo dinero había desaparecido en la trama de empresas y sospechosas operaciones comerciales organizadas por Frank. Si bien el bufete de abogados del hermano de Emily había hecho todo lo posible por ponerle a salvo de las acciones judiciales, era tal la cantidad de negocios poco claros de Frank y tantas las conexiones con los de Ernest que, dependiendo de las acusaciones que formularsen contra su hermano, su propio nombre podría quedar, como poco, en entredicho. Y Shackleton necesitaba mantener su prestigio intacto si quería volver a buscar patrocinadores para una hipotética expedición.

Afortunadamente, nada más volver de América recibió una invitación para visitar Palacio; el nuevo rey, Jorge V, quería tener una entrevista con él. Aquello no podía ser casual, la prensa había aireado los problemas con la justicia de su hermano y todo el mundo estaba al tanto de lo que sucedía. Tampoco era ningún secreto que aunque su nombre no figuraba todavía en el sumario, en algún momento, dependiendo de la extensión de las acusaciones,

podría figurar de manera indirecta o incluso directa. Para todos era evidente que *sir* Ernest estaba pasando por malos momentos, y que la incertidumbre de lo que pudiera pasar en el futuro inmediato se estaba convirtiendo en una auténtica pesadilla para él.

Por lo tanto, en el sutil mundo de gobernar entre bambalinas, donde la Corona británica era, y sigue siendo, una consumada artista, aquella invitación era una clara insinuación para que Shackleton estuviese tranquilo. Era evidente que la máxima autoridad del Imperio no se podía permitir verse involucrada en el lamentable espectáculo que suponía entrevistarse con alguien que estuviera implicado en un escándalo judicial. Por otra parte, también era una forma de mostrar su confianza en *sir* Ernest, protegiéndole así de habladurías o sospechas infundadas. Si el padre, Eduardo VII, siempre le había ayudado, ahora su hijo no se quedaba atrás en afecto y deferencia. Posiblemente fue ese entorno de confianza lo que hizo que durante la entrevista Shackleton le mostrase al rey unos deseos que hasta ese momento no había compartido ni con sus mejores amigos. «Está pensando en volver al Polo Sur¹⁴²», fueron las palabras que anotó esa noche en su diario Jorge V.

Si bien la entrevista calmó su preocupación, otras cosas no cambiaron tanto. Su hermano seguía enfrentándose a un juicio, sus padres y sus hermanas estaban viviendo con angustia esos momentos y él seguía sin saber cómo alcanzar su sueño de encontrar su particular «El Dorado». Se encontraba intranquilo, sin saber qué hacer. Como no podía quedarse en su casa, salía por las

¹⁴² Huntford, op. cit., p. 354.

mañanas, alquilaba un taxi para todo el día y se dedicaba a ir de un sitio a otro. Visitaba a unos, se reunía con otros, charlaba con todos siempre apresurado. Trataba de mantener la imagen de hombre de acción que estaba ocupado todo el día.

Una vez más, Shackleton volvió a cruzar el Atlántico para intentar relanzar su compañía de tabaco, con la que esperaba conseguir miles de libras anuales —aunque puede que en aquel momento ni él mismo se lo creyese—. Cuando regresó, seis semanas después, aunque siguió diciendo que el negocio estaba a punto de cerrarse, la realidad era que ya ni siquiera le interesaba. Fue un período complicado de su vida. No lograba encontrar una fuente estable de ingresos, y cuando daba con alguna le ponía reparos. Como cuando le ofrecieron un importante puesto en la corporación que controlaba los servicios de faros marítimos, una organización de prestigio con abundantes recursos económicos y que llevaba a cabo una actividad crucial para el tráfico naval. En pocas palabras, todo con lo que un marino siempre hubiera soñado. Pero aunque la oferta era de 1.000 libras anuales —un capitán de barco ganaba 300—, Shackleton la rechazó y trató de justificar su postura ante Emily preguntándose «qué harían ellos con tan solo mil libras al año¹⁴³».

Los ingresos de las conferencias también se habían esfumado. Otros acaparaban la atención del público: Amundsen para contar su magnífica victoria y el teniente Evans, el segundo de la expedición de Scott, para narrar la gloriosa muerte de sus compañeros. A nadie

¹⁴³ Mill, *op. cit.*, p. 189.

le interesaba escuchar al explorador irlandés hablar de un pasado que ya era historia.

Por fin, después de meses de espera y retrasos, en octubre de 1913 los cargos contra su hermano estaban formalizados y se celebró el juicio. Frank fue hallado culpable de uso fraudulento de un cheque ajeno y condenado a quince meses de trabajos forzados. En España la prensa de la época también se hizo eco de la sentencia de prisión por estafa del «hermano del célebre explorador del Polo¹⁴⁴».

Renace el explorador

La condena de su hermano supuso un punto de inflexión para Shackleton. Por fin pudo desterrar el temor de verse implicado en los turbios asuntos de Frank, cuya maraña de empresas, transacciones económicas y acciones especulativas bien podían haberle arrastrado a tener que defender su inocencia en un juicio. De haber ocurrido así y en el hipotético caso de que hubiese querido montar una nueva expedición, le hubiera resultado mucho más complicado encontrar patrocinadores, pero sobre todo le habría marcado para siempre en sus intentos futuros de introducirse en el mundo de los negocios.

Aunque en realidad Ernest no tenía muy claro si pensaba seguir en la dirección a la que se había dedicado los últimos años. Lo que le había pasado a su hermano era una advertencia clara sobre el proceloso camino que conllevaba aquel tipo de operaciones económicas de alto riesgo. Pero también le había desengañado su

¹⁴⁴ ABC, 25-X-1913.

propia experiencia en negocios más convencionales, y aunque públicamente seguía hablando de montar nuevas empresas, en un momento de sinceridad consigo mismo llegó a escribir a un amigo reconociendo que «no servía para nada, salvo para la Antártida ¹⁴⁵». En aquel estado de encrucijada emocional, el regreso de su gran amigo Wild, con quien había hecho la marcha al Polo, significó volver a tener a su lado a alguien que comprendía su añoranza de los tiempos pasados en la Antártida, tanto buenos como malos, y con quien podía soñar en voz alta con nuevas aventuras y retos. Además Wild acababa de volver de allí, se había pasado un año en la expedición antártica de Mawson, a la que Shackleton había ayudado a buscar patrocinadores, y aunque la aventura se había cobrado dos vidas, el imperturbable Wild comenzó a animar a su Jefe para preparar una gran expedición digna de su talla de explorador. Aunque, en honor a la verdad, poco había que empujar al audaz irlandés para montar una nueva expedición, pues ya la tenía organizada en su mente y el objetivo no podía ser más grandioso, complicado y peligroso: atravesar el continente antártico. Desde el punto de vista de la exploración, la expedición de Scott no había añadido nada al conocimiento de la región, tan solo el haber recorrido los últimos 180 kilómetros hasta el Polo, porque el resto de la ruta ya la había descubierto Shackleton. Tampoco la de Amundsen, salvo por el hecho de haber atravesado la cadena montañosa por una zona diferente al glaciar Beardmore, había contribuido en gran cosa a la cartografía antártica. Quedaba sin

¹⁴⁵ Mill, op. cit., p. 191.

embargo una vasta extensión de terreno inexplorada entre el mar de Weddell y el Polo Sur. Eso sí sería realmente una conquista y no una cacería de trofeos como la del Polo. El alemán Filchner lo había intentado pero había fracasado sin siquiera iniciar la travesía; un suizo estaba proyectando hacerlo, pero todavía podía adelantarse y volver a mostrar al mundo su valía como explorador, además de devolver a Gran Bretaña el protagonismo que siempre había tenido en la exploración antártica.

Sin embargo, aunque el objetivo fuese atractivo, sabía que no iba a ser sencillo conseguir financiación en su país. El gobierno no parecía muy proclive a nuevas aventuras, en particular algunos de sus miembros como Winston Churchill, que llegó a decir que «bastantes vidas y dinero se habían gastado ya en esa estéril búsqueda¹⁴⁶». También tenía que obtener el consentimiento de Emily pero, como siempre, lo tuvo incluso desde antes de que se lo plantease. Posiblemente otras mujeres sabían dar alas a la imaginación de Shackleton y fomentar sus anhelos de «hacer algo grande», pero ninguna le conocía como Emily y ninguna estaba siempre dispuesta a renunciar a todo para que él no tuviera que renunciar a nada, en especial a sus sueños. «Ernest tiene que hacerlo —llegaría a decir la propia Emily—, y la única cosa que puedo hacer es ponérselo lo más sencillo posible¹⁴⁷».

¹⁴⁶ Huntford, op. cit., p. 364.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 364

Capítulo VI

La epopeya del *Endurance*

Contenido:

§. *Otra vez «terra incognita»*

§. *La Expedición Imperial Transantártica*

§. *Rumbo a lo desconocido*

§. *Atrapados*

§. *Sobre el hielo*

§. Otra vez «terra incognita»

Conquistado el Polo Sur Geográfico, al igual que el Magnético, podría pensarse que nada quedaba por hacer en la Antártida. No era ni mucho menos así. El continente antártico continuaba siendo un territorio inexplorado. Los mapas seguían mostrando una gran superficie en blanco, donde solo se dibujaban algunas marcas periféricas aisladas correspondientes a las zonas avistadas, así como dos líneas que se aproximaban hasta su centro, el Polo Sur. En aquellos momentos, más del 90 por ciento de la superficie de ese inmenso continente helado¹⁴⁸ era todavía «terra incognita», tierra completamente desconocida.

Sin lugar a dudas todavía había mucho que explorar. Excepto las costas del mar de Ross, el resto o no había sido avistado nunca o lo había sido tan solo una vez y hacía más de medio siglo. Toda la parte occidental, casi la mitad del perímetro, era un misterio donde

¹⁴⁸ La superficie de la Antártida se estima en unos 14 millones de kilómetros cuadrados, es decir unas treinta veces la superficie de España.

un compacto mar helado había impedido incluso divisar la más mínima porción de costa, por lo que ni siquiera se podían estimar sus límites exteriores. En cuanto a la parte oriental, si bien se habían avistado algunos segmentos de costa, no se había llegado a desembarcar más que en uno de ellos y únicamente para adentrarse una decena escasa de kilómetros en su interior.

Sí, todo un mundo por descubrir. De hecho serían necesarias varias generaciones de exploradores para desentrañar todos los secretos que en aquellos tiempos todavía albergaba la inmensa superficie ignota que era la Antártida. Pero Shackleton no buscaba cartografiar una región, ni descubrir una nueva montaña o una cordillera, él —a sus treinta y nueve años de edad— quería hacer algo más impresionante, una gesta que fuese equiparable a la de alcanzar ese Polo Sur que se le había escapado de entre los dedos. Él necesitaba firmar una hazaña propia del héroe antártico que era, una hazaña que grabase su nombre en la historia de los grandes exploradores, al igual que ya estaban los de Nansen, Peary, Amundsen y Scott. Y ese «algo» no podía ser otra cosa que atravesar el continente antártico.

La última gran aventura

Pocos exploradores de su época se hubieran planteado el desafío que Shackleton se había propuesto: cruzar el continente antártico desde el mar de Weddell al de Ross, pasando por el Polo Sur. Una expedición a todas luces épica que desde su mismo inicio planteaba un reto difícil de salvar: el acceso a la Antártida por el mar de

Weddell. Porque mientras que llegar a la costa antártica por el mar de Ross, pese al cinturón de hielos que había que atravesar, ya era un acceso conocido y realizado sin mayores incidencias en más de veinte ocasiones por barcos muy diferentes a lo largo de medio siglo, el mar de Weddell permanecía indómito. Desde que un cazador de focas inglés —al que le debe el nombre— lo descubriese en el primer tercio del siglo XIX, sus aguas llenas de hielo se habían resistido a grandes navegantes —entre ellos al famoso James Ross, que descubrió el acceso por el otro lado de la Antártida—, y los últimos tres barcos que se habían internado en tan peligrosas aguas habían tenido muy desigual fortuna. El escocés William Bruce, al que Shackleton había conocido cuando fue secretario de la Royal Scottish Geographical Society, logró entrar con su barco y recorrerlo en parte descubriendo nuevas tierras, pero sin conseguir llegar hasta la costa más meridional. Por aquellas fechas y en el mismo mar, el barco de la expedición del sueco Nordenskjöld había quedado primero atrapado por el hielo y poco después aplastado y hundido, salvándose todos los miembros de la expedición por una mezcla de valor y de suerte. Por último, hacía tan solo un par de años, el barco de la expedición del alemán Filchner había logrado llegar por primera vez hasta la costa, pero quedó apresado cuando el mar se congeló a su alrededor. Durante nueve meses los exploradores alemanes vivieron con la zozobra de que la presión de los hielos los destrozase, pero por suerte eso no ocurrió y pudieron regresar vivos a la civilización.

Precisamente iba a ser ese mar traicionero el punto de entrada de la nueva expedición que Shackleton estaba bosquejando. Luego, una vez atravesado el mar de Weddell y alcanzada la costa que había descubierto Filchner, comenzaría una marcha sobre el continente helado que, teniendo solo en cuenta la distancia, representaba una longitud similar a la que tuvieron que recorrer Amundsen y Scott para alcanzar el Polo y regresar, y que por desgracia este último no pudo completar. A esta considerable travesía de unos 3.000 kilómetros había que añadir que la mitad del recorrido, desde el mar de Weddell hasta el Polo, discurría por un territorio inexplorado y que, por lo tanto, no se podían estimar los peligros y dificultades que allí se iban a encontrar.

Por si esto fuera poco, había un problema logístico adicional. Tanto Amundsen como Scott, según se acercaban a su objetivo, iban dejando depósitos de provisiones para la vuelta, hasta que al final, en las cercanías del Polo, no llevaban más que el material de acampada y comida para unos cuantos días. Sin embargo, como Shackleton no iba a regresar por el mismo camino no podría dejar depósitos, por lo que tendría que arrastrar hasta el Polo no solamente la comida para ese primer trayecto, sino también toda la que iba a necesitar desde allí hasta llegar al otro lado.

Como no era posible transportar esa cantidad de provisiones diseñó un ambicioso plan: además de un barco que les llevase a la costa del mar de Weddell, utilizaría otro para desembarcar una partida de hombres en el mar de Ross, en la Barrera, y desde allí, siguiendo la ruta que él mismo había abierto y luego había seguido Scott,

avanzarían dejando depósitos de provisiones hasta la falda de las montañas. En principio pensó utilizar para emplazar la base de este segundo equipo lo que en su día rechazara, la bahía de las Ballenas, desde donde partió hacia el Polo la expedición de Amundsen, lo que le permitiría ahorrar 100 kilómetros. El problema era que los noruegos no habían cartografiado bien su ruta a través de las montañas, mientras que la del glaciar Beardmore ya la conocía y tenía buenos mapas, con lo que al final se inclinó por esta última. De modo que el segundo equipo de hombres, procedentes del mar de Ross, dejaría su depósito más avanzado al comienzo del glaciar. En cualquier caso, el grupo principal de exploradores procedentes del mar de Weddell todavía tendría que llegar al Polo con comida suficiente para seguir caminando durante más de 600 kilómetros, hasta terminar de bajar el Beardmore y encontrar las provisiones que les hubieran dejado sus compañeros.

No era un plan sencillo y, como siempre, Shackleton quería comenzar lo antes posible: en menos de un año. Se cuenta que cuando le explicó a Amundsen su proyecto, el conquistador del Polo Sur le miró con una mezcla de asombro y de incredulidad. Para el noruego, que era un explorador metódico y prudente, los planes del británico le parecieron sorprendentes, desconcertantes y completamente descabellados. La reacción de Amundsen no era para menos, puesto que según los cálculos de Shackleton tendría que hacer toda la travesía en cien días, lo que significaba recorrer 30 kilómetros por día, es decir que debería avanzar a una velocidad

muy parecida a la que él había hecho con sus trineos tirados por perros y sus esquiadores.

Afortunadamente Shackleton había aprendido de sus errores, al menos en parte. Esta vez no solo se equiparía con esquís sino que estaba decidido a aprender a utilizarlos; además, mandó comprar un centenar de perros de trineo en el norte de Canadá. Aunque, siguiendo esas ideas tan arraigadas en el espíritu británico de la época, pensó que cualquiera podría aprender en poco tiempo a guiar un tiro de perros, por lo que volvería a descartar que un experto en este tema les acompañase.

En busca de fondos para la expedición

Eran malos tiempos para conseguir dinero para una expedición. Se respiraba un ambiente prebélico que no incitaba a la filantropía, el trágico final de Scott tampoco animaba a nuevas aventuras y, además, el escándalo de su hermano —junto con los reproches de Beardmore, que seguía molesto porque no le había devuelto sus 1000 libras— había hecho que disminuyera la credibilidad de nuestro explorador, al menos entre las grandes fortunas. Por otra parte, la siempre ambigua postura de la Royal Geographical Society hacia Shackleton, y ahora en concreto hacia su nuevo proyecto, tampoco favorecía que los patrocinadores se decidiesen. Sin embargo, su entusiasmo y determinación eran los de siempre, y esa seguridad en sí mismo y en su empresa le fue abriendo puertas.

Pese a que en la expedición del *Nimrod* había demostrado que se podían hacer grandes cosas con presupuestos relativamente

reducidos, en este caso la situación no era la misma. No necesitaría un barco sino dos, y cada uno con su correspondiente tripulación; no había un equipo de tierra sino dos, y cada uno con su propia base en la Antártida. Todo apuntaba a que los gastos se iban a duplicar y también las gestiones para conseguir el equipamiento, en especial los barcos. Si hacerse con uno siempre había sido difícil, ahora tendría que encontrar dos. Cualquiera se hubiera amedrentado, pero no un optimista como Shackleton.

Desde luego una confianza tal no podía quedar sin respuesta, y de pronto, casi por arte de magia, los dos barcos aparecieron. Para el grupo del mar de Ross utilizarían *el Aurora*, que era el barco de la reciente expedición antártica de Mawson y que además ya estaba en Australia, con lo que se evitaría todos los costes del viaje hasta allí. Por poco más de 3.000 libras tendría el barco preparado y provisionado. En cuanto al otro, el *Polaris*, no fue una ganga como el *Aurora* pero casi. Lo habían construido para llevar turistas acaudalados al Ártico, pero la proximidad del conflicto en Europa hizo que nadie quisiera arriesgarse y, como el barco era demasiado lujoso para utilizarlo para la pesca, prácticamente se lo vendieron a precio de saldo. Pagó menos de 12.000 libras por un barco mayor que el *Nimrod*, aunque menor que el *Discovery*, el navío de su primera expedición con Scott a la Antártida, aunque también hay que decir que este había costado casi 50.000 libras. Sin embargo, por muy baratos que fueran los barcos había que pagarlos y el dinero no aparecía con facilidad. Durante meses una persona acaudalada le había asegurado que quería patrocinar una parte

considerable de la expedición, pero no quería tomar esa decisión — aunque parezca mentira— sin antes consultar con su médium. La respuesta de este fue, mes tras mes, que necesitaba recibir «más luz» para poder opinar sobre el tema. Afortunadamente, mientras el médium esperaba su particular iluminación, que por cierto nunca llegó, lo mismo que el dinero, Shackleton fue consiguiendo otros patrocinadores.

El primero fue Dudley Docker, un respetable industrial, dinámico y emprendedor, cuyos negocios abarcaban muy diversos campos, desde armas a pinturas. Quizá su decisión de apoyar la expedición con la respetable suma de 10.000 libras tenía algo que ver con que se sintiese identificado con la personalidad y trayectoria vital de nuestro irlandés. Porque, y aunque sus padres le habían enviado a los mejores colegios, no habían conseguido hacer carrera de él, dado que su único interés era jugar al críquet —cosa que, por cierto, hacía muy bien—. Fueran las razones que fueran, el caso es que apoyó la empresa de Shackleton y este, en agradecimiento, puso su nombre a uno de los botes que más tarde le salvarían la vida.

En esta ocasión el gobierno no quiso sentirse presionado por la sociedad como había ocurrido con la expedición anterior y decidió contribuir desde el principio. Incluso cuando todavía no se había hecho público el anuncio de la nueva expedición, ofreció colaborar con 10.000 libras. Con la promesa de este dinero y algún otro que ya tenía confirmado, el 29 de diciembre de 1913 Shackleton, sin más demoras, decidió enviar una carta al periódico *The Times* informando de sus intenciones. Necesitaba conseguir la mayor

publicidad posible para recaudar cuanto antes nuevos fondos para su expedición, ya que hasta entonces los que tenía asegurados no cubrían ni la tercera parte del gasto presupuestado.

En cualquier caso, aunque pronto toda la prensa se hizo eco de sus intenciones y la noticia se difundió a todos los rincones del Imperio, el dinero no llegaba, y cuando lo hacía era con cuentagotas. Ni siquiera el patriotismo, tan arraigado en la época, logró abrir los bolsillos; y eso que un explorador austriaco anunció a bombo y platillo que estaba ultimando un plan similar al de Shackleton para el que ya contaba con la financiación asegurada por la Sociedad Geográfica de Viena.

Llegado este punto, el innovador irlandés ideó un nuevo sistema de acercamiento a hipotéticos patrocinadores. Puesto que el método de pedir grandes sumas a un número reducido de personas acaudaladas ya no funcionaba, se propuso pedir una pequeña cantidad de dinero a un gran número de personas con una cierta posición económica. Y como no era posible acercarse a hablar con todas ellas, decidió imprimir un lujoso folleto sobre la expedición y enviárselo a centenares de familias para que apoyasen la iniciativa con la «módica» cantidad de 50 libras. El envío iba acompañado de una carta suya en la que se ofrecía visitar a quien lo deseara, para explicarle el proyecto con más detalle.

El sistema, adelantado a su tiempo, era muy propio de su personalidad siempre dispuesta a conocer gente nueva. Y lo cierto es que resultó muy eficaz para conseguir nuevos fondos para la expedición, sobre todo entre el colectivo de mujeres mayores y

adineradas que se dejaban cautivar por el encanto y el entusiasmo del atractivo explorador, quien a sus cuarenta años mantenía un porte fuerte y varonil, acompañado de la serena elegancia de la madurez. Sin lugar a dudas, su presencia, su sonrisa y su carácter expansivo y comunicativo eran una combinación demasiado poderosa para negarse a contribuir con un puñado de libras.

Sin embargo, el tiempo pasaba y el presupuesto distaba mucho de completarse, pese a haber recibido donaciones de personas de todos los rincones del mundo, incluso de Japón y China. Al igual que la vez anterior, decidió negociar la venta de la exclusiva, esta vez con el *Daily Chronicle*, pero ni aun así le cuadraban las cuentas y finalmente tuvo que recurrir a que varias personas le avalasen para solicitar a los bancos las 24.000 libras que le faltaban para completar el presupuesto y poder poner en marcha su expedición. El dinero para pagar esa cuantiosa deuda pensaba conseguirlo, como hiciera en la expedición del *Nimrod*, con los ingresos de las conferencias, así como con la venta del libro que planeaba escribir. Un procedimiento demasiado arriesgado teniendo en cuenta el elevado importe, pero en aquel momento le pareció la única forma de poder salir del atolladero económico en que se encontraba. Además, con su habitual optimismo, no concedió demasiada importancia a este problema, pues no le parecía preocupante. Ya vería cómo solucionarlo a la vuelta. Como es lógico, ni él ni nadie podía prever entonces que a su regreso la situación en su país y en todo el mundo iba a ser muy diferente. Para Shackleton todo cambió radicalmente cuando un día recibió un mensaje de sir James Caird,

un rico industrial escocés famoso por sus acciones filantrópicas. Se había enterado de la expedición y quería tener una entrevista con Shackleton. Este acudió a su casa y, como todos los que la visitaban, se sorprendió de la austeridad con que vivía y que contrastaba con la generosidad de las acciones que promovía. Durante la charla que mantuvieron, sir James mostró un gran interés sobre la expedición, pero también sobre su situación financiera, llegando a especificar que no contribuiría si no estaba completamente seguro de que se encontraba libre de deudas. Es evidente que la fama de mal gestor del explorador había llegado a sus oídos. Pero esta vez el desorganizado irlandés había decidido poner las cuentas de la expedición bajo la gestión de un bufete de abogados, lo que le permitió poder ofrecer a su hipotético patrocinador un resumen de la situación financiera real de la expedición, incluyendo la deuda avalada de 24.000 libras. En aquel momento, de improviso, sir James se ofreció a darle esa cantidad exacta para hacer desaparecer los números rojos. Shackleton comentaría más tarde que fue tan grande la sorpresa y la alegría que sintió al escuchar la propuesta que a punto estuvo de caerse de la silla donde estaba sentado. La Expedición Imperial Transantártica, como pomposamente la había denominado, ya tenía vía libre.

+++++++

Se buscan hombres

«Se buscan hombres para un viaje arriesgado. Sueldo bajo. Frío extremo. Largos meses de absoluta oscuridad. Peligro constante. No

es seguro volver con vida. Honor y reconocimiento en caso de éxito». Este fue el texto del anuncio¹⁴⁹ que Shackleton mandó publicar en la prensa para reclutar voluntarios para su expedición. Sin lugar a dudas, el texto reflejaba la cruda realidad de la aventura que iban a emprender. Sin embargo, a pesar de los términos tan inquietantes del anuncio, más de 5.000 candidatos enviaron cartas a las oficinas de la expedición solicitando un puesto. De ellos tan solo 55 acompañarían a Shackleton en la empresa.

Al igual que para seleccionar a los miembros de la expedición del *Nimrod*, en esta ocasión Shackleton tampoco siguió ningún método. Las preguntas que les hacía a los candidatos eran dispersas y parecían no tener relación alguna ni con su preparación ni con la actividad que iban a llevar a cabo. Por poner un ejemplo, a uno de los científicos le preguntó si era capaz de corear una canción, a otro si sabía tocar algún instrumento musical y a casi todos les preguntó por sus familias, aficiones o gustos. Tomadas una a una y al pie de la letra, las preguntas parecían caóticas y elegidas al azar, pero guardaban una coherencia interna que le permitía captar aspectos relevantes de la personalidad de cada hombre en momentos de crisis. En cualquier caso, como ya se ha comentado, Shackleton poseía una capacidad innata para juzgar a la gente con un simple golpe de vista, por lo que tanto las preguntas como las

¹⁴⁹ Pese a lo ampliamente divulgado que está el anuncio, que ha llegado a aparecer en el libro *The World's 100 Greatest Advertisements (Los cien mejores anuncios del mundo)*, e incluso pueden encontrarse en internet varias fotografías de recortes de prensa del supuesto original, hay que aclarar que el anuncio nunca existió. En cualquier caso, el texto se corresponde bastante bien con el carácter bromista y provocador de Shackleton.

contestaciones puede que no sirvieran más que para confirmar lo que él ya había intuido.

En una entrevista que le hizo un periodista mientras preparaba esta expedición, trató de sistematizar los criterios que estaba utilizando para la elección de sus hombres. «En primer lugar, optimismo; en segundo, paciencia; en tercero, fortaleza física; en cuarto, idealismo y, en quinto y último lugar, valor. Casi todos los hombres son valerosos —siguió diciendo como quitando importancia a este atributo para resaltar otros a su juicio más importantes—, pero el optimismo contrarresta la desilusión y confiere una fuerza sobrehumana para seguir... la impaciencia lleva al desastre... la fortaleza física no compensa las dos primeras cualidades¹⁵⁰». En una primera lectura esta opinión suya sobre los atributos que debe reunir un explorador polar sorprende y hasta podría considerarse disparatada, pero encierra un gran conocimiento psicológico de la persona en situaciones de crisis.

Una vez más, como en la expedición del *Nimrod*, tampoco buscó específicamente personas con experiencia polar. Ahora el motivo no era que temiese que su autoridad pudiera verse amenazada por alguien de mayores conocimientos sobre el terreno, pues él era un reconocido explorador polar de fama mundial. Más bien parece que consideró que, al igual que a él no le hizo falta mucho tiempo para adaptarse al medio polar, también sus hombres podrían adaptarse sin problemas. Una forma de pensar próxima a la de Scott y a una gran parte de sus conciudadanos, todavía impregnados por un aire

¹⁵⁰ Huntford, *Shackleton*, p. 196.

de suficiencia heredado de la época de grandeza del Imperio británico.

Bloques de hielo en el centro de Londres

En primer lugar trató de reclutar a sus hombres entre los que le habían acompañado en el *Nimrod*. Algunos ya no vivían, como Armitage, que se había suicidado; con otros no pudo contar, como el biólogo Murray y el Dr. Mackay, que se encontraban en una expedición al Ártico, de donde por desgracia no volverían con vida; e incluso alguno como el Dr. Marshall, que había formado parte del grupo del Polo, consideró que la expedición era una locura y se negó a participar. Sin embargo, otros muchos aceptaron la propuesta sin pensarlo, como Marston, Cheetham, Mackintosh y, por supuesto, Frank Wild, que le había ayudado a gestar la idea de la expedición y con todo derecho sería su segundo en el mando.

Al igual que había hecho Scott, Shackleton volvió sus ojos a la Armada para conseguir hombres, en concreto para el *Aurora*. La razón era doble, por una parte recibirían un porcentaje de su salario de la Armada, por lo que no era necesario pagarles más que un suplemento; por otra parte, para el grupo del mar de Ross prefería militares acostumbrados a la disciplina y a recibir órdenes, dado que estarían a cargo de Mackintosh, en quien no confiaba demasiado como líder. Es complicado entender las razones por las que eligió, pese a sus evidentes carencias, a Mackintosh como responsable del grupo del *Aurora*, pero se cree que se sentía obligado porque durante la expedición del *Nimrod* tuvo un accidente

en el que perdió un ojo, lo que le impidió pasar el invierno en la base y muy posiblemente formar parte del grupo que trató de llegar al Polo.

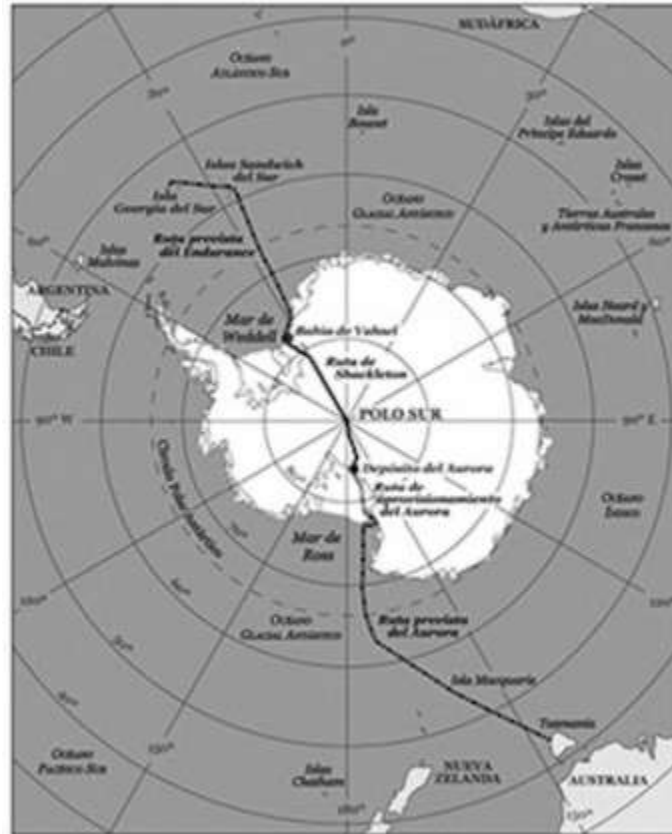
Sin embargo, la Armada no aceptó sus peticiones. Ni Shackleton era Scott —uno era un simple marino mercante y el otro un capitán de la Armada, es decir uno de los suyos—, ni tampoco los tiempos eran los mismos, pues el inminente conflicto en Europa obligaba a tener en reserva a todos los militares disponibles. Además, al frente de la Armada ahora estaba *sir* Winston Churchill, cuyo carácter era demasiado similar al de Shackleton para que se llevasen bien. En cualquier caso, consiguió que le cediese varios oficiales, aunque al final con el único que pudo contar fue con el capitán Orde-Lees de los Royal Marines —un cuerpo de élite dentro del elitismo de la Armada—, que además era montañero, esquiador y un experto en trineos motorizados.

Otro de los seleccionados para el nuevo viaje a la Antártida fue Tom Crean, al que conocía del *Discovery* y que después participó en la última expedición de Scott, donde su comportamiento fue tan relevante que recibió la medalla Albert —una de las condecoraciones británicas más distinguidas—. Además, a punto estuvo de ser seleccionado para formar parte del grupo que alcanzó el Polo, algo que le hubiera costado la vida. Un hombre de total confianza, como demostraría sobradamente durante la expedición.

También incorporó a su equipo al australiano Frank Worsley, un experto marino que tenía cuarenta y dos años, prácticamente su misma edad, y que al igual que él se había ido muy joven a la mar,

donde había servido en un gran número de barcos, durante los últimos quince años como capitán. La forma en que este tuvo noticias de la expedición fue muy curiosa —por definirla de alguna manera porque quizá el término más adecuado sería «sobrenatural»—. Según contaría el propio Worsley durante toda su vida, se encontraba en Londres cuando una noche soñó que navegaba entre bloques de hielo por la calle Burlington; al día siguiente no pudo resistir la tentación de acercarse a dicha calle, y cuando vio el cartel de la Expedición Imperial Transantártica decidió entrar y preguntar. Después de una de las clásicas entrevistas de Shackleton, este le nombró capitán del barco que le llevaría a través del mar de Weddell. Un puesto y una persona claves en la expedición.

Con el fin de promocionar su expedición en el mundo académico y conseguir que le acompañasen científicos de renombre, Shackleton impartió varias conferencias en universidades británicas. En su fuero interno nunca estuvo especialmente interesado en la ciencia, pero sabía la importancia que para el gobierno, los patrocinadores y la sociedad en general tenía incluir un amplio programa científico. Poco a poco fue formando su equipo de hombres. Una mezcolanza de personalidades muy diferentes que, como los instrumentos de una orquesta, si contaban con un buen director que supiera acompañarlos, serían capaces de hacer grandes cosas juntos. Y Shackleton era ese director, tenía la habilidad natural de saber estar próximo a sus hombres y lograr que cada uno de ellos diese lo mejor de sí mismo. Una característica de los grandes líderes.



Esquema del plan de Shackleton para atravesar la Antártida. La mitad del recorrido (desde la bahía Vashel hasta el Polo Sur) se realizaría sobre una zona completamente desconocida, donde no era posible evaluar las dificultades que iban a encontrarse.

§. La expedición Imperial Transantártica

Según pasaban los meses de aquel funesto año de 1914, y mientras los preparativos para la Gran Guerra se desarrollaban en toda Europa, Shackleton, como si no viviera en ese mundo, continuaba en Londres con los planes para su expedición. No era el único. En Austria, Felix König también seguía con los suyos y su valedor el alemán Filchner —que ya había probado los peligros del mar de Weddell— escribió por esa época que «la ciencia, al ser una

propiedad internacional, nada tenía que ver con la política¹⁵¹». Un intento casi pueril de situar las expediciones al margen de la realidad, cuando la opinión generalizada era que la guerra iba a estallar inevitablemente, solo faltaba decidir el momento.

Mientras el Almirantazgo preparaba a toda velocidad barcos y hombres para la confrontación, Shackleton seguía escribiendo en los periódicos y proclamando en las conferencias que «pretendía restablecer el prestigio de Gran Bretaña en la exploración polar¹⁵²». La tensión por el incierto futuro se extendía por toda Europa al tiempo que Shackleton y su homólogo König seguían organizando sus expediciones, buscando nuevos fondos, seleccionando a sus hombres y preparando los materiales y equipos que iban a utilizar en la Antártida. Era un mundo de sueños y soñadores dentro de otro que estaba a punto de iniciar la Primera Guerra Mundial.

«Fortitudine vincimus»

En junio, un barco procedente de Oslo llegó a un Támesis que presentaba un tráfico de barcos de guerra muy superior al habitual. Hacía meses que había cambiado de dueño, de destino y también de nombre; ya no llevaría de paseo a turistas adinerados por el Ártico, ahora iría a la Antártida en un viaje que le haría mundialmente célebre, pero del cual nunca regresaría. Sobre su casco, el nombre *Polaris* había sido sustituido por otro que proclamaba orgulloso su determinación: *Endurance* (El resistente).

¹⁵¹ *Ibíd.*, p. 381.

¹⁵² *Ibíd.*, p. 366.

Cuando Shackleton preparó su primera expedición a la Antártida estuvo a punto de cambiar el nombre de su barco, *Nimrod*, por el de *Endurance*, en alusión al lema de su familia: «Fortitudine vincimus¹⁵³», cuya traducción al inglés sería «By endurance we conquer». Aunque era una práctica habitual dar un nuevo nombre al barco cuando cambiaba de propietario, por circunstancias desconocidas no lo hizo y mantuvo el de *Nimrod*. Esta vez no quiso desaprovechar la oportunidad y lo rebautizó con ese nombre que, además de ser la divisa de su familia y la suya propia, también se convertiría en el símbolo de la expedición que iba a comenzar. En poco tiempo el barco fue avituallado y cargado con el material que llevaba semanas esperando en los muelles, entre el que se encontraba el centenar de perros canadienses cuyo recital de constantes gruñidos, ladridos y aullidos se escuchaba a gran distancia. Precisamente mientras se procedía a la estiba del barco, los acontecimientos se precipitaron en dos planos diferentes: por una parte tuvo lugar la trascendental entrevista entre *sir* James Caird y Shackleton, cuando consiguió la financiación adicional de la expedición, y por otra, el 28 de junio de 1914, se produjo el atentado de Sarajevo que causó la muerte del heredero a la corona del Imperio austrohúngaro. La cuenta atrás para la guerra había comenzado, al igual que la de la salida del *Endurance*, prevista para un mes más tarde, de nuevo coincidiendo con la semana de Cowes. A mediados de julio la reina madre Alejandra visitó el *Endurance*, como ya hiciera con el *Nimrod*, aunque en aquella ocasión lo hizo en

¹⁵³ En español vendría a significar: «El que resiste, vence»

compañía de su marido, el ya fallecido Eduardo VII. Después de recorrer todo el barco entregó a Shackleton una Biblia dedicada de su puño y letra para la tripulación. Evidentemente el alboroto de los perros también llamó su atención, y ya se dirigía hacia ellos cuando se enteró de que no volverían de la Antártida. Aquello hirió su sensibilidad y dio marcha atrás, considerando que no podría mirar a los ojos de unos animales con tan cruel destino. Paradojas de la vida, en los años siguientes tuvo que soportar la mirada de los soldados que iban a la guerra y cuyo destino no fue menos cruel.

Un mundo convulso

En las mismas fechas en que la reina madre Alejandra visitaba el *Endurance*, la crisis provocada por el atentado de Sarajevo se iba agudizando. El Imperio austrohúngaro presionaba a Serbia y todas las potencias europeas comenzaban a posicionarse ante un conflicto que consideraban inevitable. Y mientras todo esto sucedía, como si la tensión se hubiera extendido también a la Antártida, el explorador austríaco König reivindicaba su derecho prioritario sobre el mar de Weddell y exigía a Shackleton que retrasase un año la expedición británica hasta conocerse los resultados de la suya.

Ajenos a todo lo que estaba sucediendo en el resto del mundo, los dos exploradores siguieron intercambiándose cartas a fin de preparar una reunión para llegar a un acuerdo que permitiese llevar a cabo las dos expediciones. Shackleton, agobiado con los últimos preparativos de la suya, quería que el austríaco viajase a Londres, y König quería que el encuentro se desarrollase en un territorio

neutral como Berlín. Ninguno de los dos llegó a hacer el viaje. Y aunque el irlandés lo hubiera hecho, tampoco se habría podido entrevistar con el austriaco, porque este fue movilizadado y el barco de su expedición requisado para la guerra.

A la movilización austrohúngara le siguió la que ordenó el zar Nicolás II, y a esta un ultimátum de Alemania a Rusia y a Francia para exigirles que permanecieran neutrales. Poco después las fichas de dominó siguieron cayendo y las declaraciones de guerra se extendieron por todo el continente europeo. Si el explorador británico se hubiera desplazado a Berlín para esa reunión, muy posiblemente nunca hubiese podido poner rumbo a la Antártida, porque habría pasado la guerra en un campo de concentración alemán.

Los ejércitos se alineaban en todas las fronteras europeas, mientras en Londres Shackleton también ataba los últimos cabos de su expedición. Faltaban unos equipos científicos que tenían que llegar de Alemania y otros que debían hacerlo desde Francia pero, dadas las circunstancias, ya no creían que llegasen ni los unos ni los otros. Lo que sí llegó fue un telegrama del rey cancelando la inspección del *Endurance* en la semana de Cowes. Jorge V, al igual que había hecho su padre, quería, con su presencia a bordo, rendir un homenaje a la expedición delante de la alta sociedad y el país entero, pero la situación en Europa, donde cada día una nación se incorporaba al conflicto bélico, requería su presencia en Londres.

Finalmente, tal y como estaba previsto, el sábado 1 de agosto de 1914 el *Endurance* zarpó. Era un día gris, como el futuro que se

cernía inmisericorde sobre todos ellos. En el muelle volvieron a escucharse los vítores de otras ocasiones pero con un sonido más apagado, una nota de tensa preocupación se extendía sobre un mundo que se creía civilizado. En homenaje al origen escocés de su principal benefactor, James Caird, el penetrante sonido de una gaita añadió el único toque de optimismo a la jornada.

Ese mismo día Alemania declaró la guerra a Rusia, y Francia, en virtud de la alianza militar que tenía con esta, declaró la guerra a Alemania. Pocas horas después, mientras el *Endurance* bajaba por el Támesis, tropas alemanas invadían Luxemburgo. En nuestros días, con el conocimiento que tenemos de cómo evolucionó el conflicto, nos puede parecer imposible que el barco siguiese navegando mientras todo esto estaba ocurriendo. Sin embargo debemos considerar el sentimiento aislacionista que por siglos ha dominado al pueblo británico, que hizo que, incluso en aquellos momentos, una parte considerable de la sociedad todavía pensase que lo que estaba ocurriendo en el continente no tendría repercusiones para ellos. Pero no fue así, y al día siguiente de partir, cuando Shackleton bajó a tierra en la primera escala, se encontró con que los periódicos anunciaban la movilización general en Gran Bretaña. En unos minutos la Antártida se había hecho tan inalcanzable como la Luna.

Es sencillo imaginar el sentimiento que recorrió a todos los que estaban en el barco al conocer la noticia. Las esperanzas de que el conflicto quedase circunscrito al continente se habían esfumado. Había que aceptar la realidad de que su país se vería envuelto en la

guerra y, evidentemente, ellos también. Un sentimiento patriótico, que tal vez a nosotros nos resulte un poco distante, les movía a dejarlo todo —incluso un viaje de exploración— y acudir en defensa de su país. Por supuesto, nuestro explorador compartía ese impulso pero, a diferencia de sus hombres, para él la expedición era el objetivo de sus ambiciones personales, había luchado sin descanso por ella y, ahora que había conseguido que fuera una realidad, de repente todo se esfumaba delante de sus ojos.

«Proceed»

Es posible que si solo hubiera dependido de él, aquella misma mañana hubiera zarpado alegando no conocer la noticia y se hubiese lanzado a su aventura, pero sabía que ese no era el deseo de su gente, que ellos querían luchar por su nación. Así que reunió a toda la tripulación en cubierta y les dijo que eran libres para dejar el barco e incorporarse a filas. A continuación telegrafió al Almirantazgo ofreciendo tanto el barco como todas las provisiones, puesto que «las necesidades del país» estaban «por encima de otras consideraciones¹⁵⁴». Sin embargo, también añadió que en caso de que no se considerase necesario, creía conveniente salir cuanto antes para poder llegar a la Antártida en el verano austral.

Es muy posible que esa última frase del telegrama que envió Shackleton fuese más un deseo que una información, aunque puede que su optimismo recalcitrante todavía le hiciese albergar la esperanza de que ocurriese un milagro y les dejaran partir. Milagro

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 379.

en el que no debía creer mucho, porque también telegrafió a Emily diciéndole sin más ambages: «Espero que la expedición se posponga¹⁵⁵».

Tan solo una hora después recibía un telegrama del Almirantazgo con la contestación más lacónica que podía esperar: «Proceed¹⁵⁶» (Continúen). Informó en el acto a la tripulación de que habían recibido la orden de seguir, sin olvidarse de enfatizar, para evitar remordimientos de conciencia en su gente, que era una orden directa del Almirantazgo. Poco después llegó un segundo telegrama más extenso del primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill, en el que le agradecía en los términos más elogiosos su ofrecimiento y el de toda la tripulación y le confirmaba que debían seguir adelante porque la expedición contaba con el beneplácito de las más altas autoridades geográficas. Zarparon de inmediato. Y mientras el *Endurance* navegaba por el canal de la Mancha, Alemania declaraba la guerra a Francia. El viejo mundo caminaba desbocado hacia el precipicio.

Era evidente que el ofrecimiento de renunciar a su expedición por el bien de su país había conmovido a la cúpula del Almirantazgo, y el resultado había sido diametralmente opuesto al de König y su barco. Desde un punto de vista práctico no podía haberle salido mejor el órdago, pero no parece que por su parte el telegrama hubiera sido una acción calculada para forzar ese resultado, máxime cuando sus relaciones con Churchill no eran las mejores. Hizo un ofrecimiento sincero y quedó demostrado en el telegrama

¹⁵⁵ *Ibíd.*, p. 379.

¹⁵⁶ Mill, *op. cit.*, p. 202.

que le había puesto a Emily. Una vez más parecía que los versos de Browning —«De pronto, para los valientes, lo peor se transforma en lo mejor»— se habían hecho realidad para él.

Un día después el *Endurance* llegaba al puerto de Plymouth, su última escala en Gran Bretaña antes de salir hacia Buenos Aires. Shackleton, como en la expedición del *Nimrod*, no los acompañaría en la travesía del Atlántico y había regresado a Londres para ganar unas semanas en las cuales tratar de cerrar algunos asuntos. Allí fue testigo de excepción de la vertiginosa marcha a la que se desarrollaron los acontecimientos, que culminaron con la declaración de guerra de su país a Alemania a las veinticuatro horas del martes 4 de agosto. Pese a que las altas esferas políticas bullían de actividad, el día 5 fue llamado a Palacio donde se entrevistó durante veinte minutos con el rey, quien le reiteró su interés personal y el de la Corona por que la expedición siguiese adelante.

En cualquier caso, aunque el Almirantazgo, Churchill y el mismo rey le hubieran autorizado a seguir con su expedición, nuestro explorador no tenía muy claro cuál debía ser su postura. Días atrás algunos periódicos habían criticado su decisión de explorar la Antártida cuando el país se encontraba al borde de una guerra, pero en aquel momento la cosa era todavía peor ya que, desde el instante en el que venció el ultimátum a Alemania para que no invadiera Bélgica, el país ya estaba en guerra. Por unos días, el siempre decidido Shackleton dudó sobre qué hacer: si continuar una expedición que le había llevado mucho tiempo y energía sacar adelante, pero que también había costado mucho dinero a sus

patrocinadores, o, como llegó a declarar a unos periodistas, «mandar la expedición a tomar viento» y alistarse¹⁵⁷. Los carteles con la frase «El país te necesita¹⁵⁸» invadían las calles, largas filas de voluntarios esperaban frente a las oficinas de reclutamiento y una fiebre de guerra se extendía por todos los rincones. Parecía lógico que él también, pese a que ya tenía cuarenta años, se viese profundamente afectado por este ambiente y torturado por no saber qué decisión tomar. Al final la solución la encontró en Escocia, adonde acudió para pedir consejo al hombre que con su generosidad había hecho posible la expedición, *sir James Caird*. El sensato escocés logró convencerle de que era sencillo encontrar a cientos de miles de jóvenes que pudieran ir a la guerra, mientras que era muy difícil hallar a otro hombre como él, capaz de acometer el desafío de aquella expedición. Por segunda vez, aquel escocés filántropo y de vida austera había salvado la expedición.

Una vez zanjados todos los temas profesionales y personales, a finales de septiembre, con los alemanes a las puertas de París, Shackleton partió en un barco rumbo a Buenos Aires. En la escala que hizo en el puerto de Vigo, según el diario *ABC*, *sir Ernest* se interesó por los galeones cargados de oro, plata y piedras preciosas que se hundieron en aquella bahía en 1702, llegando a manifestar que «tuvo la intención de llevar a cabo trabajos para extraer tanta riqueza¹⁵⁹». Puede que fuese una reminiscencia de su costumbre de

¹⁵⁷ *Ibíd.*, p. 203.

¹⁵⁸ La primera vez que se utilizó esta frase fue en un anuncio publicado por la influyente revista *London Opinion*. Fue tal el éxito alcanzado que más tarde se imprimió en todo tipo de soportes y, desgraciadamente, en muchas más guerras.

¹⁵⁹ *ABC*, 30-IX-1914.

buscar tesoros ocultos en su niñez. Nuestro explorador llegó a Argentina en el momento preciso, porque el reaprovisionamiento del *Endurance* en Buenos Aires parecía eternizarse. Acostumbrados a la eficacia de los puertos británicos, sus hombres se desesperaban ante la parsimonia de los argentinos, que siempre prometían que todo estaría solucionado «mañana» para seguir anclados en la pasividad más absoluta semana tras semana. Ante la incapacidad de su tripulación para solucionar el asunto, Shackleton se dirigió a la máxima autoridad y, entre la fama que le precedía y su carácter campechano pero enérgico, en pocos días el problema quedó resuelto.

Esto no fue lo único con lo que tuvo que lidiar, también tuvo algún problema de personal en su propio barco. Durante la travesía del Atlántico la convivencia en el *Endurance* se había deteriorado por la presencia de algunos elementos más revoltosos de lo normal, aunque parte de la culpa también la tuvo la manera de ser del capitán Worsley, siempre risueño, informal y poco dado a imponer disciplina. Shackleton estaba decidido a no consentir esta situación. De inmediato un par de hombres fueron desembarcados y otros tantos contratados para sustituirles. Ya con todo encauzado, el 26 de octubre de 1914 el *Endurance* zarpó hacia Georgia del Sur.

Mientras, en Europa el frente se había estabilizado sobre la cicatriz de una sinuosa línea de zanjas y parapetos que cruzaba el continente desde el mar del Norte hasta la neutral Suiza. La guerra de trincheras había comenzado y pronto todo el horror de aquel infierno de sangre quedaría al descubierto. Para la tripulación de

nuestro barco todo eso quedaba atrás, lejano, como en otro planeta, aunque ellos tendrían también —más pronto de lo que podrían imaginar— su propio infierno, aunque de hielo y frío.

«Usted está más gordito»

A los pocos días de navegación, todos a bordo del *Endurance* se habían percatado de un cambio en el carácter de *sir* Ernest, como muchos le llamaban en sus diarios. La tensión y el desasosiego que arrastraba de Londres, y que se adivinaban pese a que trataba de camuflarlas tras su sonriente tranquilidad, habían desaparecido para dejar paso a una espontánea serenidad que parecía haberle quitado varios años de encima. Se encontraba en su elemento, junto a sus hombres, y se sentía seguro. Aunque todavía tenía que ganarse el respeto de muchos de ellos y eso él lo sabía. Quizá por eso, cuando a los pocos días apareció un polizón de diecinueve años, comprendió que había llegado su oportunidad. En un barco pequeño todo se sabe e inmediatamente la tripulación se acercó a presenciar la escena. Para gran sorpresa de los nuevos, *sir* Ernest, de quien todos sabían que se codeaba con reyes, frecuentaba salones distinguidos y disertaba ante públicos eruditos, se encaró hecho una furia con el pobre diablo. En sus años de aprendiz, de oficial y de visitar todos los puertos del mundo había adquirido un léxico muy extenso que en aquel momento le permitió arremeter contra el polizón con tal torrente de palabras y frases barriobajeras que casi llegó a abochornar a aquellos hombres de mar acostumbrados a escuchar de todo. Durante unos minutos aquel

huracán verbal continuó incontenible. Nuestro marino podía comprender y hasta respetar la osadía romántica del polizón, pero no estaba dispuesto a admitir la insubordinación que habían cometido los tripulantes que, sin duda, le habían ayudado a introducirse a bordo. Sus palabras y su actitud parecían dirigidas más a ellos que al pobre muchacho. Finalmente, según el testimonio de uno de los presentes, cuando creyó que la bronca ya había sido suficiente se acercó con gesto hosco y agresivo hasta casi rozar la cara del polizón y le preguntó, con el tono más amenazador posible, si sabía que en ese tipo de expediciones se pasaba mucha hambre. «Cuando hay un polizón disponible nos lo comemos el primero», le dijo. Por la cara que puso Shackleton, parecía que estuviera a punto de comerse al muchacho cuando este, que durante todo el tiempo permaneció aterrorizado ante tan feroz recriminación, supo sacar de algún lugar el suficiente valor para replicarle: «Pues creo que se equivocarían porque de usted sacarían más carne, Señor¹⁶⁰».

Dicen que el curtido irlandés tuvo que darse la vuelta para que el polizón no le viese la sonrisa, que a punto estuvo de convertirse en carcajada, ante el ingenio y la osadía del muchacho, que lógicamente en aquel momento se incorporó a la expedición con pleno derecho. También él había pasado el peculiar sistema de Shackleton para seleccionar a sus hombres, y por lo que parece lo pasó con nota, ya que después sería uno de los miembros más activos y fieles al Jefe de toda la expedición.

¹⁶⁰ Aunque la anécdota procede del mismo Frank Wild, el lugarteniente de Shackleton, es posible que esté algo novelada puesto que, según otro de los testigos, el muchacho nunca se atrevió a replicarle, limitándose a esbozar una ligera sonrisa al comprender que había sido admitido.

Georgia del Sur

La presencia de Shackleton en el barco modificó todos los patrones de comportamiento anteriores. La conducta poco autoritaria del capitán, por otra parte un magnífico navegante, la suplía con creces la figura del responsable de la expedición, y a partir de entonces el tándem formado por ambos hizo que la vida a bordo fluyese sin la más mínima alteración hasta alcanzar la isla de Georgia del Sur.

En cierta forma Georgia se reveló ante los ojos de nuestro explorador como el paraíso que tanto buscaba. De entrada, en cuanto vio que no tenían antenas para telegrafía sin hilos —como se llamaba entonces a la radio— supo que no había peligro de que el Almirantazgo, Churchill o el propio rey cambiasen de opinión y les ordenasen regresar, por lo que desde ese momento ya tenía totalmente garantizada su expedición. Pero sobre todo lo que le deslumbró fue la incesante actividad de caza de ballenas que allí se llevaba a cabo y que suponía una considerable fuente de ingresos. Sin poder evitarlo, su cabeza volvió a imaginar las posibilidades económicas que tenía aquel negocio. Ya antes había considerado la posibilidad de montar una empresa que se dedicara a la caza de ballenas, de hecho hasta había solicitado las licencias, pero ahora veía claro que el lugar para establecerlo estaba allí. Ese era el anhelado futuro que tanto buscaba.

Además el lugar tenía sus peculiaridades. Aunque la isla era posesión británica, la compañía que la explotaba era argentina, y la totalidad de las 2.000 personas que trabajan en ella eran noruegos,

hombres duros del mar habituados a un trabajo extenuante. Y en aquel ambiente, donde uno valía por lo que era, el irlandés se sintió a gusto, como nunca se había sentido en ninguna otra parte. En aquel momento, si hubiese podido, es posible que se hubiera quedado allí para siempre, pero tenía una misión que cumplir y no quería demorarse.



Ernest Shackleton a la edad de 40 años en una imagen de estudio cuando estaba preparando su siguiente expedición, la del Endurance, que le convertiría en un explorador legendario y en un modelo de líder para las generaciones futuras.

§. Rumbo a lo desconocido

Pocos barcos se habían atrevido hasta entonces a adentrarse en el mar de Weddell. Decir que se podían contar con los dedos de la mano sería casi una exageración. A excepción de los dos barcos de la expedición de James Weddell, que en 1823 tuvieron la suerte de encontrar un mar inusualmente libre de hielos, todos los que lo intentaron en el siglo XIX habían fracasado de forma estrepitosa; tal fue el caso del francés Dûmont d'Urville, del norteamericano Charles Wilkes o incluso de su compatriota el británico James Ross. En lo que iba de siglo XX, tres barcos lo habían intentado y solo dos habían conseguido entrar y salir indemnes, el de su amigo el escocés Bruce en 1904 y el del alemán Filchner siete años después. Ambos, después de muchas dificultades, habían logrado sortear espesas capas de bloques de hielo e icebergs que se extendían por centenares de kilómetros, hasta descubrir nuevas costas. Eso era precisamente lo que se proponía Shackleton, seguir sus pasos y atravesar ese complicado mar plagado de hielos y amenazas y, manteniendo más o menos la ruta de sus antecesores, pasar por delante de las tierras descubiertas por Bruce y continuar todavía más al sur hasta bahía Vahsel, el punto más meridional descubierto por Filchner y donde este había tratado de establecer su base. Ambos afrontaron peligros pero los dos lograron entrar y salir, algo que él pensaba repetir con su barco.

El barco más resistente del mundo

Durante casi un mes el *Endurance* permaneció fondeado en la bahía de Grytviken, la más grande de Georgia del Sur. Demasiado tiempo

para una escala técnica de reaprovisionamiento, pero había razones muy poderosas para ello; aquellos audaces marinos noruegos que todos los veranos navegaban en los límites del mar de Weddell para cazar ballenas habían advertido a Shackleton de que aquel año el mar estaba más poblado de hielos y de icebergs¹⁶¹ de lo habitual y que la navegación entrañaría serios peligros. Como además se dirigían hacia el Sur y tenían que atravesarlo por completo, habían llegado a sugerirle que pospusiera la expedición hasta el año siguiente.

La información era, sin lugar a dudas, muy alarmante, viniendo además de unos expertos que todos los años arriesgaban sus barcos y sus vidas entre aquellos hielos. Por eso Shackleton decidió retrasar unas semanas la partida, por si en aquel tiempo la cobertura de los hielos disminuía. Pero no fue así, más bien todo lo contrario. Todos los balleneros que regresaban, con su botín listo para ser despedazado en la factoría, le hablaban de lo complicada y peligrosa que estaba siendo la navegación aquel año.

La expedición británica contaba con un gran barco construido en un famoso astillero noruego especializado en navíos para la caza de ballenas y de focas en las regiones polares. Originalmente se había diseñado para el turismo ártico, por lo que sus fabricantes no regatearon ni en la calidad de las maderas ni en su estructura, siendo el resultado final un gran barco, bello de líneas y, en opinión

¹⁶¹ Mientras que el hielo marino está formado por bloques de muy diverso tamaño procedentes de la congelación del mar durante el invierno y por lo tanto de un espesor de uno o dos metros, los icebergs tienen su origen en las plataformas de hielo (tipo la Barrera) formadas por la acumulación en la costa del hielo que transportan los glaciares, suelen tener un espesor de más de 200 metros y kilómetros de extensión.

de muchos, el más resistente construido en Noruega —que para este tipo de embarcaciones era como decir en el mundo—. A esa aseveración se oponía una única excepción, el *Fram*, la nave construida para Nansen y que luego utilizaría Amundsen, que había sido diseñada ex profeso para poder soportar la presión de los hielos cuando quedase atrapada por el mar helado. Para eso disponía de un nuevo tipo de quilla redondeada que, en lugar de aguantar la descomunal fuerza de los hielos al entrechocar, se zafaba elevándose sobre ellos, para volver a descender cuando la presión disminuía. En cuanto al *Endurance*, aunque no había sido diseñado para que fuese atrapado por los hielos, tenía la quilla algo más redondeada que un barco tradicional, y como estaba previsto que navegase en aguas polares y no querían correr riesgos con los pasajeros, le habían dotado de refuerzos muy superiores a los de un barco normal. En cualquier caso, incluso con esa embarcación, era evidente que la decisión de navegar hacia el Sur tenía sus complicaciones.

La experiencia de Bruce y Filchner, sus dos predecesores, era verdaderamente inquietante. En ambos casos, sus barcos habían sido encerrados por el mar al congelarse, aunque con desigual fortuna, dado que Bruce solo estuvo aprisionado unas semanas mientras que Filchner permaneció nueve meses en una prisión de hielo que parecía que nunca les liberaría. Dentro del dramatismo de estos precedentes, Shackleton estaba tranquilo porque el *Endurance* era mucho más resistente que los otros dos barcos, y había llegado

a la conclusión de que si ellos habían logrado liberarse parecía casi seguro que él también lo conseguiría.

Se confirman las predicciones

El 5 de diciembre de 1914 Shackleton comprendió por fin que tendría que arriesgarse y dio la orden de zarpar de Georgia. En pocas horas la isla desapareció de su vista, y con ella el último contacto con la civilización en muchos meses, bastantes más de los que en esos momentos se imaginaban. Pronto vieron los primeros hielos y al tercer día de navegación se toparon con la banquisa. Ante sus ojos se encontraba un mar cuajado de fragmentos de lo que había sido el mar congelado, entremezclados con icebergs, que formaban una sólida muralla por la que era imposible abrirse paso. Era un espectáculo impresionante, en especial para los que lo veían por primera vez, entre los que se encontraba el capitán Worsley.

Aquel mar lleno de peligros se extendía en todas direcciones hasta perderse de vista, pero, lejos de ser algo desolador, bullía de vida. En las zonas donde los hielos estaban dispersos o no eran tan compactos retozaban indiferentes ballenas, focas y pingüinos, seguros de la protección que les ofrecía su medio natural, aunque para los hombres del *Endurance* aquello fuera un obstáculo insalvable. Les costó dos días bordear la banquisa hasta encontrar una gran abertura por donde se colaron con decisión. Volvían a estar camino al Sur.

Durante dos semanas avanzaron por la banquisa. Tuvieron que serpentear entre las masas heladas que, como tortuosas líneas

defensivas, les obstaculizaban el camino y les impedía mantener una dirección fija, viéndose constantemente obligados a bordearlas hasta encontrar una zona más fragmentada por donde adentrarse. Otras veces eran trenes de icebergs de todos los tamaños, algunos de kilómetros de longitud, lo que tenían que evitar y rodear para seguir avanzando. Worsley, para ser su primera experiencia navegando en esas condiciones, lejos de estar asustado parecía disfrutar al tener que gobernar el barco zigzagueando entre aquellos colosos cuyo simple contacto hubiera sido mortal, o seleccionando la zona más débil de la banquisa y embistiendo con resolución para abrirse camino.

Otro de los que parecían disfrutar con la novedad era Frank Hurley, el fotógrafo australiano que los acompañaba y que no cesaba de trepar a los palos, arrastrarse por el bauprés o descolgarse por la borda para tomar fotos con nuevas perspectivas. De temperamento alegre y abierto, era uno de los pocos con experiencia antártica pues acababa de estar en la expedición de su compatriota Mawson. Además de ser muy hábil para diseñar artilugios, siempre estaba dispuesto a echar una mano a cualquiera en todo lo que hiciera falta. Sorprendentemente, Shackleton siempre tuvo hacia él una actitud recelosa, aunque Hurley nunca le dio el más mínimo motivo para ello. Manías irracionales de las que ningún mortal se libra.

Aquel enjambre de hielos donde se habían metido parecía no tener fin. Los días se sucedían cargados de desesperación por la lentitud de la travesía y en particular para el líder de la expedición, quien, según su programación, contaba con que por aquellas fechas ya

estuvieran a punto de llegar a su destino, y tenía que asumir que todavía no habían recorrido ni la mitad del camino. En tan deprimentes circunstancias llegó la fiesta de Navidad, que pese a todo celebraron en un ambiente de alegría, canciones y buena y abundante comida, como le gustaba a Shackleton tratar a su gente. Después, durante otra interminable semana continuarían su lento peregrinaje a través de aquella maraña de bloques de hielo.

El último día de diciembre lograron por fin cruzar el Círculo Polar y, poco después, como si las líneas del espacio y el tiempo se hubieran aunado para recompensar sus esfuerzos, la llegada del nuevo año casi coincidió con la aparición ante sus atónitos ojos de un mar abierto. La situación era similar a la del mar de Ross, donde también los barcos tenían que salvar un cinturón de hielos para acceder a aguas libres, pero con la diferencia de que la franja de hielos del mar de Weddell era mucho más densa y extensa¹⁶². Lo habían logrado. Habían salvado el obstáculo y ahora tan solo tenían que dirigirse a toda máquina en dirección Sur. En menos de un día recorrieron más de 200 kilómetros, una distancia similar a la que habían hecho en toda la semana anterior. Durante un par de días navegaron pletóricos por aquellas aguas prácticamente libres. Pero de pronto la euforia desapareció; los hielos volvieron a bloquear su camino y de nuevo comenzó la odisea de tratar de encontrar un paso entre aquella masa impenetrable.

¹⁶² Hoy sabemos que la diferencia entre los dos mares estriba en que mientras que el de Ross es un mar abierto y los hielos se alejan sin impedimentos hacia el Norte, en el mar de Weddell la orografía submarina y el cinturón de islas del Norte fuerzan a las corrientes marinas a girar en círculo, impidiendo la evacuación del hielo y por lo tanto favoreciendo su acumulación.

Los días pasaban sin que lograran abrirse camino. Para complicar más las cosas, se encontraban a merced de las corrientes marinas, que hicieron que durante una semana no solo no avanzaran sino que incluso retrocedieran cuatro kilómetros. La situación era exasperante porque todavía se hallaban a casi 1.000 kilómetros de su objetivo, y era evidente que a ese ritmo nunca lo alcanzarían.

Sin embargo el 9 de enero de 1915 los obstáculos volvieron a desaparecer y el *Endurance* pudo navegar en tan solo un día más de 250 kilómetros. El entusiasmo volvió a renacer entre los expedicionarios, más aún cuando divisaron la costa descubierta por Bruce en 1904. Durante dos días bordearon aquellos acantilados verticales de 30 metros de altura hasta que alcanzaron una amplia bahía: habían llegado al extremo de la zona explorada por Bruce. A partir de aquel punto, y hasta llegar a la parte descubierta por Filchner, todo era una costa desconocida a la que pusieron el nombre de Caird en honor a su patrocinador.

La alegría duro poco, una vez más los restos de la banquisa hicieron acto de presencia y les cerraron el paso. De nuevo el lento avance, retroceso y vuelta a avanzar por los escasos pasos practicables en aquella amalgama de hielos. Horas después de este penar, Worsley observó un lugar donde los acantilados de hielo de la costa bajaban en suave pendiente hasta el mar. El lugar parecía ideal para descargar el material y montar la base pero Shackleton no quiso; todavía se encontraban a 400 kilómetros de bahía Vahsel. Si desembarcaban donde sugería Worsley significaría incrementar esa distancia a la que tendrían que recorrer el año siguiente. Un

esfuerzo adicional difícil de asumir sin poner en peligro toda la expedición.

Durante un par de días siguieron zigzagueando por masas casi impenetrables hasta que el 15 de enero volvieron a encontrar mar abierto y de nuevo se precipitaron a toda máquina hacia un objetivo que ya parecía estar al alcance de la mano. En las siguientes veinticuatro horas lograron navegar algo más de 200 kilómetros, pero una vez más los hielos detuvieron su avance y, por si fuera poco, estalló una tempestad que les obligó a refugiarse detrás de un gran iceberg. Cuando la tormenta pasó, unas masas abigarradas de hielo volvieron a dificultar su marcha y decidieron parar máquinas y esperar a que se despejara un poco. ¡Y una vez más ocurrió! Milagrosamente volvieron a encontrar un paso y alcanzaron aguas abiertas donde recorrieron sin problemas 40 kilómetros más; se encontraban a tan solo 150 kilómetros de bahía Vahsel. Estaban a punto de conseguirlo, un día más de navegación y llegarían a su objetivo..., pero no lo lograron, porque otra vez los restos de la banquisa les cortaron el camino. Así pues, pararon máquinas y se resignaron a esperar al día siguiente. Por la mañana, para su disgusto, la situación no había mejorado, no solo seguían sin avanzar sino que durante la noche el hielo los había rodeado por completo y tampoco podían retroceder. Había que armarse de paciencia y esperar a que se volviese a abrir para poder continuar. Sin embargo, aunque en aquel momento ellos no podían ni imaginárselo, la mortaja helada que los había envuelto nunca más volvería a abrirse.



El Endurance, uno de los barcos de la expedición con la que Shackleton se proponía alcanzar el Polo Sur partiendo del mar de Weddell y continuar la travesía de la Antártida hasta el mar de Ross.

§. Atrapados

Verse completamente rodeados de hielo no provocó una situación dramática a bordo del *Endurance*. Estaban a mediados de enero, la estación no se encontraba muy avanzada y se hallaban a una latitud similar a la de su base en el mar de Ross. Si allí el *Nimrod* había permanecido hasta primeros de marzo sin dificultades, era lógico pensar que en este otro extremo de la Antártida podrían esperar al menos otro mes antes de que la situación adquiriese

tintes preocupantes. También Bruce y Filchner habían navegado por aquellas aguas en febrero, e incluso marzo, luego parecía evidente que no había motivos de alarma, al menos hasta que las temperaturas no descendiesen lo suficiente para congelar el mar; eso ya sí representaría un riesgo real.

Siguieron así varios días. Se encontraban a unos 30 kilómetros de los acantilados de la costa y esa cercanía les infundía ánimos. Además, aunque desde lo más alto del mástil no veían a su alrededor más que hielo, hacia el Sur el color del cielo tenía una tonalidad más clara, lo que significaba que en aquella zona las aguas estaban libres. Por lo tanto, si conseguían avanzar un poco más hasta alcanzarlas, el camino estaría abierto hasta la bahía Vahsel. Días después creyeron que lo lograrían, pues las corrientes y el viento fracturaron la masa de hielo y ante ellos se abrió una grieta que en un par de horas fue ensanchándose hasta convertirse en un amplio canal de casi medio kilómetro de ancho. Pero la grieta se había quedado a poco más de 10 metros del barco, y ni con las máquinas a máxima potencia y la ayuda de todas las velas desplegadas lograron romper aquella distancia tan ridícula. Poco después el canal volvió a cerrarse.

Los días transcurrieron sin cambios a su alrededor, lo único que notaban era que aquel conglomerado de hielos, con el barco formando parte de él, se iba desplazando lentamente alejándose de la costa. A finales de enero ocurrió lo que más temían, las temperaturas bajaron a 15° C bajo cero, los charcos de agua se congelaron y todo el hielo formó una masa compacta. Podían tocar

su objetivo con la punta de los dedos, un empujón más y lo lograrían. Pero ese último envite nunca llegó.

Pese a que las cosas se estaban complicando y unos pocos empezaron a reflejar en los diarios su temor a quedar atrapados, las esperanzas de la mayor parte de la tripulación seguían altas. En varias ocasiones, con un estruendo similar al de un cañonazo, la banquisa se rompía abriendo largos canales por donde hubieran podido escapar, pero ninguno llegó hasta el barco. Alguno incluso se quedó tan cerca que trataron de abrir una zanja con picos, barras y hachas para que pasase el navío. Sin embargo, pese a todos sus esfuerzos, no lo lograron.

Según avanzaba el mes de febrero empezó a ser evidente para todos que no tenían escapatoria. La caza de focas —que aprovechaban cualquier agujero en el hielo para salir— pasó de ser una distracción que proporcionaba carne fresca a los perros, a convertirse en una necesidad para acumular comida para ellos y grasa para la calefacción. A finales de mes Shackleton tuvo que asumir la realidad, por muy amarga que esta fuera. Después de haber recorrido más de 1.500 kilómetros habían quedado atrapados en el hielo a tan solo un día de su objetivo. La situación era frustrante. «Si hubiera sabido esto hace un mes —confesaría en su diario— habría establecido nuestra base en uno de los sitios por los que pasamos¹⁶³».

Pero el animoso irlandés no era hombre de lamentaciones. Sí, había perdido una oportunidad, pero aquello ya era un pasado

¹⁶³ Shackleton, *South*, p. 39.

irremediable y en aquel momento lo que tenía que hacer era preparar al barco y a sus hombres para pasar allí el invierno. Se construyeron en los alrededores del barco iglús a modo de casetas para los perros, se organizaron partidas de caza que recorrieron los alrededores buscando focas, puesto que esos animales migratorios pronto desaparecerían, y se reestructuró una zona del barco utilizada como almacén para poder alojar allí a los científicos, que hasta entonces dormían hacinados en la cámara de oficiales. Al final el lugar quedó tan confortable que le denominaron «el Ritz», en lógica referencia al célebre y suntuoso hotel.

La prisión de hielo

Había resultado relativamente sencillo preparar el barco para el invierno, pero no iba a ser tan fácil preparar a sus hombres para lo que se les avecinaba: una larga noche de más de cuatro meses. Shackleton la había pasado en dos ocasiones y sabía del miedo a la oscuridad, de los estragos psíquicos que produce el aislamiento y del tedio mortal al que conduce ver siempre las mismas caras y escuchar una y otra vez las mismas historias. Si de por sí resultaba complicado, en aquella ocasión lo iba a ser mucho más, pues tenía un grupo heterogéneo, o más bien dos grupos bien diferenciados.

Por una parte estaba el equipo de tierra, los que debían haber desembarcado para la gran marcha al Polo del año siguiente. En cierta manera se habían preparado psicológicamente para esos meses de pasividad, tenían mucho trabajo que hacer para tener listos sus equipos y además la emoción por la aventura que les

esperaba les ayudaría a soportar todas las dificultades. Por otra, estaba la tripulación del barco, que en cierta manera le preocupaba más. Si bien eran personas habituadas al enclaustramiento de la vida a bordo y a pasar largas temporadas con los mismos compañeros, también estaban acostumbrados a la válvula de escape de las escalas en los puertos. En cualquier caso, los largos meses de reclusión que les esperaban les habían pillado por sorpresa y muchos todavía no se habían hecho a la idea. Por si todo esto fuera poco, estaba el problema de la inactividad. Sus largos años de experiencia en el mar le habían enseñado que a las tripulaciones había que mantenerlas ocupadas; cuanto más trabajo mejor, porque si no comenzaban los problemas entre ellos. Él era consciente de que durante los meses que se avecinaban la actividad sería mínima y se temía que las complicaciones fueran máximas. También había otros temas que le preocupaban. Mientras que el grupo de tierra estaba formado por hombres de su total confianza y por científicos que siempre le respetarían, no tenía muy claro hasta qué punto los miembros de la tripulación acatarían, llegado un momento extremo, sus decisiones. Eran hombres duros, violentos si llegaba el caso, forjados en la escuela más cruda de la vida pero, a diferencia de los marinos de la Armada, acostumbrados a una disciplina férrea y una obediencia ciega, a estos tendría que ganárselos para que le respetaran.

Tampoco sería sencilla la convivencia entre los dos grupos. Sabía que los hombres del *Discovery* y del *Nimrod* no tendrían problemas en entremezclarse con la tripulación, sin embargo no estaba tan

seguro de lo que pasaría con los demás, en especial con los científicos, cuyas diferencias culturales, sociales y de comportamiento podrían crearle muchos problemas en una convivencia tan próxima como la que les esperaba durante los siguientes meses. Y estaba claro que su obligación como responsable de la expedición era mantenerlos a todos, sin excepción, sanos y animados en aquella prisión blanca donde habían quedado encerrados.

Fútbol, perros y canciones

En un colectivo de 28 personas existen otras tantas personalidades y formas de afrontar las situaciones. Bajo circunstancias normales es bueno dejar que cada uno encuentre la suya propia, pero en una situación tan anormal como la que iban a vivir era necesario evitar el hastío y la depresión, y pocos jefes de expediciones han estado nunca mejor preparados para ello que Shackleton. Desde su juventud era gregario, extrovertido y dispuesto a organizar cualquier tipo de actividad que le permitiese ser el centro de atención. En los barcos para transportar soldados a Sudáfrica se había caracterizado por su capacidad para planear juegos y entretenimientos de lo más diverso. Además tenía la experiencia de las noches polares del *Discovery* y del *Nimrod*, sabía lo que gustaba y lo que no y, más importante todavía, lo que era necesario para los hombres, como las actividades al aire libre. Siempre que el tiempo lo permitiera, por supuesto.

Por eso, a fin de mantener alta la moral de los suyos, organizó partidos de los deportes británicos tradicionales, fútbol y críquet; fomentó las expediciones de caza, porque aunque cada vez había menos focas era una ocasión para que los hombres salieran del barco, dieran largas caminatas y sintieran la emoción del acoso; e incluso supo dar un componente lúdico a labores que no parecían muy atractivas pero que había que hacer. Así ocurrió con la tarea de ejercitar y entrenar a los perros para tirar de los trineos. Para ello dividió a los perros en seis equipos y estimuló la competencia entre los encargados de cada uno organizando carreras de velocidad entre trineos. La carrera con el trineo sin carga la ganó el tiro de perros de Wild, y la modalidad de trineos cargados también la hubiera ganado Wild de no ser porque al pasar por un bache el trineo saltó y su ayudante, que no era otro que el propio Shackleton, se cayó —para gran jolgorio de todos— y a partir de ese momento los perros tiraron de una carga que pesaba menos, motivo por el cual fueron descalificados.

Según avanzaba el invierno las tempestades y los vientos arreciaron, las temperaturas disminuyeron a 30° C bajo cero y la noche total cayó sobre ellos. Esto obligó a limitar las salidas al exterior y sustituir esas diversiones por otras dentro del buque, algo para lo que Wild, Marston y el mismísimo capitán Worsley demostraron una habilidad especial, llegando a convertir la actividad más anodina, como cortarse el pelo, en algo festivo. Por supuesto, cualquier cumpleaños o acontecimiento era motivo suficiente para organizar una gran fiesta con todo tipo de representaciones humorísticas y de

canciones coreadas con entusiasmo por todos. Y, lógicamente, siguiendo el ritual que se había repetido durante siglos en la marina británica, todos los sábados se repartía la ración de grog¹⁶⁴ seguida del tradicional brindis de los marinos: «Por nuestras amantes y esposas... ¡para que nunca se conozcan!».

Mientras, los científicos continuaban con sus investigaciones, realizando observaciones atmosféricas, midiendo el campo magnético terrestre y dragando las aguas para estudiar la vida en el mar. Por su parte, Hurley seguía haciendo fotos desde los puntos más sorprendentes del barco, aunque desde que llegó el invierno las compaginaba con retratos de los miembros de la expedición e instantáneas de la vida a bordo, además de dedicar muchas horas a preparar todo tipo de ingeniosos inventos como llevar luz eléctrica a distintos puntos del barco.

Los primeros meses fueron tranquilos. La novedad del entorno, la charla, la lectura, las fiestas, la distracción de los juegos y las actividades, todo contribuyó a que no hubiera problemas reseñables. El único incidente lo protagonizó un marinero llamado Vincent, de fuerte complexión y carácter agresivo y dominante, que mantenía un régimen de terror sobre sus compañeros. Enterado de la situación, Shackleton le mandó llamar a su camarote; nunca trascendió la conversación que mantuvieron pero los que le vieron salir aseguraron que el fornido marinero estaba despavorido, como si hubiera visto al mismísimo diablo. El caso es que a partir de

¹⁶⁴ Una bebida preparada con agua caliente azucarada, ron y zumo de limón. Tuvo su origen en 1740, como forma de disminuir el consumo de ron de la tripulación. El adjetivo «grogui» utilizado principalmente en boxeo (del término inglés groggy) hace referencia al estado en que queda uno cuando abusa del grog.

entonces su comportamiento cambió y no volvió a protagonizar un incidente más. Entre las rutinas del barco, al igual que los científicos realizaban sus investigaciones, el cocinero las comidas y los demás la preparación de los equipos o el mantenimiento del *Endurance*, el capitán Worsley se encargaba, siempre que el tiempo lo permitía, de calcular su posición geográfica mediante medidas al sol o a las estrellas. El resultado fue el que se esperaba: al igual que el barco de la expedición de Filchner, ellos también estaban derivando hacia el Noroeste, debido a las corrientes oceánicas del mar de Weddell. Lenta pero inexorablemente se alejaban de su objetivo, aunque también se dirigían hacia las zonas más cálidas del Norte¹⁶⁵.

Con esta esperanza, todos en el barco confiaban en que al llegar la primavera, con el regreso del sol y estando en una zona más cálida, tuviera lugar un aumento significativo de la temperatura que provocase la rotura del hielo y la liberación de su barco. Una vez que esto ocurriera, volverían a poner rumbo a su destino de la bahía Vahsel, desde donde el equipo de asalto al Polo iniciaría su marcha. El único punto de intranquilidad lo provocaban los sonidos que oían, sobre todo en el silencio de las noches cuando el barco dormía; eran tremendos crujidos que se transmitían por toda aquella masa compacta que los rodeaba. En algún lugar las placas de hielo entrechocaban con violencia. Afortunadamente, todo parecía suceder a gran distancia y ellos se encontraban seguros bajo la protección del *Endurance*.

¹⁶⁵ Años después los oceanógrafos establecerían que esta corriente gira en el sentido de las agujas del reloj.

Comienzan las embestidas

Por desgracia, la seguridad no duró mucho tiempo. A primeros de abril de 1915, cuando llevaban unos dos meses atrapados, el mar de hielo, que hasta ese momento se había comportado como una placa sólida, con el barco incrustado como una almendra en una tableta de chocolate (blanco, por supuesto), de repente comenzó a agitarse. El bloque único que debía extenderse por cientos de kilómetros cuadrados se había roto en varios pedazos, y estos empezaron a moverse. Eran movimientos lentos pero poderosos, como un gigante que se despereza después de un largo sueño. Los crujidos del hielo se multiplicaron y de vez en cuando observaban en la distancia cómo dos de aquellas gigantescas placas, cada una con su propio movimiento, colisionaban lentamente. Con un chirrido aterrador, los trozos de hielo aplastados por unas fuerzas ciclópeas se elevaban amontonándose cada vez a más altura, hasta que, de pronto, las invisibles fuerzas cambiaban de dirección y desaparecían dejando tras de sí largas acumulaciones de hielo que seguían la línea por donde se había producido el choque.

Puede que entender las razones por las que se producen esas embestidas entre las diferentes placas no sea algo intuitivo. Si bien el mar al congelarse crea una única superficie plana y homogénea, esta lleva incrustados trozos de hielo, en particular los grandes icebergs que flotan en el mar, cuya distribución, forma, tamaño y masa son absolutamente aleatorios, y que ejercerán de vela y de timón de forma muy diferente. Por lo tanto, al romperse esa gran

masa, produciendo miles de placas, algo similar a las piezas desordenadas de un puzle extendidas sobre una mesa, cada una será distinta en forma y tamaño a las restantes. En esta situación, aunque todas están guiadas por las mismas corrientes marinas y los mismos vientos, y por tanto todas seguirán la misma dirección, cada una responderá de manera algo diferente a las cercanas, provocando rotaciones o desplazamientos que llevan a continuas colisiones sobre sus bordes exteriores. Esto era lo que contemplaban con evidente recelo los hombres del *Endurance*.

Por el momento el barco estaba protegido por la gigantesca placa de hielo que lo contenía. Era en sus bordes externos donde se producía aquella lucha de titanes. Pero en el caso de que su placa se fracturase por donde estaba la nave, ellos se encontrarían en el punto de choque, cuyas devastadoras consecuencias para el navío no lograban alejar de sus mentes. Al principio tuvieron que vivir con la intranquilidad de aquella amenaza; después, como los meses pasaban y no ocurría nada, la preocupación disminuyó hasta que, súbitamente, ocurrió lo que tanto temían.

Tuvo lugar la mañana del primer día de agosto. La vida a bordo era la habitual, nada hacía presagiar lo que iba a ocurrir; algunos se preparaban para el ejercicio diario de los perros cuando sintieron un temblor que se transmitía por todo el hielo; luego, como si fuera de corcho, el *Endurance* se elevó varios centímetros, se escoró y otra vez volvió a su posición. Todos sabían lo que significaba, el bloque se había roto y estaban en la línea de fractura, en pocos minutos la batalla se libraría allí. Shackleton mandó que subieran los perros a

bordo. La orden se cumplió con celeridad y, justo cuando acababa de subir el último, se produjo la embestida. La presión del hielo aumentó haciendo crujir las maderas de la estructura del barco al ser aplastado. En el exterior, el hielo que presionaba los costados se fragmentó y buscó la salida hacia arriba, destrozando los recubrimientos de madera a lo largo de la línea de flotación. Durante un tiempo que se les hizo interminable, el chirrido del hielo se unió al quejido de las maderas. Por suerte, parte del hielo — debido a la forma redondeada de la quilla— se deslizó por debajo del barco elevándolo perceptiblemente. Todos respiraron aliviados. Si bien el enfrentamiento de aquellas fuerzas titánicas continuaba por debajo, el *Endurance* estaba a salvo. Había ganado la primera batalla.

A su alrededor los restos de la confrontación eran evidentes, las perreras habían sido pulverizadas contra los costados del barco, el paisaje llano donde jugaban al fútbol estaba lleno de trozos de hielo que, literalmente, habían surgido en la superficie como si se hubiera tratado de la erupción de un volcán, o de miles de ellos que hubiesen escupido de sus entrañas trozos de hielo. Sin embargo, aunque eran conscientes de que la situación podría repetirse, el optimismo volvió a renacer gracias al comportamiento del barco, que había sido extraordinario. Si había vencido una vez, podría hacerlo las que hiciera falta.

Unos días después, varios miembros de la expedición se encontraban reunidos en el Ritz comentando la respuesta tan admirable del *Endurance* y asegurándose los unos a los otros —

quizá como forma de creérselo ellos mismos— que el barco podría aguantar cualquier presión; el Jefe se les unió y, después de escucharles un rato, como si en aquel momento hubiera recordado algo, comenzó a contarles una historia. Era sobre un ratón que vivía en una bodega aterrorizado por la presencia de un gran gato. Un día, el ratón encontró una botella de vino rota y bebió todo lo que pudo; al terminar, se irguió y retorciéndose los bigotes gritó desafiante: ¿dónde está ese gato? Nada más pronunciar esa frase Shackleton se levantó y se marchó, dejándoles sumidos en un profundo desconcierto. Él siempre se había caracterizado por su optimismo y, en consecuencia, por tener en gran estima a los optimistas, sin embargo en esta ocasión parecía como si tratara de hacer llegar a sus hombres un mensaje más próximo a la realidad. Y su realidad o, más bien, su futuro era muy incierto, como pronto podrían comprobar.

Un mes después sobrevino el segundo ataque. Fueron tres largos días de presiones intermitentes que agotaron los nervios del más templado de los expedicionarios. Hasta que de nuevo el mar de hielo, como si quisiera premiar su temple o la fortaleza del barco o todo junto, les concedió otra tregua de un mes. Ya llevaban más de ocho meses allí encerrados. Mientras, el sol había vuelto a aparecer y los días se alargaban trayendo luz y optimismo a sus corazones. El tercer ataque fue corto pero terrible: las vigas se doblaron y se retorcieron entre los angustiosos gemidos de la madera, que parecían los de un ser vivo padeciendo un dolor insoportable.

A primeros de octubre, con la llegada de la primavera, el hielo empezó a manifestar signos de estar abriéndose. Incluso a mediados de mes, por unas horas, el barco se liberó de la garra helada que lo atenazaba y volvió a flotar sobre las aguas, al tiempo que se abrieron canales entre los hielos por donde poder escapar. Aquella hubiera sido la oportunidad para el *Endurance* de liberarse del mortal abrazo del mar de Weddell, pero no hubo suerte. Cuando trataron de colarse por los canales una avería en los motores se lo impidió, y para cuando lograron repararla el camino se habían vuelto a cerrar. Cuarenta y ocho horas más tarde, como si ese mar de hielos fuera un animal vengativo que se hubiera dado cuenta de que su presa había estado a punto de escapar de entre sus garras, el barco sufrió el más violento de los ataques. Fue tal la presión que en cuestión de segundos lo escoró 30 grados; ya parecía que lo iba a tumbar para siempre cuando las fuerzas cesaron. Unos grados más y los botes salvavidas hubiesen quedado aplastados contra el hielo, complicando hasta límites extremos su situación. Pero no ocurrió así, y un par de horas después los témpanos aflojaron la presión y el barco se enderezó volviendo a su posición. Verdaderamente parecía como si aquel monstruo gigantesco de hielo estuviera jugando con ellos y disfrutara prolongando su agonía.

Puede que en aquel momento Worsley recordara lo que le había dicho Shackleton hacía varios meses, incluso antes de que comenzaran las embestidas. Todavía era julio, estaban en su camarote comentando la situación, el irlandés caminaba nervioso de un lado para otro, de pronto se paró y con una franqueza que le

impresionó le dijo: «El barco no puede aguantar así, capitán, tienes que hacerte a la idea. Puede ser cuestión de días, de semanas o de meses, pero lo que el hielo atrapa, el hielo se lo queda¹⁶⁶». Ese fatalismo, que parecía no encajar con su carácter optimista, les iba a ser de gran utilidad, porque incluso cuando parecía que el *Endurance* sería capaz de soportar las presiones, habían estado preparando todo el equipamiento que necesitarían si tenían que abandonar el buque. Un momento que parecía a punto de llegar.

¡Abandonen el barco!

La última batalla tuvo lugar una semana después. Fue una lucha enconada pero desigual. Era el 24 de octubre a las siete menos cuarto de la tarde cuando, con un sentimiento de temor creciente, vieron cómo una fuerza de millones de toneladas de presión iba avanzando sobre la banquisa destrozando a su paso la superficie del hielo y dirigiéndose directamente hacia ellos. Hasta que los alcanzó. El barco se estremeció y toda su estructura crujió ante aquel empuje colosal. Una gran masa de hielo destrozó la proa y el agua empezó a entrar por varios puntos del casco. Todos se volcaron sobre las bombas mientras McNish, el carpintero, trataba de sellar los agujeros. Pasado un tiempo la presión cedió, pero era evidente que aquello era el principio del fin. Al día siguiente, cuando en el barco ya todo estaba de nuevo bajo control, volvieron a ver cómo avanzaba el frente de presión. Toda la placa helada a su alrededor parecía estar en ebullición, a su paso bloques de hielo de toneladas

¹⁶⁶ Huntford, op. cit., p. 432.

de peso saltaban por los aires como si fuesen de papel, hasta que otra vez chocó contra ellos. El combate duró todavía un par de días, durante los cuales las vigas se curvaban chirriando hasta que, incapaces de resistir más, se rompían en un estallido seco que penetraba en sus oídos y sus almas. Las vías de agua se multiplicaban. Oficiales, científicos y marineros se turnaban con las bombas achicando hasta que caían agotados. Shackleton y Worsley enviaron a varios hombres a arriar los botes y sacar fuera del barco los equipos y las provisiones que tenían preparadas, por si tenían que abandonarlo.

Todo estaba perdido, pero aun así durante horas y horas el barco y la tripulación siguieron peleando. De repente, un grupo de ocho pingüinos emperador se acercaron a ellos y se detuvieron a corta distancia. Durante unos minutos parecía que contemplaran la escena, luego comenzaron a graznar de una forma especial, eran unos gritos tan lastimeros que más parecían un canto fúnebre. La tripulación dejó todo lo que estaba haciendo para asomarse por la borda a verlos. Siguieron sus cantos como hipnotizados mientras intercambiaban miradas interrogativas. Nadie, ni los que habían pasado más años en la Antártida, había visto nunca algo semejante y, supersticiosos como buenos marinos, supieron lo que aquello significaba. Pese a todo siguieron trabajando con ahínco durante las horas siguientes, hasta que a las cuatro en punto del 27 de octubre de 1915 Shackleton hizo un gesto con la cabeza a Wild. No hacía falta decir nada más. Había llegado el momento de abandonar el *Endurance*.

Perdidos en lo desconocido

Desde que el barco fuera apresado por los hielos habían pasado más de nueve meses, exactamente doscientos ochenta y un días de espera, de ilusiones y de lenta agonía en los que se habían desplazado más de 1000 kilómetros en dirección Noroeste, aunque si se consideraba que lo habían hecho en un errático zigzag, la distancia recorrida podría haber sido por lo menos el doble. Más o menos habían seguido la misma ruta que la del barco de Filchner; hacía tres años que también ellos habían quedado atrapados por los hielos durante nueve meses, pero ahí terminaba toda comparación. El barco alemán se pudo zafar del abrazo de los hielos y regresar a la civilización, mientras que el suyo estaba siendo engullido y ellos se encontraban sobre una placa de hielo en medio de la nada a casi 2000 kilómetros del lugar habitado más próximo, Georgia del Sur, de donde habían salido hacía casi un año. La costa más próxima, la península Antártica, estaba a 400 kilómetros, pero allí no había nada. Tan solo en el verano un grupo de balleneros se instalaba en la parte occidental de la península, en bahía de Wilhelmina, pero ellos se encontraban en el otro lado, luego para llegar allí tendrían que recorrer sobre hielo y mar varios centenares de kilómetros y después atravesar otros 250 kilómetros de montañas y glaciares inexplorados hasta llegar a ese emplazamiento ballenero. No era un panorama muy alentador, más bien parecía un suicidio colectivo. Otra opción era llegar a la isla Paulet; al menos allí había un depósito de provisiones que —paradojas de la vida— el propio

Shackleton había sugerido montar cuando estuvo ayudando a preparar la operación de rescate de los hombres de la expedición de Nordenskjöld hacía entonces doce años. Pero hasta ese pequeño refugio había casi 700 kilómetros y luego tendrían que salir de aquella isla desértica, ya que nadie podría ni imaginar que estaban allí y por lo tanto nadie iría a rescatarles.

Si para cualquiera aquello era una situación desesperada, todavía lo era más para Shackleton. Sus sueños y ambiciones de llevar a cabo la primera travesía de la Antártida se habían volatilizado por completo, y con ello, a su juicio, la posibilidad de entrar en el libro de la historia como un gran explorador. La Expedición Imperial Transantártica había sido su última oportunidad y había terminado en un naufragio, pero si su futuro como explorador se había esfumado, su vida y la de sus hombres también tenían un futuro incierto, sobre todo si no hacía nada. Pero lo hizo, y aquella noche anotó en su diario: «Cuando un hombre tiene una meta y esta se evapora, tiene que tener la suficiente flexibilidad para buscar una nueva». Y, como el ave fénix que renace de sus cenizas, seguiría escribiendo: «Ruego a Dios que consiga devolver a la civilización a todos mis hombres¹⁶⁷». Pese a estar solos en aquel infierno blanco, perdidos en medio de la nada, afrontando la situación más desesperada que uno pueda imaginar y olvidados por un mundo en guerra, todavía tenían esperanza porque Shackleton ya tenía «su» nueva meta: ¡salvarlos a todos!

¹⁶⁷ *Ibíd.*, p. 456.



Ruta seguida por el Endurance y posteriormente por Shackleton y sus hombres. 1) El Endurance zarpa de Georgia del Sur el 5 de diciembre de 1914. 2) Se topan con la banquisa. 3) Los hielos atrapan el barco el 18 de enero de 1915. 4) Dejan de ver la costa antártica. 5) Abandonan el Endurance el 27 de octubre de 1915. 6) El Endurance se hunde el 21 de noviembre de 1915. 7) Se lanzan al mar en los botes el 9 de abril de 1916. 8) Los tres botes alcanzan la isla Elefante el 16 de abril de 1916 y ocho días después Shackleton vuelve a zarpar en busca de ayuda en el James Caird. 9) Desembarcan en Georgia del Sur el 10 mayo de 1916.

§. Sobre el hielo

Para un marino su barco es algo más que una casa flotante. A los que hemos nacido tierra adentro nos puede parecer un objeto inanimado, pero ellos llegan a tener una conexión tal con él que lo sienten como un ser vivo que los acoge en su seno y les protege de un entorno hostil. Incluso en lengua inglesa se refieren al barco como «ella», lo que en el mundo masculino de los hombres de mar tiene, como es de suponer, unas connotaciones muy especiales. Para los hombres de Shackleton el *Endurance* había sido todo eso y más, pues durante los últimos meses lo habían visto luchar denodadamente por salvarse y salvarlos. Pero todo había terminado y, dentro de la tragedia, una sensación de serenidad se apoderaba de ellos, porque al menos había desaparecido la incertidumbre del resultado de aquella batalla. A partir de aquel momento sabían que iba a comenzar una nueva etapa, y esa excitación por afrontar algo diferente les ayudó a suavizar la desmoralización del momento.

Durante toda la tarde trasladaron los centenares de kilos de provisiones y equipos a un lugar seguro alejado del barco, luego montaron las cinco tiendas que tenían y se echaron a descansar de cualquier manera, pues estaban agotados física y psíquicamente. A la mañana siguiente Wild, Hurley y el Jefe se levantaron los primeros y, mientras los demás todavía dormían o se iban desperezando, subieron al *Endurance* para rescatar algunas cosas; después improvisaron un fogón, calentaron leche y fueron tienda por tienda repartiéndola. Resultaba curioso que la mayoría acogiera este gesto con la naturalidad del que está acostumbrado a que le lleven el desayuno a la cama. La situación parecía tan irreal que

Wild no pudo evitar decirles con ironía: «Caballeros, si alguien quiere que también le limpiemos las botas, solo tiene que ponerlas fuera¹⁶⁸».

Muchachos, nos vamos a casa

Después del desayuno, Shackleton, aprovechando el bienestar fisiológico que siempre provoca una comida caliente, les reunió. El hielo compacto bajo sus pies podía dar la engañosa sensación de que estaban sobre tierra firme en un día de invierno, pero los restos maltrechos de su barco eran un cruel recordatorio de cuál era la auténtica realidad: una capa de hielo de dos metros de espesor les separaba de un mar insondable que se extendía cientos de kilómetros en todas direcciones.

Sin ambages, les explicó cuál era su situación y los distintos lugares a los que podían dirigirse en busca de ayuda. Aunque las corrientes del mar de Weddell seguían empujándoles hacia el Norte, su intención era acelerar el proceso avanzando sobre la banquisa y, como era probable que cuando llegasen a su borde tendrían que navegar, se llevarían con ellos los botes salvavidas. El plan era sencillo y posiblemente no pretendiese más que sustituir un estado de ánimo triste y abatido, que podía llevar a adoptar una actitud pasiva ante los acontecimientos, por la sensación de euforia que provoca la acción. El caso es que lo logró y sus últimas palabras, «Muchachos, nos vamos a casa¹⁶⁹», levantaron un coro de vítores.

¹⁶⁸ Shackleton, op. cit., p. 86.

¹⁶⁹ Huntford, op. cit., p. 455.

Sin demora y antes de que todos comenzasen los preparativos, decidió poner orden en el campamento. En primer lugar asignó el puesto de cada uno en las tiendas. En apariencia era una distribución espontánea de sus hombres, pero un examen más detallado revela un conocimiento de las personalidades de cada uno, de tal manera que los grupos que formó, además de ser homogéneos, tenían siempre al frente a uno de sus hombres de confianza. Una sutil estrategia para evitar la aparición de liderazgos indeseados que, en un período largo y tenso como el que les esperaba, pudieran conducir a una situación catastrófica.

En su tienda reunió al carpintero, McNish, que, aunque era un magnífico profesional y sería uno de los pilares de su supervivencia, tenía un gran ascendente sobre la marinería ya que se consideraba con grandes conocimientos sobre las leyes del mar y no desperdiciaba oportunidad de manifestarlo; en definitiva, un posible origen de problemas, como luego quedó demostrado. También estaba un científico, el de carácter más pusilánime. Era evidente que con su elección trataba de evitar que se convirtiera en el blanco de las bromas de sus compañeros, que en esos largos encierros solían ser muy hirientes y difíciles de soportar. Por último estaba el fotógrafo, Hurley, cuyo carácter abierto y disposición a ayudar en todo, unido a su gran experiencia antártica, le convertían a los ojos de Shackleton en un posible rival, por lo que siempre trató de incorporarlo al triunvirato que formaba con Worsley y Wild, como forma de controlarlo y neutralizarlo. En este caso eran unos temores infundados, porque el comportamiento de Hurley hacia él fue

siempre respetuoso y secundó todas sus decisiones, aunque algunas fueran de dudosa efectividad.

Luego procedió al reparto de los sacos de dormir. Tampoco eso fue una tarea sencilla. Solo disponían de 18 sacos de piel, los destinados a la partida de tierra, y el resto eran de lana, de calidad muy inferior y por tanto mucho más fríos. Aparentemente los sorteó, pero todos se dieron cuenta de que había urdido una artimaña porque, mientras que al capitán Worsley, a Wild, a los otros oficiales y por supuesto a él mismo les tocaron los peores, todos sus subordinados tuvieron la «suerte» de conseguir los más abrigados.

Durante un par de días la actividad fue incesante, se embalaron las provisiones, se repartió ropa nueva de abrigo y el carpintero adaptó unos trineos para poder transportar los botes que pesaban más de una tonelada. La tarde anterior a la partida Shackleton volvió a reunirlos a todos. Con pocas palabras, aunque con sentida convicción, les explicó la necesidad de ir lo más ligeros posible, por lo que cada uno no podría llevar más que un kilo de objetos personales. Después, mientras rebuscaba algo en sus bolsillos, les recordó que ningún objeto, por más alto que fuese su valor material o sentimental, debería poner en peligro la supervivencia; mientras decía esto, con evidente teatralidad, tiró a la nieve delante de todos ellos lo que había estado buscando: un puñado de monedas de oro y su pitillera, también de oro. A continuación cogió la Biblia que les había regalado la reina madre, arrancó las cubiertas y las guardó

junto con las páginas del Salmo 23¹⁷⁰ y las de un pasaje del libro de Job¹⁷¹, se inclinó y depositó el resto del libro también en el hielo. La única excepción que autorizó fue el banjo, que les permitiría alegrar las veladas que ya se imaginaba largas y numerosas: «Es una medicina mental de vital importancia —comentó— y la vamos a necesitar¹⁷²». En pocas horas su gesto fue secundado y allí quedaron un montón de cosas de lo más variopintas: desde libros o equipamiento científico a ropa de gala, relojes y todo tipo de objetos.

Campamento Océano

A la mañana siguiente la extraña comitiva se ponía en movimiento. Delante iba Shackleton con varios hombres alisando las irregularidades del camino con picos y palas, le seguían seis equipos de perros tirando de otros tantos trineos y cerraban la marcha los hombres tirando de los botes. Como eran muy pesados, tuvieron que hacer tandas; es decir, tiraban de uno durante medio centenar de metros y luego volvían a por otro. Tras un día de inimaginables esfuerzos acamparon extenuados. Habían tenido que dar continuos rodeos para evitar los obstáculos más grandes y además avanzar y retroceder una y otra vez a por el material que habían dejado atrás. La distancia recorrida en línea recta era frustrante: apenas un par de kilómetros. La historia se repitió al día siguiente y al siguiente.

¹⁷⁰ El Señor es mi pastor, nada me falta. / Por prados de fresca hierba me apacienta; hacia las aguas de reposo me conduce / Y conforta mi alma / Me guía por senderos de justicia, por amor de su nombre / Aunque pase por valles tenebrosos, ningún mal temeré / Porque tú, Señor, estás conmigo...

¹⁷¹ ¿De qué entrañas sale el hielo? / Y la escarcha del cielo, ¿quién la engendra? / Las aguas se endurecen como piedra / Y se congela la faz del abismo.

¹⁷² Huntford, op. cit., p. 472

Tenían que avanzar sobre una placa de hielo en la que las tremendas presiones habían levantado un laberinto de montículos de hasta cuatro metros de altura, por donde era necesario avanzar zigzagueando hasta encontrar el punto más débil y allanarlo con los picos para que los botes pudieran pasar. Por si esto fuera poco, la nieve estaba blanda y trineos y hombres se hundían, estos a veces hasta más arriba de las rodillas. Pronto se hizo evidente la inutilidad de sus esfuerzos, máxime cuando la perspectiva que tenían por delante era aún peor. Hasta que por fin, después de buscar un buen trozo de hielo donde acampar —que no estaba a mucho más de tres kilómetros del *Endurance*—, Shackleton anunció a sus hombres la decisión que había tomado: se quedarían allí dejando que las corrientes les transportasen hacia el Norte, hasta que el deshielo rompiera la placa y pudieran continuar en los botes. Durante unos días se produjo un trasiego continuo entre el barco y el campamento para recoger provisiones y materiales que les permitiesen hacer más llevadera su situación. Latas de harina, de verduras, de pemmican para perros... se llevaron todo lo que se podía comer. Y no solo eso, consiguieron rescatar bastantes negativos de Hurley, e incluso cogieron planchas de madera para evitar que los sacos de dormir estuvieran en contacto directo con el hielo. No sabían el tiempo que tendrían que permanecer allí, y cuanto más cómodos estuvieran, mucho mejor. Desafortunadamente, las condiciones del hielo en los alrededores del barco se fueron deteriorando y hubo que suspender los viajes. Se habían quedado aislados en una masa helada que no tendría

más que un par de kilómetros cuadrados, al que bautizaron con el nombre de Campamento Océano.

Comenzaba para ellos un largo período de espera marcado por la monotonía. Las mismas caras, el mismo paisaje, las mismas comidas y las mismas conversaciones. En una semana las comodidades del barco habían sido sustituidas por las condiciones más precarias imaginables, sus posesiones no pasaban de la ropa que llevaban puesta, el saco de dormir y algunos objetos más. Los pocos libros que tenían se convirtieron en un artículo de lujo y en algunas tiendas se solía leer en voz alta durante horas. Otros grupos se juntaban alrededor de una baraja que pronto llegó a estar tan mugrienta que casi no se distinguían las figuras. Un fogón construido por Hurley permitió al cocinero prepararles todos los días comidas calientes y, a su lado, el banjo de Hussey congregaba a los que estaban dispuestos a cantar. Entre todos ellos siempre se distinguía la figura de Shackleton, charlando con unos, cantando con otros, bromeando en cualquier ocasión o jugando interminables partidas de cartas. El Jefe tenía una sencilla naturalidad para relacionarse con todos.

Se nos va, muchachos

Llevaban tres semanas en el campamento y la rutina diaria se había asentado. Las mañanas comenzaban con un abundante desayuno de foca frita. Después unos hombres se quedaban en el campamento ejercitando a los perros, mejorando los botes o haciendo diversas labores, mientras otros salían en busca de focas y

pingüinos, dado que las raciones de comida que iban a ser utilizadas para la marcha transcontinental se reservaban para la travesía en botes que sería necesario hacer más adelante. Por la tarde, cada cual se dedicaba a lo que quería hasta las cinco y media, momento en que se servía la cena, habitualmente estofado de pingüino con algo más. Después se retiraban a sus tiendas para leer, charlar o jugar a las cartas. Una de aquellas tardes escucharon al Jefe gritando «Se nos va, muchachos. Se nos va¹⁷³». Todos sabían a qué se refería y salieron corriendo de sus tiendas. En la distancia todavía pudieron ver la última agonía de su barco, con la enseña azul que habían clavado a los restos de su palo más alto, desapareciendo bajo el hielo. Era el 21 de noviembre de 1915. Un año antes, más o menos por esas fechas, zarpaban de Georgia del Sur para iniciar un viaje que ahora parecía que les iba a llevar al fondo del mar, como a su barco.

Fue un momento muy duro para ellos. Aunque por aquel entonces el orgulloso barco que había bajado el Támesis ya no era más que un amasijo de hierros triturados, maderas reventadas y mástiles rotos, ridículamente sujetos por una maraña de cuerdas. Sin embargo, pese a su decrepito estado, que más parecía una sórdida caricatura de lo que había sido, no dejaba de ser su cordón umbilical con la sociedad, con el mundo que habían dejado atrás. Poco se habló aquella noche, una ola de tristeza y melancolía se adueñó de todos ellos, y tal vez hubiese adquirido tintes mucho más depresivos de no ser porque al día siguiente Shackleton ordenó

¹⁷³ Shackleton, op. cit., p. 109

aumentar las raciones. El bienestar fisiológico asociado a la mayor ingesta de comida revivió los espíritus, salvo el de Orde-Lees, el encargado de las provisiones, que lo consideró un despilfarro que no podían permitirse dada su apurada situación. Pero para satisfacción de todos, el Jefe no le hizo ni caso y durante unos días tuvieron comida, si no hasta hartarse, sí al menos en abundancia.

Las semanas siguieron pasando con exasperante lentitud. A su alrededor todo parecía igual, aquella masa ingente de hielo donde se encontraban parecía tan fija como una roca, pero sin embargo se movía hacia el Norte, aunque con desigual velocidad. Siempre que el sol o las estrellas eran visibles Worsley utilizaba el sextante para calcular su posición; de esta manera podían medir los avances, que unos días eran rápidos, otros lentos e incluso en ocasiones sorprendentes puesto que retrocedían, pero en general se mantenía el deseado movimiento hacia el Norte que les acercaba a las tierras conocidas. Con el paso de las semanas también se acercaba el verano y las temperaturas fueron subiendo, incluso por encima de cero grados, lo que, si bien permitió secar los sacos húmedos del contacto con la nieve y de la transpiración, también convirtió el hielo del suelo en un espeso charco de aguanieve donde se hundían hasta los tobillos.

Motín en el hielo

El reblandecimiento del suelo no fue su única preocupación. Según pasaban las semanas, la deriva de los hielos, que al principio se había mantenido en dirección Noroeste, había girado hacia el Norte

para luego comenzar a describir un ligero arco hacia el Este. De mantenerse aquel rumbo, los resultados serían catastróficos ya que les alejaría de la península Antártica y sus islas adyacentes, enviándoles a una zona de mar abierto donde las probabilidades de sobrevivir en los botes cuando los hielos se fundiesen serían casi nulas.

El nerviosismo de los expedicionarios se hizo tan evidente que hasta Shackleton se dejó contagiar, pues el 19 de diciembre escribió en su diario: «Estoy pensando en salir hacia el Oeste¹⁷⁴». Efectivamente, al día siguiente expuso a los hombres su plan: abandonar el campamento y avanzar en dirección Oeste a fin de poder alcanzar con más garantías la isla Paulet, donde se encontraba un refugio con provisiones que incluso les permitirían pasar el invierno si las cosas empeoraban. Su decisión fue compartida por algunos, sin embargo otros, recordando los problemas de la marcha anterior, que se había realizado con el suelo más firme, la consideraban un disparate.

Pero ya nada podía detenerle y al día siguiente nuestro irlandés salió en busca de una ruta, y a su regreso fijó la salida para dos días después. A fin de que la superficie del hielo estuviera lo más dura posible, caminarían por la noche y descansarían durante el día, dado que en esa latitud y en esa época del año el sol prácticamente no se ocultaba, proporcionando suficiente claridad para poder caminar de noche. Pero no todo fueron decisiones difíciles, el mejor anuncio que pudo hacer a sus hombres fue que

¹⁷⁴ Lansing, *La prisión blanca*, p. 117.

durante esos dos días podrían comer todo lo que quisieran, pues al tener que viajar con el menor peso posible iban a tener que dejar atrás una gran cantidad de alimentos. Ni que decir tiene que después de dos meses de racionamiento la noticia fue recibida con tal euforia que nadie cuestionó, al menos en público, la insensatez de la decisión. Sin perder un minuto adelantaron su particular fiesta de Navidad y, en palabras de uno de ellos, se pusieron «como cerdos¹⁷⁵».

Salieron en el día y la hora acordados. A diferencia de la primera marcha donde reinaba el optimismo, el ambiente en esta ocasión fue de resignada obediencia y, como se temían, desde el principio la jornada se convirtió en una dura prueba. Estaban en verano y, aunque el interior de la capa de hielo seguía estable, durante el día la nieve de la superficie se derretía y el frío de la corta noche solo podía volver a congelar la capa más superficial. A simple vista el suelo parecía firme, pero no era más que una costra helada que se hundía al pisarla, obligando a los hombres a chapotear sobre nieve blanduzca que, en el mejor de los casos, llegaba hasta los tobillos, y normalmente hasta las rodillas e incluso más arriba. Según pasaban los días la situación se complicaba más y más. La vez anterior, la única dificultad —aunque bastante importante— era atravesar las líneas entrecruzadas de montículos de hielo, pero ahora se encontraron con que las grietas y fracturas de la placa de hielo se habían convertido en canales de agua que les cortaban el paso. Por si esto fuera poco, los canales no eran estables y se abrían

¹⁷⁵ *Ibíd.*, p. 119

y cerraban de forma aleatoria, de modo que si al toparse con uno decidían bordearlo hasta encontrar un paso, podía ocurrir que en ese tiempo —para su sorpresa y rabia— el canal ya se hubiera cerrado. Pero si tomaban la decisión de quedarse en la orilla esperando a que se cerrase, podían pasar horas hasta que esto ocurriese, si es que llegaba a suceder. Con todas esas dificultades, el avance diario no superaba los tres kilómetros.

Llevaban ya varios días con aquella marcha inhumana, que para todos era un esfuerzo inútil que no les llevaría a ninguna parte, cuando McNish, el carpintero, se negó a seguir avanzando. Worsley le recordó que estaba obligado a obedecer la orden de un superior. Claramente le estaba amenazando con que, de acuerdo con las leyes del mar, podía llevarle a la horca, pero el carpintero no se amedrentó y le respondió con un tecnicismo legal: como el *Endurance* se había hundido, la relación contractual había desaparecido, por lo tanto no estaba obligado a obedecer sus órdenes.

En parte McNish tenía razón. En aquella época los contratos estipulaban que si el barco se hundía, el contrato finalizaba y ellos dejaban de percibir su paga. Una cláusula inhumana establecida por los armadores para forzar a la tripulación a que luchase hasta el final por evitar la pérdida del barco. Invocar tal cosa en semejantes circunstancias era, a todas luces, algo absurdo, pero el agotamiento, el miedo, la desesperanza, todo contribuyó a que la tensión entre los dos hombres —que además nunca se habían llevado bien— creciera hasta extremos fáciles de imaginar. En aquel

momento llegó Shackleton; durante unos minutos no tuvo más opción que escuchar toda la diatriba que escupía la boca del carpintero. Era evidente que en tales circunstancias no se podía establecer un diálogo sensato, por lo que sin decir una palabra desapareció. Todos se quedaron desconcertados, sin saber qué podía pasar a continuación. Poco después volvió con la lista de los tripulantes y pausadamente empezó a llamarlos uno a uno hasta que se aseguró de que estaban todos. No era más que una de sus clásicas puestas en escena, pero logró su objetivo. En medio de un silencio expectante, con voz grave y mirada dura empezó a leer los términos del contrato que todos habían firmado. Una de las cláusulas específicas para la expedición les obligaba a obedecer «tanto si se encontraban a bordo, como en los botes o en la costa¹⁷⁶», y en aquellos momentos, según Shackleton, se encontraban «en la costa». Así que tenían que obedecer o atenerse a las consecuencias legales. El mensaje era claro y diáfano, les tenía arrinconados, al menos legalmente, pero quiso dejarles una salida honrosa y les recordó —aunque en realidad no estaba en el contrato— que, pese a que el *Endurance* se hubiera hundido, ellos seguirían cobrando su salario hasta que llegasen a puerto.

Era el viejo sistema de dar «una de cal y otra de arena», pero surtió el efecto deseado entre la tripulación. Había conseguido controlar el conato de motín antes de que se propagase, ahora tenía que cerrarlo del todo. Aprovechó la situación de aislamiento en que se había quedado el carpintero para llevárselo aparte y, sin ningún tipo de

¹⁷⁶ Huntford, op. cit., p. 475.

rodeos, le espetó que si persistía en su negativa a obedecerle se vería obligado a pegarle un tiro. Luego le dejó tiempo para recapacitar. Cuando un par de horas después se pusieron de nuevo en marcha, McNish había vuelto a su puesto.

Matando el tiempo

Estaba claro que Shackleton volvía a ser el líder indiscutible y todos secundarían sin rechistar sus órdenes, pero también era evidente que lo que estaban haciendo no tenía ningún sentido; en cuatro días habían recorrido en línea recta poco más de 10 kilómetros. En semejantes condiciones era completamente imposible hacer los 100 que se proponía, y al día siguiente desistió del intento. Sabía que podía interpretarse como un acto de debilidad, pero no le importó. Así que buscó un nuevo témpano que reuniese buenas condiciones y ordenó volver a montar el campamento, de la Paciencia, como pronto le llamaron.

Enseguida volvió a establecerse la misma rutina diaria que en el anterior asentamiento, aunque habían perdido mucho con el cambio. Atrás había quedado la tercera embarcación y junto a ella una gran cantidad de provisiones. Tampoco habían podido llevar consigo las maderas que ponían bajo la tienda, y la humedad y el frío se empezaron a sentir. Por si fuera poco, el tipo de témpano tampoco era el mismo; aunque fuera el mejor de los alrededores, era más poroso que el anterior y caminar por su superficie se convirtió en un constante chapoteo sobre un aguanieve que no dejaba de colarse en las botas. De buena gana hubieran vuelto al otro, al

menos a por más provisiones, pero el terreno se había deteriorado mucho y Shackleton se negó a correr el riesgo de enviar a un grupo a recogerlas.

Las semanas volvieron a pasar con la misma calma tediosa que antes. La terca convicción del irlandés de que pronto se abrirían canales donde botar las embarcaciones y navegar hacia la salvación se enfrentaba a una realidad todavía más tozuda que él, que se empeñaba en no dejarles salir de aquella trampa. En tales circunstancias los perros ya no les iban a servir para nada y mandó matar a la mayor parte. La decisión no fue bien acogida por nadie, porque los perros eran algo más que bocas que alimentar, pero no había más remedio y Wild tuvo que encargarse de aquel penoso y cruel deber.

Un mes más tarde, a principios de febrero de 1916, Shackleton, después de pensarlo con detenimiento, decidió que fuesen al campamento Océano a buscar la tercera embarcación. Los hombres se alegraron porque temían que con solo dos botes no tuvieran sitio para todos, pero sobre todo porque volverían con comida. Sin embargo, esta vez ni la comida logró subirles el ánimo. Estaban en mitad del verano, las temperaturas eran relativamente altas y durante interminables días caía un aguanieve que se fundía al contacto con el suelo y las tiendas, empapando ropas y sacos. Pero todavía peor que vivir con aquella fría humedad que calaba los huesos era que el futuro cada vez se mostraba más comprometido: los esperados canales no se abrían, es más, la banquisa parecía más compacta que nunca; la amenaza de tener que pasar allí el

invierno empezó a tomar cuerpo en algún recóndito lugar de sus mentes. Nadie se atrevía a hablar de ello por miedo a que el Jefe lo oyera, pero según pasaban las semanas el aburrimiento se conjuró con el abatimiento y una tristeza mortal invadió el campamento.

Por si esto no fuera suficiente, según avanzaba la estación empezaron a escasear las focas, hubo que comenzar a racionar la comida y el hambre hizo acto de presencia. El panorama de tener que enfrentarse al invierno sin reservas era desalentador. Desde que tuvieron que abandonar el *Endurance*, el encargado de las provisiones, Orde-Lees, había querido almacenar focas para hacer frente a una situación como la que estaban viviendo, pero Shackleton siempre se lo había impedido, porque en su opinión si así lo hubieran hecho la marinería se hubiese desmoralizado al entender que cabía la posibilidad de no salir de allí tan pronto como esperaban. En realidad nunca sabremos lo que pensaba la marinería, ninguno llevó un diario y, por lo tanto, es imposible calcular lo acertado o no de aquella decisión. Pero cuando llegó marzo, pasaron hambre todos los días.

Tierra a la vista

Mientras, el mar les empujaba y seguían su deriva otra vez hacia el Norte. Ya habían pasado la latitud de la isla Paulet, uno de sus hipotéticos objetivos, sin ni siquiera verla; tal era la distancia que todavía les separaba de la costa. A mediados de marzo, y por primera vez desde que el *Endurance* quedó atrapado, notaron que la placa de hielo en la que se encontraban se movía por efecto del

oleaje del mar. Eso solo podía significar que por fin se encontraban cerca del borde de la banquisa. Todavía tenían una oportunidad para escapar del hielo antes de que llegasen los fríos y el mar volviese a congelarse. Una corriente de alegría recorrió aquellos cuerpos desfallecidos.

Nada más abandonar el *Endurance*, hacía ya cinco largos meses, Shackleton había dado instrucciones sobre lo que cada uno de ellos tenía que hacer en caso de que el hielo se resquebrajase de improviso y tuvieran que ponerse a salvo en las embarcaciones. Había llegado el momento de ejercitarse porque ahora sí parecía que aquello podía ocurrir en cualquier momento. Sin embargo durante un tiempo no sucedió nada, incluso dejaron de sentir el movimiento del oleaje, pero dos días después de que terminase el verano, el 23 de marzo, avistaron tierra hacia el Oeste. No debía de estar a más de 100 kilómetros. Si el hielo se quebrase, podrían alcanzarla. Pero el hielo no se quebró y los días pasaban y la comida se iba agotando. La situación volvió a hacerse tan desesperada que tuvieron que matar los últimos perros. Esta vez no hubo protestas, se comieron su pemmican e incluso a los animales más jóvenes.

No había nada que pudieran hacer, ni siquiera intentar acercarse al borde de la banquisa. La superficie estaba medio derretida y era imposible avanzar con los trineos, y mucho menos con las embarcaciones a cuestas, por aquella masa de compacta viscosidad. Pero a primeros de abril la gigantesca placa de hielo comenzó a mostrar signos de agitación y poco después, casi de forma instantánea, se fraccionó en miles de pedazos. Aquello no mejoró las

cosas; si antes la situación era mala, la nueva se presentaba peor. El mar agitaba los fragmentos de banquisa con tal virulencia que los canales que se formaban entre ellos apenas permanecían abiertos. Era imposible navegar por aquel laberinto de vías de agua que constantemente se abrían y cerraban triturando, a modo de cascanueces, todo lo que encontrase en medio. Pero en ese proceso de fragmentación generalizada el témpano que les servía de plataforma también se vio afectado y, de medir casi un kilómetro de radio, quedó reducido a menos de 100 metros.

El 7 de abril volvieron a avistar tierra al Norte. Era la isla Clarence, y poco después, a su lado, pudieron distinguir la isla Elefante; les separaban poco más de 100 kilómetros, pero la banquisa había vuelto a cerrarse a su alrededor. Se encontraban en una situación muy apurada. Sabían que no aguantarían mucho más tiempo, ya no era solo la falta comida, pues a fin de cuentas les quedaban cuarenta días de raciones de marcha que reservaban para el viaje en los botes; ni siquiera les preocupaba la solidez del témpano, pese a que seguía desintegrándose y la última noche se había rajado por la mitad estando a punto de dividir el campamento. El auténtico problema eran las corrientes. De momento, aunque con ciertas oscilaciones, les habían llevado hacia el Norte, en dirección a las islas que tenían delante, pero ahora volvían a dirigirles hacia el Este, hacia mar abierto. Shackleton tenía que tomar una decisión, y cuanto antes, pues en caso contrario ya nunca podrían alcanzar aquellas islas y posiblemente ninguna otra.

¡A los botes!

El 9 de abril, aprovechando que la banquisa se había vuelto a ahuecar y abierto en mil canales, Shackleton mandó a los hombres que recogieran el campamento y preparasen las embarcaciones. Poco después les dio la orden de botarlas. Era la orden que habían estado esperando durante los largos meses que estuvieron atrapados en el hielo y, aunque las circunstancias no eran las mejores, la siguieron animados como nunca. En aquel momento no podían ni imaginar el infierno que les esperaba.

Arriaron los botes y cada uno ocupó su posición. Poco después las tres embarcaciones, encabezadas por el *James Caird* donde iba Shackleton, se alejaron de su témpano para internarse en un laberinto de canales que continuamente amenazaban con cerrarse y aplastarlos sin piedad. Fueron largas horas remando para unos hombres que no solo habían perdido la práctica sino que además estaban mal alimentados, aunque, a pesar de todo ello, consiguieron avanzar hacia donde pensaban que estaba mar abierto. Tras navegar una docena de kilómetros, cuando comenzó a oscurecer buscaron un témpano donde desembarcar y pasar la noche. Estaban agotados y al poco de cenar, salvo el que estaba de guardia, ya estaban durmiendo. Shackleton, que había estado escribiendo en su diario dentro de su tienda, decidió salir y acompañar unos minutos al solitario vigía, pero no llegó a donde él estaba. Mientras atravesaba el campamento sintió un crujido seco, prácticamente bajo sus pies, y entonces vio horrorizado cómo se desgarraba una de las tiendas. El témpano se había partido en dos

mitades y la grieta pasaba justo por debajo de esa tienda. De repente escuchó caer y chapotear algo en el agua. Sin pensarlo se lanzó al borde de la grieta y agarró lo que parecía un saco de dormir; al notar que era uno de sus hombres tiró de él con fuerza y lo sacó del agua, mientras otro marinero que también había caído lograba salir por sí solo. Pocos segundos después las dos mitades del témpano volvieron a entrechocar con un violento golpe. Se habían salvado por los pelos.

Un instante más tarde la grieta volvía a abrirse. A toda velocidad, porque cada vez se ensanchaba más, saltaron al trozo donde se encontraban las embarcaciones. Todos lograron pasar salvo Shackleton, que se demoró primero ayudando a los más rezagados y luego lanzando todo lo que podía ser de utilidad al otro lado, por lo que cuando trató de saltar la distancia ya era demasiado grande. Durante unos minutos, en la oscuridad de la noche, vio cómo sus hombres se alejaban; pero Wild ya había ordenado bajar del témpano uno de los botes y en poco tiempo volvieron a reunirse todos. Ni que decir tiene que esa noche nadie volvió a acostarse, en parte por la angustia que habían pasado, y en parte porque se quedaron animando a los dos compañeros que habían caído al agua, que para evitar congelarse, como no tenían ropa de repuesto, tuvieron que pasar la noche caminando mientras escuchaban el crujido de su ropa helada. Curiosamente, uno de ellos, el que salvó Shackleton, estuvo todo el tiempo lamentándose de que había perdido su tabaco.

Con la llegada del nuevo día volvieron a ponerse en marcha. Abría la marcha el *James Caird* con el Jefe al timón, por detrás iba el *Dudley Docke* al mando de Worsley y cerraba la comitiva el más pequeño de los tres, el *Stancomb Wills*. A la tripulación esos nombres siempre le parecieron ridículos para unos botes, pero Shackleton quiso hacer honor a sus tres principales patrocinadores y no consintió ponerles otros. Horas después por fin alcanzaron mar abierto, pero el viento era tan fuerte que tuvieron que volver atrás y buscar refugio en la banquisa. Esa noche, pese al recuerdo de la anterior, volvieron a subirse a otro témpano; era necesario dormir un poco.

La noche fue tranquila, pero lo que vieron al día siguiente cuando amaneció les sobrecogió. El viento se había convertido en un temporal que levantaba olas de nueve metros de altura, y bajo su empuje los trozos de hielo se movían por el agua con una fuerza diabólica, estrellándose contra todo lo que encontraban a su paso. En semejantes circunstancias, si lanzaban los botes al mar se convertirían en astillas en cuestión de minutos, pero la tormenta también estaba desmoronando el témpano ante sus ojos y amenazaba con destrozarlo por completo antes de que terminase el día.

Shackleton se pasó horas y horas oteando los alrededores. Si el mar no se abría pronto estarían perdidos. Por fortuna, a primera hora de la tarde divisó una amplia lengua de mar y ordenó botar las embarcaciones y alejarse en aquella dirección de inmediato. Ni esa noche ni las siguientes volverían a subirse a ningún témpano, se limitaron a buscar la protección de algún iceberg de grandes

dimensiones, juntar los tres botes, ponerlos al paio e intentar dormir como pudieran sobre aquel amasijo de objetos y cajas de provisiones.

A la mañana siguiente Worsley midió su posición al sol. El resultado fue desesperante, las corrientes les habían arrastrado casi 40 kilómetros más lejos de tierra que cuando dejaron su último campamento.

Hacia cualquier lugar

Al abandonar el campamento de la Paciencia, Shackleton comenzó a navegar en dirección Norte hacia Clarence y Elefante, las islas más próximas, pero enseguida se dio cuenta de que allí no había nada ni nadie, por lo que prefirió dirigirse hacia el Este, hacia la isla del Rey Jorge, donde todavía era posible encontrar algún barco de cazadores de focas. O bien desde allí, siguiendo una cadena de islas próximas unas a otras, alcanzar isla Decepción. Allí había una gran estación ballenera que, aun en el caso de que ya la hubieran abandonado por la proximidad del invierno, les permitiría utilizar sus magníficas instalaciones —disponían incluso de iglesia— hasta que los balleneros regresaran al año siguiente.

Sin embargo, en cuanto puso proa a Rey Jorge comprendió que con unos hombres cansados no podría navegar contra aquella misteriosa corriente que los empujaba hacia el Oeste, justo en la dirección contraria a la que querían ir. Entonces, aprovechando que soplaba viento del Noreste, decidió poner rumbo Sur y dirigirse hacia bahía Esperanza, que aunque estaba a 200 kilómetros

supondría un abrigo seguro desde el que poder acceder al refugio y a las provisiones de isla Paulet. Pero nunca llegarían. Al atardecer el viento cambió a Sureste, es decir, procedía de las profundidades del mar de Weddell y venía cargado de un frío tal que aquella noche llegaron a rondar los 20° C bajo cero. A la mañana siguiente los barcos estaban cubiertos de una capa de hielo tan espesa que hubo que romperla a hachazos.

Sus hombres estaban destrozados. Al cansancio de remar durante varios días había que añadir que esa noche el frío había congelado sus ropas empapadas, impidiéndoles dormir y llevándoles a una situación en la que parecían a punto de derrumbarse. Una vez más, Shackleton conversó con Worsley y decidieron cambiar de objetivo. Tenían que aprovechar el viento del Sureste para dirigirse a isla Elefante lo antes posible, en caso contrario la mayoría de sus hombres no llegarían vivos a ninguna parte. Pero antes autorizó que comiesen abundantemente, era la única forma que tenía de mantenerles animados.

De nuevo cambiaron de rumbo. Mientras avanzaban impulsados por el viento una fuerte tempestad hacía que el agua saltase por la borda empapándolos. Con los pies siempre metidos dentro del charco de agua helada en que se había convertido el fondo de los botes, los hombres se turnaban a los remos como forma de poder combatir algo el frío. Hasta que llegó otra noche tan horrorosa o incluso más que las anteriores. Con las primeras luces del amanecer la tempestad había amainado y por fin pudieron ver isla Elefante recortada en el horizonte, a unos 50 kilómetros. Pero

aquella luz crepuscular también permitió a Shackleton ver a sus hombres. Su aspecto era desolador: las bocas hinchadas por la sed, las manos ensangrentadas, llenas de ampollas, y al menos la mitad de ellos con la mirada perdida y apática.

Durante todo el día siguieron remando con todas sus fuerzas sin conseguir avanzar gran cosa; una corriente invisible de agua les empujaba hacia atrás. Aquello, además de un tormento, era una auténtica pesadilla que parecía no querer terminar nunca. Por si fuera poco, otra tempestad estalló por la tarde obligando a los pocos que todavía podían mantenerse en pie a pasarse toda la noche achicando agua. Por fortuna, cuando amaneció se encontraban en las inmediaciones de los acantilados de isla Elefante. Ya solo tenían que buscar un sitio donde desembarcar.

Era el séptimo día de viaje y todos estaban agotados, en especial Shackleton ya que, mientras el resto de los hombres había podido dormir un poco, él había estado al timón de su embarcación prácticamente todo el tiempo. Sus hombres recordarían siempre la tranquilidad que les transmitía cuando levantaban la vista y veían su característica silueta al frente de la expedición, siempre liderando a las otras embarcaciones y siempre afrontando el primero todos los peligros. Solo le quedaba superar el último, al menos de momento: desembarcar en una pequeña playa que habían localizado. Pero eso iba a ser arriesgado porque el lugar estaba cerrado por una línea de arrecifes que no se distinguían con claridad. Tanto su embarcación como la de Worsley iban cargadas y tenían mucho calado, por lo que decidió que la pequeña *Stancomb*

Wills fuera la primera en probar. Y, como era de suponer, hizo que se aproximara para subirse a ella y dirigir la operación personalmente. Una vez a bordo, se acercó con cuidado hasta situarse frente a lo que parecía ser una brecha en el arrecife, donde esperó hasta pasarla con ayuda de una ola de mayor tamaño que las habituales. El 16 de abril de 1916, Shackleton y sus hombres pisaban una playa pedregosa y poco hospitalaria, pero tierra firme al fin y al cabo, la primera que pisaban en cuatrocientos noventa y siete días.



El campamento que montaron los expedicionarios sobre la superficie del mar congelado cuando tuvieron que abandonar el Endurance. En

primer plano a la izquierda Shackleton junto con su fiel lugarteniente Frank Wild.



El campamento que montaron los expedicionarios sobre la superficie del mar congelado cuando tuvieron que abandonar el Endurance. En la imagen a la derecha Shackleton junto con Frank Hurley cuyas fotografías de la expedición le harían mundialmente famoso.

Capítulo VII

Un viaje legendario

Contenido:

§. *En pos de una esperanza*

§. *Por un territorio inexplorado*

§. En pos de una esperanza

Habían llegado a tierra. Volvían a tener la sólida firmeza del planeta bajo sus pies, ya no estaban sobre una delgada capa de hielo que en cualquier momento podía dejarles a merced de un mar tenebroso. Por lo menos podrían dormir sin temor a que se abriese una grieta y se los tragase, o caminar sin el peligro de terminar en las fauces de una orca que les hubiera confundido con una foca. Pero poco más. Aquella pequeña playa de apenas 30 metros de longitud rodeada de acantilados les ofrecía poca protección, o más bien ninguna, pues las marcas de marea indicaban que en días de tempestad el mar barría por completo su anhelado refugio. Tenían que buscar un lugar seguro, y al día siguiente Wild se subió a una de las embarcaciones y estuvo buscándolo durante horas, hasta que lo encontró a unos 10 kilómetros al Oeste.

La idea de volver a subirse a los botes les aterraba. Tenían muy presentes los siete días con sus seis interminables noches que habían pasado agotados, calados, hambrientos, sedientos, ateridos de frío y algunos incluso destrozados por el mareo. No, no era algo que quisieran repetir, pero Shackleton sabía que cada hora que

pasaban allí se arriesgaban a un desastre y, dos días después de haber desembarcado, se encontraban de nuevo en los botes.

Para animarse, todos se decían que iba a ser un trayecto corto — que lo era—. Lo que no pudieron prever es que nada más salir se levantaría tal tempestad que otra vez iban a estar al borde del desastre. El viento, las olas y las corrientes eran de tal magnitud que, literalmente, jugaron todo el día con las pobres embarcaciones, amenazándolas bien con arrojarlas de nuevo mar adentro —con pocas posibilidades de regresar dado el precario estado físico de los hombres—, bien con estrellarlas contra los acantilados de la isla. Al fin, después de muchas tribulaciones, entre ellas que llegaron a creer que habían perdido la embarcación de Worsley con todos sus ocupantes, lograron alcanzar la nueva playa y, sin ni siquiera poder montar el campamento porque cuando intentaron levantar las tiendas el fuerte viento desgarró dos de ellas, se tumbaron en el suelo pedregoso, dentro de unos sacos otra vez empapados, y se echaron a dormir. Muchos desearon no volver a despertarse.

A mitad de camino

Todos los días durante último año, y puede que muchas veces al día, habían soñado con volver a pisar tierra, pero nunca, ni en sus peores pesadillas, habían podido imaginar el lugar donde iban a acabar. Una isla tan escarpada y tan carente de vida que hasta aquel momento nadie, salvo ellos, se había molestado en pisar. Todos, por supuesto, sabían que estaban en la Antártida, un territorio deshabitado e inhóspito, por lo que no esperaban

encontrar un puerto lleno de vida y tabernas. Shackleton no les había engañado, siempre les había dicho que llegar a tierra no era más que el principio, una vez allí todavía faltaría lo más importante: alcanzar un punto habitado donde pudieran recibir ayuda. Todo eso lo sabían, pero en su interior algo había fallado. Quizá fuera la consecuencia de aquellos largos y crueles siete días en los botes, donde muchos creyeron que morirían, lo que hizo que identificasen la isla Elefante con una tierra de promisión donde terminarían todos sus padecimientos.

Pero la alegría y las esperanzas habían durado poco. El recibimiento fue cruel; primero una playa que en cualquier momento podía convertirse en una trampa mortal, luego lo que iba a ser un corto paseo en barco, que a punto estuvo de ser el último de sus vidas y, finalmente, cuando alcanzaron aquella playa pedregosa, una furiosa ventisca les azotó sin piedad y no paró de mortificarles durante los siguientes tres días con sus respectivas noches. Desilusionados, amargados, derrotados y desesperanzados casi todos los hombres se arrebujaron en sus sacos sin querer saber nada más ni del mundo ni de ellos mismos. Sin embargo era necesario montar un campamento, por precario que fuera, y salir a cazar para alimentarse e insuflar algo de ánimo en aquellos cuerpos reventados. No fue sencillo. «Algunos de los hombres estaban desmoralizados¹⁷⁷», escribió Shackleton, y tuvieron que sacarlos a la fuerza de sus sacos e incluso «obligarlos a trabajar con no

¹⁷⁷ Shackleton, *South*, p. 170.

demasiada amabilidad¹⁷⁸», tal y como comentaría Wild años después.

Desde un punto de vista objetivo su situación había mejorado. Habían dejado aquella inestable superficie helada que podía desaparecer en cualquier momento y estaban a salvo de aquel mar tempestuoso lleno de amenazadores hielos. Desde donde estaban, en cuanto llegase la primavera, sería sencillo navegar en dirección Oeste saltando de una isla a la siguiente hasta encontrar ayuda. Pero antes tenían que pasar el invierno y la mayoría de los hombres no quería ni considerar aquella posibilidad, preferían dejarse morir allí mismo antes que enfrentarse a nuevas penalidades, que se les hacían aterradoras.

En la Antártida ya se habían dado bastantes casos de barcos foqueros que habían naufragado y cuyas tripulaciones se habían visto obligadas a pasar el invierno en condiciones que no eran mucho mejores que las suyas. Pero aquí terminaban los parecidos, porque a diferencia de aquellos hombres que habían estado dispuestos a luchar por sus vidas, los suyos estaban desmoralizados, y en semejantes condiciones no podrían, porque no querían, afrontar las dificultades de un nuevo invierno. De hecho, Shackleton consultó con los médicos y estos consideraron que varios de los hombres, si no recibían auxilio, morirían en el plazo de un par de semanas, o como mucho de un mes. Era evidente que había que hacer algo para que saliesen de aquel estado; había que darles una esperanza al precio que fuera. Por eso, todavía en medio

¹⁷⁸ Huntford, *Shackleton*, p. 523. [↪](#)

de la ventisca, el Jefe les anunció que saldría inmediatamente en busca de ayuda.

Aferrarse a una esperanza

Se encontraban en una isla alejada de todas partes. En primavera podrían encontrar ayuda en la isla del Rey Jorge, que se encontraba a 150 kilómetros en dirección Oeste; en el peor de los casos, en isla Decepción, que estaba un poco más alejada, a 300 kilómetros, o quizá en el rosario de islas intermedias. Sin embargo, en aquella época del año los lugares habitados más próximos eran las islas Malvinas, a unos 1.000 kilómetros al Norte; el cabo de Hornos, al Noroeste, aproximadamente a la misma distancia; o la isla de Georgia del Sur, que estaba a 1400 kilómetros en dirección Noreste. En apariencia esta última era la más distante, pero como las corrientes y los vientos predominantes eran del Oeste, las dos primeras quedaban fuera de su alcance y no les dejaban más que una posibilidad: Georgia del Sur, la isla de donde habían salido hacía casi un año y medio.

La noticia activó de una forma casi milagrosa a aquellos hombres derrengados y consumidos. Hasta tal punto que, mientras la ventisca todavía seguía soplando, el carpintero se puso a preparar el *James Caird*, el único de los botes que podría afrontar aquel desafío con un mínimo de garantías. Las aguas por las que tendría que navegar eran consideradas de las más peligrosas del mundo —siguen siéndolo hoy día—. Por un lado, el extremo sur de Sudamérica —Tierra del Fuego— y, por el otro, la península

Antártica forman una especie de embudo que encajona la corriente circumpolar antártica aumentando su velocidad, mientras que la orografía del fondo submarino provoca otro obstáculo natural que forma unas olas gigantescas que se extienden por miles de kilómetros hacia el Este. Además, la meteorología es infame: un cinturón de borrascas provoca continuos temporales que, incluso en la actualidad, pueden poner a los barcos en serios problemas.

Shackleton conocía aquella zona de sus tiempos de aprendiz en el *Hoghton Tower*. Desde entonces había atravesado el paso de Drake¹⁷⁹ en bastantes ocasiones. Sabía que se enfrentarían con corrientes que podrían arrastrarles hasta 100 kilómetros en un día, con vientos huracanados de velocidades superiores a los 200 kilómetros por hora y con olas de casi 20 metros de altura, que durante una tempestad podrían desplazarse a una velocidad próxima a los 60 kilómetros por hora. Si todo eso ya era peligroso para un barco normal, para una embarcación como la *James Caird*, que no llegaba a los siete metros de eslora, aquellas aguas podrían convertirse en una trampa mortal, y más estando a las puertas del invierno, como era su caso. Y por si no fuesen suficientes riesgos, tenían que mantener el rumbo durante 1.400 kilómetros en un mar embravecido para alcanzar Georgia del Sur, una pequeña isla en los confines del océano Austral. En caso de una ligera desviación por efecto del viento, del mar o de las corrientes pasarían de largo sin posibilidades de retroceder. Y la siguiente costa era la africana, a

¹⁷⁹ Muchos historiadores reivindican que el paso de Drake debería ser llamado mar de Hoces, porque medio siglo antes de que el corsario inglés lo descubriese ya lo había hecho el navegante español Francisco de Hoces.

una distancia inalcanzable. Objetivamente era un suicidio y Shackleton, como marino experimentado, tenía que ser consciente de ello, pero los hombres necesitaban el estímulo de una esperanza, por pequeña que fuera, para luchar por su supervivencia, y su Jefe se la estaba proporcionando aun a costa de arriesgarlo todo.

Posiblemente, nadie más que él se hubiera atrevido a llevar a cabo tan desesperado intento, o de hacerlo, hubiese adoptado la postura de quien se va a sacrificar por todos. Pero ese no era el espíritu del irlandés. Él era un optimista en cuerpo y alma, estaba convencido de que lo iba a lograr y supo transmitir esa seguridad a sus hombres. Lo que tal vez obró el milagro de que, pese a los pronósticos de los médicos, todos aguantasen con vida esperando el regreso del Jefe.

El último cronómetro

Durante los siguientes días y a toda velocidad, el carpintero McNish se dedicó a preparar el bote. Le levantó las bordas para darle algo más de protección, reforzó su estructura poniendo el mástil de otro de los botes a lo largo de la quilla y construyó una cubierta de madera protegida por una lona con una pequeña abertura para poder pasar al interior. Todo ello con herramientas improvisadas y materiales procedentes de cajas de comida y de los patines de un trineo. Por último calafateó y selló las juntas con una mezcla de mechas de vela, sangre de foca y las pinturas al óleo que Marston utilizaba para sus cuadros. Luego prepararon una tonelada de piedras que haría de lastre, algo que, aunque hiciera más lenta la

embarcación, calmó la gran preocupación de Shackleton: el riesgo de volcar.

Y mientras se acondicionaba el *James Caird* bajo una lluvia helada y un viento huracanado, el Jefe seleccionó a los cinco hombres que le acompañarían. Worsley era imprescindible, solo él podría ser capaz de calcular su posición y dirigirles hasta su objetivo; el carpintero también era necesario por si había que hacer reparaciones; otro fue el marinero Vincent, aunque como en el caso del carpintero lo que posiblemente quería Shackleton era no dejar atrás a dos hipotéticos alborotadores, si bien, en honor a la verdad, ambos habían demostrado su valía en la travesía con los botes que les había llevado a isla Elefante. El resto de la tripulación la conformarían Crean, en quien siempre se podía confiar, y McCarthy, un marinero fuerte y optimista que nunca, pasase lo que pasase, perdía el buen humor, algo que iban a necesitar en el viaje que se avecinaba.

Los preparativos estaban casi terminados pero el vendaval seguía soplando con ráfagas que alcanzaban los 200 kilómetros por hora, hasta que la noche del 24 de abril el tiempo mejoró y, al amanecer, por primera vez en mucho tiempo, pudieron ver salir el sol por el horizonte, lo que permitió calibrar su cronómetro, el único que les quedaba de los 24 con los que habían salido de Gran Bretaña y que Worsley llevaba sujeto con una cuerda al cuello cuidándolo como si fuera la joya más preciada.

Shackleton dio la orden de zarpar. No habían pasado ni siete días desde que habían llegado allí. Fue un momento impresionante, unos

sabían que se enfrentaban al viaje más arriesgado que podían imaginar y las probabilidades de terminarlo con vida eran casi nulas, y los otros veían partir a su única esperanza de salir vivos de aquella playa.

Fuertes apretones de mano más elocuentes que todas las palabras del mundo, bromas de hombres para aliviar la tensión y los tres vítores preceptivos que aquella vez resonaron con más sentimiento que nunca. Wild —el hombre siempre sereno y seguro— se quedaba al frente del grupo en tierra. Sus órdenes eran, en caso de que no regresasen con ayuda, lo cual significaría que habrían muerto, conducir al resto de la expedición hasta isla Decepción al verano siguiente.

El *James Caird* todavía era visible desde la playa cuando los hombres que allí quedaban comenzaron a especular sobre cuándo volverían con ayuda; en tres semanas, en cuatro, a primeros de junio... En algún lugar de su alma se había encendido una luz de esperanza y todos lucharían por mantenerla encendida, se agarrarían a la más improbable de las posibilidades como si sus vidas dependieran de ella. Y, efectivamente, sus vidas iban a depender de mantener aquella esperanza. Mientras, en la embarcación que se alejaba, Shackleton vivió uno de los momentos más duros de su vida. Sabía que no podía haber dejado en manos de otro la responsabilidad de llevar a cabo aquel viaje suicida, pero también se daba cuenta de que estaba abandonando a sus hombres y se preguntaba con cuántos de ellos se encontraría si volvía, cosa de la que no estaba seguro. Siempre era su deseo ocupar el puesto

más difícil, el más peligroso, pero puede que en aquel momento no tuviese muy claro si el lugar más comprometido era a bordo del bote jugándose la vida en unos pocos días, o durante meses en aquella playa intentando mantener con vida a los 22 hombres que en aquel momento estaba abandonando a su suerte.

De vuelta al mar

Ni siquiera el comienzo del viaje resultó sencillo. Aunque tenían viento del Sur que los empujaba con fuerza en la dirección correcta, había tal cantidad de trozos de hielo en las aguas y era tan difícil sortearlos que tuvieron que resignarse a arriar las velas y remar. Afortunadamente pronto los dejaron atrás y pudieron continuar a vela hacia el Norte para separarse lo antes posible de los hielos que provenían del mar de Weddell, porque si llegaban a rodearles en aquel mar tumultuoso estarían perdidos.

Llevaban provisiones para cuatro semanas; la mayor parte eran los paquetes de raciones previstas para la marcha transantártica, junto con galletas, leche en polvo, azúcar y concentrado para hacer caldo, además de dos grandes bidones de agua. Se distribuyeron en dos turnos de tres personas: uno al timón, otro a cargo de las velas y el tercero achicando agua con una bomba que había preparado el mañoso de Hurley. Mientras estos estaban de guardia, el trío restante se refugiaba en el interior del bote; se metían en los sacos y trataban de dormir, cosa bastante difícil si se tiene en cuenta que lo hacían sobre las cajas de las provisiones y las piedras que hacían de lastre. Durante toda la primera noche estuvieron rodeados de

pingüinos, cuyos graznidos les parecían los lamentos de almas en pena, un mal augurio para el siempre supersticioso espíritu de la gente del mar.

El segundo día, cuando ya habían avanzado casi 100 kilómetros hacia el Norte, el viento cambió y comenzaron las dificultades. Se encontraban completamente rodeados de agua, lo que incluso a ellos les producía cierta inquietud, además habían entrado en una zona de convergencia de dos corrientes oceánicas y las aguas estaban tan agitadas que salvo Worsley y McCarthy todos los demás, pese a haber pasado la mayor parte de sus vidas embarcados, estaban mareados. También estaban mojados, y eso se iba a convertir en una constante a lo largo de todo el viaje. Las ropas que tenían eran buenas para el frío seco de la Antártida, pero no eran impermeables como se necesita en el mar; por otra parte, el lastre que habían metido en el bote para darle estabilidad lo hacía pesado, y las olas, incluso con un tiempo moderado, rompían sobre la cubierta empapándoles a ellos y mojando el interior del *James Caird*. Esto hacía que tuviesen que utilizar de continuo la bomba de achique, un trabajo ingrato pues, aunque al accionarla entraban en calor, las manos se quedaban tan heladas que para evitar congelaciones tenían que turnarse con frecuencia.

Al día siguiente tuvieron su primera tempestad con un fuerte viento del Norte. Durante horas se balancearon a merced de unas olas que les golpeaban de continuo. Pronto todo en el interior del bote estuvo mojado, con la excepción de las cerillas y el azúcar, que guardaban en cajas herméticas. Sin ropas de repuesto, les esperaban

momentos muy duros. Pero lo que más les preocupaba era que el almanaque de navegación y las tablas de logaritmos también estaban mojados y la humedad amenazaba con pegar las hojas entre sí impidiéndoles leerlas. Sin ellas estarían irremediablemente perdidos, porque no podrían calcular su posición y por tanto fijar el rumbo que les llevase a Georgia del Sur.

Por fin, al cuarto día de navegación el temporal amainó, pero los resultados de calcular su posición fueron frustrantes: se encontraban casi en el mismo lugar que el día anterior. Por si esto fuera poco, el tiempo volvió a cambiar y entró un viento fuerte y frío procedente de la Antártida. Esa noche las nubes cubrieron las estrellas y tuvieron que mantener el rumbo fijándose en la banderola que llevaban en el palo mayor. Tan solo en una ocasión encendieron una cerilla para poder confirmar la dirección con su brújula.

Volvieron a tener tempestad con fuertes vientos del Suroeste al día siguiente y el bote se movía como un poseso, pero no les importaba porque sabían que estaban avanzando a gran velocidad en la dirección correcta. Casi al final de la jornada, durante unos instantes el sol apareció entre las nubes y Worsley se preparó para tomar una medida con el sextante y poder estimar su posición. Pero esta tarea, que en cualquier barco una sola persona hubiera podido realizar sin problemas, en su situación, con el bote balanceándose en todas direcciones, se convirtió en una auténtica odisea que necesitó el concurso de casi todos, algo que, lamentablemente, los siguientes días se convertiría en práctica habitual. Así, mientras que

el timonel procuraba que el bote se moviese lo menos posible, Worsley se encaramaba de rodillas en cubierta cogiendo el sextante con ambas manos y, puesto que en esa posición podía salir disparado con cualquier bandazo, dos de sus compañeros le sujetaban por la cintura para que no se cayera. Entonces comenzaba la medición propiamente dicha, y cuando creía que lo había logrado gritaba a Shackleton, que estaba abajo pendiente del cronómetro, para que anotara el momento exacto de la observación. A continuación seguía la tediosa tarea de hacer los complicados y largos cálculos, a los que en sus circunstancias se añadía la dificultad de separar las hojas del almanaque de navegación y de las tablas de logaritmos, que estaban tan pegadas por la humedad que parecían a punto de convertirse en una masa de celulosa.

En aquella ocasión todos los esfuerzos se dieron por bien empleados cuando el resultado fue que en ese día habían avanzado casi 100 kilómetros, lo que significaba que se habían alejado unos 450 kilómetros de isla Elefante y, por lo tanto, habían recorrido ya la tercera parte de su viaje. Aquello fue una inyección de optimismo, todos se felicitaron por el logro y, sin poder evitarlo, más de uno dejó volar su imaginación y se vio desembarcando en Grytviken, Georgia del Sur. ¡Pobres ingenuos! Unas horas después, el viaje que hasta aquel momento había sido simplemente peligroso se convirtió en dantesco.

Bailando en cubierta

El último día del mes de abril una violenta tempestad del Suroeste alcanzó al *James Caird*, y los estuvo empujando y zarandeando al tiempo que grandes olas barrían la cubierta haciendo que el agua entrase por cualquier resquicio. Enseguida descubrieron que la bomba era incapaz de achicar la misma cantidad de agua que entraba y los hombres tuvieron que empezar a sacarla con todo tipo de recipientes. Además, como el aire procedía del mar de Weddell, la temperatura descendió hasta los 20°C bajo cero y el frío se adueñó aún más de aquellos cuerpos famélicos cubiertos por ropas empapadas. Durante horas lucharon denodadamente hasta que Shackleton se vio obligado a dar la orden de arriar las velas y echar el ancla flotante¹⁸⁰. En aquel momento el barco giró hasta encontrar su equilibrio dinámico y las condiciones mejoraron; también el agua dejó de entrar como antes, pero a costa de no seguir avanzando.

Durante tres largos días soportaron un temporal que parecía no querer ceder nunca. El bote se movía dando tumbos en todas direcciones, arrojándoles sin piedad de un lado para otro y, lo que era peor, desplazando las piedras que hacían de lastre, lo que podía llegar a provocar que volcasen. Así que, de rodillas porque no había más espacio, tenían que colocarlas de nuevo en posición. En el exterior la situación era igual de preocupante o puede que más. La temperatura seguía a 20°C bajo cero; en tales condiciones, con cada golpe de mar una lluvia de pequeñas gotitas de agua se congelaba nada más tocar la cubierta formando una capa de hielo que crecía

¹⁸⁰ Un ancla flotante es un dispositivo, normalmente un saco de lona de forma cónica, que en los temporales se sumerge a poca profundidad y evita que el barco se atravesara a la mar, reduciendo además la deriva de la embarcación.

lenta pero inexorablemente, y cuyo peso extra amenazaba con echarles a pique. De manera que cada vez que la capa de hielo alcanzaba un palmo de espesor tenían que salir a cubierta y, en las peores condiciones imaginables, eliminarla. La tarea era peligrosa en extremo. Sobre una cubierta helada, bajo un viento huracanado y mientras el bote daba violentos bandazos, tenían que romper a hachazos el hielo y arrojarlo por la borda. Era tal el frío que, pese a la violencia del ejercicio, después de diez minutos estaban tan entumecidos que ni podían sujetar el hacha, y tenían que relevarse hasta completar el trabajo, que solía llevarles más de una hora. Así aguantaron durante tres interminables días, ateridos de frío en el interior del *James Caird* y arriesgando la vida cada vez que salían, porque un resbalón sobre aquella cubierta de hielo hubiera significado la muerte segura.

Por suerte, el día 3 de mayo la furia de los elementos decayó, el viento se transformó en una simple brisa, unos tímidos claros surgieron entre las nubes y poco después el sol comenzó a brillar en todo su esplendor. Era su décimo día de viaje y por primera vez pudieron poner sus ropas y sacos a secar. También aprovecharon para calcular su posición; el resultado fue una inyección de optimismo: ya habían recorrido bastante más de la mitad de la distancia que les separaba de su objetivo. Entre el calor de los rayos del sol, que las ropas ya «no estaban mojadas sino húmedas¹⁸¹» y tan buena noticia, el entusiasmo renació y así se mantuvo, al igual que el tiempo, durante todo el día siguiente, en el que avanzaron

¹⁸¹ Worsley, *Shackleton's Boat Journey*, p. 76.

otros 100 kilómetros. Georgia del Sur se encontraba a 500 kilómetros, una distancia que, si todo seguía igual, podrían recorrer en unos cinco días.

Pero el tiempo no siguió igual, o más bien siguió igual que en los días anteriores. Es decir, el cielo volvió a cubrirse con nubes negras, el mar a agitarse violentamente, las olas a barrer la cubierta, el agua a entrar en su precario refugio y ellos volvieron a estar tan empapados como antes. Pero seguían avanzando y en su fuero interno empezaban a tener la seguridad de que conseguirían salir vivos de allí, lo que les hacía sobrellevar mejor las incomodidades, a las que en verdad era imposible acostumbrarse.

Les había pasado de todo en los once días que llevaban de travesía, y estaban convencidos de que pocas sorpresas más podría depararles lo que les quedaba. En eso se equivocaban, porque estaban a punto de vivir los momentos más angustiosos de sus vidas.

¡Sujetaos!

El día había pasado como tantos otros, con las dificultades de siempre. También la noche había discurrido entre los ya habituales tormentos. Faltaba poco para el amanecer, era el turno en el que Shackleton se encontraba al timón. De repente le pareció ver una línea de claridad en la negrura de la noche y comentó a sus compañeros que estaban de guardia con él que se acercaba el amanecer. Un instante después escuchó un apagado bramido y volvió a mirar. Enseguida se dio cuenta de su error: lo que había

visto no era la luz del nuevo día, era la línea blanca de la cresta de una ola inmensa que, dispuesta a engullirles sin piedad, se acercaba a toda velocidad. En aquel momento tan solo tuvo tiempo para gritar « ¡Por el amor de Dios, sujetaos! ¡Nos va a alcanzar!»¹⁸². Luego se encogió para recibir lo que se les venía encima. Durante unos instantes que le parecieron horas no pasó nada. Después una espuma rugiente les rodeó mientras el mar elevaba el barco por los aires como si fuese un simple corcho hasta que una cascada de agua les cayó encima. Fue tal la violencia del golpe que Shackleton estuvo a punto de ser arrancado de su sitio, y le costó tomar conciencia de que no se habían hundido, aunque les faltaba muy poco para ello.

El agua había entrado en tal cantidad que amenazaba con mandarles al fondo de inmediato. Los que estaban de guardia se pusieron a achicar con lo primero que encontraron a mano; los que estaban descansando, en cuanto se desembarazaron de sus sacos —que por unos instantes pensaron que se iban a convertir en su mortaja— se unieron a sus esfuerzos por echar cuanto antes el agua fuera. Tardaron más de dos horas en lograrlo y en volver a poner en su sitio el lastre. Luego Crean buscó el hornillo; chorreaba agua por todas partes y le costó media hora secarlo y poder encenderlo, pero cuando consiguió que volviese a funcionar, la leche caliente que preparó les reconfortó de la pesadilla que acababan de vivir. Tiempo después Shackleton escribiría que, «en veintiséis años

¹⁸² Shackleton, op. cit., p. 193.

que había pasado en todo tipo de mares, nunca había visto una ola tan gigantesca¹⁸³».

Al amanecer Worsley calculó la posición, se encontraban a unos 200 kilómetros de Georgia del Sur. Estaban agotados pero eufóricos, seguros de que en un par de días alcanzarían la isla. Ni siquiera se inquietaron cuando se levantó un temporal con vientos próximos a los 100 kilómetros por hora y olas que barrían la cubierta empapándoles de nuevo, aunque era imposible estar más mojados de lo que ya lo estaban. Sin embargo, la tempestad creció y nuevamente Shackleton tuvo que ordenar poner el barco al paio. Otra vez volvían a estar casi parados. Para añadir más dramatismo a la situación, descubrieron que el agua del barril que les quedaba se había mezclado con la del mar y tenía un fuerte sabor salado, y además se había vertido más de la mitad. Todavía tenían comida para varias semanas, pero si no llegaban a tierra pronto comenzarían a sufrir la peor tortura del mar: la sed.

Esta vez el temporal no duró más que un día y pudieron continuar su travesía, aunque pronto la niebla hizo acto de presencia. Durante dos días un manto opaco cayó sobre ellos impidiéndoles calcular su posición. Estaban en un momento crucial. Si eso les hubiera ocurrido al principio del viaje no hubiera tenido gran importancia, pues aunque durante un par de días no hubiesen llevado el rumbo correcto todavía habrían tenido la oportunidad de rectificar su dirección. Pero, en aquel preciso momento, si no seguían el rumbo exacto hacia Georgia del Sur no tendrían tiempo de corregirlo y

¹⁸³ *Ibíd.*, p. 193.

mucho menos de dar marcha atrás. Pasarían de largo la isla perdiéndose para siempre en el océano.

La última batalla

Llevaban justo dos semanas en aquella embarcación, habían recorrido los 1400 kilómetros que les separaban de su salvación y, según sus cuentas, la isla debería estar a pocas millas. De hecho ya tendrían que estar divisándola, pero la niebla cerrada seguía envolviéndoles aquella triste mañana del 8 de mayo de 1916 que nunca olvidarían. Aunque también cabía la posibilidad de que se hubieran equivocado en los cálculos, y en ese caso ya todo daría igual.

Tenían comida, pero nadie quería comer, se les había terminado el agua y la sed era un tormento que les impedía tragar; para todos era evidente que así no podrían aguantar mucho tiempo. De repente Vincent observó algas marinas y minutos después un cormorán, un ave que raramente se aleja de tierra más de 30 kilómetros. Estaban al lado, pero la isla se extendía de Oeste a Este y podrían pasar de largo. Con una angustia fácil de imaginar, las horas fueron pasando encerrados bajo aquella niebla que les impedía ver dónde estaban; hasta que al mediodía McCarthy gritó la palabra con la que durante catorce días y sus respectivas noches habían soñado: «¡Tierra!».

Podía parecer que ya lo habían logrado, pero no. Aunque se pasaron toda la tarde navegando a tres o cuatro kilómetros de la costa, no consiguieron encontrar un lugar adecuado para desembarcar. Todo estaba plagado de acantilados donde las olas se estrellaban

ruidosamente y de rompientes que podrían hacer añicos su embarcación y a todos ellos al mínimo contacto. Estaba claro que después de una travesía de 1.400 kilómetros Shackleton no estaba dispuesto a terminar así, por lo que decidió alejarse de la costa para pasar la noche y esperar a la mañana siguiente e intentar encontrar una playa que les permitiese desembarcar sin peligro. Solo era cuestión de aguantar unas horas más.

No fue tan sencillo. Como si su hazaña hubiera despertado al mítico cancerbero que impedía que los muertos escapasen de los infiernos, el mar se revolvió de nuevo para tratar de engullir a aquel mísero bote que se le escapaba. Y nada más amanecer se levantó un ventarrón que poco después se convirtió en un auténtico huracán. Sin darles tiempo a reaccionar, las aguas se agitaron cubriéndose de un manto de espuma, mientras un mar cruzado golpeaba al *James Caird* haciéndole saltar en todas direcciones. Durante todo el día tuvieron que sostener una lucha desesperada por mantenerse a flote y alejarse de la línea de costa, donde el fin hubiera sido inmediato. Para complicar aún más la situación, una lluvia helada y torrencial, entremezclada con fuertes descargas de granizo y racheada por una fiera ventisca, les impedía ver dónde se encontraban, añadiendo más inquietud sobre su incierto destino. Estaban agotados, ateridos de frío, hambrientos y sedientos, necesitaban descansar, pero no pudieron dormir ni un instante pues el mantenerse a flote les mantuvo ocupados y consumió el resto de sus energías.

El bote, ya maltrecho por el viaje, estaba soportando un castigo terrible; las presiones sobre las maderas y la estructura hacían que cada vez se filtrase más agua, lo que, unido a la que entraba por la cubierta, les obligaba a achicar sin descanso. Según pasaban las horas la fuerza del viento se incrementaba y todo parecía ir a peor. En aquellas condiciones no pudieron preparar nada para comer, pero aunque hubieran podido no lo habrían conseguido tragar, su lengua estaba hinchada por la sed y tenían los labios agrietados y sangrando. Ya no resistirían mucho más, estaban completamente exhaustos. No obstante, cuando a mediodía se dieron cuenta de que los elementos los estaban empujando con violencia hacia la línea de mortíferos rompientes de la costa, redoblaron sus esfuerzos por tratar de evitar ese contacto mortal. Durante tres horas lucharon con denuedo y, cuando por fin empezaron a alejarse, tuvieron que enfrentarse a otro peligro tan mortífero como el anterior. Por unos momentos el viento alejó la niebla que los envolvía y pudieron ver con auténtico horror que, aunque se habían separado de la costa, iban en dirección a un islote en cuyos acantilados reventaban las olas. Si no los evitaban, los que reventarían serían ellos. Pero poco podían hacer por sortearlos, el viento y las corrientes les impedían maniobrar. Estaban a merced del destino.

Durante unos minutos angustiosos les pareció que el choque era inevitable, pero no cejaron en su lucha y al final, sin que llegaran a saber cómo, lograron bordear el obstáculo y eludir tan dramático final. Y como si aquella hubiese sido la última prueba que tuvieran que superar, el viento amainó y con él las aguas recuperaron una

calma relativa. Sin embargo ya era muy tarde para tratar de encontrar un lugar seguro donde desembarcar, además estaban extenuados por la tensión física y psíquica a la que habían estado sometidos y, como se encontraban lejos de los peligros de la costa, por lo tanto seguros, Shackleton mandó a la mitad de sus hombres a descansar. Luego se enterarían de que esa misma tempestad había echado a pique a un barco de vapor de 500 toneladas que había partido de Buenos Aires y se dirigía a su mismo destino, Georgia del Sur. Todos sus tripulantes perecieron.

A la mañana siguiente, 10 de mayo, después de dieciséis días de cruel travesía, pusieron definitivamente rumbo a la isla, pero como tenían el viento en contra tuvieron que remar durante toda la jornada para poder alcanzar una bahía que habían visto hacía dos días. Cuando empezaba a anochecer consiguieron localizar un paso entre los arrecifes y poco después el *James Caird* y seis hombres agotados descansaban sobre una pequeña ensenada. Habían logrado llegar a Georgia del Sur, pero estaban en la costa Sur y las factorías balleneras se hallaban en la Norte. Su viaje todavía no había terminado.



Recreación artística de uno de los momentos del viaje que realizó Shackleton en el James Caird, uno de los botes del Endurance de menos de seis metros de eslora, sobre uno de los mares más peligrosos del mundo buscando ayuda para sus hombres.

pueda imaginar; todos, en definitiva, habían ejecutado las órdenes recibidas aun a riesgo de su propia vida. Pero por encima de todos ellos había brillado la figura de Shackleton.

Nada más salir les había advertido sobre las dificultades que iban a tener y les pidió que tratasen de evitar fricciones innecesarias entre ellos. Luego, durante aquellos largos días e interminables noches sufriendo las peores tempestades imaginables, había estado pendiente de todos con una solicitud casi maternal. «Si un hombre temblaba de frío más de lo normal, el Jefe buscaba en el saco de la ropa de repuesto el par de calcetines que estuvieran menos mojados y se los daba¹⁸⁴». Estaba tan atento a cada uno de ellos que en cuanto notaba que alguien flaqueaba «el Jefe mandaba que se calentase leche para todos¹⁸⁵», sin que nunca se llegase a saber por quién se había preparado. Y sobre todo sabía crear un sentimiento de seguridad en sus hombres. De alguna manera, todos estaban convencidos de que, incluso si la situación empeoraba, «el Jefe se las arreglaría para hacerles más llevaderas las dificultades¹⁸⁶».

Junto a los viejos marinos

Estaban tan abatidos que ni siquiera pudieron disfrutar de su victoria. Habían efectuado uno de los viajes legendarios de la historia de la navegación, pero no eran momentos para discursos grandilocuentes. Lo único que querían en ese instante era calmar su sed en unas charcas de agua procedente de un glaciar, preparar

¹⁸⁴ Worsley, op. cit., p. 96.

¹⁸⁵ *Ibíd.*, p. 96.

¹⁸⁶ *Ibíd.*, p. 96.

algo de comida caliente, la primera en muchos días, y meterse en una especie de cueva para dormir.

A la mañana siguiente, algo más repuestos, examinaron su situación. Al igual que les había pasado en isla Elefante, el lugar donde habían desembarcado estaba muy expuesto al mar, tanto que durante la noche las olas habían golpeado al *James Caird* contra las rocas rompiéndole el timón, que había desaparecido con la marea. La pérdida del timón les impedía volver a salir al mar, rodear la isla y alcanzar las factorías balleneras. Pero ese plan ya lo había rechazado Shackleton por dos razones: la embarcación había sufrido demasiado y hacía mucha agua, y sobre todo porque ellos habían sufrido todavía más que el bote y se encontraban al borde del colapso, en especial Vincent, que apenas era capaz de moverse. En semejantes condiciones, navegar alrededor de la isla estaba fuera de sus posibilidades ya que supondría un viaje de unos 250 kilómetros. Demasiado, tanto para el barco como para sus hombres. La alternativa era atravesar a pie la isla, lo que significaba una marcha de unos 50 kilómetros salvando montañas de hasta 3.000 metros de altura y por un territorio inexplorado en el que ningún ser humano se había atrevido a entrar. Tampoco era una perspectiva demasiado halagüeña, pero al menos parecía ofrecerles mayor probabilidad de éxito que la opción de volver a hacerse a la mar. Aunque antes tenían que buscar un refugio mejor y trasladar allí su campamento y sus menaguadas pertenencias.

Afortunadamente, el timón del *James Caird*, que pensaban que estaba en medio del océano, volvió arrastrado por las olas.

Descansaron un par de días y luego se embarcaron otra vez para bordear la bahía hasta encontrar un lugar más seguro donde instalarse. Era un día tranquilo y, sin darse cuenta, descubrieron que estaban cantando, «si no fuera por nuestra pinta de Robinson Crusoe —comentaría Shackleton—, cualquiera que nos viera pensaría que somos un grupo de excursionistas¹⁸⁷». Remontaron con facilidad la bahía hasta que localizaron un emplazamiento que parecía ajustarse a sus necesidades. En las playas cercanas descansaban centenares de elefantes marinos, que para ellos suponían una prometedora reserva de comida y combustible; además, el lugar estaba tan bien protegido del oleaje que a escasa distancia había un cementerio de barcos, donde las corrientes y las mareas arrastraban los restos de los naufragios que tenían lugar en el cabo de Hornos, a 2.000 kilómetros de distancia.

La visión de aquellos desechos les volvió a recordar que ellos, con aquel pequeño bote con tres ridículas velas, habían salido airosos de una prueba que había llevado a la destrucción a muchos barcos majestuosos, armados de velamen y aparejos. Un par de días después mientras paseaban entre esos restos Shackleton le dijo a Worsley: «Algún día nosotros dos volveremos aquí para buscar tesoros, o quizá para dormir el sueño eterno junto a los viejos marinos¹⁸⁸». Quién sabe si aquello no fue una premonición.

Otra vez se dividen

¹⁸⁷ Shackleton, op. cit., p. 209.

¹⁸⁸ Worsley, op. cit., p. 108.

Habían encontrado un buen lugar para acampar. Estaban rodeados de comida, combustible y madera suficiente para poder construir un pequeño refugio. De haberlo querido, podrían haber pasado relativamente bien el invierno en aquel lugar, esperando la llegada de la primavera para atravesar la isla, o bien, una vez reparado el bote, navegar hasta la costa Norte para buscar ayuda. Pero el Jefe había dejado a 22 hombres en un lugar más frío y con menos alimentos, afrontando un invierno mucho más incierto que el suyo. No podía dejarles todos aquellos meses esperando allí; tenía que hacer algo por ellos, y pronto. Y, al igual que apenas tres semanas antes había abandonado isla Elefante para acometer un viaje que más bien parecía un suicidio, en aquel momento volvió a dejar la seguridad de aquella playa para emprender una arriesgada marcha a las puertas del invierno por un terreno desconocido e inexplorado. Como ocurriera en isla Elefante, no era posible llevarse a todos: Vincent y McNish eran los que menos probabilidades tenían de llegar vivos al otro lado de la isla, así que optó por hacer la travesía con Worsley y Crean y dejar al resto con instrucciones para que, en caso que de ellos no volviesen a rescatarles —señal inequívoca de que habían perecido en la travesía—, cuando llegase la primavera reparasen la embarcación y rodeasen la isla para dar la alerta a los balleneros sobre la situación del resto de sus compañeros. En un par de días prepararon los pocos equipos que iban a llevar. El carpintero extrajo varias docenas de tornillos de las maderas del *James Caird* y los colocó a modo de crampones en las suelas de sus botas para que se agarrasen mejor en el hielo. Como ya casi estaban

en invierno, Shackleton decidió completar la marcha en el menor tiempo posible a fin de evitar cambios meteorológicos de consecuencias catastróficas, por lo que rechazó la idea de hacer noche en las montañas. Además, sin sacos de dormir irían mucho más ligeros, ya que tan solo llevarían comida para tres días, un pequeño infiernillo con combustible para seis comidas, dos brújulas, unos prismáticos, una cuerda de montaña de 30 metros y la azuela del carpintero, que utilizarían para hacer escalones en el hielo.

Durante varios días estuvieron pendientes del tiempo. Nervioso por temperamento, nuestro irlandés quería salir cuanto antes, no solo para poder acudir al rescate de sus hombres lo más pronto posible, sino también porque estaban en la fase de luna llena y podrían caminar con su luz durante la noche. Si se demoraba la salida y se veían obligados a esperar otro mes hasta la siguiente fase lunar, todavía correrían mayores riesgos en el trayecto, que de por sí ya se presentaba muy comprometido, debido a que se acercarían más al invierno. La noche del 19 de mayo por fin el tiempo pareció estabilizarse y la luna brilló con fuerza en el cielo. A las dos de la mañana despertó a sus compañeros, prepararon un desayuno abundante y a las tres y media salieron para cubrir la parte final de su viaje. De no lograrlo, el futuro de sus hombres, en especial de los 22 de isla Elefante, sería más que dudoso.

En marcha

Al poco de salir les envolvió una niebla tan espesa que decidieron encordarse para no correr el riesgo de separarse y perderse. Después de los meses de enclaustramiento en los hielos y de las semanas de estar encogidos en los botes, las primeras subidas por la nieve en la que se hundían hasta los tobillos les resultaron agotadoras. Al amanecer la niebla se disipó parcialmente y a lo lejos les pareció ver un lago; aquello supuso una alegría pues imaginaron que su superficie estaría helada, lo que significaba que podrían avanzar con facilidad. No sabían por dónde tenían que ir, el pequeño mapa de la isla que llevaba Worsley tan solo representaba el litoral, puesto que el interior era un territorio en el que nadie se había aventurado todavía. Tendrían que ir descubriendo la ruta según fuesen avanzando. Llevaban una hora caminando ladera abajo en dirección al lago cuando la niebla se disipó por completo y, con amarga decepción, vieron que no existía tal lago sino que era una profunda bahía que se abría a la costa Norte. Fue un momento frustrante, nada más empezar se habían equivocado y para enmendar el error tendrían que retroceder y ascender de nuevo.

Sobre las nueve de la mañana, una vez alcanzada la parte alta de la isla, hicieron una breve parada para comer y continuaron la marcha. Ya sabían por dónde seguir, pero tenían la ruta bloqueada por una sierra. La parte más baja era un amplio collado totalmente cubierto de hielo y nieve del que sobresalían cinco picachos, como cinco largos dedos. Entre ellos había cuatro pasos, cuatro posibilidades para cruzar al siguiente valle.

Acometieron la subida hacia el primero de los pasos. No fue sencillo. Según ascendían, la pendiente iba aumentando y llegó un momento en el que Shackleton, que iba en cabeza, tuvo que ir tallando escalones en la nieve helada. Al fin, cuando después de dos horas de ascenso alcanzaron el paso, se encontraron con que por el otro lado la pendiente era aún mayor, unos 500 metros de caída en vertical. Con gran peligro rodearon el picacho manteniendo la altura y alcanzaron el segundo paso. También era imposible descender por allí, y además no había posibilidad de rodear el siguiente picacho, por lo que tuvieron que bajar parte de la montaña y volver a intentar el ascenso al tercero de los pasos desde abajo. Tampoco pudieron franquear el obstáculo, y desde donde se encontraban, al igual que les había pasado en los anteriores, no había forma de saber si en el último paso la situación iba a ser mejor. No tuvieron más remedio que bajar de nuevo y acometer otra ascensión agotadora. El momento era crítico, si no era posible atravesar la sierra por aquel punto, tendrían que retroceder y buscar otra ruta mucho más larga. Una perspectiva desoladora.

Desafiando la prudencia

Cuando la tarde estaba cayendo, Shackleton, que seguía abriendo la marcha, llegó al cuarto paso, su última oportunidad. Se encontraban a unos 1500 metros de altura y la temperatura por la noche bajaría hasta los 20° C bajo cero; si se quedaban allí bloqueados, sin sacos de dormir y con sus ropas desgastadas, ligeras y maltrechas, no podrían sobrevivir. Tenían que pasar al

siguiente valle y continuar caminando. Lo que vio al otro lado no era demasiado alentador, la pendiente era también muy pronunciada, pero al menos parecía que había una posibilidad de descender. Podría haber respirado tranquilo pero estaba empezando a formarse niebla, y si les alcanzaba en aquellos parajes y perdían la visibilidad, entonces sí que estarían irremediablemente perdidos. «Vamos, muchachos¹⁸⁹», animó a sus compañeros a que terminaran de subir, los cuales estaban expectantes por saber qué había visto. Una vez arriba, los tres comenzaron el peligroso descenso. Shackleton iba delante tallando escalones con la azuela. Llevaban un rato bajando cuando se paró, era evidente que a ese ritmo no conseguirían llegar abajo antes de que les envolviesen la noche, el frío y la niebla. Entonces tomó una decisión que a sus compañeros, acostumbrados a su habitual prudencia, les desconcertó. Su plan era poner la cuerda arrollada sobre el hielo, sentarse sobre ella como si fuera un trineo y lanzarse como en un tobogán ladera abajo. Desde donde se encontraban no había forma de saber si aquella cuesta terminaba en unas rocas o en un precipicio, su decisión era una completa temeridad; pero no había otra solución, tenían que arriesgarse. De lo contrario, tampoco llegarían vivos abajo.

El Jefe se puso el primero. Worsley se sentó detrás, pegado a él, abrazando con sus pies la cintura de Shackleton y pasando los brazos alrededor de su cuello. Crean se puso el último e hizo lo mismo con su compañero. Un instante después, posiblemente para

¹⁸⁹ Shackleton, op. cit., p. 219.

evitar que nadie tuviera tiempo para pensar en la locura que estaban a punto de cometer, el intrépido irlandés se propulsó hacia delante y comenzó un vertiginoso descenso. No pudieron evitar gritar para tratar de aliviar la tensión. Nunca supieron cuánto tiempo estuvieron descendiendo, a ellos les pareció una eternidad, hasta que les detuvo un banco de nieve en polvo. Entonces comenzaron a reír como niños. Lo habían conseguido. Habían descendido unos 600 metros. Orgullosos de su hazaña, se estrecharon las manos enérgicamente, quizá con mucha más pasión que la aconsejada por la flema británica.

Comieron un poco para reponer energía y, ya a oscuras, siguieron su marcha. La lógica les decía que no era aconsejable caminar casi a ciegas por un terreno plagado de amenazadores agujeros ocultos por un manto de nieve; de caer en uno de ellos y romperse una pierna, su situación, que ya era mala, pasaría a ser dantesca y todo estaría perdido. Pero hacía frío y hubiera sido una temeridad pararse a esperar a que saliese la luna. Una hora después esta apareció para iluminar el paisaje fantasmal que les rodeaba. Durante varias horas siguieron avanzando mientras la temperatura disminuía, al igual que sus fuerzas. Pasada la medianoche se detuvieron para volver a comer y descansar un poco, media hora después continuaron. Sobre las tres de la madrugada vieron la bahía de Stromness, donde estaban las factorías. Ese era su objetivo y comenzaron a descender animados. Según se acercaban, incluso creyeron reconocer algunos lugares que les eran familiares.

De repente Crean descubrió una grieta. Una vez más la frustración les invadió; estaban caminando sobre un glaciar y no había glaciares en Stromness, se habían vuelto a equivocar. Una vez más tuvieron que volver sobre sus pasos. Después de la desilusión, el ascenso supuso un terrible esfuerzo. Además ya llevaban veinticuatro horas caminando, a veces hundiéndose hasta las rodillas en la nieve, y las piernas parecían no querer responderles.

La media hora más corta de su vida

Con voluntad férrea lograron recuperar la altura perdida y seguir avanzando. De repente vieron que otra sierra les volvía a cortar el paso, si bien en este caso pudieron localizar un lugar por donde atravesarla con facilidad, aunque para ello tendrían que ascender otros 500 metros. La simple constatación del nuevo esfuerzo que les esperaba terminó de agotarlos, y sin poder evitarlo se acurrucaron bajo una roca para dormir durante media hora. Un minuto después Worsley y Crean dormían. Por el contrario, Shackleton hacía desesperados esfuerzos por mantenerse despierto; por experiencia sabía que el frío y el agotamiento son malos amigos del sueño, y lo que se piensa que no a va ser más que una cabezadita puede significar no volver a levantarse con vida.

Cinco minutos más tarde el irlandés los despertaba diciéndoles «que habían dormido durante media hora¹⁹⁰». Por increíble que parezca, el engaño surtió efecto y Worsley llegaría a decir que se «encontraba

¹⁹⁰ *Ibíd.*, p. 221.

nuevamente descansado¹⁹¹». Sin embargo, cuando volvieron a caminar sus rodillas estaban tan entumecidas que durante un buen trecho avanzaron en las posturas más ridículas. Una hora después, y pese a que la cuesta se empinaba cada vez más, al igual que su temor de que no hubiese camino por el otro lado, lograron llegar al paso. Eran las seis de la mañana, ya clareaba y en la tenue luz sus temores también se despejaron: por la otra ladera una suave pendiente cubierta de hielo y nieve parecía que les conduciría hacia lo que debía de ser la bahía de Stromness. Casi no podían creérselo y Worsley interpretó el sentir de todos cuando exclamó: «Parece demasiado bueno para ser verdad¹⁹²». Poco después, mientras preparaban el desayuno, Shackleton se adelantó para tratar de localizar la mejor ruta y, desde su posición algo más avanzada, le pareció escuchar una sirena; eran las seis y media, recordaba que a esa hora despertaban a los trabajadores de la factoría ballenera. Se reunió con sus compañeros y les contó lo que creía haber oído. Si eso era cierto, a las siete volvería a sonar la sirena, esta vez para llamarles al trabajo. En cualquier caso, todavía tenían tiempo de tomarse el desayuno. Luego dejaron pasar expectantes los minutos mientras no cesaban de mirar las manecillas del cronómetro de Worsley. Pasaron las siete sin haber oído nada, y ya empezaban a pensar que todo había sido una alucinación cuando, un minuto después, escucharon en la distancia la sirena. No pudieron contener la emoción y de nuevo se estrecharon con fuerza las manos

¹⁹¹ Worsley, op. cit., p. 127.

¹⁹² *Ibid.*, p. 129.

mientras Shackleton afirmaba pletórico: «Nunca una música ha sonado tan dulce en mis oídos como esta sirena¹⁹³».

Felices como chiquillos, tiraron el hornillo. La verdad es que ya no le quedaba combustible y aquella iba a ser su última comida caliente, pero no les importaba porque ya se veían comiendo en la factoría ballenera. Continuaron caminando sobre la superficie helada hasta que, de repente, la pendiente se convirtió en un precipicio helado de más de un centenar de metros de altura. El temor de Worsley se había hecho realidad. Consideraron la posibilidad de retroceder y buscar otro camino para rodearlo, pero Shackleton se negó. Puesto que seguían encordados, decidió adelantarse tallando escalones con la azuela. Cuando la separación de la cuerda con Worsley le impedía seguir, se detenía y este bajaba hasta reunirse con él, luego Crean hacía lo mismo. Así continuaron lenta y meticulosamente el descenso, si cualquiera de ellos resbalaba sería imposible que los demás, con tan precarios apoyos, pudieran detener su caída. En un momento dado incluso dejó de usar la azuela y comenzó a golpear con fuerza la nieve helada con el talón de una de sus botas hasta lograr un asidero en la nieve, luego bajaba hasta él un pie y repetía la operación con el otro. Poco a poco fueron descendiendo. Les llevó tres interminables horas bajar aquella pendiente helada en la que el más mínimo resbalón les hubiera costado la vida. Pero lo consiguieron, y una vez abajo les esperaba un suave y sencillo paseo hasta el valle de la bahía previa a la de Stromness.

¹⁹³ *Ibíd.*, p. 130.

El misterio de la cuerda

Avanzaban por el fondo del valle con decisión, cuando de repente Crean se hundió hasta la cintura en agua helada. Estaban atravesando un río y en su entusiasmo, o tal vez en su cansancio físico y mental, ni se habían fijado. Rodearon aquella inesperada trampa y volvieron a extremar las precauciones. Poco después comenzaron a subir lo que imaginaban que sería su último esfuerzo: un collado que tendría poco más de 500 metros de altura, detrás del cual se encontraban las factorías. Después de todo lo que habían hecho, aquel collado no era mucho, pero estaban tan extenuados que sus músculos no les respondían y tardaron cerca de tres horas en sortearlo. Una vez arriba se detuvieron para contemplar por fin la bahía de Stromness, su anhelado objetivo. Eufóricos, se estrecharon las manos tratando de comunicarse con aquel apretón todo el orgullo y satisfacción que sentían por lo que habían hecho. Sí, lo habían conseguido. Ladera abajo estaba el lugar con el que tanto habían soñado y en el que habían depositado toda su esperanza de encontrar ayuda para ellos y para sus compañeros de isla Elefante. Se tumbaron a descansar. Desde aquella atalaya podían ver una de las factorías y a los hombres, del tamaño de hormigas, moviéndose alrededor de las instalaciones. Al principio trataron de llamar su atención gritando y agitando los brazos, pero fue inútil; era evidente que estaban demasiado lejos y optaron por distraerse viéndoles trajar. Pasado un rato volvieron a ponerse en pie y, risueños, con la íntima satisfacción del que sabe que ha cumplido lo que se ha propuesto, comenzaron el que esperaban fuese su último descenso.

Llevaban casi día y medio caminando sin parar, las piernas no les respondían y bajaban por una superficie helada por la que en caso de resbalar, se deslizarían durante un largo trecho. Era un lugar peligroso, pero ellos iban exultantes pensando, una vez más, que ya nada podía detenerles. Lentamente, casi sin darse cuenta, la ladera les fue encerrando hacia un riachuelo que bajaba de las cumbres nevadas. Nada les importaba ya, continuaron por aquella agua helada que les llegaba por encima de los tobillos como si fuese la hierba mullida de un parque de Londres. Durante un buen rato siguieron el curso del agua, que cada vez se encajonaba más hasta convertirse en un auténtico desfiladero. Todo iba bien —dentro de las incomodidades que estaban padeciendo, que ya asumían como normales— hasta que de repente descubrieron con horror que el agua se precipitaba al vacío en una cascada de una altura equivalente a una casa de tres pisos.

No había forma de bordearla, tendrían que retroceder, volver a subir un gran trecho... Pero se encontraban tan cerca del final que no estaban dispuestos a dar más rodeos. Como si fuese la cosa más natural, se dispusieron a bajar la cascada con ayuda de la cuerda, algo que en sí mismo, después de todo lo que habían hecho, no parecía demasiado complicado. La dificultad surgió cuando empezaron a buscar un sitio apropiado donde sujetar la soga. Al final, como no encontraron un punto de fijación, optaron por meter uno de los extremos en una especie de hendidura y apretaron todo lo que pudieron; sabían que no era suficiente para sostener el peso

de un hombre, pero mientras alguien estuviese arriba podría sujetarla. El problema vendría cuando tuviese que bajar el último.

A sugerencia de Worsley, el primero en bajar sería Shackleton, luego le seguiría Crean y él, como era el más delgado, se quedaría para el final. Como era de esperar, los dos primeros bajaron sin dificultad y, mientras Worsley se preparaba, sus compañeros se pusieron debajo para tratar de detenerle en la caída, convencidos de que el asidero de la cuerda fallaría y él se precipitaría al vacío. Por lo menos si ellos dos estaban abajo podrían evitar que se golpeará contra las piedras del suelo. Para todos era evidente que aquel iba a ser el último obstáculo que tendrían que vencer. Llegó el momento, Worsley se deslizó hacia abajo tratando de no apretar demasiado la cuerda y provocar que se soltase de su precario enganche. Contra todo pronóstico logró llegar abajo sin ningún problema. Luego dieron un pequeño tirón para liberar la cuerda, pero no lo consiguieron, lo repitieron una y otra vez, incluso tirando todos juntos, pero no había manera. Sorprendidos, tuvieron que dejar la cuerda allí colgada, como mudo testigo de su insospechado triunfo.

Ya distinguían en la distancia a la gente ocupada en sus trabajos. Ahora sí que ya nada podía detenerles, lo habían logrado y dentro de poco saldrían al rescate de sus compañeros. Según se acercaban con paso decidido a la factoría empezaron a ser conscientes de su apariencia; sus ropas eran andrajos, no se habían dado un baño en meses, la barba y el pelo les habían crecido formando una maraña mugrienta, y de tanto cocinar con grasa de foca tenían la cara completamente negra, salvo los ojos. Se habían acostumbrado a

verse así entre ellos y les había llegado a parecer natural, pero ahora, justo cuando más orgullosos tenían que estar de la proeza que habían logrado y de sí mismos, sintieron vergüenza. En un acto reflejo trataron de arreglarse un poco; al tirarse ladera abajo por el tobogán de hielo a todos se les había destrozado el trasero de sus pantalones y buscaron la forma de sujetárselo de alguna manera.

Poco después tuvieron su primer encuentro con dos niños de unos once años, que al verlos echaron a correr aterrorizados; luego se cruzaron con un hombre que llevaba una carretilla, Shackleton le saludó y trató de hablar con él pero este, después de mirarles con desagrado, emitió una especie de gruñido y siguió su camino. Estaba claro que los confundían con un grupo de borrachos degenerados.

Su llegada no pasó desapercibida. Un revuelo se extendió entre los hombres que pararon de trabajar y les observaron con una mezcla de repugnancia y sorpresa. Estaban en una isla perdida donde todos se conocían y, además, venían de unas montañas salvajes y despobladas. Uno de los trabajadores, que por su porte parecía ser el encargado, les cerró el paso. Estaba acostumbrado a lidiar con borrachos y sabía cómo tratarlos, pero algo llamó su atención: parecían extranjeros. Shackleton, con voz débil, le pidió que les llevase ante Antón Andersen. El encargado había acertado, no eran noruegos. Con tono cortante le respondió que *Mr. Andersen* ya no estaba en Stromness, que ahora el director de la factoría era Thoraf Sorlle.

Conocía a Sorlle de su anterior paso por la isla camino de la Antártida, pero estaba mortalmente cansado. Después de todo lo que habían pasado, lo que menos deseaba era perder el tiempo dando explicaciones. Pero el encargado tampoco parecía muy dispuesto a que tres mugrientos vagabundos molestasen a su director, así que les preguntó inquisitivo y autoritario quiénes eran. Shackleton, pese al cansancio, tenía muy claro que no era a un simple encargado a quien tenía que dar explicaciones. «Hemos perdido nuestro barco —le respondió— y venimos de atravesar la isla¹⁹⁴». ¿De atravesar la isla!? - le replicó incrédulo el capataz. Pese a su apariencia andrajosa, algo debió de notar en la persona con quien hablaba, quizá un destello de que era alguien acostumbrado a ejercer la autoridad, porque no rechistó más y les llevó hasta la casa del director de la estación. Eso sí, les dejó fuera mientras entraba a comunicarle que tres tipos con una pinta infame querían verle. Instantes después el director de la factoría salió en persona. Esta vez fue el irlandés quien le preguntó si no le conocía. Sorlle se quedó pensativo. «Su voz me suena...», dejó en el aire. El silencio fue interrumpido por dos palabras: Soy Shackleton.

Sorlle les miró como si hubiese visto una aparición. Todos estaban convencidos de que habían muerto. Se dice que un viejo marinero que estaba reunido con el director de la estación, al escuchar aquel nombre se volvió para que nadie le viese llorar. Habían regresado del mismísimo infierno y solo esos duros balleneros, que llevaban

¹⁹⁴ Shackleton, op. cit., p. 227.

años luchando contra ese mar traicionero y despiadado, podían entender el valor de su gesta.

Capítulo VIII

Los 22 de isla Elefante

Contenido:

§. *Al rescate de sus hombres*

§. *Los hombres perdidos*

§. Al rescate de sus hombres

Como por arte de magia, la suspicacia inicial se convirtió en generosa hospitalidad. Sorlle les ofreció comida, ropas nuevas y un baño de agua caliente. Más tarde, ya con el pelo cortado, la barba afeitada y oliendo a jabón y ropa limpia, les resultó difícil reconocerse entre sí. Durante un tiempo incluso temieron que todo aquello no fuese real, que no fuese más que un sueño y que en cualquier momento se despertarían empapados y acurrucados en el fondo del *James Caird*. Pero no lo era, y pocas horas después Shackleton se encontraba preparando el rescate de sus hombres. Estaba agotado, llevaba sin dormir casi dos días, pero no se fue a la cama hasta no ver cómo uno de los barcos balleneros que estaban en la bahía zarpaba con Worsley a bordo para rescatar a los tres hombres que había dejado al otro lado de la isla.

Aquella misma noche estalló una terrible tempestad, que si les hubiera pillado en las montañas sin ropa de abrigo, comida y un lugar donde refugiarse habría puesto punto y final a su aventura. Se habían salvado por horas. Más adelante les contarían que desde hacía meses no habían tenido un solo período de tiempo despejado

como el que les había permitido a los tres exploradores atravesar las montañas.

Worsley durmió once horas seguidas mientras el barco daba la vuelta a Georgia del Sur, y cuando se levantó ya se encontraban en la bahía, delante de aquel improvisado campamento que habían dejado tan solo dos días antes, aunque a él le pareciera que había pasado un siglo. Poco después el fuerte y largo sonido de la sirena del barco sacó precipitadamente a sus compañeros de los sacos de dormir. En unos minutos un bote llegó a la orilla para recogerles; con el grupo de noruegos que bajó a tierra iba Worsley, que pudo escuchar a los británicos lamentarse de que ninguno de sus tres compañeros hubiera ido a buscarles. Cuál no sería su sorpresa cuando el capitán avanzó y se presentó ante ellos. Estaban tan acostumbrados a verle con aquellas pintas andrajosas que ya habían olvidado cuál era su aspecto normal.

La hermandad del mar

A la mañana siguiente estaban de vuelta en Stromness y habían llevado con ellos el *James Caird*. Un buen número de marineros se acercaron al barco, no solo para darles la bienvenida sino para ver con sus propios ojos, en los que flotaba una combinación de curiosidad, incredulidad y admiración, la pequeña embarcación de menos de siete metros de eslora que había sido capaz de hacer más de 1400 kilómetros en aquellas aguas que, ellos mejor que nadie, sabían que eran quizá las más peligrosas del mundo.

Por la noche, aquella pequeña y aislada comunidad de hombres de mar quiso rendirles su personal y público reconocimiento. Les esperaban en una gran sala, tan llena de marinos como de humo de tabaco. Cuatro veteranos capitanes se adelantaron, sus caras curtidas y sus cabezas canas eran la prueba palpable de las adversidades que habían vivido en el mar. Uno de ellos, el que parecía de mayor edad, hizo de portavoz mientras un respetuoso silencio se extendió por la sala. Llevaba más de cuarenta años navegando por los mares antárticos, hablaba en noruego y Sorlle iba traduciendo; no era hombre de palabras, pero había fuerza y sinceridad en lo que dijo. Conocía como nadie aquel tempestuoso océano Austral que los rodeaba, lo había surcado tantas veces desde el cabo de Hornos a Georgia del Sur o desde isla Elefante a las Orcadas, que ya había perdido la cuenta, pero «nunca había oído de una proeza tan grande en el arte de la navegación como la de haber atravesado en semejante cascarón de nuez desde isla Elefante a Georgia del Sur y después haber atravesado a pie la isla. Es un honor para mí conocer y estrechar la mano de *sir* Ernest y de sus compañeros¹⁹⁵». Terminó su intervención gritando con orgullo a todos los allí presentes: « ¡Estos son hombres!», y a continuación fue directo a darles la mano, lo que después hicieron todos los demás sin excepción, en el más solemne de los silencios.

Shackleton, que había recibido los más altos honores a lo largo de su vida y que en los meses siguientes volvería a sentir la gratitud y admiración de gentes de todos los países, reconocería más tarde que

¹⁹⁵ Worsley, *Shackleton's Boat Journey*, p. 139.

«nunca en ningún lugar» había «sentido más profundamente la hospitalidad y la ayuda desinteresada como en Georgia del Sur¹⁹⁶».

Todo estaba preparado a la mañana siguiente para el rescate de los hombres de isla Elefante. Le habían cedido un barco ballenero, el *Southern Sky*, cuyo capitán era un viejo conocido, y toda la tripulación se había presentado voluntaria para acompañarle. Era la vieja hermandad de los hombres del mar, personas duras, acostumbradas a arriesgar su vida en aquella lucha desigual contra los caprichos de los vientos y las corrientes, que en esos momentos hicieron suyos los padecimientos de sus hermanos británicos y estaban dispuestos a hacer lo que hiciera falta por ir a socorrerles.

En el muelle despidiendo a Shackleton, que haría el viaje acompañado por Worsley y Crean, estaban sus otros tres compañeros, McNish, Vincent y McCarthy, que regresarían a Gran Bretaña en el primer barco que saliese con ese destino. Poco podían imaginar que sería la última vez que los vieran, pues la vida separaría al carpintero y al marinero Vincent de todos sus compañeros, y en cuanto a McCarthy, moriría en la guerra apenas tres semanas después de incorporarse a filas.

Frustración en el rescate

Mientras el *James Caird* navegaba hacia Georgia del Sur en busca de ayuda, en isla Elefante se preparaban para esperar al barco que iría a rescatarlos. Todos especulaban en público y en privado sobre cuánto tiempo tendrían que esperar, pero las estimaciones

¹⁹⁶ Shackleton, *South*, p. 233.

oscilaban mucho dependiendo del optimismo de quien hablase o incluso de si el tiempo estaba soleado o llovía, pero en el mejor de los casos nunca calculaban que fuese inferior a un mes. Como la playa era barrida de continuo por fuertes vientos que habían hecho volar alguna de las tiendas, además de todo tipo de objetos que no volvieron a ver jamás, decidieron cavar una cueva en el hielo del glaciar. La idea les pareció buena, y de hecho había dado resultado en otras expediciones que también habían quedado aisladas y habían tenido que improvisar un refugio para el invierno. Pero esa solución había funcionado en zonas más próximas al Polo y por lo tanto más frías. Allí, donde la temperatura no era tan baja —a pesar de que, por el frío que pasaban, ellos estaban convencidos de que no existían temperaturas inferiores—, las cosas no salieron como esperaban. Así, cuatro días después de empezar a excavar, cuando ya habían logrado abrir un hueco de un cierto tamaño para poder entrar en él, descubrieron que su propio calor corporal derretía el hielo de techo y paredes haciendo que el agua fluyese y encharcase el suelo. De nuevo estaban en el punto inicial.

Entonces decidieron levantar unas paredes con piedras y sobre ellas colocar los dos botes restantes en posición invertida a modo de techo. Estaban tan agotados que les costó días acarrear los pedruscos que se encontraban en el otro extremo de la playa, a algo más de 100 metros. En cualquier caso, después de muchos viajes lograron levantar el refugio. Como no tenían madera y era impensable desguazar los botes, porque en el caso de que

Shackleton no regresase los necesitarían al año siguiente, tuvieron que improvisar la puerta con un par de mantas.

Así fueron pasando los días. Habían vuelto a una rutina que, por haberla vivido ya, se les hacía todavía más insoportable. Además, a diferencia del largo viaje sobre los hielos, donde el hecho de avanzar les hacía permanecer expectantes, en aquellos momentos sabían que ellos no irían a ninguna parte y, por tanto, lo único que podían hacer era esperar. Todo dependía de la ayuda del exterior. Y mientras esperaban, observaban hipnotizados el estado de la banquisa en los alrededores de la playa, que debería ser representativo del mar de hielos que rodeaba a la isla y que permitiría o impediría que el barco de rescate pudiera llegar hasta ellos. Desde que zarpó el *James Caird*, y salvo determinados momentos en que había vuelto a despejar, la banquisa se había cerrado. El panorama era desolador, y el 25 de mayo Hurley escribió en su diario: «El entorno está helado... ahora todos estamos resignados a pasar aquí el invierno¹⁹⁷».

Justo en esa misma fecha el *Southern Sky* llevaba ya dos días navegando a toda máquina para rescatarlos. Todo fue bien hasta que de repente la temperatura del aire descendió bruscamente y el mar comenzó a congelarse. Como se trataba de una capa de hielo joven y delgada decidieron seguir adelante, pero poco después comenzaron a ser rodeados por grandes bloques de hielo. El barco tenía casco de acero, lo que le hacía muy resistente para hacer frente a los golpes de mar pero no sería capaz de resistir la presión

¹⁹⁷ Lansing, *La prisión blanca*, p. 253.

de los hielos si llegaban a encerrarlo. Shackleton no quiso correr ese riesgo y dio la orden de poner rumbo Norte. Un par de días después lo volvieron a intentar, pero el resultado fue el mismo: un compacto frente de hielos les bloqueó el avance. Shackleton estaba convencido de que los fuertes vientos y las corrientes de la zona tendrían que despejar los hielos; era cuestión de esperar, pero no era posible. El *Southern Sky* era un barco ballenero preparado para cortos desplazamientos; su carga de carbón era para diez días y ya habían pasado seis. Estaba claro que no era posible permanecer en el mar mucho más tiempo. Pese a todo lo intentó por tercera vez, pero una vez más el hielo los rechazó. No había nada que hacer y, frustrados, tuvieron que dirigirse hacia el Norte, hacia las Malvinas, donde trataría de conseguir otro barco más adecuado para aquella empresa. No había podido acercarse ni a 100 kilómetros de la isla.

Para Shackleton tuvo que ser un momento muy amargo ver cómo el barco viraba y se alejaba de sus hombres; 22 personas que habían confiado en él y que estaban necesitando su ayuda. No tenía idea ni de cómo ni de cuándo iba a conseguir un nuevo barco para volver a intentarlo. Estaban en plena guerra, una confrontación que se había convertido en una carnicería donde los hombres morían a miles en un solo día y los países hacían un esfuerzo bélico sin precedentes; en tales circunstancias, ¿quién iba a interesarse por la vida de dos docenas de marinos perdidos en una isla? Pero sabía que lo conseguiría, no sabía cómo pero estaba seguro. Removería cielo y tierra para conseguirlo, y volvería a por los suyos.

Nace una leyenda

El último día del mes de mayo de 1916 atracaron en Port Stanley, la población más grande de las Malvinas. Por fin podría dar la noticia al mundo, y a sus familiares y amigos, de que todos estaban vivos. En Georgia del Sur no había emisora de radio y las noticias llegaban y salían con los barcos que allí recalaban. Sin embargo desde el asentamiento británico podría telegrafiar e informar de lo que estaba ocurriendo. Pero antes tenía que transmitir la información al *Daily Chronicle*, el periódico con el que había llegado al acuerdo de exclusividad. En aquel momento más que nunca necesitaba fondos para su expedición.

Precisamente el mismo día en que el *Southern Sky* llegaba a las Malvinas, a miles de kilómetros de distancia, en el mar del Norte frente a las costas de Dinamarca, se estaba desarrollando la gran confrontación naval entre las flotas británica y alemana: la batalla de Jutlandia. Así, paradójicas de la vida, el Almirantazgo recibió el telegrama de Shackleton, en el que les informaba de que el *Endurance* se había hundido pero que todos los expedicionarios seguían con vida, al mismo tiempo que recibían otros notificando que, pese a contar con superioridad numérica, la flota británica había sufrido un severo castigo: tres de sus grandes cruceros habían sido hundidos y los muertos pasaban de 6.000.

Mientras el gobierno deliberaba sobre cómo informar al pueblo británico de tan terrible derrota, la censura permitió que al día siguiente la información del retorno de Shackleton ocupara la primera página de los periódicos. Inmediatamente la noticia recorrió

el mundo. En España, días después el periódico *ABC*, bajo el titular «Los exploradores del Polo¹⁹⁸», dedicaría media página a una descripción de la expedición en la que se mencionaba el peligro que todavía corrían los náufragos atrapados en isla Elefante. La noticia incluso apareció en la prensa alemana, donde se llegó a elogiar «el carácter y la perseverancia del explorador británico¹⁹⁹».

Los telegramas de felicitación comenzaron a llegarle de todo el mundo; su odisea había vuelto a levantar oleadas de admiración. Pero hubo uno de entre todos que, además de llenarle de orgullo, le transmitió la serenidad que necesitaba, el que recibió de su rey, Jorge V, en el que le expresaba su «alegría porque hubiera llegado sano y salvo a las Falkland y su confianza en que sus compañeros pudieran ser pronto rescatados²⁰⁰». Esa era la prueba que necesitaba para tranquilizarse, la manifestación de la máxima autoridad de su nación de que, pese al grave momento que estaban atravesando, el Imperio no les olvidaba. De hecho el Almirantazgo, pese a que lógicamente la guerra era su prioridad, varias semanas antes de recibir las primeras noticias de la expedición ya estaba planeando una operación de rescate. Y el mismo día en que Shackleton, después de atravesar las montañas de Georgia del Sur, llegaba a la factoría ballenera de Stromness, un comité de expertos aconsejaba adquirir el viejo barco de la expedición de Scott —el *Discovery*— para enviarlo en busca del *Endurance* o de sus náufragos.

¹⁹⁸ *ABC*, 5-VI-1916.

¹⁹⁹ Huntford, op. cit., p. 605.

²⁰⁰ Shackleton, op. cit., p. 235.

Mientras en Londres se negociaba la adquisición del *Discovery*, en las Malvinas nuestro nervioso explorador no encontraba el barco que reuniese las condiciones que se necesitaban para el rescate y, según le habían informado, el antiguo buque de Scott no llegaría antes de octubre. Sus hombres no podían esperar cinco meses más en aquel pedazo de tierra inhóspita, por lo que decidió utilizar todo su prestigio para conseguir un barco allá donde lo hubiera. Dado que el lugar más próximo era Sudamérica, enseguida se puso en contacto con los gobiernos de aquellos países. En primer lugar solicitó a Argentina que le permitiera utilizar la corbeta *Uruguay*, que años atrás había protagonizado el rescate de la expedición del sueco Nordenskjöld, pero por desgracia no se encontraba operativa. Sin desalentarse, continuó enviando un telegrama tras otro hasta conseguir una respuesta positiva. Uruguay le ofrecía el *Instituto de Pesca n° 1*, un pesquero inglés que después de faenar durante años en el mar del Norte había pasado a ser propiedad de una empresa argentina y que en aquellos momentos era utilizado por el gobierno uruguayo para realizar investigaciones pesqueras. También tenía el casco de hierro, pero no era el momento de rechazar tan generosa oferta.

Un nuevo intento

En un tiempo récord, después de reclutar una tripulación de voluntarios entre marinos de la Armada de dicho país, la expedición zarpó de Montevideo el 9 de junio. Una semana después llegaba a Port Stanley donde, nada más subir a bordo, Shackleton reunió a la

tripulación y les informó de lo arriesgado del viaje, insistiendo en que comprendería si alguien decidía abandonar el barco. Nadie lo hizo, y al día siguiente después de cargar carbón zarparon hacia el Sur. Le acompañaban Worsley y Crean. Ambos se habían hecho inseparables del Jefe, cuidándolo como a un hermano en los tensos momentos que estaba atravesando y en los que buscó en la bebida más consuelo del que hubiera debido.

El *Instituto de Pesca n° 1* no era ni un barco seguro ni un barco rápido, su motor no funcionaba muy bien y su tripulación, al proceder de diferentes sitios, era heterogénea, aunque con voluntad de ayudar. No disponían de suficiente ropa para afrontar los fríos de la parte central del invierno antártico, pero no hubo ni una queja. Además, los oficiales sortearon con una audacia digna de encomio los hielos que se encontraron hasta que, al tercer día de navegación, consiguieron ver los picos de isla Elefante. Pero desgraciadamente a partir de allí las cosas se complicaron y, por mucho que lo intentaron, cuando solo les quedaban 40 kilómetros para llegar, una barrera impenetrable de hielos les impidió conseguir su objetivo. Poco más podían hacer salvo esperar; pero no por mucho tiempo porque se encontraban escasos de carbón y, descorazonado, el brioso irlandés tuvo que volver a dar la orden de regresar.

Si para todos fue un momento triste, para Shackleton fue un trago amargo. Volvía a dejar a sus hombres en una situación que estaba haciéndose cada vez más crítica. Aunque él no tenía forma de saberlo, las cosas en isla Elefante habían empezado a complicarse. De hecho tuvieron que amputarle los dedos de los pies al más joven

de todos, aquel polizón que se había embarcado subrepticamente pero que luego se había convertido en uno de los elementos más activos de la expedición. La operación la habían realizado los dos médicos, dentro de su insano refugio y con los escasos instrumentos quirúrgicos disponibles, aunque con el suficiente cloroformo para que no sufriera. Pero ya no les quedaba más anestésico y si algo ocurría...

De nuevo en Port Stanley nuestro hombre se ve obligado a desplegar todas sus habilidades de persuasión. Sus telegramas siguieron atravesando el planeta, y continuó llamando a todas las puertas donde creía que podía conseguir un barco. Este ejemplo de abnegada lealtad de Shackleton por salvar por todos los medios a sus hombres fue lo que conmovió al mundo entero. El noruego Nansen le ofreció el *Fram*, pero tardarían mucho en prepararlo para zarpar; Peary, el descubridor del Polo Norte, estaba gestionando un barco del gobierno estadounidense; el capitán de un crucero de la Armada británica que estaba de misión patrullando en las Malvinas pidió autorización al Almirantazgo para intentar el rescate, pero estaban en guerra y le fue denegada. Incluso Carl Larsen, el que había sido capitán del barco de la expedición de Nordenskjöld, se ofreció a organizar una expedición privada con pescadores para la primavera.

En aquellos momentos Larsen era la persona con más experiencia en este tipo de tragedias. Su barco también había sido atrapado por el hielo y hundido en el mar de Weddell, teniendo que pasar con su tripulación un invierno en una isla deshabitada. En su acreditada

opinión, la situación de los británicos era complicada pero estaba seguro de que podrían sobrevivir si habían sido precavidos y si, al igual que él había hecho, habían cazado suficientes focas y pingüinos para pasar el invierno.

Lo que nunca hubiera podía imaginar es que en isla Elefante no habían hecho nada de eso. Wild, a quien Shackleton había dejado al mando, se estaba comportando como había hecho ya antes su admirado superior y, por tanto, para mantener alta la moral de sus hombres y demostrarles que estaba convencido de que pronto llegarían a rescatarles, casi no había almacenado comida. Y así, con la esperanza fuerte pero la despensa vacía, los británicos empezaban a vislumbrar el hambre en un futuro cercano si su Jefe no volvía pronto.

Buscando ayuda en el fin del mundo

Comprendiendo que todo lo que podía hacer desde las Malvinas ya estaba hecho, tan solo seis días después de regresar con el buque uruguayo Shackleton se embarcó con sus dos inseparables compañeros en un vapor correo que se dirigía a Punta Arenas, el puerto chileno de la entrada occidental del estrecho de Magallanes. Allí había una gran colonia británica y quería intentar algo. En su opinión, cualquier cosa era mejor que quedarse esperando sin hacer nada.

La acogida fue entusiasta. Los periodistas cayeron rendidos ante el embrujo de ese hombre «de carácter enérgico, lleno de cordialidad y buen humor, de mirada dulce y soñadora y lleno de vigor y

determinación²⁰¹» —como dijo de él uno de los periódicos de la ciudad—. Su epopeya levantó una oleada de admiración, y a sus compatriotas no les fue difícil recaudar enseguida la respetable cifra de 1500 libras para montar otra expedición de rescate, a la que también contribuyeron los propios chilenos. En cuestión de días alquiló una pequeña goleta, *Emma*, que parecía reunir las características buscadas: era de madera de roble, llevaba motor auxiliar de petróleo y tenía fama de ser buena navegando. También se contrató una tripulación que estaba formada, además de por nuestro trío de exploradores, por otras seis personas pertenecientes a cinco nacionalidades: dos noruegos, un chileno, un estadounidense, un cocinero negro de Barbados y uno — ¡aunque parezca increíble!— de la República de Andorra. Por otro lado, el gobierno chileno les ofreció uno de sus barcos, el *Yelcho*, que por la potencia de sus motores podría remolcarlos todo el estrecho de Magallanes e incluso adentrarles en el mar Austral; de hecho, había sido construido en Gran Bretaña como remolcador, aunque después había trabajado como ballenero y en esos momentos estaba realizando actividades oceanográficas. La idea de que les remolcaran parecía buena, la goleta era pequeña y no tenía demasiada autonomía por lo que, en previsión de que no tuvieran vientos favorables, lo mejor era que les acercasen lo más posible a su objetivo.

El 12 de julio de 1916 salieron de Punta Arenas. Atravesaron a remolque las solitarias aguas del estrecho de Magallanes. Se

²⁰¹ Huntford, op. cit., p. 612.

encontraban en el fin del mundo, en una de las zonas del planeta más alejadas de la civilización. Es difícil imaginarse la sensación de soledad que embargaba a Shackleton. En la actualidad vivimos continuamente comunicados, podemos retirarnos al lugar más lejano que incluso hasta allí llegarán las señales de los satélites y podremos estar informados de todo lo que pasa en otras partes. Entonces no era así, si bien ya existía el telégrafo y la telegrafía sin hilos, la información que transmitían solía ser unidireccional, hacia los grandes centros de poder de Europa, de donde no solía regresar. Y de hacerlo, lo hacía en forma de periódicos que se distribuían con lentitud.

El indomable irlandés se encontraba allí, en la periferia de la sociedad. Sus problemas, o mejor dicho, su problema, salvar a sus hombres, era solo suyo y únicamente podía compartirlo con los que tenía a su alrededor. Era lógico que pensase que, en una Europa que se despedazaba con nuevas y letales armas —que multiplicaron la mortandad hasta cotas nunca alcanzadas en la historia de la humanidad—, su esfuerzo por rescatar a sus 22 hombres pudiera parecer algo inútil y ridículo. Poco podía imaginarse que era todo lo contrario. Todas las gentes del planeta, posiblemente hastiadas por la demencia de un conflicto que segaba cada día la vida de miles de jóvenes, seguían con angustia las tribulaciones de alguien, de un ser humano, que luchaba con todas sus fuerzas por salvar de las garras de la muerte a un puñado de hombres, aquellos que el destino había puesto bajo su responsabilidad.

Ejemplo de ello es que incluso en España —donde nunca nos hemos sentido muy atraídos por aventuras polares— la prensa hizo continuas referencias a las tentativas de rescate, llegando a informar sobre los preparativos del gobierno británico para enviar al *Discovery*, «en previsión de que fracasase el tercer intento de Shackleton²⁰²», diría el *ABC*.

Una vez más, rechazados

La goleta *Emma* y el remolcador *Yelcho* terminaron de recorrer el estrecho de Magallanes y se adentraron en los mares australes. Durante tres días lucharon valerosamente contra un furioso temporal que rompió en varias ocasiones el cable que los unía. Pero una y otra vez los marineros del *Yelcho*, arriesgando sus vidas, volvían a restablecer ese cordón umbilical capaz de dar a la goleta la autonomía de combustible suficiente para alcanzar isla Elefante. Al final consiguieron alcanzar una zona de vientos favorables y, con sus velas desplegadas, la goleta pronto cogió mayor velocidad que el *Yelcho*, momento en el que las dos embarcaciones se separaron. Durante varios días la *Emma* navegó rauda hacia su destino, pero de repente, cuando todavía le separaban casi 200 kilómetros de isla Elefante, el mar de hielo, como ya había ocurrido las otras veces, les cerró el paso. Esperaron un día a fin de dar tiempo a que los vientos y las corrientes alejaran aquella masa de hielos, pero como no sucedió Shackleton ordenó entrar en aquella barrera helada para tratar de forzar el paso. En pocos minutos se dio cuenta de la

²⁰² *ABC*, 24-VII-1916.

inutilidad del intento. Eso solo les conduciría a que la goleta también quedase encerrada y a merced de los grandes bloques de hielo que la rodeaban. Preocupado y prudente, viró para poder salir de aquella trampa. Más adelante lo volvería intentar con idéntico resultado, era evidente que así no conseguirían llegar nunca a isla Elefante. Por tercera vez tuvo que dar la más triste de las órdenes, la de regresar sin haber cumplido su misión.

El 8 de agosto llegaron otra vez a Port Stanley, el lugar habitado más próximo a la isla donde se encontraban sus hombres. Después de tres intentos fallidos cualquiera hubiera desfallecido y aceptado que tendría que esperar un par de meses para intentarlo de nuevo con la llegada de la primavera. Eso era lo que decían todos los expertos de la zona, que aquel mar de hielo no se retiraría hasta que pasase el invierno. Pero Shackleton no pensaba así. Estaba convencido de que en aquella zona la inmensa capa de hielo no se mantendría mucho tiempo fija en un sitio y que en cualquier momento un fuerte temporal podría dispersarla y arrastrarla lejos, dándole la oportunidad de deslizarse y alcanzar la isla. Solo era cuestión de suerte y de aprovechar el momento oportuno. Además no quería esperar semanas o meses, sabía que la vida de sus hombres corría más peligro cada día que pasaba.

Comunicó al gobierno chileno el fracaso con la goleta y le pidió que volviera a enviar al *Yelcho* para remolcarlos hasta Punta Arenas, donde llegaron el 14 de agosto. Allí recibió la noticia de que el *Discovery* estaba ultimando sus preparativos y que zarparía de Gran Bretaña en unas semanas. Aquella información en sí misma era una

buena noticia, aunque teniendo en cuenta el tiempo que tardaría el barco en recorrer el Atlántico, podría ser demasiado tarde para sus hombres. Además también le comunicaron que, debido a las conocidas reticencias de la Armada hacia la marina mercante —y posiblemente también a su persona—, él no estaría al mando de la operación de rescate. Aquello, como es natural, le dolió en su amor propio. Eran sus hombres y quería ser él quien les rescatase.

Una vez más acudió al gobierno chileno para rogarle que le volviese a prestar el *Yelcho*. Había constatado que era un barco muy marinero²⁰³ y que tenía una tripulación bien entrenada y dispuesta a todo. Puede parecer que no tenía sentido intentar un cuarto rescate; además el *Yelcho* tenía el casco de acero y, aunque Shackleton se comprometió a no meterlo entre los hielos, no dejaba de ser una temeridad poner en peligro el barco y a su personal. Pero, contra todo pronóstico, la tenacidad de Shackleton, su seguridad, su entusiasmo y su espíritu invencible rompieron todas las reticencias y las autoridades chilenas, conscientes de que el mundo estaba asombrado por el ejemplo de fidelidad de aquel explorador británico hacia sus hombres, y también pendiente de la generosidad del gobierno de Chile, aceptaron su propuesta. El *Yelcho* haría otro intento.

Muchachos, puede que el Jefe venga hoy

El 25 de agosto volvieron a salir en dirección a isla Elefante. Llevaban la cubierta llena de carbón para poder permanecer el

²⁰³ Se dice de aquel barco que resulta fácil de manejar, que no tiene tendencia a volcar y con el que se puede sacar partido de los vientos, las olas y las corrientes marinas.

mayor tiempo posible a la espera de que el mar de hielo se abriese, pero no hizo falta esperar. En aquella ocasión el tiempo pareció favorecerles y el pequeño *Yelcho* avanzó a gran velocidad hacia el Sur. Cuatro días después se encontraban a 150 kilómetros de la isla y todavía no se habían topado con el mar de hielos, pero entonces la temperatura bajó a 10 ° C bajo cero y la niebla volvió a rodearlos. Siguieron adelante durante toda la noche temiendo toparse en cualquier momento con ese impenetrable frente de hielo, pero salvo pequeños topetazos con algunos témpanos dispersos no tuvieron mayores sobresaltos. Al amanecer del día 30 tendrían que encontrarse en las proximidades de la isla, pero la niebla era tan espesa que no podían distinguirla. De repente alcanzaron a ver algunos icebergs varados, eso quería decir que estaban en aguas poco profundas, lo que solo podía significar que isla Elefante debía estar allí mismo. Efectivamente, poco después vieron las olas romper sobre un arrecife. Estaban al lado de la isla. Como si se hubiera sentido descubierta y ya no tuviera sentido tratar de ocultarse entre la niebla, la isla se despojó de su vaporoso manto y pudieron apreciar con todo detalle sus acantilados y glaciares. Ya solo tenían que seguir la costa hasta encontrar el campamento, pero tenían que hacerlo antes de que el tiempo o el mar de hielo les cerrase de nuevo el paso. Era una carrera contrarreloj.

Para los hombres de la isla las cosas se habían puesto difíciles. Uno puede acostumbrarse a las incomodidades e incluso aprender a sobrellevarlas con paciencia, pero la monotonía erosiona la esperanza y sin ella las dificultades se tornan insuperables. Habían

pasado casi dos años en los que solo habían visto las mismas caras, escuchado las mismas historias y leído varias veces los pocos libros que tenían. Pero, sobre todo, llevaban dieciocho largas y aburridas semanas esperando. Además, en los últimos tiempos el fantasma del hambre había hecho acto de presencia; los pingüinos, las focas, los elefantes marinos, todo había desaparecido y para comer no tenían más que las lapas que durante el día arrancaban de las rocas. Era tal el hambre que sentían, que alguno llegó a pensar que podría darse algún caso de canibalismo.

Frente a toda esta ola de creciente desesperación se elevaba siempre la voz del imperturbable Wild, que todas las mañanas al levantarse les recordaba que tenían que enrollar los sacos y tenerlo todo dispuesto, porque, «muchachos, puede que el Jefe llegue hoy²⁰⁴». Y ese día, aunque ellos no podían saberlo, había llegado.

Habían empezado a comer su paupérrimo rancho y faltaba uno de ellos, que había subido a un promontorio —más por costumbre que por esperanza— a otear el horizonte. Todos escucharon que llegaba corriendo. Cuando entró en el refugio nadie le prestó atención, ni siquiera cuando se dirigió directamente a Wild para comentarle algo. Pero cuando oyeron que le preguntaba si debían hacer señales de humo, todos a la vez intuyeron lo que estaba sucediendo. Vestidos o semidesnudos, con botas o descalzos se lanzaron en tropel hacia la puerta. En efecto, allí fuera había un barco.

Unos trataron de quemar algo para producir humo, pero no había forma de que ardiera nada y, cuando consiguieron hacer fuego —

²⁰⁴ Shackleton, op. cit., p. 262.

después de que se habían pasado meses ahumados— no lograron que salieran más que bellas y danzarinas llamas, pero completamente invisibles, sin el menor rastro de humo. Otro se subió donde tenían el mástil para izar al menos su abrigo y que les viesen, pero la cuerda se atrancó y se quedó a medias. Los de la playa gritaban y agitaban los brazos en un gesto que la distancia hacía inútil. Sin embargo el barco enfiló hacia la playa, se detuvo a 150 metros y arrió un bote. Los habían visto. Estaban salvados.

El bote se acercó impulsado por cuatro activos remeros. Cuando la distancia se hizo menor todos pudieron distinguir en la proa una figura inconfundible. El Jefe había vuelto.

La primera pregunta, todavía en la distancia y a gritos, fue de Shackleton: « ¿Están todos bien?». Aquella tela izada a medias en el mástil le había hecho pensar en una bandera a media asta por la muerte de alguien; quién podía saber si por uno o por cuántos. La respuesta unánime de «todos bien» le tranquilizó, y una amplia sonrisa iluminó su cara de luchador invencible. Lo habían logrado.

Un recibimiento triunfal

No hubo tiempo para festejar encuentros, tenían que salir de allí antes de que el mar de hielo pudiese rodearlos. El bote volvió al barco cargado con la mitad de los náufragos, luego regresó a por el resto. En ese tiempo algunos reunieron sus pocas pertenencias personales, en especial sus diarios; también el fotógrafo Hurley recogió los botes herméticos con las placas y las películas fotográficas, el recuerdo objetivo e imborrable de su odisea. En

menos de una hora todos estaban a bordo del *Yelcho* y se dio la orden de zarpar. Shackleton no había tenido tiempo ni para acercarse al refugio donde sus hombres habían sobrevivido. Ellos eran lo importante y por fin los tenía de nuevo consigo sanos y salvos.

El *Yelcho* era una embarcación relativamente vieja. Como la gran mayoría de las de aquellos tiempos, no disponía de luz eléctrica y por lo tanto tampoco de radio, por lo que la noticia del salvamento la llevaron ellos mismos de vuelta a Punta Arenas. Aquella pequeña ciudad había sentido toda la angustia de Shackleton por la suerte de sus hombres y había vivido en primera persona la ansiedad de dos intentos de rescate, por lo que resultaba comprensible la preocupación tanto por el resultado de este último intento como por la suerte de los marinos de su propia Armada que participaban en él. Por eso, cuando el 4 de septiembre el barco llegó a la ciudad, provocó una explosión de júbilo sin precedentes, aunque en cierta manera había sido orquestada por la hábil batuta del irlandés.

A Shackleton le gustaban las grandes puestas en escena y sabía prepararlas, así que cuando el *Yelcho* alcanzó el primer lugar del estrecho de Magallanes donde había telégrafo desembarcó para enviar un telegrama informando de los resultados del rescate. Como era de esperar, cuando el barco chileno alcanzó Punta Arenas la noticia se había extendido como un reguero de pólvora y toda la población, en especial la colonia británica, les esperaba en masa en el puerto para darles la bienvenida. Entre las banderas chilenas y británicas que ondeaban festivas en las ventanas de las casas,

había también algunas alemanas y austríacas. La alegría por el rescate y el orgullo porque, aun en un mundo dividido y convulso, todavía quedarán hombres capaces de arriesgar su vida por la de sus semejantes, hizo que todos olvidaran, al menos por unas horas, la guerra fratricida que asolaba Europa.

Shackleton escribió un telegrama de agradecimiento al máximo responsable de la Armada chilena: «Me es imposible expresar mis más profundos sentimientos de gratitud por todo lo que ha hecho por nosotros²⁰⁵». La respuesta no se hizo esperar: «Sírvasse recibir sinceras congratulaciones por el feliz resultado de la empresa debido, enteramente, a su constancia y decidido empeño. La Armada chilena ha recibido la noticia del salvamento de los marinos ingleses como si se tratara de nuestra propia gente²⁰⁶». Una vez más se repetía la historia de la vieja hermandad de los hombres del mar, o quizá la de todos los hombres en situaciones extremas. Después de unos días de bien merecido descanso, en el mismo barco que les había rescatado se dirigieron a Valparaíso donde les esperaban las máximas autoridades de Chile. Al llegar al puerto, el pequeño *Yelcho*, con los mástiles adornados con banderas y gallardetes, recibió el saludo de los buques de la Armada chilena con sus tripulaciones formadas en cubierta y el ulular de las sirenas de todas las naves fondeadas. Aquello le recordó a Shackleton otras situaciones similares que había vivido, primero en el *Discovery* de Scott y después en su *Nimrod*.

²⁰⁵ Pinochet de la Barra, *La Antártida Chilena*, p. 37.

²⁰⁶ *Ibíd.*, p. 37.

Desde Chile cruzó los Andes en un tren especial que el presidente de este país puso a su disposición para llevarle a Montevideo, con el fin de agradecer a las autoridades uruguayas todo su apoyo en el rescate. De allí volvió a Valparaíso donde embarcó rumbo a Estados Unidos, y desde allí se dirigió a Nueva Zelanda, porque todavía tenía hombres a los que rescatar en otra parte de la Antártida.

§. Los hombres perdidos

Las primeras noticias de que algo le había pasado al grupo de su expedición que había enviado al mar de Ross las recibió Shackleton cuando llegó a la factoría ballenera de la bahía Stromness, después de atravesar las montañas. Las informaciones eran vagas, meros titulares de periódicos que habían recorrido el mundo y, casi por casualidad, habían llegado a la remota isla de Georgia del Sur. Por un momento hasta dudó de su veracidad o de la precisión de la información. Sin embargo, cuando un par de semanas después arribó a las Malvinas y pudo no solo leer la prensa británica sino también telegrafiar solicitando información adicional, tuvo que rendirse a la evidencia. La situación de sus hombres en el mar de Ross era mucho peor de lo que hubiera podido imaginar: llevaban casi dos años abandonados a su suerte.

La misión del Aurora

La Expedición Imperial Transantártica estaba formada por dos grupos claramente diferenciados: el principal iba a bordo del *Endurance*, el cual, a través del mar de Weddell, montaría una base

en ese extremo de la Antártida y allí se quedarían Shackleton y parte de sus hombres; y el del *Aurora* que, atravesando el mar de Ross, llevaría un segundo equipo a la antigua base del *Nimrod*, en la parte opuesta del continente. De modo que, en la primavera del año siguiente a su llegada al continente, las dos partidas de hombres se dirigirían hacia el Polo Sur, Shackleton por un terreno desconocido y el otro grupo sobre la Barrera, siguiendo la ruta que años atrás habían recorrido en varias ocasiones los exploradores británicos en su carrera hacia el Polo. Mientras que el objetivo del grupo principal era atravesar la Antártida, es decir, alcanzar el Polo Sur y luego proseguir hasta llegar al mar de Ross, el otro grupo, el del *Aurora*, tenía como misión instalar depósitos de provisiones por toda la superficie de la Barrera para que los utilizase Shackleton en la parte final de su recorrido.

En términos absolutos el grupo principal recorrería unos 3.000 kilómetros y estaba previsto que el grupo auxiliar tuviese que recorrer algo menos de la mitad. Sin embargo el papel de este equipo de apoyo también era de gran importancia porque cuando Shackleton llegase a la Barrera, después de haber atravesado la meseta polar y descendido el glaciar Beardmore, estaría al límite de sus reservas de provisiones, si es que todavía le quedaba algo de comida y combustible, por lo que necesitaría reponerlas si quería completar con vida el tramo final de su recorrido.

Desde el primer momento las cosas no le fueron bien al grupo del *Aurora*. Los problemas económicos del conjunto de la expedición se cebaron especialmente sobre la parte australiana, hasta el punto de

que parecía imposible que llegasen a hacerse a la mar. Puesto que ya no había comunicación con el *Endurance*, que se encontraba rumbo a Georgia de Sur, no zarpar hubiese significado condenar a sus compañeros a una muerte segura; algo que Mackintosh, que estaba al frente de aquella parte de la expedición, no podía consentir. Por eso puso todo su ingenio, voluntad y empeño hasta que consiguió recaudar el dinero necesario y, con tres semanas de retraso, el 23 de diciembre de 1914, el *Aurora* puso rumbo al mar de Ross. Por entonces el *Endurance* ya estaba navegando por el mar de Weddell. Las dos expediciones estaban aisladas por completo y lo único que los hombres de Mackintosh podían hacer era cumplir su misión, a no ser que quisieran sentir por el resto de sus vidas el remordimiento de haber dejado morir de hambre a sus compañeros y amigos.

A mediados de enero de 1915 el *Aurora* alcanzó la zona donde años atrás habían instalado sus bases tanto Shackleton como Scott. En cuestión de días, Mackintosh salió a montar una primera línea de depósitos que se extendería a lo largo de unos 250 kilómetros hasta los 80°S, dejando para el año siguiente prolongar la línea por la parte central de la Barrera hasta alcanzar la base del glaciar Beardmore, es decir, otros 400 kilómetros más al Sur. Una vez cumplidos los objetivos de ese primer año, a finales de marzo regresaron a la antigua base del *Discovery* en Punta Hut, la base más veterana y también la auténtica puerta de entrada y salida de la Barrera. Allí tuvieron que permanecer durante un par de meses, aislados de su emplazamiento en el cabo Evans —en la que fuera la

base de Scott durante su infausta expedición—. El hielo que cubría los escasos 30 kilómetros de mar que los separaban no tenía el suficiente espesor como para garantizar que soportara su peso. Mientras, en la base aguardaba el resto de los hombres y fondeado delante de ellos el *Aurora*, que permanecería allí todo el invierno, en una zona que parecía ofrecer buen abrigo contra los temporales, las corrientes y la presión de los hielos.

El Aurora desaparece

Ninguno de los expedicionarios olvidaría la noche del 6 de mayo. Llevaban varios meses tan acostumbrados a ver la silueta del *Aurora* recortada en el horizonte frente a su base que ya parecía formar parte del paisaje. Pero esa noche cuando uno de los científicos se despertó para realizar su turno de observaciones meteorológicas, tuvo que frotarse varias veces los ojos creyendo que todavía estaba dormido. El barco había desaparecido.

Fondeado en aquel sitio el *Aurora* ya había soportado varias tempestades, algunas de ellas tan violentas que habían fracturado la capa de hielo que lo rodeaba, pero en esa ocasión, pese a estar sujeto con varias anclas, la furia del viento y de las corrientes había sido tal que arrastró el barco fuera del alcance de su vista, dejando en su lugar una considerable extensión de agua que en poco tiempo las bajas temperaturas se encargaron de volver a congelar. El buque se había ido y con él una parte muy importante de sus provisiones, porque como la embarcación iba a invernar con ellos habían

decidido que se desembarcarían progresivamente. La situación en la base era angustiosa.

Pero, con todo, aún era mucho peor para los 18 hombres que formaban la tripulación del barco. Durante los diez meses siguientes estarían atrapados por los hielos y a merced de las corrientes marinas y los vientos que, tal y como le ocurrió al *Endurance*, arrastraron al *Aurora* a lo largo de 3000 kilómetros, hasta que pudo zafarse del último cinturón de hielo que lo aprisionaba. Entonces los hombres de a bordo descubrieron que el timón estaba seriamente dañado. En semejantes condiciones les iba a ser imposible navegar, por unas aguas famosas por sus tempestades, los 2000 kilómetros que todavía les faltaban para poder alcanzar el puerto más cercano. Por suerte el *Aurora* llevaba un pequeño equipo de radiotelegrafía. Aunque su alcance nominal no era superior a los 400 kilómetros, de repente una noche consiguió ponerse en contacto con Nueva Zelanda, ¡a casi 2000 kilómetros de distancia!, y transmitir su situación.

Durante toda aquella noche una sucesión de alarmantes mensajes fue llegando a la civilización: «daños en el timón... sin anclas... escasos de combustible...». Aquel rosario de desdichas no se limitó a la desastrosa situación del barco, sino que siguió con las de la partida de hombres que habían quedado abandonados en la Antártida. Como el *Aurora* fue arrancado de su fondeadero de la base del cabo Evans cuando Mackintosh todavía no había regresado de su viaje para establecer los depósitos, en el barco estaban convencidos de que habían muerto y ese fue otro de los sombríos

mensajes que transmitieron aquella noche: Mackintosh y sus hombres habían perecido. En realidad sí habían vuelto y se encontraban bien, pero se habían quedado bloqueados en Punta Hut, esperando que la capa de hielo se afianzase para poder recorrer los escasos kilómetros que les separaban de su base, donde pensaban que también se encontraba el *Aurora*.

Horas después de que estas noticias llegasen a la civilización, la información se filtró a la prensa y se distribuyó por todo el planeta. Las primeras novedades que se tenían de la Expedición Imperial Transantártica eran terribles y, a la luz de lo acontecido, como no se sabía nada del *Endurance*, también se le daba por perdido. Incluso siendo optimistas y confiando en que hubiera podido atravesar el mar de Weddell y dejar a Shackleton en su destino, la situación del irlandés y sus hombres sería desesperada, pues cuando comenzasen la travesía del continente, al no contar con las provisiones de la partida de apoyo del mar de Ross, también estarían irremediabilmente perdidos.

Así pues, cuando Shackleton llegó a Georgia del Sur, recibió como un terrible puñetazo las pésimas noticias que luego le fueron confirmadas en las Malvinas: Mackintosh y una parte de sus hombres habían perecido en la Barrera mientras que el resto estaban aislados en la Antártida.

Por eso, aunque durante unos meses su prioridad fue rescatar a su gente de isla Elefante, una vez que lo logró su energía se dirigió hacia los otros: hacia los que todavía estaban perdidos y atrapados en la Antártida.

Momentos amargos para un líder

Había llegado el momento de cruzar el océano Pacífico para organizar el rescate de los supervivientes del *Aurora*. Mientras navegaba hacia allí no pudo alejar de sus pensamientos la generosa respuesta que había recibido de los gobiernos sudamericanos para acudir al rescate de sus hombres de isla Elefante. En cierta manera pensaba que algo similar iba a suceder en Australia y Nueva Zelanda cuando pidiera ayuda para ir a buscar a los que todavía seguían en el mar de Ross; incluso con mayor motivo ya que, además de la lengua y la cultura común, compartían importantes lazos económicos y políticos con la metrópoli —de hecho hasta el 1 de enero de 1901 ambas islas eran consideradas colonias del Imperio británico—. En contra de sus previsiones, pese a todos esos vínculos, en el otro extremo del planeta las cosas fueron muy distintas.

Los gobiernos de aquellas dos naciones, en especial el australiano, estaban molestos por el cariz que había tomado la expedición del *Aurora*. Ya desde el primer momento vieron con malos ojos los problemas económicos que había tenido que afrontar Mackintosh para poder aprovisionar su barco antes de partir al Sur, y acusaban a Shackleton de falta de previsión y mala organización. Después, cuando el *Aurora* regresó portando las trágicas noticias, se habían visto presionados por la opinión pública y, muy a regañadientes, habían tenido que reparar y acondicionar el barco para que pudiera volver a recoger a los hombres atrapados. Aunque, eso sí, al menos

habían cambiado al capitán y puesto en su lugar uno de su confianza. Por tanto, cuando las autoridades se enteraron de que Shackleton se dirigía hacia allí, el gobierno australiano llegó incluso a enviarle un mensaje informándole de que no sería bienvenido.

El combativo irlandés entendió el mensaje pero no desistió, simplemente puso rumbo a Nueva Zelanda, desde donde el *Aurora* zarparía con destino a la Antártida con la esperanza de poder embarcar. No obstante, allí las cosas tampoco le resultaron sencillas. Pese a que era el propietario legal del barco, las autoridades se negaron a que ejerciese el derecho de poder elegir al capitán de su navío e incluso quisieron prohibirle que fuese en el *Aurora* al rescate de sus hombres. La situación no podía ser más absurda; en todo el mundo *sir* Ernest Shackleton era vitoreado por su decisión y fuerza de voluntad y allí, casi entre los suyos, se veía repudiado y excluido como un apestado. Sabía que las leyes comerciales y marítimas le protegían, pero temía que si ejercía sus derechos las autoridades, que habían invertido una fuerte suma de dinero para preparar la operación de rescate, pudiesen llegar a prohibir que el barco zarpara hasta que no se les devolviera esa cantidad. Algo que, en aquellos momentos, era de todo punto impensable.

Durante días las posiciones de las autoridades y Shackleton fueron irreconciliables, pero el tozudo irlandés todavía tenía allí buenos amigos, muchos de ellos periodistas, y pronto la prensa y la opinión pública neozelandesa volvieron a ver en él la figura del hombre que lucha convencido de la rectitud de su causa. Pero, por mucho que

día a día ganase adeptos en todas las instancias, las autoridades habían llegado a compromisos con terceros y no iban a retractarse con facilidad. Tras largas y complicadas negociaciones llegaron a un cierto acuerdo: le permitían viajar en el *Aurora* pero sin autoridad alguna, en calidad de pasajero. Era una situación irregular y hasta cierto punto peligrosa —como el propio Shackleton puso de manifiesto—, pues si viajaba en tales circunstancias, en caso de una emergencia era posible que parte de la tripulación esperase que las órdenes viniesen de él. «No puede haber dos capitanes en un barco²⁰⁷», llegó a decir al ministro de Marina. Así que, para evitar que esto llegase a ocurrir, se ofreció a firmar un documento en el que figuraría como un simple oficial, por debajo de todos los demás del barco, de modo que la cadena de mando quedara perfectamente clara tanto para los oficiales como para la marinería. En aquel momento salvar a sus hombres era más importante que salvaguardar su orgullo.

Cumplieron su misión

La travesía fue rápida. Apenas se encontraron con hielo y, en tres semanas, el 10 de enero de 1917, Shackleton volvió a ver el paisaje tan familiar y añorado del monte Erebus. En aquella época la bahía se encontraba todavía parcialmente congelada por lo que no pudieron llegar hasta el cabo Evans, donde había instalado su base Mackintosh para estar más cerca de Punta Hut y de la entrada a la Barrera. En cualquier caso, dado que desde el puesto del vigía del

²⁰⁷ Mill, op. cit., p. 241.

Aurora se podía ver la base, lanzaron una bengala. No hubo la más mínima respuesta. Lo peor parecía haber ocurrido.

El impaciente irlandés decidió bajar al hielo y averiguarlo. Antes de encaminarse al cabo Evans, que estaba a 10 kilómetros de distancia, se dirigió con varios miembros de la tripulación a su antigua base del cabo Royds, que estaba a un centenar de metros, para ver si allí encontraba algún mensaje. Volver después de tantos años a su base, ahora vacía y congelada en el tiempo, le produjo una cierta desazón. Pero su melancolía desapareció cuando encontró una escueta nota; solo decía que estaban en el cabo Evans, pero ¿cuántos? En cierto modo la nota «añadía más incertidumbre sobre la suerte de toda la expedición²⁰⁸».

Estaba claro que allí no había nada más que hacer, pero antes de comenzar el largo viaje hasta la otra base quiso volver al barco para informar. Ya habían comenzado a caminar cuando vieron que por el hielo un trineo tirado por perros se dirigía también al barco. Con una mezcla de alegría y temor Shackleton y los hombres que le acompañaban corrieron a su encuentro. Al menos algunos habían sobrevivido. Según avanzaban, trataban de contar el número de personas que iban en el trineo; hasta que al fin se encontraron. El impacto para Shackleton no pudo ser más brutal. Durante los más de cinco meses que había pasado con los hombres del *Endurance* acampados sobre el hielo vio la desesperación, el abatimiento y el miedo en sus caras. También había comprobado el efecto que sobre ellos habían tenido los cuatro meses de incomunicación en isla

²⁰⁸ Tyler-Lewis, *The lost men*, p. 233.

Elefante, en los que el hambre había sido compañera de su desaliento; pero el sufrimiento que reflejado en los ojos de aquel grupo de hombres que ahora tenía frente a él le estremeció. La tragedia, el aislamiento, la desesperación, todo había hecho mella en el alma y en el cuerpo de aquellos hombres separados del mundo durante dos largos años, hasta tal punto que le costó reconocer a algunos de ellos.

Para los que llegaron en el trineo aquel encuentro también fue una inmensa sorpresa pues, como Shackleton no había llegado caminando sobre la Barrera a finales del verano anterior tal como estaba previsto, estaban convencidos de que el Jefe había muerto en la travesía de la Antártida. Evidentemente la primera pregunta fue para saber de Mackintosh, cuya ausencia era palpable. Había muerto y también dos compañeros más, fue la lacónica y triste respuesta. Nada más escuchar esa información, Shackleton intercambió miradas con los hombres del barco que habían ido con él y tres de ellos alejándose unos pasos, y ante la perplejidad de los expedicionarios, se tiraron al suelo. Era la manera que habían acordado con el capitán, que desde el barco les observaba con prismáticos, para informarle del número de bajas.

Luego vendría el relato de sus infortunios. La desaparición del *Aurora* con las provisiones, el combustible, los equipos y muchos de sus efectos personales había supuesto un duro golpe, pero por fortuna en la base los hombres de Scott habían dejado abundante comida que ellos pudieron aprovechar y, con ingenio, pudieron arreglárselas sin grandes dificultades. Los problemas fueron otros.

La convivencia durante el primer invierno fue mucho más cruel de lo que imaginaron. Mackintosh podía ser un buen profesional pero desde luego no era un líder y no supo mantener la unidad de su gente, de modo que, sometido a la presión del largo encierro en la oscuridad invernal, el grupo se fragmentó provocando frecuentes desavenencias y enrareciendo el ambiente. Tan solo la llegada de la primavera pudo aliviar la tensión al volver a dotarles de un objetivo: establecer los depósitos de provisiones para sus compañeros del *Endurance* que ya debían haber comenzado la travesía de la Antártida. Con ese espíritu de camaradería comenzaron los viajes para ir acercando provisiones al Sur. El más importante lo llevó a cabo Mackintosh con cinco hombres para extender la línea de depósitos a lo largo de la Barrera, hasta el lugar donde habían acordado con Shackleton, al pie del glaciar Beardmore. Y lo lograron, pero la vuelta estuvo a punto de convertirse en un drama similar al de Scott.

Casi sin perros, pues todos habían perecido en los viajes del primer año, el esfuerzo que tuvo que hacer un grupo tan reducido fue brutal. Llegaron incluso a batir un récord al convertirse en los hombres que habían estado más tiempo alejados de su base en aquel entorno hostil: nada menos que ciento noventa y ocho días en los que llegarían a recorrer más de 1500 kilómetros. Pero estar sin comer carne fresca durante tanto tiempo les pasó factura y el escorbuto hizo acto de presencia. Incluso antes de llegar a su objetivo uno de ellos se quedó sin fuerzas y tuvieron que dejarle atrás en una tienda, mientras el resto continuaba para dejar el

depósito de provisiones en el lugar acordado, al pie del glaciar, porque en caso contrario la partida de Shackleton no sabría dónde buscarlo y con toda seguridad perecerían.

Una vez establecido tan importante depósito iniciaron el regreso. Fue tan agotador que más pareció una lenta agonía. Recogieron a su compañero, que estaba tan débil que tuvieron que transportarle en el trineo mermando todavía más las reducidas fuerzas del resto. Días después fue Mackintosh quien no pudo seguir y luego un tercero se desplomó extenuado. Era evidente que tres hombres agotados no podían llevar en el trineo a otros tres desfallecidos, y Mackintosh se ofreció para quedarse en una tienda mientras los demás trataban de alcanzar la base del *Discovery*: allí podrían encontrar comida en abundancia y reponer sus maltrechas fuerzas. Quedarse allí era poco menos que un suicidio, pero no había otra opción, y los demás prosiguieron la marcha hacia Punta Hut, que se encontraba relativamente próxima. No todos llegaron, uno de ellos murió en el camino. Nada más alcanzar Punta Hut, los supervivientes apenas se tomaron algo de tiempo para recuperar fuerzas y, casi sin reponerse, volvieron a por Mackintosh, a quien no solo encontraron con vida sino que además consiguieron llevarlo de regreso a la base. Habían logrado sacarle de las fauces de la muerte.

La espera más larga y desesperanzada

Una vez alcanzada la base y con carne de foca en abundancia, en cuestión de semanas pudieron superar el cansancio y, más

importante todavía, hicieron que el escorbuto remitiese. Sin embargo, comenzó para ellos una dura prueba de aislamiento e incomodidades. Se encontraban en un lugar que era poco más que un almacén y separados de la auténtica base por menos de 30 kilómetros de un mar que, pese a las bajas temperaturas, se resistía a congelarse, y cuando lo hacía, las corrientes o las tempestades se encargaban de volver a fragmentar el hielo y hacerlo desaparecer. Ya el año anterior, al terminar el viaje para instalar los primeros depósitos, habían tenido que pasar por la misma situación. En aquella ocasión aguardaron allí más de dos meses hasta que la capa de hielo se hizo lo suficientemente gruesa como para garantizar que no les iba a dar ningún susto durante las horas que tardasen en atravesarla. Pero esta vez algo había cambiado en su estado de ánimo. Quizá la muerte de su compañero, o que el invierno estaba entrando y Shackleton no había llegado, lo que solo podía significar que el Jefe y su grupo habían perecido en su intento de atravesar la Antártida. Puede que también contribuyese el hecho de que el *Aurora* no hubiera regresado durante el verano, lo que les hizo pensar que con total seguridad el barco se habría hundido con todos sus tripulantes. El caso es que Mackintosh sintió la separación del resto de sus hombres más opresiva que nunca y, el 8 de mayo, él y otro compañero decidieron cruzar hasta su base. Precisamente ese día Shackleton y sus compañeros del *James Caird* avistaron Georgia del Sur. Los otros tres se negaron a acompañarles; ya tenían una larga experiencia del carácter traicionero del hielo y habían comprobado que, aunque tuviera

medio metro de espesor y pudiera parecer sólido, las corrientes podían fragmentarlo en cuestión de horas, condenando a los pobres desdichados que pillase encima a vagar por el mar sobre un trozo de placa de hielo con un más que probable destino trágico. Si les acompañase la suerte y las corrientes les empujasen hasta tierra firme podían tener alguna posibilidad de salvarse, pero si los arrastraban hacia el interior del mar su muerte estaba asegurada: bien porque el oleaje voltease la placa y los tirase al agua, o bien porque una orca les descubriera y golpease con su gran cabeza el hielo hasta que los infelices terminaran en sus fauces.

Nunca llegaron a saber qué les ocurrió a Mackintosh y a su compañero. La superficie del mar helado parecía sólida como una roca cuando salieron a mediodía con la intención de atravesar en una rápida marcha los escasos 30 kilómetros que los separaban de la base. Pero no habían pasado más que un par de horas desde su partida cuando estalló una violenta tempestad que duró nada menos que cuatro días. Cuando pudieron salir en su búsqueda, lo único que encontraron fueron unas pisadas sobre el hielo que siguieron a lo largo de unos tres kilómetros y que terminaban al borde de un mar donde había desaparecido todo rastro del hielo que días antes lo cubriera por completo. Era evidente que no lo habían conseguido.

Los tres hombres restantes no quisieron arriesgarse a caer en la misma trampa mortal y retrasaron su partida cerca de dos meses más. Las condiciones que les tocó vivir no fueron las mejores. El invierno estaba en su apogeo y la vieja base era un lugar frío;

además, para comer no tenían más que carne de foca, cocinaban con grasa de foca y se alumbraban también con grasa de foca, cuyo humo les cubrió con una espesa capa la ropa, la cara, la barba, el pelo y todo el cuerpo. Puede que hasta el alma, puesto que la pérdida de sus compañeros había sido un duro golpe para ellos. Habían tratado de persuadirles para que no hicieran la locura de adentrarse en aquella trampa de frágil hielo; por aquellas fechas uno de ellos escribió en su diario: «No sé por qué esta gente está tan ansiosa por arriesgar su vida otra vez²⁰⁹». Pero no habían conseguido convencerles del peligro y por el resto de sus vidas les quedaría el remordimiento de no haberlo argumentado de forma más convincente.

Por fin a mediados de julio, en plena noche polar, ellos también se decidieron a cruzar el mar ahora sólidamente congelado y, sin contratiempos, llegaron a la base del cabo Evans donde les esperaban los otros cuatro miembros de la expedición. Los dos grupos de hombres no pudieron dejar de sentirse alegres al reencontrarse, aunque al mismo tiempo la desilusión y la tristeza les invadió a todos. A los recién llegados porque supieron que en la base tampoco tenían noticias del *Aurora*, por lo que suponían que se había perdido para siempre con los 18 tripulantes que llevaba a bordo. A los del cabo Evans por ver que no llegaban más que tres de los seis hombres que habían partido meses antes. Y si la pérdida de los tres compañeros con los que habían convivido más de un año fue dolorosa, y más la de los dos últimos de forma tan ridícula,

²⁰⁹ *Ibíd.*, p. 196.

también sufrieron un cruel desengaño al ver que Shackleton no llegaba con ellos, lo que significaba que toda su partida habría muerto en algún lugar de la Antártida. Toda la expedición había sido un completo desastre y ellos estaban perdidos allí sin saber cuándo irían a buscarlos. Si es que alguien pensaba hacerlo.

El resto del invierno se les hizo muy largo, sobre todo porque el ambiente se fue haciendo más y más depresivo. La satisfacción por haber cumplido la misión encomendada era una muy pobre recompensa para los sacrificios que habían hecho, además de llevarse la vida de tres de ellos. Y la incertidumbre de su rescate tampoco creaba el mejor entorno emocional para terminar de pasar los meses de oscuridad y aguardar la hipotética aparición de un barco en el verano. En cualquier caso, no tenían más remedio que aguantar y tratar de hacer esa interminable y tensa espera lo más llevadera posible. Lentamente, el invierno acabó y llegó la primavera con su promesa de sol y calor, pero también trascurrió con una lentitud exasperante. Los días se les hicieron eternos escudriñando en la lejanía la aparición de un barco. Hasta que ese 10 de enero de 1917 lo vieron. Estaban salvados.

Volver a la vida

Durante una semana Shackleton, con su tenacidad habitual y acompañado por algunos hombres, exploró la zona en un inútil esfuerzo por tratar de encontrar algún rastro de sus dos compañeros o al menos sus cuerpos sin vida, pero no hallaron nada y tuvieron que aceptar la realidad de que la rotura del hielo les

provocó la muerte. Poco más podían hacer allí, así que recogieron los registros científicos y junto con sus pocas pertenencias embarcaron de regreso al mundo, dejando atrás la pesadilla de aquellos años. Por tercera vez en su vida Shackleton volvía a alejarse de aquel paisaje; las tres ocasiones estaban marcadas por la frustración personal y la incertidumbre de su futuro. El mismo paisaje, las mismas sensaciones, todo parecía inmutable, salvo él, que a sus cuarenta y dos años cada vez se sabía más viejo.

Varias semanas después, el 9 de febrero, el *Aurora* llegó a Nueva Zelanda. El recibimiento, pues ya se habían comunicado las noticias por radio desde el propio barco, fue apoteósico. La historia de aquellos hombres, que pese a ser tocados por la muerte habían sido capaces de cumplir su misión, encajaba a la perfección con el sentimiento heroico de la época, y las recepciones y manifestaciones de simpatía fueron continuas.

Poco después de regresar, Shackleton viajó a Australia. Quería zanjar los problemas que había tenido con el comité que obstaculizó su participación en el rescate de sus hombres. En sintonía con su carácter, y más en aquellos momentos en que tenía a la opinión pública de su parte, tuvo con ellos palabras muy duras pidiéndoles explicaciones por su comportamiento, pero al final «enterró el hacha de guerra²¹⁰» y tomó la iniciativa para hacer las paces. Días después comenzó a pronunciar conferencias sobre la expedición, en primer lugar para recaudar fondos para las familias de los fallecidos y luego para obras de caridad.

²¹⁰ Mill, op. cit., p. 245.

Una vez más le animaron a que escribiera un libro enseguida. En este caso la motivación era doble: por una parte la necesidad económica, y por otra la posibilidad de que el relato se perdiera para siempre, en caso de que «encontrara los campos de batalla europeos más mortíferos que los de la Antártida²¹¹». Por segunda vez recurrió a Edward Saunders, el periodista neozelandés que le había ayudado con *En el corazón de la Antártida*, la historia de la expedición del *Nimrod*, en la que estuvo tan cerca de conquistar el Polo Sur.

Retorno a un mundo nuevo

Había llegado el momento de cerrar temas. Uno de ellos era qué hacer con el *Aurora*, cuya propiedad, de acuerdo con las negociaciones que habían cerrado antes de partir, pasó de nuevo a Shackleton. Como la guerra había disparado las necesidades de barcos —así como sus precios— pudo venderlo por un importe muy superior al que había pagado al adquirirlo unos años antes. Con todo, las cuentas de la expedición seguían en números rojos y Shackleton se vio en la necesidad de organizar un ciclo de conferencias en Estados Unidos, donde la hazaña que había protagonizado estaba siendo más difundida y elogiada que en su propio país. Sorprendentemente, el gobierno británico, siempre indiferente hacia su persona y actividades, esta vez apoyó la idea; querían servirse del carisma personal de Shackleton para crear unos vínculos emocionales con la sociedad norteamericana, de tal

²¹¹ *Ibíd.*, p. 245.

manera que le fuese más sencillo aceptar como inevitable su participación en la guerra. Como de hecho ocurrió poco después.

A mediados de mayo, una vez terminado el ciclo de conferencias, Shackleton embarcó para Gran Bretaña. No había estado fuera ni tres años, pero en ese tiempo aquel mundo romántico y de lealtades que él conocía había sido borrado por una nueva forma de entender la vida. Esta vez no tuvo el recibimiento que había disfrutado en otras partes del mundo; nadie parecía acordarse de él salvo sus acreedores, entre los que ahora también se encontraban los hombres que había salvado en isla Elefante. Estos habían presentado una demanda en la que le reclamaban 5000 libras por los salarios atrasados, entre los que se encontraban los de los meses que habían permanecido en aquella isla perdidos e ignorados por todos salvo por el Jefe al que ahora pedían cuentas.

Es muy posible que aquello le doliese más que la actitud de las autoridades australianas y neozelandesas sobre el *Aurora*, incluso más que la indiferencia con que notaba que le trataban las suyas. Pese a todo, y aunque sus abogados le informaron de que no tenía obligación legal de abonarles los salarios desde el día en que abandonaron el *Endurance*, Shackleton, recordando el conato de motín sobre el mar de Weddell en el que les había dado su palabra de pagarles, decidió que les pagaría hasta el último penique, aunque tuviese que sacar el dinero de debajo de las piedras. Sí, aquel mundo que él había conocido había desaparecido, se había hundido como su barco, y otro muy diferente había surgido. Nuestro irlandés nunca se adaptaría al nuevo.

Capítulo IX

Guerra y frustración

Contenido:

§. *Tiempos de guerra*

§. *Tiempos de paz*

§. Tiempos de guerra

Cuando Shackleton regresó a Gran Bretaña a finales de mayo de 1917 la situación en Europa era especialmente convulsa. El equilibrio militar entre los contendientes hacía pensar que sería imposible terminar la guerra a corto plazo. Los frentes se habían estabilizado y las continuas pérdidas de vidas en las trincheras, junto con el hambre en la retaguardia, habían provocado una desmoralización generalizada. Las protestas de los soldados, en algunos casos auténticos motines, tuvieron que ser reprimidas de forma sangrienta. La unidad política se quebraba en todos los países, las voces por la paz se oían cada vez con más fuerza y comenzaba una enconada lucha política entre opositores y partidarios de la guerra que, por desgracia, terminaron ganando estos últimos. Para complicar todavía más la situación, en Rusia había estallado la Revolución que terminó obligando a abdicar al zar Nicolás II, y todo parecía que iba a desembocar en la toma del poder por los bolcheviques.

Al día siguiente de su llegada el rey recibió a Shackleton, quien le traía de vuelta la bandera que le había entregado al partir la

expedición y que, aunque no había podido atravesar la Antártida, había guiado a sus hombres durante los largos meses de penalidades. Un acto romántico en un momento en el que el segundo ejército británico preparaba una ofensiva en Flandes que costaría la vida a 25.000 soldados ingleses, y otros tantos alemanes.

Héroe o villano

Se podría pensar que el recibimiento de Jorge V a Shackleton era un signo de la popularidad del explorador entre la sociedad y la clase política, pero no era así. La guerra absorbía la atención de los británicos, la noticia de la aparición de Shackleton cuando se creía que toda la expedición se había perdido ocupó los titulares de los periódicos tan solo un día, luego la batalla de Jutlandia la desplazó para siempre. Mientras que los países no beligerantes siguieron con angustia los frustrados intentos del irlandés por rescatar a sus hombres de isla Elefante, en su tierra aquel ejemplo de tesón y coraje pasó casi desapercibido. En una nación envuelta en una guerra brutal que necesitaba diariamente nuevos soldados que sustituyesen a los muertos, la imagen que era necesario inculcar en la sociedad era la de sacrificar la vida por la patria, no la de malgastar el tiempo rescatando a los perdidos.

Desde que la expedición zarpó, pese a contar con el beneplácito del rey y el visto bueno del Almirantazgo, hubo muchas voces que se elevaron criticando la inutilidad de mandar exploradores a la Antártida cuando lo que se necesitaba eran soldados en el campo de batalla. Más tarde llegó el espectáculo de preparar una expedición

de rescate tras otra para salvar a dos docenas de hombres, cuando cada mes los submarinos alemanes estaban hundiendo casi un centenar de barcos mercantes donde morían por falta de socorro miles de tripulantes. A muchos aquello les pareció una auténtica frivolidad, e incluso para algunos fue una obscenidad descarada. Y por último estaba el hecho de haber tenido que costear la reparación y aprovisionamiento del *Aurora* para volver a la Antártida y tratar de salvar a unos hombres que se habían metido por su propia voluntad en aquel atolladero.

Todo esto hizo que Shackleton, al regresar a su país, no fuera bien recibido. Los estamentos oficiales estaban demasiado ocupados con la guerra, la prensa tenía otras noticias de mayor interés que ofrecer a sus lectores, la sociedad parecía volcada en sobrevivir a los rigores del racionamiento, e incluso los amigos parecían pensar en otras cosas. Sintió que le hacían el vacío.

Por otra parte, tampoco se sentía bien consigo mismo. Se había ido a perseguir sus sueños cuando cientos de miles de personas olvidaban los suyos por salvar a su país del enemigo. Pese a que contaba con la autorización de las máximas instancias de su país para iniciar la expedición, en su fuero interno algo le había hecho dudar. Una y otra vez había preguntado y consultado a amigos y conocidos tratando de deshacer esa incertidumbre que le atenazaba. Fue en el último momento cuando decidió seguir adelante pensando, como tantos otros, que la guerra sería rápida y lejana. Pero se había equivocado en una cosa y en la otra; llevaban ya casi tres años y los submarinos alemanes estaban a punto de cortar el

aprovisionamiento a las Islas. Recordaba que, ingenuamente, la primera pregunta que hizo cuando llegó a la factoría ballenera de Stromness fue « ¿Cuándo ha terminado la guerra?»²¹².

Se sentía en la obligación de demostrar a todos que la Antártida no había sido una huida para evitar las trincheras —donde, por cierto, debido a su edad nunca hubiera sido enviado—. Por todo ello no llegó a pasar con su mujer y sus hijos más que un fin de semana y acto seguido empezó a buscar dónde alistarse. Pero en aquel momento hasta eso era complicado. No era un recluta de veinte años, ni siquiera un voluntario de mediana edad, su fama le precedía y había que buscarle el puesto adecuado a sus capacidades de organización y liderazgo. Pero las semanas pasaban y nadie parecía encontrar el lugar apropiado, o puede que ni siquiera lo buscaran.

El Almirantazgo no quería ni oír hablar de él. Temían que su personalidad e iniciativa creasen problemas en la estricta cadena de mando que ellos requerían. Además, acababa de solicitar la Medalla Polar para los expedicionarios del *Endurance*; un acto de lealtad y de justicia hacia sus hombres que tampoco gustó en el Almirantazgo, donde llegaron a manifestar por escrito su opinión contraria a la concesión de las condecoraciones, alegando que «dar una medalla a la exploración en mitad de una guerra estaba fuera de lugar²¹³». Sin embargo, no estaba en el carácter de Shackleton aceptar una negativa cuando consideraba, como en este caso, que estaba defendiendo una causa justa. Así que decidió aprovechar las

²¹² Shackleton, *South*, p. 227.

²¹³ Huntford, *Shackleton*, p. 656.

magníficas relaciones que tenía con Jorge V para lograr la aprobación real a su petición de las medallas, en cuya relación había dos ausencias descaradas: el carpintero McNish y el marinero Vincent.

Como es fácil imaginar, al Almirantazgo le gustó todavía menos que desde la Corona le impusieran algo con lo que no estaba de acuerdo y, en consecuencia, su animadversión hacia el explorador irlandés aumentó hasta extremos que hicieron comprender a Shackleton que si quería encontrar un destino militar ya no podría ser en la Armada. Así que volvió los ojos hacia el ejército de Tierra y les sugirió un puesto en el entramado logístico militar en territorio francés o italiano, incluso en la red de aprovisionamiento de las fuerzas aliadas. Aunque esto le pareciera «un trabajo muy flojo²¹⁴».

Porque él quería algo más arriesgado, más peligroso.

Pero ni lo uno ni lo otro llegaba, y el impaciente Shackleton se reconcomía. Las semanas se convirtieron en meses y, aburrido por la espera, se dedicó a buscar una editorial para publicar su libro — algo siempre complicado y más en aquellos momentos— y a preparar una película con las imágenes de la expedición que Hurley había filmado. Por una cuestión de principios se negó a dar conferencias, algo que le hubiese permitido suavizar ese tiempo de espera, pero creía que no era lícito ganar dinero de esa manera cuando estaban en guerra; aunque sí dio algunas con fines benéficos.

²¹⁴ Mill, op. cit., p. 250.

Vagaba de un sitio a otro sugiriendo, hablando, preguntando cómo iba lo suyo. No había contestación, hasta que un buen día comenzaron las habladurías. Él no era un ciudadano cualquiera, un anónimo transeúnte; él era Shackleton, el famoso explorador, todo el mundo le conocía y se sorprendía al ver que no estaba sirviendo a su nación sino refugiado en la retaguardia sin una misión. Incluso algún periódico publicó lo extraño que resultaba que no hubiese encontrado un puesto desde el que pudiese contribuir al esfuerzo bélico. Lo que quizá muy pocos supieran era el sufrimiento que le producía esta inactividad.

En Sídney, cuando regresó con los supervivientes del *Aurora* y después de zanjar las diferencias con las autoridades de ese país, le pidieron que participase en la labor de reclutamiento. Australia, aunque participaba en la guerra, no había movilizad a la población y dependía por completo de los voluntarios para enviar tropas al frente, pero ese lejano conflicto bélico no convencía a la juventud y los reclutas eran cada vez menos numerosos. Shackleton ni podía ni quería negarse a participar en esta labor y aceptó tomar parte en un acto público. Como era de esperar, su nombre arrastró a miles de jóvenes a escucharle. Nuestro apasionado explorador se entregó como solo una persona de fuertes convicciones podía hacerlo, y sus palabras fueron un reflejo de sus sentimientos más profundos. No habló de ir a la guerra como un acto de patriotismo, palabra tan desgastada entonces como ahora, sino que apeló a la dignidad de cada uno, a la necesidad «que todos tenemos de sentirnos

orgullosos de nosotros mismos²¹⁵». Puede que fuese un discurso arcaico, propio de una época ya pasada, y que no hiciera mella en sus oyentes —algunos periódicos comentaron que no logró muchos reclutas—, pero las cifras no le interesaban, lo que le importaba era que él sí creía en aquellas palabras, en el mensaje que había transmitido a aquellos chicos mientras les mostraba la bandera que había ondeado en la Antártida cuando él y sus hombres se enfrentaban a las innumerables adversidades. Y por pequeño que fuera el número de reclutas conseguido en Australia, en aquellos momentos en los que él deambulaba ocioso en la retaguardia ellos se encontrarían luchando en algún lugar de Europa gracias al efecto que les habían causado sus palabras. Por ello Shackleton, en su romanticismo trasnochado, se sintió como si hubiera vuelto a abandonar a su suerte a otro grupo de hombres en otra isla Elefante, pero esta vez en un entorno todavía más letal; tenía que encontrar, y cuanto antes, un puesto en aquella inhumana contienda para poder compartir con ellos esos peligros. Era una cuestión muy simple: quería poder mirarse al espejo sin avergonzarse de sí mismo.

Después del largo verano, en septiembre de 1917, por fin se clarificó su destino. Iría a la guerra, aunque no al frente de batalla como él hubiera deseado sino alejado varios miles de kilómetros de allí, en las repúblicas sudamericanas donde había estado un año antes.

Misión secreta en Sudamérica

²¹⁵ Huntford, op. cit., p. 644.

La guerra, como todas las contiendas, se libraba en muchos frentes, y el militar no dejaba de ser uno más, trascendente pero no el único. En un mundo de alianzas entrecruzadas, de beligerancias indecisas y de dudosas neutralidades, era importante conseguir el apoyo diplomático de los países que no estaban en conflicto para que cambiasen su estatus o al menos para que no facilitasen las actividades de las potencias enemigas. En este contexto, Argentina, Chile y Uruguay eran neutrales, por tanto mantenían las operaciones económicas con ambos contendientes e incluso permitían las militares.

Por fortuna para Shackleton, alguien en el Departamento de Información del gobierno británico se dio cuenta de la magnífica labor propagandística que había realizado en aquellos países durante los repetidos intentos por rescatar a sus hombres. La lucha denodada que el obstinado irlandés había protagonizado para salvarles de la muerte había calado hondo en el corazón de los habitantes de esas naciones, haciendo que lealtad y carácter indomable —valores muy apreciados por los pueblos de ascendencia mediterránea— se asociasen al espíritu británico.

Era el frente sociológico de la guerra, en el que lo justas o lo inmorales que sean las causas que han iniciado un conflicto lejano no importan demasiado, porque las personas y los pueblos —tanto ayer como hoy— se guían por sentimientos, y en ese peculiar campo de batalla la admiración por una cultura o por la forma de ser de sus gentes es suficiente para inclinar la balanza política en una dirección o en otra. Más o menos así debieron de pensar en

Londres, con lo que enviaron a Shackleton a Sudamérica para que continuase lo que había iniciado, sin ni siquiera ser consciente de ello, meses atrás, y cuyos resultados habían superado con creces los de la poderosa maquinaria diplomática británica en los tres años que llevaban de contienda.

Un mes después, desafiando el bloqueo de los submarinos alemanes, Shackleton embarcaba hacia Nueva York. Desde allí continuó hacia Buenos Aires —en aquellos momentos uno de los grandes centros económicos del mundo—, en otro barco lleno de hombres de negocios norteamericanos. Tanto a empresarios británicos como a alemanes la guerra les dificultaba continuar con sus habituales relaciones comerciales con Sudamérica, y otros querían aprovechar la situación y desplazarles del mercado. A finales de noviembre Shackleton instalaba su cuartel general en uno de los hoteles más importantes de la ciudad porteña. Su misión, de la que solo tenía que informar a Londres, consistía en captar la forma en que los altos dignatarios y grandes hombres de negocios de los países sudamericanos veían lo que estaba ocurriendo en Europa, así como estudiar los mecanismos con los cuales podrían atraerlos a la causa aliada. No era una labor sencilla, pero él estaba convencido de que podía llevarla a cabo con eficacia. Tal vez con demasiada eficacia, debieron de pensar en el anquilosado mundo de los servicios diplomáticos, ya que el innovador irlandés montó su propio servicio telegráfico de noticias y comenzó a publicar y distribuir a la prensa sudamericana todas aquellas informaciones que —con su peculiar criterio— consideraba de interés para la

política de los Aliados. Pidió que le enviaran películas de cine sobre la guerra, porque intuía que eran una nueva forma de comunicación más eficaz que las publicaciones impresas. Incluso llegó a solicitar a Londres que le enviaran varios tanques, ya que eran la manifestación palpable del poderío de la tecnología británica y, por lo tanto, de su efectividad en el campo militar.

Además, aquel era un mundo de relaciones, de charlas, de cenas, de la vida social que a él tanto le gustaba y donde se encontraba como pez en el agua. Por otra parte, seguía siendo el héroe antártico y con su siempre cautivadora alegría natural supo captar enseguida la simpatía de todos. Esto le permitió introducirse en los círculos sociales más exclusivos donde comprendió que el acercamiento a los argentinos y los uruguayos debía hacerse a través de los altos valores humanos que representaban los Aliados, mientras que a los chilenos era importante hacerles notar la ventaja que para sus intereses comerciales representaría estar en ese bando.

En pocos meses el cambio en la estrategia propagandística comenzó a dar resultados y, pese a que en esos países la influencia y los intereses alemanes eran muy poderosos, se empezó a notar una simpatía creciente hacia la causa de los Aliados. Una buena prueba de que los agentes alemanes en el continente sudamericano consideraban que gran parte de ese cambio de actitud era fruto del trabajo realizado por Shackleton fue que recibió varias amenazas de muerte, llegando a sufrir un atentado del que se libró por los pelos. Sin embargo, su peor enemigo no lo tuvo en los alemanes sino entre los suyos. Al igual que le pasara hacía catorce años cuando se hizo

cargo de la Secretaría de la Royal Scottish Geographical Society, también en el Nuevo Mundo sus métodos rechinaron frente a las formas tradicionales de la diplomacia de salón. Y siguiendo un paralelismo casi exacto con lo sucedido en Escocia —solo que cambiando geógrafos por embajadores—, su dinamismo, su mentalidad abierta y su lenguaje directo y claro chocaron con la vieja guardia del cuerpo diplomático, que le consideró un intruso engreído que se creía con derecho a inmiscuirse en temas de su exclusiva competencia. El resultado fue que cuando su mentor dejó el Departamento de Información en Londres en marzo de 1918, Shackleton supo que también había llegado el momento de dejar su puesto. Viajó a Estados Unidos y desde allí, en un convoy de barcos de tropas fuertemente protegidos por una escolta de destructores — la nueva estrategia aliada para evitar las acciones de los submarinos alemanes—, regresó a Londres.

Su llegada a casa fue una gran sorpresa para Emily y los niños. No les había dicho nada sobre su regreso; quería evitarles la angustia de imaginar su barco torpedeado por los alemanes.

El frente del frío

En Europa la guerra estaba en su momento más crítico. La llegada de los bolcheviques al poder en Rusia, y la necesidad que tenían de controlar su propio territorio, les había impulsado a firmar un armisticio con los imperios centrales. Asegurado el frente oriental, los alemanes pudieron concentrar todas sus tropas en el occidental e iniciar una enérgica ofensiva que les llevó a 100 kilómetros de

París. Mientras tanto, en el mar los submarinos desplegaban su máxima actividad en un intento de estrangular la economía británica. En esos momentos pocos se podían imaginar que aquel poderoso despliegue iba a ser la última batalla del gigante alemán; el esfuerzo bélico había agotado al país y sus tropas maltrechas no podrían aguantar por mucho tiempo el poderío renovado de las fuerzas aliadas.

En ese clímax regresó a Gran Bretaña el infatigable irlandés, nuevamente deseoso de encontrar un puesto lo más cercano posible al campo de batalla. Pero una vez más no parecía haber un lugar para él en ninguna parte. Los meses pasaban y su deambular por las calles y los despachos londinenses en «traje normal» hacía oscilar su estado de ánimo entre la desesperación, la rabia y la amargura. Era consciente de que todo el país estaba en estado de guerra, los uniformes militares habían proliferado hasta convertirse en el atuendo habitual en una sociedad en la que solo los viejos y los impedidos vestían como él. Tuvo que ser duro verse en tal situación. Además, como sus meses en Sudamérica los había desarrollado en una misión secreta, temía que la imagen que estaba transmitiendo a sus compatriotas era la de que el heroico explorador se las estaba arreglando con bastante éxito para no tener que ir a la guerra. Lamentablemente sus temores no iban muy descaminados. Los periódicos volvieron a murmurar, e incluso algún periodista llegó a escribir un ácido comentario sobre si lo que

Shackleton buscaba era que le nombrasen «superintendente del hielo²¹⁶».

Para su fortuna, el Alto Mando aliado decidió, como forma de aliviar la presión sobre sus tropas en Francia, abrir un frente en el norte de Europa que obligase a los alemanes a dividir sus fuerzas. Para eso necesitaban alguien con experiencia en organizar el transporte, las provisiones y equipar a las tropas para el frío, y quién más idóneo para el puesto que Shackleton. A finales de julio contactaron con él, fue nombrado mayor y asignado al cuartel general del comandante británico de la zona, el general Maynard. Por fin Shackleton tenía el uniforme que había buscado durante más de un año. Ya se veía útil ante los ojos de sus conciudadanos y, sobre todo, ante sí mismo, porque ya no estaba abandonando a sus hombres del *Endurance* —en aquellos momentos distribuidos por todos los campos de batalla—, ni a los reclutas australianos a quienes había animado a participar en la guerra. Volvía a estar de alguna manera junto a sus hombres.

En el otro fin del mundo

El destino de nuestro explorador fue el puerto ruso de Múrmansk, situado en una zona ultra periférica del norte de Europa pero con cierto interés logístico. La región ya había sido utilizada por los Aliados en los primeros años de la guerra para llevar armas y equipos al ejército del zar, con el fin de aumentar su eficacia y distraer cuantos más soldados alemanes fuese posible del frente

²¹⁶ Mill, op. cit., p. 256.

francés. Para Alemania, Múrmansk también tenía importancia, pues era el único puerto de la zona que se encontraba libre de hielo durante todo el año y en él podrían albergar su flota de submarinos. En previsión de que esto sucediese, los Aliados se adelantaron y en el mes de junio de 1918 establecieron allí el cuartel general del cuerpo expedicionario británico. El puerto de Múrmansk se encontraba a 1500 kilómetros al norte de Moscú y a unos 23.00 de distancia del Polo Norte, próximo a las fronteras de Noruega y Finlandia. Dificilmente podría haber encontrado Shackleton un lugar en Europa más alejado de la Antártida pero más parecido a su mundo de frío y nieve. Llegó allí el 27 de octubre, justo el día en que tres años antes tuvo que dar la orden de abandonar el *Endurance*, pero a diferencia de su estado de ánimo en aquella ocasión, en esta estaba pletórico. Había navegado por primera vez por el Ártico, reviviendo las sensaciones de sus viajes anteriores en el extremo opuesto del planeta, y había cruzado el Círculo Polar Ártico, algo simbólico pero que también le traía recuerdos de su añorado Sur. Como en una carambola del destino, se encontraba de nuevo en un entorno de hielos y con la esperanza de entrar pronto en combate. Sin embargo, esto último nunca llegó a suceder. Dos semanas después de su llegada, el 11 de noviembre de 1918, la guerra terminó.

En cualquier caso, nada más llegar se encontró con su particular contienda. Allí también había sido destinado uno de los médicos del *Endurance*, que acudió a su encuentro el mismo día de su llegada porque quería ponerle lo antes posible al corriente de la situación.

Según parecía, al general Maynard, de quien iba a depender directamente, le habían informado del carácter difícil del irlandés y de su habilidad para salirse siempre con la suya, por lo que era de esperar que su superior le observase con recelo.

No obstante, bien fuese por el aviso recibido o bien por su propia forma de ser, el caso es que en muy poco tiempo la opinión del general cambió, y Shackleton llegó a convertirse no solo en uno de sus íntimos colaboradores sino también en un afable compañero con quien mantener animadas conversaciones durante las largas noches del invierno polar. Incluso llegó a pedirle, para envidia de los otros oficiales de su estado mayor, que le acompañase en un viaje a Londres para resolver, antes de la llegada del crudo invierno, el problema del aprovisionamiento de sus tropas, que pese a haber terminado la guerra no habían sido retiradas de la zona. Shackleton aprovechó para pasar por su casa y ver a Emily y los niños. Muy en línea con su carácter impulsivo y bromista, se presentó sin avisar, llamando a la puerta sin más.

Los meses siguientes transcurrieron sin sobresaltos. Se encontraba en su elemento y rodeado de amigos, puesto que había logrado que trasladasen hasta aquel remoto paraje a Frank Wild, su viejo compañero de aventuras antárticas, así como a otros miembros de sus expediciones. Para todos ellos fue una completa sorpresa ver con qué naturalidad su Jefe, al que siempre recordaban campechano y bromista, se había adaptado a la jerarquía de la vida militar. Es probable que para él fuera una vuelta a sus tiempos de aprendiz en el *Hoghton Tower* o a los de oficial en la *Union Castle*

Line, donde también había vivido un mundo de disciplina y de estamentos herméticamente separados.

Esos meses también le sirvieron para tratar de planificar su futuro. No se veía dando conferencias toda su vida y, de nuevo, buscaba una oportunidad para establecer el tipo de negocio que le permitiese ganar con rapidez una fortuna y así poder llevar una vida desahogada el resto de su existencia. Y precisamente en la región donde se encontraba una vez más creyó encontrar esa nueva Tierra Prometida.

Aunque la Revolución había triunfado en la mayor parte de Rusia, todavía había extensas regiones que se mantenían independientes y que recibían de forma ostentosa la ayuda de los Aliados, interesados en impedir el avance de la marea roja. Una de esas regiones era el noroeste de Rusia, justo donde él estaba y donde pensaba que iba a hacer fortuna. Esta vez Shackleton tenía los mejores contactos posibles; había trabado amistad con las máximas autoridades de la región, que aunque aislada y pobre tenía ricas pesquerías, numerosos yacimientos minerales y grandes extensiones de bosques de la mejor madera. Para los nuevos gobernantes, conscientes de que su territorio era desconocido para el mundo de los empresarios occidentales, la promesa del irlandés de poner en marcha una empresa que explotase sus recursos naturales era una buena posibilidad —en realidad la única— para el desarrollo de su economía. Por otra parte, para los Aliados la idea también era aceptable; sabían que la región necesitaría una fuente de ingresos que diera viabilidad a un territorio que, en cuanto fuera

abandonado por la fuerza militar aliada, se vería amenazado por los bolcheviques.

Cuando el invierno terminó todo parecía arreglado. La concesión de derechos de explotación podría conseguirse en un breve plazo de tiempo, y a finales del mes de marzo de 1919 un Shackleton optimista, que ya había dejado el ejército, volvió a Londres dispuesto a convencer a los inversores de la oportunidad que tenían de hacer grandes negocios en aquel territorio.



Ernest Shackleton a la edad de 44 años, vistiendo el uniforme militar que tanto había anhelado. Prácticamente no llegó a participar en el conflicto bélico puesto que dos semanas después de incorporarse a su destino en el norte de Rusia la guerra había terminado.

Fueron semanas y semanas de intensa actividad. Cartas, telegramas, conferencias, reuniones, charlas de café, comidas de trabajo... Su entusiasmo abría puertas y lograba entrevistarse con quien se proponía. Se encontraba tan confiado en que sus planes saldrían adelante que llegó a escribir a Emily comentándole su intención de establecerse en Rusia en un futuro próximo. Pero una vez más las cosas relacionadas con los negocios no salieron como él esperaba.

§. Tiempos de paz

Los planes de Shackleton de desarrollo económico en la región del Noroeste de Rusia no convencieron a los inversores: la inestabilidad de la zona era evidente. En el verano de 1919 se produjeron repetidos motines en las tropas rusas, un batallón mixto ruso-británico asesinó a sus oficiales, desertó y se pasó a los bolcheviques, y poco después un regimiento entero hizo lo mismo. En semejantes condiciones los Aliados comprendieron que no podían confiar en las fuerzas rusas y, como no estaban dispuestos a mantener el frente solo con sus soldados, decidieron retirarse. Eso sí, después de destruir ingentes cantidades de armas almacenadas en la zona para que no cayesen en poder de los revolucionarios. Nadie pensaba que aquel territorio pudiera mantenerse independiente por mucho tiempo. Y efectivamente así fue, poco después la marea roja lo arrasaría todo y se llevaría para siempre las esperanzas de nuestro soñador.

Una vez que los planes de la concesión en la Rusia del Norte se convirtieron en cosa del pasado, Shackleton disminuyó el ritmo de su actividad, e incluso llegó a dedicar cuatro días completos a su familia. Como él mismo reconocería en una carta, «el tiempo más largo que he pasado con ellos en cinco años²¹⁷». El final de la guerra devolvió la tranquilidad al mundo editorial y pudo volver a interesar a William Heinemann, que ya había editado el libro de la expedición del *Nimrod*, en la publicación de la aventura del *Endurance*. Aunque el borrador estaba escrito dos años atrás, desde nada más terminar la expedición, las últimas correcciones las llevó a cabo en compañía de Hussey, el meteorólogo de la expedición, que desde ese momento permanecería junto al Jefe el resto de su vida —sin recibir paga alguna— como su asistente personal. En noviembre el libro vio por fin la luz bajo el título de *South*, un nombre demasiado escueto para la época pero que reflejaba fielmente toda la fuerza que bullía en su interior.

La cambiante faz del heroísmo

El libro se vendió bien, pero no tuvo el éxito del anterior. Siempre es difícil analizar las razones por las que los lectores aclaman una obra y acogen con frialdad otra del mismo autor. En este caso muchas pudieron ser las causas, aunque parece claro que estaban relacionadas con el momento de su publicación. Así, mientras el público aguardaba expectante la aparición de su primer libro, *El corazón de la Antártida*, que se comercializó a los pocos meses de

²¹⁷ *Ibíd.*, p. 263

terminar la expedición del *Nimrod* cuando todavía resonaban los ecos de su hazaña, el segundo vio la luz cuando la gesta del *Endurance* había quedado olvidada a causa de la guerra y, además, el libro tuvo que esperar un año desde el final de la contienda para comercializarse. Por otra parte, aunque los dos habían sido escritos de forma similar, pues ambos habían sido dictados por Shackleton al mismo periodista, el neozelandés Edward Saunders, mientras viajaban en barco de regreso a Gran Bretaña, no eran hijos del mismo sentimiento. El primero tenía toda la pasión que emanaba de un explorador victorioso a pesar de no haber alcanzado el Polo, mientras que en *South* se percibe cómo los largos meses de privaciones, ansiedades y miedos habían hecho mella en su ánimo. Un testigo presencial de aquellos días en el barco recordaba años más tarde que a Shackleton le producía tanta angustia relatar los acontecimientos vividos que muchas veces se le saltaban las lágrimas y salía apresuradamente de la habitación a fumar y pasear nervioso por el pasillo durante cinco o diez minutos. Luego regresaba más sereno y continuaba hasta que, más o menos media hora después, la expresión de su cara volvía a cambiar y desaparecía de nuevo. «No te puedes ni imaginar lo que estoy sufriendo, lo estoy reviviendo otra vez y no puedo más²¹⁸», comentó en una de aquellas ocasiones. Asimismo, como narración de un viaje de exploración, *South* tuvo que competir, al menos en el ánimo de los lectores, con los diarios escritos por el otro gran explorador británico de la época, Robert Scott, que se habían publicado apenas

²¹⁸ *Ibíd.*, p. 245.

unos meses después de conocerse su trágica muerte mientras regresaba del Polo Sur bajo el impactante título de El último viaje del capitán Scott. Pese a ser unas anotaciones escritas durante la propia expedición, por lo tanto en las peores condiciones posibles, Scott era un escritor de talento y sus comentarios fluían con espontaneidad adornados con un lirismo sin artificios, que los hacía —y los sigue haciendo— extraordinariamente atrayentes. Shackleton era todo lo contrario, aunque capaz de electrizar a un auditorio con la melodía de sus frases, con la fuerza de sus gestos y la suavidad de su voz, no sabía ponerlo por escrito.

No solo eran libros diferentes en la forma sino también en el fondo. Mientras uno narraba los avatares de una expedición condenada por las circunstancias y que llevó a la muerte a sus protagonistas, el otro trataba de una expedición que gracias a la fuerza y al tesón de uno de sus protagonistas no había terminado en una tragedia, aunque las circunstancias la hubieran llevado también a una situación extrema. Y es que, aunque en la actualidad nos inclinemos más a favor de la proeza realizada por Shackleton al haber sido capaz de arrancar a sus hombres de las garras de la muerte, en aquel entonces el tipo de heroísmo que estaba de moda era diametralmente opuesto, y se valoraba mucho más el ejemplo de Scott de aceptar la muerte con gallardía.

En cualquier caso, aunque las ventas del libro no fueran tan espectaculares como las del anterior, sí dieron considerables beneficios pero, como si una maldición planease siempre sobre todas actividades económicas de Shackleton, estos no revirtieron en

él y su familia, sino en pagar una extraña deuda de la expedición que tenía su origen en un préstamo muy particular que había recibido cuando la estaba preparando. Lo que hacía diferente esta deuda de las demás era que la persona que le había dejado el dinero había estipulado que, en caso de que al final de la expedición Shackleton se viera en dificultades para devolvérselo, la cantidad aportada se convertiría automáticamente en una contribución a fondo perdido. El problema fue que tan generoso benefactor no creyó necesario poner nada por escrito, dado que pensó que con que lo supiesen sus dos hijos, que eran su única familia, sería suficiente, y todo se selló con un apretón de manos entre caballeros. La fatalidad quiso que esta persona muriese durante la guerra, al igual que sus dos hijos, que cayeron en el frente, y los ejecutores del testamento le reclamaron a nuestro explorador, por vía judicial, la cantidad prestada. De forma que todos los beneficios económicos del libro pasaron por sus manos para acabar engrosando las arcas de otros.

La tortura de revivir 250 veces el desastre

En paralelo a la preparación del libro se estaba elaborando una película muda sobre la expedición utilizando para ello el material grabado por el fotógrafo Hurley. El propósito no era hacer copias para su comercialización en varias salas a la vez, como opera desde hace muchos años la industria cinematográfica, sino proyectar la filmación en un solo local donde serviría de apoyo visual a una conferencia de la expedición, de forma similar a una función de

teatro. El sistema había sido utilizado con éxito por Ponting, el fotógrafo y camarógrafo de la última expedición de Scott, que con su película y sus fotografías había llegado a dar 200 representaciones en el Philharmonic Hall, a las que asistieron más de 200.000 personas, entre ellas el presidente de Estados Unidos, Theodore Roosevelt.

En este caso el espectáculo tenía el atractivo adicional de que el orador sería nada menos que Shackleton, el líder de la expedición. Para la conferencia inaugural se escogió el Royal Albert Hall, uno de los teatros más emblemáticos del mundo y, sin lugar a dudas, uno de los edificios más distintivos de Londres. Con capacidad para más de 5000 espectadores era el marco elegido para que los grandes exploradores pronunciasen sus conferencias. Por allí habían pasado Stanley para narrar cómo encontró al Dr. Livingston, Nansen para contar su memorable viaje por el Ártico, Peary para detallar su conquista del Polo Norte, y también lo había hecho el propio Shackleton en 1909 a su regreso de la expedición del *Nimrod*.

Para esta ocasión se había pensado que el *James Caird*, el bote que le había llevado desde isla Elefante a Georgia del Sur, estuviese junto a él en el escenario. Sin embargo hubo un problema con el transporte y llegó en el último momento, y entonces fue cuando se vio que era imposible que pasase a través de las puertas de entrada del teatro, por lo que tuvo que quedarse en el exterior del edificio. En cualquier caso, los asistentes se quedaban sobrecogidos con solo pasar al lado de aquella minúscula embarcación que había sido capaz de desafiar y vencer a uno de los mares más peligrosos del

mundo. No se puede negar que la puesta en escena era espectacular —y, por qué no decirlo, quizá estaba marcando el camino que después seguirían los estrenos de las superproducciones de Hollywood—. Y allí, en el Royal Albert Hall, el 19 de diciembre de 1919, ante una sala repleta de representantes de la nobleza y de las clases más altas de la sociedad británica, Shackleton volvería a experimentar por última vez aquellos momentos de gloria que siguieron a la expedición del *Nimrod* y que rindieron a sus pies al mundo entero. Los beneficios de esa gala, como en ocasiones anteriores, los entregó para fines benéficos.

Para el resto de las representaciones se eligió el Philharmonic Hall, una sala más reducida con capacidad para poco más de 500 personas, precisamente el mismo lugar donde las había dado Ponting. Allí, una semana después de su gran estreno, comenzó un agotador ciclo de dos conferencias diarias, de dos horas de duración cada una, durante seis días a la semana, a las que después todavía añadiría una más de tan solo una hora para estudiantes de los colegios de Londres. Ni que decir tiene que mantener aquel ritmo no fue nada fácil. Al desgaste que suponía hablar en público y atraer la atención del auditorio durante cinco horas al día, había que añadir un esfuerzo todavía más duro: todos los días, tres veces al día, tenía que ver las imágenes de la pérdida del *Endurance*, y con ella sus esperanzas de conseguir algo memorable como explorador.

Para el público, en aquellos tiempos tan poco acostumbrado a las imágenes y menos en movimiento, ver cómo el barco era aplastado por la presión de los hielos tuvo que parecerle algo apocalíptico,

pero también a Shackleton, que sentía escalofríos cada vez que veía las imágenes y le hacían revivir todas las penalidades que siguieron a aquellas pavorosas horas. Es evidente que el hecho de ver una y otra vez la misma escena, por mucho impacto emocional que provoque, termina produciendo una cierta insensibilidad, pero también es cierto que esta nunca es total y que aquellas crueles escenas que tres veces al día despertaban el espanto de los asistentes a las conferencias, a él también le seguían mortificando. Era como una pesadilla que se repetía una y otra vez sin que llegase nunca el momento de despertar.

Con motivo de la representación número cien se reunió en el escenario a nueve de sus compañeros del *Endurance*. Uno de ellos era su fiel amigo el meteorólogo Hussey, que compareció acompañado de su banyo, y todos juntos volvieron a recordar aquellas canciones que les ayudaron a hacer más llevaderos los monótonos días sobre el hielo. Pero tras ese paréntesis lúdico sus compañeros se marcharon y Shackleton siguió contando la misma tragedia y viendo aquellas imágenes silenciosas, pero que para él eran ecos de los sonidos desgarradores que, como una criatura agónica, emitía su barco mientras era aplastado por aquel inmisericorde mar de hielo.

Malos tiempos para su matrimonio

Aquellos no fueron buenos tiempos para Emily. Era consciente de que tenía que compartir el corazón de su marido con otras dos mujeres, y eso era mortalmente doloroso. No se puede negar el amor

que Shackleton sentía por su mujer, del que cientos de cartas atestiguan su sinceridad, aunque también puede que fuera su referente materno. Además, el amor incondicional que ella le profesaba le estimulaba a corresponderla. No es que se llevaran mal, es que cada uno vivía en un mundo que el otro nunca podría sentir como propio. Ella era feliz con el presente, cuidando de su familia, mientras que nuestro explorador seguía persiguiendo «hacer algo grande», aunque incluso él sabía que ya no podía realizar nada más grande de lo que ya había hecho.

A Shackleton le ahogaba la monotonía de la vida diaria y necesitaba un nuevo desafío para sentirse vivo, cuanto más difícil mejor. También necesitaba hablar de ello, de esas ambiciones nunca colmadas, y necesitaba hacerlo con alguien que le entendiera, que le sanase las heridas con el bálsamo de la escucha y la comprensión. Y encontró ese apoyo en Janet Stancomb-Wills. Para él no era una anciana millonaria que le pagaba sus caprichos o la factura del colegio de sus hijos, era alguien que le animaba a soñar con nuevas y audaces empresas que le permitieran desplegar todo el potencial que llevaba dentro. Una confidente abnegada con quien poder compartir unos sueños que posiblemente le diera vergüenza comentar a cualquier otra persona.

Pero para Emily, pese a que tuvo que resultarle doloroso aceptar que su marido no se atreviese a compartir con ella sus pensamientos y sus anhelos más íntimos, había otra presencia que todavía le parecía más humillante, la de Rosalind Chetwynd, una joven actriz norteamericana de gira por Europa con quien

Shackleton tuvo un romance demasiado público para que su mujer no se diese por enterada. Rosalind, a quien le gustaba que le llamasen *lady* Chetwynd —aunque el título y el apellido los había perdido al divorciarse de su marido—, pertenecía a la bohemia, era una mujer de mundo acostumbrada a los galanteos más provocadores y sabía desenvolverse a la perfección en ese juego del cortejo. Es posible que para Shackleton, que había cumplido ya cuarenta y seis años, fuese un trofeo que exhibir ante la sociedad londinense, y en especial ante los caballeros adinerados, que con toda su fortuna no podían lograr los favores de la diva. La belleza de Rosalind, su juventud y don de gentes le hacían sentirse joven y poderoso como siempre había deseado. Y ella también le quería; no solo al explorador famoso, sino al hombre y sobre todo al niño —juguetón un día, atemorizado otro, pero siempre soñador— que había detrás de esa fachada de fortaleza reconocida por todos.

También fueron malos tiempos para nuestro explorador. Con las giras de conferencias también disfrutaba con los viajes, conociendo nuevas gentes y cuando la prensa le encumbraba en cada nuevo lugar. Pero en el Philharmonic Hall no hubo periodistas más que en el estreno. Después, los días, las semanas y los meses pasaron sin que se moviera del sitio. Incluso, desde su posición en el escenario detrás de las luces de las candilejas, ni siquiera veía al público. Estaba siempre solo en el mismo lugar, aburrido de hacer todos los días lo mismo y, sin poder evitarlo, volvió a abusar de la bebida, la comida y el tabaco, y comenzó a visitar a Rosalind con demasiada frecuencia en un intento de olvidar la frustración de una vida que se

empeñaba en no querer llevarle a un puerto seguro. Pero Shackleton era un luchador, siempre lo había sido, y como en los versos de Robert Browning, su poeta preferido, todavía buscaba «una lucha más, la mejor y la última²¹⁹». Precisamente fue en esa época cuando tomó la decisión de volver a los hielos, de montar otra expedición mientras todavía tuviera la fortaleza física necesaria.

Quizá por eso se alegró cuando en el mes de mayo de 1920, después de cinco meses, alcanzó la última representación —la número 250— y pudo poner fin a su tortura. Ni siquiera había sido un gran negocio a nivel económico. Es verdad que había ganado dinero, pero todavía seguía pagando algunas deudas de la expedición; además, sus gastos, como siempre, eran cuantiosos y los de su familia, con dos hijos estudiando fuera, también. Por si fuera poco su padre llevaba dos años gravemente enfermo y era él quien se hacía cargo de las facturas.

Tras los pasos del legendario capitán Cook

Dejar las representaciones significó que volvía a ser libre y a tener tiempo para pensar y planear su nueva aventura. En la expedición del *Nimrod* había intentado hacer algo grande por lo que pasar a la historia, ser el primer hombre en pisar el Polo Sur. En la del *Endurance* también había tratado de llevar a cabo un viaje que incluso ensombreciera la proeza de Amundsen y Scott de conquistar el Polo Sur. En esta ya no se planteaba esos objetivos grandiosos, no pretendía convertirse en el mejor explorador, ni siquiera hacer

²¹⁹ «Prospice», de Robert Browning.

una hazaña memorable, tan solo deseaba volver a esos territorios helados en los que había vivido esa camaradería especial que brota entre las personas cuando se encuentran frente a una naturaleza grandiosa y bella pero salvaje y mortal. Esta vez no quería más que regresar a esos mares plagados de hielo, donde había encontrado su auténtico ser mientras desafiaba las adversidades y lograba salir airoso de esa lucha a muerte. No buscaba gloria ni recompensa económica, tan solo volver y sentir una vez más la embriagadora sensación que le reportaba estar allí. Porque únicamente allí se sentía vivo.

En este contexto, no importaba demasiado hacia dónde dirigirse sino con quién, y eso lo tenía muy claro: con sus compañeros y amigos de la última expedición. Si bien algunos habían muerto durante la guerra y la mayor parte se había dispersado por el mundo cuando terminó la contienda, seguía en contacto con aquellos que habían establecido una relación más personal con él. Estaba convencido de que, dondequiera que estuvieran y cualquiera que fuese la actividad que se encontrasen realizando, en cuanto se enterasen de sus planes para una nueva expedición se aprestarían a dejarlo todo para acompañarle. Y así ocurrió.

En contra de lo que pudiera parecer, en principio no tenía predilección por regresar a la Antártida, aunque tenía muy claro lo que quería hacer si decidía ir allí. Esta vez no buscaría desafíos espectaculares que alimentasen su fama, su vanidad y los titulares de los periódicos, en esta ocasión quería realizar una labor más discreta pero importante tanto para la exploración como para la

navegación: quería confirmar la existencia de todas aquellas islas antárticas y subantárticas que, avistadas en alguna ocasión por algún navegante, no habían vuelto a ser localizadas. En realidad era la continuación de un viejo proyecto que había iniciado con el *Nimrod*. Al término de la expedición, en lugar de mandar el barco de regreso a Gran Bretaña, Shackleton le encargó que comprobase la existencia de un cierto número de islas. En unos meses, la mayor parte de ellas volvieron al limbo de la inexistencia —del que quizá no deberían haber salido nunca—. En cierta manera la idea hundía sus raíces en los viajes del capitán Cook, que siglos atrás había sido enviado por el Almirantazgo en una misión similar para comprobar la realidad de una serie de islas, aunque en aquel histórico viaje además se había ordenado a Cook dilucidar la existencia del propio continente antártico²²⁰.

Sin embargo, desde que Shackleton había visitado el Ártico durante la guerra, esta región le había entusiasmado tanto que ya en aquellos momentos había comenzado a pensar y comentar con los que estaban a su alrededor, en especial con los antiguos compañeros del *Endurance*, la posibilidad de montar una expedición a esa zona.

Como la Antártida, la región ártica guardaba todavía muchos interrogantes. Uno de ellos, quizá el que más le había llamado la atención, era el misterioso mar de Beaufort, una parte del océano Ártico situado entre Alaska y el noroeste de Canadá. En aquella

²²⁰ No consiguió ninguno de los dos objetivos. Si bien demostró que todos los avistamientos anteriores de lo que se creía que era la Antártida eran falsos o meras islas, no pudo probar que existiera tan mítico continente.

época, debido a la peligrosidad de sus aguas plagadas de hielo, no se había surcado más que por la parte más próxima a la costa norteamericana, y muchos geógrafos y exploradores pensaban que podría contener una gran masa de tierra que se extendería hasta las proximidades del mismísimo Polo Norte. Shackleton acariciaba la idea no solo de explorar ese mar, sino de avanzar por esa hipotética tierra hasta aquel punto tan emblemático, el Polo Norte, que Amundsen había tratado de alcanzar sin éxito en su última expedición²²¹. En cierta manera, la idea le resultaba sugestiva porque parecía una especie de revancha de los británicos sobre los noruegos por haberse inmiscuido en un territorio, la Antártida, y en concreto el Polo Sur, que siempre habían considerado de su propiedad.

Mientras que en sus anteriores expediciones, al igual que cuando iniciaba una nueva aventura empresarial, siempre trataba de convencer a Emily de que aquello les reportaría tantos beneficios económicos que ya no tendrían que preocuparse nunca más del dinero, esta vez no se molestó en hacerlo puesto que ni esperaba que eso ocurriese ni mucho menos que ella le creyera. Eso sí, en esta ocasión no quería que la expedición comenzase y terminase con un rosario de deudas que le hipotecasen el regreso, como le había sucedido con las dos anteriores. Quería salir con las cuentas bien cerradas para no tener sobresaltos posteriores.

Otra vez en busca de ricachones

²²¹ Lo intentó en varias ocasiones hasta que logró sobrevolarlo en un dirigible varios años después, en 1926.

Una vez más recorrió el sendero de llamar a la puerta de todas las personas adineradas de su país, o al menos de las que conocía, que eran muchas. Pero si nunca le había resultado sencillo, después de la guerra todavía era más difícil. Escuchaban con correcta educación su encendida defensa del interés que la nueva expedición podía tener para la ciencia o para el prestigio de Gran Bretaña, pero en cuanto a sufragarla, aunque fuera en parte, se mostraban algo más que reacios: completamente desinteresados. En cuatro años de guerra los valores habían cambiado más que en todo el siglo anterior. El Polo Norte o el Sur ya no significaban nada, la Antártida y el Ártico no eran más que hielo, y poco provecho mercantil se podría sacar de esas islas que se proponía localizar. Para ellos no valía la pena ni el más mínimo esfuerzo económico.

La situación parecía abocada a terminar en nada cuando, por una de esas casualidades del destino, Shackleton coincidió con un antiguo compañero del Dulwich College con quien le había unido una cierta amistad, dado que durante años todos los días volvían de clase caminando juntos a sus respectivas casas. Desde entonces la vida los había separado, uno se había convertido en un explorador en busca de algo que explorar y el otro, John Rowett, en un rico potentado que había triunfado en los negocios, en concreto en el relacionado con el mercado del ron que casi monopolizaba. Después de recordar los viejos tiempos, el impetuoso explorador le habló de su nuevo proyecto. La conversación podía haber terminado en ese punto, como otras muchas, pero algo hizo pensar al magnate que si ayudaba a su viejo amigo en aquella expedición podía ser

considerado por sus conciudadanos como un generoso filántropo, tal como lo había sido Beardmore en la expedición del *Nimrod* y James Caird en la del *Endurance*. Para sorpresa de Shackleton aceptó patrocinarla, con la única condición de que hubiera otros patrocinadores.

Como en Gran Bretaña iba a ser difícil o casi imposible conseguir dinero, volvió los ojos hacia Canadá. Para los canadienses el mar de Beaufort sí tenía un interés político y estratégico. Todavía no se había establecido en firme la soberanía en la región²²² y podrían estar interesados en sufragar parcialmente una expedición que les sirviese para justificar sus derechos de propiedad. La idea era buena y nuestro explorador se volcó en ella con su entusiasmo habitual, llegando a negociar el tema al más alto nivel con el gobierno de aquella nación hasta que logró que todo pareciera asegurado; la expedición podría ponerse en marcha en cuestión de un año. A comienzos del otoño de 1920 Shackleton comenzó a rastrear sistemáticamente todos los puertos tratando de encontrar un barco. Después de mucho buscar, encontró en Noruega una pequeña goleta de dos palos con motores auxiliares que había sido utilizada para cazar focas —de ahí su nombre Foca I—, y que antes de terminar el año había comprado y rebautizado con un nombre que fue sugerido por Emily: Quest, cuya traducción al español es más que «búsqueda», pues en inglés y en referencia a un viaje tiene también la connotación de «misión», de «cruzada». Muy adecuado para Shackleton.

²²² Lo intentó en varias ocasiones hasta que logró sobrevolarlo en un dirigible varios años después, en 1926.

Tampoco esta vez Emily puso la más mínima objeción a aquella nueva expedición de su marido. Como siempre había hecho, supo plegar sus intereses personales a las inquietudes existenciales de Shackleton, a su necesidad de salir en pos de algo «grande», por muy difícil, peligroso o incluso irrealizable que pudiera parecer. Además, puede que sobre su ánimo influyesen otros argumentos más propios de los asuntos del corazón y que pensase que más valía que su fogoso marido estuviera rodeado por los hielos que por los brazos de Rosalind.

¿Norte o Sur?

El comienzo de 1921 fue muy prometedor: tenía barco, un patrocinador principal, algunos secundarios y al gobierno canadiense interesado en el proyecto. Todo parecía tan seguro que Shackleton comenzó a llamar a sus antiguos compañeros para proponerles que le acompañasen en su nueva expedición. Pero resultó que el veterano explorador no solo era un ingenuo en el mundo de los negocios, sino también en el juego de la política, y pronto descubrió con amargura que las promesas de los políticos son siempre vanas, que cambian de significado según sus necesidades. Sin saberlo ni quererlo había entrado en una guerra de intereses cruzados entre varios sectores del gobierno canadiense, en la que unos y otros le habían utilizado para sus propios fines, abandonándole a su suerte en el último momento sin ningún miramiento. La cruda realidad era que Canadá no tenía interés alguno en aquella expedición y por tanto no iba a apoyarla.

Había perdido tiempo y energías, pero no era de los que se lamentaban e inmediatamente volvió a Rowett, su antiguo compañero de estudios, para informarle de lo sucedido y pedirle que aumentase su apoyo económico a la expedición. Y lo logró. Puede que la idea de patrocinar la aventura polar se le hubiese hecho cada vez más atractiva, sin importarle el coste adicional, o puede que una mezcla de añoranza por los tiempos pasados y de sentimentalismo ante el entusiasmo desbordante de su amigo le hiciera aceptar todo lo que este le proponía. Sea como fuere, el caso es que no solo aceptó aumentar su contribución sino también un cambio de planes.

Se había perdido demasiado tiempo en esperas inútiles, y ya era demasiado tarde para una expedición al Ártico aquel verano, luego no cabía más que esperar al siguiente o cambiar de hemisferio, con lo que se ganarían varios meses para completar los preparativos. Sin más consideraciones Shackleton le propuso su anterior plan, el de circunnavegar la Antártida en pos de esas islas misteriosas. Y su amigo no puso objeción. Por primera vez en su vida tenía una especie de cheque en blanco para organizar una expedición donde quisiera, como quisiera y, por supuesto, con quien quisiera.

Esto último fue lo más sencillo de decidir, sabía quién quería que le acompañase y pronto reunió a sus viejos camaradas del *Endurance* y a alguno que, como Wild, le habían acompañado también en el *Nimrod* e incluso había estado con él en el *Discovery* con Scott. Wild volvería a ser su segundo, al igual que Worsley sería el capitán, y les acompañaría el meteorólogo Hussey con su banjo, que tanto había

ayudado a mantener el espíritu de los hombres entre los hielos, y así hasta ocho de sus antiguos compañeros, «los muchachos», como el Jefe solía llamarlos.



Cartel que anunciaba las conferencias de Shackleton.

En un barco tan pequeño con una tripulación de 20 personas, ese fuerte vínculo de unión entre ellos creó un ambiente muy especial. Algunas voces críticas llegaron a sugerir que más que exploradores parecían un grupo de amigos que habían organizado su propia expedición para recordar viejos tiempos. Puede que tuvieran razón,

o puede que tuvieran algo de envidia porque Shackleton había logrado lo que todos soñamos poder realizar alguna vez: volver al lugar donde nos hemos sentido vivos y hacerlo rodeados de amigos para los que esa Ítaca del alma también es algo más que unas coordenadas geográficas en un mapa. Y por si esto no fuera bastante, había conseguido el milagro de que todos los gastos de esa aventura los pagase otro, en este caso John Rowett, el magnate del ron.

Era, y es, para tenerle envidia.



Sir Ernest Shackleton acompañado de su mujer, Emily.

Capítulo X

El último viaje

Contenido:

§. *Una expedición diferente*

§. *Donde las almas se encuentran*

§. Una expedición diferente

La expedición del *Quest* se diferenciaba mucho de las anteriores. Quizá el aspecto más relevante era que no tenía un objetivo espectacular, como cuando Shackleton intentó cruzar la Antártida o quiso ser el primero en alcanzar el Polo Sur. Esta era una expedición oceanográfica y de búsqueda de islas subantárticas. También era más sencilla de organizar. Como no pensaba invernar en la Antártida no necesitaría montar una base y todos permanecerían juntos en el *Quest*, evitando muchas complicaciones logísticas. Por otra parte, como el barco era pequeño tampoco necesitaría mucha tripulación y podía contratarla directamente sin tener que recurrir a largas negociaciones con el Almirantazgo para que le cediese oficiales y suboficiales, como había tenido que hacer en las dos anteriores.

Primero un automóvil, luego un avión

Por primera vez en su vida Shackleton no tenía problemas de dinero. Su patrocinador fue aceptando de buen grado los sucesivos incrementos de presupuesto, hasta que alcanzó la respetable cifra

de 70 000 libras. Como reconoció el propio Rowett, una cantidad muy superior a la que en un principio había imaginado que le costaría. Y es que aunque el magnate del ron pidió repetidas veces a su antiguo compañero de estudios moderación en los gastos, nunca se lo recriminó y mantuvo una generosidad sin límites. «Por la amistad que habíamos tenido²²³», comentó alguna vez. Con tan favorables circunstancias, nuestro explorador decidió incorporar al Quest las tecnologías más avanzadas en materia de navegación y comunicaciones, así como los mejores equipos de fotografía y cinematografía; renovó camarotes, cocina y almacenes con materiales de primera calidad, e incluso dotó de un sistema de calefacción eléctrica al puesto del vigía, situado en lo más alto del palo mayor.

En el plano científico, aunque ya no tenía que satisfacer las exigencias de la Royal Geographical Society, adquirió los más modernos equipos oceanográficos y meteorológicos. En este aspecto, la instrumentación científica adquirida parecía responder más a un afán de coleccionar los aparatos más sofisticados con el fin de deslumbrar a todo el que se acercara a ver el barco, que a la operatividad real que durante el viaje pudiera tener todo aquel equipamiento, para el que no contaba con especialistas adecuados. Y puesto que estaba decidido a llevar lo mejor de lo mejor, entre todo aquel material no faltaba la tecnología más avanzada para navegar con seguridad entre hielos: un hidroavión.

²²³ Huntford, op. cit., p. 693.

Al igual que años atrás había llevado el primer automóvil a la Antártida en su intento por llegar al Polo Sur, esta vez el intuitivo irlandés también fue capaz de prever las ventajas que la incipiente aviación tendría para la exploración polar. De hecho, otros exploradores ya habían intentado usarla para este fin. El mismísimo Amundsen adquirió un avión en 1914 para dedicarlo a esa actividad en el Ártico, pero al estallar la guerra en Europa decidió entregarlo a su gobierno para contribuir a la defensa de su país. También el australiano Mawson había llevado uno a la Antártida en su expedición de 1911 a 1914, a la que Shackleton había ayudado a buscar financiación, pero nunca llegó a volar.

Puesto que la contienda mundial había mejorado de forma significativa motores, materiales y equipos de navegación aérea, el hidroavión que se incorporó al *Quest* podía revolucionar la forma tradicional de explorar, pues proporcionaría una visión global desde el aire que ayudase al barco a sortear las dificultades y peligros provocados por los hielos. Algunos científicos llegaron a decir que, en proporción, el *Quest* poseía un equipamiento muy superior al de un barco legendario, el *Challenger*, que llevó a cabo la primera gran campaña oceanográfica mundial a finales del siglo XIX, precisamente coincidiendo con el nacimiento de Shackleton.

A contrarreloj

Si en muchos aspectos aquella expedición se diferenciaba de las anteriores, no lo era en cuanto a la premura con que Shackleton tuvo que montarla. Puede que las circunstancias conspiraran para

ello. La decisión del gobierno canadiense de no apoyarle en el plano económico le llegó cuando ya no tenía tiempo material para ultimar los preparativos para el Ártico, pero una vez que consiguió que su generoso patrocinador asumiese el coste suplementario, bien podía haber esperado a montarla concienzudamente para el año siguiente, como hubiesen hecho los metódicos Nansen o Amundsen. El impulsivo irlandés necesitaba tener delante un objetivo próximo, no era amigo de planificaciones a largo plazo, y no le importaba — incluso le agradaba— trabajar con ahínco a contrarreloj para tenerlo todo listo en un tiempo récord.

Quizá por eso decidió cambiar el Ártico, una región que en cierta manera acababa de descubrir, por su vieja conocida: la Antártida. Y si quería estar allí en el verano austral tendría que asumir, junto al desafío que ya planteaba en sí mismo montar una expedición, el de hacerlo en tres meses. Un tiempo a todas luces demasiado corto, prácticamente imposible para cualquier otro explorador, pero para él, después de haber organizado las del *Nimrod* y el *Endurance* en un plazo algo más amplio, ya era casi algo normal. Una vez más, como en las anteriores ocasiones, durante semanas las oficinas de la expedición hirvieron de actividad.

Una mañana se presentó en las oficinas su hermano Frank y se ofreció para conseguir los equipos y las provisiones que iban a necesitar a un precio más económico. Su oferta no solo fue rechazada, sino que el impetuoso explorador le echó de malos modos. Durante muchos años Shackleton había idolatrado la forma en que su hermano se movía en el restringido círculo de la alta

sociedad, así como su estilo de vida lujoso y alegre, pero sus turbios negocios y el daño que había provocado a su alrededor habían terminado por hacerle tomar la decisión de cortar toda relación con él. Aquella sería la última vez que los dos hermanos se vieron.

Por aquel entonces Shackleton recibió una de las mejores noticias que se le pueden dar a un marino británico: fue elegido miembro del Royal Yacht Squadron —en aquellos tiempos el club náutico más distinguido del mundo—, lo que le permitiría, entre otros privilegios, poder navegar bajo la enseña blanca, la bandera de los buques de guerra británicos. Paradójicamente, pese a las pésimas relaciones que Shackleton tenía con el Almirantazgo, esta vez el *Quest* podría salir de Londres enarbolando tan prestigioso talismán. En una de esas simetrías del destino que a veces enlazan las biografías de dos hombres, Scott también había conseguido ser elegido miembro del Royal Yacht Squadron antes de su último viaje y el *Terra Nova*, el barco de la expedición en que murió, también zarpó de Londres bajo tan orgullosa bandera.

La prensa arremete contra la expedición

En aquellos tiempos —al igual que ahora— nada más tomarse la decisión de llevar a cabo una expedición esta se comunicaba a la prensa como forma de hacerse publicidad y conseguir apoyos oficiales o privados para poder financiar la nueva aventura. Con el presupuesto garantizado, Shackleton no tuvo que recurrir a esa especie de ritual y estuvo mucho tiempo trabajando en los preparativos sin hacer público el anuncio. Por tanto, cuando lanzó

el comunicado oficial con gran apoyo publicitario, la reacción de la sociedad y de la prensa fue muy distinta a la esperada. Puede que los tiempos hubieran cambiado, que ni la sociedad británica ni el mundo que había emergido de la Gran Guerra fuesen los mismos de antes, que después de la orgía de muerte y destrucción a la que se habían entregado durante cuatro largos años los ideales de saber y conocer que movían la exploración fueran algo trasnochado y sin sentido. Es posible que en algunos entornos científicos se sintieran molestos porque el insistente irlandés hubiera conseguido encontrar financiación para organizar una expedición y ellos no. También hay que reconocer que la expedición no perseguía un gran objetivo capaz de ilusionar a un país, como había sido el caso de conquistar el Polo o de atravesar la Antártida. Además, en ciertos círculos había cierto escepticismo porque, en su opinión, se habían magnificado los resultados científicos que esperaban conseguir de aquel viaje oceanográfico, en el que se querían cartografiar nada menos que 4000 kilómetros de costa antártica inexplorada y confirmar la existencia de una larga lista de islas antárticas y subantárticas.

Por si todo esto fuera poco, se ofreció una plaza en el barco a un muchacho procedente del movimiento Scout —que por aquella época se había convertido en la mayor organización juvenil del mundo—, algo que no fue del agrado de todos. La idea, que debió de ser sugerida por Emily dado que participaba de forma activa en aquel movimiento, fue bien acogida por esta institución como forma de incentivar en la juventud los valores de la ciencia, la aventura y

la exploración. También la recibieron bien los jóvenes porque, tras la aparición del anuncio en el *Daily Mail*, llovieron solicitudes de todas las partes del país. Un comité seleccionó a diez candidatos y de estos el propio Shackleton seleccionaría al que fuera a acompañarle. Extrañamente en él, tan rápido siempre a la hora de descubrir el potencial de las personas, en este caso no fue capaz de elegir entre los dos finalistas y decidió que ambos le acompañasen. Quizá esta vez no quiso frustrar las esperanzas y los sueños de ninguno de los dos muchachos.

Mientras que en la actualidad existen iniciativas similares aplaudidas por toda la sociedad como forma de contribuir a la formación de los jóvenes, es posible que la propuesta de Shackleton fuese muy avanzada para aquellos tiempos y contribuyó a aumentar la repulsa en algunos círculos hacia la expedición, a la que llegaron a calificar, desdeñosamente, de ser un mero montaje publicitario. Es cierto que la crítica era demasiado severa, pero también es verdad que en el fondo la expedición había surgido por la necesidad que tenía el afamado explorador de dejar aquella sociedad donde no lograba encontrar su sitio y revivir, a ser posible en compañía de «sus muchachos», ese otro mundo de camaradería de una aventura polar, donde la naturaleza circundante ayuda a que surja lo mejor de cada uno.

Un gatito hambriento

Afortunadamente, esa parte de la prensa y de los estamentos oficiales que repudiaban la empresa no eran el conjunto de Gran

Bretaña y, como siempre que una expedición se aprestaba para zarpar, también hubo un gran número de personas que siguió con avidez en los periódicos los pormenores de los preparativos. Puede que en su fuero interno soñaran con que ellos, de alguna forma, también iban a acompañar al célebre explorador, famoso por su encanto personal y porque nunca había perdido ni a uno solo de sus hombres.

Asimismo, la Corona siguió con su habitual interés los preparativos de la expedición. El rey concedió una entrevista a Shackleton y le entregó una bandera de seda para que ondease en el *Quest*. Por su parte, la reina madre Alejandra le mandó llamar para conocer de primera mano y de forma pormenorizada los objetivos que pretendía. Habían pasado veinte años desde que se había interesado por la primera expedición británica a la Antártida, que había tenido lugar precisamente el primer año del siglo XX. Desde entonces había prestado atención a todas las expediciones, aunque es muy probable que de forma especial las de aquel encantador irlandés que lucía una atractiva sonrisa, que desprendía un halo de seguridad desprovisto de altanería y que siempre sabía sorprenderla con algún comentario divertido.

Después de tres meses de intensos esfuerzos todo estuvo listo y el 17 de septiembre de 1921, como tenía previsto, el *Quest* se preparó para zarpar. Pese a los dimes y diretes de algunos periodistas y científicos, una multitud abarrotó el muelle vitoreando a los expedicionarios con el entusiasmo de épocas anteriores; también el barco estaba lleno de familiares y amigos que, apiñados junto a

cajas de provisiones y equipos, ocupaban hasta el más mínimo hueco en la cubierta. De repente, entre toda aquella algarabía, se escuchó el vozarrón de Shackleton por encima de todas las conversaciones: acabada de descubrir en un rincón el gatito negro que les habían regalado para desearles suerte²²⁴ y el pobre estaba medio muerto de hambre. Ordenó que le trajesen algo de leche, pero resultó que en la cocina no había más que café, y su voz atronó de nuevo: «Pues bajad a por una caja a la bodega²²⁵». Si alguno de los presentes aún no conocía al Jefe dando órdenes, en aquel momento comprendió que estas no admitían ni demora ni la menor vacilación. En un abrir y cerrar de ojos apareció una caja de leche en polvo y poco después el gatito la bebió con fruición. El animalillo nunca podía haber imaginado que iba a estar bajo tan poderoso protector. Lentamente, con solemnidad, el *Quest* pasó bajo el Puente de Londres, al igual que antes lo habían hecho el *Nimrod* y el *Endurance*. En esta ocasión no había sido posible estar presente en Cowes, pero los barcos que estaban en el Támesis le rindieron un cálido homenaje con los mástiles repletos de banderas. Según descendía río abajo se fue cruzando con navíos de todas las nacionalidades que se unían a los saludos y les deseaban suerte. Mientras, en el interior del barco, el operador de la radio no dejaba de recibir telegramas de todos los lugares del mundo en los que

²²⁴ En Gran Bretaña e Irlanda, a diferencia de España y otros países, un gato negro es un signo de buena suerte.

²²⁵ Mill, op. cit., p. 273.

repetían en diferentes idiomas el sempiterno mensaje de despedida entre marinos: «Buenos vientos y mejores mares²²⁶».

Cambio de planes

Como si el destino se negase a aceptar los buenos deseos que les llegaban de todas partes, desde el primer momento el viaje se convirtió en una dura prueba para el barco, que tuvo que luchar contra una sucesión ininterrumpida de temporales. Para la tripulación no fue mucho mejor; pese a estar compuesta en su mayor parte por avezados marinos, tan solo cuatro no se marearon. Por si fuera poco, el motor no funcionaba bien y pronto comprendieron que era necesario hacer una escala en Lisboa para repararlo. Allí permanecieron una semana, hasta que el 11 de octubre zarparon rumbo a su siguiente destino, la isla de Madeira, una escala habitual para todos los barcos británicos que se habían dirigido hacia la Antártida, comenzando con el inmortal viaje del capitán Cook.

Dos días después abandonaron la isla y, aunque los vientos fueron favorables y navegaron con facilidad, el motor continuó dando problemas. En esas circunstancias, Shackleton se vio en la necesidad de poner rumbo a Río de Janeiro para hacerle una revisión completa. Aquello iba a trastocar toda su planificación de la campaña para aquel verano, pero no tenía otra opción, hubiera sido una temeridad adentrarse entre los hielos con el motor averiado.

²²⁶ La frase original, «Fair Winds and Followings Seas», es un deseo para que los vientos impulsen las velas en la dirección deseada, y las olas y las corrientes ayuden también al barco a navegar en esa dirección.

Como se esperaba, una vez inspeccionado el motor, los técnicos brasileños estimaron que los trabajos de reparación iban a llevar varias semanas, quizá un mes entero. Eso, unido a los retrasos anteriores, ponía en serio peligro sus planes, pues todavía tenían que cruzar el Atlántico y dirigirse a Ciudad del Cabo, donde habían enviado tanto el hidroavión como una gran parte del equipamiento antártico.

Era necesario hacer frente a la nueva situación; quizá lo lógico hubiera sido dar por perdida la temporada y esperar a la siguiente para reanudar el programa original, pero el tozudo explorador no era de los que se dejaban vencer con facilidad. Toda su vida había sido una constante lucha contra las dificultades que a una persona normal le hubieran hecho desistir, y ahora, una vez más, volvió a plantar cara a los problemas que se le presentaban con una solución muy audaz. Como no tenía tiempo para llegar hasta Sudáfrica, recuperar su equipo y desde allí alcanzar la costa Enderby de la Antártida para comenzar el viaje de exploración en dirección Oeste, haría casi lo contrario, se aproximaría a la Antártida por la zona del mar de Weddell y, una vez alcanzada la costa, comenzaría su exploración en dirección Este. De esta manera, aunque pospusiera parte del programa, al menos podría aprovechar la temporada.

Es posible que cualquier otro hubiera dado un paso atrás ante el solo pensamiento de regresar al mar de Weddell, aquellas siniestras aguas que hacía unos años habían truncado su expedición del *Endurance* y a punto estuvieron de costarle la vida a él y a todos sus

hombres. Pero Shackleton aceptó correr otra vez el riesgo. Sin embargo, tenía que resolver dónde conseguir los equipos que reemplazasen a los que había enviado a Ciudad del Cabo y que con el nuevo programa no podría recoger. Era evidente que no podía dirigirse a la Antártida sin ellos, pero como eran unos equipos específicos para el frío no habría forma de conseguirlos ni en Río de Janeiro ni en toda Sudamérica, ni mucho menos tenía tiempo para mandar que se los trajeran de Sudáfrica.

Parecía haber llegado a un callejón sin salida, y realmente lo hubiera sido de no ser porque recordó cómo se había desarrollado la expedición del alemán Filchner, quien unos años antes que él también había intentado cruzar la Antártida partiendo del mar de Weddell y cuyo barco, al igual que el suyo, se había quedado atrapado por los hielos, pero tuvo la buena fortuna de que después de varios meses encerrado pudo escapar. Con buen criterio, en aquel momento Filchner decidió dar por terminada la expedición, pero como todavía disponía de todos los equipos que pensaba haber utilizado en la Antártida, para no llevárselos de regreso a Alemania dispuso dejarlos donde le pudieran ser de utilidad a otro explorador. Y ese lugar era Georgia del Sur.

La cuarta presencia

Tuvo que dibujársele en la cara una melancólica sonrisa cuando comprendió que, contra todo pronóstico, dentro de poco volvería a Georgia del Sur. Para sus hombres del *Endurance* ese nombre se había convertido durante meses en algo más que un lugar físico, fue

una especie de plegaria para desechar los miedos y poder mantener la esperanza de que todavía podrían salvarse. Aunque para él tenía un significado más especial, porque había sido la meta de su legendario viaje con el *James Caird*, porque había recorrido las entrañas de esa isla en busca de ayuda para sus hombres y porque allí había recibido el homenaje sencillo y sincero de aquellos hombres del mar, con quienes se sentía hermanado.

Allí también, en aquella isla, había vivido durante la travesía por las montañas una extraña experiencia que muy pocas veces comentaría. En aquellas treinta y seis horas, junto con Worsley y Crean, había desafiado una y otra vez a la muerte atravesando parajes desconocidos, escalando o descendiendo pendientes heladas, buscando con más intuición que conocimiento un camino inexistente que les llevase hasta la estación ballenera de la bahía de Stromness, donde se encontraba la única posibilidad de rescatar a sus hombres de isla Elefante. Pues bien, durante toda esa larga travesía Shackleton había tenido la sensación de que en la marcha que él encabezaba no le seguían dos personas sino tres. En esos momentos no dijo nada a sus compañeros; bastantes problemas tenían por delante como para ponerse a elucubrar sobre aquello. Sería Worsley quien, pasado un tiempo, se atrevería a comentarle que había tenido «la curiosa sensación de que durante la marcha había otra persona²²⁷» con ellos, e incluso Crean confesaría que había notado lo mismo. Sin ponerse de acuerdo y en las escasas ocasiones en que cada uno por separado comentó este tema —que

²²⁷ Shackleton, *South*, p. 230.

para una mente racional es bastante desconcertante—, los tres hablaron de la cuarta presencia. «Tuve continuamente la sensación de que éramos cuatro, no tres²²⁸», se atrevió a escribir Shackleton, por fin, en *South*.

Ahora, por esas vueltas laberínticas del destino, nuestro hombre iba a volver a esa isla que tantos recuerdos le traía a su mente y a su corazón. Pero antes tenía que salir de la trampa en que se había convertido Río de Janeiro, donde las semanas pasaban y pasaban bajo el calor asfixiante de verano tropical sin que se supiese cuándo iba a estar listo el barco.

El canto del cisne

A nadie le amarga una temporada en Río y más si es en compañía de amigos. Y así debería haber sido para Shackleton, puesto que estaba con «sus muchachos» y pese a los contratiempos merecía la pena disfrutar, como siempre hasta entonces había hecho, del momento y los placeres que le ofrecía la ciudad. Sin embargo, no fueron días felices para él. Una sombra se había adueñado de su voluntad y ya no era el aventurero rebotante de vitalidad al que todos estaban acostumbrados. Se le veía silencioso, incluso durante los frecuentes banquetes que ofrecieron en su honor. Es posible que estuviera considerando su situación y la de su expedición: los problemas del motor parecían graves y temía que no fueran capaces de solucionarlos de manera adecuada, y con el motor averiado corría el riesgo de fracasar, volviendo a poner en peligro a sus

²²⁸ *Ibid.*, p. 230.

hombres. En esas circunstancias, abatido por los problemas del barco junto a sus ansias por volver a navegar, era prácticamente inevitable que buscara evadirse y se excediera en muchas cosas, en particular en la bebida.

Fueron semanas amargas en las que también escribió con frecuencia a Janet Stancomb-Wills, en quien siempre había encontrado el corazón amigo que comprendía sus aspiraciones. Sus palabras eran vivamente elocuentes sobre su estado de ánimo: «Estoy como loco por salir de aquí», le escribió, mostrando su apasionado deseo por volver a «ese mundo de hielo» que era su «auténtica vida». Sus cartas también manifestaron que era consciente de que el tiempo —en aquel momento tenía cuarenta y siete años— se le estaba acabando: «Será mi última vez²²⁹».

Pese a todo, cuando antes de zarpar le pidieron que pronunciase una conferencia, como el ave fénix que vuelve a renacer o como el cisne que se afana en su último canto, una vez más fue el Shackleton de siempre, el hechicero de multitudes. Al igual que años atrás, en aquellos viajes agotadores en los que hablaba cada día en una ciudad y en los que cada vez que salía al escenario y se presentaba ante el público su cansancio desaparecía, esta vez en Río de Janeiro, ante lo más distinguido de la sociedad y el cuerpo diplomático —que incluía representantes de sus antiguos países enemigos—, el expresivo y comunicativo explorador fue capaz de pronunciar una de aquellas memorables conferencias por las que siempre sería recordado. Su figura volvió a llenar el escenario, la

²²⁹ Mill, op. cit., p. 276.

musicalidad de su voz inundó la sala, sus bromas hicieron que el tiempo volase en una sonrisa y sus palabras colmaron de emociones el alma de todos los asistentes. Desgraciadamente el esfuerzo que tuvo que hacer fue demasiado y poco después, justo el día antes de la partida, sufrió un infarto.

Había bajado a tierra a pasar la noche. De repente en el barco se recibió un mensaje urgente para que uno de los médicos acudiera lo antes posible, el Jefe había sufrido una grave indisposición. Sin embargo, cuando Macklin —que también había sido médico en el *Endurance*— llegó, le encontró recuperado y, como era habitual, no le permitió ni que le reconociera, alegando que había sido un desvanecimiento pasajero. Al parecer no había sido la primera vez, pero siempre lo había ocultado. Por fin, a la mañana siguiente, el 18 de diciembre de 1921, después de cuatro semanas ensombrecidas por unos retrasos que parecían no tener fin, zarparon en dirección a Georgia del Sur. El hecho de volver a estar navegando y en dirección hacia un objetivo que ya se le hacía próximo volvió a levantarle el ánimo. Las palabras con las que terminó la carta que le envió a su amigo y patrocinador Rowett eran las propias de su temperamento: «Jamás rendiré el estandarte²³⁰».

Sus hombres también estaban de mejor humor, que además se vio acrecentado con el hecho de que los primeros días de navegación tuvieron un tiempo excelente. Poco después vieron el primer albatros errante, un ave de una envergadura de tres metros propia de las islas subantárticas, y que a partir de ese momento les

²³⁰ *Ibíd.*, p. 276.

acompañaría durante todo el viaje hacia el Sur. Su aparición fue muy comentada por toda la tripulación, porque nadie recordaba haber avistado nunca aquella clase de albatros tan alejada —más de 3.000 kilómetros— de sus zonas de nidificación y menos aún tan cerca del ecuador (30° 47' S).



Ernest Shackleton a la edad de 47 años, cuando preparaba la que sería su última expedición a la Antártida.

En cualquier caso, el hecho de que fueran escoltados por aquel albatros, además de por las aves habituales de la zona, fue interpretado por todos como un buen presagio. En cierto modo era como si la Antártida saliera a su encuentro.



La imagen del Quest pasando bajo el Puente de la Torre de Londres pone en evidencia las reducidas dimensiones de la goleta en comparación con los barcos de otras expediciones antárticas, que duplicaban su tamaño.

§: Donde las almas se encuentran

El buen tiempo les duró poco. Fuertes vientos en contra dificultaron su avance hasta que, el día de Navidad, les alcanzó una terrible tempestad que zarandeó el barco sin piedad. Tal era el movimiento que para comer no pudieron preparar nada más que un sándwich y un chocolate caliente que cada cual se tomó como pudo en el hueco que logró encontrar para protegerse un poco. Para la cena el mar había bajado algo, y al menos pudieron sentarse juntos para degustar un estofado tan espeso que la cuchara casi podía tenerse

en pie. Después tomaron un trago de un ron muy especial que su patrocinador les había enviado para aquella fecha.

Durante un rato, mientras el mar seguía rugiendo en el exterior, los que no estaban de guardia estuvieron charlando y contestando a Shackleton cuando les fue preguntando dónde habían pasado sus últimas Navidades. El resultado fue un mosaico cosmopolita: Londres, Islandia, Nueva York, Lituania, Singapur, Ciudad del Cabo, Río de Janeiro, Mauritania, Hamburgo, África Central, y el cocinero en un lugar impreciso del mar de Japón. De todos solo tres las habían pasado en casa con sus familias.

Rumbo a su pasado

Los días siguientes fueron todavía peores, navegaban en un mar que zarandeaba sin piedad al Quest, mientras las olas barrían incesantemente la cubierta y el viento soplaba huracanado sin concederles la menor tregua. Las guardias, aunque eran tan solo de dos horas, dejaban a los hombres agotados y todos esperaban con ansiedad que terminara su turno para volver al interior del buque a protegerse de la furia de los elementos. Todos salvo Shackleton que, además de estar en el timón la guardia que le correspondía, hacía también la del que iba detrás, lo que permitía al afortunado librarse de ese martirio y dormir un poco más. De poco servía la insistencia de Wild, Worsley, Hussey o cualquiera de los veteranos del Endurance para que bajase a descansar un poco. En una ocasión Macklin, uno de los dos médicos, al ver que pese a haber terminado su guardia y estar agotado continuaba en el timón, trató de ir a

buscar a quien ya debería haberle sustituido, pero él se lo impidió diciéndole: «Vosotros, los jóvenes, tenéis que descansar todo lo que podáis²³¹».

Durante todos estos días el comportamiento del barco fue extraordinario, aun soportando tan duro castigo, pero el motor volvió a dar problemas y no podrían estimar el alcance de la avería hasta llegar a Georgia del Sur y fondear en un lugar protegido.

Con la llegada del nuevo año el mar comenzó a calmarse y Shackleton escribió en el cuaderno de bitácora: «Hasta el mismísimo fin de año las cosas se han puesto en nuestra contra... problemas en la caldera, el tanque de agua potable rajado, furiosos temporales... todo lo que podía ir mal ha ido peor. Pero el ánimo de todos sigue intacto y magnífico²³²». Al día siguiente vieron el primer iceberg, que como un centinela avanzado de aquel territorio al que se acercaban les daba la bienvenida al mundo de los hielos. El espectáculo de aquella inmensa mole en la que las olas habían torneado formas inverosímiles y esculpido arcos grandiosos, donde los verdes y azules del hielo recorrían toda la gama imaginable, le trajo el recuerdo de aquella primera vez que los vio al acercarse a la Antártida a bordo del *Discovery* y, con el ardor de la juventud, se sintió orgulloso de estar abriendo nuevas fronteras. Ahora, después de tanto tiempo transcurrido y de tantas experiencias vividas, recordaba aquellos momentos con la benevolencia de la madurez, y en cierto modo su vida se deslizó ante sus ojos como el iceberg que

²³¹ Wild, *Shackleton's Last Voyage*, p. 57.

²³² Scholes, *El séptimo continente*, p. 196.

se iba quedando atrás. Se sentía «viejo y cansado. Pero debo seguir adelante²³³», escribió en su diario.

Dos días después, el 4 de enero de 1922, avistaron los picos nevados de Georgia del Sur. Y para sorpresa de todos, como si aquella visión hubiera sido la más eficaz de las medicinas, Shackleton desterró el abatimiento y en compañía de sus más íntimos camaradas, Wild y Worsley, estuvo oteando con los prismáticos la isla tratando de localizar el camino que habían seguido cinco años atrás. Se ilusionaba como un colegial cuando era capaz de distinguir un glaciar, un pico, una ladera por la que habían pasado y que le recordaba lo que allí habían vivido. Y así siguió el resto del día, con una alegría y un entusiasmo que a Wild, quizá su amigo más íntimo, le hizo volver a reconocer «el inquebrantable optimismo que siempre había caracterizado al Jefe²³⁴».

Falta una cruz

Esa misma tarde, con un sol brillando y el mar calmado como si se tratara de un lago, entraron en el puerto de Grytviken. Todo les era familiar: las ensenadas, los riscos, los picos... la vieja estación ballenera encajada al fondo y varios balleneros atracados en el muelle. Como si el tiempo hubiera hecho un guiño y se hubiera detenido, todo estaba tal y como lo recordaban, los mismos edificios, las calderas, los depósitos, hasta las estacas donde habían amarrado a los perros o las marcas que habían levantado para

²³³ Mill, op. cit., p. 277.

²³⁴ Wild, op. cit., p. 60.

calibrar sus brújulas. De repente, nuestro siempre vigilante irlandés señaló un punto a media ladera: faltaba la cruz que había erigido la expedición del alemán Filcher en memoria de uno de los miembros de su tripulación. No es posible que aquellos marinos supersticiosos, y en especial Shackleton, no sintieran un cierto sobresalto al notar la ausencia de la cruz. Seguro que más de uno tuvo el presentimiento de que pronto otra ocuparía su lugar, pero lo apartó rápidamente de su cabeza. Ni querían ni podían imaginarse por quién.

Fondearon en el mismo punto donde años atrás lo hiciera el *Endurance*. Nada más ver el barco, el director de la estación, Jacobsen —un viejo amigo de la expedición anterior— se acercó al *Quest* en una barca y subió a bordo. Poco después regresaba a tierra llevando a un Shackleton parlanchín, sonriente y lleno de energía, que deseaba saludar a viejos amigos y prepararlo todo para hacer las reparaciones al motor y salir para la Antártida cuanto antes, consciente de que debían apresurarse cuanto fuera posible para evitar que la temporada avanzase demasiado y las aguas se volviesen más peligrosas de lo que ya eran de por sí.

Algunos del barco, en su mayoría veteranos, también bajaron a tierra. Deseaban volver a pisar los mismos lugares donde habían estado tiempo atrás cuando se preparaban para un desafío con el que soñaban ser recordados por años. Y en efecto así iba a ser, les recordarían para siempre, pero no por la proeza que ellos pensaban que realizarían, cruzar la Antártida, sino por la historia de supervivencia que protagonizaron. Fue un melancólico paseo para

todos, recordando a los compañeros que no estaban con ellos y a los que se habían ido para siempre. Pero la vida seguía, y ellos tenían la suerte de volver a empezar casi donde lo habían dejado la otra vez. Les esperaba una nueva aventura, e incluso la sensación física de estirar las piernas después de casi tres semanas de enclaustramiento en el barco hacía que su imaginación volara hacia todo lo que tenían por delante. Además el tibio sol añadía un toque de placidez y serenidad que les hizo disfrutar de la caminata como si fuera un momento único; la antesala de un viaje inolvidable.

Al caer la tarde todos volvieron a bordo. El Jefe estaba exultante, de un humor contagioso al que contribuía el hecho de que por primera vez desde que salieron de Río el barco no se movía. Pocos recordaban haber tenido una cena tan relajada en todo el viaje, que fue amenizada por las continuas bromas y los chistes de Shackleton; parecía haberse quitado unos cuantos años de encima. Al final se levantó y anunció: «Mañana celebraremos la Navidad²³⁵», luego subió con Wild a cubierta para preparar el plan de trabajo del día siguiente. Estaba anocheciendo cuando se despidieron y cada cual se fue a su camarote. Nada hacía presagiar la tragedia que estaba a punto de acaecerles.

La estrella solitaria

La noche se fue adueñando de la bahía y el silencio del barco. En su camarote, Shackleton, todavía alegre por las muchas satisfacciones que le había dado el día, escribió unas líneas en su diario. Poco

²³⁵ *Ibíd.*, p. 63.

podía imaginar que serían las últimas de su vida: «En la creciente oscuridad del crepúsculo vi una estrella solitaria cernirse como una joya sobre la bahía²³⁶». La naturaleza no podía haberse despedido mejor de un poeta, ni este poeta del mundo.

Eran las dos de la madrugada y acababan de despertar a Macklin para su turno de guardia. Pese a estar anclados en un lugar seguro, un barco siempre necesita saber que alguien está velando por si ocurre un imprevisto. Tenía dos horas por delante en las que debería patrullar arriba y abajo del *Quest*, pendiente de cualquier ruido fuera de lo normal. Era una noche fría pero llena de belleza; un manto de estrellas cubría el firmamento, aunque hacía frío caminaba por la cubierta arrullado por el suave rumor de las olas que acariciaban el barco. De repente, en el silencio, le pareció escuchar una especie de jadeo procedente del camarote de Shackleton. Su estado de salud le preocupaba desde hacía tiempo, pero no era sencillo convencer al Jefe para que se dejase examinar. Algo le hizo pensar que aquello no era normal, se dirigió rápidamente hasta allí y abrió la puerta del camarote. El Jefe estaba incorporado en su litera. «Hola Mark, muchacho, ¿eres tú, verdad?»²³⁷, le saludó cordial. Parecía contento de verle. Después, con total normalidad le explicó que no podía dormir y, aprovechando que era uno de los médicos, le pidió que le diera algo para conciliar el sueño. Según le contó, tenía una especie de espasmo en la cara que no le dejaba descansar, incluso después de haber tomado unas aspirinas.

²³⁶ *Ibid.*, p. 59.

²³⁷ *Ibid.*, p. 64

Su estado parecía completamente normal y lo único que llamó la atención del médico fue que con el frío que hacía solo estuviera con una manta. Cuando le señaló que debía taparse con algo más, Shackleton le replicó que debía tener otras mantas en los cajones pero, quitando importancia al tema, le dijo que no se preocupase, que podría soportar el frío. No obstante, Macklin se acercó a su camarote y volvió con otra manta. Le tapó con ella, arropándole para que estuviese más caliente y, para su sorpresa, el Jefe se dejó cuidar. Sin embargo, todo parecía normal, se mostraba locuaz y durante un buen rato estuvieron charlando animadamente. En aquel momento, aprovechando que se encontraba de un humor excelente, Macklin se atrevió a aconsejarle que, aunque solo fuera un poco, cambiase alguno de los hábitos que no beneficiaban en nada a su salud, o que por lo menos se tomase las cosas con más tranquilidad. Pero el resultado fue el de siempre. Shackleton le contestó con la misma negativa con que le había respondido en otras ocasiones: «Siempre estás con que me quite algo, ¿qué quieres que me quite ahora?»²³⁸. No había acritud en su contestación, solo el cansancio de tener que repetir algo que ya había dicho mil veces. Estas fueron sus últimas palabras. Nada más pronunciarlas le dio un ataque al corazón de tal virulencia que hizo inútiles todas las atenciones del médico. Durante un tiempo que Macklin nunca sabría precisar, no se atrevió a alejarse de su lado, hasta que le pareció que el ataque había remitido y se precipitó al camarote del otro médico para avisarle: «Despierta, ven enseguida, el Jefe se está

²³⁸ *Ibíd.*, p. 65.

muriendo²³⁹». Corrieron por el pasillo. Pero no se pudo hacer nada. Shackleton, el estudiante díscolo, el aprendiz tenaz, el poeta soñador, el marino intrépido, el explorador optimista, el líder prudente, el sempiterno amante, el empresario fracasado, el héroe del Imperio... el Jefe, murió unos minutos después en sus manos. Entre los suyos. Es como si un cúmulo de pequeños acontecimientos hubieran conspirado para que la muerte le llegase en aquel lugar donde había dejado su corazón años atrás, en aquella isla que había sido testigo de la culminación de su viaje legendario, donde había sentido el mayor homenaje de toda su vida y donde había vivido la hermandad de los hombres del mar: en Georgia del Sur, la puerta de otro mundo, el de los hielos, el que había sido auténticamente suyo, y rodeado por las personas con las que había compartido vivencias y peligros, miedos y triunfos. Todo es posible o somos capaces de hacerlo posible, como lo supo hacer nuestro tenaz y optimista irlandés.

El llanto de la lluvia

Nada más confirmar su muerte los médicos se dirigieron al camarote de Wild y le despertaron. No sabían cómo darle la noticia y comenzaron tratando de prepararle: «Tenemos que darte malas noticias. Las peores». Su respuesta animándoles a seguir les hizo pronunciar las palabras fatídicas: «El Jefe ha muerto». Posiblemente por primera vez en su vida al hombre impasible, al imperturbable Frank Wild, le faltó el aliento y cuando pudo volver a hablar lo hizo

²³⁹ *Ibíd.*, p. 65.

de forma casi incoherente, como no queriendo creerse lo que acababa de oír: « ¡El Jefe muerto!... ¿quieres decir muerto?... ¡No puede estar muerto!...»²⁴⁰. A continuación llegó el turno de darle la noticia al capitán, Worsley, que reaccionó con la misma incredulidad.

Durante unas horas el manto de la noche siguió cubriendo el silencio del barco y arrojando la pena que les desgajaba por dentro y que se mezclaba con la sorpresa, la impotencia y la rabia. Dolor callado de hombres que ya nada podían hacer por su compañero, su amigo y su hermano. Con las primeras luces del amanecer reunieron al resto de la tripulación y les comunicaron la triste noticia, que fue recibida con estupor y aflicción, en especial por aquellos que habían servido antes con él. Después tenían que informar de lo sucedido a la viuda y a Rowett, el patrocinador de la expedición; ellos sabrían cómo comunicar la noticia al mundo. Pero no resultó tan sencillo, el equipo de radio llevaba tiempo dando problemas y justo cuando hacía falta toda la potencia para poder establecer contacto con el exterior, al menos con las Malvinas, comenzó a echar humo por varios puntos hasta que los fusibles saltaron. Por mucho que lo intentaron no consiguieron repararlo.

Wild bajó a tierra para dar la noticia a Jacobsen, el director de la factoría ballenera, a quien le afectó profundamente. Ambos hombres comentaron la forma de transmitir la información fuera de la isla. Aquello iba a ser difícil. Disponían de emisoras de radio en algunos de los barcos, pero su alcance era muy limitado y no servían más

²⁴⁰ *Ibíd.*, p. 64.

que para comunicarse en los alrededores de Georgia. Tendría que ser alguno de los barcos que salieran de la isla el que la retransmitiera cuando estuviera cerca de la costa sudamericana. También tenían que informar al juez, la máxima autoridad allí, pero se encontraba ausente recorriendo las diferentes factorías y tuvieron que contentarse con hablar con su ayudante. Wild siempre recordaría que este se quedó tan perplejo al escuchar lo ocurrido que se le cayó el cigarrillo que tenía entre los dedos; durante unos segundos interminables el cigarrillo que había caído sobre la mesa comenzó a quemar el mantel sin que su dueño, todavía bajo el fuerte impacto de la noticia, hiciera nada por evitarlo, hasta que tuvo que ser el propio Wild quien lo recogiera y lo depositase en el cenicero.

En un principio pensaron enterrar a Shackleton en la isla, pero luego comprendieron que su mujer querría que volviese a Gran Bretaña, donde podría recibir sepultura con los honores que le correspondían. Encontrar un barco que estuviese dispuesto a llevarle fue muy sencillo; todos en la isla estaban afectados por la muerte súbita de alguien a quien respetaban y, como en la propia bahía de Grytviken estaba fondeado el *Profesor Gruvel*, un barco de vapor que zarpaba en unos días, su capitán se ofreció sin reservas a llevar el ataúd hasta Montevideo, para desde allí traspasarlo a un barco correo que le devolviese a su país.

Pero dado que este vapor no saldría antes de diez días y considerando el tiempo de la travesía hasta Sudamérica, se vieron en la necesidad de embalsamar el cadáver. Es de suponer que para

los médicos fue una de las labores más ingratas de su vida profesional; tener que preparar el cuerpo de Shackleton. Los dos habían formado parte de la expedición del *Endurance*, y después Macklin había vuelto a coincidir con él durante la guerra en Rusia. Ya había sido bastante difícil para ellos no poder hacer nada por salvarle, como para ahora tener que pasar aquel amargo trago.

Cuando terminaron le llevaron a tierra. Por la borda hicieron descender el ataúd cubierto con la enseña blanca del *Quest* —de la que tan orgulloso había estado— hasta una lancha que lo llevó al muelle. Los obreros de la factoría siguieron a respetuosa distancia y con las cabezas descubiertas la silenciosa procesión que ascendía hasta la pequeña iglesia levantada a media ladera, dominando la bahía y bajo el amparo de las montañas. Era un día lluvioso, y aunque el agua calase las ropas y hasta el alma de los que le acompañaban, muchos de esos rudos marineros agradecieron a esa lluvia que les permitiera ocultar las lágrimas que estaban derramando por su Jefe.

La noticia llega al mundo

Al día siguiente el *Quest* partió para seguir con su misión. Wild decidió que esa habría sido la voluntad del tenaz irlandés, y en cierta manera era la forma en que ellos podrían homenajear su figura. En la isla quedó Hussey, que desde la guerra no se había separado de Shackleton, y que había aceptado la dolorosa tarea de acompañar al cuerpo de su Jefe de vuelta a Gran Bretaña, aunque

eso significase abandonar la expedición por la que tanto había trabajado.

Días después el *Profesor Gruvel* zarpó de Grytviken con destino a Montevideo. Llevaba una carga muy diferente a la habitual en un barco de productos balleneros. Pese a ser verano, una sucesión de tempestades hizo que la travesía fuese terrible. Además el equipo de radiotelegrafía del barco también estaba estropeado, por lo que no fue posible comunicar la trágica noticia hasta llegar a puerto. Atracaron en la mañana del 29 de enero de 1922 y, aunque era domingo, Hussey telegrafió lo ocurrido al patrocinador de la expedición, pidiéndole que se lo comunicase a *lady* Shackleton.

Como en los trámites portuarios el capitán del barco tuvo que declarar que transportaba el cadáver, la información fue comunicada al gobierno uruguayo, que contactó de inmediato con Hussey para informarle de sus intenciones de hacerse cargo de todas las formalidades, puesto que deseaban rendir su tributo de admiración al gran explorador. Media hora después una lancha militar se detenía al costado del *Profesor Gruvel* para recoger el ataúd. Cuando llegó al muelle, una guardia de cien marines le rindió honores y acompañó al féretro hasta el hospital militar, donde dos marines velaron su cuerpo noche y día. Por una de esas coincidencias tan frecuentes en la vida de Shackleton, el oficial que estaba al frente del destacamento de marines que le recibió en el muelle era el capitán del *Instituto de Pesca n°1*, el barco uruguayo con el que hizo el segundo intento para rescatar a sus hombres de

isla Elefante. Posiblemente nadie en todo Uruguay hubiera rendido honores con tanto sentimiento al explorador británico.

Ya se habían iniciado los trámites para su repatriación cuando se recibió un telegrama de Rowett en el que expresaba la voluntad de *lady* Shackleton de que su marido fuese enterrado en Georgia del Sur, en el lugar que había sido testigo mudo de la mayor de sus hazañas como explorador. Como el primer barco que saldría para allá, el *Woodwille*, no lo haría hasta unos días después, el cadáver permaneció en la capilla del hospital, donde nunca le faltaron flores frescas gracias al personal femenino del centro.

El 15 de febrero, el día anterior a zarpar, se celebró una misa multitudinaria que, además de reunir a destacados miembros de la sociedad y del gobierno uruguayo encabezados por su presidente, contó con la presencia de diplomáticos de casi todos los países del mundo. Cuando hubo terminado, diez veteranos de guerra británicos portaron el ataúd, cubierto por su bandera, a un arcón de artillería que, flanqueado por una escolta de honor, lo llevó hasta el muelle en una lenta procesión por las calles repletas de personas de toda condición que también querían rendirle su homenaje póstumo al admirado explorador. Al pasar por las calles más estrechas del casco antiguo las mujeres lanzaban desde los balcones una lluvia de pétalos de rosas blancas que alfombró las calles y cubrió el arcón con un manto similar a la nieve de su amada Antártida.

Su melodía favorita

Desde el primer momento el gobierno de Uruguay se ofreció para llevar el féretro en un barco de su Armada, pero como tenía el casco de acero y la estación estaba avanzada, el ofrecimiento fue rechazado por temor a que los hielos pudieran poner en peligro al barco y a su tripulación. No obstante, en el momento en que el Woodville se disponía a partir apareció un crucero de la Armada uruguaya para escoltarles hasta el límite de sus aguas jurisdiccionales. Al llegar a ese punto dispararon una salva de 19 cañonazos —el mayor honor que estipula el reglamento militar con excepción del que se ofrece a un presidente—. Después, la tripulación formada en cubierta entonó el «Adiós» que se reserva exclusivamente para los caídos en combate.

El barco llegó a Georgia del Sur el 27 de febrero y, otra vez bajo una copiosa tormenta, aunque esta vez de auténticos copos de nieve, el cuerpo fue trasladado a la iglesia de Grytviken. Para que todos los trabajadores que lo desearan, incluso los de las factorías más alejadas, pudieran acudir a ofrecerle un último homenaje se eligió el siguiente domingo para su entierro. Ese día, 5 de marzo, amaneció despejado. A la hora acordada los directores de las cinco factorías balleneras se encontraban en la iglesia junto con un centenar de marinos y trabajadores que querían presentar su último respeto a Shackleton. Después de un sencillo funeral en inglés y noruego, seis veteranos de guerra británicos que trabajaban en una de las factorías portaron el ataúd hasta el pequeño cementerio donde ondeaban a media asta las banderas británica y noruega. De todos sus «muchachos», solo Hussey estuvo presente, pero este siempre

recordaría que había podido sentir el dolor de aquellos rudos marinos por la pérdida de su Jefe.

Prácticamente en la misma fecha, con tan solo tres días de diferencia, tuvo lugar el más importante de todos los servicios religiosos que se ofrecieron a la memoria de *sir* Ernest en Gran Bretaña. Se celebró, como en el caso del capitán Scott, en la catedral de San Pablo y congregó, además de a sus familiares y amigos, a representantes de la Royal Geographical Society, del Almirantazgo y de otros estamentos públicos, así como antiguos compañeros del *Discovery*, del *Nimrod* y del *Endurance*, junto a una gran multitud. La ceremonia, impecable en belleza y magnificencia, fue presidida por representantes de los reyes y por la reina madre Alejandra, que no quiso faltar al último homenaje al que fuera el explorador que más apreciaba. El emotivo acto terminó con los cadetes del Thames Nautical Training College tocando el «Last Post», que en toda la Commonwealth es un homenaje a los caídos en combate.

Puede que al escuchar aquella melancólica música de trompeta todos los que le conocieron escuchasen también otra melodía más próxima al alma de Shackleton: la de las velas al viento, la del mar embravecido, la de la ventisca, la de la nieve al caminar, la de los animales del frío y la del banjo de Hussey. Por eso *lady* Shackleton escogió para el eterno reposo de su marido aquel cementerio olvidado en una isla perdida en el océano, pero que fue el punto de salida y la línea de meta de su gran aventura antártica, el único lugar donde se había sentido realmente vivo y respetado. De todas

las mujeres que poblaron el corazón del «amigo Shacks», en verdad Emily era quien mejor le conocía.



Una sencilla lápida con una lacónica inscripción señalan el lugar donde está enterrado Sir Ernest Shackleton en el cementerio de Grytviken en Georgia del Sur.

Índice de barcos

- **Antarctic:** Navío de la expedición del sueco Nordenskjöld que fue aplastado por los hielos antárticos.
- **Aurora:** El segundo de los barcos de la Expedición Imperial Transantártica cuya misión era permitir la salida de Shackleton por el mar de Ross.
- **Challenger:** Corbeta británica que llevó a cabo la primera gran campaña oceanográfica mundial entre 1872 y 1876.
- **Discovery:** Emblemático barco construido para la primera expedición de Scott. Se encuentra en la ciudad de Dundee (Escocia) convertido en un museo.
- **Dudley Docker:** Uno de los tres botes salvavidas del *Endurance*, que recibió el nombre de uno de los patrocinadores de la expedición.
- **Emma:** Pequeña goleta con la que se hizo el tercer intento de rescate de los hombres de isla Elefante.
- **Endurance:** Nombre con el que Shackleton rebautizó al barco de la Expedición Imperial Transantártica que le llevaría a través del mar de Weddell a la Antártida.
- **Flintshire:** Vapor de la naviera Welsh Shire Line donde Shackleton fue segundo oficial entre 1896 y 1898.
- **Foca I:** Goleta noruega empleada para cazar focas que posteriormente se rebautizaría como *Quest*.

- **Fram:** Legendario barco construido según las indicaciones de Nansen para que fuese capaz de resistir la presión de los hielos.
- **HMS Dreadnought:** Acorazado de la Armada Británica que revolucionó la tecnología de guerra naval del siglo XIX.
- **Hoghton Tower:** Velero de la compañía naviera White Star Line donde Shackleton realizó sus primeros viajes como aprendiz.
- **Instituto de Pesca nº 1:** Barco uruguayo de investigaciones pesqueras que realizó el segundo intento de rescate de los hombres de isla Elefante.
- **James Caird:** Bote salvavidas del *Endurance* donde Shackleton realizó su histórico viaje hasta Georgia del Sur.
- **Jason:** Barco ballenero noruego que fue utilizado por diversas expediciones a la Antártida y al Ártico.
- **Lusitania:** Uno de los transatlánticos británicos más lujoso y rápido de la época.
- **Mauritania:** Barco hermano del *Lusitania* que rivalizaba con este en lujo y velocidad. Fue desguazado en 1935.
- **Monmouthshire:** Vapor de la naviera Welsh Shire Line donde Shackleton fue tercer oficial entre 1894 y 1896.
- **Morning:** Barco ballenero noruego que se utilizó para las dos operaciones de reavituallamiento de la primera expedición de Scott.

- ***Nimrod***: Barco utilizado por Shackleton en su primera expedición al Polo Sur. Se hundió diez años después en el mar del Norte.
- ***Polaris***: Barco noruego especialmente construido para navegar entre hielos. Fue rebautizado como *Endurance*.
- ***Profesor Gruvel***: Buque de pasajeros reconvertido en factoría ballenera y posteriormente barco de transporte. Llevó el ataúd de Shackleton de Georgia del Sur a Montevideo.
- ***Quest***: Nombre con el que se rebautizó al *Foca I* y que sería el barco de la última expedición de Shackleton a la Antártida.
- ***Southern Sky***: Barco ballenero que operaba en Georgia del Sur con el que Shackleton realizó el primero de los intentos para rescatar a sus hombres en isla Elefante.
- ***Stancomb Wills***: Bote salvavidas del *Endurance* que recibió su nombre de una de las patrocinadoras de la expedición.
- ***Tantallon Castle***: Barco correo de la naviera Union Castle Line donde Shackleton fue cuarto oficial durante varios meses de 1899.
- ***Terra Nova***: Barco de la expedición de Scott en la que se desarrolló la carrera con Amundsen para alcanzar el Polo Sur. Después el barco fue utilizado para diversos fines hasta que se hundió en las costas de Groenlandia al chocar contra un iceberg.
- ***Tintagel Castle***: Barco correo de la naviera Union Castle Line que se utilizó para el transporte de tropas a Sudáfrica y donde Shackleton fue tercer oficial entre 1899 y 1900.

- ***Titanic***: El barco más tristemente famoso del mundo al hundirse por chocar contra un iceberg en su viaje inaugural.
- ***Uruguay***: Corbeta argentina que protagonizó el rescate de la expedición del sueco Nordenskjöld cuando su barco, el *Antarctic*, fue aplastado por los hielos.
- ***Virginian***: Uno de los grandes transatlánticos de la época de la naviera Allan Line que, posteriormente, se vendería a una naviera sueca.
- ***Woodville***: Barco de carga británico que llevaría el cadáver de Shackleton de regreso a Georgia del Sur, donde sería finalmente enterrado.
- ***Yelcho***: Escampavía de la Armada Chilena que consiguió rescatar a los 22 hombres de la isla Elefante.

Bibliografía

- **Alexander, Caroline**, *The Endurance. Shackleton's Legendary Antarctic Expedition*, Bloomsbury, 1998.
- **Amundsen, Roald**, *The South Pole. An account of the Norwegian Antarctic Expedition in the Fram. 1910-1912. Vol. II.* Cooper Square Press, 2001. Versión española: Polo Sur. Traducción de Juan Francisco García Rosado. Interfolio, Madrid 2010.
- **Barczewski, Stephanie**, *Antarctic Destinies*, Continuum Books, 2007.
- **Baughman, T. H.**, *Pilgrims on the Ice*. University of Nebraska Press, 1999.
- **Cook, James**, *Los viajes del capitán Cook (1768-1779)*, Ediciones del Serbal, 1985.
- **Honnywill, Eleanor**, *La aventura de la Antártida*, Juventud, Barcelona, 1986.
- **Huntford, Roland**, *Shackleton*, Abacus, 1996. —, *The Last Place on Earth*, The Modern Library, 1999.
- **Lansing, Alfred**, *La prisión blanca*, Grijalbo Mondadori, Barcelona 1999.
- **Mill, Hugh Robert**, *The Life of Sir Ernest Shackleton*, William Heinemann, 1923.
- **Pinochet de la Barra, Óscar**, *La Antártida Chilena*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1976.

- **Richards, R. W.**, *The Ross Sea Shore Party 1914-17*, Bluntisham Books, 2003.
- **Riffenburgh, Beau**, *Nimrod*, Bloomsbury, 2004.
- **Rosove, Michael**, *Let Heroes Speak*, Berkeley Books, 2002.
- **Savours, Ann** (ed.), *Edward Wilson: Diary of the «Discovery» Expedition to the Antarctic Regions 1901-1904*, Blandford, 1975.
- **Scholes, Arthur**, *El séptimo continente*, DUX Ediciones, Barcelona 1954.
- **Scott, Robert**, *The voyage of the Discovery*, Wordsworth Editions, 2009.
- **Shackleton, Ernest**, *South*, Penguin Books, 1999. Versión española: *Sur*. Traducción de Servanda María de Hagen. Interfolio, Madrid, 2012. —, *The Heart of the Antarctic*, Birlinn Limites, 2000.
- **Tyler-Lewis, Kelly**, *The lost men*, Bloomsbury Publishing, 2006.
- **Wild, Frank**, *Shackleton's Last Voyage. The story of the Quest*, Cassell and Company, London, 1923.
- **Williams, Isobel**, *With Scott in the Antarctic*, The History Press, 2008.
- **Worsley, Frank**, *Shackleton's Boat Journey*, The Collins Press, 2010.

El Autor

JAVIER CACHO, es físico, investigador, científico y escritor. En 1986 fue miembro de la Primera Expedición Científica Española a la Antártida. Participó en varias campañas de investigación como jefe de la base antártica española. En la década de los 1980 realizó investigaciones relacionadas con el estudio de la capa de ozono, fruto de las cuales fue su libro *Antártida: el agujero de ozono* (1989).

Ha publicado una trilogía sobre los pioneros de la exploración polar: «*Amundsen. Scott: Duelo en la Antártida*»

(2011), «*Shackleton el indomable*» (2013) y «*Nansen, maestro de la exploración polar*».

Haber vivido y padecido las inclemencias de la Antártida le permite al autor meterse en el escenario y comprender mejor las hazañas de sus exploradores biografiados.

